



Helena, emperatriz del Imperio Romano y madre de Constantino el Grande, descubre algo que ocurrió 326 años atrás con José de Arimatea cuando el Mesías fue bajado de la Cruz para ser enterrado y ordena llevar a cabo una misión de búsqueda a Antonino Quintus por todo el imperio para que averigüe, qué secreto guardó quien ayudó a enterrar a Jesús

FERNANDO
CARRASCO

I · N · R · I



ALMUZARA

FERNANDO CARRASCO

INRI

© HEREDEROS DE FERNANDO CARRASCO MORENO 2018

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara • Colección Novela

Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Conversión a ebook: REBECA RUEDA

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17418-40-3

PARTE PRIMERA. LA SANGRE Y EL
DESEO

I

La bajada del cuerpo resultó realmente difícil. Éste, inerte, desvencijado, desplomado, se sostenía merced a los clavos de las muñecas y de los pies que lo sujetaban al madero. Había expirado en medio de un estruendo que sacudió la tierra en la hora nona y allí permanecía desde entonces.

No quedaba casi nadie en el lugar; tan sólo, por la parte baja de la ladera, algunos expoliadores y ladrones buscando pertenencias de otros crucificados que se esparcían por el monte. Los curiosos que presenciaron su muerte fueron desperdigándose por los alrededores, quizá algo defraudados porque esperaban un milagro que no llegó y vieron, consternados, cómo aquel hombre no era capaz de desclavarse y salir andando, como si nada hubiese pasado. Y también por la oscuridad que se apoderó del paisaje. No era normal que en aquellas horas del día el cielo se volviese negro y pareciese abrirse para tragarse a la Humanidad. También los soldados que vigilaban al reo y que se repartieron sus ropas, mofándose de él, se habían marchado.

La muchedumbre no quiso perderse nada de un juicio que, desde el principio, se sabía acabaría condenándolo a muerte. En cierto modo, era el pueblo quien propició que las autoridades no tuviesen más remedio que sentenciarlo. Y en medio de aquel fragor, de aquella lucha por la supervivencia y el poder, un hombre había sido el chivo expiatorio para redimir a sus hermanos, a los demás. A todos aquellos a los que consideraba precisamente sus hermanos y por lo que proclamaba a los cuatro vientos el amor del Padre y el amor entre los unos y los otros. Ahora, en cambio, le pagaban con otra moneda muy distinta que traía la muerte. ¿Quién era él para decir qué tenía que hacerse en medio de una tierra hostil dominada por invasores que imponían sus leyes, sus dioses, su forma de vida? ¿Acaso estaba legitimado para desprestigiar a quienes estaban dando prosperidad al pueblo judío? ¿Por qué inmiscuirse entre éste y los romanos? ¿Con qué fines? «Él se lo ha buscado», se escuchaba entre el gentío mientras el hombre, totalmente deshecho, flagelado, vejado y humillado hasta la extenuación, se dirigía cómo podía hacia el patíbulo que habría de verlo morir. Y todos, absolutamente todos, querían contemplarlo.

No era una condena normal y corriente. Sabían los que hasta la falda del monte llegaron que podía suceder cualquier cosa. Es más, esperaban que,

como si de un superhombre se tratase, diese un golpe de mano a toda la escena y se mostrase como lo que había dicho que era; que se despojase de sus atributos humanos y se erigiese en lo que decía ser, el Hijo del Sumo Hacedor. Muchos creían que eso ocurriría incluso antes de que los soldados romanos comenzasen con la tarea de clavarlo en la cruz. Luego esperaron a que en cuanto el primero de los clavos penetrase en la carne se rebelase. O que cuando empezara a elevarse el madero hasta quedar completamente vertical, se bajase del mismo y diese castigo a aquellos que estaban preparándolo para la muerte. Incluso cuando, todavía vivo, pidió agua porque tenía sed y en su lugar le empaparon los labios con hiel. «Ahora será», decía un padre a su hijo que, atónito, era testigo de una escena que no alcanzaba a comprender pero que sabía que algo grande estaba ocurriendo en aquellos momentos. «¿Qué es lo que tiene que ser ahora, padre?», preguntaba el asombrado muchacho que se aferraba a la mano de su progenitor. «No te preocupes, lo verás enseguida», le contestaba sin dejar de mirar a la Cruz y a los ojos de aquel hombre al que se le iba la vida a borbotones por todas las heridas que tenía en su cuerpo. Era el milagro que todos esperaban y que, como cuando multiplicó los panes y los peces, pudieron comprobar. También se hablaba de cómo resucitó a aquel amigo suyo, o la conversión del agua en vino en una boda multitudinaria. Ahora, de nuevo, ese hombre iba a hacer otra vez un milagro.

Nada de ello sucedió. Y es por eso que la inmensa mayoría de los allí presentes consideró que no era quien decía ser. Era, al fin y al cabo, uno más entre los hombres, que acababa de morir crucificado como cualquier otro. Y eso era, precisamente, lo que muchos no alcanzaban a comprender. ¿Dónde estaba el poder que tantas veces comentó a todos los que se acercaron a escuchar su palabra? ¿Dónde el ejército que vendría para salvarlos? Cuestiones que quedaban, en aquellos momentos, relegadas a un segundo plano a tenor de los acontecimientos. Ya nada de aquello tenía valor. Su palabra se había difuminado en cuanto expiró. «Nos ha mentado. Dijo que nos salvaría, que él mismo se salvaría y, ya ves, ahí lo tienes, en la cruz, muerto. Es uno más y no el Salvador que dijo ser».

Allí estaba. Crucificado en medio de aquel monte. A su lado, otros dos hombres que habían presenciado todo. Ellos también en la cruz. Pero a diferencia de él, sabían que todas las miradas se dirigían al Nazareno, ya inerte, habiendo suplicado al que decía ser su Padre pero que no acudió en su auxilio.

Al pie de la Cruz, varias personas que habían contemplado la escena en

silencio, sin decir una sola palabra. Un hombre y tres mujeres. Éstas, arrodilladas, tenían las manos entrelazadas y parecían rezar, llorar, suplicar que aquello acabase cuanto antes. El hombre, en pie, escrutaba la falda de la ladera. Parecía esperar la llegada de alguien. Miraba una y otra vez para luego volverse hacia la Cruz y fijarse en el hombre que allí estaba. También dirigía a vista hacia las mujeres, que continuaban en silencio.

A lo lejos se divisaba la ciudad. Daba la sensación de haberse sumido en la oscuridad a pesar de que todavía era de día. Pero no se vislumbraba el sol por ninguna parte y el frío se había apoderado de todo el entorno. Fue entonces cuando, agudizando la vista, pudo ver a quien estaba esperando. Era otro hombre que traía una escalera. Al pie de la Cruz había depositada otra. Tardó unos minutos en coronar el monte. Las mujeres, que permanecían arrodilladas, se volvieron casi al unísono cuando sintieron la presencia de la persona que acababa de llegar.

—Nicodemo —dijo con voz trémula el recién llegado—. Ya tenemos el permiso del prefecto. He traído otra escala para que podamos descenderlo mucho mejor.

El hombre a quien le había hablado se acercó hasta él y le puso su mano derecha en el hombro izquierdo.

—José, has tenido mucho valor en ir hasta el palacio para rogar que pudiésemos bajarlo del madero. Pero sólo somos dos hombres y no sé si podremos llevarlo a cabo.

—Claro que sí —respondió mientras se dirigía hacia la base de la Cruz y colocaba, en una acción dificultosa por la altura a la que se situaba el crucero en el que tenía clavados los brazos el muerto—. Lo he visto hacer muchas veces y no creo que tengamos problemas. Además, debemos hacerlo cuanto antes. Tengo también el permiso para trasladarlo a un sepulcro de mi propiedad.

Una de las mujeres elevó la vista hacia el hombre que había llegado y le habló.

—Habrás que cubrirlo.

—No te preocupes —le respondió—. En este zurrón traigo una sábana que nos servirá de mortaja para tu hijo, María.

José de Arimatea, judío y miembro del sanedrín de la ciudad, había acudido, tras consumarse la muerte de Jesús, al palacio del prefecto.

—¿Quién dice que quiere verme ahora?

—Dice llamarse José de Arimatea y que le conocéis —respondió un soldado

romano.

—Está bien, hacedle pasar.

El prefecto de Roma Poncio Pilato estaba en el atrio del palacio, un amplio espacio al aire libre aunque con zonas techadas, ricamente decorado con estatuas que representaban a los distintos dioses romanos, y jarrones que salpicaban de colorido todo el entorno. Desde aquel lugar podía contemplar toda la extensión de tierra que iba hasta el monte Gólgota. Las murallas de la ciudad se divisaban con enorme claridad, así como las casas más bajas de todo el paisaje urbano. Al igual que el gentío que hasta no hacía mucho tiempo allí se había congregado, estaba impresionado por cómo se oscureció el cielo. Tenía algo de frío y mandó que le trajesen una toga más gruesa para resguardarse. Un escalofrío seguía recorriendo su cuerpo. No dejaba de recordar aquella frase que pronunció desde ese mismo lugar dirigiéndose al pueblo: «¿A quién queréis que libere?». Y en su cabeza retumbaban los gritos de la gente. «¡A Barrabás! ¡A Barrabás!». No alcanzaba a comprender por qué, después de todo lo acontecido, el pueblo pedía que muriese quien decía que podría salvarlos de la dominación romana. «Están locos estos judíos. No puedo llevarles la contraria porque podría producirse un altercado público. Veo las caras de los soldados. Están asustados; saben que en cualquier momento, si no doy satisfacción a lo que pide la gente, el motín puede estallar. Y ellos no son suficientes en número para hacer frente a una avalancha de esta magnitud. Poncio, piensa. Pero hazlo rápido. Actúa como el pueblo quiere o si no te encontrarás con problemas, muchos problemas. ¿Qué haría el César en esta tesitura? ¡A Barrabás! ¡Libera a Barrabás! Pero, ¿eso es en verdad lo que queréis? ¿Qué os ha hecho este hombre al que llamáis el Mesías? ¡Barrabás! ¡Libera a Barrabás! Por todos los dioses, ¿qué hago?».

Una voz potente interrumpió sus pensamientos.

—Prefecto, he aquí José de Arimatea.

El hombre se acercó, de manera lenta, hasta él y, elevando el brazo derecho, le habló.

—Ave, Poncio Pilato, prefecto de Roma en Jerusalén.

—Ave, José de Arimatea. Ven, acércate hasta aquí. Dime, ¿qué es lo que te trae por aquí?

José quedó por unos instantes en silencio. No quería que la petición que estaba a punto de hacerle pudiese enojarlo. Un esclavo acudió hasta Poncio Pilato cuanto éste le hizo una señal con la mano y le trajo una copa de vino, de la que bebió con lentitud, esperando a que José de Arimatea hablase.

—Perdonad mi atrevimiento —le dijo—. Vengo a suplicaros un favor.

—¿De qué se trata? —respondió mientras volvía a beber y se limpiaba los labios con una parte de la blanca toga.

—Si no os importa, os ruego que me concedáis el permiso para poder bajar de la Cruz a Jesús de Nazaret y así darle sepultura.

—¿Por qué creéis que debo dároslo? —le espetó con cierto malestar—. ¿Acaso no se trata de un condenado que ha desafiado el poder de Roma? Bien sabéis que quien está en contra del emperador lo paga con la muerte. Este escarmiento debe servir para que nadie ose alzarse contra el César. Y su cuerpo, en la Cruz, expuesto a la vista de todos, disipará cualquier atisbo de conspiración y traición a Roma.

—Lo que decís bien cierto es —respondió el judío—. Y creedme si os digo que de esta muerte han aprendido todos los que pudieran amasar cualquier rencor hacia el emperador. Pero os vuelvo a suplicar que me dejéis enterrarlo.

—¿Por qué tanto interés en ello? No veo más que a un judío que dijo ser el Rey de este pueblo y que, como todos hemos podido comprobar, no sólo no ha contado con el apoyo del pueblo, sino que además no ha venido ejército alguno para salvarlo de la crucifixión.

Tras aquellas palabras Poncio Pilato se levantó y se dirigió hacia la balconada desde la que se divisaba, a la perfección, el monte Gólgota tras las murallas de la ciudad que se extendían desafiantes. Fijó la vista y pudo distinguir la Cruz en la que seguía el cuerpo del Nazareno, el hombre que había intentado saltarse las leyes de Roma.

—Ven aquí, José de Arimatea.

El judío acudió hasta su lado y quedó en silencio.

—Decidme, ¿vosotros creéis que en verdad era el Rey de los judíos y que su Reino, como solía proclamar, no era de este mundo?

El silencio se apoderó de toda la estancia. José de Arimatea sabía que estaba poniéndolo a prueba. Tenía que tener mucho cuidado en la respuesta que le diese puesto que de ella podría deducir que era uno de los suyos.

—No lo sé, prefecto. Lo que sí os puedo decir es que aquel hombre que permanece allí, en lo alto del monte, crucificado, no hizo nada por defenderse de las acusaciones que lo llevaron a la muerte. Y que nunca tuvo palabras de agravio para nadie. A su lado, ahora mismo, está su madre, que espera darle sepultura. A eso he venido hasta vuestra presencia. Si era o no Rey de los judíos, nunca lo podremos saber.

Poncio Pilato se dio la vuelta y se colocó frente a José de Arimatea.

—¿Qué extraño fenómeno han hecho los dioses para que haya anochecido de repente?

—Tampoco lo sé.

—¿Dónde llevaréis el cuerpo?

—Tengo un sepulcro de mi propiedad en la otra ladera del monte, en un pequeño huerto. Si nos os importa, es allí donde su madre puede amortajarlo y dejar que el cuerpo descanse.

Volvió Pilato a mirar hacia el monte. Su rostro denotaba cierta intranquilidad. De nuevo otro escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Crees que he sido injusto con ese hombre? Tú has escuchado al pueblo. Le di la oportunidad de salvarlo y no quiso. Prefirió liberar a ese preso al que llaman Barrabás. Yo sólo he cumplido la voluntad de los judíos.

Aquellas palabras sonaban a José de Arimatea a excusa para lavar su conciencia. Se dio cuenta de que el prefecto estaba nervioso, por lo que volvió a insistir en su petición.

—Habéis obrado como un gran gobernador. No todos tienen la paciencia demostrada al dar una última oportunidad al reo. Por eso, debéis tener la conciencia tranquila y dejadnos que enterremos a ese pobre hombre que, como veis, ha sido abandonado hasta por los suyos. No queda ni uno solo de esos que se proclamaban discípulos de él. Al pie de la Cruz tan sólo se encuentra su madre, acompañada de una mujer a la que llaman María, de Magdala, y otro miembro del sanedrín, al que también conocéis y que me ayudará a bajar el cuerpo: Nicodemo.

—¿Tú eres discípulo del Nazareno?

La pregunta dejó desconcertado a José de Arimatea. Estaba en esos momentos en una encrucijada. Había escuchado la palabra de Jesús; le siguió a algunos lugares donde se reunía con la gente y lo consideraba un hombre bueno que hablaba de amor y de hacer el bien. Nunca se había señalado en este aspecto para no levantar sospechas entre los romanos, sobre todo dado su cargo de decurión¹ y, por tanto, persona que tenía como cometido explotar las minas de plomo y estaño. Estaba bien visto entre los invasores. Era un rico que tenía posesiones y dinero para poder comprar casi todo lo que se le antojase. Pero en su interior, una vez escuchada la palabra de Jesús de Nazaret, anidaba un sentimiento de acercamiento hacia él. Sobrellevó como pudo todo el calvario que sufrió el hijo de su sobrina, pero no quería, por nada del mundo, que todo su pecunio y su posición se fuesen al traste dejándose ver en lugares públicos con aquel que decía ser el Mesías.

—No, prefecto. Sabéis que mi hermano Joaquín es el padre de María, su madre. Es lo que me ha movido para venir hasta aquí y que mi sobrina no sufra más de lo que ya está sufriendo.

Poncio Pilato se retiró de la balconada y volvió a sentarse. De nuevo chasqueó los dedos y el esclavo le sirvió más vino. Bebió de la copa hasta apurarla, depositándola en una pequeña mesa que tenía a su lado. Luego, alargando el brazo derecho, tomó un racimo de uvas que había en una bandeja de plata y comenzó a comérselas. Mientras expulsaba las pepitas al suelo, el prefecto miró con desdén a José de Arimatea.

—Está bien. Podéis bajarlo de la Cruz y enterrarlo. Pero a cambio te exijo algo.

—Decidme.

—Os encargo que hagáis llegar a todos esos que dicen ser sus discípulos el mensaje de que Poncio Pilato, prefecto de Roma en Jerusalén, no dudará ni un solo instante en llevar a cabo lo mismo que hice con su maestro con todo aquel que ose desafiar el poder de Roma.

—Así lo haré, prefecto.

—Bien, id entonces hasta el Gólgota y haced vuestro trabajo.

Nicodemo cogió la escalera que había al pie de la Cruz y la levantó, por la parte trasera de ésta, colocándola en el crucero más pequeño, a la derecha del cuerpo. José de Arimatea hizo lo mismo pero por la parte delantera izquierda. Ambos comenzaron a subir al unísono mientras María y María de Magdala contemplaban, abrazadas y entre sollozos, la escena. Detrás de ellas, María Salomé.

José de Arimatea sacó una gran sábana del zurrón y la entrelazó por el brazo izquierdo de Jesús, a modo de nudo para poder luego desclavarlo. Nicodemo también realizó la misma operación en el brazo derecho. Una vez conseguido el afianzamiento del cuerpo al madero más pequeño, empezó la tarea de retirar los clavos de las muñecas. José de Arimatea tenía muy cerca el rostro, desfigurado, de su sobrino nieto. Le impresionó la gran corona de espinas que llevaba sobre la cabeza y que hacía que, todavía, la sangre corriese por su faz, buscando los surcos del pecho para ir a morir en la enorme herida que, horas antes, le había abierto en el costado el tribuno al que llamaban Longinos con su pilum. Comprobó, igualmente, cómo los brazos aparecían vencidos por el peso del cuerpo y cómo los clavos hundidos en las muñecas desgarraban la carne. Y coronando aquella escena, un cartel en la parte superior del madero, por encima de la cabeza del hombre ya muerto: I.N.R.I., «Jesus Nazarenius Rex

Iudearum», escrito también en hebreo y griego. José de Arimatea recordó entonces las palabras de Poncio Pilato cuando fue a rogarle que le dejase enterrar a Jesús. «Poncio Pilato, prefecto de Roma en Jerusalén, no dudará ni un solo instante en hacer lo mismo que hice con su maestro con todo aquel que ose desafiar el poder de Roma». Ese papiro lo dice todo. Ahora comprendo por qué puso tanto empeño en amar a los demás, en que nos amásemos los unos a los otros como Él nos amó. ¿Y de qué ha valido? Has conseguido ser Rey, como te proclamaste a los ojos de todos. Galilea te aclamó y se fue contigo, te siguió y ahora te ha visto morir. Lo has hecho como cualquiera de nosotros, sufriendo y siendo vejado, humillado. Nos has enseñado que por encima del poder terrenal hay otro, mucho más grande, infinito, al que nada ni nadie puede vencer. Nos lo has demostrado con el mejor de los ejemplos, el tuyo. Tú te has dado sin oponer resistencia. Qué fácil hubiese sido hacer uso de ese poder del Padre e instaurar en la Tierra tu Reino. Pero has preferido otro camino, el de cualquier ser humano. ¿Por qué? Supongo que cuando pasen los años, cuando la Humanidad sea otra, lo comprenderemos. Quizá en esa Eternidad que nos dijiste existía al lado de quien es el Dios verdadero y único. Aquí estamos, Jesús, intentando que sigas vivo en nuestros corazones. En verdad eres Jesús Nazareno, el Rey de los Judíos, el Rey de la Humanidad».

Manaba todavía la sangre y hubo un momento en el que tuvo que retirar la vista para no vomitar. No podía evitar pensar en el sufrimiento de aquel hombre durante tanto tiempo. Empero, seguía fijándose en esa especie de casco que conformaban las espinas. «¿Cómo se lo quitaremos para no destrozarle el cuero cabelludo?», pensaba mientras que, con unas tenazas, intentaba sacar el enorme clavo de la muñeca izquierda.

Miró a Nicodemo. Ya había conseguido extraer el clavo y estaba apoyado en el madero, anudando más fuerte el lienzo para que el cuerpo no se fuese hacia delante. La cara de su amigo lo decía todo: estaba blanco, los labios secos e intentaba, mal que bien, mantener el equilibrio en aquella escala que en cualquier momento podía irse para atrás y hacerle caer.

Al cabo de un rato consiguió él también sacar el clavo. Imitó a Nicodemo y apretó la sábana de aquel lado. Luego, de manera lenta, fue bajando algunos escalones hasta que quedó a la altura de los pies. Éstos también estaban clavados justo por el centro, y el clavo, de dimensiones mucho más grandes que los de las muñecas, atravesaba los dos. Aquí la visión era mucho peor que arriba. Antes de comenzar con el trabajo alzó la vista y, de nuevo, se encontró

con el rostro de Jesús, totalmente caído. Los hombros parecían que iban a salirse de la piel. La caja torácica, prácticamente empapada de sangre, aparecía deformada por el gran castigo recibido antes de ser crucificado. Pero en su cara, en el semblante, se adivinaba cierto aire de dulzura. «Espero que el dolor haya hecho que no se diese demasiada cuenta de lo que estaba sufriendo. Llega un momento en que parece que no le sucede nada a uno. He visto morir a muchos hombres de esta manera pero sin haber soportado lo que Jesús de Nazaret. Si el Dios que proclamabas como tu Padre y Padre de todos nosotros ha permitido todo esto, tiene que ser porque hay algo muy grande más allá de la vida. Tu palabra nos ha hecho recapacitar a todos y nadie ha podido encontrar en ella ni un atisbo de insurrección contra Roma. Entonces, ¿por qué Dios ha querido que murieses de esta forma? ¿No eras el Enviado, el Mesías, para salvarnos y redimirnos a todos? ¿Qué va a suceder a partir de ahora? ¿Qué harán tus discípulos? ¿Y tu madre? Ahí la tienes, mirándote, compadeciéndose de sí misma pero sin dejarte ni abandonarte. En cambio, tú sí que nos has abandonado. Nos has dejado aquí, en esta tierra que es la tuya pero que ahora está huérfana de ti. ¿Y todas aquellas palabras que nos dijiste en campos y riberas, o a la orilla del mar? Pescador de hombres dijiste que eras y te creímos. Sanaste a quien te lo pidió y caminaste entre las aguas sin hundirte ni ahogarte. Pero ahora, ¿de qué ha valido todo ello? ¿Y ese ejército de otro reino, de otro mundo, dónde está? ¿Por qué no ha acudido en ayuda tuya? ¿Por qué te ha dejado aquí, solo en la Cruz, sin nadie que diga que en verdad eres el Rey de los Judíos? ¿En qué debemos creer, Jesús? ¿En quién?».

Por fin consiguió sacar el clavo de los pies. Fue entonces cuando el cuerpo inerte se balanceó de un lado a otro. Por fortuna, las sábanas lo sujetaron bien. Descendió entonces José de Arimatea hasta el suelo y tomó la escala para colocarla por la parte trasera de la Cruz. Al darse la vuelta se encontró frente a las dos mujeres.

—Tranquila, María. Tu hijo estará contigo en unos instantes.

Subió hasta la parte superior del crucero. Miró a Nicodemo, que seguía esperando.

—Está bien. Vamos a bajarlo. Ve aflojando la sábana para que el cuerpo vaya hacia abajo. Pero con mucho cuidado para que no se nos caiga.

María y María de Magdala se colocaron justo debajo. Los pies de su hijo estaban un poco más altos que su cabeza. Ella, en aquel momento, también contempló el rostro de Jesús. Pensó que estaba dormido, que no muerto. Había dulzura en su expresión, tal y como había visto José de Arimatea. María de

Magdala estaba situada justo detrás de ella. María alzó los brazos esperando recibir a su hijo.

José de Arimatea y Nicodemo comenzaron a descender el cuerpo. Lo hicieron lentamente, con sumo cuidado como había dicho el decurión. El balanceo no era demasiado fuerte pero parecía que se iba a desmadejar. María tomó a Jesús por la parte trasera de las piernas, por debajo de las rodillas, apretándolo con fuerza. Le ayudó entonces María de Magdala. Poco a poco el cuerpo fue siendo descendido hasta que ella pudo cogerlo a la altura de las axilas. En un momento dado, la coraza de espinas que recubría la cabeza del Nazareno chocó contra la frente de María. Una de las espinas se clavó levemente y algo de sangre quedó impregnada en la misma. José de Arimatea se dio cuenta desde arriba. Era una espina que sobresalía más que las otras. Era más grande y, si cabe, más puntiaguda. Le llamó poderosamente la atención porque se tiñese de sangre enseguida. Entonces comprobó que, a pesar de incrustarse en la cabeza, ninguna de las otras espinas tenía sangre.

La madre no hizo ningún gesto de dolor. Al contrario. Ya con el cuerpo en su regazo, lo abrazó y pareció acunarlo. El sudario que cubría sus partes pudendas estaba completamente ensangrentado, manchando el ropaje de María. Así permaneció durante un tiempo, mientras que Nicodemo y José de Arimatea bajaban de las escalas. La mirada de ella estaba fija en el rostro del hijo. Lo contemplaba como la que ve a un niño dormido, a punto de despertar. La espina tenía la sangre que había brotado de la frente de María. Fue entonces cuando María de Magdala se dio cuenta de que ella estaba herida. Tomó un pequeño paño y lo apretó contra la frente. María no se movió. Arrodillada, sólo quería tener al hijo entre sus brazos.

José de Arimatea llegó a su altura. Con cuidado, comenzó a desprender aquel casco de espinas de la cabeza de Jesús. Se ayudó de las tenazas que antes habían servido para extraer los clavos. No era tarea fácil y lo que no quería, por nada del mundo, es que aquel casco provocase más destrozos. Tras unos momentos de incertidumbre consiguió su propósito. Y justo antes de darle la corona a Nicodemo para que la envolviese, apretó las tenazas por la parte inferior de la espina que se había clavado en la frente de la Virgen y la arrancó. La cogió con delicadeza y se la guardó en el zurrón.

Posteriormente, cubrieron el cuerpo con una de las sábanas que trajo José de Arimatea. Y con un pequeño sudario el rostro de Jesús. Al momento ambas prendas se empaparon de sangre. Sin embargo, todos los allí presentes no hicieron nada por evitar esta situación. Una vez estuvo el cuerpo

perfectamente amortajado, José de Arimatea lo cogió por la parte de las axilas mientras que Nicodemo hizo lo propio por debajo de las rodillas. Las mujeres también ayudaron. El traslado se hizo en silencio. Nadie de los presentes hablaba. Nadie quería decir nada. El cielo continuaba oscurecido.

Fueron bajando por la parte de la ladera donde se encontraba el pequeño huerto. Allí había excavadas varias grutas, casi todas ellas destinadas a sepulcros. José de Arimatea, hombre pudiente, tenía uno de su propiedad que era nuevo, esto es, no había sido usado todavía. El sepulcro no era demasiado amplio, pero sí lo suficiente para albergar más de un cuerpo. Estaba rodeado de arbustos que hacían que quedase algo escondido y así evitar el pillaje de los ladrones, que solían profanar estos sitios en busca de joyas y enseres de los muertos. La entrada tampoco era demasiado grande, algo fundamental a la hora de cegarla.

Hasta allí llegó el cortejo. De manera cuidadosa, introdujeron el cuerpo de Jesús de Nazaret. Lo depositaron en una especie de mesa elevada del suelo. Cuando quedó colocado, todos salieron de nuevo al exterior. Antes, María, su madre, había vuelto a descubrir el rostro. Se quedó mirándolo por unos instantes, como esperando a que, de un momento a otro, fuese a abrir los ojos y entonces quedase consumado todo lo que proclamó en vida.

José de Arimatea, previendo que los ladrones podrían acudir a robar, buscó por los alrededores una piedra de grandes dimensiones que pudiese obstruir la entrada al sepulcro. Era normal que por aquella zona hubiese bastantes, habida cuenta de que eran muchas las grutas distribuidas por la ladera del monte. Los enterramientos estaban prohibidos de murallas para adentro y este lugar estaba fuera de la ciudad propiamente dicha, si bien era considerado parte de ella aunque extramuros.

Con la ayuda de Nicodemo la hicieron rodar hasta la entrada y la colocaron justo delante. Fue un trabajo esforzado porque la enorme piedra estaba pasado el sepulcro, por lo que hubo que empujar cuesta arriba.

El silencio continuaba instalado en el ambiente. Los arbustos que había alrededor contrastaban con la aridez en la cima del Gólgota. Al cabo de un rato, comenzaron a dispersarse todos los que habían trasladado el cuerpo hasta el sepulcro. Una sensación de vacío inundaba todo el espacio. María de Magdala volvió a mirar la frente de María, la madre del Nazareno.

—Ya no te sangra la herida —le dijo.

—No te preocupes. El dolor que tengo es otro. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar, como nos dijo. Esperar.

José de Arimatea estuvo deambulando por la ciudad por espacio de varias horas. Intentaba en todo momento poner en orden lo acontecido. «¿Cómo es posible que haya muerto? Nos dijo a todos que su Reino no era de este mundo, pero no que fuese a morir. Y eso de que resucitará de entre los muertos, ¿cómo creerlo?».

La noche se había apoderado de las calles. Llegó a su casa. Una pequeña lámpara de aceite alumbraba la entrada. Era una de las edificaciones que estaban en la parte alta de la ciudad y que evidenciaban el poder económico y social de quien la habitaba. Un pequeño camino conducía hasta la parte principal, donde se abría un atrio de características romanas si bien la casa contenía elementos judíos. No quería, de esa forma, alejarse de las tradiciones de su pueblo aunque estuviese a las órdenes de los romanos.

Nadie por los alrededores. En la puerta le esperaba uno de sus sirvientes, un hombre mayor que él. Sostenía en su mano derecha otra lámpara de aceite con la que iluminaba el sendero por el que iba su amo. Al llegar a su altura, lo miró con detenimiento.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo en mi casa, Juan?

—No lo sé, mi señor. Le conozco desde siempre, me parece. Lo he visto nacer, crecer y prosperar en esta vida. Y ahora lo veo preocupado.

—Así es. ¿Tú no lo estás?

—Lo mismo. Él tenía que haberse rebelado y no lo hizo. No alcanzo a comprender qué es lo que ha podido ocurrir.

No respondió esta vez José de Arimatea. Anduvo por el atrio hasta llegar a un amplio salón. Una vez dentro, dejó el zurrón en una mesa y se acercó hasta un cuenco que contenía agua. Bebió con ansiedad. Hasta ese momento no se dio cuenta de que tenía mucha sed. Y se acordó de cuando al maestro le dieron a beber vinagre y hiel al decir que tenía sed. Se sintió derrumbado. «Yo sólo he tenido que alargar la mano y llevar hasta mi boca este agua fresca. Él, en cambio, tuvo sed y no le dieron de beber. ¿Hasta qué punto hemos llegado? ¿Por qué ha muerto, por qué?»

Se sentó en un taburete y, apoyando los codos en la mesa, se puso las manos en la cara, como no queriendo ver nada. De pronto, se acordó del zurrón y de la espina que había guardado cuidadosamente. Lo abrió y sacó aquel objeto. Permanecía manchado de la sangre de María, la madre del Nazareno. Cogió la espina y estuvo contemplándola durante varios segundos. No alcanzaba a comprender cómo aquel hombre había podido aguantar tanto dolor. Lo vio, destrozado, subiendo la ladera del Gólgota camino de su muerte. No podía con

el peso del madero y en ningún momento se quejó. Cayó por tres veces pero se levantó siempre. ¿Qué fuerza sobrehumana tuvo para poder seguir y no desfallecer hasta estar clavado en la Cruz?».

Fijó nuevamente la mirada en la espina que tenía entre sus manos. Buscó con la vista, por distintos lugares de la estancia, algún trapo. Cerca de un odre divisó uno. Se levantó, lo cogió y, estirando fuertemente, rompió un pedazo. En él, con sumo cuidado, envolvió la espina. Luego se dirigió a otra habitación. Era su alcoba. Allí tenía un pequeño cofre de madera. Lo abrió y depositó aquel objeto. «Te he seguido mientras has estado vivo pero he procurado que no me vieses demasiado contigo por temor a los romanos. He sido un cobarde y no puedo por menos que sentirme mal. Ahora me doy cuenta de que debía de haber hecho frente, como los demás, y no esconderme. Eres parte de mi familia y te he fallado. Yo, José de Arimatea, un miembro del Sanedrín, decurión y hombre rico de Jerusalén, no he sabido estar a la altura de tus deseos y, lo que es más imperdonable, decir a los cuatro vientos que he sido discípulo tuyo. Pero eso se puede arreglar. Ya has muerto, pero seguiré tus enseñanzas. Tu palabra es la Palabra para mí. Al igual que quienes han confiado en ti y en todo lo que has predicado, intentaré a partir de ahora expandir tus enseñanzas a todo aquel que me quiera escuchar. Y llevaré conmigo, siempre, esta espina que arranqué de la corona que te pusieron quienes, temerosos de que todo lo que has promulgado sea verdad, te colocaron para reírse de ti y menospreciarte. Ella lleva la sangre de tu madre, y ella estará en todo momento a mi lado para recordarme, cada vez que la contemple, que tu muerte ha servido para redimir a los hombres. Allá donde quiera que vaya, la espina vendrá conmigo y nunca, nunca se separará de mi lado. La guardaré como si de un preciado tesoro se tratase».

Cerró cuidadosamente el cofre y lo tomó entre sus manos. Lo llevó hasta la estancia principal y lo introdujo en el zurrón que había llevado durante la muerte de Jesús. Bebió un poco más de agua y luego, con la que quedaba en el cuenco, se refrescó la cara.

Sonó un golpe en la puerta de la casa que le asustó. Era ya tarde y no se oía a nadie por las calles. Pensó, por unos instantes, que se trataba de soldados romanos que venían a apresarle. «Quizá el prefecto Poncio Pilato se haya arrepentido de haberme dado permiso para enterrar el cuerpo y ahora quiera que se lo devuelva. ¿Qué haré?».

Al cabo de unos segundos entró en la estancia Juan, su sirviente.

—Amo, es Simón Pedro, que viene a verle.

José de Arimatea se sorprendió de la presencia de Pedro en su casa.

—Hazlo pasar.

Al momento entró. Vestía una túnica color beige y un cíngulo que la ajustaba a la cintura. Su barba blanca y larga contrastaba con la calvicie.

—¡Pedro!

Le abrazó. Era uno de los discípulos del Nazareno. Estaba demacrado y su rostro dejaba ver a las claras que había estado llorando.

—Pasa a mi casa, te lo ruego.

Se sentó en el taburete que había ocupado momentos antes José de Arimatea. Éste se acercó hasta el lugar donde estaba el odre con vino. Extendió su brazo y se lo ofreció. Pedro bebió con avidez por espacio de un rato. También tenía sed, mucha sed. Tras calmarla con el líquido elemento, por fin habló.

—José, estoy perdido.

—¿Por qué dices eso?

—Renegué del maestro hasta por tres veces, tal y como él vaticinó. Y no he tenido el suficiente valor para enfrentarme a los soldados romanos. Y ahora... está muerto. Ha muerto. Y yo no he sido capaz de estar a su lado, cuando más me necesitaba.

—No digas eso, amigo mío. Él sabe todo lo que has hecho mientras vivió. Tú eres uno de los elegidos para propagar su Palabra, sus enseñanzas, su amor por el prójimo.

—¿De qué manera? ¿Habiendo huido y dejándolo solo? ¿Es así como voy a extender su Palabra?

—¿Tú crees en lo que nos dijo?

—¿A qué te refieres?

—A que resucitará de entre los muertos.

Pedro quedó en silencio. Volvió a beber otro trago del odre.

—¿Y tú?

No dijo nada José de Arimatea. Abrió el zurrón y sacó el cofre. Extrajo de él el trapo y lo desenvolvió. Tomó la espina y se la enseñó a Pedro.

—¿Qué es esto? —preguntó el discípulo con curiosidad.

—Una de las espinas que conformaban el casco con el que los soldados romanos coronaron al maestro.

—¿Y por qué me la enseñas?

—La arranqué porque se clavó en la frente de María, su madre, cuando descendíamos el cuerpo de la Cruz. Como ves está manchada de sangre. Es sangre de ella.

—¿Y qué quieres decirme con ello?

—Que igual que la sangre permanece en esta espina, la Palabra de Jesús también permanecerá. Si Él nos ha dicho a todos que resucitará, es porque será así. Sólo tenemos que esperar. El maestro está enterrado en un sepulcro de mi propiedad. Me dio permiso el prefecto Poncio Pilato para que pudiésemos darle sepultura. Así lo hemos hecho hace unas horas. Es por ello que sólo hay que esperar, como te he dicho y como Él nos dijo a todos nosotros. Esta espina simboliza esa resurrección. A pesar de estar seca, de proceder de un matorral que sólo puede causar dolor a quienes a él se acercan, la sangre derramada por su madre viene a decirnos que todo puede reverdecer. Y si Jesús dijo que resucitaría de entre los muertos, es porque será así.

Pedro quedó en silencio. Contempló durante un rato la espina. Incluso llegó a tocarla. La sangre ya estaba seca pero permanecía en ella. Luego, se levantó del taburete y se dirigió hacia la puerta.

—José, voy con mis hermanos. Te haré caso. Entre todos, esperaremos a su resurrección.

—Así lo haré yo también.

Se abrazaron. José de Arimatea quedó en el dintel de la puerta viendo cómo se alejaba Pedro. Luego, nuevamente, guardó con mimo y cuidado aquella espina que había estado en las sienes de Jesús de Nazaret.

—Juan —llamó al criado.

—Mi señor dirá.

—Son muchos los años que llevas a mi lado, tal y como me dijiste antes. A partir de esta noche, eres un hombre libre. Puedes ir donde te plazca.

El hombre no respondió. Avanzó lentamente hacia José de Arimatea y cuando ya estaba a escasos centímetros de él, se arrodilló y tomó las manos de su amo.

—¿Dónde iré, mi señor? ¿Acaso no comprendéis que mi sitio está aquí, junto a vosotros? Yo también soy seguidor del Nazareno. Lo sabéis. Ahora, más que nunca, quiero dar a conocer sus enseñanzas. No puedo irme así como así de Jerusalén.

—Yo marcharé de aquí, mi fiel amigo.

—Os ruego que me dejéis acompañaros. Sé que queréis propagar la Palabra de Jesús, que iréis por el mundo si hace falta. Se os nota en la mirada y en las palabras que habéis mantenido con Simón Pedro. Quiero estar a vuestro lado y ayudaros, en la medida de mis posibilidades, en vuestra tarea.

José de Arimatea tiró de las manos de Juan e hizo que éste recobrase la total

verticalidad. Entonces ambos se fundieron en un abrazo.

—Juan, Juan —le dijo—. Mi fiel amigo que nunca tuvo una respuesta negativa a todas mis peticiones. Me conoces como si fueses hermano mío. O mejor, mi padre. Has comprendido que no puedo permanecer aquí, en Jerusalén, después de todo lo que ha sucedido. A partir de mañana me ayudarás a vender mis posesiones. Quiero un precio justo y equitativo, no lucrarme con ello. Una vez que me haya despojado de todo cuanto en esta ciudad poseo, marcharé. Y tú vendrás conmigo si ése es tu deseo. Ahora, voy a descansar un rato. Prepara todo para que mañana, a primera hora, comencemos a trabajar.

No intercambiaron palabra alguna más. José de Arimatea se fue hasta sus dependencias y se echó en la cama. Quedó boca arriba, intentando ordenar en su mente todas las secuencias que había vivido en los últimos días. Y en todas aparecía Jesús de Nazaret, su rostro. Primero vivo, yendo camino de aquel monte. Luego expirando y, más tarde, muerto. Se quedó con la mirada dulce que desprendía su faz una vez entregada su alma al Padre. Y con aquella imagen el cansancio pudo definitivamente con él, quedándose sumido en un profundo sueño.

¹ Decurión: Oficial a caballo del Ejército romano

II

Afuera de Jerusalén, año 326 d.C.

La caravana se detuvo a unas pocas leguas de la ciudad. El cortejo estaba conformado por casi un centenar de carruajes. La luz del atardecer dibujaba en lontananza el paisaje de Jerusalén. Podían divisarse desde allí las poderosas murallas que se extendían por todo el contorno de la ciudad, haciéndola mucho más grande de lo que era, y atisbarse a las gentes entrando por la puerta principal. Anochecería pronto y había que abandonar el campo para no ser pasto de los forajidos, delincuentes y asaltadores de caminos. Acababa la jornada y los puestos y tenderetes esparcidos por la llanura aledaña a la urbe se habían ya desmontado. Lo que horas antes fue un lugar tumultuoso, un mercado increíble en el que se podía comprar cualquier cosa u objeto, ahora aparecía vacío, abandonado. Sería así durante la noche. Al día siguiente, no más despuntase el sol, aquellas tiendas y puestos volverían a rebotar algarabía, jolgorio, riñas incluso en las discusiones por el precio de la mercancía. La guardia solía vigilar pero, ante la presencia de cientos, miles de personas, era poco menos que imposible tener a todos controlados. No era raro el día que alguien aparecía muerto por mor de una pelea, un robo u otras cuestiones variopintas. Es lo que tenía ser una ciudad de proporciones descomunales que se extendía a lo largo y ancho de la meseta y se ofrecía al visitante acogedora en muchos aspectos, tentadora en otras muchas, sobre todo cuando el sol se perdía por el horizonte, pero también insegura y peligrosa en otros tantos.

Uno de los soldados que iba en la retaguardia del cortejo espoleó al caballo, que dio un respingo y, levantando las manos y relinchando, avanzó al galope hasta situarse a la altura de la que parecía ser la carroza principal de la larga comitiva. Desmontó y llegó hasta el pescante, donde permanecían sentados otros dos soldados. Esperó sin decir nada. La carroza había parado su marcha. Al cabo de unos segundos la puerta se abrió. Por ella, de manera dificultosa, apareció una mujer, vestida con ropajes de una gran dama y que hizo que todos permaneciesen en actitud de firmes. Tendría unos ochenta años, edad poco habitual en aquella época. Pero el porte era extraordinario. La mirada, desafiante, no se posaba en nadie y en todos a la vez. A diferencia, ninguno de

los presentes se atrevía a elevar la vista. Una leve inclinación de sus cabezas denotaba respeto, sumisión si cabe.

El soldado recién llegado hasta la carroza —sin duda, uno de los mandos de la expedición por la coraza de cota de mallas que recubría su cuerpo y el vistoso penacho de su reluciente casco a pesar del viaje, además del gladius a la cintura— se adelantó y, con una reverencia, tendió su mano derecha para que la mujer se agarrase a ella y pudiese descender. Bajó las escalinatas situadas justo debajo de la puerta y, ya en tierra, dirigió la vista hacia la ciudad.

—¿A cuánto estamos de Jerusalén? —preguntó al soldado.

—A unas dos horas, más o menos, mi señora.

—Ya habrá anochecido entonces cuando lleguemos hasta las murallas.

—Así es.

Avanzó unos pasos y se colocó delante de la carroza. El cortejo estaba conformado por una veintena de carromatos y unos dos centenares de soldados a caballo, más o menos cuatro centurias, más otros tantos que iban a pie. Igualmente, numerosos siervos se distribuían alrededor de las diligencias. Muchos de ellos llevaban animales, caso de cerdos, cabras, vacas, burros, mulas, gallinas y algún que otro buey. También perros que iban de un lado para otro y que iban contagiándose sus ladridos cuando pasaban galopando soldados. En la parte trasera de los carromatos situados en la parte trasera de la comitiva podían verse también niños y jovencuelos. Una expedición que contaba, entre soldados y siervos, con casi un millar de integrantes. Todos permanecían expectantes ante la presencia de la mujer.

De la misma carroza bajó otra mujer, también vestida con caros y vistosos vestidos. Se tratada de la sirvienta de confianza de la primera. Se acercó hasta el lugar donde se encontraba su ama y se colocó justo unos dos pasos por detrás. Esperó, al igual que todos, que fuese ella quien hablase.

—General —dijo al fin—. Nos quedaremos en este lugar hasta que amanezca. No quiero entrar de noche en Jerusalén. Di a tus hombres que comiencen a levantar el campamento para descansar. Y envía a la ciudad a una avanzadilla para anunciar mi presencia.

Luego, volviéndose hacia la joven que le acompañaba, se dirigió a ella para darle también órdenes.

—Livia, quiero que se instale mi tienda en aquella zona —dijo señalando una pequeña loma en la que se levantaba un gran y frondoso árbol—. Preparad todo cuanto antes. Quiero tomar un baño antes de comer algo y descansar.

—Se hará como dice mi señora.

Al momento comenzó la mujer de confianza de la emperatriz a hablar con los sirvientes. Empezaron las labores de montaje de las tiendas. Los soldados, por su parte, cavaron trincheras para instalar el campamento y los puntos de vigilancia. Aunque el destacamento era amplio y no había peligro de que fuesen sorprendidos o asaltados por los merodeadores de caminos, toda precaución era poca, máxime teniendo en cuenta que quien viajaba al frente de aquella comitiva era nada menos que Flavia Iulia Helena, madre Constantino I el Grande, emperador del Impero Romano de Oriente y Occidente.

El viaje desde Bizancio había sido largo y pesado, si bien no tuvieron ningún contratiempo destacable. La expedición partió en perfectas condiciones y hasta llegar a las puertas de Jerusalén todo discurrió con normalidad. Llevaba consigo a los mejores hombres disponibles. Soldados aguerridos, curtidos en la batalla, expertos en situaciones peligrosas e incluso límites. La grandeza del Imperio radicaba en el poderío de sus centurias y cohortes y es por ello que en aquel viaje no se escatimaron contingentes. Constantino quería que su madre tuviese todo lo necesario para poder conseguir lo que iba buscando. Él mismo se mostraba ilusionado con la iniciativa tomada por su madre y los planes que le contó desde que supo de su existencia.

Helena quería a toda costa llegar cuanto antes. Había preparado la expedición con sumo cuidado durante varios meses. Su hijo la despidió deseándole que su objetivo se viese cumplido. Y ella sabía que estaba ya próximo el desenlace de todo. Había esperado durante mucho tiempo este momento. Vivía para poder alcanzar lo que estaba a punto de conseguir. No fue fácil programar este viaje, sobre todo porque no quería que quedase ni un solo cabo suelto. Pero estaba convencida de que su misión tendría el éxito con el que había soñado. Se encontraba preparada para que su hallazgo diese los frutos deseados. Sabía, incluso lo había soñado en varias ocasiones, que volvería a Bizancio con lo que iba buscando. Por eso, cuando quedaba muy poco para cruzar las puertas de la ciudad, prefirió esperar un día más. A la ansiedad por llegar se unía ahora, sin embargo, una sensación de placidez tremenda. Ya estaba allí y es por ello que no le importaba esperar. Quería entrar de día, con el sol fuera. En aquel momento ya le estarían esperando y, descansada, podría iniciar la búsqueda mucho mejor. Estaba decidida a que fuese enseguida. Le acompañaban personas de la máxima confianza que facilitarían el trabajo.

Estuvo andando por el lugar durante un tiempo. A pesar de que le

aconsejaron que entrase de nuevo en la carroza hasta que quedase montada su tienda, prefirió pasear. La temperatura era agradable por aquellas calendas de mayo. Sintió curiosidad por cómo se desarrollaban las labores que cada uno tenía encomendadas en esos instantes. Vio a los soldados, fuertes todos, levantando incluso una pequeña empalizada, así como una atalaya para la vigilancia nocturna. Sincronización en todos sus movimientos. Sabían lo que tenían que hacer y cada uno ejecutaba su trabajo de manera milimétrica. En más de una ocasión tuvo que decir a legionarios que continuasen con su labor y no adoptasen la posición de firmes a su paso.

Lo mismo ocurrió con la plebe. La orden dada por la emperatriz hizo que todos comenzaran a instalarse. Estaban algo más lejos que la soldadesca, en un lugar más apartado. Algunos habían comenzado a encender hogueras para preparar la comida. En pocos minutos aquella zona se convirtió en una especie de ciudad flotante donde podían escucharse las conversaciones: risas de los adultos, gritos de los más pequeños que correteaban y esquivaban a los animales que pastaban ya tranquilamente; el ruido de las cacerolas; el ir y venir del arroyuelo cercano para recoger agua... se sintió bien Helena. «Al fin y al cabo, me acompañan en una misión que será grandiosa para los cristianos. Quién sabe lo que nos depara el destino. Ellos tienen la inmensa suerte de tener un techo en el que cobijarse, ganar su jornal y servir al emperador. Y además, ahora, pueden ser testigos de un hecho trascendental para el devenir de la Historia. Muchos no son conscientes de lo que estoy a punto de descubrir. Será precisamente la Historia quien lo diga en los siglos venideros. Pero quien me tiene que juzgar es Él, el Todopoderoso. Por Él estoy aquí, presta y dispuesta a seguir engrandeciendo su nombre, llevándolo por cualquier confín del mundo si hace falta. Ha sido largo el viaje, muy largo, pero habrá valido la pena si, a partir de mañana, encuentro lo que busco».

Se detuvo entre unos cuantos carrromatos que formaban un círculo. En medio de ellos, una gran hoguera expulsaba como lenguas de fuego sus llamas. Se estaba a gusto cerca de ella. Varias ollas desprendían un olor sabroso que hizo que sus entrañas se retorciesen. Se dio cuenta de que tenía hambre.

Contemplaba aquello sin que los siervos advirtiesen su presencia por estar atareados disponiendo todo para la noche, cuando sintió la presencia de alguien a su lado. Se volvió de forma repentina y se encontró con un joven. Aparentaba unos quince o dieciséis años. Espigado y fuerte, se le veía resuelto, despierto. Llevaba una túnica de color azul, raída por la parte de abajo, que dejaba al descubierto su hombro derecho hasta casi la altura del

pecho. Su cabello revuelto, rubio, le confería, quizá, mayor edad de la que tenía. Se le veía desenfadado y, sin lugar a ningún tipo de dudas, no sabía quién era aquella mujer a la que se había acercado con curiosidad.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó con cierto aire de indiferencia.

—¿Y tú? —respondió él de forma resuelta.

Helena quedó perpleja. No alcanzaba a comprender que uno de sus súbditos no supiese que aquella mujer era la emperatriz. Nada más que con observar su porte y su vestimenta tendría que haber sido suficiente para que se diese cuenta de que estaba ante la madre del emperador Constantino I el Grande. Empero, aquella respuesta en forma de pregunta por parte del joven le llamó la atención pero, en cierta medida, no le disgustó. Es más, se dio cuenta de que, por unos momentos, también ella podía pasar desapercibida. Y eso que no llevaba nada para ocultar su prestancia de gran dama, de emperatriz del Imperio romano de Oriente.

—Flavia Iulia Helena —le dijo en un tono mucho más amable.

—Antonino —soltó él de manera brusca—. Antonino Quintus.

—¿Qué edad tienes, Antonino?

—Diecisiete, casi dieciocho. ¿Y tú?

De nuevo quedó sorprendida por la respuesta última en forma de pregunta. Estaba claro que aquel muchacho no sabía con quién estaba hablando. De otra manera no se hubiese atrevido a acercarse y, mucho menos, a dirigirse a ella de forma tan directa. Aquella situación, en todo caso, estaba empezando a gustarle a la emperatriz.

—No creo que llegues a adivinarla nunca. ¿Cuántos piensas que tengo yo?

El chaval la miró de arriba abajo, con el mismo desparpajo que había respondido y preguntado. Luego, sin pensárselo dos veces, dio una vuelta alrededor de la mujer para pararse de nuevo frente a ella.

—Pasas de los setenta, eso seguro. Lo que no sé es si has cumplido ya los ochenta. Eso me lo tendrías que decir tú. ¿Dónde está tu carronato?

Definitivamente, aquella situación le gustaba sobremanera a la emperatriz. Se sentía una más en medio de aquel campamento que era suyo. Ella, que podía disponer de todos y cada uno de los que allí se encontraban, se veía ahora despojada de sus atributos merced a un muchachito tan insolente como gracioso que, evidentemente, se salía de los parámetros normales. No estaba ayudando a levantar el campamento, ni había ido a recoger leña o agua al riachuelo. «Curioso todo», se dijo para sí Helena.

—Allí, más adelante —dijo señalando a su carroza.

El chiquillo fijó la vista a la par que se elevaba sobre las puntas de los dedos de sus pies para divisar mejor donde había señalado la mujer. El sol comenzaba a ocultarse y un leve aire hacía que la temperatura fuese ahora algo más fresca.

—Vaya, es de los buenos. Debes de ser una de las sirvientas de la emperatriz. Pero, por tu edad, supongo que te dedicarás a labores más livianas.

Eso sí que no lo esperaba. Hubiese previsto cualquier respuesta menos aquella. La situación era tan fascinante que decidió seguirle el juego.

—Has acertado de pleno, Antonino. Tu nombre es romano.

—Mis padres proceden de allí.

—¿Querías ver en persona a la emperatriz?

—La vi una vez, pero era muy pequeño, casi no me acuerdo de ella. Sé, por lo que me han dicho mis padres, que es una gran señora y que su belleza no tiene paragón con ninguna de las mujeres de Bizancio.

—¿La reconocerías ahora?

—No creo. Además, debe estar más mayor que cuando la vi pasar. Supongo que su edad será ahora de unos cincuenta años.

No salía de su asombro a cada respuesta del chaval. Ahora era ella quien quería saber cosas de ese muchacho avisado como nadie y que, sin duda alguna, le estaba poniendo a prueba.

—¿Te gustaría venir conmigo donde ella se encuentra? La podrías ver de nuevo y ver si ha cambiado desde entonces...

Antonino miró hacia el lugar donde estaba el carronato de sus padres. Vio a su madre preparando la comida. Junto a ella, su hermana pequeña, que jugaba con unas piedras diminutas. Más a lo lejos, su padre acarreaba a uno de los dos mulos que poseían mientras su hermano, más joven que él, iba montado en los lomos de animal.

—Está bien. Ahora no tengo nada que hacer.

Echaron a andar camino de la carroza. Pasaron por otra docena de carronatos que tenían similar disposición a la de sus progenitores y llegaron a la altura del campamento militar. Los soldados prácticamente habían concluido con la empalizada y la atalaya se alzaba desafiante. En lo alto ya se encontraba un vigía. Los corrillos que formaban los legionarios llamaron la atención del chaval, al que se le agrandaron las pupilas. Las corazas dispuestas y ordenadas, los cascos, los pilums² y gladius³ se esparcían alrededor de ellos que, de manera distendida, bien comían, bien jugaban a los

dados.

—¿Te gusta la carrera militar?

No respondió Antonino, que seguía contemplando aquellas escenas que se sucedían conforme avanzaban hacia el lugar que le había indicado la mujer.

Cuando se encontraban a escasos metros de una ampulosa tienda de campaña, salió a su encuentro una joven.

—¡Mi señora! ¿Dónde estabais? ¡Me teníais preocupada! —dijo mientras llegaba a su altura—. He estado a punto de decirle al centurión que habíais desaparecido. En todo caso, está a la espera de mis órdenes. No sabía qué ocurría.

—¿Tanto tiempo ha pasado, Livia?

—La muchacha, que no tendría veinte años, lucía un precioso pelo color rojizo que contrastaba con la blancura de su rostro y sus ojos azules. Se fijó entonces en el muchacho que acompañaba a la emperatriz. Se percató de que sería un zagal despierto, por la forma de mirar a su alrededor. Más joven que ella, pero en el que se presentaba en plenitud la adolescencia.

—¿Es ésta la emperatriz? —preguntó a Helena—. Es mucho más guapa de lo que me imaginaba. Y más joven de lo que creía.

La emperatriz soltó una gran carcajada que desconcertó a Livia. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo y por qué preguntaba eso aquel muchacho. De pronto comprendió que éste no sabía quién era la mujer que le había llevado hasta allí. Miró a la emperatriz y se dio cuenta de que ella, por los motivos que fuesen y que no alcanzaba a adivinar, le estaba siguiendo el juego. Elena guiñó su ojo derecho a Livia, pidiéndole a todas luces complicidad en esa situación que, por lo que dejaba entrever su rostro, le estaba gustando sobremanera a la emperatriz.

Pero todo quedó hecho añicos cuando, al cabo de unos momentos, apareció el general que, haciendo una reverencia a Helena, se dirigió a la emperatriz.

—¡Mi augusta señora! ¡Su sirvienta me ha puesto en alerta! ¡Os pido clemencia si he pecado de negligencia a la hora de salvaguardar vuestra integridad física! ¡Os ruego me perdonéis este descuido que no tiene perdón! ¿Cómo os puedo explicar...?

Helena hizo un gesto con la mano en señal de que parase de hablar. Pero ya era tarde. Antonino sabía quién era aquella mujer a la que había hablado de manera insolente. Se temió lo peor, al igual que el general. Sin embargo, la respuesta de la emperatriz no fue la que todos los allí presentes esperaban.

—Está bien, calmaos, mi general. No ha pasado nada. He sido yo la que he

burlado vuestra vigilancia y la de vuestros hombres. No habéis hecho nada malo. Hoy es un día de gozo para mí. Mañana, cuando el sol aparezca por el horizonte, voy a tener la dicha de conseguir algo que llevo buscando durante mucho tiempo. Y tú —dijo al chaval—, no te asustes. No es culpa tuya que no supieses quién soy. No es normal que la emperatriz del Imperio Romano ande husmeando en los carromatos de los siervos. Y, sobre todo, no presentarme.

Los ojos del chaval se mostraban agrandados sobremanera. Livia lo advirtió e intentó que Antonino no se descompusiese más de lo que lo estaba ya.

—Tranquilízate, muchacho. ¿No has oído lo que ha dicho la emperatriz? No tienes que temer nada malo.

—Claro que no —interrumpió Helena en un tono distendido—. He sido yo quien te ha traído hasta aquí con el engaño de que te iba a presentar a la emperatriz. No te asustes. Anda, ven a la tienda. ¿Está preparado el baño, Livia?

—Claro que sí, mi señora. Cuando disponga.

La emperatriz hizo un nuevo gesto al general para que se irguiese.

—General, quiero que enviéis a alguno de vuestros oficiales hasta los carromatos que hay al final de la caravana y traigan hasta mi presencia a los padres y a los hermanos de Antonino.

—Pero... ¡Ellos no han hecho nada, señora! —gritó el chaval.

—¿Quién te ha dicho que les vaya a pasar nada? No sufras, muchacho. ¿Te gustaría darte un baño en la tienda de la emperatriz?

La noche ya se había hecho presente. El aire traía frescor desde el arroyo próximo al campamento. Hacía poco tiempo que los soldados que llegaron hasta las puertas de Jerusalén habían regresado. Todo estaba preparado para que al día siguiente la emperatriz Helena entrase en la ciudad y comenzase con su búsqueda.

Un centurión entró en la tienda. Era una estancia amplia, de la que colgaban varias lámparas de aceite y algunas antorchas en la parte superior de la lona, posibilitando que hubiese mucha iluminación. Una gran alfombra de piel de oso, posiblemente conformada por varios animales, se extendía en el suelo. Al fondo se situaba otra cortina que daba paso a las dependencias particulares de la emperatriz. Aquella zona era igual de amplia que la que servía de recibidor. Allí se encontraban en esos momentos varios de los consejeros de la emperatriz que, sobre un plano dispuesto en una mesa de hierro, parecían discutir alguna estratagema militar. Junto a ellos estaba Helena, que escuchaba atentamente lo que hablaban los hombres. El debate era fogoso. El centurión

carraspeó para que su presencia no pasase inadvertida. Cuando se dio cuenta de que las miradas de todos los presentes se volvían hacia él, habló.

—¡Ave, Flavia Iulia Helena, augusta emperatriz! —gritó extendiendo hacia arriba el brazo derecho mientras que se golpeaba la coraza, a la altura del pecho, con la mano cerrada, en forma de puño—. Aquí os traigo a los padres del muchacho, tal y como habíais ordenado.

Justo detrás del centurión, aunque en la parte exterior de la tienda, se vislumbraban cuatro personas: dos adultos, un hombre y una mujer, y dos jóvenes, un niño y una niña.

—Hacedlos pasar, centurión. Y vosotros —dijo hablándoles a los consejeros— dejadme a solas con estas buenas personas. Mañana ya sabremos qué es lo que hay que hacer cuando entremos en Jerusalén.

Los hombres abandonaron la tienda tras hacer una pequeña reverencia a la emperatriz. Ésta se fue hasta uno de los divanes que se disponían al fondo de la estancia. Acto seguido entró la familia de Antonino que, sin decir absolutamente nada, bajó la cabeza casi al unísono. Helena los miró con detenimiento. Eran plebeyos por la posición que llevaban en la caravana, pero su porte se hacía distinto a los demás. Sintió, al igual que con anterioridad con el hijo, curiosidad por ellos.

—Sentaos a mi lado —les dijo.

El padre miró a su esposa, que le hizo un pequeño gesto con los ojos como indicándole que obedeciese. Avanzaron lentamente y ambos tomaron asiento.

—¡Que traigan vino para mis invitados! —dijo en voz alta la emperatriz.

Al momento, aparecieron dos sirvientes, uno con una bandeja en la que portaba varias copas y otro con una gran jarra de plata en la que había vino. Detrás de ellos, una joven sostenía otra bandeja, mucho más grande, llena de fruta de diversas clases.

—Ofreced a los niños fruta —conminó la emperatriz a la muchacha—. Y vino a sus padres.

—Os ruego que bebáis sin recato alguno. Sois mis invitados. General, No os marchéis. Lo que voy a hablar con esta buena gente os incumbe.

La expresión de los rostros del hombre y la mujer cambiaron. No acertaban a comprender qué estaba pasando, cómo se encontraban en la tienda de la emperatriz compartiendo vino con ella y sentados a su lado. El padre pensó que algo malo no podía ser. De lo contrario, los habrían apresado y, sin lugar a dudas, estarían confinados en algún lugar de reclusión. Pero no siendo malo, no era normal que la mismísima emperatriz los hubiese hecho llamar y que

entrasen en su propia tienda.

—Supongo que no sabéis por qué os encontráis ante mi presencia —preguntó Helena—. Podéis hablar.

—No, señora —respondió el hombre, que no sabía cómo situarse en aquella plataforma en la que a duras penas mantenía el torso incorporado para no parecer descortés con quien era su emperatriz.

—Es por Antonino.

En ese momento, el hombre pensó que algo malo había ocurrido o, lo que era peor, que hubiese cometido alguna tropelía. Entonces recordó que lo estuvo buscando cuando se dio la orden de parar y acampar. Y aunque ayudó en los primeros momentos, luego desapareció. Pensó que, como era normal, se hubiese escabullido para intentar cortejar a alguna muchacha o fisgonear por entre los carromatos. No le dio entonces la menor importancia. Ahora, en cambio, un gran temor se apoderó de él. Se esperaba lo peor.

—Os ruego que tengáis en consideración que es sólo un muchacho. Cualquier cosa que haya hecho tendrá una explicación.

La emperatriz sonrió entonces.

—No ha hecho nada malo. Tranquilizaos.

—¿Entonces...?

—Antonino está al otro lado de esa cortina —dijo Helena señalando a la parte trasera de la tienda—. Y se encuentra muy bien atendido. Me ha dicho que sois de Roma.

—Así es. Mi nombre es Gaius. Y soy un hombre libre, igual que mi familia.

—¿Cuál es vuestra ocupación?

—Soy herrero, pero forjo armas. Estoy aquí, en esta expedición, porque pidieron herreros.

—Me alegra saber eso. Y tú —se dirigió a la mujer— ¿Cómo te llamas?

—Julia, mi señora.

—Bonito nombre. ¡Claudia! —dijo la emperatriz volviendo la cabeza hacia la cortina de la parte trasera—. Trae una túnica de seda.

A los pocos momentos apareció la sirvienta, que extendió sus brazos con la prenda que había pedido la emperatriz.

—Está bien, marchaos. Julia, por favor, ven y pruébate la túnica. Creo que te quedará bien. Eres casi de mi misma estatura, aunque algo más delgada. Pero con un cíngulo todo se arregla.

La mujer, sorprendida, se levantó y se acercó hasta la emperatriz. Se colocó la túnica sobre la ropa que llevaba encima. Tal y como había predicho la

emperatriz, le quedaba bien.

—Es un regalo para ti.

—No sé cómo agradecerérselo, señora.

Entonces Flavia Iulia Helena se levantó de su asiento, algo que imitó enseguida Gaius, y les dijo:

—Quiero tomar a mi cargo a Antonino y que se haga carrera militar.

El vapor que producía el agua caliente resultaba placentero. Aunque no hacía frío, la sensación que producía el baño era extraordinaria. Antonino tenía el cuerpo totalmente dentro de la bañera y tan solo asomaba su cabeza que, recostada sobre uno de los bordes, aparecía hacia atrás. Tenía los ojos cerrados y parecía estar dormido. Sin embargo, se encontraba en un estado de relajación completo. A uno de los lados se amontonaba la túnica que llevaba. Se encontraba solo. Había accedido al interior de aquella pequeña estancia que hacía las funciones de trastienda guiado por Livia. La joven, sin decir palabra alguna, le indicó que allí podía desvestirse. Él la miró con ingenuidad, esperando a que abandonase el lugar. No quería despojarse de sus vestiduras en presencia de la joven, que se dio cuenta enseguida del pudor que embargaba al muchacho. Descorrió otra cortina que daba al exterior y desapareció. Fue entonces cuando Antonino se quitó la túnica. Tocó con su mano derecha el agua y se congratuló que estuviese caliente. Introdujo primero el pie derecho y luego el izquierdo. Se quedó por unos instantes de pie para ir agachándose poco a poco hasta que sus nalgas entraron en contacto con el agua. Posteriormente, también de forma lenta, fue hundiendo el resto del cuerpo hasta que quedó fuera de cuello para arriba. Sonrió mientras se tumbaba del todo y apoyaba la nuca en el bordillo de la bañera.

Escuchó, aunque de manera lánguida, a varias personas hablando en la parte central de la tienda. No alcanzaba a comprender por qué la emperatriz no había mandado a que le azotasen o, peor aún, que lo hubiesen detenido y encerrado. «¿Cómo he podido cometer un error tan grande y no darme cuenta de que esa mujer era nada menos que la emperatriz del Imperio Romano? Mi confianza en todo lo que hago o digo me perderá cualquier día. Mi padre tiene razón cuando me dice, una y otra vez, que actúe con prudencia, que piense las cosas con detenimiento antes de hablar. Pero ella estaba allí, en medio de los carromatos. No es normal que la emperatriz se pasee como si nada por donde está el pueblo llano. La confundí con otra persona. Claro, ¿cómo iba yo a pensar que esa mujer era quien es?».

Movía los pies de arriba abajo y, de vez en cuando, sacaba las manos

tímidamente del agua para volver a introducir las. La conversación del otro lado de la cortina se le antojaba lejana porque estaba entrando en una especie de duermevela, sin duda propiciado por la tranquilidad que se había apoderado de su cuerpo al llevar un rato en aquel baño tan placentero. Se encontraba realmente a gusto y parecía que el tiempo se detenía en un momento que no quería que acabase. «Soy realmente afortunado y no puedo por menos que dar gracias a la emperatriz. Quién sabe si en lugar de encontrarme como estoy, ahora podría estar en una mazmorra lúgubre y oscura rodeado de maleantes. Y todo por mi osadía e imprudencia. Esa mujer es una santa».

Un leve ruido hizo que despertase de sus pensamientos y del estado en el que estaba sumido. Giró levemente la cabeza y vio cómo la cortina de la parte trasera se descorría lentamente para, enseguida, asomar un rostro.

—¿Estás visible? —oyó preguntar.

La voz le resultó familiar. Era Livia.

—Sí... —respondió titubeando—. ¿Qué quieres?

—Traigo sales de baño, jabón y perfumes.

—¿Para mí?

—¿Para quién si no?

La muchacha, que se había percatado de que el joven estaba completamente dentro del agua, entró en la estancia. Él, instintivamente, dirigió sus manos hacia la zona del vientre para taparse sus partes púdicas. Livia se acercó hasta la bañera y, sin dirigir la mirada a Antonino, vertió uno de los tarros que llevaba en el agua.

—Pero, ¿qué haces?

—Lo que me ha ordenado la emperatriz. Sales de baño para que te sientas más cómodo. Aquí te dejo jabón y perfumes.

Volvió hacia la parte trasera para desaparecer por unos instantes y, de nuevo, entrar en la trastienda. Traía en las manos una prenda.

—Esta túnica es para ti. Regalo de la emperatriz. Quiere que cuando termines de bañarte, te vistas y acudas a su presencia. Te está esperando.

Dicho esto, la muchacha se dirigió otra vez hacia la parte trasera para abandonar la estancia. Fue Antonino quien la retuvo.

—Un momento. ¿Cómo te llamó la emperatriz?

—Livia. Es mi nombre.

La joven permanecía justo en la oquedad que servía para ir al exterior. Sujetaba la cortina y, ahora sí, miraba a los ojos al chaval.

—Es un nombre muy bonito. ¿Eres romana?

—Sí. Como tú.

—¿Por qué lo sabes?

—Por tu nombre. Eres apuesto y, aunque joven todavía, pareces ya casi un hombre.

Antonino se ruborizó y se dio cuenta de que estaba desnudo ante una muchacha algo mayor que él pero que, por lo que decía, parecía sentirse atraída por su presencia allí. Sintió algo de pudor. No sabía qué decir ni qué hacer. No podía salir del agua y ella parecía no tener intención de abandonar la estancia. Entonces se fijó en su rostro, de unas facciones delicadas. Blanca como la leche, el azul de sus ojos resplandecía mientras que varios mechones cobrizos de su pelo descansaban sobre los hombros, descubiertos y que prologaban la sinuosidad, hacia abajo, de un cuerpo grácil, estilizado. Aparecía cubierto por una túnica de seda azul bajo la que se marcaban las formas voluptuosas de la joven. Sin poder remediarlo, adivinó la turgencia de unos senos blancos y poderosos, y de unas caderas perfectamente formadas. Como había dicho, era todavía un joven adolescente pero ya poseía cuerpo de hombre y en el mismo comenzaban a despertarse sensaciones que hasta no hacía mucho no pasaban por su mente. Sensaciones que ya había percibido al ver algunas muchachas de su edad que, físicamente, parecían mujeres que se ofrecían, en toda su lozanía, cuando acudía por las tardes a la plaza cercana a su casa, en Bizancio, a jugar con los amigos y las veía pasar riendo a carcajada limpia mientras miraban de reojo a los muchachos y se insinuaban de manera velada pero explícita para luego perderse por las calles, sabedoras de lo que empezaban a proclamar sus cuerpos.

De nuevo sintió vergüenza y su rostro se tornó rojizo. Ella se dio cuenta y sonrió de manera pícaro.

—No tardes —le dijo dándose media vuelta y recreándose en un contoneo sutil—. A la emperatriz no le gusta acostarse tarde. Ah, se me olvidaba. Tus padres y tus hermanos están en la parte central de la tienda con ella.

Aquella última revelación hizo que Antonino saliese del aturdimiento que le había provocado la presencia de Livia. Estaba embelesado con la visión delicada y a la vez provocativa de su presencia cuando, de pronto, le anunciaban que sus padres estaban allí, en la parte contigua de donde él se encontraba.

Cuando se cercioró de que Livia ya no estaba, salió de la bañera. Tras secarse rápidamente, se puso la túnica que le trajo. Era también de seda, aunque blanca. Se ajustó el cíngulo y se calzó unas sandalias que también le

habían dejado. Respiró hondo. «Bueno, vamos allá. A ver con lo que nos encontramos», se dijo mientras que descorría la cortina que comunicaba con la zona central de la tienda.

Efectivamente, allí estaban sus padres. Ambos sentados compartiendo viandas con la emperatriz. Un poco más alejados, jugando y comienzo a la par, sus dos hermanos. Giró la vista y, de nuevo, vio a Livia, que se aprestaba a dejar una bandeja con fruta en una pequeña mesa situada en medio de donde estaban recostados la emperatriz y sus padres. Le pareció todo un sueño, más bien una pesadilla; algo irreal. Él, su familia, nada menos que compartiendo mesa y mantel con la mismísima augusta emperatriz del Imperio Romano. No podía masticar aquella escena y se le antojó algo inverosímil. Su padre, un herrero que se ganaba la vida mal que bien. No podía quejarse de su situación económica, pero el estatus que tenía en la sociedad romana no era precisamente para estar allí. Y menos su madre, que parecía ahora una de las mujeres que había visto en festejos para celebrar alguna victoria en el campo de batalla. Se sintió incómodo por la situación y, sobre todo, porque no sabía a qué se debía aquel cambio tan brusco en su vida.

Habían partido de Bizancio para hacer algo de fortuna en un viaje crucial para el futuro de su familia. Gaius, el padre, convenció a todos de que era el momento de mejorar, de avanzar y de poder conseguir cotas más altas. Lo hacía por sus hijos, para que tuviesen un porvenir más que digno. Su madre puso reparos al principio. Y es que la vida que llevaban hasta ese momento se podía calificar de bastante buena. No faltaba la comida, ni la ropa. Incluso podían esperarse tiempos mejores. Pero un rumor corrió por toda la ciudad cuando se supo que Helena, madre del emperador Constantino y Augusta emperatriz del Imperio Romano, iba a partir hacia Jerusalén y que necesitaría a muchas personas para abordar una empresa que se antojaba histórica. Desde ese mismo momento hombres y mujeres, familias enteras, se apresuraron a inscribirse para formar parte de la comitiva.

Se precisaba mano de obra de todo tipo y gente, sobre todo hombres, con la suficiente fortaleza física para poder realizar trabajos duros. Pero también mujeres que pudiesen encargarse de otros más propios de su condición: hacer la comida, lavar la ropa... satisfacer a los hombres. Era poner en marcha a una ciudad en definitiva.

No todos tuvieron la suerte de ser escogidos. Familias enteras fueron rechazadas por no dar el perfil que se iba buscando. Tuvo suerte, en cambio, la de Gaius. Aunque dos de sus hijos eran más pequeños, la fortaleza suya, su

oficio y, sobre todo, que tuviese un hijo mayor en edad trabajar de manera intensa, hizo finalmente que fuese aceptada. Y, lo que era mejor, que el jornal que iba a ganar le permitiría volver con una bolsa de dinero estimable para afrontar cuestiones importantes.

—Quién sabe si podemos adquirir una casa mucho más grande en la que tenga mi propia herrería y así establecerme por mi cuenta.

En los ojos del padre podía adivinarse que aquel viaje era algo fundamental en su vida. Se puede decir que lo había estado esperando siempre y que ahora se le presentaba delante de él y no podía dejarlo escapar.

Incluso vendieron algunas de sus pertenencias para comprar un carromato grande, fuerte y que resistiese las duras condiciones que les esperaban. Muchos de los que partían no conseguirían alcanzar Jerusalén. Era consciente de ello pero quería, necesitaba intentarlo.

Convencida su esposa, no habría problemas con los hijos. Antonino era el tercero de los cinco que había tenido la pareja. Los dos primeros murieron de distintas enfermedades cuando tenían seis y ocho años. Dos varones que nacieron con problemas de salud. Primero el más pequeño de ellos, Máximo, un frío invierno cuando Antonino tenía tan sólo tres años. Y luego, dos años más tarde, Gaius, el primogénito. Después de aquello, la pareja entró en una depresión tremenda hasta que, pasados unos cuatro años, vino al mundo Marcus y con tan sólo un año de diferencia la pequeña Cornelia, que supuso una gran alegría para todos, al tratarse de la primera niña.

Desde entonces no habían vuelto a tener hijos. Pero Gaius, el pater familias, se sentía satisfecho de lo conseguido en la vida. Y es que en Bizancio no podían quejarse. Provenían de Roma, de donde eran todos sus antepasados. Pero él tenía espíritu aventurero y decidió, cuando el Imperio Romano se dividió en dos, marchar a Oriente. Ahora, después de todo lo pasado y vivido, este viaje a Jerusalén era el objetivo crucial de su vida y de la de sus hijos.

—Antonino, ven. No te quedes ahí de pie. Acércate a tus padres.

La voz de Helena hizo que reaccionase de manera torpe. Volvió a darse cuenta de que estaba en la tienda de la emperatriz, con sus padres y sus hermanos presentes. Avanzó lentamente y se situó justo al lado de su padre que, recostado, lo miró con cierta complacencia.

—¿Te ha sentado bien el baño? —preguntó la emperatriz.

—Sí, señora, muy bien. Y le agradezco que me haya obsequiado con esta túnica —respondió algo atónito el muchacho.

—Bueno, supongo que estarás sorprendido por la presencia de tu familia

aquí. No te preocupes. Me alegro de haberte conocido tanto a ti como a los tuyos. Hace un rato, cuando nos encontramos por vez primera junto a los carrmatos, me quedé impresionada de tu vivacidad y tu forma de desenvolverte ante situaciones nuevas. Y he visto que te sientes atraído por las legiones. No todos los hombres tienen la fortuna de poder entrar en el ejército romano. Pero mañana tengo ante mí algo grande que cambiará, sin lugar a dudas, mi vida y espero que la de los cristianos. Y es por eso que algo me ha dicho que mi encuentro contigo tiene mucho que ver con lo que pasará a partir de mañana.

—No sé a qué os referís —interrumpió el muchacho, dándose cuenta de que, de nuevo, su ímpetu le jugaba una mala pasada.

Helena se dio cuenta de que Antonino se sentía mal por haber hablado mientras ella lo hacía.

—No te preocupes. Es bueno que preguntes. El hecho de que tus padres y tus hermanos estén ahora mismo aquí, conmigo, se debe a que les he pedido que te dejen ingresar en el ejército y convertirte en legionario. ¿Qué te parece?

Antonino tomó aquel ofrecimiento como si se hubiese tragado de golpe un gran trozo de asado sin masticarlo. Pero se dio cuenta enseguida de que estaba ante la gran oportunidad: ser parte de las legiones romanas. Lo había pensado algunas veces pero nunca con la pretensión de que pudiese convertirse en realidad. Es más, estaba decidido a seguir los pasos de su padre, esto es, aprender el oficio de herrero y si, como había dicho el progenitor, prosperaba la familia tras este viaje y conseguía establecerse por su cuenta, no sólo ayudar sino, más adelante, hacerse cargo del negocio. Ahora, en cambio, se le presentaba una oportunidad que significaba alcanzar un sueño imposible. Siguió de pie, parado entre su padre y su madre. Marcus, su hermano pequeño, había parado de jugar y miraba fijamente a Antonino, esperando a que respondiese.

—Y bien, ¿qué te parece esta proposición? —preguntó la emperatriz.

—Me dejáis sin habla. No sé cómo agradecereros todo esto.

Rió abiertamente Flavia Iulia Helena.

—Haciendo carrera en el ejército y honrando a tus padres. Es el mejor de los pagos. Siento que estamos ante algo grande y tú te has cruzado en mi camino. El Señor Dios lo ha querido así. Gaius —dijo dirigiéndose al padre—. Podéis marchar a vuestro carrmato. Hoy, Antonino dormirá en la trastienda y a partir de mañana, me encargaré personalmente de su formación. Quiero que empiece a tomar contacto con todo lo que le va a rodear desde

estos momentos. No temáis, vais a verlo con asiduidad y, lo que es más importante, esta circunstancia os favorecerá económicamente.

—Augusta emperatriz —terció Gaius que, al igual que su esposa, ya estaban de pie—, os estaremos eternamente agradecidos por lo que habéis hecho esta noche. Que el Dios que os guía os colme de todo tipo de bendiciones y parabienes.

Dicho aquello, se despidieron de Antonino, quien dio un beso en la frente a su madre y un abrazo a su padre. Luego, se abrazó a sus hermanos.

—Marcus, eres ahora el hijo mayor. Te encargo el cuidado de nuestra hermana. Pórtate como un hombre.

—¿Podré ser como tú dentro de unos años?

—Quién sabe, Marcus, quién sabe.

Luego, apostado en el hueco de la entrada a la tienda, contempló cómo las figuras de su familia iban perdiéndose en la oscuridad de la noche y tan sólo los destellos de las fogatas encendidas las dibujaban de manera somera. Sintió, en esos momentos, que dejaba de ser un joven y ya era un hombre. De pronto, se le vino a la mente la imagen de Livia.

² Lanza o jabalina que medía unos dos metros.

³ Espada utilizada por las legiones, de medio metro de largo.

III

El relincho de los caballos hizo que despertase sobresaltado. Rápidamente se incorporó del camastro y, aturdido todavía, descorrió la cortina para ver qué es lo que estaba pasando. Fuera, el trasiego era grande. De un lado para otro iban soldados romanos. Olía a comida y a fuego. El sol ya sobrepasaba la montaña y el movimiento de las gentes hacía indicar que la comitiva estaba a punto de ponerse en marcha. Los gritos de los hombres arengando hicieron que se sintiese excitado. Entonces se dio cuenta de que estaba en la tienda de la emperatriz. Comenzó a recordar todo. Aquel día era el primero de su vida como soldado, como legionario. Pero los que a partir de ahora serían sus compañeros ya estaban en plena faena. ¿Por qué él seguía en la cama? ¿Por qué no le habían avisado para que comenzase a trabajar? «. Quizá sólo soy un chiquillo para estos hombres rudos y expertos en el noble arte de la guerra. Habrán sabido de las intenciones de la emperatriz y sentirán que les imponen a un muchacho que todavía no tiene capacidad ni espíritu para ser legionario romano».

Un sentimiento de frustración le invadió. Siguió observando los movimientos de la tropa cuando una voz rompió aquella escena.

—Si os descuidáis, se marchan todos y continuáis durmiendo.

Se dio la vuelta de manera brusca y se encontró cara a cara, de nuevo, con Livia. Le pareció que no había transcurrido el tiempo desde que, la noche anterior, le trajese sales de baño, perfumes y la túnica que ahora estaba depositada encima de un arcón. El olor de aquellos mejunjes sirvió para que, antes de quedarse dormido, pensase en la muchacha. Era mayor que él pero le despertaba una sensación de angustia, a la par que placer, cuando la tenía cerca.

Se dio cuenta de que sólo llevaba encima unas enaguas que le cubrían de cintura para abajo. Se sintió ridículo ante la presencia de Livia y, en un acto reflejo, tomó la túnica para ponérsela lo más rápido que pudiese. Comprobó que aunque ella estaba recogiendo objetos de la estancia, se había fijado en él, en su torso desnudo y en los pectorales que, incipientes, comenzaban a marcarse.

—¿Qué hora es? —preguntó algo confuso para romper aquella situación embarazosa para él.

—La de partir —respondió sin dejar de hacer cosas—. La augusta emperatriz Helena os quiere ver antes de que la caravana se ponga en marcha hacia Jerusalén. Os está esperando en la estancia central.

—¿Y mis padres?

Antonino se había refrescado la cara en una bacinilla que, por lo que pudo comprobar, debía ser de oro.

—Es de suponer que recogiendo todos sus bártulos. Aunque hasta la ciudad sólo irá una comitiva acompañando a la emperatriz. Y será la legión quien la escolte. Los demás quedarán en el campamento, a la espera de lo que ella decida.

Pasó a su lado para dirigirse hacia la zona noble de la tienda cuando el olor que aspiró y que la joven desprendía hizo que se sintiese mucho más tranquilo, como cuando se echó en el camastro y, casi en sueños, oyó a la emperatriz hablar con alguien.

—¿Qué te parece?

—No soy la persona más adecuada para opinar, mi señora augusta.

—Yo creo que sí, Livia. Estás a mi lado para aconsejarme. A pesar de tu juventud, tienes un don muy preciado, que no es otro que conocer a las personas sólo con verlas. Algo de ti se me ha pegado. Por eso antes, cuando paseaba entre los carromatos y lo vi, supe desde el primer momento que es la persona que no desfallecerá ante tamaña empresa.

—Si me lo permite, creo que es demasiado joven para ello.

—No subestimes a la gente por la edad. Sólo tienes que mirar a tu alrededor. ¿Cuántos mayores carecen de capacidades para acometer compromisos de suma importancia y, en cambio, hay jóvenes que por su temeridad y quizá desconocimiento los llevan a cabo de manera satisfactoria? ¿Y tú? Eres algo mayor que él pero te desenvuelves a la perfección aquí. Quizá seas la persona que mejor conozca todas mis exigencias y manías. Creo no equivocarme cuando pienso en Antonino.

Ambas mujeres estaban solas en la estancia. Un par de lucernas iluminaban el entorno. Ya era tarde pero la emperatriz quería pulsar a Livia, conocer sus pensamientos y cuál era su opinión acerca de lo que acababa de hacer.

—Sus decisiones son siempre acertadas, mi emperatriz.

—Porque sigo los designios del Nazareno. Jesucristo tuvo un camino y nos enseñó a todos cómo hay que actuar. La maldad queda relegada para aquellos que piensan mal. Mira mi hijo Constantino. Es hombre bueno, piadoso pero también implacable con el enemigo. Sabe actuar de acuerdo con las

enseñanzas de Jesús de Nazaret. Y aquí estamos ahora, a las puertas de Jerusalén, a punto de sacar a la luz las causas de su sufrimiento y su muerte. Por eso pienso que ha sido Él quien me ha puesto en mi camino a este joven.

—Salve, augusta emperatriz del Imperio Romano.

Helena estaba situada en la puerta de entrada a la tienda, contemplando todo el quehacer de los soldados que se preparaban para iniciar el camino hacia Jerusalén. Se volvió con parsimonia.

—¡Antonino! Veo que has dormido bien a pesar de lo confuso que te sentirías anoche. Me alegro de que tengas tan buen aspecto. ¿Has comido algo?

—Gracias, señora, no tengo hambre. ¿Qué debo hacer a partir de ahora?

—Es la pregunta que sabría me harías. Por tu forma de hablar, de desenvolverte, eres avispado y rápido. Te falta experiencia en ciertos aspectos de la vida, pero eso se adquiere. Eso sí, muchas veces a base de contratiempos y reveses. ¿Por qué crees que estás aquí?

—No lo sé, la verdad. Ayer pensé que había sido un inconsciente cuando la encontré en los carromatos. Luego todo ha ido muy deprisa: mi familia en la tienda de la emperatriz, la posibilidad de ser soldado del Imperio Romano...

—¿Y qué conclusiones sacas de todo ello?

—La verdad es que estoy algo confundido.

Se acercó hasta él. El sol entraba por la puerta y fuera se podía oír a la perfección el ajeteo que reinaba entre los soldados. El campamento no se iba a levantar pero la guarnición y el cortejo que llevaría la emperatriz serían grandes, muy grandes.

—Tú no te has convertido al cristianismo...

Dudó unos instantes antes de responder el chaval.

—No...

—No importa. Es una cuestión que ahora mismo no me preocupa. Procedes de una familia romana que, aunque establecida en Bizancio, no abraza aún la Palabra de Jesús. Es normal. Las convicciones religiosas de Roma han prevalecido durante siglos y fue precisamente Roma la que quiso acabar con la Palabra del Mesías.

Antonino escuchaba con atención, si bien no sabía adónde quería llegar aquella mujer. Hasta ahora no le había dado más importancia a la religión que la de encomendarse a los dioses en circunstancias determinadas. En la casa de sus padres no se hablaba mucho de ello. Conocía las distintas divinidades y el culto que se les profesaba. Pero ya está. También sabía de aquel hombre que

murió en una cruz, precisamente en Jerusalén, donde se encontraba en estos momentos. Pero no entraba en más consideraciones, quizá por ser todavía un muchacho que estaba más pendiente de cuestiones más propias de su edad. Sin embargo, ahora comenzaba a darse cuenta de que los temas religiosos eran altamente atrayentes para los adultos.

—¿Sabes por qué hemos realizado un viaje tan largo para llegar hasta aquí?

Al muchacho no le dio tiempo a contestar. La emperatriz se volvió hacia la puerta de entrada y fijó la vista en el exterior de la tienda.

—Llevo años esperando este momento. Me convertí al cristianismo y desde entonces sólo he tenido una obsesión: encontrar los instrumentos en los que Jesús de Nazaret murió. Han pasado más de tres siglos desde entonces pero sé que están ahí fuera, esperándome. No me preguntes por qué y qué es lo que me impulsa a tener esta idea, pero en mi interior albergo una esperanza tan grande que estoy convencida de que esta corazonada es real. Tuve un sueño, igual que mi hijo, el emperador Constantino, lo tuvo antes de entrar en una de sus batallas. Y de ese sueño nuestro Imperio se ha convertido al Cristianismo. Fueron muchos los años en los que los discípulos del Nazareno estuvieron escondidos, perseguidos, masacrados en nuestros coliseos siendo pasto de gladiadores y fieras. ¿Tú has estado alguna vez en unos Juegos?

Tampoco esta vez pudo Antonino responder.

—Yo he visto morir a las personas destrozadas por animales infames que llevaban días sin comer para que no dudasen ni un solo instante. He visto cómo miles y miles de personas gritaban desaforadas para que leones, tigres, osos, panteras, descuartizaran a hombres, mujeres y niños. Y pedían sangre, más sangre, toda la sangre del Imperio. ¿Y todo por qué? Por seguir a Jesús, por propagar su Palabra, sus enseñanzas, su forma de vida. Por amar al prójimo como su hermano. Y eso precisamente es lo que no hemos llevado a cabo matando, sin razón alguna, a nuestros semejantes sólo porque se negaban a adorar a ídolos de barro, a dioses vacíos que nada tenían que darnos y sí quitarnos. Y con esto no quiero que te sientas presionado. Precisamente la diferencia entre Jesús y los dioses de Roma es que Él no impone nada a nadie. Quien quiera escucharlo puede hacerlo; quien no quiera, está en su derecho.

El joven seguía de pie en el centro de la estancia. La emperatriz hablaba para sí aunque estuviese dirigiéndose a él. En realidad, estaba reflexionando en voz alta. Pero, ¿quién era él para que la persona que gobernaba los designios del Imperio le contase todo aquello? ¿Qué había hecho para que le tuviese en tanta consideración? Hasta el día anterior no era más que un

muchacho que comenzaba a buscarse la vida, abriéndose paso en medio de un mundo en el que no podía uno descuidarse. Y su futuro cambiaba de la noche a la mañana, como si los dioses hubiesen puesto sus manos en su frente. O quizá, quién sabe, ese hombre al que llamaban Jesús y por el que la emperatriz estaba dispuesta a dejar todo. ¿Tanta fuerza tenía? ¿Tanto poder de convicción? Las palabras de aquella mujer empezaban a intrigarle. Quería llegar a Jerusalén, saber qué es lo que buscaba Elena y qué valor tendría. Hablaba de instrumentos en los que murió ¿Acaso serían mágicos? ¿O tal vez poseían poderes que no eran conocidos por los mortales? ¿Qué secreto guardaba todo aquello?

Helena, de pronto, se asomó a la puerta de la tienda.

—¡Soldado! —dijo con un tono de voz alto a uno de los legionarios que custodiaban la estancia—. ¡Haced que venga ante mi presencia el centurión!

Acto seguido, se dirigió a la parte trasera de la tienda.

—¡Livia!

Al momento apareció la sirvienta. Antonino comprobó que se había cambiado de túnica. Ahora era blanca, vaporosa, ajustada en la cintura por un cíngulo marrón. Llevaba el largo cabello pelirrojo recogido en un moño alto. Estaba más bella que la noche anterior incluso. Evitó la mirada directa con ella y permaneció en pie, esperando sin duda alguna órdenes de la emperatriz. Ésta se dirigió de nuevo, en cambio, a la muchacha.

—Prepara todo lo necesario para la partida. Ya es muy tarde y deberíamos estar en la ciudad. Que me acompañen al menos seis sirvientes. Y carga en la carroza un cofre con joyas y oro.

En ese instante apareció por la puerta de la tienda el centurión.

—¡Salve, augusta emperatriz!

—Salve, Tulio Plinio. ¿Están tus hombres preparados?

—Tal y como dispusisteis anoche, mi señora. Prestos para partir.

—Está bien. Quiero que asignéis a un hombre de vuestra confianza a Antonino para que lo prepare como es conveniente. Espero que haga de él uno más de tus hombres. En tus manos lo encomiendo.

—Así se hará, augusta emperatriz —respondió Tulio a la par que alzaba el brazo derecho como muestra de saludo y sumisión.

Hizo un leve gesto al muchacho para que le siguiese. Antonino miró a la emperatriz y titubeó antes de despedirse.

—¡Salve, augusta emperatriz! —y levantó el brazo derecho imitando al centurión.

Helena giró un poco la cabeza para no reírse en su cara. Aquel gesto torpe y provocado por la situación hizo que el ambiente se volviese algo más distendido. Livia no pudo tampoco evitar esgrimir una sonrisa en sus labios cuando vio a Antonino saludar.

La fanfarria de trompetas rompió el sosiego de la mañana. El sonido bronco y alargado avisaba de la llegada de la comitiva. Las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par y en las murallas se apostaba la gente, expectante, para presenciar el paso del cortejo. El mercado que se instalaba a las afueras del recinto amurallado estallaba de ajeteo. Cientos de personas iban de un lado a otro. Los puestos, tenderetes y mesas con todo tipo de objetos, alimentos, animales, telas y cualquier cosa que pudiese ser vendida se exponían a la vista de todos. Mercaderes ricamente vestidos ofrecían sus productos traídos desde lugares recónditos de la tierra; bailarinas danzaban en improvisados escenarios para regocijo de los hombres; la música inundaba todo el espacio. Mendigos suplicaban los favores de los que tenían dinero y la chavalería corría por entre los puestos que conformaban calles y calles en las que el visitante o el forastero podían perderse perfectamente o, lo que era peor, acabar siendo asaltado y víctima de un robo.

Toda esa vida se paró por unos instantes cuando sonaron las trompetas que anunciaban la llegada de la emperatriz del Imperio Romano. Venía desde Bizancio. Todos querían verla, contemplar su rostro divino, alcanzar a vislumbrar, siquiera, parte de su cortejo.

La legión romana se abrió paso entre la muchedumbre. Los vivas y aleluyas los recibieron mientras muchos se acercaban hasta la altura de los soldados y les ofrecían viandas, obsequios, parabienes. Empero, la formación permanecía intacta. El centurión daba órdenes para que siguiesen avanzando por un estrecho pasillo que se había abierto para que pudiesen pasar. Serían unos cien soldados los que iban a caballo, antecediendo a otros tantos a pie con los pilums reclinados sobre su hombro derecho. El refulgir de sus corazas y cascos añadía un toque mucho más solemne a aquella escena digna de los más grandes emperadores en el esplendor de Roma. Aire marcial en el discurrir de la cohorte que precedía a una formación de músicos, también legionarios, que hacían sonar con fuerza y vigor trompetas, tambores y otros instrumentos. Todos ellos servían de avanzadilla para la media docena de carruajes tirados por extraordinarios caballos, todos negros y lustrosos, que relinchaban mientras hacían sonar con fuerza sus cascos en el empedrado de la calzada que llegaba hasta la puerta principal de la ciudad. Cerraba esta comitiva otra

formación de soldados, a pie, respaldados por una decena de otros a caballo.

Un espectáculo de colorido, sonido y sensaciones que servía para romper la monotonía de un día cualquiera a las puertas de Jerusalén, una de las ciudades más importantes del mundo. En cambio, era un día especial, distinto, con tintes gloriosos. Los rumores se habían extendido por toda la ciudad cuando la noche anterior acampó aquel grandioso cortejo en una pequeña loma cerca de Jerusalén. Desde entonces el nerviosismo se había instalado en los ciudadanos. Se dijo, primero, que podrían ser invasores prestos a atacar las entrañas de aquella orbe; más tarde tomó cuerpo la noticia de que el mismísimo Constantino estaba acampado allí. Finalmente, se supo que era su madre, la emperatriz Helena, quien estaba a punto de entrar en la ciudad. Tumultos por las calles, idas y venidas de los habitantes demandando información y el ejército intentando calmar los ánimos. Tuvo el prefecto, que conocía a la emperatriz al haber estado en Bizancio para recoger las credenciales que le otorgaban el poder y el mando en Jerusalén, que salir al atrio del palacio para dirigirse a sus súbditos y tranquilizarlos, ya que se habían reunido en la plaza donde se ubicaba el portentoso edificio reclamando algún tipo de explicación.

Ahora, en cambio, todo era alegría desbordada. La emperatriz, situada en el carruaje que se encontraba en la mitad del cortejo, podía ver sin ser vista. No estaba bien que saludase, máxime siendo la madre del emperador. Prefería ocultarse y no provocar más delirio entre las gentes. Éstas, ávidas de verla, vociferaban al paso del carruaje. Sabían, por lo ampuloso que era, que allí iba. Y sobre todo por estar escoltada, tanto delante como detrás, por legionarios a caballo.

Cruzaron la puerta principal y avanzaron por una gran avenida, cuyos edificios estaban engalanados con colgaduras. A los lados de la vía, centenares de personas recibían con salves a la comitiva. La música de la formación comenzaba a entremezclarse con la que llegaba desde el palacio para agasajar a los visitantes.

Por fin, el centurión dio la orden de parar. El carruaje de la emperatriz quedó situado junto a la gran escalinata por la que se accedía al atrio del palacio. Fue entonces cuando la muchedumbre calló por completo al ver abrirse la puerta. Primero bajó Livia, que tendió la mano para tomar la de Flavia Iulia Helena y que posase su pie derecho en el escalón de la carroza. Y en cuanto pisó el suelo de Jerusalén, de nuevo estalló la masa en un griterío tremendo que retumbó en las paredes de la fachada del edificio.

No tuvo más remedio, muy a pesar suyo, que saludar. Lo hizo levemente, alzando su mano derecha y sonriendo de manera tímida. Pero era suficiente para contentar a todos los que allí se habían congregado. Subió lentamente las grandes escaleras cobijada por un parasol que llevaba su sirvienta de confianza. Lo hizo por un pasillo que formaban los soldados judíos que rendían honores a tan alta señora. Entonces pensó que por esas escaleras, precisamente, habría subido Jesús para ser juzgado y luego, bajarlas camino de su muerte. Intentó imaginarse la escena pero era poco menos que imposible habida cuenta de la algarabía reinante en esos momentos.

Justo al final de la escalera, el prefecto aguardaba la llegada de Helena. Junto a él, algo más retrasado, el obispo Macario. Detrás el sanedrín de sabios y sacerdotes, todos ricamente vestidos. La escena era contemplada por toda la gente, que se mostraba expectante, ansiosa.

—¡Salve, Flavia Iulia Helena, augusta emperatriz del Imperio Romano y madre del emperador Constantino el Grande!

El saludo del prefecto, con un tono de voz grave y fuerte que se oyó en toda la plaza, hizo que las gentes volvieran a romper en vítores exultantes.

—Salve, prefecto —respondió—. Me siento abrumada por este recibimiento.

—No os merecéis menos, mi augusta señora —dijo el prefecto a la par que tomaba la mano de la emperatriz para besarle el anillo—. Estaréis cansada. Hace mucho calor a pesar de la hora. Permitidme que os acompañe hasta el interior y os ofrezca algo de beber. Ya conocéis al obispo Macario, sumo sacerdote de nuestro templo y la persona que os ayudará en vuestro cometido.

El obispo era un hombre que sobrepasaba los setenta años. A pesar de su manifiesta delgadez, se le veía sano. Sus ojos reflejaban impaciencia. En el fondo, estaba deseoso de que la emperatriz le confiase todo lo que venía a hacer a Jerusalén. Conocía sus intenciones y se había preparado a fondo para que nada pudiese fallar. Esperaba desde hacía días la llegada e incluso estuvo informado del lugar en el que se encontraba la caravana en su marcha hacia Jerusalén. Ya la tarde anterior, cuando la avanzadilla llegó al Palacio para anunciar que al día siguiente la emperatriz entraría en la ciudad, comenzó a disponer los últimos detalles para que cuando ella llegase no quedase nada por hacer sino ponerse a excavar. En aquel mismo momento, si lo deseaba, podrían comenzar la búsqueda. No era fácil tarea, pero estaba convencido, como la emperatriz, que el resultado sería satisfactorio. Lo que no sabía a ciencia cierta es si tardarían mucho en hallarlo. «La Divina Providencia hará

el resto», se dijo cuando cayó en la cama, ya siendo muy tarde, la noche anterior, y se durmió casi al instante. Tantas sensaciones habían hecho que quedase exhausto. Incluso estaba más nervioso que cuando tuvo que defender, con uñas y dientes, la preeminencia de la sede de Aelia (Jerusalén) sobre la de Cesarea en el concilio de Nicea el año anterior. Constantino lo había convocado para impedir la disgregación del Imperio Romano. Pero allí Macario tuvo un papel primordial en lo que luego sería Jerusalén. Estaba convencido de que si aquella búsqueda que iban a iniciar ahora tenía éxito, la ciudad se convertiría en el centro del cristianismo. Por eso era fundamental que encontrasen lo que iban a buscar.

—Obispo, me alegro de que nos volvamos a ver —dijo Helena en un tono de verdadera complacencia por estar junto a él—. Mi hijo os envía saludos y espera que me ayudéis en todo lo que queda por hacer.

—Sabéis, emperatriz —respondió Macario— que será así. Estamos preparados para iniciar la búsqueda en cuanto dispongáis.

—Pues no hemos de perder más tiempo.

Siempre había pensado que el gladius sería más pesado. Por eso, cuando lo tuvo en su mano, apretó fuertemente la empuñadura y lo blandió al aire, sintió una sensación placentera. Repitió la maniobra cinco o seis veces, lanzado mandobles de un lado a otro hasta que se dio cuenta de que estaba siendo observado por varios soldados. Estos se encontraban realizando tareas de acondicionamiento de la zona; algunos lavaban sus túnicas y otros daban lustre a las armaduras y los cascos. La sonrisa en los labios de los que debían de ser, a partir de ahora, sus compañeros, hizo que Antonino cejase en su empeño y envainase el gladius sintiendo algo de vergüenza.

—¿Quién te ha reclutado? —preguntó con cierta ironía uno de los soldados que, en ese momento, afilaba su espada.

Antonino no respondió. Aquel hombre podría tener algo más de treinta años. Era rudo y tosco y se le veía curtido en decenas de batallas. «Seguro que es uno de los veteranos de este contubernio⁴. No debo dejarme pisotear. Si no, estaré perdido».

—¿Me dejas que te ayude?

El soldado se quedó sorprendido por la respuesta del chaval. Le cogió totalmente de improviso. Seguía afilando el arma cuando miró a su alrededor y vio que sus compañeros habían dejado lo que estaban haciendo y se mostraban interesados por aquel encuentro con el novato.

—¿Acaso sabes afilar gladius?

—Me gustaría intentarlo.

El grupo soltó una carcajada al unísono. Antonino esperaba lo peor. No había sido un buen comienzo. Aquel hombre, seguramente, podría ser capaz de cualquier cosa. No quería decir que se encontraba con ellos por expreso deseo de la emperatriz. Si se sabía, sería tomado como un mimado o, lo que era peor, un consentido nada menos que de la madre del emperador del Imperio Romano.

Luchaba en su interior por no parecer nervioso. De manera rápida, estudió los rasgos de los otros soldados. Casi todos le superaban con creces en edad. Y las cicatrices en brazos, piernas y algunos en los rostros, evidenciaban que habían entrado en batalla en más de una ocasión. ¿Qué hacer? Mantuvo la calma en esos momentos. Decidió, en cuestión de segundos, que era mejor esperar la reacción del hombre. Permaneció en el mismo lugar intentando no pestañear. Su mano derecha comenzó levemente a temblar. Sintió que no podría aguantar por más tiempo y que, a partir de entonces, sería el hazmerreir de toda la legión. Pensó que no había sido buena idea aceptar el ofrecimiento de la emperatriz pero, ¿cómo desobedecer sus deseos? Puso mucho empeño en ello y se le abrió un mundo de posibilidades. Nunca pensó en ser soldado de la Legión romana, pero se lo habían ofrecido en bandeja de plata. Ahora, a las primeras de cambio, en el primer encuentro que mantenía con verdaderos soldados, sentía que el fracaso era absoluto. Se acordó de sus padres, de lo orgullosos que estarían en esos momentos pensando que su hijo mayor iba a ser legionario romano por mor de un encuentro casual con la persona más poderosa del Imperio Romano.

De pronto, vio que el soldado se acercaba hasta él. Le entraron ganas de salir corriendo, de buscar el cobijo de la familia y de olvidarse de toda aquella aventura loca que, estaba claro, no era para él.

El hombre se detuvo a medio metro de Antonio. Entonces extendió sus brazos y le ofreció el gladius.

—A ver qué eres capaz de hacer, muchacho.

Sintió que le bajaba la tensión y el cuerpo no le respondía. La mano derecha temblaba más que unos segundos antes. Tomó la espada y, midiendo mucho sus movimientos, dio dos pasos hacia atrás, bordeó al soldado sin llegar a mirarle a los ojos, y se dirigió hacia el lugar donde estaba antes. Recogió del suelo la lima y se sentó en la misma piedra en la que había estado el soldado. Puso el gladius en posición inclinada, con la punta mirando hacia el suelo. Comenzó a pasar la lima por el filo. Primero de forma lenta, recreándose en cada pasada.

Repitió esta maniobra hasta en diez ocasiones. Luego hizo lo mismo con el otro filo. Los soldados no perdían detalle alguno de lo que hacía el chaval. Volvió sobre el primero de los filos y, en esta ocasión, las pasadas fueron más rápidas. Manejaba la lima con destreza y los movimientos zigzagueantes fueron tomando mayor velocidad. Una y otra vez. Luego el otro filo. Y vuelta al primero. Nadie decía nada. Todos contemplaban la escena en total silencio. Al cabo de unos minutos paró. Dejó la lima en el suelo, se levantó y fue hasta donde estaba el soldado. Entonces fue él quien le ofreció el gladius.

—Creo que ahora sí está afilado.

El soldado, con gesto sorprendido, empuñó la espada. Hizo dos o tres movimientos al aire y de repente, de un golpe certero, hundió el acero en la rama de un árbol. Ésta se desprendió de manera limpia. El corte era perfecto. Ni una sola dentellada o bocado. Repitió la misma operación con una rama más gruesa y el resultado fue el mismo. El hombre llevó el gladius a la altura de sus ojos y examinó los filos. Comprobó que estaban afilados al máximo, con una precisión extraordinaria. Quedó boquiabierto con las habilidades del chaval.

—Me has dejado sorprendido por completo. Es un trabajo excelente. ¿Eres acaso herrero?

—Mi padre lo es.

Entonces, su semblante cambió. De la expresión seria y ruda pasó a una más serena. Envainó el gladius y, sin que le diese tiempo al chaval a reaccionar, puso su mano sobre su hombro.

—¿Cómo te llamas?

—Antonino Quintus.

Luego puso la otra mano y, apretando al muchacho por ambos hombros, le dijo:

—Bienvenido a la Legión romana, Antonino. Estás en la primera cohorte, primea manípula, segunda centura de la Legión II Itálica Pia.

—No te entiendo —respondió Antonino.

De nuevo se dejaron oír las carcajadas de antes. Los soldados que habían contemplado la escena se acercaron hasta donde estaban ellos dos para integrarse en la conversación.

—No te preocupes. Todo lo que tienes que saber sobre las legiones de Roma te lo enseñará Manius Aquila.

—¿Y quién es ese Manius Aquila?

—¡Lo tienes delante de ti, novato! —exclamó mientras soltaba una carcajada

tremenda y le golpeaba la espalda al chaval.

—¡Tiberius! —gritó a otro de los soldados—. ¡Ve a la tienda y tráete un odre de vino! ¡Vamos a brindar por la incorporación de Antonino Quintus a este contubernio de la primera cohorte, primera manípula, segunda centuria... ¡Bueno, y lo que sigue, ya estoy harto de tanto nombre! ¡Vente aquí, Antonino!

Se sentaron delante de la tienda. Manius estaba contento. Era algo más alto que Antonino y, por supuesto, mucho más fuerte. Pero ahora su cara denotaba afabilidad cuando estaba de buen humor. Se notaba que, aún siendo soldado, imponía su jerarquía entre sus compañeros. Todos eran del mismo rango pero él era quien llevaba la voz cantante en ese contubernio. No acertaba a comprender por qué no había marchado hacia Jerusalén con las tropas. Un soldado de su experiencia, por lo que aparentaba ser, debía de estar en la primera línea, a la vanguardia. Se acordó, entonces, del centurión Tulio Plinio. Quizá no supiese de la existencia de Manius. «Hay tantos soldados en el ejército romano que es imposible conocerlos de manera detallada», pensó.

—Y bien, ¿cómo has llegado hasta aquí, Antonino? —preguntó Manius tras beber un trago largo de vino y ofrecerle el odre al chaval.

Se lo pensó dos veces antes de responder. Pero no podía engañar a los que ya eran sus compañeros. Si no decía la verdad, lo considerarían alguien falso e indigno para estar entre ellos. Por otra parte, hablando claro podrían tomárselo a mal. Bebió con prudencia —no lo había hecho muchas veces hasta ahora—, se limpió la boca y, por fin, respondió.

—No os lo vais a creer, pero estoy aquí gracias a la augusta emperatriz Flavia Iulia Helena.

—¡Como todos nosotros! —bramó Manius soltando otra gran carcajada.

—No es eso. Ella ha sido la que me ha ofrecido entrar a formar parte del ejército romano.

El silencio se instaló en los soldados. Se miraban unos a otros sin saber qué decir. Aquello les cogía completamente de sorpresa. De nuevo, fue Manius quien llevó el peso de la conversación.

—¿Eres acaso un protegido de ella?

—La verdad es que no lo sé. La historia no es muy larga. Comenzó ayer al anochecer y ha llegado, de momento, hasta aquí.

—¿Pero tú eres de su cohorte particular o algo así?

—No. Mi padre, como dije antes, es herrero. Y se ha embarcado en esta aventura en busca de fortuna, tal y como ofrecían en Bizancio. Hemos venido con él toda la familia: mi madre y mis dos hermanos. Lo mío ha sido distinto.

—Bueno, muchacho —le interrumpió Manius mientras le daba de beber más vino—. Se puede decir que eres un hombre con suerte. Pero esta profesión es dura, muy dura. Ahora no estamos en guerras cruentas y son más esporádicos los enfrentamientos; sin embargo te queda un aprendizaje que puede no resistas. Veo que a pesar de tu juventud eres fuerte, pero no creas que los dioses te van a echar una mano. Si acaso, tus compañeros.

—¿De qué legión dijiste que sois? —preguntó Antonino cambiando la conversación.

—De la II Itálica Pia.

—¿Itálica? ¿No está esa ciudad en Hispania?

—Así es, chaval.

—Entonces, ¿qué hacéis tan lejos de vuestro lugar de origen?

—Es la consecuencia de la partición del Imperio Romano en dos. Roma está bien resguardada. Pero Bizancio es otra cosa. El emperador hizo que parte de las legiones de Hispania y de la Galia se trasladasen, temporalmente, hasta Oriente. Incluso creo que hay algunas centurias procedentes de Germania. De esta manera, las dos capitales de los imperios están fortificadas en condiciones.

Se levantó del lugar donde se encontraba sentado y comenzó a andar dando vueltas alrededor de la tienda, situada al cobijo de dos grandes y frondosos árboles. Manius desenvainó su gladius, lo miró de nuevo comprobando el buen trabajo que había hecho Antonino, y siguió hablando a la par que daba mandobles al aire.

—En Bizancio hemos estado al menos tres meses sin hacer prácticamente nada: lavando nuestras ropas, sacando brillo a armaduras y cascos, afilando nuestras armas... toda una rutina que hace caer al soldado en la desidia por no entrar en combate y no estar en campañas gloriosas para el Imperio Romano. Y eso es malo, porque la tropa se adocena, surgen problemas entre compañeros, no paramos de emborracharnos y de buscar las alcobas de cualquier mujer que se nos ponga por medio o incluso llegamos, muchas veces, al pillaje. Menos mal que ahora hemos salido de allí.

Manius hablaba solo. Sus compañeros se habían puesto de nuevo a hacer distintas tareas y tan solo Antonino le escuchaba atentamente. Cada vez se sentía más atraído por la profesión de soldado. Sabía que le quedaba mucho por hacer pero estaba convencido de que superaría todo el aprendizaje. No se manejaba mal con la espada y en cuanto a resistencia física, era un chaval atlético y bien alimentado, lo que le sería de gran ayuda. Sus ojos se

agrandaron cuando el veterano soldado habló de campañas y batallas, imaginándose estar en otras tierras, alejado de los suyos, pero formando parte de la Legión romana.

—Tú eres hombre de acción, ¿verdad? —le preguntó de manera directa a Manius.

—Sí —dijo mirando hacia la línea que dividía la tierra y el cielo—. Por eso me alegro de estar aquí. No es para luchar pero, al menos, me siento útil. Aunque hubiese deseado acompañar a la emperatriz hasta la ciudad. Seguro que allí hay que hacer algo más de lo que estamos realizando aquí. Mira, Antonino, me quedan cinco años para retirarme y tener mi parcela, mi casa propia y un pecunio que me permita vivir acomodadamente el resto de mis días en Híspalis, al lado de Itálica. Llevo muchos años en la Legión y entré más o menos con tu edad. No he progresado porque me he conformado con lo que he tenido. He ido subsistiendo todos estos años y me he dejado el alma en cada batalla en la que hemos participado y mis superiores siempre me han respetado. Pero ahora siento que entro en la cuenta atrás. Cuando te he visto esta mañana me has recordado a mí cuando me iniciaba. No sé qué es lo que me han dispuesto los dioses, pero estoy convencido de que te han traído hasta aquí porque algo me tienen reservado contigo en un futuro. No me preguntes por qué, porque no lo sé. Pero hay algo. No sé, hay algo...

El golpeo de los cascos de los caballos en el empedrado interrumpió la conversación. Eran varios los jinetes que se acercaban casi al galope. Llegaron hasta la altura de la tienda.

—¡Manius Aquila! —gritó uno de los legionarios a caballo.

Dio un paso al frente y se situó delante de los pechos del animal.

—Soy yo.

—El tribuno quiere verte. Enseguida. Está en la tienda de los mandos. No tardes.

Los jinetes espolearon a los caballos y se volvieron por el mismo camino por el que habían venido.

—Ya ves, muchacho —dijo Manius mientras comenzaba a ajustarse la túnica una vez envainado de nuevo el gladius—. No me preguntes por qué, pero sé que tu presencia aquí me tiene reservado algo muy importante.

⁴ Grupo de ocho legionarios. Diez contubernios formaban una Centuria.

IV

El monte Gólgota se divisaba a la perfección desde el palacio del prefecto. Sin embargo, 326 años después de la muerte de Jesucristo, el cambio había sido grande. La ciudad fue creciendo, evolucionando y lo que entonces era un lugar en el que ejecutaban a maleantes, delincuentes y todos aquellos traidores del Imperio Romano, era ahora un basurero. La suciedad estaba instalada en él. El templo erigido en honor de la diosa Venus por el emperador Adriano, se alzaba desafiante en el lugar donde, supuestamente, debían estar enterrados los instrumentos con los que se dio muerte al Nazareno.

Helena lo observaba desde el gran atrio principal del palacio. Había soñado muchas veces, en Bizancio, poder estar allí. Desde aquel mismo lugar Poncio Pilato preguntó a la muchedumbre exacerbada a quién quería que condenase, si a Barrabás o a Jesús el Nazareno. Lo que habría dado por estar en ese momento, por haber conocido al Mesías, escucharlo hablar y seguirle a donde fuese. Ahora, en cambio, sentía miedo. Era el momento que estuvo esperando siempre, desde que abrazó la fe cristiana y se dedicó a conocer más y más de Jesús, de su vida, de su forma de amar a los demás, a los hermanos. Ella lo ponía en práctica y, a pesar de ser la emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente, era mujer piadosa e intentaba, por todos los medios, hacer el bien.

Contrastaba la ampulosidad de su cargo, su rango, con los hechos. Porque no tenía reparo en ayudar a los que más sufrían, a los desvalidos, a los que no tenían para comer. Su misión era ensalzar al Hijo de Dios y predicar sus enseñanzas. Tenía como mejor aliado a su hijo, Constantino, que desde la batalla de Majencia compartía con ella esta fe. El edicto de Milán del año 313 supuso un paso crucial para que los cristianos fuesen reconocidos y su religión comenzase a prodigarse por todos los lugares de la tierra. Atrás quedaban los años de las catacumbas en las que se escondían para no acabar en la arena de los coliseos destrozados por las fieras. Y ella, Flavia Iulia Elena, había tenido parte importante en ese reconocimiento.

Miró de nuevo hacia el Gólgota. «¿Será verdad?», se preguntaba sin dejar de fijarse en toda la zona, escrutando cada rincón e imaginándose miles de cosas. Una voz interrumpió sus pensamientos.

—Augusta emperatriz, estamos preparados para partir.

Se volvió y se encontró con el obispo Macario. Llevaba unos ropajes más modestos que hacía unos momentos, cuando la había recibido junto al prefecto. Era una vestimenta más propia de alguien que va a hacer un esfuerzo físico, como el que se avecinaba.

—¿Creéis que los encontraremos? —preguntó la emperatriz.

—La fuerza de Jesús es inmensa y estoy convencido de que vuestras intuiciones no son erróneas.

—Pero han pasado tres siglos, cientos de miles de personas y hay construido un templo.

—Tened fe. Eso es lo primordial. Sin ella, es imposible que demos con lo que buscamos.

Ambos se dirigieron hasta la entrada del palacio. Bajaron por las grandes escaleras que unas horas antes Elena había ascendido. Su carroza le estaba esperando. En la puerta, Livia aguardaba a que se subiese de nuevo. Todo estaba preparado. Elena pudo distinguir, delante, varias cuadrillas de hombres que portaban aperos de labranza y materiales para la construcción. Y a sus soldados romanos preparados para ayudar. No se había escatimado en mano de obra para que los trabajos fuesen a buen ritmo. No sabía, a ciencia cierta, qué tiempo tardarían en encontrar lo que buscaba, pero no estaba dispuesta a cejar en su empeño. «No me moveré de ahí mientras los hombres trabajen. Ni un solo instante. Quiero estar presente cuando se descubra. No he venido hasta aquí desde Bizancio para echarme a descansar en un cómodo sillón y que los demás trabajen sin denuedo. Si hace falta más ayuda, allí estará mi mano. Y la de mis sirvientes. Pero seré una más en esta expedición».

Una vez entró en la carroza, escuchó la orden del centurión.

—¡En marcha!

Fue entonces cuando los caballos relincharon y el sonido bronco de las vagonetas que cerraban la comitiva al chirriar sus ruedas en el pesado y lento movimiento, hicieron que se sintiese excitada. Hacía calor. Estaba a punto de que el mes de junio entrase en el calendario y a esas horas el sol ya estaba en todo lo alto. No quiso esperar a que refrescase. La tarde habría sido un momento mejor para iniciar los trabajos, pero la emperatriz no quería más retrasos. «Quiero que se recompense a todos los que van a trabajar a partir de ahora de manera generosa», había ordenado al prefecto en cuanto fue informada de la situación y de lo que se pretendía llevar a cabo. «Si es necesario, hay que estimularlos con jornales extras. Pero es fundamental que todos pongan el máximo empeño. A las afueras de Jerusalén hay cientos de

hombres y mujeres esperando. También ellos participarán si la búsqueda se alarga en demasía. A todos ellos les he prometido estipendios importantes. Por eso me han acompañado en este largo y duro viaje. Y ahora que estamos aquí no quiero que piensen que la emperatriz del Imperio Romano no cumple con su palabra». «Sus deseos son órdenes para mí, augusta emperatriz», respondió de manera solícita el prefecto.

La caravana arrancó con fuerza, buscando la puerta suroeste de las murallas. El gentío, como cuando entraron en la ciudad, se agolpaba de nuevo. Muchos corrían junto a la caballería y las carrozas; otros, con los brazos en alto, agitaban sus manos de un lado para otro en señal de despedida. El camino era corto pero el material que se llevaba pesado. La inclinación del monte hacía presagiar que costaría trabajo desplazar las vagonetas tiradas por robustos bueyes. Llegaba el momento más esperado por Elena durante tanto tiempo. Livia se dio cuenta viendo cómo le brillaban los ojos. Comprobó que incluso se le humedecían. No dijo nada. Sabía que este momento era sumamente importante. Quizá el más importante de su vida, sobre todo por el empeño que le puso. Llegaba el momento de la verdad suprema.

Las espadas chocaron cuando ambas estaban en lo más alto. Manius Aquila la había levantado antes, con un movimiento ágil, y ésta comenzaba a caer con fuerza. Pero la que portaba Antonino también inició el mismo viaje, por lo que se encontraron de pleno. Sin embargo, la velocidad que le imprimió el veterano legionario fue mayor, por lo que la del joven saltó en varios pedazos. Eran gladius de madera, especiales para los entrenamientos.

Antonino sintió un fuerte dolor en la mano. El arma hizo una especie de palanca antes de serle arrebatada. Del impulso que había tomado, cayó hacia atrás, perdiendo el equilibrio y dando con sus posaderas en el suelo. Quedó en postura algo ridícula mientras Manius volvía a repetir el movimiento aunque, cuando la espada estaba a punto de impactar en su cabeza, desvió la trayectoria. El muchacho permanecía en la misma posición, con los ojos cerrados y los dientes apretados, esperando lo peor.

—¡Estarías ahora mismo muerto, Antonino! —gritó Manius a la par que le ofrecía su mano para que se levantase—. Y, lo peor de todo, te hubieses ido al más allá en una postura nada decorosa.

Las risas de los que contemplaban la escena hicieron que Antonino se ruborizase. Acababa de quedar en muy mala situación y, lo que era peor,

dando a entender que no tenía ni idea a la hora de luchar. Era evidente que no estaba preparado para hacer la guerra. Los entrenamientos eran duros y sólo habían comenzado. ¿Qué le esperaba a partir de ahora?

—Anda, siéntate. Tenemos que hablar.

Se encontraban en una zona acotada dentro de la empalizada construida la noche anterior. Hacía calor pero esa circunstancia era fundamental para el robustecimiento de los futuros soldados. No se les podía tener entre algodones. Al contrario, debían ser sometidos a situaciones extremas para que, en el momento de la batalla, supiesen salir con bien del envite. Manius se mostraba extremadamente diligente con el chaval. Le había caído en gracia desde el primer momento en que apareció por la tienda de su contubernio. Y ahora tenía encomendada la misión de hacer de él un futuro legionario romano.

—Salve, tribuno.

—Salve, Manius.

El tribuno examinaba con detenimiento un plano. Manius acababa de llegar a la tienda de los mandos tras ser requerido por su superior. Pudo ver que el mapa era de la ciudad de Jerusalén. Se preguntaba qué querría el tribuno de él, un soldado raso que no había ascendido en la jerarquía militar y que ya estaba pensando en la jubilación y en poder retirarse, con el terreno que le diesen, a las afueras de Híspalis, cerca de Itálica, y dedicarse a las vides. Tenía la intención de entrar en el negocio de los vinos. Aunque era oriundo de Roma su vida se había desarrollado, por mor de su condición de legionario, por otras tierras. Pero en Hispania encontró el acomodo necesario. Y estando destinado en la II Itálica Pia, pudo darse cuenta de que las gentes de allí y, también, el clima, eran muy parecidos a los de donde procedía. Ya le había echado el ojo a unas tierras que, pensaba, serían extraordinarias para hacer caldos dignos de un emperador. Se imaginaba fuera de la Legión, trabajando de sol a sol al principio pero con la satisfacción de que lo que consiguiese sería suyo. Con un poco de suerte y lo que tenía ahorrado podría iniciar una nueva vida en poco tiempo. «Mis años de dedicación al Ejército de Roma no han pasado en balde. Ahora estoy a punto de conseguirlo. Y además con la suerte de que no entramos en batalla tan a menudo como antes. Debo intentar llegar hasta el final. La recompensa será buena y sé que el centurión intercederá por mí para tener esos terrenos en Híspalis».

—¿Conoces al muchacho que os han asignado a vuestro contubernio?

—Hace un rato.

—Bien, quiero que seas sus brazos y sus piernas —le dijo sin dejar de mirar

al mapa—. Pero también que seas quien guíe sus pasos, que le enseñes a ser un legionario romano. Pero no uno cualquiera. Quiero que sea el mejor.

—Si no es indiscreción, ¿por qué yo, tribuno?

El superior dobló entonces el plano que estaba estudiando y se acercó hasta Manius. Posó su mano derecha sobre su hombro izquierdo.

—¿Sabes quién es la persona que quiere que ese chaval se convierta en un legionario extraordinario?

Iba a responder pero el tribuno siguió hablando sin solución de continuidad.

—He conocido a muchos soldados a lo largo de mi dilatada carrera militar. He luchado al lado de los mejores. Y los he visto morir. Pero morir en el frente, como verdaderos héroes. Lo han dado todo por el Imperio Romano y nunca, nunca volvieron la cara. Te conozco bien, Manius Aquila. Llevas mucho tiempo en el Ejército y estás casi a punto de retirarte con todos los honores de un soldado ejemplar. No has ascendido en la escala pero pienso que es porque tú no estás hecho para mandar a la tropa desde la jerarquía militar. Tú eres un líder pero estando entre los tuyos, entre los soldados. Te respetan más que a los propios mandos. Te he visto luchar en el frente. Has estado conmigo en campañas realmente peligrosas y has salido con bien de todas ellas. Ahora buscas el descanso del guerrero. Pero tú valía no puede, no debe perderse. Por eso, cuando el centurión me conminó a que ese muchacho tuviese el mejor de los instructores, pensé en enseguida en ti.

Manius no respondió. Por una parte se sentía halagado de que el tribuno, un hombre experto y avezado en cuestiones militares, pusiese en sus manos esta misión. Pero, por otro, sentía ahora el peso de la responsabilidad. Sabía que había sido expreso deseo de la emperatriz Elena que Antonino se hiciese legionario romano. Pero él, preciosamente ahora, buscaba pasar sus últimos años en el Ejército de la manera más plácida posible. No le importaba compartir tienda con un novato. Pero de ahí a tener que hacer prácticamente de niñera, iba un abismo. Por otra parte, aquella tarea, pensó, le haría estar apartado, quizá, del campo de batalla. «Han sido muchos los años que he estado en el frente. También me merezco un descanso en los momentos postreros de mi carrera. Pero, ¿y si fallo en este cometido? ¿Y si el muchacho no está capacitado para el noble arte de la guerra? ¿Y si no aprende como es debido? A lo peor su vocación no es ésta y entonces todas las iras caerán sobre mí».

—Manius —interrumpió sus pensamientos el tribuno—. Tengo, además, el permiso para decirte que si cumples con el cometido que te acabo de

encomendar con la eficacia que se espera de ti, tus días en las Legiones de Roma estarían finalizando.

—¿Qué... qué queréis decir, tribuno?

—Sé, porque lo has comentado con algunos superiores, que anhelas un terreno en Hispania, concretamente en el sur, a las afueras de Híspalis. ¿Me equivoco? Por lo que he podido saber, ese terreno ya te espera si todo se desarrolla como la augusta emperatriz espera. Es más, podrías llevarte una agradable sorpresa cuando llegases allí.

Los ojos de Manius se agrandaron al escuchar aquellas palabras. No podía creer que tuviese tan cerca su sueño. Lo que acababa de decirle el tribuno sonaba a música celestial. Y además podría llevarse una agradable sorpresa cuando llegase hasta Híspalis. ¿Acaso sabía que quería dedicarse al negocio del vino? Por unos momentos, el hombre rudo e imperturbable se mostraba nervioso, dubitativo. Se dio cuenta de ello el tribuno.

—Veo que mis informaciones, por tu expresión, no son erróneas. Quiero mostrarte algo.

El tribuno se dirigió hacia un arcón que se encontraba en un rincón de la tienda. Abrió la gran tapa finamente labrada y extrajo un papiro. Lo depositó en la mesa en la que momentos antes se hallaba el plano de Jerusalén y extendió éste.

—Acércate, Manius —le inquirió.

Entonces comprobó que se trataba de un mapa de Híspalis. Lo distinguió enseguida. La expresión de asombro fue mayor todavía.

—Aquí —dijo señalando el tribuno— se encuentra el terreno que se será de tu propiedad. Está a las afueras de la ciudad, muy cerca de Itálica. Es un lugar paradisíaco. Se extiende hasta esta parte de la cornisa —fue dirigiendo su dedo índice hacia arriba— y está cuajado de olivos y vides: aceite y vino, los mejores manjares para el hombre. La tierra es magnífica y el emplazamiento mejor aún. El amanecer es digno de presenciar y las puestas de sol no tienen comparación con otro lugar. Creerás que estás en la mismísima Roma. Ah, y junto a la casa hay dispuesto un granero en el que podrás hacer tus propios vinos. Y al pie de la ladera, un molino junto a un arroyuelo para que el aceite que consigas extraer tenga un sabor inmejorable.

El tribuno se dio cuenta de que la mente de Manius Aquila no estaba en esos momentos en el campamento a las puertas de Jerusalén: se había trasladado hasta Híspales y aquel terreno. Supo que lo estaba recorriendo y que ya se imaginaba allí.

—Bueno, espero que me digas algo. ¿O te vas a quedar callado?

Manius miró entonces al tribuno y, asombrado, balbuceó:

—Los dioses me han sido propicios. No tengo palabras...

—Los dioses no, Manius. El Dios de la augusta emperatriz por el que ahora mismo estamos aquí.

Antonino esperaba impaciente. Hacía un momento, Manius había estado a punto de descalabrarle la cabeza con el gladius de madera. Se sentía torpe e inseguro. Pero sabía que era por su bien. El veterano soldado, que bebió de un odre algo de vino, se limpió el sudor de la frente.

—Quiero que pongas todos tus sentidos en lo que voy a enseñarte a partir de ahora. Seré tu sombra y haré de ti un auténtico legionario romano. No. Haré de ti el mejor legionario romano que haya en toda la II Itálica Pia.

—Me alegra que digas eso pero, ¿por qué tanto empeño? No quiero recibir tratos de favor por llegar aquí de la mano de la emperatriz.

—Precisamente por eso, Antonino. La confianza que ha depositado en ti hace que a partir de ahora tú tengas que ser digno de ella. No querrás defraudarla.

—Claro que no. Mi familia le estará eternamente agradecida. Lo mismo que yo. Sé manejar las herramientas propias de un herrero, el oficio que me enseñó mi padre. Sé herrar caballos, afilar armas, arreglar ruedas de carromatos, fraguar... lo llevo en la sangre porque lo he vivido desde que era un crío y apenas podía sostener entre mis manos unas tenazas y sacar del fuego gladius incandescentes que iban tomando forma a golpe de martillo. Para eso se nace y también uno se hace con el paso de los años y según el interés que le pongas a las cosas. Pero, ¿y si no estoy capacitado para ser un soldado digno del Imperio?

—Lo estarás. Por todos los dioses, y por el de la emperatriz, que lo estarás.

Cuando llegaron a la cima del monte Gólgota, el calor era insoportable. La travesía desde que cruzaron las murallas de Jerusalén duró algo más de una hora. En ese tiempo, Elena pensó en cómo fue el camino del Nazareno hasta llegar hasta el lugar donde sería crucificado. Imaginaba a todo aquel pueblo enfervorizado y cegado por la rabia, la sed de sangre; convertidas las personas en lobos hambrientos dispuestos a descuartizar a su víctima. Sintió, incluso, los gritos desgarradores mientras el hombre, como podía, se aferraba al madero que sería el potro de tortura y muerte. «¿Cómo pudo resistirlo? ¿De dónde sacó las fuerzas para no desfallecer? ¿Quizá le ayudó el Padre sin que

nadie lo supiese? Y su gente, ¿por qué le dio la espalda? De la noche a la mañana pasó de ser el Mesías, el enviado, a un proscrito y un traidor que se enfrentaba al poderoso Imperio Romano. Y no se podía consentir que pusiese en duda a quienes hasta los últimos confines de la tierra habían extendido su forma de vida, sus costumbres. Él, en cambio, nunca alzó la voz y todo lo que dijo, proclamó, fue hacer el bien, amar al prójimo. Ahora estoy aquí, al pie de donde murió por todos nosotros sacrificando su vida para redimirnos y mostrarnos que otro Reino es posible: el Reino del amor».

—Augusta emperatriz, ya hemos llegado.

La comitiva se encontraba justo en el lugar que había indicado con anterioridad el obispo Macario. Elena bajó de su carroza y contempló la escena: los cientos de voluntarios que le acompañaban descansaban en la ladera. Por el contrario, los legionarios permanecían expectantes, a la espera de recibir órdenes. Todo estaba dispuesto para que diesen comienzo los trabajos.

—Obispo, ¿en qué lugar crees que debe comenzar a cavarse?

—Justo ahí —respondió señalando por detrás del templo que se elevaba en honor a la diosa Venus—. Esta zona estaba destinada a las crucifixiones y bajando por aquella ladera se situaban los sepulcros. Las oquedades son muchas pero somos suficientes los que estamos para trabajar. Lo que no os sabría decir es el tiempo que tardaremos en encontrarlos.

—No me preocupa el tiempo, obispo, sino el hecho de que no hallemos lo que hemos venido a buscar. Han pasado más de tres siglos.

—Os dije anteriormente que tuvieseis fe.

—La tengo. Pero también miedo.

La emperatriz dirigió su vista hacia el centurión Tulio Plinio. Éste había descabalgado y se encontraba a unos dos metros de Elena. Junto a ella, su siempre fiel Livia, que sostenía un parasol para ahuyentar los rayos del astro rey de la cabeza de su señora.

—Centurión. Podéis dar la orden de que comiencen los trabajos —le requirió con voz temblorosa—. Que Dios nos ayude.

El militar se volvió a sus hombres y, levantando el brazo derecho, gritó a los cuatro vientos:

—¡Legionarios romanos! ¡Empezad a excavar!

De manera milimétrica, la formación rodeó el templo y se situó en la ladera. Al unísono, como si de uno solo se tratase, unos cien soldados empezaron a hundir azadones. Se habían esparcido por distintas zonas y los primeros hoyos

se veían con claridad. El ritmo era fuerte a pesar del calor que hacía. Las vagonetas fueron desplazadas también hasta el lugar y los vecinos de Jerusalén ayudaban a echar en ellas la tierra que se iba sacando. No hacía falta que nadie diese órdenes, todos parecían saber cuál era su cometido en aquellos momentos. El ímpetu no cesaba.

—¿Qué piensas de todo esto?

La emperatriz, situada muy cerca de donde excavaban soldados y ciudadanos, observaba con detenimiento todo el proceso. Pero necesitaba hablar con alguien, y quién mejor que Livia.

—Que tenéis una fe admirable. Vuestro hijo, el emperador Constantino, se sentirá muy orgulloso de vosotros.

—Pero no me has dado tu opinión. Siempre eres persona equilibrada. ¿Acaso me he excedido en todo esto?

—El exceso siempre es malo, bien lo sabéis. Pero también que muchas veces, para conseguir lo que uno anhela, hay que poner más de lo que se espera. Sólo así se consiguen las metas.

—¿Y tú? ¿Has puesto ese exceso?

—¿A qué os referís, augusta emperatriz?

—A Antonino.

Livia no respondió. Pero en sus mejillas se tornaron encarnadas más de la cuenta y de manera inmediata. La emperatriz, sin dejar de observar los trabajos que comenzaban a ser visibles en cuanto a tierra extraída, quiso ahondar más.

—Livia, soy mujer anciana y, por lo tanto, sé más que tú. Lo vi en tu mirada cuando me presenté con él en la tienda. Es más joven que tú, pero ya es un hombre prácticamente. No tienes por qué ocultarlo. Me fijé anoche cuando ya llevaba puesta la túnica que le entregaste mientras se bañaba. Esas cuestiones no pasan desapercibidas para una vieja como yo.

—Mi señora...

—No tienes por qué ocultarlo. Antonino será legionario romano dentro de cuatro meses, es decir, cuando concluya su instrucción. Le tengo reservados grandes proyectos. Y no me preguntes por qué, si ni siquiera lo conozco. Pero, lo mismo que en ti, su mirada, cuando me encontré con él, me dijo que era la persona que me iba a ayudar. Sé que hay algo dentro de él que es fundamental para todo esto. Y quiero que sea un hombre de mi entera confianza, como lo eres tú. Así que no me ha sorprendido que te sintieses atraída por él nada más verlo entrar en la tienda. Y quédate tranquila, me parece bien. Quiero lo mejor

para Antonino. Y tú eres lo mejor.

—No sé qué decirte, augusta emperatriz.

—Simplemente, que dejes que todo fluya con normalidad. No fuerces ni la situación ni dejes que el ansia te pueda. Sólo así conseguirás que él también sienta lo mismo por ti. Piensa que es muy joven y que sus impulsos pueden ir por otros derroteros. Debes mostrarte hábil en la forma y, sobre todo, en el fondo. Si vas demasiado deprisa, puedes torcer todo. Toma el ejemplo de esta expedición: si yo hubiese querido, nada más tener conocimiento del lugar exacto donde puede encontrarse la Vera Cruz, habría partido en su búsqueda. Pero preferí esperar a tener todo bien atado, a que todo estuviese cerrado. Mira ahora, aquí estamos, a punto de tener en nuestras manos lo que tanto hemos anhelado. Quizá, si mi primer impulso me hubiese hecho partir enseguida, a lo peor nada de esto habría acontecido. Y posiblemente no hubiésemos encontrado a Antonino.

Livia escuchaba con atención. Comprendía todo lo que le estaba diciendo Helena y, en el fondo, se sentía algo avergonzada de no haber sido capaz de ocultar sus sentimientos hacia el joven. Pero la emperatriz conocía muy bien a su sirvienta. No en vano, estaba con ella desde que era una niña y sus padres murieron en una revuelta callejera. Servían en el palacio de la emperatriz y habían acudido a realizar la compra al mercado cuando se vieron envueltos en un torbellino de peleas que acabó con sus vidas. El sentimiento de culpa que le invadió le llevó a la determinación de hacerse cargo de su educación de la niña y la acogió como una hija, convirtiéndola en persona de su confianza. En cierto modo, le había pasado con Livia prácticamente lo mismo que cuando vio por vez primera a Antonino: algo en su interior le dijo a Elena que tenía que luchar por la chiquilla, hacerla una mujer y que estuviese a su lado. Y la emperatriz era persona que se dejaba llevar por las primeras impresiones. No solía equivocarse y el tiempo, con Livia, le dio la razón.

Ahora era ya una mujercita. Es verdad que algo mayor de Antonino, pero comprendía a la perfección que sintiese por él atracción. Se daba cuenta de cómo otros sirvientes la miraban y no veían en ella a aquella niña de pelo cobrizo y revuelto que iba de un lado a otro del palacio y que jugaba con todos aquellos que se acercaban. Ahora, en cambio, su cuerpo era el de una mujer, muy atractiva, además, que se ofrecía sin que ella se diese cuenta. Incluso Tulio Plinio, el centurión, no podía evitar sentirse atraído por la muchacha. Sin embargo, Livia parecía ajena a cualquier aspecto que tuviese que ver con los sentimientos y con el amor. Era feliz al lado de la emperatriz y hasta ahora

no había dado muestras de sentirse interesada por ningún hombre. Eso sí, evitaba a toda costa quedarse a solas con el centurión. Éste en alguna ocasión se había insinuado pero ella hizo caso omiso. No le parecía el hombre más adecuado, máxime habiendo contraído matrimonio. Pero a Tulio eso le daba igual. Hombre avezado en el arte de la guerra, estaba acostumbrado a tener a su alrededor a muchas mujeres. Sus campañas por las Galias o por Hispania le granjearon fama de tan buen soldado como mujeriego, algo que era conocido por todos. Sin embargo, tropezaba en el muro, al parecer infranqueable, de Livia. Y ese desaire no le sentó bien. Es por ello que no veía con buenos ojos que fuese una especie de consentida de la emperatriz. Si no estuviese bajo su manto protector, aquella muchacha ya habría sido suya. Ninguna mujer se le había resistido hasta ahora y Livia no iba a ser menos. Por eso, cuando también comprobó cómo su mirada cambiaba cuando vio por vez primera a Antonino, supo que tendría que poseerla. Aunque sólo fuese por el mero hecho de dejar claro que a un hombre de su posición no se le puede decir no a las primeras de cambio.

—Entonces, augusta emperatriz, ¿qué me aconsejáis?

Livia, por fin, se decidía a confesarse.

—Que seas prudente, mi querida Livia, y no te dejes llevar por los impulsos. Deja que sea él quien dé los primeros pasos, quien te corteje. Si siente lo mismo que tú hacia él, no tardará en darlo a conocer.

—¿Y si no es así?

La emperatriz seguía contemplando los trabajos de excavación. Se preguntó en su interior cuánto tiempo tardarían en dar con lo que estaban buscando y se temió lo peor: que se prolongasen en demasía. No le importaba esperar pero no quería que, al demorarse en el tiempo, aquellos soldados se sintiesen frustrados y no pusiesen el mismo empeño que en este principio. El sol seguía hostigando y aunque la tarde comenzaba a hacerse presente, sintió que sería bueno un descanso.

—Lo será, Livia. Lo será. No hemos venido hasta Jerusalén para irnos con las manos vacías.

—¿Y si no logras tu cometido?

Antonino estaba sentado al lado de Manius, que se secaba el sudor. La tarde comenzaba a declinar y el día había duro para ambos. Una suave brisa que venía del norte apaciguaba el calor. Pronto anochecería y habría que irse a dormir ya que la jornada siguiente comenzaría muy temprano. Aquel día estaban de suerte ya que no les correspondía hacer guardia en las empalizadas.

El campamento estaba perfectamente delimitado de la zona donde se encontraban los carrromatos de las gentes que habían acompañado a la emperatriz en este viaje, entre ellas la familia de Antonino, que descansaban tranquilamente y comenzaban a encender hogueras para preparar comida antes de acostarse.

—Sólo me conoces de hoy, Antonino. No soy precisamente un hombre dotado para el mando. De hecho, como puedes comprobar, después de todos los años que llevo en el Ejército no he ascendido nada. Pero sí lo he hecho en la estima de mis compañeros y, sobre todo, de los mandos. Cuando el tribuno me dijo antes que sería yo la persona encargada de instruirte, dudé por unos instantes. Pero luego comprendí que este encargo iba más allá de un trabajo que hay que realizar. No, es algo más. No sé por qué razón, pero la verdad es que los dioses te han puesto en mi camino. Y, al fin y al cabo, eres la llave que me abre mi retiro en Hispania antes de lo que me figuraba.

Manius se dio cuenta de que Antonino tenía la mirada perdida. Dirigía ésta hacia los grupos de carrromatos. Parecía buscar algo o a alguien. Comprendió qué le pasaba al muchacho.

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad?

—Sí. Mis padres me lo han dado todo. No han tenido nunca una vida fácil a pesar de que hemos salido adelante. Vieron cómo morían dos hermanos míos antes de que pudiesen despuntar y abrirse paso, siguiendo adelante. Ahí deben estar. Supongo que orgullosos de que su hijo mayor vaya a formar parte de la Legión romana. Seguro que piensan que tendré un futuro esperanzador. Y en cierto modo es así. Pero, por otra parte, no sé si estoy obrando correctamente. El trabajo de mi padre es duro, muy duro, y mi hermano pequeño no está todavía capacitado para ayudarlo como yo lo hacía. Y temo que esto pueda influir en el devenir de la familia. Nosotros vinimos hasta aquí para mejorar la vida. Creo que será así pero, ¿crees que merece la pena que me embarque en esta aventura, que los deje y casi me aparte de ellos? ¿No sería más útil a su lado, ayudándoles?

—Veo que piensas y te expresas como una persona mayor a tu edad. Eso es bueno. Lo importante de todo es la conclusión que puedas sacar de lo que te está ocurriendo. Ninguna empresa es fácil. Supongo que te lo habrá dicho tu padre. Pero si uno no apuesta fuerte en la vida, luego puede ser tarde. Tú tienes la suerte de haberle caído en gracia a la emperatriz. No me preguntes los motivos pero es así. Y esa es una oportunidad que no debe ser desaprovechada. Piensa en tus amigos, a los que dejaste en Bizancio o los que

han venido hasta aquí. ¿Qué estarán haciendo ahora? Recogiendo leña del bosque cercano para hacer fogatas; trayendo agua del arroyo, dando de comer a las bestias o simplemente durmiendo. Tienes ante ti un futuro esplendoroso y hay que aprovecharlo al máximo. Vas a encontrarte por el camino con muchos obstáculos, pero aquí está Manius Aquila para ayudarte a solventarlos. Tendrás tiempo de ver a tu familia y de compartir con ella muchos momentos. Si te das cuentas, están aquí, al lado. A lo mejor mañana, o dentro de tres días, o la semana que viene, estás con ella. Peor sería que estuvieses solo, lejos de los tuyos, sin saber qué es de ellos, qué hacen o si están bien. Eres un afortunado.

—¿Y tú familia?

Manius quedó en silencio por unos instantes. El chaval, efectivamente, se expresaba como un adulto y pensaba como tal. Aquella pregunta hizo que el hombre curtido vacilase antes de contestar.

—No tengo familia. La tuve hace tiempo. Ahora no —respondió sin mirar a Antonino.

—Entonces, ¿no estás casado ni tienes hijos?

—Sí, me casé.

—¿Y dónde está tu esposa?

—En Roma.

—¿Cuánto tiempo hace que no la ves?

—Demasiado. Pero ella siempre me espera donde se encuentra. Cada vez que entramos en Roma acudo a visitarla.

Parecía que Manius no quería continuar con aquella conversación. Le incomodaba hablar de sus sentimientos. Pensaba que era mejor que nadie de sus compañeros supiesen de su vida privada. Nunca daba detalles y si era preguntado, solía desviar el tema. En cambio, con Antonino estaba más tranquilo. Pero le incomodaba hablar más de la cuenta. Eran ya muchos años de soldado y ahora no quería explicar más cosas que las necesarias. Sin embargo, algo le decía en su interior que aquel joven despierto e impaciente por conocer cosas de la vida haría que, en cierto modo, cambiase algunas normas de su forma de vida.

—Bueno, no te preocupes —terció Antonino intentando que la conversación tomase un tono más distendido—. Ya te queda poco y cuando te retires, podrás estar junto a ella en Híspalis. Será buena consejera para los negocios que quieres emprender. Porque por lo poco que sé de ti, me da la sensación de que no eres un hombre que sepa llevar bien las cuestiones económicas. Y seguro

que ella sí. Por cierto, no me has dicho cómo se llama.

Manius se levantó. Avanzó unos tres pasos y quedó de espaldas al chaval. Miró a sus compañeros. Algunos estaban jugando a los dados, otros haciendo la colada para que al día siguiente sus ropas estuviesen limpias. Llegaba un agradable olor a comida. Pronto irían a buscar el rancho del legionario y luego, tras un tiempo de esparcimiento, se meterían en la tienda para dormir. Mañana tendría que enseñarle muchas cosas al chaval. No había tiempo que perder y quería que, desde el principio, tomase conciencia de la realidad de un legionario romano. Lo llamaría cuando el sol todavía no hubiese aparecido.

En la atayala más cercana comprobó que el soldado que vigilaba aparecía relajado, sereno. No estaban en ninguna campaña militar y aquellas guardias eran mucho más livianas. Incluso aquel compañero, casi con toda seguridad, se quedaría dormido en algún momento de su turno. Entonces, sin dejar de darle la espalda al chaval, volvió a contestarle.

—Áurea; se llama Áurea. Y no vendrá conmigo a Hispalis. Lleva seis años muerta.

V

El andamiaje se agarraba a la tierra de forma dificultosa. Habían pasado dos semanas desde que dieron comienzo los trabajos y, tras varios intentos infructuosos y luego de estudiar el terreno con detenimiento, se llegó a la conclusión que en el lugar donde debían encontrarse los sagrados instrumentos, la Vera Cruz en la que murió el Nazareno, podría ser donde estaban excavando en aquellos momentos.

La tarea no era fácil porque no se avanzaba en la medida de lo esperado. Costaba más de la cuenta extraer la tierra, ya que se encontraba muy compactada por el paso de los años y, sobre todo, porque hacía al menos siglo y medio que aquella zona estaba destinada a basurero, por lo que se hacía especialmente dificultoso ahondar. De hecho, la principal complejidad radicaba en hacer más profundo el hueco abierto. Era grande en cuanto a diámetro, pero no tanto en lo referente a profundidad. Cuando se comprobó que podría haber peligro de desprendimiento de las paredes, se decidió colocar andamios que sirviesen de sujeción. A pesar de las precauciones, hubo algunas avalanchas que llegaron a herir a varios trabajadores. Pero ello no era impedimento para seguir con la ardua tarea de desescombre del lugar.

Otro de los problemas era el trasladar la tierra que se sacaba y alejarla de allí. La pendiente de la ladera más cercana a la ciudad era grande y los bueyes tenían dificultad para subir tirando de las vagonetas y, mucho peor, bajar con éstas cargadas. Al tercer día de trabajos uno de los animales no pudo resistir el peso del remolque cuando bajaba y se despeñó, rodado bestia y vagoneta y arrollando a una decena de personas que también cargaban con pesados sacos de tierra. Es por ello que se ideó, en el inicio de la segunda semana, un sistema mucho más sencillo y a la par más dinámico: la tierra se iba introduciendo en sacos que no fuesen demasiado pesados; luego, se desplazaban —bien acarreados por hombres bien en las vagonetas tiradas por bueyes— hasta justo donde empezaba la pendiente de la ladera. Allí se había construido una especie de pasillo con maderas, se colocaban los sacos y se empujaban para que fuesen rodando hasta la parte de abajo. Una pequeña empalizada movable, a modo de tope, paraba el viaje de los sacos. Se subían a otra vagoneta y trasladaban a otra zona de las afueras de la ciudad para esparcir la tierra.

El principal problema consistía en que los sacos no contenían demasiada tierra, por lo que la acción se demoraba más de la cuenta. A pesar de ello, quienes estaban a cargo de la obra parecían estar satisfechos. No así la emperatriz y el obispo, que veían con cierta desesperación que no hallaban lo que con tanto ahínco buscaban.

Elena acudía hasta el Gólgota a primera hora de la mañana, no más se comenzaba a trabajar. Y allí permanecía durante toda la mañana, observando atentamente cualquier maniobra de los trabajadores. No tenía reparo alguno en ayudarles ofreciéndoles agua o trayéndoles algo de fruta para que pudiesen seguir con su tarea de la mejor forma posible. Muchos de ellos, incluso, desconocían que fuese la emperatriz del Imperio Romano. Algunos hasta llegaban a bromear con ella en los momentos de descanso. No le importaba para nada realizar ese tipo de actos. En cierto modo, era una consecuencia de sus convicciones religiosas. «Hacer el bien al prójimo», se decía cada mañana nada más levantarse. Compartía la comida con los hombres y aunque los mandos de la Legión desaprobaban sus acciones, era la propia Elena quien les hacía desistir de sus pretensiones de que se quedase en la carroza.

Por las tardes, cuando el trabajo decaía, solía quedarse en la ciudad e iba visitando las casas de las personas que se encontraban enfermas. También ayudaba a quienes no podían con la carga de las labores diarias y consolaba a los que estaban postrados en las camas por mor de dolencias. Especial atención ponía en los niños, a los que reunía, cuando a punto estaba de anochecer, en una pequeña plaza cercana al palacio. Allí les contaba historia de aquel hombre que hacía 326 años dio su vida por los demás en el monte que se alzaba a las afueras de la ciudad. Les explicaba, de manera sencilla, a modo de cuento, que nunca quiso hacer el mal a nadie y que siempre buscó que todos los hombres y mujeres, como hermanos que somos, nos amásemos. Historias como cuando Jesús, el Nazareno, convirtió el agua en vino en una boda a la que acudió con su madre, María, o cuando multiplicó panes y peces habida cuenta de la presencia masiva de personas que habían acudido donde se encontraba para escuchar su Palabra y no tenían qué comer.

Todo ello lo conocía a la perfección Elena, que no cejaba en su empeño por explicarlo. Los pequeños oían ensimismados aquellas historias que cada tarde les contaba. Muchas veces con la ayuda de Livia. Ambas realizando en determinadas ocasiones diálogos en forma teatral para hacerlas más interesantes a los niños.

Luego, cuando ya era de noche, no dudaba en acudir de nuevo hasta la cima

del monte. Allí, tan sólo acompañada de su fiel sirvienta y un par de soldados romanos, pasaba varias horas contemplando el agujero en el que se excavaba, esperando quizá que de pronto surgiese, como por arte de magia —o de fe— lo que andaba buscando.

—Augusta emperatriz, es tarde y hace frío. Mañana os levantaréis antes de que haya salido el sol. Os ruego que emprendamos marcha de vuelta al palacio para que podáis descansar.

Esa frase se repetía cada noche en el mismo lugar. Era Livia quien se la decía. Entonces, Elena fijaba su vista en las luces de Jerusalén y buscaba cada casa en la que había estado por la tarde. Y recordaba a los enfermos, a los impedidos, a los que estaban a punto de morir; a la mujer que acababa de parir. Para todos tenía alguna palabra de consuelo y esperanza siempre hablándoles de Jesús. Y también adivinaba las luces del campamento instalado en la otra zona fuera de las murallas. Muchos de ellos, los que hasta aquí llegaron después de tan largo viaje, ya se encontraban trabajando en la ciudad. Otros esperaban su oportunidad. Pero nadie quería marcharse. Sabían que aquel viaje podía cambiar sus vidas. En cierta manera, un buen número de aquellas familias acabarían estableciéndose en Jerusalén.

—Sólo espero, mi querida y fiel Livia, no haber cometido una imprudencia habiendo arrastrado desde tan lejos a tantas personas.

—¿Por qué decís eso, mi señora? ¿Acaso no veis con la alegría que afrontan cada día este trabajo?

—Pero llevamos algo más de dos semanas y no hay resultados. Me pregunto si he hecho lo correcto.

—No debéis dudar para nada. El Señor os recompensará todo este esfuerzo. Él sabe que es para mayor gloria suya. Y eso es lo que importa realmente. Ya veréis cómo antes de lo que esperáis tenemos una alegría.

—Mañana me gustaría, una vez veamos cómo van los trabajos, acudir al campamento. Quiero visitar a las gentes que allí se encuentran y comprobar el ánimo de los soldados. Son hombres que están acostumbrados a la acción y tanto tiempo parados y ociosos les viene mal. La moral les baja. Es bueno que la emperatriz les dé ánimos.

Hizo una breve pausa para luego seguir hablando.

—Y de paso, podremos ver a Antonino —recalcó Elena—. Quiero saber cómo va su instrucción y los avances que ha realizado. Dispón todo como siempre, Livia —dijo dibujando una leve sonrisa en sus labios mientras la carroza abandonaba el monte Gólgota buscando la puerta de la muralla que

daba acceso a Jerusalén.

—¡Corres como una muchachita asustada por los bárbaros! ¡Quiero que marches erguido, avanzando siempre de frente! ¡Nada de excusas! ¡Más rápido!

Los dos hombres subían por una ladera a un ritmo vertiginoso. Portaban sendas mochilas rellenas con piedras. Manius iba por delante. Su trote era rítmico y preciso; en cambio, Antonino lo hacía de manera más torpe. Le costaba mucho más trabajo y no conseguía seguir con facilidad a su instructor. El sol castigaba fuerte. Estarían a una legua, aproximadamente, del campamento, cuando Manius alcanzó un repecho. Paró y se giró hacia Antonino, al que todavía le quedaba un buen trecho para llegar a esa posición.

—¡Venga, muchacho! ¡Que no se diga que eres un torpe! ¡Parece mentira que con esa edad te gane un viejo!

Paró un momento para tomar aire y miró hacia donde provenían los gritos. Manius estaba sentado ya, descansando. Había sacado una pequeña cantimplora y bebía agua. La sed se hizo presente en Antonino, que resopló, apretó los dientes y comenzó de nuevo a subir la ladera. Le quedaba poco para llegar cuando tropezó con un saliente en el terreno y se dio de bruces contra el suelo. Manius se levantó y, colocando los brazos en jarra, apoyando las manos en forma de puños a la altura de su cintura, soltó una carcajada tremenda.

—¡Es lo que me quedaba por ver! ¡Además eres un torpe! ¡Creo que me va a resultar más difícil de lo que pensaba hacer de ti un soldado de fortuna! ¡Levántate y ven hasta aquí! ¡No quiero tener a mi lado a un esmirriado legionario romano!

Al fin alcanzó el lugar. Llegó jadeante, exhausto, casi sin aliento. No comprendía cómo aquel hombre tenía esa fortaleza. No estaba en las mejores condiciones físicas e incluso ya abultaba algo su barriga, consecuencia de los excesos de bebida y comida. Pero tenía una resistencia fuera de lo común. Sobre todo para su edad. En cambio, a él le había costado un mundo llegar hasta allí. Con un gesto le pidió la cantimplora. Manius, sonriendo, se la alargó ofreciéndole un trago.

—Bebe con moderación. A ver si te vas a atragantar. Y no desperdicies el agua, que todavía nos queda faena para un buen rato.

—No sé... —dijo con voz entrecortada Antonino—, no sé cómo puedes aguantar esto. Nos va a dar algo.

—¿Nos va a dar? Querrás decir que te va a dar algo a ti. Está visto que los chicos de ciudad no tenéis la más mínima resistencia. ¿Qué va a pasar si tienes

que entrar en batalla? A las primeras de cambio te dejan hecho una porquería. O peor aún, te decapitan. Tienes que aprender con rapidez, no puedes quedarte a la deriva. Esto no es nada para cuando tengas que luchar. ¿Sabes lo que es tener enfrente a tíos hechos y derechos ávidos de sangre, echando espuma por la boca y con una espada que es igual de alta que tú? Si no tienes una adecuada formación militar y física, eres hombre muerto. Y a ello hay que añadir la destreza en el manejo de las armas, ser el mejor con el pilum, el gladius y la daga.

—Lo que tú digas, Manius pero, por favor, déjame descansar un rato.

Antonino se había tendido boca arriba. Permanecía con los brazos extendidos. No le importaba que el calor hiciese mella. Mantenía los ojos cerrados. Acababa de despojarse de la mochila y del casco y le apretaba la coraza. Pero en esos momentos se sentía relajado. Esperaba que todo fuese una pesadilla y que, en lugar de encontrarse en medio de un monte perdido, estuviese en la tienda, echado en su camastro, y que fuese ahora cuando le despertasen para iniciar la jornada. Dos semanas tan sólo y parecía que habían pasado meses. «¿Cuándo acabará esta pesadilla?» se preguntaba mientras sentía el sol en el rostro. Tenía la boca seca a pesar de haber bebido algo. La garganta, áspera, le impedía fabricar saliva. Aquello era mucho más duro de cómo se lo dibujaron. Por suerte para él, Manius se mostraba condescendiente cuando veía que el chaval no podía con su alma. No eran esas calendas las más propicias para realizar este tipo de ejercicios que requerían una gran fortaleza física, pero no podía defraudar ni a Manius, ni por supuesto a la emperatriz. Ni la Livia. Se le vino entonces a la mente el rostro de la muchacha. Recordó la escena del baño en la tienda de la emperatriz y las formas de la joven. Se sintió reconfortado y se dio cuenta de que llevaba más de dos semanas sin saber nada de ella. Partió con la emperatriz a la ciudad y no volvió por el campamento. «¿Qué estará haciendo? ¿Habrá pensado en mí o, por el contrario, ni siquiera me tendrá en su mente?». La voz fuerte y bronca de su compañero le sacó de esos pensamientos plácidos que, por unos instantes, hicieron que se olvidase de toda esa pesadilla.

—¡Ya está bien de descanso! ¡No estamos en unas termas para relajarnos! ¡La legión exige esfuerzo y disciplina, mucha disciplina! ¡Soldado, arriba enseguida y a continuar la marcha!

Manius inició el camino, de nuevo en escalada. Antonino se incorporó y lo vio alejarse. Lo maldijo en sus adentros mientras se ajustaba el casco y cogía de nuevo la mochila. Le siguió a duras penas durante un buen rato. La tarde ya

estaba instalada en el horizonte cuando, transcurridas varias horas, Manius se detuvo. No sabía el muchacho dónde estaban en esos momentos pero le supo a gloria ese nuevo parón.

—Bien —dijo el veterano soldado escrutando el paisaje—. Por hoy hemos cumplido con tu instrucción. Es hora de volver al campamento.

—¿Que hemos cumplido? Ahora nos quedan, por lo menos, dos horas hasta llegar.

—Y hay que hacerlo rápido, muchacho, para que no nos coja la noche. Nada de dos horas. En hora y media, como mucho, debemos estar en la tienda.

—Eso es imposible, Manius. Ni siquiera tú eres capaz de conseguirlo.

Miró Manius a su compañero, dibujando una sonrisa algo irónica. Le encantaban los retos y el chaval, a todas luces, le proponía uno.

—Te apuesto cinco sestercios a que en menos de hora y media estoy en el campamento.

—¿Cinco sestercios? Yo no tengo dinero.

—No te preocupes. Ya me los pagarás cuando recibas tu primera paga —respondió a la par que echaba a correr colina abajo y a sortear piedras y arbustos.

Antonino se dio cuenta de que iba en serio. «Cinco sestercios. Que se apueste esa cantidad significa que la paga de un soldado es buena». Y entonces se levantó de manera impulsiva y echó a correr, intentando alcanzarlo.

La persecución no era fácil. La agilidad de aquel hombre era grande. Había momentos que, por la orografía, dejaba de divisarlo. Luego, de repente, lo veía a lo lejos. Pasado un rato, de manera sorprendente, lo tenía casi a mano. Pero siempre de espaldas, esto es, no conseguía darle alcance. «Cinco sestercios», se repetía el joven mientras intentaba no tropezar con las piedras y mantenía, a duras penas, la verticalidad. La mochila pesaba ya una enormidad. Pero podía más la fuerza de la apuesta. Su dignidad también estaba en juego. No hacía ya tanto calor y esta circunstancia le dio ánimos para acelerar algo más. Ahora se sentía más cómodo corriendo e incluso habían desaparecido algunos de los dolores que le recorrían la espalda por el peso del bulto. El casco, algo holgado, se balanceaba de un lado a otro de la cabeza. No le importaba. Quería llegar al campamento antes que Manius y ganar la apuesta.

No sabría decir cuánto tiempo habría transcurrido pero, a lo lejos, divisó ya algunas luces del campamento. Ahora, empero, no veía a su contrincante. «¿Habrà llegado ya? ¿O quizá lo haya adelantado y no me he dado cuenta por

el follaje?». Siguió corriendo y esta vez sí se notó extenuado. Volvía a sentir dolores en la espalda y las piernas le pesaban como si en lugar de huesos contuviesen piedras enormes. Le molestaban las sandalias y el casco comenzaba a hacerle heridas en las sienes. Las manos le hormigueaban y estaba convencido de que tendría llagas en los pies. Pero seguía corriendo. Cada vez veía más cerca el campamento. «Dentro de unos minutos estaré allí. Voy a ganar la apuesta. Estoy convencido de ello».

Faltarían unos cientos de metros para llegar —la empalizada era ya perfectamente visible y podía divisar a soldados realizando tareas— cuando se vio sorprendido por un jinete que, de forma repentina, salió de unos arbustos. Fue de manera inesperada y cuando se dio cuenta tenía los pechos del caballo delante de él. El animal se levantó bruscamente y alzó las patas delanteras a la vez que soltaba un relincho tremendo. El hombre que lo montaba mantenía las riendas firmes y tiraba hacia atrás para no arrollar al muchacho. Antonino, en un acto reflejo rápido, se echó a un lado y, de manera instintiva, se tiró al suelo boca abajo, cubriéndose la cabeza con las manos. Sintió incluso la respiración del caballo y pensó, en cuestión de segundos, en lo peor: acabaría pateado por el enorme animal y quién sabe si ése sería su final.

Sin embargo, todo quedó en calma y no sintió ningún golpe ni dolor por alguna coz que le tirase el équido. De pronto oyó una voz.

—¡Pero qué te pasa, muchacho! ¿Acaso no me has visto?

Fue entonces cuando comprendió que estaba a salvo, que no le había pasado nada. Se giró y vio a escasos metros al caballo y al hombre que lo montaba, un legionario romano. No lo conocía pero, al menos, sabía que era de los suyos.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Antonino Quintus, primera cohorte, primera manípula, segunda centuria... no me acuerdo de más. Creo que en una de las Legiones de Itálica, o algo así.

El soldado miró al muchacho con gesto despectivo.

—¿Antonino Quintus? Llevo buscándote un buen tiempo. ¿Dónde te habías metido? Me vas a traer una desgracia, novato. Te están esperando en la tienda de la emperatriz. Así que ya puedes correr más de lo que lo hayas hecho en tu vida y presentarte.

Una vez dijo aquello, espoleó al caballo, tiró fuerte de las riendas y salió de allí al galope dirigiéndose al campamento.

«¿En la tienda de la emperatriz? Eso es que ha venido hasta aquí. Pero, ¿cómo me presentó así? Estoy hecho un asco después de todo el día subiendo y

bajando colinas. ¿Y Manius? ¿Dónde se habrá metido?»

Se levantó y, sacudiéndose el polvo de la túnica comprobó que, efectivamente, estaba hecho un desastre. Pero no podía demorarse más. Lo más seguro es que la emperatriz llevase horas en el campamento y estuviese indignada. «La culpa no es mía, sino de mi instructor», pensó en decirle aunque, recapacitando, decidió que lo más razonable era decir que estaba haciendo ejercicios, cosa lógica por otra parte ya que estaba siendo entrenado para convertirse en legionario romano.

Anduvo a un buen paso —no podía ya con su alma— hasta llegar al campamento. La tienda de la emperatriz estaba alejada de la zona de la empalizada por la que accedió. Sorteó algunas tiendas de los soldados y se encaminó hacia el lugar donde le esperaban. En la puerta, una guardia formada por cuatro hombres permanecía, con sus pilums apoyados en el suelo, firme. Al llegar a su altura, se identificó.

—Soldado Antonino Quintus. Tercera manipula...

No le dio tiempo a decir más. Los dos soldados más cercanos a la puerta se apartaron para dejarle paso. La tarde se marchaba y el sol, casi escondiéndose por el horizonte, dejaba un cielo tenue y anaranjado. Estaba sudando mucho y se sentía desfallecer. Atravesó la cortina. En la parte principal de la tienda estaban la emperatriz, el centurión Tulio Plinio y ¡Manius Aquila! ¿Cómo era posible que ya estuviese ya allí? Además, se le veía fresco, limpio, como si le hubiese dado tiempo hasta de bañarse. Se le vino al pensamiento que había perdido la apuesta. Pero sólo fueron unos segundos hasta darse cuenta de que ahora eso poco importaba. Se quitó el casco, que dejó ver el cabello totalmente revuelto y sudoroso, y el rostro sucio y polvoriento.

—¡Salve, augusta emperatriz!

Helena, que se encontraba sentada, se levantó lentamente y se acercó hasta el muchacho.

—¡Antonino! ¡Estás hecho un adefesio! ¡Qué barbaridad! —le dijo en un tono cariñoso— Anda, muchacho, refréscate algo en aquella vasija, que te va a dar algo.

Antonino no sabía qué hacer en aquella situación. Por una parte se alegraba de ver a la emperatriz, pero por otra tenía delante nada menos que al centurión y a su instructor. La forma en la que le hablaba le hacía sentir ridículo, como una especie de niño mimado a los ojos esos hombres, legionarios romanos fornidos y curtidos en todo tipo de situaciones. Pensó que no era el mejor momento de volver a ver a su protectora, pero ya no había vuelta atrás. Hizo

lo que le indicó Elena mientras ésta volvía a sentarse.

—Centurión Tulio Plinio, me gustaría que me informases de los avances de Antonino Quintus en su periodo de instrucción.

—Mi augusta emperatriz —respondió Plinio. Tenéis delante de vosotros al soldado Manius Aquila, que es el legionario encargado de su adiestramiento, como ya os he comentado. Él, mejor que nadie, puede explicaros todo.

Manius se adelantó dos pasos y, en posición de firmes, con el casco agarrado sobre su brazo derecho, se dirigió a la emperatriz.

—Augusta señora, soldado legionario Manius Aquila, tercera manipula, segunda centuria, primera cohorte de la Legión II Itálica Pia.

—Y bien, Manius Aquila, ¿qué me puedes decir del muchacho?

Antonino, una vez refrescado, se había situado justo detrás de su instructor y, también en posición de firmes, miraba al frente con la cabeza erguida.

—Mi señora, puedo deciros que estamos trabajando duro y que el soldado Antonino Quintus muestra grandes deseos de aprender la dura profesión de legionario romano. En estos momentos acabamos de llevar a cabo unas maniobras campo a través para seguir adquiriendo no sólo disciplina sino también forma física. En cuanto al manejo de las armas, pone el máximo interés en todas y, sin lugar a ningún tipo de dudas, dentro de poco luchará con destreza y sabiduría.

—Veo, centurión, que el tribuno ha sabido escoger al instructor adecuado para la formación del muchacho.

—Así es, augusta emperatriz.

—Está bien. Me alegro de que todo vaya conforme a lo establecido. Soldado Manius Aquila, quiero que sigáis como hasta ahora. Sabéis cuál es vuestra recompensa, que llegará cuando todo concluya. Ahora, en cambio, os merecéis un pequeño descanso. Mañana podéis tomaros el día de asueto. Pero al siguiente quiero que intensifiquéis más los entrenamientos. Podéis marcharos, centurión Tulio Plinio y soldado Manius Aquila. Y tú, Antonino, quédate un rato. Quiero que me cuentes cosas. ¡Livia! —dijo en un tono fuerte mientras miraba de soslayo al muchacho.

Al momento apareció la joven. Tragó saliva Antonino, que permanecía en la misma posición y no quiso mirar hacia la cortina por donde apareció. En cambio, quien sí lo hizo fue el centurión, que comprobó cómo le cambiaba la expresión de la cara al muchacho. Pero también a ella. Mantuvo el tipo aunque arqueó sensiblemente las cejas. No le gustaba aquella situación. Se sentía despreciado y no estaba dispuesto a consentirlo. Algo habría que hacer, pensó.

—Livia, trae algo de comer y de beber. Mi invitado estará hambriento y sediento después de un día tan duro. Y buscadle una túnica limpia para que pueda sentarse conmigo.

Los dos legionarios saludaron marcialmente y abandonaron la tienda. Ya había anochecido. Una vez hubieron andado algunos metros, cuando cada uno iba a marcharse hacia su tienda, el centurión se dirigió a Manius.

—Soldado, por razones que aún no he llegado a comprender, el tribuno te ha elegido a ti para que instruyas a ese mocoso. No seré yo quien desobedezca a la emperatriz. Pero entérate bien. Voy a estaros vigilando a los dos. A la menor metedura de pata te busco la ruina. Por lo que he podido comprobar, tenéis el beneplácito de ella. Pero será por poco tiempo. En cuanto haya abandonado este campamento volveréis a ser los de antes. No me caes bien, no sé por qué. Así que ándate con cuidado, con mucho cuidado, y mira por dónde pisas y lo que haces. No creas que vas a ser un privilegiado en este campamento asqueroso. Ya volverán las aguas a su cauce. Ahora, márchate con tu contubernio y aprovecha el día de mañana. Cuando pase, volverás a la cruda realidad, soldado.

Manius saludó al centurión y esperó a que le hiciese un gesto con la mano para abandonar el lugar. «Tarde o temprano tendré que enfrentarme al centurión. Y entonces uno de los dos morirá», se dijo para sí mientras buscaba su tienda.

—Dime, Antonino, ¿Estás contento con tu nueva vida?

El muchacho se encontraba echado en uno de los divanes al lado de la emperatriz. Varias lucernas iluminaban la estancia. En medio de ambos, en una mesa, dos grandes fuentes ofrecían asados y frutas diversas. Antonino bebía vino de una copa de plata mientras que un par de sirvientes esperaban órdenes para traer lo que la emperatriz pidiese.

—Mi señora, no puedo quejarme aunque la instrucción es realmente dura. No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí.

—Convirtiéndote en un soldado romano hecho y derecho. Ya has oído al tal Manius Aquila: estás progresando. Y con eso me conformo. Quiero que prosperes y así, de esa manera, puedas ayudarme.

—Lo que no entiendo es por qué tanto empeño conmigo. Sólo soy un muchacho más del pueblo que busca abrirse paso en vida.

—Verás, Antonino. Desde que abracé la fe cristiana siento que debo hacer el bien. No es fácil explicarlo y mucho menos que se entienda. Pero cuando nos encontramos por vez primera supe que debías estar a mi lado. Hacer el bien,

eso es lo primordial y lo que debe prevalecer en todo ser humano. Jesús vino a este mundo para redimirnos de nuestros pecados. Pero no lo supimos ver e incluso perseguimos a los que pensaban como el Nazareno. Sin embargo, todo ha cambiado. Su Palabra está instalada entre nosotros y yo quiero, por encima de todo, que prevalezca y siga teniendo vigencia cuando pasen los siglos. Por eso estoy aquí. No he venido hasta Jerusalén para ver dónde murió, sino para rescatar del olvido ese madero que llevó sobre sus hombros para luego ser crucificado en él. Eres joven y quizá no lo comprendas, pero seguro que a mi lado vas a conocer sus hechos y también estoy convencida de que abrazarás la misma fe que miles de personas, entre ellas yo. Jerusalén es tierra santa. En ella murió nuestro redentor y en ella se encuentran las raíces del cristianismo. Nosotros sólo somos personas que seguimos sus enseñanzas pero que a la vez nos convertimos en sus discípulos. ¿Hay algo más grande que hacer el bien, que amar a tu hermano? El Imperio subsiste entre dos mundos antes encontrados y contrarios y que ahora se complementan, Ahí fuera, muchos de los que son tus compañeros tienen a los dioses romanos como las verdaderas divinidades. Pero yo he llegado a comprender que por encima de Venus, Marte, Apolo... está el Dios de Abraham, de Jacob. El Dios que envió a su Hijo a la tierra para redimirnos; que se hizo hombre, que murió por nosotros y al tercer día resucitó de entre los muertos. ¿Comprendes lo que te digo?

Antonino asistía callado a todo lo que le explicaba Elena. Le fascinaba el ímpetu que ponía en hablar de aquel hombre. Empezaba a interesarse por él y por todo lo que le rodeaba. Que la emperatriz estuviese tan obsesionada con encontrar un trozo de madera era algo que le sobrepasaba pero consideraba que tenía que ser algo muy grande para insistir de esa manera.

—Me gustaría corresponderos por todo lo que estáis haciendo por mí y por mi familia. En cuanto concluya la instrucción, serviré al Imperio como se merece.

—Me consta que así lo harás. Y sé que me vas a ser de mucha ayuda. Tenlo por seguro.

Entonces, cambió el tono de voz.

—Voy a ordenar que se levante este campamento dentro de dos o tres semanas y que los que se encuentran aquí vuelvan a Bizancio si lo desean o, por el contrario, pueden instalarse en la ciudad. Aquí sólo quedará la Legión. No sé cuánto tiempo permaneceré en Jerusalén. Puedes preguntar a tus padres si quieren marcharse o quedarse en la ciudad. Me harán falta muchos hombres para algo que voy a acometer.

En ese momento apareció de nuevo Livia. Traía otra bandeja con viandas que depositó en la mesa central. La emperatriz se dio cuenta de cómo Antonino miraba a la muchacha. Sonrió.

—Antonino, ¿falta mucho para el toque de queda?

—No lo sé, augusta emperatriz. Pero la verdad es que me gustaría, si no os importa, regresar a mi tienda. Nos os ofendáis, pero no quiero que mis compañeros piensen que soy un consentido suyo.

—Está bien. Puedes marcharte. Mañana, cuando todavía no haya amanecido, regresaré a Jerusalén para seguir de cerca los trabajos. Estoy convencida de que muy pronto hallaremos lo que tanto ansío encontrar. Espero que continúes con tu adiestramiento. Ya que le he dado el día libre a tu instructor, podrías acercarte hasta el carronato de tu familia y hacerles llegar lo que te he comentado.

—Así lo haré, mi señora —dijo levantándose y poniéndose en posición de firmes mientras comenzaba a dirigirse hacia la puerta.

—Livia —interrumpió Elena—. Acompaña a Antonino hasta el límite de la empalizada del campamento militar.

—Lo que ordenéis, mi señora.

Antonino dejó pasar a la muchacha. Anduvieron un buen rato en silencio, sin decirse nada. Livia contemplaba las distintas hogueras y el ambiente distendido que había entre las gentes acampadas. Era de noche completamente y aunque había refrescado algo, la temperatura era ideal. Al cabo de un tiempo fue ella quien rompió aquel silencio.

—¿Está siendo duro el adiestramiento?

Ahora miraba hacia el suelo mientras caminaba, como si no quisiese encontrarse con la mirada de él. Antonino sintió en esta ocasión que la muchacha parecía algo más tímida que cuando la vio por vez primera y se dio cuenta de que en aquellos momentos era él quien se mostraba más entero y dueño de la situación. Le agradó esa posición de superioridad. Era él quien debía aparentar firmeza a pesar de que ella era mayor en cuanto a edad.

—Bastante. Hoy creí que no podría hacer toda la caminata. Pero estoy superando con bien todo lo que me está pasando. ¿Y la emperatriz? Se le ve muy ilusionada.

—Sí. Nos llevamos prácticamente todo el día en aquel monte. Los trabajos van muy avanzados y espera que los resultados se vean en poco tiempo.

—¿Y qué hará cuando encuentre lo que busca?

—No lo sé. Pero lo más seguro es que regrese a Bizancio, aunque también le

he oído comentar que quiere ir a Roma.

—En cualquiera de los casos, se marchará. Os marcharéis.

Tardó en responder en esta ocasión. Y cuando lo hizo, por fin Livia miró a la cara a Antonino.

—Sí, es lo más factible.

—¿Te volveré a ver? —preguntó mientras se paraba en seco y, de manera disimulada, acercaba su mano derecha a la de la chica, que quedó sorprendida aunque no hizo ademán de retirar la suya.

—Supongo que sí. Eso dependerá de la emperatriz. Ya hemos llegado a la empalizada. Tienes que marcharte.

Entonces Livia hizo un pequeño gesto y él dejó de cogerle la mano. La luz de la luna se reflejaba en su pelo y sintió en esos momentos deseos de besarla. Pero se contuvo. Prefirió esperar.

—Bien, aquí me quedo. Te agradezco que me hayas acompañado. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Yo también.

Livia se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Antonino se quedó por unos instantes contemplando los andares de la muchacha, que parecía mecerse de un lado a otro de forma grácil y delicada. Le pareció más bella que nunca y desde ese mismo momento supo que sería la mujer con la que compartiría el resto de su vida.

VI

—Aquí hay algo!

La voz retumbó desde las mismas entrañas de la tierra. Provenía de lo más hondo del inmenso agujero excavado en la ladera del monte Gólgota. El revuelo fue tremendo. Los hombres comenzaron a salir, trepando por el andamiaje. Algunos, asustados, pensaron que se trataba de algo malo. Presos del pánico, escalaban mal que bien y buscaban alejarse del lugar lo más pronto posible. Sin embargo, aquel grito de aviso hizo que los soldados se pusiesen sobre aviso. El mando de mayor graduación que se encontraba en aquellos momentos era un tribuno, sentado bajo un árbol en la otra parte de la ladera, casi en un duermevela del que salió algo asustado por lo repentino del anuncio.

Como era costumbre, a esas horas no se hallaban en la zona ni la emperatriz ni el obispo. Ambos lo habían abandonado cuando la tarde comenzaba a presentarse. Elena acudió, como hacía siempre, a distintas casas de la ciudad para interesarse por los enfermos, visitar a quienes necesitaban un poco de compañía y a jugar con los niños. El obispo, en cambio, solía ir al palacio. Sobre todo desde el día en que la emperatriz le comentó la idea de construir en el lugar donde apareciese la Vera Cruz un templo para alabar a Jesús.

Desde entonces comenzó el obispo Macario a estudiar planos y proyectos con arquitectos hebreos y romanos. Él ya tenía cierta idea pero, siguiendo las indicaciones de la emperatriz, debía ser de tal magnitud que sirviese como referencia para el Cristianismo. Por fortuna, la mano de obra no escaseaba y gran parte del contingente de personas que vino desde Bizancio optó por establecerse en Jerusalén. Esta circunstancia era fundamental, toda vez que muchos de ellos tenían oficios y profesiones que servirían para que la construcción del templo fuese mucho más rápida.

En el momento del descubrimiento habían transcurrido casi cinco meses de las primeras excavaciones. El monte fue horadado en numerosos lugares sin resultado positivo alguno. Jalonado por multitud de sepulcros, éstos se encontraban enterrados a una profundidad nada desdeñable, propiciada por la cantidad de basura y escombros que, a lo largo de más de tres siglos, se fue depositando.

El hasta ahora último de los sepulcros encontrados hizo que Elena tuviese

una corazonada, un palpito que le produjo un tremendo escalofrío. Las cuadrillas excavaron a destajo; los soldados ayudaron sin tregua alguna y el agujero fue agrandándose en cuanto a diámetro y profundidad. Se coloraron andamios y se construyeron rampas para que fuese mucho más cómodo sacar la tierra. A medida que avanzaba en envergadura la zona se iban agregando más hombres, hasta tal punto que en determinados momentos se estorbaban unos a otros a la hora de cavar. Pero todo esfuerzo era poco. La emperatriz sentía que ése era el sepulcro donde el Nazareno fue enterrado. Su intuición no podía fallarle esta vez.

Sin embargo, la ilusión fue dejando paso a cierta desesperanza cuando pasaban los días, se seguía ahondando y extrayendo tierra y no aparecía nada. Esa misma mañana, incluso, la venerable anciana a punto estuvo de ordenar que comenzasen a cavar en otra zona, la más cercana al templo de Venus. Iba aflorando un sentimiento de resignación que se entremezclaba con la frustración de no haber obtenido nada en claro después de casi cinco meses de intensa e ininterrumpida búsqueda. «No puede ser que esté equivocada», se decía para sí. «Los textos de sus discípulos son claros y concluyentes. Jesús fue enterrado en este monte, el Gólgota. Y con él los instrumentos en los que murió y con los que fue vejado y humillado. Pero, ¿y si no fue así? ¿Y si Lucas, Mateo, Juan y Marcos quisieron preservar el lugar de posibles expoliaciones de los ladrones? A lo peor describieron este monte pero en realidad no es aquí donde fue muerto y enterrado el Nazareno». Helena empezaba a tener serias e importantes dudas, que se acrecentaban cuanto más tiempo pasaba.

El tribuno llegó corriendo hasta el borde del agujero. Se tropezó con varios de los trabajadores que salieron corriendo alejándose del lugar. Se asomó para ver mejor el fondo. Unos cuantos hombres permanecían de pie. Habían dejado de excavar. La zona estaba a mucha más profundidad que el hueco de entrada del sepulcro. Esperaban órdenes de los militares.

—¿Estáis seguros de que lo habéis encontrado? —gritó el tribuno colocando sus manos a los lados de la boca para que así sus palabras tuviesen mayor resonancia.

—¡Creemos que sí! ¡Son las primeras maderas que vemos desde que dieron comienzo las excavaciones! ¡Ha aparecido una pequeña parte, pero por la trayectoria, puede tratarse de lo que anda buscando la emperatriz!

—¡No toquéis nada! ¡Quedaros donde estáis pero no toquéis nada! ¡Hay que avisar a la augusta emperatriz y al obispo para que acudan!

El tribuno se mostraba nervioso. No le hacía ninguna gracia que se descubriese la que llamaban la Vera Cruz sin que estuviese presente la emperatriz. «Ha tenido que aparecer en mi guardia. Por todos los dioses que parece que me han echado una maldición. Los trabajos iban a concluir dentro de poco y mañana ya estaría aquí otro tribuno. O incluso el centurión. Ahora, en cambio, se va a formar un revuelo grande. Y lo peor de todo es que si no es lo que busca puede descargar su ira contra mí».

Corrió hasta el lugar donde estaban amarrados los caballos y con un movimiento ágil se subió en uno de ellos. Picó espuelas a la par que tiraba de las riendas y echó a galopar ladera abajo para llegar lo más rápidamente posible a Jerusalén. No quería que se hiciese de noche. Era muy peligroso trabajar a la luz de las teas y antorchas. La visión no era buena y la posibilidad de que se produjesen accidentes era alta. Por eso los trabajos paraban cuando ya no había suficiente luz solar. Pero si resultaba que aquella era la verdadera cruz, entonces sí se prolongarían. Todavía, empero, estaban a tiempo de sacarla con el sol fuera.

A Helena pareció parársele el corazón cuando escuchó los gritos de la muchedumbre que corría tras el caballo que montaba el tribuno. Se encontraba en la pequeña placita donde acostumbraba a sentarse con los niños y contarle historias y cuentos de Jesús el Nazareno. En esta ocasión serían casi una veintena de chavales los que se arremolinaban alrededor de ella. Esa tarde estaba algo más cansada que otras veces y no podía dejar de pensar en el más que posible fracaso tanto de la expedición como de los trabajos. Una niña, de unos seis o siete años, le había sacado de su ensimismamiento cuando le preguntó si Jesús tuvo hijos.

—Él no se desposó.

—¿Por qué? —volvió a preguntar de manera ingenua.

—Porque se dio a todos. En verdad se casó con todos los hombres porque a todos amó. Sin distinción de cargos ni rangos. Para él tenía tanto valor el prefecto que el hombre más humilde de la ciudad. Fijaos si amaba tanto a todos, que se rodeó siempre de los que más sufrían, de los que más padecían. Y les dijo: «bienaventurados los pobres, porque de ellos será el Reino de los Cielos».

—¿Y sus padres?

—Su padre se llamaba José, y su madre María. Lo pasaron muy mal cuando Él no había nacido y tuvieron que huir a Egipto para no perder a su hijo. Por fortuna, vino al mundo y fue tan grande lo que hizo, lo que dijo y cómo lo dijo,

que aún después de cientos de años seguimos hablando de él e intentando imitarlo.

Aquellas historias maravillaban a los niños, que podían pasarse horas y horas escuchándolas. Y es que Elena predicaba con el mejor de los ejemplos, el del propio Jesucristo. Nunca tenía una mala palabra para nadie y a todos los que a ella se acercaban atendía.

La visión del tribuno en el caballo hizo que su corazón se acelerase de manera extraordinaria. Tras él, decenas de hombres, mujeres y niños acudían hasta donde ella se encontraba. Se puso rápidamente de pie y pudo observar que, entre aquella multitud, también venía el obispo Macario. Y más atrás, sin poder avanzar por la gente, su carroza. Sintió entonces que empezaba algo nuevo no solo para ella, sino para la Cristiandad. A partir de esos momentos todo sería distinto y seguramente podrían saber algo más del Mesías, del Hijo de Dios hecho hombre.

La excitación que se palpaba en el ambiente hizo que los niños, que momentos antes escuchaban atentamente a Elena, saliesen corriendo hacia sus casas asustados por el tumulto que se formó en cuestión de segundos.

La emperatriz, puesta en pie, comprobó cómo las pulsaciones iban en aumento a medida que se acercaba aquella muchedumbre que elevaba los brazos al cielo y exclamaba todo tipo de parabienes.

—¡Augusta emperatriz!— gritó el tribuno al llegar a su altura y, con un movimiento rápido y certero, descabalgó del caballo que había frenado en seco a escasos metros de la mujer—. ¡Han encontrado algo en el último agujero!

Elena entrelazó las manos y por sus mejillas corrieron algunas lágrimas. No sabía qué decir, qué hacer. Su primer impulso fue salir corriendo en dirección al monte Gólgota pero enseguida recordó que era una anciana y que no podría afrontar el trecho que había hasta allí. Pasados unos segundos llegó, exhausto y casi sin respiración, el obispo Macario. La emperatriz ya estaba rodeada de la multitud que, exacerbada, se desgañitaba. Tras recuperar el aliento, Macario por fin habló.

—¡Señora, han encontrado madera! ¡Es la Vera Cruz! ¡Es la Vera Cruz de Cristo Nuestro Señor!

Las fuerzas comenzaban a flaquearle y las piernas le temblaban. Quiso hablar, decir algo, pero de su garganta no salía nada. Tuvo que ser el obispo quien diese el empujón definitivo.

—¡Señora, súbase a la carroza! ¡No podemos perder más tiempo! ¡Hay que

sacarla antes de que anochezca!

Parecía estar en una nube. Completamente desconcertada, subió a su carroza. Le había abierto la puerta Livia, pero ella ni siquiera advirtió de su presencia. También subió el obispo, que no podía ocultar su excitación por lo que podía acontecer a partir de ahora. El tribuno, ya montado en el caballo, fue abriendo paso al carro entre la concurrencia que se sumaba a la improvisada comitiva siguiendo a la emperatriz.

La mirada de Helena se perdía. Miraba a través de una de las ventanillas de la carroza pero tan solo conseguía ver el final del camino que llevaba a la cima del monte Gólgota.

—Mi señora —dijo en tono suave Livia—, tranquilizaos. Estoy seguro de que se trata de lo que está buscando. La desazón y desesperación llegan a su fin.

—Lo sé, mi querida Livia; lo sé. Pero ahora tengo miedo.

En verdad lo tenía. Temía que no fuese la Vera Cruz de Cristo; pero también que todo acabase en una falsa alarma, un anuncio erróneo. Eran muchos los que trabajaban desde el primer día y casi todos ellos se habían contagiado del entusiasmo que desprendía Helena. A ellos también les hablaba de Jesús y de sus obras. Si bien el Cristianismo se extendía con celeridad por el mundo, todavía quedaban muchos, cientos de miles, que seguían adorando a sus divinidades romanas. Difícil convivencia para estos últimos, máxime cuando hasta no hacía tanto veían cómo eran perseguidos los cristianos y arrojados a las fieras. Pero el hecho de que el mismísimo Constantino I el Grande se hubiese convertido al cristianismo y, por lo tanto, a una religión monoteísta, hacía que surgiesen las dudas en los ciudadanos romanos, sobre todo en aquellos que gozaban de un status importante, tanto social como económico.

Pasado un tiempo, que a la emperatriz le pareció una eternidad, llegaron por fin a la cima del monte. Durante el trayecto vio cómo se iban sumando más y más personas y seguían a la comitiva. A medida que avanzaban por la ladera, el pasillo que formaban las gentes reducía el espacio de paso de la carroza.

Al pie del gran agujero se agolpaban centenares de personas que luchaban literalmente con los soldados romanos por ocupar un lugar preeminente para poder observar los trabajos de desentierro de lo que se estaba buscando. Los legionarios intentaban mantener el orden pero la noticia se había corrido por toda Jerusalén y hasta el monte acudieron las gentes masivamente. Por fortuna, todavía era de día. Habría que actuar con rapidez, pensó la emperatriz. «Pero también con cautela. Cualquier paso mal dado puede estropearlo todo». No

sabía cómo actuar. Llegó al punto en el que se accedía al interior del agujero y miró hacia abajo. Junto a ella, el obispo Macario y el tribuno esperaban órdenes. Livia se había quedado algo más retrasada.

El lugar de la excavación era muy amplio y es por ello que hubo de derribarse parte del templo erigido a la diosa Venus, hacía unos doscientos años, por el emperador Adriano. Venus, la diosa de la lujuria precisamente. Un ataque frontal del mandatario romano a los cristianos, por los que sentía un odio tremendo. En aquel tiempo debía ser consciente de la fuerza de sufrimiento pero también de superación por parte de todos aquellos que amaban y seguían Cristo.

Elena, con la voz entrecortada, acertó a hablarle al tribuno.

—Dile a los hombres que intenten sacarla con cuidado.

—Así se hará, augusta emperatriz.

El tribuno se dirigió hacia la rampa que bajaba al interior del agujero. Pasados unos minutos, llegó hasta el lugar donde los hombres permanecían quietos, esperando las órdenes pertinentes. Pudo ver con claridad el trozo de madera que sobresalía. Sintió, al igual que la emperatriz, miedo. El silencio se apoderó del lugar. Nadie hablaba. Incluso no se escuchaban los pájaros, que a esas horas debían comenzar a revolotear por los árboles de manera estruendosa para prepararse para dormir. También el viento se calmó. Pareció pararse el día en ese preciso instante.

Los hombres, custodiados por varios soldados, comenzaron a cavar alrededor de la zona donde apareció el trozo de madera. Azadones y palas se hundían en la tierra. Lo hacían de manera delicada y lentamente, tal y como les ordenó el tribuno. Desde arriba no se veía bien el fondo del inmenso hoyo. Helena casi no podía contener la emoción. Se dio cuenta de ello Livia, que pensó que de un momento a otro podría desvanecerse. Es por ello que se situó a su lado y, de manera sutil para que su señora no se sintiese molesta, la tomó del brazo. La emperatriz se volvió y al comprobar que se trataba de la muchacha, sonrió levemente y continuó dirigiendo la mirada al fondo del agujero.

Siguieron cavando y extrayendo tierra. El sol comenzaba a declinar. Nadie decía nada y no llegaban noticias de lo que se estaba realizando allí abajo. Pasaban los minutos, que parecían alargarse como horas enteras, y no había un resultado concluyente. Elena tenía entrelazadas las manos y unas veces miraba hacia abajo y otras hacia arriba, al cielo, como si esperase una señal, un aviso, que le anunciase el feliz desenlace.

De pronto, una voz rompió toda aquella escena que permanecía congelada desde que se oyeron los primeros golpes en la tierra de azadones, palas y cualquier objeto que sirviese para sacar tierra.

—¡Son tres! ¡Son tres cruces las que hay!

La multitud comenzó a hablar en voz baja. Aquel anuncio trastocaba todos los planes. «¿Tres cruces?» se dijo para sí la emperatriz. ¿Cómo podía ser eso? Tanto tiempo esperando este momento y ahora, de repente, no encontraba una cruz, sino tres. Le invadió por unos instantes una gran desazón y sintió que todo había sido en vano. No podía pensar, no sabía cómo reaccionar. Se le venía abajo toda aquella expedición, las conversaciones con su hijo Constantino y el orgullo que sintió cuando, por primera vez, en la batalla de Majencia, el emperador enarboló en sus estandartes el signo de la cruz después del sueño que tuvo. Y también cuando recibió el bautismo años antes de dicha batalla. Desde entonces se dio por entero al Cristianismo. Y llegó a Jerusalén, hacía algo más de cinco meses en peregrinación, para contemplar los santos lugares donde murió Jesús y donde debía estar la Vera Cruz. ¿Y ahora qué? Tres cruces en lugar de una. De pronto se acordó del pasaje que describieron los evangelistas en el que se hacía mención a dos malhechores que fueron crucificados junto a Jesús de Nazaret. «Los dos ladrones, uno de los cuales renegó del Mesías. Estaban junto a Él, lo vieron morir. ¡Claro que sí!». Y entonces comprendió que el hallazgo debía de ser auténtico. Lo que tanto había anhelado se convertía en realidad. No pudo resistir más la tensión del momento y, aunque agarrada por su fiel Livia, Elena cayó de rodillas en el suelo. No dejó de tener las manos entrelazadas y, mirando de nuevo hacia el cielo, pareció musitar algo entre labios. Estaba dando gracias a Dios por haberle concedido esta gracia.

—¡Subidlas con cuidado!

Era el obispo Macario quien había tomado el mando de la situación. Mientras, más y más gente llegaba al lugar. Del silencio se pasó al murmullo y al griterío en muchos momentos. Los soldados no podían mantener el orden entre la muchedumbre, ávida de ver con sus propios ojos lo que allí se estaba realizando. Macario, situado justo donde llegaba la rampa, contempló cómo varios hombres portaban las tres cruces. Tenían bastante altura y, desde allí, parecían encontrarse en buen estado de conservación a pesar de los siglos transcurridos. «¿Será la auténtica Vera Cruz del Señor Jesucristo? ¿Y cuál de ellas será?» La impaciencia era tal que comenzó a sudar.

Las labores para subir las cruces resultaron realmente dificultosas. El

dispositivo de rampas dispuesto era estrecho y estaba pegado al gran andamiaje para poder trabajar mejor. Con los sacos de tierra no hubo problemas, ya que éstos podía cogerlos una sola persona y subirlos, de uno en uno, hasta el lugar donde se encontraba el pasillo construido en la ladera este para que rodasen hasta la falda y ahí cargarlos en las vagonetas. Pero con las cruces era diferente. Las rampas no iban en línea recta sino que conformaban una especie de escalera de caracol que se iba abriendo a medida que se subía. Había que virar a cada momento y las maderas tropezaban con los andamios. Además era cuesta arriba. Los hombres que las portaban tenían que tener mucho cuidado para no dar con las paredes y que se produjesen desprendimientos de tierra. Cinco por cada una de ellas eran los portadores. Las llevaban de manera que el madero más pequeño fuese en vertical, esto es, con los dos brazos hacia arriba y hacia abajo, de tal forma que pudiese maniobrase mucho mejor. Aún así, había que ir despacio y parándose a cada momento.

Todos estaban pendientes de los movimientos de aquellos quince hombres. La escena era sobrecogedora. El silencio se volvió a instalar y pareciera que nadie quisiese hablar para no romper la solemnidad del momento. Las respiraciones contenidas y el pulso acelerado. Un cortejo solemne que discurría con una lentitud muchas veces angustiosa, sobre todo para Elena que, arrodillada, imploraba al cielo para que la madera que sostuvo a Jesús en su muerte fuese una de aquellas tres que iban subiendo paso a paso en una procesión histórica que no se volvería a repetir así pasasen siglos y siglos en la Historia de la Humanidad y que los allí presentes tenían el privilegio de poder contemplar.

Una a una fueron siendo sacadas del enorme agujero. No quiso la emperatriz acercarse a ellas hasta que las tres estuvieron depositadas en la arena. Alrededor de ellas se formó un gran círculo conformado por cientos de personas que hablaban por lo bajo, comentando unas con otras el hallazgo. Pero nadie más alto que otro. Romper aquel momento hubiese sido poco menos que un sacrilegio. El obispo Macario se había acercado hasta la emperatriz para ayudar a Livia en el momento en que se levantase.

Los soldados romanos abrieron sitio para despejar la zona y que hubiese espacio suficiente para ver las cruces. Cuando las tres estuvieron depositadas en la tierra, tanto el obispo como la fiel acompañante de Elena asieron a ésta por ambos brazos para que pudiese recuperar la total verticalidad. Avanzaron torpemente por entre el gentío y cuando llegaron hasta la altura de las maderas,

la emperatriz sintió morir. Volvió a caer de rodillas y, llorando, se abrazó a la que tenía más cerca. Una escena acongojante que provocó que otras personas imitasen a la mujer y se arrodillasen.

Helena abrazaba el madero y sollozaba. No podía contener las lágrimas. «¡Tanto tiempo esperando esto, Señor! ¡Tanto tiempo! ¡Te doy las gracias, porque sé que no moriste en vano por nosotros! ¡Gracias, Jesús, gracias por abrirme los ojos, por hacer que mi hijo abrace conmigo tu fe y porque la Humanidad sepa que viniste a este mundo a redimir a los hombres!»

El obispo Macario se había quedado mudo. No podía articular palabra alguna y sentía la misma emoción que Elena. Con la cabeza algo más fría, comenzaba a vislumbrar todo lo que iba a significar aquel descubrimiento. Estaba convencido de que a partir de esos momentos el Cristianismo iría conquistando almas y más almas de tal manera que llegaría a convertirse en la Religión única de todos los hombres. Se acordó por unos instantes del emperador Constantino y se dijo para sí que tendría que hacerle llegar una misiva de manera inmediata para que estuviese al tanto de todo y que este hallazgo fuese conocido en todos los confines de la Tierra. Sabía que la emperatriz estaría deseosa de hacerle llegar a su hijo este descubrimiento. Y había que hacerlo de forma rápida para que se extendiese la noticia por todos los rincones. Esos pensamientos recorrían su mente, a la par que Elena seguía abrazada a una de las cruces, cuando una voz del fondo del agujero rompió de manera brusca la escena:

—¡Hay algo más! ¡Aquí hay algo más!

Parte del gentío que se arremolinaba alrededor de las cruces acudió enseguida al borde del gran hoyo. Era un soldado romano quien había gritado, alertando de otro descubrimiento. Portaba en la mano un objeto que, desde aquella altura, no se podía distinguir. Detrás de él, otros dos legionarios también llevaban algo entre las manos. Ascendieron por la rampa lo más rápidamente que pudieron. Se abrieron paso entre la expectante muchedumbre y el primero de ellos, acercándose hasta el obispo Macario, extendió su mano derecha y le entregó algo.

—Este papiro estaba en la zona donde yacían las cruces, semienterrado. Ha salido a la superficie mientras buscábamos entre la tierra. Y también hemos hallado unos trozos de paños, como sudarios, y un casco conformado por sarmientos espinosos.

Aquella revelación hizo que el obispo temblase. Tomó con miedo el trozo de papel, amarillento y acartonado, que parecía iba a deshacerse en cualquier

momento. Lo desplegó con mucho cuidado y vio que contenía un escrito. Al principio no sabía qué podía decir. Con dificultad fue leyendo para sus adentros y, de pronto, su rostro reflejó que algo importante decía aquella inscripción. Macario, visiblemente emocionado, se volvió hacia donde se hallaba la emperatriz y, hablando de forma entrecortada, dijo:

—Mi... mi Señora. Estamos ante la Vera Cruz de Nuestro Señor Jesucristo... Escuchad lo que reza la inscripción del papiro encontrado: I.N.R.I. ¿No os dais cuenta? «Jesus Nazarenus Rex Iudearum», Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Y también está escrito en hebreo y en griego. ¡Es lo que está reflejado en las Sagradas Escrituras! ¡Lo que el prefecto Poncio Pilato mandó poner en lo alto del madero en el que crucificaron a Jesús! ¡Una de estas tres Cruces es en la que murió el Nazareno! ¡No nos hemos equivocado en nuestras intuiciones! ¡Alabado sea el Hijo de Dios!

La multitud estalló de júbilo cuando escuchó las palabras del obispo. Aquel papiro venía a ratificar que todo el trabajo de búsqueda no había sido en vano. El hallazgo suponía un antes y un después en el Cristianismo. Aquel sitio se convertía en el lugar donde había muerto el Nazareno para ser posteriormente enterrado. Y allí, al tercer día, habría resucitado. El monte Gólgota, que albergaba hasta ahora el templo en honor a la diosa Venus, era donde realmente tuvo lugar uno de los capítulos más trascendentales para todos los seguidores de aquel hombre que sólo quiso pasar por este mundo haciendo el bien.

La emperatriz no sabía cómo reaccionar. De repente, todo lo que anhelaba durante años se le presentaba ante sus ojos. No era capaz de asimilar tanto en tan poco tiempo. Allí estaba, delante de unas cruces, una de las cuales tenía que ser en la que murió el Redentor. El papiro lo confirmaba. Y aquel trozo de paño era, sin lugar a ningún tipo de dudas, el sudario con el que fue amortajado. ¿Y la corona de espinas? No podían estar equivocados: estaban ante el hallazgo del sepulcro de Cristo.

Y ahora, ¿cómo saber cuál era la Vera Cruz? ¿Cómo acertar? Eran las preguntas que se hacían todos los presentes y que querían saber por boca de la emperatriz o del obispo, las personas que, a buen seguro, tenían la respuesta correcta. Sin embargo, ninguno de los dos estaba en posesión de la solución.

El obispo había entregado a Elena el papiro y ésta lo leyó y releyó en varias ocasiones. Se mostraba completamente obnubilada y espera, al igual que toda aquella masa, que fuese Macario quien dijese algo. Pero, por el momento, la encrucijada seguía estando allí, delante de sus ojos, y nadie era capaz de decir

algo que arrojase luz, aunque fuese tenue.

La noticia del descubrimiento llegó enseguida hasta Jerusalén. El jolgorio y la algarabía se habían instalado entre sus habitantes. El prefecto, que desde un primer momento se mantuvo al margen de aquellos trabajos al mostrarse en cierto modo escéptico por una historia que no le convencía, intentaba desde el atrio del palacio atisbar lo que acontecía en la cima del monte Gólgota mientras los últimos rayos de sol se empeñaban en esconderse hasta el día siguiente. «En verdad que la fe de la emperatriz ha obrado el milagro. Puede que, en definitiva, esté en posesión de la verdad y que sea la auténtica, la verdadera cruz en la que murió ese hombre. ¿Qué va a pasar a partir de ahora? Mucho me temo que la ciudad se convertirá en un centro de peregrinación de miles y miles de cristianos. Querrán venir hasta aquí para venerar ese trozo de madera y verlo con sus propios ojos. Todo ello puede traer prosperidad a Jerusalén pero también desasosiego. El emperador tiene que tener mano firme en esta cuestión porque se nos puede ir de las manos. La guarnición que tengo a mi cargo quedará pequeña para poner orden en una ciudad que se puede desbocar. A las afueras hay una centuria completa. Sería bueno que me la asignase a mi mando para así estructurar mejor todo».

—¿En qué piensas, Aurelius?

Era su esposa quien preguntaba. La excitación del pueblo hizo que abandonase su habitación y, presa de la curiosidad, se acercase hasta el atrio. Allí encontró, apoyado en la balaustrada, a su esposo en actitud pensativa. Sabía que estaba preocupado por la situación pero no entendía que lo que estaba ocurriendo pudiese ser malo. Es más, al igual que la emperatriz, ella era creyente aunque no con el mismo ímpetu. En cierto modo, prefería estar con ellos, con los cristianos, ahora que el emperador les había abierto las puertas de la libertad y campaban a sus anchas por un Imperio que no hacía mucho los perseguía y daba muerte. Sin embargo, ellos seguían la Palabra del Mesías, del hombre que les enseñó a amar al prójimo y a perdonarlo.

—Puede que esto nos venga grande, querida esposa —respondió el prefecto sin dejar de mirar hacia el Gólgota—. Ya soy viejo para tanto trajín y estoy convencido de que quien asumirá todo el poder de Jerusalén a partir de ahora, con todas las bendiciones del emperador y de su madre, será el obispo. ¿Te gustaría volver a Roma?

—¿Por qué lo dices?

—Porque no descarto renunciar a mi cargo de prefecto. Es el momento de marcharnos y disfrutar de nuestros últimos años en la casa que poseemos a las

afueras. Allí podremos ver crecer a nuestros nietos, a los que no vemos hace años, y morir en paz.

—Si es tu deseo...

—Voy a hablar con la emperatriz en cuanto todo se calme. Estoy seguro de que ni ella ni su hijo pondrán impedimento alguno. He sido fiel al emperador toda mi vida. He cabalgado a su lado en numerosas batallas y como prueba de mi lealtad me otorgó esta prefectura. Pero me siento cansado y lo que va a acontecer desde estos momentos nos viene grande, muy grande. No quiero morir aquí sino donde nací y donde están mis raíces.

La mujer tomó de la mano al prefecto. Miró hacia el mismo lugar en que lo hacía él. Sin decir nada, comenzó a acariciársela.

—Qué bonita está Jerusalén en estos momentos. Mira la gente, la alegría se ha instalado en ella. Cómo corren hacia las afueras de la ciudad —hizo una pequeña pausa para continuar—. Donde tú vayas iré yo. Si es a Roma, estaré contigo en Roma. Y si te quedas aquí, aquí estará mi sitio. Pero antes, déjame que vea de cerca la cruz donde dice la emperatriz fue crucificado Jesús.

—¿Tú crees en ese hombre?

—Aurelius, tengo también una edad y he visto muchas cosas a tu lado. Siempre he permanecido en un segundo plano porque quien debía sobresalir eras tú. Sé que has evitado a toda costa tomar parte en esta aventura que, al parecer, ha tenido un final feliz. Y también sé que no eres partidario del Nazareno. Tú sigues con tus dioses, a los que te encomiendas cada vez que hay algún problema. Me parece bien. Pero yo he oído hablar a la emperatriz de ese hombre, Jesús; de sus bondades, de sus obras y sus milagros. He leído las sagradas escrituras y he visto cómo ella, a pesar de ser emperatriz del Imperio Romano, no tiene reparo alguno en ayudar a los más débiles, a los marginados. Todo eso me ha dado que pensar mucho. Sí, creo en Jesucristo. Aunque, desgraciadamente, no con el mismo ímpetu y fervor que lo hace la emperatriz Elena. Sigues siendo el prefecto de Jerusalén. Así que sería bueno que acudieses al encuentro de ellos. Te vendrá bien para lo que desees, marcharte de aquí.

El prefecto siguió mirando hacia el monte. De pronto, vio que se formaba una especie cortejo. Hombres y mujeres portando antorchas comenzaban a bajar la ladera, precediendo a otros que, por lo que podía observar, llevaban aquellas cruces. Venían en dirección a Jerusalén.

—Tienes razón, como siempre. Vamos a recibirlos. Quizá sea éste mi último acto oficial en esta ciudad.

Se contaban por miles las personas que habían acudido hasta el monte Gólgota. Muchos se quedaron en la falda; otros subieron hasta la cima y los más permanecieron en la ladera. La luz de las antorchas hacía resplandecer el lugar. Todos querían ver las cruces, tocarlas a ser posible. Los soldados mantenían, mal que bien, el orden entre los enfervorizados que, exultantes, continuaban gritando de alegría. La noche ya era una realidad a las afueras de Jerusalén, pero eso importó a pocos.

A pesar de ello, el hallazgo de tres cruces en lugar de una, como estaba previsto, trastocó todos los planes de la emperatriz. Se encontraba en esos momentos ante un dilema que era difícil de resolver. El obispo Macario, recordando también el pasaje de aquellos dos ladrones que, según las escrituras, estuvieron al lado de Jesús, dio por bueno lo conseguido. Pero ahora no sabía qué responderle a la emperatriz. Se decidió trasladar las cruces hasta dentro de las murallas de Jerusalén. Algo había que hacer para saber cuál era la verdadera cruz en la que murió Jesucristo.

El anuncio de que serían llevadas a la ciudad hizo que la gente comenzase a formar una comitiva, un cortejo para seguir este traslado. En cuanto se dio cuenta el tribuno que estaba al frente de la guarnición, envió a uno de los soldados para que alertase al general, previendo que la muchedumbre podría descontrolarse. Además, estaba convencido de que cuantos más legionarios hubiese, la situación estaría mejor controlada. Varios jinetes salieron al galope hacia el campamento instalado a las afueras, donde se encontraba el grueso de la Legión.

Las tres cruces fueron levantadas con sumo cuidado. Elena, todavía conmocionada, se aferraba al brazo de Livia, que no se separaba en ningún momento de su señora. Estaba también ella compungida por cómo reaccionó la emperatriz al ver las maderas. Sabía lo que significaba aquel hallazgo para la madre del emperador y lo que supondría el anuncio del mismo. Una noticia que, evidentemente, podría conmocionar los cimientos del Cristianismo.

—Debemos llevarlas a Jerusalén. Allí podremos estudiar con más detenimiento cuál es la verdadera —dijo al obispo, que se mostró de acuerdo.

Comenzaron a bajar la ladera. Primero los ciudadanos con las antorchas, iluminando el camino. Luego, los que portaban las cruces. Tras ellos, fuertemente escoltados por los legionarios, la emperatriz y el obispo. Y cerrando aquel cortejo, varios hombres entre los que se encontraban los que

llevaban los paños hallados y el casco conformado por ramas espinosas. Elena tenía entre sus manos el papiro en el que podía leerse «I.N.R.I.». No dejaba de mirarlo, como si no lo creyese todavía. En el gran agujero quedó un retén de soldados vigilando que nadie tuviese la idea de bajar hasta el sepulcro e intentar el pillaje. A partir de esos momentos debía de ser un lugar sagrado para todo cristiano.

No fue fácil la bajada por la ladera. La gran cantidad de personas arremolinadas en aquella zona hacía que el discurrir fuese lento e incluso sinuoso. Muchas de ellas entonaban cánticos de aleluya y otras alzaban los brazos al cielo. Tenían que avanzar como fuese. La noche ya era cerrada y Elena quería llegar cuanto antes a Jerusalén, algo que a cada momento que pasaba se tornaba más complicado.

Fue entonces cuando sucedió. En medio de aquella vorágine apareció un hombre que llevaba en sus brazos a una mujer. La gente comenzó a apartarse. Estaba moribunda y nadie sabía cómo había conseguido abrirse paso. A medida que avanzaba, de forma lenta pero sin pausas, el silencio se iba apoderando de los que se encontraban más cerca. Llegó un momento en que la comitiva se paró y todas las miradas se dirigieron hacia el hombre y la mujer que sostenía, como podía, entre sus brazos. Llegó hasta la altura donde estaban las cruces. Fue la emperatriz la que, dándose cuenta de su presencia, pidió a Livia que la acercase hasta ellos.

—¿Quién eres? —preguntó al hombre.

—Mi nombre no importa. Llevo a mi mujer a la cima del monte. Está muy enferma y antes de morir me ha pedido contemplar la Cruz en la que fue crucificado Jesús de Nazaret.

—¿Cómo sabíais que se ha encontrado la Cruz?

—En la ciudad no se habla de otra cosa. No he podido acudir antes porque no quería traerla. Me daba miedo que en el camino pudiese expirar, está muy débil y no creo que aguante más. Pero me ha insistido tanto que no he tenido más remedio. No puedo por menos que cumplir su última voluntad.

Entonces, Elena, con un gesto, pidió a su sirvienta que le dejase ir sola hasta el hombre. Contempló el rostro de la mujer. Parecía ida. En sus facciones se adivinaban los estertores de la muerte. El cuerpo, igualmente, se presentaba desvencijado entre los brazos que la sostenían y parecía escurrirse por entre sus propios huecos.

—Si no te importa, ven hacia aquí —le dijo al hombre tomando una de las manos de la mujer.

Llegaron hasta donde estaba la primera de las cruces. La emperatriz miró al hombre y, haciendo un leve gesto, guió la mano de la moribunda hasta la madera, posándola sobre ella. Todos quedaron consternados. Nadie comprendía qué era lo que estaba haciendo. No ocurrió nada. La mujer seguía sudorosa y pálida, yéndosele la vida por momentos. El obispo, sorprendido por la reacción que había tenido Elena, terció.

—¿Qué es lo que pretendéis, augusta emperatriz?

Elena no respondió. Continuó con la mano de la mujer cogida y repitió la misma acción con otra de las cruces. No hubo cambio perceptible alguno, tan sólo que el sudor pareció remitir algo.

La expectación era tremenda para entonces y el silencio presidía todo. Los que se encontraban a la cabeza de la comitiva habían vuelto sobre sus pasos e intentaban llegar hasta el lugar donde permanecían las tres cruces. El boca a boca se extendió y algunos hablaban de conjuros en torno a las maderas.

El hombre permanecía prácticamente arrodillado, soportando, mal que bien, el peso de su esposa, que seguía igual que cuando dieron con aquel cortejo que, de la alegría por el hallazgo, había pasado al silencio y, sobre todo, a incertidumbre por no saber qué era lo que estaba ocurriendo.

La emperatriz, por fin, acercó la mano a la tercera de las cruces. Ella misma la apoyó. Sintió en ese momento cómo se cimbreaaba todo su cuerpo, como si un escalofrío repentino y fortísimo le recorriese de abajo a arriba. Notó que sus poros se ensanchaban, que el aire entraba a bocanadas por las fosas nasales. El vello se le erizó completamente y un calor comenzó a discurrir por todo su ser. Sucedió en cuestión de segundos. Se le secó la boca y no podía producir saliva, dejando todo el interior pastoso y con sabor ácido. Seguía manteniendo cogida la mano de la mujer, que permanecía con los ojos semicerrados. Era como si por su mano le hubiese transmitido una serie de sensaciones imposibles de explicar.

Apretó aún más la mano contra la madera y entonces, sin que nadie supiese a ciencia cierta qué era lo que estaba ocurriendo, los párpados de la moribunda comenzaron a abrirse, dejando paso a unas pupilas azules que pudo contemplar Elena con asombro. Ambas continuaban con las manos apoyadas en la madera. La emperatriz estaba ida, en otro lugar. Miraba fijamente a aquella mujer sin decir nada, como si esperase una respuesta de algo o de alguien que le dijese qué era lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos.

Un viento se levantó de repente, llegando a apagar varias de las antorchas. Y el frío se hizo presente de golpe. No era normal que refrescase de esa manera

y, sobre todo, de una manera tan brusca. Y aunque era noche cerrada ya, el tono del cielo, negro hasta aquellos momentos, pareció tornarse algo más azulado, tiñendo todo de una suavidad dulce, ligera.

Algunas de las personas comenzaron, asustadas, a apartarse. Tampoco comprendían qué estaba pasando y por qué todo cambiaba de color. Y por qué del calor se había pasado al frío, y de la oscuridad propia de aquellas horas a un cielo más tenue y delicado; por qué nadie hablaba y todos callaban; por qué el viento apagaba antorchas y seguían distinguiéndose las cosas, los objetos, las personas, de manera clara.

Entonces sucedió. La mujer, que tenía completamente abiertos los ojos, acercó sin ayuda de nadie la otra mano a la madera. Su esposo, sorprendido por completo, no se dio cuenta de que ya no la sostenía entre sus brazos. Ella estaba arrodillada y, con un movimiento lento, abrazó el madero de mayor longitud.

—¿Dónde estoy?

Aquellas palabras provocaron estupor entre los presentes. El tribuno se dio cuenta enseguida que algo raro estaba pasando y se colocó justo delante de la emperatriz en previsión de que una avalancha de gente pudiese cernirse sobre ella.

—¿Es ésta la Cruz de Jesús? —preguntó la mujer.

Elena, que se había echado para atrás, comenzó a balbucear sin acertar a hilvanar frase alguna. No podía. Parecía estar encorsetada, sin poder moverse del sitio. Pudo, al final, imitar a la mujer que, a pasos agigantados, recuperaba no sólo la salud, sino también el habla y se le cambiaban los rasgos, desapareciendo aquellos en los que se le adivinaba la muerte en su rostro. Se abrazó a la madera y exclamó sacando fuerzas de donde no tenía:

—¡Esta es la Vera Cruz de Cristo! ¡Y ha obrado el milagro con esta mujer! ¡Vive gracias a Jesús! ¡Ha vuelto a la vida gracias al Salvador, al Hijo de Dios! ¡Esta es la Vera Cruz de Cristo!

Las lágrimas aparecieron por sus ojos y corrieron como un río por sus mejillas mientras se abrazaba a la mujer y la gente estallaba en júbilo que llegaba más adentro de las murallas de Jerusalén.

VII

La patrulla entraba por la puerta oeste de la empalizada del campamento cuando advirtió el revuelo que reinaba en la zona donde estaban las distintas cohortes y manípulas. Le cogió la noche alejada del fuerte y temieron ser objeto de alguna emboscada. Incluso pensaron, de manera provisional, acampar y esperar a las claras del día para regresar. En todo caso, aquella falta de previsión les podría traer consecuencias nefastas ante los ojos de sus superiores.

—No alejaos mucho del campamento. El centurión sólo quiere que os cercioréis si merodean malhechores por esta parte. Los civiles que tenemos a nuestro cargo están desamparados aunque sus carrmatos se encuentren en el interior de la empalizada. No podemos quedarnos holgazaneando constantemente. La visión de la Legión romana siempre sirve para disuadir.

El tribuno que en esos momentos estaba al cargo del campamento mandó a una pequeña expedición de legionarios a inspeccionar los terrenos aledaños. Era una medida de precaución que no debía dejar de realizarse. Si bien estaban situados en la parte alta de aquella colina, la flora existente, a base de arbustos de medianas dimensiones y árboles, posibilitaban el apostamiento de ladrones de ganado que, amparándose en la noche, podían esquivar la vigilancia desde las atalayas, penetrando hasta el lugar donde dormitaban los animales y llevarse algunos. Había sucedido en ciertas ocasiones y esa pérdida suponía todo un desastre para aquellas gentes que esperaban poder obtener un jornal cuando les empleasen en lo que parecía iba a ser la construcción de un grandioso templo. Pero mientras tanto permanecían allí, en el campamento, viendo pasar las horas, los días, las semanas...

También el motivo de las patrullas tenía como objetivo que los legionarios no se volviesen ociosos. Hombres acostumbrados a marchar por tierras inhóspitas, a luchar con enemigos igual de poderosos que ellos; a desafiar obstáculos muchas insalvables para el resto de los mortales. Pero desde hacía casi seis meses permanecían en aquel campamento sin hacer prácticamente nada. Es por ello que los mandos solían relevar con prontitud a los soldados destinados en la ciudad. Era una forma para que todos participasen y no sucumbiesen a los peligros de la vaguedad. Algunos se encontraban allí con sus mujeres pero la inmensa mayoría, en momentos como esos, buscaban

desfogarse con las muchachas y mujeres civiles. Y en muchas de las ocasiones les daba igual que hubiesen contraído matrimonio. Por eso era fundamental que prestasen servicio en Jerusalén y allí, cuando descansaban después de las guardias, acudiesen a los lupanares para saciar su apetito sexual. Era algo que seguía viéndose normal porque la tropa tenía que estar contenta y satisfecha para así rendir mucho mejor. Incluso se organizaban campeonatos de luchas grecorromanas o algunas carreras de cuadrigas en los días de descanso para alentar el espíritu y elevar la moral de los legionarios.

Todo era poco para mantener ocupados a los soldados. Por eso, las patrullas eran prácticamente diarias. Aquella que acababa de regresar al campamento estaba integrada por dos contubernios, esto es, una veintena de hombre. Uno de ellos era el de Manius Aquila y Antonino Quintus, éste ya convertido en legionario romano tras superar con creces su periodo de instrucción. Era, ya, uno más de aquellos aguerridos hombres. Y en ese medio año que había pasado desde que la emperatriz tuvo a bien esa idea, cambió su aspecto físico. Del chavalito imberbe y todavía en la adolescencia, pasó a ser un muchacho con mucha más planta y prestancia. En verdad se distinguía del resto de sus compañeros, más rudos y, sobre todo, mucho más avejentados que él, cosa normal por otra parte habida cuenta de que eran mayores que Antonino y sus hojas de servicios contaban con numerosas batallas en las que tomaron parte.

Sin embargo, esa diferencia no era un obstáculo insalvable para el joven Antonino. «No te preocupes», le solía decir Manius Aquila cuando el chaval le preguntaba por enfrentamientos. «El día menos pensado matas a tu primer hombre y entonces te darás cuenta de que estás hecho para esto. No hay mal que por bien no venga. No es lo mismo pasar con éxito la instrucción y a las primeras de cambio entrar en combate que aclimatarte como lo estás haciendo tú. Verás cómo lo agradeceres. Además, tengo que tenerte entre sedas, muchacho. No querrás que la emperatriz desate sobre mí todas sus iras por no haberte enseñado en condiciones».

Por desgracia para Antonino, en ninguna de las cuatro patrullas que llevó a cabo tuvo que entrar en acción. Y eso era algo que le desanimaba sobremanera. Quería sentir el escalofrío de desenvainar su gladius y enfrentarse a alguien que quisiese poner en peligro la seguridad del campamento. A todo lo más que llegó fue a correr tras varios judíos que habían levantado una tienda en las inmediaciones de la zona y que huyeron despavoridos cuando vieron aparecer a las legiones romanas. Escarceos que no saciaban su sed de saber qué era luchar cuerpo a cuerpo con otro hombre y

conocer de primera mano el contacto con la sangre caliente que manaba de una persona al ser atravesada por su espada. «No sé si estaré preparado para ello», solía preguntarse en la intimidad de la noche antes de quedar dormido por completo, abatido por los entrenamientos y las largas caminatas en los días de vigilancia.

Por otro lado, una sensación de ansiedad le sobrevinía a menudo. Durante todo el periodo de instrucción vio a sus padres y hermanos tan sólo una vez, cuando le comunicaron que volvían a Bizancio. Su padre, cansado de esperar algún trabajo que le permitiera ganar un dinero importante, prefirió volver sobre sus pies y seguir con su oficio de herrero en la ciudad. Allí tenía asegurado el pecunio. Además, el hecho de que el hijo mayor estuviese ya integrado en el ejército romano le daba una tranquilidad mucho mayor a la hora de sacar adelante a sus otros dos vástagos. Marcus le ayudaría en la herrería y ocuparía el lugar destinado a Antonino.

Aquella decisión, en cierto modo, vino a poner un poco de sosiego en el estado alterado del joven soldado, que prefería que su familia no anduviese en aquel lugar donde podrían ser objeto de los ladrones y malhechores. Les prometió a los suyos regresar a Bizancio convertido ya en un auténtico legionario romano del que pudiesen sentirse orgullosos y de esa manera, labrar un futuro prometedor para todos ellos, algo de lo que estaba convencido conseguiría.

Pero solventado el problema de padres y hermanos, Antonino continuaba especialmente nervioso cuando le venía a su mente la imagen de Livia. Desde que la emperatriz regresó por unas horas de Jerusalén, no había vuelto a verla. Y esa circunstancia hacía que se encontrase mal. Se juró que sería la mujer de su vida pero después de casi seis meses, ¿se acordaría de él o, por el contrario, sería ya un vago recuerdo? Esa última posibilidad le sumía en un estado de confusión grande que lo asaltaba de manera habitual haciéndole perder la concentración, hecho al que se añadía que su contubernio no hubiese sido destinado, en todo ese tiempo, a Jerusalén. Comprendía que se debía a la instrucción y el aprendizaje, cosa ya superada. Pero, ¿por qué ahora no podían acudir a la ciudad como los demás legionarios? Sólo patrullas y más patrullas, algo que le alejaba de Livia y que le enervaba cuando veía partir a otros compañeros o regresar de Jerusalén. Y, lo peor de todo era no tener noticia alguna de la joven.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Fue Manius Aquila quien preguntó a otros soldados que iban de un lado para

otro preparándose para, sin lugar a dudas, marchar.

—¿No os habéis enterado? —respondió uno de los hombres—. Al parecer, la emperatriz ha encontrado lo que buscaba. Y ahora nos envían a la ciudad para proteger esas cruces que, por lo que cuentan, son mágicas, tienen poderes sobrehumanos.

Antonino sintió que su cuerpo se tensaba. Abundó en la pregunta de su compañero.

—¿Y cuántos hombres vamos?

—No lo sé. Esta sección, desde luego, ha recibido ya la orden. ¿A cuál pertenecéis vosotros?

No hubo respuesta porque todos los legionarios del contubernio de Antonino salieron corriendo hacia su sección. Estaba claro que también irían a Jerusalén. Y no se equivocaron. Uno de los centuriones les gritó cuando los vio llegar.

—¿Dónde estabais metidos? ¿Acaso no sabéis que nos marchamos hacia Jerusalén? ¡Por todos los dioses que voy a dar parte al centurión para que os caiga una buena! ¡Vamos, recoged vuestra cosas enseguida! Hay que estar en la ciudad cuanto antes.

Antonino se sentía excitado. Por fin iba a poder entrar en Jerusalén. Se alegró de que la emperatriz hubiese dado con lo que buscaba. Ello significaba que todo iba bien y que, a buen seguro, traería bienestar para todos los que hasta allí habían viajado desde Bizancio. Pensó en un momento en sus padres. «Quizá debieron aguantar un poco más y ahora tendrían su recompensa». Empero, el hecho de que ya estuviesen en su casa también hacía que se mostrase más tranquilo.

Manius Aquila, como era habitual, fue el primero en formar. Rápido como nadie, su destreza a la hora de manejar los enseres y materiales militares hacían de él pieza imprescindible en su contubernio, ya que servía de aliciente para el resto de compañeros. Sus ojos brillaban de una forma especial. También él se había preguntado en numerosas ocasiones por qué no fue destinado a la ciudad. Consumó la instrucción del muchacho. Pero de eso habían pasado casi dos meses, tiempo más que suficiente para volver a su anterior estado y continuar haciendo lo de siempre: estar más en primera línea. Además, le asaltaban muchas dudas porque desde que el tribuno le dio aquella buena nueva de las tierras en Híspalis, no había vuelto a tener más noticias. «¿Y si ya se han olvidado de mí? El trabajo está hecho pero nadie me ha dicho nada más. Las buenas palabras acaban disolviéndose. Espero ahora poder

tener una respuesta más contundente. Si se echan para atrás no sé qué es lo que haría. Son muchos años ya de servicio a Roma para que todo quede en palabras, sólo palabras, y no hechos».

En todo caso, Manius se sentía satisfecho con el trabajo realizado con Antonino. En verdad le proporcionó momentos intensos en aquellos meses, descubriendo que podía ser útil también de esa manera y no sólo con un gladius o un pilum entre las manos. El contacto diario con el muchacho, el roce desde que se levantaban hasta que caían rendidos en la tienda con la noche como techo, hicieron que el veterano soldado estrechase lazos de amistad y lo contemplase como un hermano pequeño a su cargo. Y además contribuyó a que no se atormentase tanto con la pérdida de su esposa y su hijo. Un trauma que le tenía absorbido la mayoría de las veces y que aunque creía superado, volvía a presentársele de forma cruel en el momento menos esperado.

Fue durante un saqueo en uno de los momentos convulsos de Roma. Él estaba de campaña en las Galias, ajeno a lo que sucedía. Áurea había salido con el pequeño, de poco más de cuatro años, cuando cerca de los Foros comenzó un revuelo tremendo. Vio a hombres y mujeres corriendo de un lado a otro. No vivía lejos así que, presintiendo que algo terrible iba a ocurrir, cogió en sus brazos al pequeño y corrió por una de las angostas calles. Pensó que era mejor por esa zona, donde podría esconderse en algún portalón si avanzaba por ahí la turbamulta. Pero se equivocó. No más entró en uno de los callejones, pegado al mercado, se tropezó con un grupo conformado por diez o doce hombres. Blandían espadas, dagas y palos. No le dio tiempo a reaccionar porque sintió detrás de ella un estruendo que hizo vibrar el empedrado. Otro grupo, aún más numeroso, acudía hasta el primero. Estaba claro que era para plantarle batalla. Y ella, con el niño, se encontraba justo en medio. Buscó desesperadamente un hueco donde meterse y poner a salvo a su hijo. Pero fue imposible. Cuando quiso darse cuenta aquellos hombres luchaban a tumba abierta. Una pelea encarnizada, cruenta, donde el sonido de los metales al chocar reverberaba en las paredes de las casas. El chiquillo comenzó a llorar y Áurea, desesperada, vislumbró un recoveco. Era el lugar ideal para pasar desapercibida. Pero fue tarde. Cuando intentaba llegar hasta él, sintió el calor penetrante de algo a la altura de su hombro derecho. Una espada le había atravesado casi de parte a parte. No había dolor pero vio cómo el brazo no le respondía y no podía sostener al niño, que en cuestión de segundos cayó al suelo. Hizo un intento por volver a cogerlo pero en ese momento unos cinco o

seis hombres, como si de una pelea de gatos y perros se tratase, lo engulleron. Debió salir de su garganta un grito helado, seco, angustioso. Pero no se oyó como consecuencia del fragor de la batalla. Instantes después perdió la verticalidad e intentando extender el brazo izquierdo hacia el lugar donde suponía estaría su hijo, comenzó a notar que la pisaban, que pasaban por encima de ella. El dolor sí se hizo presente esta vez pero duró poco, muy poco; el tiempo justo para que, desangrándose, pudiese alzar por última vez la vista y ver que su hijo yacía en el suelo inerte, muerto. Ahí se apagó por completo.

Manius se enteró de la noticia cuando la II Itálica Pia regresaba a su cuartel general en Hispania. Corrió todo lo que pudo para llegar a Roma, pero no llegó hasta pasados varios días. La familia de Áurea ya había enterrado a los dos y sólo pudo llorarles al pie de la tumba, donde pasó tres días completos, con sus noches, sin comer absolutamente nada. Pasado ese tiempo, se dirigió hacia la casa de los padres de la mujer, se despidió y les pidió que rezaran a los dioses por él. Se juró que continuaría en la Legión hasta que se retirase o muriese en una batalla. Esto último, desde luego, era lo que quería y deseaba con todas sus fuerzas cada mañana al levantarse. Por eso, su trabajo con Antonino palió, en cierta medida, aquel dolor incrustado en lo más hondo de su ser. Le había cogido cariño al muchacho y, de una forma u otra, lo veía como algo suyo, como si se tratase del pequeño Manius. En definitiva, estaba haciendo con él lo que hubiese querido hacer con su hijo.

Un decurión avanzó con su caballo a través de la formación. Ya estaban todos dispuestos.

—¡Soldados romanos! ¡Marchamos hacia Jerusalén! ¡En formación de cohorte!

Se alzaron los estandartes, cuyos perfiles se dibujaban en mitad de la noche por las distintas hogueras que permanecían vivas. Una guarnición se quedaba en el campamento para protegerlo de posibles invasores y de esa manera salvaguardar también a los civiles. Una gran mayoría de éstos acudieron hasta las inmediaciones de las tiendas de los legionarios para despedirlos. Los niños se abrían paso entre la multitud para verlos de cerca y, en muchos casos, pedirles algún sestercio.

Marchaban hacia Jerusalén tres cohortes, esto es, casi mil quinientos hombres. Un número significativo que venía a resumir la importancia de la misión. Las tubas anunciaron que comenzaban a avanzar. Un estruendo recorrió todo el campamento cuando los hombres echaron a andar con paso firme y

marcial. Delante de todos iban dos decurias, cuyos jinetes abrían la formación, haciendo sonar sobre el empedrado los cascos de sus caballos. La vía estaba expedita y en una hora, hora y media a lo sumo, alcanzarían la puerta principal de la ciudad.

—Me siento nervioso —dijo Antonino dirigiéndose a Manius, que se encontraba justo delante de él.

—No te hagas muchas ilusiones, muchacho —le respondió con cierta sorna y alzando la voz para que el sonido de las tubas no ahogase sus palabras—. No vamos a entrar en combate, tan sólo realizaremos labores de vigilancia en Jerusalén.

—Pero al menos nos libramos de hacer más patrullas por el campo.

—Bueno, ves el lado positivo. Eso es bueno. Además, nos servirá para cambiar de aires. Estoy loco por entrar en una taberna y emborracharme en condiciones. Me han dicho que en la ciudad hay muy buen vino... y mujeres hermosas. Mañana, a estas horas, seguro que estamos con ambas cosas entre las manos.

Soltó una de sus típicas carcajadas que asustaban a los niños mientras echaba a andar. No pudo responderle Antonino a aquellas últimas palabras. Le hubiese dicho que él no esperaba emborracharse ni tener entre sus brazos a otra mujer que no fuese Livia. Estaba convencido que ahora, después de tanto tiempo, volvería a verla y si todo seguía igual, la cortejaría. Sabía que la emperatriz no pondría reparos. Incluso cuando la conoció se dio cuenta de que la anciana parecía vislumbrar la complicidad que surgía de las miradas de los dos jóvenes. No debería, por tanto, tener problemas con ello. Estaba dispuesto a decírselo a la emperatriz para que les diese su bendición. Se sintió exultante pensando en todo ello cuando una fuerte voz le gritó casi al oído:

—¡Soldado! ¡Qué manera es ésa de marchar? ¡No pierda la formación o le doy una paliza de la que se va a acordar el resto de su vida! ¡Vamos, no pierda el paso, imbécil!

La comitiva alcanzó la puerta este de la ciudad en medio del júbilo generalizado. Hasta el interior de las murallas había llegado la noticia del milagro llevado a cabo por aquella madera que, desde luego, era sobrenatural. El prefecto y su esposa esperaban a la emperatriz en las escalinatas del palacio. También fueron informados de lo que pasó con aquella mujer moribunda y que ahora, completamente sana tras tocar la cruz, marchaba unida a todo el inmenso cortejo que traía hasta Jerusalén la madera divina.

Todo el mundo quería ver de cerca la que ya era denominada la Vera Cruz de

Cristo, en la que murió el Hijo de Dios, que poseía poderes para sanar y quién sabe si para resucitar a los muertos. Esa posibilidad hizo que se temiese por la integridad física de la emperatriz y el obispo. Es por ello que se mandó traer desde el campamento a tres cohortes que sirviesen para poner orden en medio de aquel caos de éxtasis y júbilo que se había instalando en la población.

Al frente del ejército que custodiaba las tres cruces iba ya el centurión Tulio Plinio. La noticia le cogió en una de las tabernas de la ciudad, mientras intentaba hacerse con los servicios de una guapa muchacha que, viendo la prepotencia y las insinuaciones obscenas del militar, intentaba zafarse de él. No lo hubiese conseguido de no ser por la llegada repentina de un tribuno que vino a avisarle de lo que estaba aconteciendo en el monte Gólgota en esos mismos momentos.

Maldijo a todo lo que se movió porque no podía soportar un no, y menos de una mujer. Plinio era un hombre sin escrúpulos que había ido ascendiendo en el ejército romano con artimañas y engaños muchas veces. No tuvo reparos en dejar a los pies de los caballos a quien sabía podía hacerle sombra. Un auténtico hombre de la guerra, su valor estaba más que demostrado en el campo de batalla y eso le granjeó las simpatías de sus superiores. Empero, como persona dejaba mucho que desear. Los soldados le temían porque conocían su forma de actuar, sobre todo cuando estaba bebido. Solía pelearse con todo aquel que no pensaba como él. Y conseguía lo que quería a base de fuerza y de ostentar su poder de mando y rango militar.

No estaba a gusto en Jerusalén. El hecho de que el emperador Constantino hubiese asignado a aquella misión a la II Itálica Pia hizo que montase en cólera. No quería abandonar las tierras de Hispania, donde vivía realmente bien. No le importaba hacer campañas pero no soportaba tener que estar en un lugar en el que sabía no entraría en batalla. Y encima tuvo que ver cómo un muchacho imberbe entraba en la Legión por orden de la emperatriz. Ahí no podía, por el momento, hacer nada. Pero como había hecho en otras ocasiones, esperaría hasta poder cobrarse la pieza.

Tan sólo se sentía motivado elucubrando la manera de poder poseer a la sirvienta de la emperatriz. Desde que la vio por vez primera, cuando partieron de Bizancio, se juró que la haría suya. A costa de lo que fuese. Lo intentó, primero, con buenos modales, pero pronto se dio cuenta de que era poco menos que imposible y que aquella muchacha de pelo rojo y rostro blanco como la leche no se lo iba a poner fácil. Y eso era precisamente lo que más le enfurecía pero a la par le motivaba. «Ni una sola mujer se me ha resistido. Y

no vas a ser tú la primera», pensaba mientras se devanaba los sesos para ver cómo podría burlar todo lo que suponía la férrea vigilancia a la que estaban sometidas tanto la emperatriz como la joven. Eran, al fin y al cabo, hombres a sus órdenes pero dispuestos a ser fieles a la emperatriz incluso hasta la muerte.

La vio justo al lado de la anciana, cuando atravesaban la puerta este de la muralla. Ya dentro, la excitación de la muchedumbre era grande. En medio de aquel tumulto se acercó por la espalda y sin que se diese cuenta la emperatriz, le susurró al oído.

—¿Cuándo querrás venir conmigo?

Livia se volvió y al ver el rostro del centurión cerca del suyo, giró la cabeza de manera brusca y, sin decir nada, aligeró el paso hasta alcanzar a la emperatriz, a la que cogió del brazo.

Tulio Plinio sonrió y, seguro de sí mismo y del paso que acababa de dar, avanzó por fuera de la comitiva para colocarse de nuevo a la cabeza de la misma, haciendo gestos con las manos para que la gente se apartase y dejase pasar al cortejo, que se encaminaba hacia el palacio del prefecto. Sabía que la joven se encontraba en esos momentos aturdida y sin capacidad para reaccionar. Pero a partir de ahora ella conocía las verdaderas intenciones del centurión, que no estaba dispuesto a que el joven legionario se le interpusiese en su camino, porque tendría que matarlo.

Cuando las tres cohortes entraron por la puerta norte de la muralla esperaban cientos de ciudadanos que les dieron una cálida bienvenida. Avisadas de que se acercaba un grueso importante, en cuando a hombres, de la II Itálica Pia, las gentes se dividieron. Unas se quedaron en las inmediaciones del palacio del prefecto, esperando noticias de las cruces encontradas. Otras optaron por ir a recibir a la Legión romana, que venía a engrandecer aún más todo lo que estaba aconteciendo en los últimos meses en Jerusalén.

La mayoría de aquellos hombres habían permanecido desde su llegada en el campamento cercano a la ciudad. Por eso, cuando entraron en ella, un sentimiento de alivio les invadió al saber que, a partir de esos momentos, podrían tener la posibilidad de, en los momentos de descanso, ir a divertirse. Esa circunstancia hacía que todos marchasen con los ánimos por todo lo alto y ansiosos por llegar a Jerusalén.

Antonino Quintus se sorprendió de la cantidad de personas que les esperaban. Miraba de un lado para otro a pesar de que los mandos seguían ordenando que se marchase con marcialidad, como lo hacían siempre las

Legiones romanas. Pero se había instalado un ambiente de fiesta por esta llegada que, sin lugar a dudas, beneficiaba a los negocios de la ciudad. Serían muchos, por no decir todos, los legionarios que acudirían a las tabernas y a las casas donde sabían podían desfogar sus muchos días de abstinencia carnal. Esto haría que el dinero corriese de un lado para otro y que, consecuentemente, todos saliesen ganando.

—¿Dónde nos alojarán?

Antonino había acelerado el paso para colocarse más cerca de Manius Aquila y preguntar por su destino.

—Supongo —respondió sin perder el paso y no volver la cara— que en las barracas del ejército judío. Tengo entendido que son muy grandes.

—¿Cabremos todos?

—Imagino que sí. No habríamos venido tantos soldados si no pudiésemos quedarnos.

No se equivocaba el veterano Manius. La formación recorrió de parte a parte la ciudad, por las calles más anchas, buscando, todavía dentro de las murallas pero apartados del centro neurálgico, los barracones que servían para una parte importante del ejército de Jerusalén. Ahora eran los legionarios romanos los que estaban al mando de la situación y tan sólo debían esperar órdenes para ponerse a patrullar por las calles o bien escoltar a la emperatriz.

El decurión dio la orden de parar al legionario que llevaba la tuba. El toque hizo que, al unísono, todos dejaran de marchar. Las tres cohortes ocupaban una gran plaza en la que se distribuían cuatro grandes barracones.

—¡Centuriones! —alzó la voz el decurión dirigiéndose a los mandos—. ¡Ocupad los tres primeros barracones! ¡Que los legionarios dejen sus cosas y que la primera cohorte forme de nuevo aquí en el menor tiempo posible! ¡Las otras dos pueden descansar!

Perfectamente adiestrados los hombres, comenzaron a ocupar los barracones que les acababa de indicar el decurión. El interior era amplio. Un pasillo central servía de distribuidor de los distintos camastros que se disponían a ambos lados del mismo. Al fondo se situaba un espacio para la higiene de los soldados de la que se abría una puerta a la zona exterior, aunque con un alto vallado, en la que se distribuían varias letrinas.

La cohorte de Antonino y Manius entró en el primero de los barracones. El veterano soldado ocupó uno de los camastros que más cerca estaban de la puerta principal. Hizo un gesto a Antonino para que éste se situase en el siguiente.

—¿No es mejor más atrás? —preguntó el joven.

—Hazme caso, Antonino. Quédate en esa.

No habían terminado de colocar sus objetos cuando uno de los sesquiplicarii entró.

—¡Legionarios! ¡A formar fuera enseguida!

Salieron de manera rápida, formándose un tumulto en la puerta, demasiado estrecha para que fluyeran por la misma con facilidad los casi quinientos hombres de la cohorte.

Cuando todos estuvieron formados, uno de los centuriones fue pasando revista.

—¡Los de la última fila! ¡Habéis tardado mucho! ¡Está claro que todo este tiempo en el campamento os ha debilitado! ¡Parecéis mujeres torpes que no saben andar! ¡Recibiréis la mitad del sueldo, así la próxima vez estaréis más atentos!

Manius miró de soslayo a Antonino y le guiñó un ojo. Ahora comprendía el chaval por qué había elegido los camastros más cercanos a la puerta de salida. Se sorprendió de la sagacidad de aquel hombre, que parecía no dar importancia a las cosas que hacía pero todas tenían un por qué bien estudiado. Se alegró de tenerlo como amigo. Era una persona que le estaba ayudando mucho y que, a qué dudarlo, estar a su lado le evitaría muchos problemas, máxime en un lugar como la Legión romana, donde los mandos no se andaban con contemplaciones.

El centurión se situó al frente de la cohorte para dirigirse, de nuevo, a sus hombres.

—¡Vamos a distribuirnos! ¡Las tres primeras manípulas irán a las puertas del palacio! ¡Allí quedarán de guardia hasta nuevo aviso! ¡Las tres segundas estarán patrullando las calles aledañas al palacio y las cuatro últimas lo harán por la parte norte de la ciudad pero por fuera de las murallas! ¡Y quiero que todo el mundo preste la máxima atención! ¡El relevo se comunicará a vuestros mandos convenientemente!

Con movimientos exactos y precisos, las distintas manípulas comenzaron a dirigirse al lugar ordenado por el centurión. En la plaza se habían congregado también muchos ciudadanos que querían ver de cerca a los legionarios. Aquellas maniobras suponían todo un espectáculo visual por la destreza y la perfecta formación de los soldados.

Antonino debía quedarse a las puertas del palacio, conformando un primer cordón de seguridad a los pies de la gran escalinata. Era plena madrugada y

dentro de unas horas amanecería. Entonces fue cuando comenzó a sentir cansancio. No hubo tiempo para descansar después de haber estado patrullando el día anterior y, nada más llegar al campamento, marchar hasta Jerusalén. Tenía sed y calor. Le apretaba el casco y le pesaban el gladius y el pilum, que rozaba la palma de su mano.

Cuando llegaron a las puertas del palacio la algarabía era grande. Arriba, en el gran atrio de entrada, podía verse a multitud de personas. Las luces conferían un aspecto festivo. El ruido de los soldados hizo que los que se encontraban en esa zona se acercasen hasta la balaustrada para comprobar los distintos movimientos de los legionarios. Antonino intentó con la mirada descubrir si entre toda esa gente se encontraba Livia. No la pudo ver. Sí a la emperatriz, que estaba con un sacerdote delgado y con el que parecía ser el prefecto. También vio al centurión Tulio Plinio. Pero no estaba Livia. Le invadió una desazón grande. Pensó que, a lo peor, ya no estaba a las órdenes de la emperatriz. Pero, ¿por qué no sabía nada? ¿Acaso había marchado a Bizancio, como hicieron sus padres y hermanos? No podía pensar y ejecutar las órdenes que los mandos estaban dando a la vez. Intentó borrar de su mente a Livia en aquellos momentos para no equivocarse y tener que ser reprendido.

Por fin se dio la orden de parar. Los soldados quedaron colocados de frente al palacio. Iban a dar la orden de dar media vuelta cuando el general se dirigió a la tropa.

—¡Soldados romanos! ¡El prefecto Aurelius quiere hablaros!

El silencio se instaló por completo en la plaza. El estruendo de momentos antes dio paso a un estado de expectación en el que nadie se atrevía a hablar. Todos querían escuchar las palabras del prefecto. Entonces, antes de que se dirigiese a ellos, la vio. Estaba justo detrás de la emperatriz, en un segundo plano. El corazón le dio un vuelco y sintió que le golpeaba el pecho de forma violenta. No había sentido nada igual y comprendió que se moría por tenerla entre sus brazos y besarla. No le echó cuenta a todo lo que dijo el prefecto y tan sólo estuvo pendiente de los gestos, las posturas y todo cuanto pudiese hacer Livia. La veía más hermosa que la última vez y, quizá, más joven. Poco importaba eso. Lo que ansiaba era estar a su lado, quedarse a solas con ella, compartir aquellos deseos y sentimientos que, estaba seguro, eran recíprocos.

—¡Soldados! —la voz del prefecto se alzó por encima de todas las cabezas—. ¡Hoy es un día grande para el Imperio Romano! ¡Nuestra augusta emperatriz, Flavia Iulia Elena, madre del emperador Constantino I el Grande, ha conseguido encontrar lo que con tanto ahínco buscaba: la Cruz en la que

murió crucificado Jesús de Nazareth! ¡Este hallazgo supone un cambio en todas nuestras creencias y en todo aquello a lo que nos encomendábamos! ¡A partir de hoy, el Cristianismo crecerá por todos los confines de la Tierra y serán miles, millones de personas las que hasta Jerusalén quieran venir a contemplar la Vera Cruz de Jesucristo! ¡Es por ello que, desde estos momentos, vuestra labor será mucho más específica y, sobre todo, trascendental: deberéis poner todo vuestro empeño, y la vida si fuese preciso, en proteger a quienes ostentan el poder de nuestro Imperio! ¡Muchos serán los que no compartan este hallazgo e incluso, quién sabe, intentarán destruir esta sagrada madera! ¡Vosotros, y las legiones que el emperador crea conveniente, seréis los que salvaguardaréis la Cruz divina! ¡A partir de mañana, dentro de unas horas, comenzarán los preparativos para la construcción, en el monte Gólgota, de un templo que perpetúe este hallazgo! ¡Un templo para mayor gloria de Dios y su Hijo, en el mismo lugar donde han sido encontradas las cruces! ¡Que Dios esté con todos vosotros y que esta misión sirva para engrandecer, aún más, la sabiduría de nuestro emperador y de su augusta madre, Flavia Iulia Elena!

La plaza estalló en un estruendo gigantesco cuando el prefecto terminó de hablar. El júbilo estaba instalado tanto en los soldados romanos como en los habitantes que hasta ese lugar se habían desplazado. El prefecto, alzando la mano, se despidió de todos los que abarrotaban la zona y desapareció de la vista, lo mismo que la emperatriz y las personas que acompañaban a la venerable mujer.

Antonino, en medio de aquella algarabía, siguió con la vista a Livia pero, al igual que a los demás, los perdió de su campo de visión cuando se alejaron de la balaustrada. Le invadió, en medio del entusiasmo de sus compañeros y de la gente allí congregada, un sentimiento de desazón. No sabía qué tiempo estaría de guardia, cuándo descansaría para encontrarse con ella. En todo caso, se congratuló que, ahora, podría verla con más asiduidad al estar destinado, por el momento, en Jerusalén. Un destino que le mantenía cerca de su amada y que posibilitaría que pudiese cortejarla. Pero tenía verdadera necesidad de hablar con ella, verla cara a cara, sentir su olor, ese que le acompañaba desde el primer día que estuvo frente a ella y pareció ver a una diosa en lugar de una mujer. ¿Cuándo tendría esa oportunidad? Mientras esperaba la respuesta, que sabía que no llegaría, una voz potente deshizo todo aquello.

—¡Soldados! ¡En posición de firmes!

VIII

Las estancias del palacio del prefecto rebosaban una actividad inusitada desde que el sol se hizo presente. Pocas horas habían transcurrido desde que la comitiva llegó con las tres cruces. La emperatriz no durmió en toda la noche ni tampoco se despegó de ellas. Estuvo largamente abrazada a la auténtica, la Vera Cruz, después de comprobar el milagro llevado a cabo con la mujer moribunda. Durante todo ese tiempo —casi siempre permaneció sola, con contadas visitas de Livia para interesarse por su estado anímico y una del obispo Macario—, no dejó de abrazar la madera, acariciándola por todas partes y dando gracias a Dios por haberle concedido esa gracia. Ahora, cuando la actividad en el palacio era enorme y todos iban de un lado para otro, Elena se había quedado, por fin, dormida.

Esa misma madrugada había partido un correo hacia Bizancio para dar la buena nueva al emperador. Su madre quiso que saliese en cuanto fuese posible. Un decurión, al mando de un nutrido grupo de legionarios, partió enseguida portando el documento redactado, de puño y letra, por la propia emperatriz, en el que se le informaba del hallazgo y le hacía partícipe de la idoneidad de levantar en aquel lugar ya sagrado un templo de dimensiones extraordinarias para que fuese lugar de peregrinación de todos los cristianos.

«Querido hijo mío:

Hoy, por fin, he encontrado la Vera Cruz en la que murió Nuestro Señor Jesucristo. Él me ha guiado y, con su sabiduría, ha conseguido que dé con ella. No ha sido fácil pero sabes muy bien que los cristianos nunca hemos tenido el camino llano para llegar a nuestro destino.

Han sido tres las cruces halladas, lo que confirma, como mantienen las Sagradas Escrituras, que Jesús de Nazareth murió en compañía de dos malhechores, y es de suponer que uno de ellos, como relatan aquéllas, se arrepintió viendo a su lado al Hijo de Dios.

La Vera Cruz de Cristo es real. Doy fe de ello al haber podido comprobar cómo una mujer, a punto de morir, regresaba al mundo de los vivos, sanaba en un momento al tocar y abrazar el madero en el que murió Jesucristo. Ha sido una prueba más de su grandeza.

Hoy es un día grande para todo el Cristianismo y tú, como emperador del Imperio Romano, te eriges desde ahora en el máximo valedor de la

Cristiandad. Ahora, más que nunca, tus estandartes deben llevar bien alto el signo de la Cruz, el símbolo de todos los cristianos y de la Humanidad.

La emoción que siento es compartida por todos, incluido el prefecto Aurelius, quien se ha mostrado dispuesto a ayudar en todo lo necesario para que se erija un templo en el que dar por siempre las gracias a Nuestro Señor Jesucristo. Su construcción comenzará de inmediato. Por fortuna, son muchos los civiles que han permanecido en el campamento a las afueras de Jerusalén y trabajarán sin descanso para que se levante cuanto antes este edificio. El obispo Macario también está muy emocionado y con él voy a decidir qué hacer con las cruces y los distintos enseres que han aparecido en la búsqueda, pues hay varias sábanas marcadas con lo que podría ser la sangre de Nuestro Señor; la inscripción I.N.R.I y un casco conformado por ramas de espinas.

En verdad, querido hijo, Dios Nuestro Señor nos ha guiado. Como debe guiarte ahora a ti para que no desfallezcas en el empeño de hacer del Cristianismo nuestra forma de vida, nuestra auténtica creencia.

Quedaré por un tiempo, todavía, en Jerusalén. Al menos hasta ver cómo se pone en marcha la construcción del templo. Pero pronto marcharé hasta Bizancio y también a Roma, donde hemos de dar cumplida cuenta a todos del sagrado hallazgo.

También quiero que sepas que he tenido un encuentro que considero muy importante. Un muchacho, al que ya conocerás, se ha cruzado en el momento oportuno en mi camino. Sé que no vas a comprender nada, pero te diré que me lo ha enviado el Señor y que nos será de gran ayuda en todo lo que nos queda por delante. Lo he enrolado en la Legión y están haciendo de él un verdadero legionario romano que no dudará en defendernos con su vida si es preciso. Espero contártelo todo con mayor detalle cuando podamos vernos de nuevo.

Que el Señor te proteja en cada paso que des».

—Señora, mi señora.

La voz vino acompañada de un leve empujón en el hombro izquierdo. En una gran estancia que se encontraba en penumbra, Elena seguía abrazada a la Vera Cruz. Estaba dormida. El cansancio, finalmente, le había vencido cuando comenzaba a amanecer. Y en ese corto espacio su mente no dejó de recordar todos los momentos vividos desde que le anunciaron el hallazgo. Repitió todos y cada uno de los movimientos y los hechos que se fueron produciendo hasta

llegar con la madera al palacio del prefecto. No paró un solo instante en dejar de dar las gracias a Dios por haberle hecho partícipe de aquel descubrimiento. Estaba convencida de que sería fundamental para la propagación absoluta del Cristianismo por todos los confines de la Tierra. Así se lo hizo saber a su hijo. En el fondo, esperaba que Constantino, al recibir la carta, acudiese hasta Jerusalén. No se lo pidió, pero sabía que él lo haría. Jerusalén acababa de convertirse en el lugar por excelencia de los cristianos. A partir de esos momentos la Cristiandad tendría a la ciudad sagrada como eje primordial. La todavía Aelia pasaba a ser, por derecho propio, en la ciudad de Jesús de Nazareth.

—¿Qué es lo que pasa? —acertó a decir la emperatriz todavía en un duermevela.

—Mi señora, ya ha amanecido. Todos preguntan por la augusta emperatriz. Tanto el prefecto como el obispo Macario. Os ruegan que, si es posible, acudáis a su encuentro. Hay algo que os quieren decir.

Livia no quiso soliviantar a Elena. La estuvo contemplando un buen rato abrazada a la Vera Cruz y dormida. Su rostro reflejaba serenidad y también alegría. Se sentía, en cierta medida, partícipe de aquel hallazgo. Sabía lo que significaba para la emperatriz y lo que luchó por encontrar ese trozo de madera. Y ahora que ya era suyo, estaba convencida de que todos sus esfuerzos irían encaminados a darlo a conocer al mundo entero. Sintió temor cuando cayó en la cuenta de que esa circunstancia haría, a buen seguro, que su señora fuese de un lado para otro. No conocía el contenido de la misiva que mandó al emperador, pero suponía lo que le habría dicho. En aquellas horas en las que pudo descansar, Livia se había mantenido ante la puerta de la estancia donde permanecía la emperatriz. Dos legionarios romanos también la custodiaban. Y ella estuvo a punto de preguntarles por Antonino Quintus: si lo conocían, si se encontraba en Jerusalén o, por el contrario, continuaba apostado en el campamento.

Desde que se despidió aquella noche, no pudo dejar de pensar en él. Vio en los ojos del muchacho la sinceridad de quien quiere entregarse para toda la vida. Hasta ese momento no se dio cuenta de que él estaba hecho para ella y viceversa. Pero, ¿sentiría en esos momentos lo mismo que ella o quizá ya se habría olvidado? Muchos meses transcurridos desde ese último encuentro. Se lamentó no haberle sido sincera en ese instante y expresarle sus sentimientos. Por otra parte, Antonino tampoco dio el paso necesario que ella esperaba. Pudiera ser que no estuviese seguro de lo que quería hacer o, a lo peor, que no

sintiese realmente esa atracción por ella.

Lo buscó la madrugada anterior entre las filas de legionarios que se apostaban frente al palacio del prefecto. Pero eran muchos los hombres allí congregados y, en mitad de la noche y a pesar de las antorchas que iluminaban la plaza, era realmente difícil distinguir los rostros, tapados por los cascos. Pero su corazón le decía que sí, que él estaba en medio de aquella formación. Algo en su interior le anunciaba que volvería a verlo pronto. Y entonces sería cuando ya no lo dejaría escapar. Nada ni nadie se interpondría entre ellos porque el destino había querido unirlos. Y también aquella misión sagrada. «Una cruz, en la que murió el Hijo de Dios, como dice la emperatriz, ha servido para que nos encontremos. Es curioso, esa madera trajo la muerte en su momento a un hombre. Y ahora sirve para que nazca un sentimiento de amor entre dos personas. Quizá tenga razón y sea la que obre este nuevo milagro entre Antonino y yo».

—Está bien, Livia. Tráeme agua para refrescarme y otra túnica. No quiero perder más tiempo. Di a los legionarios que están en la puerta que cuando salgamos, nadie, absolutamente nadie, puede traspasarla sin mi permiso. Ni siquiera el prefecto Aurelius o el obispo Macario. Y luego vete a buscar al centurión Tulio Plinio. Quiero hablar con él acerca de las guardias y los descansos de los soldados.

A Livia se le cambió la expresión de la cara. Lo último que quería era encontrarse con el centurión. Detestaba su altanería e incluso se asustó cuando la noche anterior se le acercó y le dijo aquellas palabras que evidenciaban que quería poseerla. Estuvo tentada de contárselo a la emperatriz, pero sabía que estaba demasiado atareada con el hallazgo de las cruces para que tomase en consideración su relato. Por otra parte, pensaba que estando al lado de ella nada podría ocurrirle. No osaría aquel hombre ponerle una mano encima a la mujer de confianza de la emperatriz. Empero, supo que no estaba segura del todo. Las manos comenzaron a sudarle cuando se encaminó, a través de un largo pasillo, hacia las dependencias en las que se encontraba Tulio Plinio.

Antonino cayó a plomo en el camastro del barracón. Estaba realmente cansado, agotado, después de haber permanecido por espacio de cuatro horas custodiando la entrada al palacio del prefecto. A ello había que sumar que el día anterior, desde muy temprano, salió a patrullar por los alrededores del campamento y que al llegar tuvo que recoger sus enseres deprisa y corriendo y marcharse hasta Jerusalén. Un cúmulo de sensaciones que, junto con la visión de Livia en la balaustrada del palacio, hacían que ahora estuviese a punto de

derrumbarse.

—¡Tenéis dos días libres! —anunció el tribuno cuando su cohorte llegaba a la plaza donde se encontraban los barracones—. ¡Iremos turnando a las tres cohortes hasta que los centuriones digan otra cosa! ¡Podéis salir esta tarde a divertirnos por la ciudad, pero no quiero que se formen peleas ni grescas con la población de Jerusalén! ¡Bebed todo lo que queráis pero, repito, sin peleas ni riñas!

Aquellas palabras se le quedaron marcadas. Por fin, después de seis meses, iba a poder ver a Livia. Aunque, por unos instantes, la duda le asaltó: ¿cómo haría para acceder hasta ella? Se encontraba en el palacio, junto a la emperatriz, y sería muy difícil entrar así como así.

—Ya verás cómo no tienes problemas.

Una vez más, parecía que Manius Aquila le adivinaba el pensamiento. Echado en su camastro, el veterano soldado tenía las manos entrelazadas por detrás de la nuca y tan sólo llevaba como vestimenta unas enaguas sucias, dejando al descubierto el torso, donde se apreciaban varias cicatrices, sin duda alguna de heridas producidas en otras tantas batallas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Antonino.

—A que verás a la muchacha sin ninguna dificultad. ¿Crees que ella no está pensando ahora mismo igual que tú?

—No sé. Jerusalén no es el campamento. Estamos en una ciudad grande y la entrada en el palacio está prohibida expresamente. No sé cómo lo voy a hacer.

—Sigues siendo un chaval sin experiencia alguna. ¿Acaso no sabes que hay más de una puerta, además de la principal? ¿Por dónde si no entran los criados, las provisiones para la casa y todo lo demás?

—No había caído en ello.

Manius se incorporó, quedándose sentado en el camastro frente al de Antonino.

—Ahora debemos descansar. Esta tarde acudiremos a la zona de cocinas del palacio e intentaremos averiguar cosas de la muchacha. En todo caso, me huelo que tú vas a entrar por la puerta principal. Seguro que te hace llamar la emperatriz para interesarse por tu estado y tu formación. Si no es hoy, será mañana. Ahora debe andar muy ocupada con todo lo que se trae entre manos. Así que no te preocupes. Te propongo una cosa: que vayamos, como te he dicho, esta tarde hasta las cocinas, indaguemos y después acudamos a una taberna. ¡No sabes las ganas que tengo de echar un buen trago en compañía femenina!

—Bueno, no es una idea que me seduzca, pero tienes razón en una cosa: algo de divertimento no es malo.

—¿Qué no es malo? —Manius se puso de pie—. Muchacho, con tu edad era capaz de beberme un barril entero de vino y acostarme con cuatro mujeres a la vez. ¿Y tú me dices que no es malo? ¡Claro que no! Llevamos seis meses en aquel campamento pasando penurias de todo tipo. ¡Hora es ya de que tengamos un poco de diversión! Que vayamos a emborracharnos no quiere decir que le vayas a ser infiel a tu muchachita. Si no quieres, no tienes por qué cortejar a ninguna otra. Pero te diré una cosa: no eres persona experimentada en el amor y creo que sería conveniente que te dejases aconsejar.

—¿Por ti?

—Bueno, algo sí. Pero también por quienes te pueden abrir las puertas a sensaciones que no conozco. Me refiero a esas fulanas que ya nos están esperando.

Volvió a echarse sobre el camastro. Se quedó pensativo, mirando hacia el techo, como si estuviese imaginando encontrarse en una de esas tabernas de Jerusalén rodeado de guapas mujeres dispuestas a satisfacer todos sus deseos.

—Te comprendo, Antonino —siguió ahora en un tono mucho más suave—. Ahora mismo no tienes ojos para otra mujer. Y, qué quieres que te diga, me das algo de envidia. Pero te juro que no te arrepentirás si sigues mis consejos y esta noche te echas en los brazos de otra. Con tu edad, esas bellezas van a caer rendidas a tus pies. Estarán cansadas de legionarios rudos y toscos como yo. Pero un muchachito de tu edad... se les hará la boca agua en cuanto te vean entrar por la puerta.

Antonino se sintió algo ruborizado. En verdad no estaba muy ducho en cuestiones de amor y, sobre todo, de mujeres de la vida que por lo que le contaba Manius, se le aparecían como auténticas devoradoras de hombres. Pensó que, quizá, podría ser pasto de mofas y burlas por parte de sus compañeros, muy curtidos en esas cuestiones. Sin embargo, las palabras de su amigo le habían despertado cierta curiosidad y la posibilidad de explorar un mundo hasta ahora desconocido para él le excitaba. Algo que se contraponía con sus sentimientos hacia Livia. Estaba, en todo caso, confuso. Pero comprendía lo que le acababa de contar Manius Aquila. A fin de cuentas, era un hombre y tenía sus necesidades, marginadas durante esos seis meses de permanencia en el campamento.

—No le des más vueltas a la cabeza —dijo Manius—. Todo llegará en su momento. Anda, vamos a dormir un poco para estar frescos esta tarde. No te

arrepentirás, muchacho. Por los dioses que no te arrepentirás.

Se dio media vuelta en el camastro y, como un rayo, quedó sumido en un profundo sueño.

—¿Y quién quiere verme?

La emperatriz Elena había hecho su entrada en la estancia principal del palacio en medio de una enorme expectación. A pesar de su edad, seguía siendo una mujer bella que no dejaba indiferente a nadie que la veía por vez primera. Su rostro reflejaba serenidad y paz interior, propiciadas sin ningún tipo de dudas por su conversión al Cristianismo. La bondad estaba instalada en todo su ser, y eso se comprobaba en su amor al prójimo y su atención a todos aquellos que pasaban penurias y enfermedades. Y esa actitud apacible se acrecentó con el descubrimiento de la Vera Cruz en la que murió el Mesías, el Hijo de Dios en la Tierra.

Elena sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Su longevidad contrastaba con una vitalidad fuera de lo común que le hizo emprender aquel viaje, aquella peregrinación a la que desde ahora sería considerada como Tierra Santa. En su posición y siendo la madre de quien era, lo más normal es que se hubiese quedado los últimos años de su vida en Bizancio, envejeciendo plácidamente y sin otras preocupaciones que ver crecer a los suyos. Pero ella estaba convencida de que tenía una misión en la vida. Por eso, desde que abrazó el Cristianismo, se dio por entero a los demás. No era fácil en un Imperio como el romano, dividido en dos partes que gobernaban el mundo. Aquellas ideas de paz, amor a los demás y hacer el bien, dándose siempre sin esperar recibir nada a cambio, no eran bien acogidas por muchos de los súbditos, sobre todos aquellos que malvivían o pasaban auténticas calamidades derivadas de las injusticias cometidas por los poderosos. Un mundo en el que sobrevivían los más fuertes, donde la muerte acechaba en cualquier rincón y en el que la corrupción estaba instalada en las más altas esferas de la política. Pese a ello, Flavia Iulia Elena tenía muy claro que debía propiciar que los demás se sintiesen felices consigo mismos y con sus semejantes.

Por eso el viaje a Jerusalén lo tomó como algo personal en el que el fracaso no cabía. Sabía a ciencia cierta que debía ser ella la que diese el paso adelante y buscarse de manera afanosa, hasta la muerte si era preciso, la cruz en la que murió crucificado Jesucristo. Fueron muchos meses de lectura de las Sagradas Escrituras, de comparar pasajes de Mateo, Lucas, Marcos, Juan; de estudiar hasta el más mínimo detalle para llegar a la conclusión de que allí,

precisamente allí, donde se encontraba en aquellos momentos, Jesús había expirado y resucitado al tercer día. Pero, ¿y si aquellos hombres estaban equivocados? Peor aún, ¿y si esos textos eran falsos, una manera para engañar a todos aquellos que quisieran profanar el lugar donde murió y resucitó el Redentor? Dudas que se despejaron por completo cuando, aquella tarde en una placita de Jerusalén, mientras contaba cuentos a los niños, fue avisada de la buena nueva. No había transcurrido ni un día desde el hallazgo y a Elena le parecía que llevaba toda una vida al lado de la Vera Cruz. Y esa certeza le hacía más fuerte, mostrándose más convencida de que lo que estaba realizando era lo correcto. Comprendía que el obispo Macario se sintiese igual de emocionado que ella. El sanedrín de Jerusalén había tomado con escepticismo el anuncio de que la emperatriz quería encontrar el lugar donde murió Jesús. Estaba reciente el Concilio de Nicea y, por lo tanto, muchos de aquellos sacerdotes no comulgaban con las ideas establecidas y los distintos dogmas de fe. Sí, en cambio, en que se convirtiese Jerusalén en la capital de la Cristiandad. Por eso, después de meses de búsqueda infructuosa, el hecho de hallar la Vera Cruz de Jesús supuso un cambio radical en su forma de pensar. Veían a la emperatriz como una persona que venía a respaldar totalmente las ideas del Concilio y, sobre todo, a reforzar la supremacía de la ciudad en el ámbito cristiano a los ojos del mundo civilizado.

Fue el prefecto Aurelius quien se adelantó. Junto a él, su esposa y el obispo Macario. Detrás de ellos, el grupo del sanedrín. Se encontraban conversando de manera animada cuando la emperatriz apareció por la puerta. Entonces se hizo el silencio que fue roto por el prefecto.

—Salve, augusta emperatriz Flavia Iulia Elena. Espero que hayáis podido descansar algo. Estos días, y sobre todo el de ayer, han sido de verdadera angustia y de emociones realmente fuertes.

—No os preocupéis por mí, prefecto Aurelius. El hallazgo de la Vera Cruz me ha dado fuerzas extraordinarias. Pero tengo curiosidad por saber quién es la persona que quiere hablar conmigo. ¿Acaso no puede decirnos a vosotros de qué se trata?

Interrumpió entonces el obispo Macario.

—Augusta emperatriz, es un hombre de Jerusalén; un erudito que dice tener algo muy importante que contaros. Es hombre noble, de familia conocida y respetada y que, como todos nosotros, abraza el Cristianismo.

—Está bien, decidle que pase.

Helena se acomodó mientras una sirvienta depositaba en una mesa una

bandeja con abundante fruta. La puerta lateral de la estancia principal se abrió, apareciendo dos legionarios portando pilums que precedían a un hombre de baja estatura, algo encorvado y escaso de cabello. Llevaba las manos entrelazadas a la altura del estómago y vestía una toga romana que dejaba su hombro derecho al descubierto. Sobrepasaba los cincuenta años. Avanzó siguiendo los pasos de los dos soldados y se paró cuando estos lo hicieron a escasos dos metros del grupo de personas que rodeaban a la emperatriz y que miraban con curiosidad a aquel hombre. El prefecto lo conocía. Estaba encargado de administrar las tierras de la zona alta de Jerusalén. En varias ocasiones departió con él en el palacio para dilucidar cuestiones económicas. Poseía algunas casas en la parte noble de la ciudad y también se dedicaba al comercio de telas, lo que hacía que con frecuencia tuviese que viajar a países exóticos. Recordó, igualmente, que era dueño de varios comercios de importancia dentro de las murallas y que instalaba tenderetes lujosos en el mercado que cada día se formaba fuera de aquéllas y que hacía que acudiesen gentes de distintas regiones. Lo que no entendía era qué quería ese hombre de la emperatriz precisamente en unos momentos en los que estaba realmente ocupada por tan histórico hallazgo.

—¿Quiénes sois? —terció la emperatriz una vez hubo estudiado al hombre que quería verla.

—Mi nombre es Abraham, hijo de Judah y Esther y administrador de las tierras altas de Jerusalén desde hace más de veinte años. Perdonad mi atrevimiento, pero es preciso que hable con su augusta emperatriz.

—Tiene que ser muy importante para que no pueda esperar. ¿De qué se trata?

—Si no os importa, desearía que estuviésemos solos —respondió bajando la cabeza y desviando la mirada al suelo—. No será mucho tiempo, os lo prometo.

Los presentes comenzaron a hablar en voz baja sin dar crédito a la petición de Abraham. No era frecuente que la emperatriz se quedase a solas con una persona, máxime sin conocerla de nada. Sin embargo, se sentía atraída por tanto secretismo. Elena deliberó durante unos cuantos segundos y al final asintió con la cabeza.

—Está bien. Dejadnos a solas.

—Pero, mi señora... —interrumpió el prefecto.

—Aurelius —dijo la emperatriz alzando levemente su mano derecha—, no hay nada que temer. No creo que este hombre haya venido hasta aquí, siendo conocido por todos vosotros, para perpetrar algo. Quisiera escucharlo porque

de su tono de voz puede deducirse que lo que tiene que decirme es importante. Permaneced en la sala contigua. Ya os avisaré.

Fueron abandonando la estancia entre murmullos. El último en salir fue el obispo Macario, que no se mostraba muy de acuerdo con esta situación. Además, estaba convencido de que se trataba de algo relacionado con la Vera Cruz y, como máxima autoridad religiosa, quería saber qué era lo que aquel hombre le tenía que decir a la emperatriz. Antes de que las puertas se cerrasen, se volvió hacia los dos.

—Mi señora, sabéis que podéis confiar en mí como confesor vuestro que soy aquí en Jerusalén. Estaré justo detrás de esta puerta por si me necesitáis. Sólo tenéis que llamarme y acudiré enseguida.

—Muchas gracias, obispo. Id tranquilo.

Las puertas se cerraron y el silencio se instaló en la estancia. Abraham estaba justo delante de la emperatriz. Seguía con las manos entrelazadas y la cabeza algo agachada. Elena, que se había levantado de su asiento y dirigido hacia una gran balconada desde la que podía divisarse el monte Gólgota, repitió la pregunta del principio.

—¿Qué eso tan importante que queréis decirme, Abraham?

—Señora, os ruego que no os molestéis con lo que voy a contaros, pero es preciso que sepáis algo de lo que ocurrió el día en el que murió Jesús de Nazareth.

A Helena se le cambió la expresión del rostro. No daba crédito a las palabras de aquel hombre que, de buenas a primeras, se presentaba ante ella para hablarle de la muerte del Hijo de Dios, acaecida 326 años antes y que, ahora, de repente, se le aparecía. Acababa de encontrar la Cruz en la que murió, los instrumentos con los que fue crucificado y luego enterrado, algo que suponía un verdadero vuelco para la Cristiandad. Luchó con todas sus fuerzas para que este viaje resultase exitoso, para hacer llegar a todos que Cristo sí murió verdaderamente en aquel lugar. Tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no desfallecer ni darse por vencida. Años de preparativos, meses de búsqueda infructuosa y ahora, cuando por fin la encontraba, un hombre se presentaba ante ella para seguir abundando, ahondando, en una historia de más de tres siglos.

Pensó que era el propio Dios quien le ponía en su camino a Abraham, como en su día le puso a Antonino. Se acordó por unos instantes de él y se preguntó qué estaría haciendo en aquellos momentos. No lo veía ni sabía de él desde aquella noche en que regresaron por unas horas al campamento. Ya debía ser

un legionario y, lo que era mejor, un hombre hecho y derecho. Quizá estaba allí, en Jerusalén, con las tropas que entraron para reforzar a las ya existentes. Pensó que debía haberse interesado por él. No en vano, era ella quien le animó a alistarse en la Legión de Roma, a lo peor en contra de su voluntad. Pero sabía que era la persona que podía servirle para sus propósitos de expandir el Cristianismo. Para ayudarlo. Lo vio en sus ojos en aquel primer encuentro. Y estaba segura de no equivocarse. Todo se sucedía ahora a un ritmo vertiginoso. ¿Y Livia? ¿Dónde estaba Livia? Salió de la estancia para avisar al centurión Tulio Plinio y ya debería estar de vuelta. Pero no era así. También ella esperaba ver a Antonino. Estaban hechos el uno para el otro. Pero siempre tan comedida, tan prudente. Ni una sola vez le rogó que le dejase marchar al campamento para visitarlo. «Es demasiado recatada para insinuarme nada. Tendría que haberme dado cuenta por mí misma. Pero, ¿por qué todo esto se me viene a la mente cuando este hombre que tengo delante de mí quiere contarme algo que puede resultar trascendental para el Cristianismo? ¿Acaso mi mente me desvía de ello? ¿Es, quizá, un mecanismo de defensa porque lo que saldrá de su boca no es bueno?».

—Vuestro nombre es hebreo pero, en cambio, vestís toga romana.

El hombre quedó perplejo con la pregunta de la emperatriz. No comprendía que ahora, ante el anuncio que le acababa de hacer, se fijase en sus ropajes y no denotase el más mínimo interés por conocer más en profundidad lo que le estaba ofreciendo.

—Soy... —balbuceó al principio—, soy persona que debe buscar el equilibrio entre los judíos y el pueblo romano. Mis ocupaciones profesionales requieren que se me respete. Mis hermanos de sangre me ven, a la hora de administrar los intereses del Imperio, como un romano más. Y eso es importante. Pero no he perdido mi condición judía ni, por supuesto, mis raíces.

—¿Y qué es lo que tienes que contarme de Nuestro Señor Jesucristo después de más de tres siglos de su muerte?

De nuevo quedó sorprendido. Si antes pareció no mostrar interés, ahora era ella quien retomaba el motivo por el que estaba ante la emperatriz. Sintió que le temblaban las piernas y un sudor frío comenzó a instalarse en su frente. Intentó aparentar serenidad.

—Como os he dicho, soy judío. Toda mi familia, mis antepasados, proceden de Jerusalén. Hemos tenido suerte en la vida y el Señor nos ha pagado con generosidad...

—¿Y eso qué tiene que ver con el Mesías? —interrumpió la emperatriz.

Abraham se puso más nervioso aún. Todo lo que traía preparado en su mente se había borrado de un plumazo. La personalidad de la emperatriz era muy fuerte y aunque sabía que era mujer piadosa, como llevaba demostrando desde que llegó a la ciudad, no las tenía todas consigo. Quizá pudiese molestarse por sus palabras o por lo que iba a contarle.

—Verá, mi señora. Supongo que conocéis, por las Sagradas Escrituras, a José de Arimatea, tío de María, la madre de Jesucristo...

—Sí, él fue quien intercedió ante el prefecto Poncio Pilato para que se pudiese bajar el cuerpo de Jesús y enterrarlo.

—Así es. Mi esposa es descendiente de su familia...

—Seguid.

—Desde aquella época hasta ahora se ha venido transmitiendo, de padres a hijos, y estos a sus hijos, y aquéllos a los suyos, una historia acerca de José de Arimatea que, desde luego, se ha mantenido en secreto y que ahora me veo en la obligación de contaros.

—Me tenéis intrigada. Por favor, continuad.

El tono de voz de Elena era ya mucho más suave pero a la par dejaba entrever una ansiedad por conocer lo que le estaba ofreciendo.

—Cuenta la historia que cuando José de Arimatea, acompañado de Nicodemo, María, María de Magdala y otras mujeres enterraron a Jesús, él se quedó con algo, con un objeto procedente del casco de ramas de espinas con el que fue coronado el Mesías. Y ese objeto lo salvaguardó de todo y de todos, pensando que algún día, como ha ocurrido ahora, se descubriría el sepulcro donde fue amortajado y enterrado.

—No comprendo nada de lo que me decís...

—José de Arimatea nunca habló de él mientras permaneció en Jerusalén.

—¿Acaso no está enterrado aquí?

—No, mi señora. Pasados unos años de la muerte de Jesús de Nazaret, abandonó Jerusalén y se marchó, según cuenta la leyenda que sabe la familia, hacia occidente. Podría haber recalado en las Galias o incluso en Hispania. Y se llevó ese secreto consigo.

—¿Y creéis que está en aquellas tierras?

—Sé que tuvo descendencia allí pero ninguno de ellos regresó. Y serían ellos, sus descendientes, los que seguirían manteniendo el secreto.

Helena se volvió hacia la balconada. Intentaba asimilar todo lo que estaba contando Abraham, pero era incapaz de centrarse. ¿Cómo era posible que una de las personas que estuvieron al lado de Jesús de Nazareth en el momento de

su muerte hubiese robado algo de aquellos instrumentos? ¿Y de qué se trataba? Había hablado de la corona hecha con ramas espinosas, la misma que se encontró en el sepulcro. Podían faltarle espinas, algo lógico por otra parte después de cientos de años. Pero, ¿por qué marcharse de Jerusalén? ¿Para preservar algo o... a alguien? No tenía sentido que José de Arimatea tuviese que esconderse. Era una de las personas que vivió con Jesucristo y además, influyente y poderoso por lo que se sabía de él. ¿En las Galias? ¿Quizá en Hispania? La cabeza le daba vueltas a Helena. Algo faltaba para completar su hallazgo; algo que estuvo allí, en el sepulcro, al lado del Mesías, pero que aquel hombre que tuvo el valor de bajarlo de la Cruz se había llevado consigo. Una sensación de angustia le invadió. «Quizá se trate de una señal, de un mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso me ha enviado a este hombre».

—Abraham —dijo volviéndose hacia él—. ¿Por qué me cuentas a mí todo esto?

—Vuestra augusta emperatriz ha abrazado la fe de Cristo y desde hace años viene propagando la Palabra del Señor. Ha llegado hasta Jerusalén buscando las auténticas raíces del Cristianismo para así darlo a conocer mucho mejor. Pocos son ya los que dudan de la Muerte y Resurrección de Jesús de Nazareth. Pero también es cierto que José de Arimatea se llevó algo con él que pertenecía a Jesucristo. Y no sé por qué lo hizo. Lo que sí sé es que debía saberlo porque es algo que siempre se ha mantenido en secreto y que ahora, al haber encontrado la Cruz en la que fue crucificado, puede servir para saber algo más de Él.

No sabía qué pensar, qué decir. Se sentía aturdida por las palabras de Abraham. Una revelación que venía a poner de manifiesto, aún más, la importancia del hallazgo del día anterior. Pero quedaba incompleto ante este anuncio. Es verdad que tenía en su poder la cruz en la que murió el Señor. Mas faltaba algo; algo que se llevó consigo José de Arimatea y que, por lo que fuese, lo escondió en otro lugar del mundo, alejado de aquellas tierras que vieron morir a Jesús de Nazaret. ¿Mentía aquel hombre? ¿Qué finalidad tenía aquella revelación? ¿Querría distraerla de su cometido? La mente no dejaba de funcionar y por más que quería no podía poner en orden todas las incógnitas que iban apareciendo una detrás de otra, sin solución de continuidad y sin respuestas.

Se volvió de nuevo hacia la balaustrada. Apoyó las manos en ella y contempló, de nuevo, el monte Gólgota. El sol ya se había elevado por encima de su altura. Aunque con dificultad, pudo ver a hombres que iban de un lado

para otro de aquella zona. Seguían trabajando. El hallazgo de las cruces no hizo que se dejase de excavar. Ahondaban más en el interior de la montaña. Aquel agujero de dimensiones extraordinarias serviría para poner los cimientos del nuevo templo. Una obra colosal que perpetuaría el lugar sagrado por excelencia del Cristianismo.

Pero faltaba algo. Una pieza que se encontraba a miles de leguas de distancia y que se había llevado un hombre que vio morir a Jesucristo. ¿Serviría, como había dicho Abraham, para conocer más cosas del Mesías? ¿Acaso aquel objeto podría arrojar más luz sobre su vida, sus hechos, su modo de entender a los hombres y darse a ellos? La angustia le invadió por unos instantes y la boca se le secó de repente. Estaba confundida y en una encrucijada de difícil solución. Tenía lo que había venido a buscar y, ahora, parecía que nada de ello servía.

—¿Y qué creéis que puede ser? —preguntó sin dejar de mirar al monte Gólgota.

—No lo sé, mi señora —respondió con rapidez el hombre—. Esa misma pregunta me ha he hecho yo también en la soledad de mi casa. Y mi esposa y mis hijos, todos conocedores de lo que os acabo de decir. En verdad hemos sentido temor por el hecho de que pudiesen culparnos de algo que hizo un antepasado de mi mujer. De ahí que hayamos guardado silencio durante años. Pero anoche, cuando conocí que habíais encontrado la madera, llegué al convencimiento de que lo mejor era que supieseis esta historia. Espero no haberos hecho enfadar. Nada más lejos de ello. Al igual que vosotros, estamos desorientados.

—Está bien. Os agradezco lo que habéis hecho.

Flavia Iulia Elena seguía de espaldas al hombre. Luchaba por controlar su desazón y, sobre todo, el nerviosismo que se iba apoderando de su ser lenta pero inexorablemente. Las dudas venían y se esforzaba por mantenerse entera. Le tranquilizaba, en cierta medida, que al otro lado de la estancia estuviese la madera en la que murió Jesús. De eso no tenía duda ninguna. Ahora tenía que decidir qué hacer: tomar en consideración las palabras de Abraham o, por el contrario, dejar aquel episodio como una simple anécdota más de las que, seguramente, jalonaron los últimos días del Hijo de Dios en la tierra.

Ella había venido hasta Jerusalén con un cometido muy claro y estaba cumplido. Quería que la Cruz de Cristo fuese conocida en Roma, en Bizancio. Que en las dos orbes más grandes del mundo supiesen que Jesucristo había existido. Pero aquello que faltaba, ¿podía desestabilizar todo lo conseguido

hasta ese momento? Sintió miedo por unos instantes. Y de nuevo, no sabía por qué, a la mente se le vinieron Antonino y Livia. «Espero que no se enfade y que lo comprenda. Pero Antonino estará poco tiempo en Jerusalén».

—Si no os importa, haced entrar al obispo Macario y al prefecto, Abraham. Quiero hablar con ellos.

La entrada estaba custodiada por un legionario romano que se mantenía firme con un pilum en su mano derecha. Era mucho más alto que ella y tendría unos 30 años. Por la parte trasera del casco sobresalía algo de cabello. Le llamó la atención que, a pesar de avanzar hacia donde él estaba, no hiciese movimiento alguno ni adoptase una actitud de alerta. Estaba claro que en el interior del palacio no podía ocurrir nada anormal y menos tratándose de una doncella de la emperatriz, cosa que seguro sabía aquel soldado.

Livia avanzó con lentitud. El encargo que le hizo su señora no era precisamente plato de buen gusto. No quería coincidir con el centurión y mucho menos tener que ir a avisarlo. No era lo mismo verlo cuando estaba en presencia de la emperatriz que acudir hasta la habitación en la que se encontraba. Pero la orden fue clara y contundente: buscar a Tulio Plinio y hacerlo ir hasta donde estaba Elena.

A medida que iba acercándose a los aposentos del centurión sentía mayores punzadas en el estómago. Todavía tenía en su mente el momento en que le tocaron el hombro cuando bajaban del monte Gólgota y al darse la vuelta se encontró frente a frente con el rostro de aquel hombre. Sabía que debía andar con mucho cuidado y no dar opción ninguna a que pensase que podría tener alguna oportunidad con ella. «Tengo que mostrarme siempre firme, muy firme, y no dejar que me embauque. Este tipo de hombres sólo buscan una cosa y cuando la consiguen te tiran al arroyo. Sólo pensar que pudiera ponerme una mano encima hacen que me entren ganas de vomitar».

Se acordó entonces de Antonino. Maldijo la situación que tenía que vivir en estos momentos pero se consoló pensando que era muy probable que el muchacho estuviese en Jerusalén. Incluso cuando enfiló el largo pasillo y vio a lo lejos el legionario que estaba delante de la puerta se ilusionó y confió en que los dioses hubiesen obrado el milagro de situarlo en aquel lugar y en ese momento. Desgraciadamente no fue así.

Llegó hasta la altura del soldado. Éste, con un gesto rápido, cruzó el pilum a modo de cierre del paso a la muchacha.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó el legionario sin dejar de mirar hacia el frente.

—Me envía la emperatriz Flavia Iulia Helena. Vengo buscando al centurión Tulio Plinio. Mi señora quiere que acuda ante su presencia junto con el general.

El soldado volvió a poner, nuevamente, el pilum en posición vertical. Se dio la vuelta y, sin decir nada más, desapareció atravesando la cortina que cubría el hueco de la entrada a la habitación.

Pasaron sólo unos cuantos segundos que a Livia le parecieron una eternidad. El muchacho se había adentrado en los aposentos del centurión. «Ahora estará diciéndole que estoy aquí y él, seguro, le habrá pedido que me describa. En cuanto le comente que tengo el cabello cobrizo sabrá que soy yo. Tengo que aguantar como sea este momento y no aparecer nerviosa. Se dará cuenta enseguida si muestro debilidad. Este tipo de hombres viven única y exclusivamente para eso. Ya me ha dado pruebas más que suficientes para desconfiar de él en todo momento».

Le incomodaba sobremanera aquella situación y, sobre todo, la espera. No sabía qué podían hacer aquellos dos hombres en el interior de la habitación. Había dejado muy claro el motivo de su presencia allí. No tenía por qué demorarse la respuesta. La orden era concisa. ¿Por qué entonces tanto tiempo?

De nuevo le vino a la mente Antonino. «Es extraño. Cada vez lo tengo más presente y hace tiempo que no sé nada de él. Pero parece que lo conociese de siempre. Y cuando menos me lo espero se me viene y entonces... no sé. Estoy confundida. Por una parte, quiero volver a estar a su lado. Pero por otra me da miedo. Estoy convencida de que no es como los demás, y mucho menos como el centurión. Desde que lo vi por vez primera supe que su mirada traía algo bueno. Y la emperatriz es de la misma opinión. Dos personas no podemos estar equivocadas tan radicalmente. Pero, ¿por qué no ha hecho por verme si tan interesado se ha mostrado conmigo? A lo peor ahora ha cambiado y el hecho de estar en la Legión romana, con esos hombres, ha motivado que su concepto de mí no sea el mismo. Es perfectamente comprensible que teniendo la posibilidad de poseer a muchas mujeres de mala vida que beben los vientos por los legionarios, me haya olvidado. Sin embargo, hay algo en mi interior que me dice que él no es así, que no se ha dejado llevar por sus compañeros y que no ha sucumbido a esos cantos de sirena de las muchachas que pululan por las tabernas de mala muerte que frecuentan los soldados. No. Él es diferente. Se le nota en la mirada, en la forma de hablar, en la manera de comportarse. Quizá tendría que haber sido yo quien diese un paso más y mostrarle mis verdaderas intenciones. Así habría sido más fácil. Pero lo correcto es que sea

el hombre quien actúe. Sólo soy una sirvienta a las órdenes de la emperatriz. Es verdad que debo sentirme una afortunada. En otra casa, con otros amos, quién sabe cuál hubiese sido mi destino. Ha sido la propia emperatriz quien me ha animado con respecto a Antonino. Soy una privilegiada por ello. Pero, ¿dónde estará Antonino? ¿Qué estará haciendo ahora mismo?».

Unos pasos que provenían del interior de los aposentos le sacaron de sus pensamientos. La cortina que tapaba el hueco de la entrada se abrió y apareció, por fin, el soldado. Se quedó justo en el dintel y, con voz seca, le dijo:

—El centurión quiere que paséis.

No habló nada más. Quedó en aquella posición esperando a que la muchacha acudiese.

Livia sintió que le temblaban las piernas. «Tranquila, Livia, tranquila. No puede pasarte nada. Estás en el palacio y en la entrada de la estancia hay un soldado de Roma. Si algo intentase el centurión, con gritar bastaría para que se enterase no sólo el legionario sino otras personas. No temas y mantente firme para que nada pueda sospechar el centurión».

Haciendo de tripas corazón atravesó el umbral, encontrándose con una habitación amplia en la que una gran balconada dejaba entrar el aire fresco de la mañana. Tras ella podía oírse el ajetreo de la ciudad, que ya llevaba unas horas despierta y funcionando en todos sus aspectos. El día era soleado y los rayos del astro sol entraban hasta la mitad de aquella estancia. Miró a su alrededor pero no vio a nadie. La cortina que daba al pasillo había vuelto a correrse. Sabía que al otro lado estaba el soldado romano pero, ¿y si tenía orden de marcharse, de dejarla sola con el centurión? Un temor le recorrió el cuerpo. Siguió escrutando la habitación. Una de las lucernas todavía permanecía encendida. Justo la que se encontraba más cercana a dos sillones que flanqueaban una pequeña mesa en la que se podía ver una jarra y una copa. También una bandeja con restos de fruta que, sin lugar a dudas, habían sido ingeridas no hacía mucho. Pero ni un solo atisbo del centurión.

De pronto apareció. Lo hizo por otro hueco en el que, seguramente, sería el lugar donde descansaba. Tulio Plinio se estaba ajustando el correa. Iba ataviado de campaña, como habitualmente. Salió sin mirar a la muchacha, que permanecía de pie justo al lado de la salida de la habitación. El centurión acabó de colocarse la última de las correas que estaban sueltas y se dirigió hacia un arcón de madera. Abrió su tapa y extrajo del mismo su gladius. Entonces se volvió hacia ella.

—Así que la emperatriz quiere vernos al general y a mí —preguntó mientras envainaba la espada, que quedaba colocada a la altura de la cadera izquierda.

—Sí, centurión —respondió evitando cruzar su mirada con la del hombre—.

Continuó Tulio Plinio colocándose todos los complementos de su uniforme de legionario. Livia contenía la respiración y no sabía qué hacer mientras aquel hombre terminaba de vestirse. Se sentía realmente incómoda y deseaba con todas sus fuerzas que aquella escena concluyese cuanto antes. Cuanto más tiempo pasaba mayor rechazo sentía hacia el centurión, al que veía prepotente y soberbio. Pero tenía que permanecer allí, esperando a que terminase o le dijese que se marchase, que era lo que quería. «Él deberá ir a buscar a su general, así que lo más normal es que yo vuelva junto a mi señora».

Plinio volvió a entrar en la zona donde estaba el dormitorio. No pasaron ni quince segundos cuando apareció, por fin, con el casco sobre su cabeza. Entonces, de forma inesperada, se acercó hasta la muchacha y se colocó a escasos centímetros de ella. Livia sintió que se le iban las fuerzas.

—No me has contestado a lo que te pregunté ayer —le dijo en un tono suave.

La muchacha no respondió. El centurión, con lentitud, levantó su mano derecha y tomó el mentón de la chica, haciendo subir la cabeza hasta que sus ojos coincidieron.

—No tienes por qué asustarte —continuó—. No tengas miedo, pequeña. Sé que me ves con malos ojos y que piensas que soy un indeseable. Nada más lejos de la realidad. Espero no haberte asustado con lo que te dije anoche a las faldas del monte Gólgota. No quiero desatar la cólera de los dioses ni de ese profeta o lo que sea que tanto ama tu señora. No te haría algo que no quisieras. Así que espero que nos llevemos bien. Soy leal y fiel al emperador y a su augusta madre y no pondría en peligro mi carrera militar por un desliz con una sirvienta. Lo que sí mantengo es mi proposición, que espero que tengas en cuenta en algún momento.

Aquellas palabras se fueron clavando como dardos envenenados en la mente de Livia. Escuchaba atentamente el discurso del centurión y aunque intentaba hacer oídos sordos, no podía evitar un sentimiento de impotencia tremendo.

Por fin, Tulio Plinio apartó su mano de su cara y se alejó de ella.

—Podéis decirle a la emperatriz que voy a buscar al general enseguida y que enseguida estaremos ante su presencia. Nada más.

Dicho esto, descorrió la cortina con fuerzas y desapareció por el pasillo en dirección contraria a la que ella había venido.

Livia no podía moverse. El aliento de aquel hombre se le había metido hasta

las entrañas y sólo sentía ganas de bañarse para que desapareciese el olor que estaba impregnado en sus ropas y en su piel. Entonces salió al pasillo y sin mirar siquiera al soldado romano, que continuaba en la entrada, aligeró el paso hacia las dependencias de su señora, hacia el cobijo seguro. Porque estaba convencida de que en cuanto menos se lo esperase, Tulio Plinio la poseería y la haría suyo.

IX

El ajetreo y el ruido le despertaron de manera súbita. Entró en un sueño profundo no más se dejó caer en el camastro. La tensión de los últimos acontecimientos se hacía presente en el momento de descansar, algo que no tuvo tiempo desde el día anterior. Por eso, cuando abrió los ojos y, sobresaltado, se dio cuenta de que estaba en un barracón de la guardia judía en pleno Jerusalén, le pareció encontrarse en otro mundo distinto al que vivía desde hacía algo más de medio año.

El jolgorio era tremendo. Los soldados iban de un lado para otro haciendo un ruido ensordecedor. Las risas y el griterío eran más propios de un día festivo. La prisa estaba instalada en aquellos hombres que se afanaban por vestirse, como si se estuviesen preparando para algo importante. Echó una rápida mirada, todavía aturdido, a su alrededor, y se preguntó qué era lo que estaba pasando. Volvió la vista a su izquierda y comprobó que el camastro en el de debía estar Manius Aquila aparecía vacío. «Deben haber dado alguna orden de importancia y no me he enterado. Pero Manius me hubiese avisado. ¡Por todos los dioses! ¡Me van a defenestrar los mandos!».

Se levantó rápidamente y comenzó a buscar, debajo de su camastro, las sandalias. Mientras lo hacía intentó preguntar a alguno de sus compañeros qué era lo que estaba aconteciendo, pero nadie parecía escucharle. Sus palabras se perdían en medio de aquella locura que se había instalado en el interior del barracón.

Por fin pudo colocarse las sandalias. Todavía sólo vestido con las enaguas y el torso completamente desnudo, se dirigió, sorteando a legionarios que reían y bromeaban, hacia el lugar donde tenía la túnica. Se la puso lo más rápido que pudo y, al darse la vuelta para dirigirse hacia otra zona donde estaban la coraza y el casco, se topó de frente con Manius Aquila.

—¡Muchacho! ¡Creí que estabas muerto! —le dijo con voz fuerte mientras le echaba el brazo derecho sobre su hombro izquierdo.

—¿Qué... qué es lo que ocurre? —contestó Antonino sin saber realmente qué preguntaba.

—Por Júpiter que no te comprendo, Antonino. Un día tan importante como el de hoy y te dedicas a dormir como un niño que acaba de tomar la teta de su madre y se ha quedado completamente lleno. ¿Acaso pensabas estar todo el

tiempo en ese camastro y perderte lo que nos espera?

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que, a partir de ese momento, tenían dos días libres para poder disfrutar de la ciudad de Jerusalén y, sobre todo, de las mujeres y los vinos que servirían en las tabernas, cuyos propietarios ya comenzaban a frotarse las manos pensando en el dinero que harían a costa de aquellos soldados que estaban dispuestos a desfogarse hasta caer tumbados de tanto alcohol en su cuerpo. De ahí la algarabía que se había formado en el barracón. No más salió el sol comenzaron los primeros soldados a prepararse para salir a la calle. Primero pasarían por el mercado para pasar la mañana y flirtear con alguna muchacha de buen ver. Luego, acudirían a las tabernas improvisadas que se instalaban en dicho mercado para satisfacer las necesidades de los clientes. Comprarán comida e irían de un lugar a otro. Más tarde, ya con el sol en todo lo alto, deambularían por las calles de la ciudad buscando más tabernas y lupanares. El día perfecto para un legionario romano que llevaba casi seis meses por aquellos lares pero, bien en aquel campamento a las afueras de Jerusalén, bien en patrullas por los campos aledaños o, los menos, pendientes de las labores de búsqueda de aquellos maderos por los que tanto había clamado la emperatriz Flavia Iulia Elena.

En verdad, ni a Manius Aquila ni a Antonino Quintus, como casi al resto de sus compañeros, les importaba demasiado los hallazgos que pudiesen hacerse en aquel monte que los cristianos consideraban sagrado. Lo importante de todo es que el descubrimiento hizo que la emperatriz se mostrase tan contenta que eso repercutiese directamente en los legionarios. Y así era, ya que después de tanta espera veían recompensados ahora sus esfuerzos. Dos días libres suponían toda una vida para esos hombres ávidos de todo. Sabían que no podían, en todo caso, desmadrarse más de lo estipulado, pero también conocían que los mandos hacían muchas veces, y más en ocasiones como ésta, la vista gorda. Al fin y al cabo ellos también necesitaban explayarse a gusto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Antonino a Manius mientras se dirigían a la zona destinada a la higiene.

—¿Todavía no te has enterado, chaval? ¡Vamos a arrasar esta ciudad! ¡No va a quedar ni una sola taberna en pie y las provisiones de vino se van a agotar hoy mismo! Anda, termina de arreglarte que no podemos perder más tiempo. Minuto que estemos aquí dentro, minuto que no estamos disfrutando de la vida que nos espera ahí fuera.

Manius se dirigió hacia las letrinas mientras Antonino se situó en uno de los barriles que contenían agua. Tomó un cazo y se lo echó por la cabeza,

moviéndola de un lado para otro en varias ocasiones. Repitió la operación un par de veces más. A continuación cogió uno de los trapos que allí se disponían y se secó. Ahora se sentía mucho más despejado. Sus compañeros continuaban preparándose para abandonar aquel barracón y todos, como Manius, evidenciaban las mismas prisas por recorrer la ciudad y sus tabernas.

De repente, una voz fuerte y potente hizo que el barracón enmudeciese. Todos quedaron quietos, dirigiendo la vista hacia la puerta de entrada. Era uno de los centuriones, que había mandado callar.

—¡Legionarios! —la voz retumbó en toda la estancia—. ¡La emperatriz Flavia Iulia Helena, madre de nuestro emperador Constantino el Grande, quiere agradecer los esfuerzos que habéis hecho durante todo este tiempo y lo que queda de ahora en adelante! ¡Pero ella es magnánima y por lo tanto, acaba de decretar que todos los legionarios romanos, como consecuencia del feliz hallazgo de la Vera Cruz en la que murió Jesucristo, disfruten de una paga extra que se os dará hoy mismo para que podáis gastárosla en lo que más os apetezca!

Casi no dio tiempo a que terminase su alocución. Los gritos inundaron todo el barracón y, acto seguido, aquellos hombres comenzaron de nuevo a ir de un lado a otro buscando sus ropajes para terminar de arreglarse. Manius Aquila acababa de salir de las letrinas y se dirigió, lo más rápido que pudo, hacia la entrada principal. Sabía que a partir de esos momentos todos pugnarían por obtener el dinero los primeros por aquello de que pudiese acabarse. Antonino, empero, continuaba al lado del barril de agua y no hizo ningún ademán de salir corriendo como los demás.

—¡Quiero que en cuestión de segundos forméis en la plaza de ahí fuera —dijo de nuevo con voz muy alta el centurión— para que se os vaya entregando la paga! ¡Vamos, holgazanes, que parecéis muchachitas remilgadas! ¡Fuera de este barracón!

Esas últimas palabras provocaron una auténtica marabunta. Los legionarios prácticamente se peleaban por salir por la puerta. Como siempre, Manius ya estaba fuera cuando los demás se esforzaban por hacerlo. Por el contrario, Antonino se mostró tranquilo y sosegado en todo momento. Se vistió sin prisa alguna y sólo cuando ya estuvo arreglado del todo, salió al patio, siendo uno de los últimos en hacerlo. Comprobó que la formación era perfecta y que todos, absolutamente todos, lucían en sus rostros un aire especial, de satisfacción. Miró a su cohorte y distinguió enseguida a Manius. Se le hizo raro verlo de paisano. Era muy distinto a cuando llevaba el uniforme de

legionario. Sin la coraza y sin el casco; sin el gladius o sin el pilum, parecía entonces un hombre normal y corriente y sólo algunas cicatrices por los brazos y otra que le atravesaba una parte de la mejilla izquierda denotaban que se trataba de un guerrero. Pasaba igual con la mayoría de sus compañeros. Hombres rudos, expertos en batallas y guerras de las que escaparon muchas veces maltrechos pero que luego se recuperaron para seguir sirviendo al emperador. Hombres que no temían a nada, dispuestos a morir por defender a su compañero; hombres curtidos en luchas estremecedoras que supieron escapar con bien de ellas. Aquella visión hizo que volviese a preguntarse si él sería capaz de estar a su altura, de combatir con el mismo ímpetu y frenesí que ponían en cada batalla que libraban. Ahora, en cambio, aparecían ante sus ojos como ciudadanos normales y corrientes que, dentro de muy poco, estarían tan borrachos que no se mantendrían en pie. Pero con una diferencia importante: si les llamaban para entrar en combate, estarían prestos y dispuestos y no vacilarían ni un solo instante en blandir sus gladius y arremeter contra el enemigo. Ésa era la diferencia que había entre los legionarios y el resto de los mortales. Máquinas perfectamente engrasadas y entrenadas para luchar, para matar.

—¡Soldado! —la voz le sacó de sus pensamientos—. ¿Qué haces ahí parado como un tonto? ¡Ve a tu puesto o te quedas los dos días arrestado en el barracón!

Antonino corrió cuanto pudo hasta su lugar y se colocó detrás de Manius Aquila en posición de firmes.

—Muchacho —le dijo en voz baja—, te vas a buscar la ruina con actitudes como ésta. Despierta y sé más rápido en todo, o si no, no vas a durar ni un instante en un campo de batalla.

—¡Legionarios! —era ahora otro de los centuriones quien se dirigía a la tropa—. Se van a ir nombrando a las distintas cohortes, que pasarán por aquella mesa, en formación, para ir recogiendo su paga extra! ¡No quiero ni un solo desmán en la ciudad! ¡Podéis divertir os todo cuanto queráis pero recordad: dejad en paz a la población civil! ¡No quiero ni una sola queja de los ciudadanos ni quiero que me digan que un legionario de la II Itálica Pia ha cometido fechorías en cualquier prostíbulo de mala muerte! ¡La emperatriz confía en vosotros y espera que sepáis comportaros como lo que sois, auténticos y verdaderos legionarios romanos!

Hizo una pequeña pausa mientras paseaba por entre las hileras de soldados. Luego, de manera parsimoniosa, volvió a ponerse al frente de todos ellos.

—¡Legionarios de Roma! ¡Divertíos y dejad bien alto el pabellón de la Pía Itálica! Primera cohorte, que pase a cobrar!

—Debéis disponedlo todo cuanto antes, general.

Las palabras de Flavia Iulia Elena dejaron sin habla a todos los presentes. En la gran estancia se encontraban el prefecto y el obispo Macario; el general y el centurión Tulio Plinio. Igualmente, por orden de la emperatriz, también estaba Abraham. Tanto el general como el centurión habían acudido a la llamada de ella y no acertaban a comprender el cambio tan radical de opinión. No hacía ni un día que descubrieron lo que con tanto ahínco iba buscando en aquellas tierras, cuando la orden que ahora se les daba difería mucho de lo que se esperaba a partir de esos momentos.

—Mi señora —habló con despaciosidad el general—, vuestros deseos son órdenes para esta Legión y su general, pero me permito deciros que creo que es demasiado pronto para que marchemos hacia Roma. Vuestra intención de construir un templo para el Dios que seguís requiere mucha mano de obra, sobre todo si queréis que se alce en un tiempo récord. Y mis soldados son parte fundamental para ese objetivo que os planteáis. Así que permitidme que os diga que sería un error mandar el grueso de mis hombres a Roma.

La emperatriz mantenía el rostro impertérrito. Del mismo habían desaparecido las facciones de felicidad que, habitualmente, solía tener. Un halo de preocupación recorría toda su faz. Y eso lo notaban los allí presentes. Había mandado entrar en la estancia a todos los que allí se encontraban en esos momentos y les expuso la revelación que le acababa de hacer Abraham. Estaba decidida a trasladar parte de aquella madera divina a Roma y otra parte a Bizancio para que así la tuviese su hijo Constantino. Pero quería que antes que en ningún lugar estuviese en Roma. Y, a la par, deseaba saber, conocer, qué es lo que se llevó José de Arimatea cuando se marchó de Jerusalén; qué tomó de aquellos instrumentos que sirvieron para matar a Jesucristo. ¿En las Galias? ¿En Hispania tal vez vivían los descendientes del hombre que bajó de la Cruz a Cristo? Necesitaba saber qué era aquel objeto. Por eso estaba decidida a que se buscasen a esas personas que, sin lugar a ningún tipo de dudas, debían seguir guardando ese secreto.

—No os preocupéis por ello, mi general —la emperatriz se encontraba de pie frente a todos ellos—. Esta misión es primordial y prioritaria. También lo es, para mí, la construcción del templo que honrará a Nuestro Señor Jesucristo. Y sé que no van a faltar manos para que vaya creciendo día a día. Pero quiero que, cuanto antes, la Cruz en la que murió el Mesías esté en Roma

y Bizancio. Por eso hay partir cuanto antes.

—Pero, mi señora, los hombres están cansados y necesitan un poco de... diversión. Además, sabéis mejor que nadie que una expedición de esta magnitud no se organiza de un día para otro.

—¡Pues debe hacerse!

La emperatriz había subido el tono de voz y los presentes quedaron sorprendidos de su cambio de actitud. No se mostraba en esos momentos como la venerable anciana amable dispuesta a ayudar a cualquier persona que estuviese desvalida. Ahora, en cambio, su ceño aparecía fruncido y se le notaba contrariada. «Sin duda ninguna, la noticia que le ha dado Abraham le ha cogido por sorpresa. No se esperaba algo así y su reacción no ha sido buena», pensaba el obispo, quien comenzó a sentir temores por que esta marcha aplazase, como bien había dicho el general, la construcción del templo. Por otra parte, era de la opinión contraria a que la cruz abandonase Jerusalén. Estaba convencido de que donde debía permanecer era precisamente allí, en el lugar en el que fue encontrada.

—No quiero más negativas —dijo con voz airada Flavia Iulia Elena—. Esa expedición debe estar preparada en el menor tiempo posible. Y quiero las máximas medidas de seguridad en todo el trayecto. Yo también voy a ir a Roma, por lo que espero que dispongáis todo de la mejor manera posible. Quiero que en cuanto salgáis por esas puertas comiencen los trabajos para marchar enseguida a Roma. Reúne a tus oficiales y que estudien la forma más rápida de llegar. Ahora, prefecto, necesito que me dejéis a solas con el general y con el centurión. Y tú, obispo, no temáis. Que los arquitectos del sanedrín comiencen a diseñar el templo. No os preocupéis. Estará terminado en un tiempo que nadie puede ni imaginar. No os va a faltar mano de obra, os lo aseguro.

Tras estas últimas palabras, la emperatriz se dio la vuelta y se dirigió hacia la gran balconada. Todos comprendieron que la conversación había concluido. Se marcharon el prefecto, el obispo y Abraham. Pasados unos segundos, de nuevo se volvió hacia el general y el centurión.

—General —dijo en un tono completamente distinto—, le tengo en alta estima, como también al centurión. Sé que es uno de tus mejores hombres, algo que ha demostrado de manera continuada tanto en el campo de batalla como a la hora de servir. Por eso os quiero encomendar algo que se tiene que salir de lo estrictamente militar.

Los dos soldados esperaban con impaciencia que continuase hablando. De la

expedición gigantesca para trasladar aquel trozo de madera pasaba ahora a otra cuestión que, por lo que acababa de dejar entrever, era mucho más delicada que la primera. Tulio Plinio pensó en esos momentos en que la gloria le estaba llamando. Cuando la emperatriz confiaba de manera tan ciega en él significaba que le aguardaba algo grande que haría que ascendiese en su carrera militar. Él lo tenía claro y estaba convencido de que su general pensaba de igual manera, aunque en su caso lo que iba buscando era un puesto político en Roma o Bizancio. Las pretensiones de Tulio Plinio eran distintas. Soñaba con mandar a una legión completa y ahora se le presentaba la oportunidad del ascenso. Quién sabe si después de aquella misión su nombre quedaría grabado con letras de oro en los frontispicios de los arcos de triunfo que se desparramaban por todo el orbe romano. La grandeza de los legionarios radicaba en su capacidad para afrontar compromisos peligrosos y difíciles de llevar a cabo. Pero él, como buen militar que era, se mostraba capacitado para salir adelante y con bien de cualquier encomienda que se le realizase, máxime tratándose de algo específico por parte de la emperatriz. «Ha llegado el momento, Tulio Plinio», pensó el centurión, que se fijó de manera discreta en el general y se vio a él mismo así en poco tiempo.

—Lo que os voy a decir sólo lo sabréis vosotros y dos personas más. Y quiero que siga siendo así. Confío en vuestra honestidad y servicio al emperador Constantino el Grande y hacia mi persona, la emperatriz.

—Señora —terció el general—. Sabéis que podéis confiar en nuestra inquebrantable lealtad siempre, como hemos venido demostrando hasta ahora.

—Lo sé —dijo ella mientras se sentaba en uno de los sillones y bebía de una copa de plata—. Por eso os hablo a vosotros. Sabéis lo que me ha dicho ese hombre acerca de una persona que estuvo presente en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Y sabéis que se llevó consigo algo que pertenece al Señor, algo que no sé qué es y que ardo en deseos de conocerlo. Soy ya mayor y no creo que me quede mucho tiempo de vida. He conseguido mucho más de lo que me propuse cuando inicié este viaje a Jerusalén. Y, sobre todo, lo que significará a partir de ahora el Cristianismo. Pero no quiero irme de este mundo sin saber qué es eso que ha estado oculto más de tres siglos, por qué se lo llevó y si realmente es importante. Por eso quiero que tú, centurión, vayas a buscar a los descendientes de José de Arimatea y consigas averiguar ese secreto. Sé que no es una misión fácil, pero te recompensaré de manera generosa como se merece un soldado legionario que sólo tiene ojos para el Imperio y que daría su vida por el bienestar del mismo. Eres hombre avezado

en la batalla y a la par leal con tus superiores. Por eso estoy convencida de que eres la persona adecuada.

El sol ya estaba prácticamente en todo lo alto y se colaba por el impresionante balcón que llegaba hasta la zona porticada que servía de atrio. Tulio Plinio permanecía al lado de su general que, impávido, esperaba que la emperatriz continuase explicándoles la misión que tenía previsto encomendarles. Trataba por todos los medios disimular el nerviosismo que parecía alterarle la sangre. Sabía que se encontraba a las puertas de la gloria y que a poco que se diesen las cosas normales, su triunfo sería comentado en todo el Imperio Romano de Oriente y Occidente. Porque no se trataba de un orden normal dentro de una batalla o de una misión menor. Era la mismísima emperatriz, Flavia Iulia Elena, quien estaba a punto de confiarle algo trascendental. Y eso significaba, precisamente, la gloria. Ya se veía entrando de manera triunfal en Roma y en Bizancio y siendo agasajado por todos aquellos que hasta aquel momento sólo veían en él un soldado de la Legión romana. Pero, ¿quiénes serían las otras dos personas a las que se refirió la emperatriz? ¿Acaso gente que pudiese disputarle su triunfo? ¿Tendría que compartirlo con ellas? A eso no estaba dispuesto Tulio Plinio por lo que, en una reacción propia de su soberbia y altivez, se mantuvo a la defensiva, esperando conocer los nombres.

—Centurión —rompió sus pensamientos la emperatriz—. Quiero que os encarguéis de todo y planifiquéis un viaje tanto a las Galias como a Hispania. Me da igual por dónde empecéis pero el objetivo de esta misión es claro y conciso: encontrar a los descendientes de José de Arimatea y hallar el secreto que guardan con tanto celo. No sé de qué se trata, pero no dudo de vuestra perspicacia a la hora de averiguarlo. Es por ello que contaréis con la ayuda de dos legionarios, que a buen seguro están más que capacitados para acompañaros y llevar a buen puerto lo que os estoy pidiendo.

—Mi señora —terció Tulio Plinio—, sabéis que haré todo lo que esté en mi mano para que ello sea así. No va a ser fácil pero para Tulio Plinio no hay nada imposible —hizo una pequeña pausa—. Si no es molestia, me gustaría saber si esos dos legionarios a los que os referís ya sabéis quiénes son o si, por el contrario, seré yo quien los elija.

La emperatriz volvió a dirigir su mirada hacia el monte Gólgota. Se mantuvo un tiempo así para, luego, darse la vuelta.

—Mi querido Tulio Plinio. Quiero que habléis con Abraham y que os dé todos los detalles que pueda de esos descendientes de José de Arimatea. Su

esposa tiene que saber cosas que os pueden ayudar en vuestra misión. Partiréis de incógnito y sin uniforme militar. Llevaréis un salvoconducto con mi sello para que nada os pueda pasar si os veis en situaciones peligrosas. Tanto en las Galias como en Hispania puede haber gente que no quiera que lleguéis a encontrar vuestro cometido. Pero prefiero que no tengáis que hacer uso de vuestra condición militar. Quiero que todo sea lo más discreto posible. Estoy convencida de que cuando nosotros lleguemos a Roma con la Vera Cruz de Cristo, en poco tiempo tendremos noticias vuestras del feliz hallazgo. Así que disponedlo todo para partir cuanto antes. Si puede ser mañana mismo, mucho mejor. Ahora, id a preparar la marcha, que yo os haré el salvoconducto. Al igual que nosotros, partiréis hasta Caesarea⁵ y allí os embarcaréis en una liburnia⁶ para así pasar desapercibidos. No quiero atraquéis en Roma sino que continuéis directamente hasta las Galias. Habla con Abraham para que te ponga sobre alguna pista que os pueda ayudar. Quiero, además, que me mantengas informada de vuestros avances a través del general, al que enviarás por carta esos pasos que estáis dando. Allí te identificarás como centurión romano. Pero durante el resto de la misión, quiero que paséis de la forma más desapercibida que podáis.

Helena, entonces, hizo un gesto con la mano que evidenciaba que quería que ambos militares abandonasen la estancia. La conversación había terminado.

Justo antes de que los dos soldados se dirigiesen hacia la parte de salida, la emperatriz volvió a hablar.

—Te acompañarán en tu misión el muchacho que tienes a tus órdenes, Antonino Quintus, y su instructor, ese legionario que lo ha formado. Creo que son dos personas en las que puedes confiar, centurión.

Tulio Plinio quedó en silencio. Supo entonces que su misión conllevaría además otros aspectos, tales como desembarazarse de ambos en el transcurso del viaje. Desde ese mismo instante que la emperatriz pronunció sus nombres comenzó a perfilar qué podría hacer con ellos. Un obstáculo que se interponía en su camino a una gloria que no estaba dispuesto a compartir con nadie y menos con dos legionarios rasos que podían poner en entredicho su valía. Sólo le quedaba una opción ante todo ello: tendría que matarlos.

Resultaba harto difícil andar por entre las calles del mercado. Éstas, estrechas a más no poder, estaban jalonadas por multitud de puestos y tenderetes que exponían sus mercancías de manera que era más fácil pisarlas que rodearlas, sobre todo porque se esparcían por el suelo, sobre mantas y

trapos, para que el viandante no tuviese más remedio que darse con ellas. A ello había que unir el acoso de los dueños y encargados de los puestos, que asaltaban continuamente a toda persona que pasaba por delante para así no dejarla escapar y que comprase algo de lo que se ofrecía.

En realidad el mercado era una ciudad perfectamente organizada. Porque quien se adentraba por sus calles podía encontrar todo aquello que pudiese imaginar: alimentos, bebidas, armas, telas, animales, abalorios, joyas, muebles, especias, perfumes, vasijas... e incluso mujeres y hombres para comprar, lo mismo que grupos de bailarinas que se movían al ritmo de la música y otras que ofrecían sus servicios sin tapujo alguno a aquellos que acudían buscando favores sexuales que podían verificarse en las trastiendas de los puestos en medio de la vorágine que envolvía todo. Un maremágnum extraordinario que servía para el deleite y los negocios, dos aspectos sabiamente combinados que se esparcían fuera de las murallas de Jerusalén y que se magnificaban conforme se iba avanzando por las distintas partes de las que estaba compuesto.

Superado ya el mediodía, el griterío de la muchedumbre envolvía todo el espacio de un colorido excelso y sublime que venía propiciado por los miles de productos que se ofrecían a la vista y que se combinaban con los olores que emanaban de aquellas tiendas, algunas ampulosas a más no poder, que se distribuían a lo largo de cientos de metros, dotando al paisaje de una singularidad sin precedentes.

Era un mercado, el de Jerusalén, que se distribuía en zonas perfectamente delimitadas dependiendo de lo que se vendiese en cada una de las tiendas. Así, quien quería adquirir telas y ropajes sabía que tenía que dirigirse al lugar donde se concentraban todos los mercaderes que traían de medio mundo género que muchas veces era digno de reyes. Por el contrario, el olor que desprendían otras evidenciaba que uno se encontraba en el sitio donde se podía comer y beber, casi siempre a un precio muy razonable. Otro olor muy distinto era el que dejaban escapar los animales: gallinas, conejos, perros, camellos, mulas, caballos, corderos y ovejas se disponían, la mayoría de las veces, en improvisados corrales en los que se entremezclaban hacinados y sólo salían cuando el futuro comprador le requería a su dueño que le mostrase la mercancía.

El regateo a la hora de acordar el precio podía prolongarse por espacio de bastante tiempo. Incluso si el vendedor no estaba dispuesto a desprenderse de lo que se le pretendía comprar porque estimaba que el precio no era el

suficiente, incluso ambos, demandante y ofertante, solían acudir a otro puesto para beber algo e intentar limar asperezas para llegar al mejor de los tratos.

Lo malo era cuando se presentaba un tercero en discordia y, encaprichado de lo que estaba viendo que podía comprar otro, intentaba llevárselo él. Era entonces cuando, en un momento dado, las peleas podían aflorar, algo que también era frecuente y que dotaba a aquel mercado de un halo especial.

De igual manera, por todo el mercado pululaban muchos maleantes y ladrones que merodeaban tanto tiendas como a hipotéticos clientes, para en cuanto se descuidasen despojarlos de sus pertenencias. Preferiblemente dinero pero también mercancías. Nada era suficiente para este tipo de gente sin escrúpulos que sabía dónde poner el ojo y la forma de escapar de aquel magnífico laberinto que conocían a la perfección. Casi siempre actuaban en pareja: uno para distraer a la víctima y otro para perpetrar el robo. Siempre ocurría lo mismo. Una vez se llevaba a efecto, el primero de ellos, vociferando y alzando los brazos al cielo, solía poner tanto desorden y desconcierto en el entorno que su compinche escapaba sin el menor de los problemas. Era el día a día de un mercado singular que estallaba de forma grandilocuente y servía para mantener viva a una de las ciudades más prodigiosas del orbe romano.

Esa mañana era día grande. La presencia de legionarios romanos por sus calles hacía que los comerciantes estuviesen ojo avizor. Se trataba de potenciales clientes y compradores muy buenos, con dineros en sus bolsas para gastar sin preocuparse mucho del precio. Sobre todo en cuestiones de comida y bebida. Y si se trataba de conseguir el favor de mujeres de vida ligera, mucho mejor. Así que ese día lucía sus mejores galas todo aquel que quería ofrecer cualquier tipo de mercancía a los legionarios. Porque no era lo mismo que los mercaderes acudiesen a los campamentos, como el que estaba instalado a las afueras de Jerusalén, para ofrecerles todo tipo de servicios, que fuesen los soldados los que, tras haber cobrado la paga y con días de descanso, se acercasen hasta el mercado. Máxime después de los últimos acontecimientos acaecidos en la ciudad. Todo parecía desbordado y sublime; el ambiente era de fiesta y regocijo y se palpaba una especie de displicencia que contagiaba a vendedores y compradores. A nadie escapaba que el hallazgo de aquellas maderas divinas iba a cambiar el destino y el rumbo de Jerusalén quién sabe cuánto. Y, además, no todos los días sus habitantes podían enorgullecerse de tener entre ellos nada menos que a la emperatriz del Impero Romano de Oriente y Occidente. Aquella visita les ponía en el disparadero, en

la misma cima de la importancia. Su presencia traía consigo la llegada de gente muy influyente que haría que, en los meses venideros, más y más personas quisieran conocer la ciudad y lo que albergaba y podía ofrecer. Un reclamo sin precedentes.

Una mujer ligera de ropa y generosa de escote, con el pelo ensortijado y enlazado arriba, servía la copa que sostenía, mientras la mirada embelesado, Manius Aquila. Se encontraba sentado en un taburete de una de las tabernas improvisadas en el mercado, justo debajo de una gran tela que hacía las veces de toldo para mitigar algo el calor que en esos momentos reinaba en todo el lugar. Estaba relajado, disfrutando del momento. Comprobaba que todo a su alrededor fuera placentero: la gente yendo de un lado para otro; la mujer atenta a cualquier deseo del legionario, comida por si tenía hambre. «Cuando uno tiene sestercios en la bolsa no hay problema alguno», pensaba mientras dejaba que la mente descansase. «Ya habrá tiempo para preocuparse por cuestiones relacionadas con el Ejército. Ahora hay que disfrutar el momento y olvidarse de lo malo que ha podido pasar o que puede venir. Quién sabe cuánto tiempo me queda».

Esa última reflexión hizo que frunciere, por unos instantes, el ceño. Se acordó de la oferta que le hizo, hacía ya más de medio año, el tribuno. Sin embargo, seguía en Jerusalén, a la espera de que se cumpliera aquel ofrecimiento. «En teoría, una vez que el chico concluyó su instrucción, deberían haberme llamado y entregado los pergaminos correspondientes para marcharme a Hispania. No sé qué pensar. Quizá debería hablar con el tribuno y yo mismo recordárselo. Aquí es muy fácil engatusarte con promesas extraordinarias y, luego, decir que eso no era lo acordado. Me estoy haciendo viejo. Aquí estoy, en medio de un mercado en la otra punta del mundo con respecto a donde debería estar, bebiendo vino malo servido por una fulana que en cuanto le enseñe la bolsa se vendrá conmigo a cualquier habitación para que yo pueda desfogarme. No le importa si tengo esposa e hijos o si, por el contrario, puedo abusar de ella y hacer todo lo que me dé la gana. No. Ella sólo querrá que cuando haya terminado, le entregue un buen puñado de monedas. Y me dirá que soy el mejor, que menos mal que ha dado con un auténtico hombre, un legionario; que estaba harta de viejos gordinflones y sudorosos que entran en el cubículo babeando y que cuando ven unos muslos o unas nalgas parecen que van a morirse de placer. ¿Y todo por qué? Porque tengo dinero. Si no fuese así, ya estaría en la calle y cualquiera de sus protectores me habría propinado una paliza para que la dejara en paz».

La mujer volvió a llenar la copa.

—Cariño, ¿quieres comer algo más o prefieres... bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Manius no respondió. Se limitó a ver cómo llenaba el vaso y a llevarlo hasta su boca para beber aquel mejunje que llamaban vino de un trago largo. Luego, se limpió los labios con la manga y tomó, de una bandeja próxima, un trozo de cordero. Estaba frío y duro, pero no le importó. Arrancó con su fuerte dentadura una parte y masticó con fruición. Volvió a extender la copa para que se la llenase.

Una música provenía de un par de tiendas más abajo. Sonaba suave y por unos instantes dejó de masticar y de beber y puso especial énfasis en la melodía que le endulzaba los oídos. Estuvo así un tiempo. Pareció que se relajaba aún más. Aquella canción le recordó tiempos pasados y, de pronto, a su mente vinieron su esposa y su hijo. Se vio recorriendo las calles de Roma en uno de sus permisos, llevando de la mano al pequeño y rodeando con su fuerte brazo a su amada. Se sentía feliz en aquellos momentos. Estaba en otro mercado, parecido al que se encontraba ahora mismo pero mucho más amplio y limpio. Los músicos recorrían las calles alegrando el día a los ciudadanos romanos. Interpretaban canciones bellas, armoniosas, acordes con la tranquilidad que se respiraba y que estaba instalada en el ambiente. El chavalito correteaba por entre los puestos de comida.

—¡Padre! ¡Quiero esta fruta! —le dijo su hijo a la par que le señalaba un dorado racimo de uvas.

—Es muy grande para ti —le respondía mientras miraba con ternura al retoño.

—¿Cuándo dejarás de luchar?

Aquella pregunta estaba incrustada en su mente de manera permanente. «¿Cuándo dejarás de luchar? ¿Cuándo dejarás de luchar? ¿Cuándo dejarás de luchar?» Así un día, y otro. Y otro más. Y al cuarto también. Y llegaba el quinto y lo mismo. «¿Cuándo dejarás de luchar? ¿Cuándo dejarás de luchar?». Y él no supo, en aquellos momentos, cuál era la respuesta más adecuada para un niño, para su hijo.

—No sé, quizá pronto, muy pronto —le respondía mientras le sacudía su rubia cabellera y le desordenaba el pelo.

Pero, en el fondo, no sabía cuándo podría decirle que ya no era legionario romano, que había cumplido con creces su cometido para con el Imperio romano. Y lo que no podía soportar es ese sentimiento de haberle fallado. «Ya

no está conmigo y todavía sigo aquí, formando parte de la Legión. Los dos se marcharon de este mundo sin conocer la respuesta. Lo peor de todo es que, estén donde estén, seguirán esperándola. «¿Cuándo dejarás de luchar?». Una pregunta que nunca pudo responder y que ahora, en medio de aquel mercado a las afueras de Jerusalén, se le venía a la mente mientras una mujer de mala reputación le servía vino y le incitaba a que se acostase con ella.

—¿De dónde viene esa música?

La mujer se sorprendió de la pregunta.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Me gusta —dijo sin mayor convicción mientras apuraba el último sorbo de la copa—. Dime, ¿de dónde viene?

Le fue a llenar de nuevo la copa pero Manius Aquila puso su mano izquierda sobre el borde, indicándole que no quería más.

—Dime qué te debo.

No le dio tiempo a ella a responder. El soldado sacó de su bolsa un par de monedas y las dejó sobre la pequeña mesa que estaba frente a él.

—Con esto tendrás suficiente para el vino y la comida.

—¿Te marchas?

Se levantó del taburete, se acercó hasta la fulana y, dócilmente, le cogió la cara.

—¿Qué edad tienes?

Se ruborizó por unos instantes.

—No me digas nada. No quiero saberlo. Que los dioses te deparen algo mejor que lo que haces ahora mismo. Y que cuando llegues esta noche a tu casa, te encuentres a tu hijo dormido, descansando, y puedas ofrecerle comida.

—¿Cómo sabes que tengo un hijo? —inquirió realmente sorprendida.

—Por tu forma de mirar.

Manius Aquila abandonó la tienda. Se dirigió de manera rápida, calle abajo, hacia donde provenía la música que acababa de escuchar. Tenía verdadero interés por saber quién o quiénes eran los que estaban tocando. Al cabo de unos pocos metros, en la misma acera de la tienda que había abandonado, se encontraba otra. Varias personas estaban fuera, intentando entrar y así disfrutar de lo que se ofrecía en su interior. Se mostró convencido de que era allí de donde salía aquella melodía.

Con bastante dificultad comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre que taponaba la entrada de la tienda. Era complicado acceder porque nadie cedía e incluso alguno le ponía mala cara cuando le tocaba el hombro y con un gesto

de permiso, avanzaba por el estrecho espacio que había entre una y otra persona.

Por fin, después de varios intentos fallidos, consiguió alcanzar las primeras filas. La música seguía sonando y cada vez era más bonita. Aquella melodía se le iba metiendo en los sentidos. Aunque no sabía por qué, necesitaba conocer quién o quiénes eran los que conseguían que sonase de esa manera.

Como pudo se hizo un pequeño hueco entre las personas que estaban en la primera fila. Vio que se trataba de cuatro personas que hacían sonar distintos instrumentos. Un hombre mayor, de unos cincuenta años aproximadamente, sacaba con suma delicadeza las distintas notas de una lira. Otro, más o menos de la misma edad, tocaba la cítara y a su lado, un pequeño que rondaría los doce o trece años llevaba el ritmo de la pandereta. Y, finalmente, reconoció al cuarto de los músicos, que tocada el aulos⁷. Se sorprendió en aquel instante. Nunca hubiese imaginado que podía tocar un instrumento musical.

Era Antonino Quintus. Le perdió la pista cuando entraron en el mercado. Si bien salieron juntos del barracón, Manius se entretuvo por el camino con otros soldados hablando y haciendo planes de lo que sería el día y dónde y cómo gastarían el dinero ganado. A partir de ese momento se olvidó de Antonino. Tenían dos conceptos muy distintos de cómo divertirse y el muchacho, antes de salir, ya dejó entrever que no era muy amigo de las juergas. Pero Manius no le dio demasiada importancia. Por eso, cuando encontró aquella tienda en la que le ofrecían comida y bebida a buen precio, además de compañía femenina, no lo dudó ni un solo momento. Luego, sus compañeros de correrías se fueron desperdigando por los otros puestos y tenderetes y él, ensimismado con el vino y con la mujer, se quedó finalmente solo. Hasta que la música le hizo despertar y sintió deseos de ver de dónde provenía.

Y allí estaba Antonino, tocando de manera magistral el aulos con aquellos hombres que, por sus aspectos, no pertenecían al ejército romano. Pero la música que interpretaban era preciosa, melódica a más no poder y transmitía una tranquilidad que contrastaba con el bullicio que se vivía por las calles del mercado de Jerusalén.

Pasados unos minutos, concluyó la interpretación. Entonces, la concurrencia empezó a aplaudir con fuerza e incluso alguno de los presentes arrojó monedas a una bandeja situada a los pies de los músicos. Éstos, sonrientes, hicieron varias reverencias en señal de agradecimiento. Poco a poco la muchedumbre comenzó a disgregarse y a dirigirse a otros lugares del mercado.

—Así que además de afilar gladius sabes tocar instrumentos musicales.

Antonino se sorprendió de aquella voz y, girándose, se encontró con su compañero.

—¡Manius! No sabía que estabas aquí —contestó mientras entregaba el instrumento a uno de los hombres, se despedía de ellos y se dirigía hacia él.

—¡Por todos los dioses que no te comprendo! ¿Cómo un muchacho como tú, hijo de un herrero, puede tocar tan bien esa flauta? ¿Qué más sabes hacer que no nos has dicho?

Antonino se ruborizó ante las palabras de Manius Aquila.

—Bueno... la música es algo me ha gustado desde que era un crío. Aprendí a tocar de oído, allá en Bizancio. No es que sea un virtuoso, pero me defiendo bastante bien. Y cuando pasé por esta tienda estaban estos amigos tocando. Vi que tenían un aulos que nadie hacía sonar y me ofrecí. La verdad es que no ha quedado tan mal.

—¡Has estado estupendo, chaval! —bramó con su vozarrón Manius Aquila—. ¡Esto hay que celebrarlo! Todavía no te has tomado nada conmigo así que, ¡te invito! ¡Y no quiero que te echés para atrás!

Antonino, entonces, cambió el semblante de su rostro y su mirada pareció irse de aquel lugar.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste antes?

Manius pareció algo desorientado.

—¿De qué me hablas, Antonino?

—Que había muchas formas de acceder al palacio...

—Así, muchacho, así es.

—Verás... no te ofendas, pero es que deseo acudir e intentar saber cómo está Livia y si puedo verla.

Manius Aquila, entonces, volvió a soltar una de esas carcajadas que hacían retumbar el suelo.

—¡Pero cómo no me lo has dicho antes! ¿Y ése es tu problema? Anda, ven aquí —le dijo mientras le echaba el brazo derecho por encima de los hombros—. No te preocupes. Claro que vamos a ir al palacio. Y podrás ver a esa muchachita de cabellos rojizos que te tiene fatal. Pero antes tienes que tomar una copa de vino conmigo.

—Pero...

—No hay peros que valgan —interrumpió el veterano legionario—. Estamos de descanso y tu amada estará ocupada con su señora. Tienes tiempo de sobra para verla... y para estar con tus amigos. ¿O es que me vas a despreciar una copa? Anda, vamos a buscar a nuestros compañeros de contubernio. Ya deben

estar borrachos perdidos o metidos en alguna pelea y nosotros, en cambio, aquí como mujercitas remilgadas escuchando música más propia de patricios.

Echaron a andar por una de las calles más abarrotadas de gente. Era difícil avanzar porque la muchedumbre estaba por todos lados y las entradas de cada una de las tiendas aparecían taponadas por personas. Por fin, tras visitar varias de ellas, encontraron a sus compañeros. Estaban sentados en taburetes alrededor de una pequeña mesa en la que se distribuían jarras y copas y bandejas con comida.

—¡Sois unos auténticos bribones! —exclamó Manius a la par que tomaba una de las copas y bebía de ella todo el contenido de un solo trago.

Las risas de los demás no se hicieron esperar. El ambiente que se respiraba en aquel puesto era formidable: un buen puñado de soldados romanos lo habían copado y el frenesí hacía que no se diese abasto, por parte de los dueños, a servir en tantas mesas. No hacían más que dejar jarras llenas de vino y cuando se disponían ir a otra reunión ya les estaban reclamando de aquélla más vino y más comida.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó uno de los soldados—. Ya pensábamos mal de vosotros dos. Muchacho —dijo dirigiéndose a Antonino—, únete a la fiesta y bebe con nosotros.

Le ofreció una copa que cogió y, tímidamente, mojó sus labios.

—¡Bébetela de un trago! —gritó entonces Manius.

De nuevo todos rieron a mandíbula abierta mientras ofrecían bandejas con comida a los dos recién llegados. Apareció entonces una muchacha de pelo largo, con una túnica entallada, que traía más vino.

—Pero bueno —dijo sorprendido Manius Aquila—. ¿De dónde ha salido esta preciosidad? Por todos los dioses que me he perdido lo mejor. ¿Cómo te llamas, pequeña?

La chica no contestó. Se limitó a dejar la jarra en la mesa y, de manera presurosa, se dio la vuelta para seguir atendiendo a los demás comensales.

—¡Manius! ¡Estás perdiendo interés para las mujeres! —soltó otro de los soldados para que los demás continuasen riendo de forma bronca.

En esos momentos, hubo algo que hizo que la tienda comenzase a quedarse en silencio. Una patrulla uniformada de legionarios, conformada por un tribuno y tres soldados, irrumpió en la estancia. Solía haber varias por todos los lugares donde estaban los soldados romanos de descanso, velando por que no se produjesen altercados con la población civil. En cambio, ésta parecía que venía ex profeso con alguna orden.

—Manius Aquila y Antonino Quintus —dijo el tribuno.

Ambos se pusieron enseguida en pie.

—Nosotros somos —respondió el primero de ellos—. ¿Hay algún problema?

—Os espera en el barracón el centurión Tulio Plinio. Quiere que acudáis allí a la mayor brevedad.

—¿De qué se trata? —preguntó Manius.

—Ni idea, soldado. Sólo cumplo órdenes. Lo que espero es que no estés demasiado borracho. Ya sabes que al centurión no le gusta ver a sus hombres en un estado deplorable.

—Pero estamos en nuestro descanso...

—Eso no me lo digas a mí, sino al centurión. Andando para el barracón. No quiero que me caiga un arresto por culpa vuestra. Ya llevo un rato intentando dar con vosotros dos. No tiene pinta de estar muy contento Tulio Plinio. Así que, preparaos para lo peor.

Patrulla y los dos legionarios de paisano abandonaron la tienda. El silencio se rompió a los pocos segundos y en el interior del puesto todos continuaron con lo que estaban haciendo, esto es, beber y comer.

El sol ya había sobrepasado su máxima altura. Todavía quedaba mucho día por delante para disfrutarlo. Manius Aquila torció el gesto mientras la comitiva se encaminaba, por entre las calles del mercado, hacia la puerta principal de las murallas.

—No me gusta nada todo esto, Antonino; no me gusta nada.

⁵ Ciudad de Jerusaén que en el siglo IV d.C. poseía el mayor puerto de la zona.

⁶ Embarcación romana menor que la galera.

⁷ Aulos: instrumento musical parecido a la flauta, con dos orificios. Lo solían utilizar los músicos profesionales.

X

—Sois unos privilegiados.

Tulio Plinio iba de un lado para otro del largo pasillo que dividía el barracón, que se encontraba completamente en silencio. En la inmensa estancia, justo al lado de sus dos camastros, Manius Aquila y Antonino Quintus, en posición de firmes y con la vista al frente, sin mirar a ningún punto en concreto, escuchaban atentamente las palabras del centurión.

A ambos les sorprendió sobremanera que fuesen llamados. Intentaron, en el camino de vuelta hacia el barracón, que les explicasen qué era lo que ocurría. Nada obtuvieron de aquellos soldados que fueron a buscarlos.

Manius, perro viejo en todo lo concerniente al Ejército romano, sabía que no podía ser para algo bueno. Primero por el hecho de que el centurión quisiese ver a los dos y no a uno solo. «Desde luego, no me va a anunciar que me licencian y que me van a dar los documentos de mis tierras en Hispania», pensó mientras continuaban avanzando entre el gentío, que iba disminuyendo a medida que se acercaban a las murallas y dejaban atrás el mercado.

Empero, Antonino estaba mucho más relajado. Salir del mercado le parecía lo mejor que podía ocurrirle en esos momentos. Sólo estuvo a gusto cuando pudo tocar el aulos en compañía de aquellos dos hombres y el chiquillo. Luego, en la otra tienda, la idea de beber de manera desmedida y tener que sortear a las mujeres que, a buen seguro, se le iban a tirar a sus brazos, siempre por un buen puñado de monedas, era algo que no le seducía. De otra parte, estaba convencido de que ahora, tras hablar con el centurión, podría intentar acudir al palacio y preguntar por Livia. Todavía quedaba mucha tarde y lo más normal es que pudiese encontrarse con ella.

Pero, de pronto, le invadió una tremenda duda. «¿Y si el centurión nos arresta? ¿Habremos hecho algo mal durante la pasada guardia? ¿Acaso se han cancelado los dos días de permiso que nos han dado? Si es así, ¿cómo haré para verla?». De la tranquilidad y relajación había pasado a un estado de incertidumbre en el que no hacía más que elucubrar con las distintas posibilidades que podría tener aquella llamada.

De camino al barracón pasaron cerca del palacio. Antonino hizo un esfuerzo por fijar la vista y tratar de descubrir a Livia por entre las balconadas. Se atisbaba movimiento de personas, pero ninguna de las figuras se asemejaba, ni

por asomo, a la muchacha pelirroja. Lo que sí le llamó la atención fue el ajetreo que parecía haber. «Seguro que andan todavía alborotados con el descubrimiento de esas maderas. No alcanzo a comprender cómo la emperatriz idolatra tanto a esa persona que dice que es hijo de un Dios pero que murió como un mortal. No puede ser tan poderoso ese hombre como piensa ella». En todo caso, eran cuestiones que escapaban a su entender, por lo que decidió centrarse más en la posibilidad de ver a Livia.

—No todos los días la mismísima emperatriz designa, de manera tan clara y contundente, a una serie de personas para que llevan a cabo una misión de tanta magnitud. Por eso, sois unos auténticos privilegiados.

Continuaba paseando por el pasillo el centurión. Llevaba la cabeza alta e iba sin casco. Su mirada tampoco se detenía en ningún punto en concreto. Las manos, entrelazadas por detrás, le conferían un aspecto de superioridad, que era precisamente la sensación que quería dar a los soldados.

—Manius Aquila —dijo sin dejar de andar y sin mirarle—, eres un «principe»⁸ que has sabido, hasta ahora, luchar de manera encomiable al lado de tus jefes. Es por ello que la emperatriz confía en ti. El tribuno le ha hablado muy bien al legatus legionis⁹ de ti, algo que no suele ser muy habitual. Pero tu forma de desenvolverte en tu centuria a lo largo de estos años ha llamado la atención. De ahí que hayas tenido el honor de instruir personalmente a este «hastati»¹⁰ —por Antonino Quintus— en el que ha puesto sus ojos la emperatriz. Pero lo que te voy a decir ahora no tiene nada que ver con lo que has hecho hasta ahora por Roma y Bizancio.

Manius quedó perplejo ante las palabras del centurión. No le gustaba su forma de actuar ni su manera de tratar a la tropa, aunque no dejaba de reconocer que era un magnífico soldado en el campo de batalla, siendo siempre el primero en estar al frente de su centuria y defendiendo a los suyos con la muerte si era preciso. Pero luego, fuera, la situación cambiaba. No compartía su prepotencia, su soberbia ni sus formas de actuar, muchas veces amparadas en su condición de mando. Es verdad que estaba dotado para estar al frente de una centuria, e incluso de una cohorte, pero no se fiaba mucho de él.

—Lo que se nos pide —continuó Tulio Plinio— es que ayudemos al Imperio de otra forma. A partir de ahora dejaremos de ser soldados y nos convertiremos en tres hombres que van a ir en busca de algo de suma importancia para la emperatriz.

—¿Tres? ¿Qué quiere decir, centurión?

Manius Aquila no pudo aguantar más y preguntó, interrumpiendo a su superior. Éste, al oír la voz del soldado, se paró en seco. Se encontraba en mitad del pasillo, de espaldas a los dos legionarios. Lentamente, se dio la vuelta y avanzó, de manera parsimoniosa, hacia el lugar donde permanecían ambos. Se situó justo enfrente de Manius y, mirándole fijamente a los ojos, respondió.

—La emperatriz quiere que seamos nosotros tres los que llevemos a cabo su petición —hizo una pequeña pausa antes de proseguir hablando—. Personalmente, no creo que tu compañero esté capacitado para esta misión —ahora volvía a recorrer el pasillo—. Es muy joven e inexperto y estoy convencido de que puede ser un lastre para nuestros propósitos.

Antonino, que no había abierto la boca en momento alguno, escuchaba con suma atención todo lo que decía el centurión. Tampoco tenía un concepto demasiado bueno de él, pero al igual que Manius, comprendía que estaba ante uno de los grandes soldados de la Legión romana. En cambio, la consideración que de su persona tenía el centurión le molestó sobremanera. Es verdad que era inexperto y, quizá, demasiado joven, pero estaba preparado para realizar con éxito lo que, al parecer, se le había encomendado junto con aquellos dos hombres.

Ahora, el centurión se acercó hasta el chaval y quedó a la misma altura que antes con Manius.

—Muchacho, dime, ¿has matado alguna vez a un hombre?

Antonino tragó saliva antes de contestar.

—No, centurión.

—¿Y crees que llegado el momento vacilarías en hacerlo?

Ahora la respuesta fue más contundente y en un tono de voz mucho más alto.

—No, centurión.

—Bien, está bien. Así me gustan los soldados romanos. Lo que ocurre, muchacho —también había cambiado la entonación y ésta última aparecía más paternalista—, es que eso no lo podremos saber hasta que suceda. ¿Y si no te responden las fuerzas?

—Eso no pasará, centurión.

Era Manius Aquila el que había hablado ahora, no dejando a Antonino responder. Se sorprendió Tulio Plinio, que se giró hacia el veterano soldado.

—Ah —dejó escapar en tono de admiración y con cierta ironía—. ¿Y por qué crees tú eso?

—Porque, con todos los respetos, he sido yo quien le ha instruido durante seis meses.

Aquella respuesta dejó sin argumentos al centurión que, visiblemente contrariado, no tuvo más remedio que continuar con su exposición.

—Bueno, vamos a dejarnos de tonterías. En todo caso, no tengo más remedio que acatar las órdenes de la emperatriz. Somos nosotros tres los elegidos para esta misión. Así que no podemos hacer nada. Me hubiese gustado contar con otros hombres de mayor confianza para mí, pero como no tengo otras opciones, a partir de ahora vamos a ser una sola persona.

Fue entonces cuando su forma de hablar cambió por completo y se puso mucho más serio y circunspecto.

—Mañana, antes del amanecer, partiremos los tres hacia Caesarea. Si no surgen inconvenientes, estaremos allí al anochecer. Y al día siguiente, embarcaremos en una liburnia con destino a las Galias. Es seguro que tendremos que atracar en algún puerto romano, aunque no será de la península. Trataremos de evitar los puertos grandes. En cuanto el barco nos deje en la costa de las Galias, ya dependeremos sólo y exclusivamente de nosotros mismos. Y repito que nos despojaremos del uniforme. No somos, en cuanto lleguemos a las Galias, soldados romanos. He ahí la dificultad de la misión. Intentaremos pasar como comerciantes. Así no despertaremos sospechas, sobre todo en la población.

De nuevo Manius Aquila interrumpió.

—Centurión, ¿cuál es en concreto el objetivo de esta misión?

Sopesó la respuesta Tulio Plinio antes de contestar.

—Debemos encontrar a una o varias personas que poseen algo que guardan en el más absoluto de los secretos.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. Pero la emperatriz tiene mucho empeño en ello. No va a ser tarea fácil. Sólo contamos con un nombre, el de José de Arimatea. Vivió en tiempos de ese hombre al que ella llama Jesucristo. Es todo lo que os puedo decir. Mañana, antes de partir, tenemos que acudir ante su presencia. Supongo que algo más nos dirá. Ahora quiero que aprovechéis la tarde. Todavía podéis ir a divertirnos algo. Pero quiero que a la hora del toque de retreta volváis al barracón, preparéis un pequeño petate con lo indispensable y os acostéis. Ya os avisarán mañana temprano.

—Centurión —volvió a hablar Manius—. No nos ha dicho qué tiempo va a durar esta misión.

—Si quieres que te sea sincero, no tengo la menor idea. Pero no os hagáis demasiadas ilusiones. Puede que tu estancia en el Ejército romano —dijo dirigiéndose a Manius— se prolongue más de la cuenta.

Dicho esto, el centurión abandonó el barracón. Manius Aquila y Antonio quedaron solos. Hubo un espacio de tiempo en el que ninguno dijo nada. Al cabo de unos segundos, fue el veterano quien rompió aquel silencio.

—Está bien, muchacho. Voy a tomarme una copa para celebrar esta putada.

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué por qué lo digo? ¿Qué por qué? —su tono de voz evidenciaba que se encontraba realmente molesto por aquella situación—. ¡Me prometieron una jubilación anticipada en cuanto terminase con tu instrucción y ahora, de buenas a primeras, me embarcan en una historia que puede durar meses o quién sabe si años!

—¿Estás seguro?

Estaba realmente iracundo y hablaba haciendo numerosos aspavientos.

—¡Llevo toda mi vida en el Ejército! ¡He perdido a mi mujer y a mi hijo y no sé cuánto tiempo más tendré que permanecer aquí! ¡Los dioses me están castigando ¡ ¡Peor aún, el Dios del que habla la emperatriz!

—No creo que sea algo malo. Hay que tener en cuenta que hemos sido designados por la propia emperatriz. Si te digo la verdad, yo no he hecho ningún mérito pero tú... es una especie de regalo por tu carrera militar.

Manius recorría el pasillo de arriba abajo repitiendo los movimientos del centurión. Su mente parecía haberse bloqueado y miraba hacia el suelo. Sin levantar la vista, volvió a hacer dos o tres gestos con las manos y los brazos.

—No te das cuenta, muchacho, no te das cuenta. Esto puede prolongarse por mucho tiempo. Ya no tengo edad para estar dando tumbos por el Imperio romano buscando a unas personas que no sabemos si existen y si realmente esconden algo. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—¿Qué quieres decir?

—Tu amada, esa esclava...

—¡No es una esclava, Manius!

Comprendió el veterano soldado que no había estado acertado en aquella definición.

—Está bien, la muchacha pelirroja que está al servicio de la emperatriz. ¿Qué harás si tienes que partir? A lo peor no la vuelves a ver más y cuando lo hagas te habrá olvidado y ya será de otro hombre.

Antonino frunció el entrecejo y, en contra de lo que cabía esperar, respondió

de tal manera que Manius quedó sorprendido.

—Eso no pasará, amigo. Ahora mismo voy a ir al palacio y le pediré que sea mi esposa.

Soltó una gran carcajada su compañero.

—¿Y te la vas a llevar de viaje con nosotros? Eres un mocoso todavía y te falta experiencia para estas cosas. Anda, vamos a beber un poco para olvidar que mañana, a estas horas, ya llevaremos un buen trecho recorrido en nuestro camino hacia Caesarea. O lo que es lo mismo, hacia nuestra maldición.

—No Manius —cortó de forma tajante el muchacho—. Ve tú si te apetece. Yo tengo cosas pendientes que no pueden esperar. Nos encontraremos esta noche, al toque de retreta, en este barracón.

No alcanzaba a comprender cómo, de repente y sin previo aviso, hubiese que organizar todo para ir a Roma. La estancia en Jerusalén iba a ser larga, tal y como ella le anunció. Máxime después de haber encontrado esa cruz que tanto ansiaba. Y ahora, otra vez, un largo viaje, esta vez a Roma después de haber salido de Bizancio, quien sabe si para perder todo aquello que podía tener a partir de ahora. Pero, sobre todo, lo que más le dolía era que pasase el tiempo y siguiese sin tener noticias de Antonino. No era lógica esta situación.

Livia no podía quitarse de la cabeza esos pensamientos mientras comenzaba la ardua tarea de recoger las pertenencias de la emperatriz. El trabajo que le quedaba era grande y tenía que tenerlo todo en orden en el menor tiempo posible. También le había llamado la atención el cambio de actitud de su señora. Siempre amable e incluso servicial con los más necesitados, desde esa mañana se mostraba algo distante y hasta cierto punto irascible. En un momento dado, cuando quiso preguntarle el porqué de esa marcha tan apresurada, le contestó de una forma airada y que para nada tenía que ver con su carácter afable y dulce.

—No tengo por qué dar explicaciones a una sirvienta, Livia. No es de tu incumbencia.

Quedó desconcertada. ¿Quizá ya no tenía confianza en ella? Era una posibilidad, pero estaba segura de que no había cometido ningún fallo para que Flavia Iulia Elena le respondiese de esa manera. Eran algo más que señora y sirvienta. La complicidad entre ambas se fue fraguando con el paso de los años de tal manera que la emperatriz no quería a nadie más para confiarle, muchas veces, sus más íntimos pensamientos. Tenía a muchas personas a su servicio, gente fiel y trabajadora que se sentían bien a su lado porque, a diferencia de senadores, patricios y próceres del Imperio, ella los

trataba con delicadeza y respeto. Pero Livia era algo especial. En cierto modo, la veía como una hija, alguien a quien proteger. Bajo su manto la chica sentía que estaba a salvo de lo que podía haberle deparado la vida de no hacerse cargo la emperatriz de su instrucción y, en definitiva, de su destino.

Siguió guardando objetos. Estaba convencida de que tendría que desplazarse hasta el campamento instalado a las afueras de Jerusalén para supervisar el desmontaje de la tienda. Allí se encontraban la mayoría de las pertenencias de la emperatriz. No podía recoger todo aquello cualquier persona. Además, harían falta horas para dejarlo todo preparado y cargarlo en los carruajes. «Los baúles y arcones más grandes están en la tienda del campamento. En cuanto termine aquí le diré a la señora que debo desplazarme para dejarlo todo dispuesto. ¿Por qué me tiene que ocurrir esto? Ahora que parecía haber encontrado a la persona perfecta para estar junto a ella. No puede ser, no puede ser que los dioses me hayan dejado de lado y me castiguen con penas que no merezco después de todo el esfuerzo que he hecho».

Sus pensamientos se disiparon en el momento en el que entró en la estancia otra sirvienta.

—Livia, me envía la emperatriz para que te ayude.

La muchacha tendría la misma edad que ella. Algo más alta, su cabellera estaba jalonada por algunas pequeñas trenzas en la falda del pelo. Sin embargo, le respondió sin dejar lo que estaba haciendo.

—Aquí no me hace falta ayuda alguna. Habría, en todo caso, que preguntarle a la señora cuándo debemos ir al campamento para recoger sus pertenencias.

—Déjame que yo haga este trabajo, Livia —insistió la muchacha.

Aquella petición le sentó mal.

—¿No te das cuenta que soy yo quien está por encima de ti? —su respuesta contuvo mucha ira.

—Vengo para hacerte un favor.

—¿Un favor? —su tono cambió entonces—. ¿Por qué?

—Sí. No me envía la emperatriz. Vengo de las cocinas con un mensaje para ti.

Dejó lo que estaba haciendo en ese momento y fue en ese instante cuando dirigió por primera vez desde que entró en la estancia la mirada a la otra sirvienta.

—En la parte exterior hay un joven que ha preguntado por ti.

Sintió un tremendo escalofrío que le recorría toda la columna vertebral y se instalaba en su rostro. Se dio cuenta de que se le erizaban los vellos y notaba

un picor en las manos, que empezaron a sudarle. Respiró hondo y notó que le faltaba aire.

—¿Estás son las cocinas del palacio?

Antonino había abandonado el barracón de manera decidida, dejando allí a Manius. Las palabras de su compañero no le sentaron demasiado bien y, vista su exposición, se daba cuenta de que llevaba razón. «¿Meses o años deambulando por ahí? Yo no me he alistado en el Ejército romano para esto». Además, las palabras del centurión le produjeron cierta desazón. Lo había prácticamente despreciado y ultrajado en su propia cara. Lo peor de todo es que tendría que demostrar con hechos que se equivocaba al pensar así de él. «Seré un novato todavía, pero estoy convencido de que con el tiempo llegaré a ser un buen legionario romano. Si hay que luchar, lucharé; si hay que matar, mataré. Me han adiestrado para ello y no voy a fallar ni al centurión ni, por supuesto, a Manius».

—Sí, soldado —respondió un hombre que en esos momentos accedía al interior portando un gran saco de harina.

—¿Conocéis a Livia, la sirvienta de la augusta emperatriz Flavia Iulia Elena?

El hombre depositó el saco en el suelo y, tras secarse el sudor con un trapo que llevaba prendido del cíngulo que amarraba su túnica, respondió.

—Sé quién es. Pero ella no anda por estos sitios. Deberías acudir a la zona principal, pero te arriesgas a que arresten. No es un lugar para un legionario romano. Y menos si va preguntando por la sirvienta de confianza de la emperatriz.

—¿Cómo sabes que soy un legionario? —en aquellos momentos no llevaba el uniforme.

—Tenéis todos el mismo porte y la misma forma de hablar. Se os nota a leguas, soldado. Y tu pregunta es típica de un soldado que se ha prendado de esa muchachita...

—Pero necesito verla y hablar con ella. Es muy importante.

—Yo sólo soy un simple sirviente que trae harina para que se haga el pan. Ahí dentro —señaló las estancias de las cocinas— hay más gente que seguro te pueden ayudar. Pasa sin que te vean y pregunta.

Antonino accedió al interior. Efectivamente, como le había dicho aquel hombre vio a varias personas trabajando. Miró a su alrededor y, de pronto, fijó la vista en una muchacha de largos cabellos que parecía que, por su prestancia, no encajaba allí, en tareas para los que sus ropajes no estaban

hechos. Se dirigió a ella.

—No quiero perturbarte —le habló en un tono suave—. Quiero pedirte un favor. ¿Conoces a Livia?

La muchacha se sorprendió de la presencia de Antonino.

—¿Quién eres?

—Tan sólo un amigo. Pero es necesario que hable con ella. Tengo que decirle algo muy importante.

Livia tomó con sus manos las de la muchacha y, con una mirada de arrepentimiento, las apretó con fuerza.

—Muchas gracias, Andrea, por esto. No sé cómo agradecértelo.

—Yendo a encontrarte con él. Anda, no pierdas más tiempo.

Salió corriendo de la estancia. Le pareció que el camino hasta llegar a su destino se hacía demasiado largo. Sentía cómo el corazón le palpitaba y se le iba a salir por la boca. Tenía que ser Antonino. ¿Quién si no iba a preguntar por ella? Avanzaba de manera rápida mientras se atusaba el pelo. «¿Estaré lo suficientemente guapa o acaso me encontrará demacrada y desaliñada?». Bajó unas escaleras tras atravesar gran parte del palacio sin que nadie se cruzase con ella. Le resultó extraña tanta tranquilidad pero su mente no estaba en aquellos momentos en otro lugar que no fuesen las cocinas.

Por fin llegó hasta el lugar. Entró y comenzó a mirar a todos los lados. Allí había bastantes personas trabajando pero ninguna era quien esperaba ver. De pronto, en la entrada que servía para introducir las provisiones y los alimentos, lo vio. Estaba apoyado en una de las paredes y no se dio cuenta de la presencia de la muchacha. Parecía envuelto en pensamientos. Ella lo vio más guapo que nunca. Y comprendió que ahora no podía dejar que se marchase. Pero, ¿y el viaje a Roma? Partirían, con toda seguridad, en uno o dos días. ¿Vendría él o, por el contrario, tendría que quedarse en la guarnición de Jerusalén? «Quizá haya venido para decirme que también forma parte de esta expedición».

Pensaba en estas cuestiones cuando, de pronto, sus miradas se cruzaron. Antonino, que hasta ese momento se había mostrado seguro de sí mismo, sintió que algo le fallaba. ¿Las fuerzas? Puede que sí, porque notó cómo sus piernas cedían y tuvo que apoyarse algo más en la pared para mantener el tipo.

Estarían separados unos cinco metros. Permanecieron mirándose un rato que a ambos les pareció una eternidad. Ninguno se atrevía, o no era capaz, a acercarse al otro. Fue una de las esclavas, que estaba en esos momentos quitándole la piel a un cordero, quien se dio cuenta de la situación y rompió el

muro que parecía haberse interpuesto entre los dos.

—Muchacho, si no vas hacia ella se os va a hacer de noche...

Entonces, Antonino avanzó. Le pesaban los pies, las piernas, todo. El calor subía y la garganta, seca, le impedía pronunciar palabra alguna. Había esperado ese momento pero ahora que la tenía delante, no sabía cómo reaccionar. Era incapaz de pensar y de ver más allá de lo que pasaba en esos instantes. Sólo tenía ojos para aquel rostro celestial, propio de una diosa y no de una mortal. Aparecía constantemente en sus pensamientos y recordaba aquel primer encuentro en la tienda de la emperatriz, o la última vez que la vio, al despedirse de ella. En cambio, toda aquella belleza que almacenaba en su mente se rompía por completo al verla de nuevo. Era como si se hubiese mantenido exactamente igual que en las anteriores ocasiones, aunque con una diferencia: la belleza que irradiaba era mucho más refulgente.

Mientras avanzaba hacia ella, Livia intentaba por todos los medios no echar a correr y abandonarse en sus brazos. Era lo que hubiese querido hacer pero también le fallaban las fuerzas. Aquel muchacho tímido que ni siquiera se atrevió a besarla cuando se despidieron por última vez se le aparecía mucho más curtido, debido presumiblemente a su adaptación a la vida de soldado, pero también increíblemente bello. Le pareció que su rostro desprendía luz y quiso que ese momento se detuviese por siempre. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquella última vez que lo vio irse? «Una eternidad», pensaba mientras contemplaba cómo se acercaba.

—Por fin coincidimos —dijo Antonino que, sin pensárselo dos veces, cogió las manos a Livia.

—Por fin —respondió ella sin dejar de mirarle a los ojos.

De nuevo se hizo el silencio. Ambos permanecían callados y sólo se escuchaba el latido de los corazones, que bombeaban a una velocidad de vértigo. Fue, otra vez, la vieja esclava la que los espoleó.

—Muchacho, ¿a qué esperas para besarla?

Todos los presentes, que pararon sus quehaceres para no perderse detalle de aquel encuentro, echaron a reír. Lo mismo hicieron, presos de los nervios, Livia y Antonino.

—¿No te parece que hay mucha gente aquí? —preguntó él.

—Puede —respondió ella.

—¿Te apetece dar un paseo?

—En dos días, mi señora, estaremos listos para partir.

El general había desplegado sobre una gran mesa un mapa de la zona. En el mismo se podían ver marcas señaladas por él en las que se trazaba el camino hasta Caesarea y, luego, el viaje por barco hasta Roma. Habían transcurrido tan sólo unas horas desde el anuncio de la emperatriz y la maquinaria militar se puso enseguida a trabajar. No era fácil mover a prácticamente toda una legión y embarcarla. Por fortuna, en el puerto de Caesarea se encontraba una buena parte de la flota romana y hasta allí se mandó a un correo para que advirtiese de la pronta llegada de la emperatriz y su séquito. El general comenzó a trazar el plan de marcha para que nada quedase a la improvisación, tanto a la ida al puerto como el viaje en barco hasta Roma. Quería la emperatriz entrar en la ciudad con la Vera Cruz de Cristo y que allí todo el mundo pudiese comprobar la verosimilitud de su hallazgo.

La noticia de aquel descubrimiento ya había partido. Cuando llegasen a Roma todos estarían preparados para un recibimiento como nunca se vio. Su hijo, el emperador Constantino el Grande se desplazaría hasta la ciudad eterna para recibir a su madre y a todo aquel impresionante séquito que partiría de Jerusalén en poco menos de dos días. Quedaba mucha travesía por delante pero cuando arribasen tanto esfuerzo durante largos meses habría merecido la pena.

Quería Flavia Iulia Helena, no obstante, dejar todo cerrado en Jerusalén para que comenzase la construcción de un grandioso templo que perpetuase aquel hallazgo histórico y trascendental para el Cristianismo. Porque Jerusalén iba a ser, a partir de ahora, referente en todo el orbe. Y para ello, qué mejor que desterrar cualquier atisbo de los que sus predecesores levantaron para honrar a unos dioses con los que ella creció y en los que creyó pero que, como la propia fuerza del Mesías demostró, eran tan sólo ídolos de barro a los que el pueblo pagano había adorado durante siglos. Ahora todo era distinto. La luz, instalada en su creencia, hacía que el Sumo Hacedor se hubiese hecho presente en la Tierra y, tan sólo con la palabra, con su Palabra, trajese la esperanza a sus hijos y el mensaje de amor al prójimo.

Y para ello nada mejor, después de comprobar de manera fehaciente que todo lo acontecido en el monte Gólgota ocurrió en verdad y que allí Jesús dio su vida por todos los hombres y los redimió de sus pecados, que alzar al cielo un templo que fuese recordado por los siglos de los siglos. En el mismo lugar donde expiró, en el mismo sitio donde dio su gran lección de amor. No había pasado ni un solo día de aquel descubrimiento y ya el obispo Macario tenía a

sus órdenes a un séquito de arquitectos que diseñaban planos y se disponían a preparar todo para que ese templo fuese levantándose cuanto antes. No podía ser de otra forma porque así lo había querido en único y verdadero Dios por intercesión de su Hijo, aquel al que llamaba el Mesías.

—En dos días tendremos el tiempo suficiente para dejar todo atado — insistió el general.

—Sea como decís —respondió la emperatriz—. No quiero demorar por más tiempo la partida hacia Roma. El emperador estará esperándonos y todo tiene que ser de su agrado. Mañana quiero ver a primera hora al obispo Macario para que cerremos todo lo concerniente a la construcción del templo. Y también a Antonino Quintus, el soldado que acompañará al centurión y al veterano. Es imprescindible que todo esté perfectamente coordinado y que nada falle. No he venido hasta aquí de tan lejos para que después de tanto esfuerzo todo se eche por tierra.

—No tengáis temor por ello, augusta señora. Todo está dispuesto ya. El Ejército romano es el mejor preparado como lo ha demostrado a lo largo de sus legendarias campañas y ante todos aquellos pueblos que osaron levantarse contra el Imperio.

—Estoy de acuerdo, general. Pero esta misión que ahora os encomiendo tiene tanta importancia o más que esas campañas de las que habláis. Además, con una diferencia trascendental: entonces era para someter a hombres y ahora es para redimirlos, para que aquellos que todavía no han abrazado la fe cristiana lo hagan desde el amor y no con el gladius y el pilum. Podéis marcharos a descansar. Cuando mañana haya hablado con el obispo Macario y con el soldado Antonino, empezaremos a cargar todo mi equipaje en carros. Quiero partir al alba para así llegar cuanto antes a Caesarea. Tribuno —dijo—: avisad al soldado Antonino Quintus que debe estar mañana aquí antes de que marche.

—Así se hará —respondió el militar.

—Ahora quiero descansar algo y reponer fuerzas. Andrea —se había girado dirigiendo la vista hacia otro lugar de la amplia estancia—, ¿dónde está Livia?

La muchacha, que en aquellos momentos permanecía alejada del lugar donde estaba la emperatriz, vaciló unos instantes antes de contestar.

—Mi señora —respondió bajando la cabeza—, la última vez que la vi estaba recogiendo vuestras pertenencias.

—Está bien. Prepárame tú entonces un baño y luego algo de comida. General —se volvió de nuevo—, mañana continuaremos con todo esto. Espero que ya

tengáis todo cerrado y atado y que no haya ni un solo minuto de retraso en los planes.

—Descuidad, mi señora.

Acto seguido, los hombres inclinaron la cabeza en señal de saludo y, con gesto marcial, dieron media vuelta para abandonar la estancia.

La emperatriz quedó a solas, entonces, con su sirvienta. Ésta, que parecía estar nerviosa, se dispuso a cumplir las órdenes de la señora. Ya se marchaba cuando la voz de Flavia Iulia Elena la detuvo en seco.

—No te preocupes, Andrea. Sé dónde está Livia. Lo mismo que tú. Anda, no tardes en prepararme el baño. Voy a rezar un rato junto a la Vera Cruz de Cristo. Han sido muchas las emociones en muy poco tiempo y no quiero desperdiciar ni un solo instante para estar al lado de la madera que acogió el cuerpo del Salvador de todos nosotros.

Repasaba con minuciosidad todo lo que tendría que hacer al día siguiente. Habrían de estar en camino antes de que amaneciese. Sabía que el viaje era largo pero si todo iba bien antes de que se escondiese el sol entrarían en Caesarea. Tres hombres a caballo, solos, y parando en un par de ocasiones, tres a lo sumo, para refrescar a los animales, conseguirían estar a tiempo para embarcar cuanto antes. Esperaba que lo hiciesen el mismo día, esto es, que no hubiesen de aguardar hasta el día siguiente. No le importaba navegar de noche. Es más, le satisfacía. Cuando hubiese amanecido el segundo de los días desde la partida de Jerusalén, ya se encontrarían mar adentro y con mucho tiempo ganado.

A Tulio Plinio, como buen militar que era, no le gustaba dejar nada al azar. Quería, necesitaba que todo estuviese controlado, preparado. No podía quedar ni un cabo suelto. Así era al frente de sus hombres, en plena batalla. Por eso, precisamente, estaba tan considerado por sus superiores. Y estaba convencido de que esta misión no podría realizarla con igual destreza y precisión ningún otro de sus compañeros. «Si no fuese así —pensaba para sus adentros mientras disponía la ropa de paisano que llevaría para el viaje— no estaría ocupando una estancia en el mismo palacio de la emperatriz y sí un barracón en el que están mis hombres. Pero tanto mis jefes como la propia emperatriz saben a ciencia cierta de lo que soy capaz y la cualificación que tengo. Por eso me quieren cerca de ellos, en las mismísimas estancias de palacio».

Y, en verdad, era así, porque no parecía normal que un centurión estuviese alojado prácticamente al lado de la propia emperatriz. Pero Tulio Plinio no era sólo un simple centurión. Había demostrado con creces ser un auténtico

líder, un soldado portentoso con una destreza fuera de lo normal, capacitado para resolver problemas sobre el campo de batalla en momentos angustiosos y realmente difíciles.

Sus hazañas en las distintas batallas en las que había participado no eran desconocidas en Roma ni en Bizancio. Aguerrido como el que más, el emperador Constantino el Grande lo felicitó personalmente tras una de las incursiones que realizó la II Itálica Pia en tierras galas. Y eso le sirvió para ser requerido por Flavia Iulia Elena, a instancias de su hijo, en este viaje a Jerusalén. Por eso no era de extrañar que, a la hora de confiar a alguien una misión como la que iba a emprender al día siguiente, la emperatriz hubiese pensado en él.

Pero no dejaba de rondarle en la cabeza el hecho de que tuviese que compartir la gloria y el éxito de esta aventura con otras dos personas más. Sobre todo con el joven Antonino. No era de su agrado y, en cierta medida, lo veía como un intruso. «Alguien que no ha vivido el Ejército, que está donde está por orden de la emperatriz y que no creo sea capaz de estar a la altura de las circunstancias cuando llegue el momento». Sin embargo, en el fondo la animadversión que sentía por aquel muchacho todavía imberbe tenía su origen en Livia. No soportaba un no de una mujer, y menos de una sirvienta. Y encima aquel muchacho parecía estar dispuesto a adelantársele. Eso era algo que no concebía y que no se le iba de la mente.

Pero si a Antonino lo veía como un advenedizo, en Manius Aquila tenía, a su modo de ver, a un competidor nato. Se trataba de un soldado avezado, dispuesto como él y además preparado a la perfección. Formaba parte de la maquinaria del Ejército romano. Y si él era capaz de batirse en cualquier lugar, Aquila lo mismo. «Pero tengo una ventaja sobre él —pensaba Tulio Plinio—. Soy su jefe y él un simple soldado. Y tiene incrustada la condición de lealtad. Veremos qué ocurre cuando lo ponga a prueba durante el viaje. Un simple descuido le puede poner al borde del abismo. Y si cae Manius Aquila, caerá con el jovenzuelo. Sólo tengo que esperar para tocar los resortes necesarios en el momento adecuado. Luego tendré el camino despejado y seré yo solo quien me lleve la gloria. No hay lugar para dos ganadores, y menos para tres. Sólo puede quedar uno, y ese uno seré yo».

El vino que se servía en aquella taberna tenía fama entre los soldados judíos. De hecho y a pesar de no ser de grandes dimensiones el local, se encontraba totalmente repleta, principalmente de legionarios romanos que estaban de permiso, al igual que Manius Aquila. Había acudido después de despedirse de

Antonino. «A estas horas se habrá reunido con esa esclava de la emperatriz. Me alegro por el muchacho pero también le compadezco. No sabe lo que nos espera. Es joven y, por lo tanto, impetuoso; pero la emperatriz nos ha metido en la boca del lobo. Él busca aventuras y aquí las va a encontrar pero, ¿a qué precio? Serán años los que pasemos tras la pista de una o varias personas que no conocemos y que ni siquiera sabemos si se encuentran en Hispania o en las Galias. O a lo peor en otros territorios. Quién sabe si en Germania. ¿Cuántos cientos, miles de leguas tendremos que recorrer para dar con ellos? ¿Y si no hallamos lo que buscamos? ¿Seguiremos insistiendo, yendo de aquí para allá, de un lado a otro del mundo sin rumbo fijo y sin saber a ciencia cierta qué es lo que tenemos que encontrar?»

La multitud gritaba a su alrededor pero Manius Aquila, sentado en un taburete y sosteniendo un vaso casi vacío de vino, parecía no darse cuenta. En la diminuta mesa estaba depositada una jarra. Seguía con sus pensamientos. «Y encima el centurión Tulio Plinio. Uno de los seres más despreciables que he conocido en todo el Ejército romano. No pongo en duda su capacidad de mando y su valor y entrega en el campo de batalla, pero no es el compañero que quiero para una misión como ésta. Va a hacer trizas al chaval a la más mínima oportunidad. Con él al frente de esta expedición, puedo despedirme de mi retiro dorado en Híspalis. Lo que nos deparan los dioses: posiblemente acuda allí y no pueda quedarme. La vida no me ha tratado bien, Áurea. Desde que te marchaste y me dejaste aquí, sólo he sabido matar y entregarme a una causa que, quizá, no sea la mía. Pero, ya ves, aquí me tienes. A punto de embarcarme en otra empresa de la que no sé si saldré con bien pero sin más remedio que acatar órdenes. Y es que sólo sé hacer esto. Contigo y el niño hubiese sido todo distinto. Ahora mismo estaríamos los tres en algún lugar de Roma contemplando el anochecer en medio de verdes campos de vides, viendo cómo las uvas van creciendo para que puedan ser cogidas y hacer nacer el vino, este que ahora me tomo y me quema cuando, como una lengua de lava, pasa por mis entrañas. Te echo de menos, te necesito, Áurea. Y no estás aquí».

—Soldado, tiene su vaso vacío y la jarra llena. ¿Me invita a un trago?

Manius salió de sus pensamientos de repente. No lo había visto llegar, ensimismado en elucubraciones en las que, siempre, aparecía su amada y le recordaba la tristeza de vida que arrastraba. Entonces, alzando la vista, se encontró frente a él al centurión Tulio Plinio. Estaba solo y no vestía de uniforme. Pero el porte era de un mando del Ejército. Se distinguía siempre a

un soldado romano de un ciudadano cualquiera. Y en el caso de Plinio, su altivez era factor fundamental.

—Centurión —respondió a la par que se levantaba de manera rápida de su taburete—. No lo he visto llegar. Le ruego me disculpe.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo mientras le indicaba con la mano que volviese a sentarse.

Entonces, alargando el brazo, echó mano de otro taburete y se sentó frente a él.

—¿Permites? —dijo con voz tranquila justo cuando chasqueaba sus dedos para que uno de los taberneros se acercase—. No es bueno beber solo. Afloran penas y desgracias. En cambio, en compañía, las cosas se ven de otra forma muy distinta.

Uno de los taberneros se acercó con rapidez para complacer al centurión. Lo había reconocido y quería que se sintiese a gusto en aquel establecimiento en el que, a esas horas del día, ya prácticamente anochecido, comenzaban a llegar mujeres de todo tipo para intentar satisfacer los deseos de hombres rudos que se encontraban lejos de sus hogares y necesitaban compañía femenina. Depositó en la mesa dos vasos y una nueva jarra de vino. Tulio Plinio, sin mirarle siquiera, habló de manera despectiva.

—Tráenos algo que se pueda comer en esta inmunda taberna y que no nos haga que vomitemos cuando salgamos a la calle.

—Lo que quiera, señor centurión.

—¿Señor centurión? —soltó una carcajada profunda que le salió de su interior y se instaló en toda la estancia—. ¡Vaya forma de dirigirse a un legionario romano! ¿Es que acaso no te sabes todavía la cadena de mandos de la Legión? ¡Venga, date prisa, que no tenemos toda la vida para estar en este apestoso lugar!

El hombre se dio media vuelta y, algo avergonzado, se marchó del lugar de manera presurosa.

—A esta gente hay que tratarla así, Manius, si no se te suben a las barbas.

Tomó la jarra y sirvió en los dos vasos que había traído el tabernero. Luego, parsimoniosamente, ofreció uno de ellos a Manius Aquila y, cogiendo el otro, lo alzó.

—Por el éxito de nuestra misión, soldado.

—Por el éxito de ella —respondió Manius sin mucha convicción.

Ambos bebieron un largo trago que dejó vacíos los vasos. Volvió a repetir la acción Tulio Plinio y los llenó.

—Y bien —dio otro trago, esta vez más corto—, ¿qué te parece la misión que nos han encomendado?

Manius sabía que le iba a hacer esa pregunta. Lo peor de todo es que no tenía la respuesta adecuada. Tras beber otro sorbo y limpiarse los labios con la mano, respondió.

—Centurión, somos dos personas que llevamos muchos años en el Ejército y que sabemos ver cuándo algo no va a marchar bien...

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Plinio.

—Que este trabajo no puede traernos nada bueno. Lo sabe lo mismo que yo. No se trata de entrar en batalla, de luchar contra un enemigo que puede ser más o menos numeroso en cuanto a contingente. Ahora es todo distinto. ¿Adónde vamos? ¿Qué buscamos? ¿Lo encontraremos? ¿Cuánto tiempo tardaremos? ¿Acaso me puede responder a estas incógnitas que nos van a acompañar durante no sé cuánto tiempo?

El centurión dejó su vaso en la mesa y se limpió la boca de la misma forma que lo hizo momentos antes Manius.

—Verás, soldado. No se trata de lo que nosotros pensemos, sino de lo que la emperatriz quiere que hagamos. La vida militar no es fácil. Hay que ser un elegido para sobrevivir en este ambiente. Y eso lo sabes de sobra. Por el contrario, no nos pagan por pensar sino por actuar y ejecutar las órdenes que se nos dan. Ahí radica la grandeza del Ejército romano y de sus Legiones. Por eso ha subsistido al paso de senadores y emperadores. De acuerdo que la Legión romana no tiene ahora mismo la gloria de antaño y que sus hombres no poseen la misma capacitación que aquellas gloriosas legiones que conquistaron para Roma el mundo. Pero seguimos siendo soldados. Soldados que luchan por un objetivo, que no es otro que seguir engrandeciendo al Imperio Romano.

—¿Y qué es lo que queda de ese Imperio Romano al que alude? —cortó Manius.

—¡Todo, soldado! ¡Todo! ¡Las legiones romanas son la gloria de él y a ellas debe lo que es! ¡Ningún bárbaro ha conseguido doblegar nuestro avance y siempre, siempre, se ha plegado al poder de Roma!

—En cambio, ahora no sabemos dónde estamos: Roma, Bizancio... ¿qué es, hacia dónde va el Imperio?

—No es algo que nos incumba, Manius. Nosotros, como decía antes, estamos para acatar órdenes y ejecutarlas. Lo que hagan nuestros emperadores no tiene por qué influirnos.

—¿Se refiere a ese Dios que llaman Jesucristo y por el cual nuestras insignias llevan todas una cruz, esa en la que murió ese hombre, según dicen, por todos nosotros?

—¿Qué sabes tú de él, Manius?

Fue ahora el veterano soldado el que cogió la jarra de vino y sirvió. Al igual que hizo anteriormente Tulio Plinio, levantó su vaso y brindó.

—Por el que nos va a llevar a la muerte —bebió largamente hasta apurar todo el contenido—. No sé más que lo que pueda saber cualquiera, pero estoy convencido de que no nos va a traer nada bueno. Este Imperio, grandioso durante siglos, se desmorona delante de nuestras narices. No sé si tendrá que ver el desgaste, la corrupción o las ansias de poder de tantos que han pasado. Pero lo que sí tengo claro es que ese hombre al que adora la emperatriz como si fuese el Dios de dioses, será quien acabe con el Imperio romano.

Ambos quedaron en silencio. Empero, la estancia de la taberna estaba inmersa en un bullicio fuera de lo normal. Todos los allí congregados aparecían ajenos no sólo a la conversación que mantenían aquellos dos soldados sino también a la misión que debían comenzar a ejecutar antes de que saliese el sol a la mañana siguiente y que, como había predicho Manius Aquila, podría conducirlos hasta la muerte. De manera inesperada, se acercó una mujer no mayor de los cuarenta años. La ropa, muy ceñida, dejaba entrever sus curvas y un generoso escote hacía que se asomasen, como a un balcón, sus provocativos pechos que parecían ofrecerse a todo aquel que quisiese adentrarse.

—Y de estos guapos y fornidos soldados, ¿cuál de ellos quiere pasar un rato inolvidable? ¿Quizá tú —preguntó al centurión mientras le pasaba una mano por la espalda—. ¿O acaso tú? A lo mejor os gustaría venir a los dos a mi habitación... tengo sitio para ambos y seguro que pasamos un rato extraordinario.

No había acabado de hablar cuando llegó el tabernero con una bandeja con pollo y otra con diversas frutas. Se dio cuenta de que aquellos clientes no parecían interesados en la oferta que les estaba haciendo la mujer.

—¡Aparta de aquí, puta! ¿No ves que estos legionarios sólo quieren descansar? ¿Quién va a querer acostarse contigo? ¡Fuera de aquí y no molestes a mi clientela!

Le dio un empujón con la cadera que desplazó a la mujer hasta una de las mesas más cercanas, cayendo sentada sobre el regazo de otro soldado que evidenciaba haber ingerido más alcohol del que podía aguantar. Éste se

sorprendió pero cuando se dio cuenta de que era una fulana, la agarró con fuerza por la cintura y, de manera mecánica, empezó a sobar sus pechos. La mujer, todavía despechada por la humillación a la que le acababa de someter el tabernero, se dirigió a éste de forma airada antes de entregarse al soldado que la sostenía sobre sus rodillas.

—¡Pues anoche bien a gusto que estabas en mi alcoba, jadeando como un perro sarnoso!

Levantó la bandeja en un gesto de querer pegarle con ella pero una mano agarró su antebrazo justo cuando comenzaba a bajar para estrellar el objeto en la cabeza de la mujer.

—¡Ya está bien! —gritó Tulio Plinio, que se había levantado de su taburete — ¿Es que en esta casa no se puede comer y beber tranquilamente? ¡Te juro por todos los dioses que como no desaparezcas de mi vista te voy a dejar lisiado para toda la vida!

Soltó de manera brusca el brazo del tabernero y con aire despectivo escupió al suelo.

—¡Estoy harto de antros como éste! ¡Un soldado romano no puede caer tan bajo! —dirigía ahora su mirada a Manius Aquila—. ¡Vamos a comer y nos marchamos!

Lo que parecía podía acabar en una pelea descomunal, quedó disipado cuando el centurión volvió a sentarse y, de manera pausada, cogió un muslo de pollo y comenzó a morderlo, arrancando con fuerza los trozos de carne y masticando de forma ostensible a la par que veía un largo sorbo de vino. El tabernero se dio media vuelta —ya estaba acostumbrado a escenas como aquella que acababa de ocurrir— mientras que la mujer se echó en los brazos del otro soldado y, al poco tiempo, ambos se levantaron y se dirigieron hacia el fondo de la estancia, donde se encontraba la escalera que conducía a la parte superior de la taberna.

—No quiero ninguna distracción en esta misión —comentó el centurión al veterano soldado mientras seguía comiendo y bebiendo casi al unísono—. Así que olvídate de eso de que el Imperio romano se está descomponiendo y que la Legión ya no es lo que era. Concéntrate en lo que tenemos que llevar a cabo. Debemos permanecer siempre alerta, sin fisuras; codo con codo. No va a ser fácil pero Tulio Plinio nunca se rindió ante nada ni ante nadie, por imposible que pareciera cualquier orden. Todas, ¿me oyes bien? Todas las he cumplido. Nadie puede decir que el centurión Tulio Plinio ha dejado de acometer una orden. Y esta también la voy a llevar a buen puerto. Hasta sus últimas

consecuencias.

Estaba haciendo una declaración de intenciones de lo que iba a suponer aquella travesía que ambos tendrían que compartir por mucho tiempo. Manius Aquila lo estuvo escuchando atentamente. Se daba cuenta a la perfección que estaba delante de un hombre que no se detendría ante nada con tal de conseguir su objetivo. Y sabía a ciencia cierta que uno de los dos no acabaría con vida cuando todo hubiese concluido. Pero le preocupaba en aquellos momentos el destino y la suerte que correría Antonino. Aunque le había preparado concienzudamente, ahora, tras escuchar al centurión, comenzaba a dudar si era la persona idónea para acometer esa misión al lado de dos hombres sin escrúpulos y entrenados para matar sin vacilar ni un ápice en la primera ocasión que se les presentase. Fue entonces cuando el centurión pronunció su nombre.

—Por cierto, ya va siendo hora de que nos vayamos a descansar, soldado. ¿Dónde se encuentra ese muchachito, Antonino Quintus?

Dudó en decirle la verdad. Volvió a beber otro trago largo, apurando por completo el vaso. La jarra ya estaba vacía y, por las palabras del centurión, ésta era la última que iban a compartir en aquella taberna antes de marcharse de viaje. Finalmente, respondió mientras se levantaba del taburete.

—Imagino que en estos momentos está con esa esclava pelirroja de la emperatriz. Es lo que tiene la juventud, que todavía es capaz de enamorarse.

El rostro de Tulio Plinio cambió por completo. Sus ojos se agrandaron y se le torció el gesto. Aquellas palabras tuvieron la misma contundencia que un gladius entrando en el cuerpo de un adversario. No podía soportar que aquel joven inexperto y falto de cualquier sentido del deber estuviese retozando en aquellos instantes con la chica que él había intentado, sin suerte alguna, seducir. Su mirada contenía ira y odio; rabia e incluso impotencia de sentirse vencido por alguien muy inferior a él. Aquella respuesta le dejaba, en su interior, ridiculizado. Se ponía en duda su hombría y su fuerza con las mujeres. Y no estaba dispuesto a consentirlo de ninguna de las maneras.

Se levantó también de su taburete y, de una pequeña bolsa que llevaba atada al cingulo de su túnica, sacó varias monedas.

—¡Tabernero! ¡No sé cómo te puedo dar tanto por la porquería de comida y de vino que sirves en este inmundo lugar! ¡Date por pagado y da gracias a los dioses de que no te atravesase de parte a parte!

Tiró las monedas a la mesa y, antes de volverse hacia la salida de la taberna, dijo:

—Soldado, mañana antes de que amanezca os quiero preparados a los dos a la puerta de vuestro barracón. Ya sabes lo que tenéis que llevar cada uno. Descansad, que falta os va a hacer.

Dicho esto último abandonó la estancia en medio del jolgorio que seguía viviéndose en aquellos momentos.

[8](#) Legionario que rondaba la treintena. Componían la segunda fila.

[9](#) Comandante en jefe de orden senatorial.

[10](#) Los legionarios más jóvenes. Se situaban en la línea delantera.

XI

—No me gustaría que ésta fuese nuestra primera y última noche juntos.

Las calles de Jerusalén aparecían tranquilas a esa hora. Las gentes se encontraban en sus casas preparándose para descansar y poder afrontar al día siguiente, desde muy temprano, otra dura jornada de trabajo. Tras la excitación vivida el día anterior, la calma estaba instalada en los hogares ahora. A partir de aquellos momentos, los habitantes sabían que nada sería igual y que, por el contrario, ese hallazgo a cargo de la emperatriz iba a suponer una inyección económica muy importante y trascendental para el futuro. La noticia de la construcción de un grandioso templo había llegado a todos los rincones de Jerusalén e incluso a otras aldeas y pueblos de la zona. Se necesitaría mano de obra no sólo de los oriundos y de aquellos que llegaron en la caravana que trajo a Flavia Iulia Elena, muchos de los cuales se quedaron en el campamento de las afueras, sino también de más personas.

A partir de ahora todo sería distinto en Jerusalén. Sus vecinos sabían que las miradas del mundo estarían puestas en aquellas tierras y que el peregrinaje sería masivo. La emperatriz ya había enviado mensajeros a todos los lugares conocidos para que anunciaran la buena nueva y transmitiesen la Palabra del Mesías con más fuerza si cabe. Más de trescientos años después de su muerte, y tras duros avatares, el Cristianismo parecía asumir la supremacía de las Religiones y comenzaba a instalarse en todos aquellos lugares donde antes era mirado con recelo. Roma no era ajena a esta circunstancia y aunque muchos continuaban rindiendo culto a sus dioses de siempre, a los de sus antepasados, la corriente cristiana iba, poco a poco, envolviendo a todos. Máxime si el propio emperador de los Imperios de Oriente y Occidente había abrazado esta fe y su madre era la auténtica impulsora de la misma.

Aquella frase dejó algo desconcertada a Livia. Paseaban por una zona sin nadie a su alrededor. De los ventanales de las casa salía el resplandor de las lucernas encendidas. También los olores de la comida que se estaba preparando o que, en otros casos, ya había sido consumida. Algún ladrido de un perro o el llanto de un pequeño. Nada más. El silencio parecía ser la nota dominante en aquella noche en la que el frescor hacía más llevadero esa época del año.

—¿Crees que nuestros caminos se separarán? —preguntó la muchacha

mientras dirigía su vista hacia el empedrado de la calle y trataba de no tropezar.

—No lo sé, Livia. Pero quizá nos espere un tiempo duro que deberemos afrontar con entereza. El destino ha querido que cuando parecía que habíamos encontrado el verdadero sentido de nuestras vidas, tengamos que superar una prueba más.

—¿Cómo sabré de ti?

—No lo sé. Es verdad que a donde vamos y lo que vamos a hacer deberá tener conocimiento la emperatriz. Y si ella lo tiene, tú también sabrás más o menos por dónde andamos.

—¿No sabes cuánto tiempo transcurrirá?

—No lo sé. Manius se quedó de piedra cuando el centurión nos dio la noticia. Se puso irascible y maldijo todo lo que tenía a su alrededor. En cambio, yo lo veo como algo positivo.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que puedo ser capaz de afrontar algo importante en mi vida. Hasta que llegué a las puertas de Jerusalén no era más que el hijo mayor de un herrero que aprendía el oficio de su padre para intentar sobrevivir y poder dignificar a mi familia. Ahora, mi vida ha dado un giro radical. Soy legionario romano y te tengo a ti. Los dioses, o el Dios de la emperatriz, han obrado el milagro.

Continuaron caminando. Se encontraban ya cerca del palacio. Livia sabía que llegaría el momento de la despedida y que, si nadie lo remediaba, no volvería a verlo en mucho tiempo. Incluso sintió un tremendo escalofrío cuando barajó la posibilidad de que lo perdiese para siempre.

—No quiero que te vayas —le dijo mientras le agarraba con fuerza la mano.

—No podemos oponernos a nuestro destino.

Le sorprendía la madurez que había adquirido Antonino. Su forma de actuar y de comportarse para nada tenían que ver con aquel joven que vio por vez primera al lado de la emperatriz o cuando se estaba bañando. Ahora era mucho más maduro, más curtido. Estaba claro que la instrucción militar le había cambiado. A mejor, eso sí. Pero le inquietaba la frialdad con la que hablaba y la forma de afrontar aquella misión que parecía tenerlo obnubilado. Comprendía que a su edad una aventura de aquella envergadura era plato de buen gusto. Pero, por otra parte, quería, necesitaba que estuviese a su lado. La vida no era fácil para ninguno de los dos pero le atormentaba la idea de que entre tantos soldados, más experimentados que Antonino, la emperatriz,

conociendo sus sentimientos hacia el muchacho, hubiese decidido que fuese él, y no otro, quien marchase.

—¿Y si hablase con la señora...?

No le dio tiempo a terminar la frase.

—¡Ni se te ocurra, por lo que más quieras! —interrumpió de forma brusca Antonino—. No quiero, ni por asomo, que te inmiscuyas en esta cuestión. Está todo decidido y dentro de unas horas habré partido. Es lo que quiere la emperatriz y debo acatar sus órdenes.

Aquella respuesta dejó a la muchacha desolada. Anhelaba un último arrepentimiento por parte de su señora y que Antonino se quedase a su lado. Pero, por lo que estaba comprobando en aquellos mismos instantes, era él quien parecía totalmente decidido a embarcarse en una misión comprometida al máximo.

—No quiero que te disgustes conmigo —le dijo en un tono mucho más conciliador Antonino—. Tu preocupación es del todo punto comprensible, pero has de tener en cuenta que debo acometer este trabajo. Si no fuese así, no podría mirarte a los ojos cada mañana al levantarme, ni ir con la cabeza bien alta. No sería capaz de educar a nuestros hijos, ni hacerlos hombres de bien.

—¿Qué quieres decir?

Pasaron unos segundos antes de que respondiese. Se detuvieron y él acercó su rostro al de la muchacha, quedando sus labios a escasos centímetros. Aliento contra aliento que hizo que sus corazones se escuchasen.

—No concibo vida sin que estés a mi lado. Quiero envejecer contigo, ver crecer a nuestros hijos y luego a sus hijos. Quiero que cada mañana lo primero que vean mis ojos cuando me despierte sea tu rostro, tu pelo, tu cuerpo. Y quiero que cuando me acueste, lo último que vea de ese día seas tú.

A Livia le temblaban las piernas. Y, sin darse cuenta, sus labios se fundieron con los de Antonino. El beso los unió por espacio de unos segundos en los que ambos estuvieron a punto de no poder tenerse en pie. Allí estaban, en medio de una calle de Jerusalén, absortos en sus pensamientos y sentimientos, a sabiendas de que podría ser la última vez que se viesen, que se besasen.

—No quiero que nos despidamos así —dijo ella cuando separaron sus bocas.

—¿Acaso no es la mejor de las formas?

—No.

—Pues, entonces, tú me dirás.

Livia volvió a tomar la mano de Antonino y tiró de él. Comenzó a caminar

con cierta rapidez, callejeando de manera muy concreta, como si se dirigiese a algún sitio determinado. Le sorprendió la decisión tomada por la muchacha.

—Pero, ¿adónde vamos?

Ella no dijo nada. Siguió avanzando, cada vez más rápido. Incluso hubo un momento en que estaban corriendo. De pronto, tras pasar por varias calles, la última de ellas les dejó en la plaza en la que se alzaba el majestuoso edificio del palacio. Entonces, Livia paró de correr. Contempló las luces que salían, las enormes escalinatas que llevaban hacia aquel atrio desde el que se divisaba el monte Gólgota y toda la ciudad. Vio a los legionarios romanos que hacían guardia y a los soldados judíos. Todo estaba en calma.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Antonino.

—Quiero que vengas a mis aposentos.

Se quedo petrificado.

—¿Estás loca? ¿Qué pretendes, que me maten?

—Pasa la noche conmigo y antes de que amanezca, te marchas.

No sabía qué responder. Estaba impresionado por la forma de actuar de Livia pero, sobre todo, por aquella petición que le acababa de hacer. Si accedía a sus deseos, podría arruinar toda su vida si era descubierto en las dependencias del palacio. Pero si la rechazaba, quizá la perdería para siempre.

—¿Estás segura de lo que quieres que hagamos?

—Completamente, Antonino. Completamente.

El barracón estaba totalmente a oscuras, tan solo un haz de luz de la luna dejaba ver algo, muy poco, dentro de él. Hacía calor y los hombres dormían desprendiendo un nauseabundo olor en el que podía distinguirse claramente el del alcohol. Y también, más al fondo, el que provenía de las letrinas y que con las altas temperaturas se metía directamente en las pituitarias de quienes allí estaban. Vómitos que, casi fermentados, producían una pestilencia propia de un vertedero.

Serían unos doscientos los soldados que intentaban, mal que bien, conciliar el sueño. Algunos ronquidos y toses rompían la noche. La mayoría de los allí presentes había estado bebiendo a discreción, sin importarles qué ocurriría al día siguiente. Lo peor que les podía pasar es que tuviesen un inmenso dolor de cabeza que, con el paso de las horas, se les iría disipando. Pero en esos momentos lo que querían, lo que necesitaban, era dormir e intentar que se les fuesen los efluvios que arrastraban desde primeras horas del día. Ninguno tenía que incorporarse a hacer guardia. Mañana sería otro día. Ahora, el

descanso era primordial.

Manius Aquila, a tientas, se echó en el duro camastro. Se encontraba cansado y fatigado. No le sentó bien la comida ni tampoco el vino. «Quizá he bebido demasiado —se dijo para sí mientras intentaba encontrar la postura adecuada para quedarse dormido en el menor tiempo posible—. Pero yo estoy acostumbrado a esa cantidad y a mucha más. A lo peor es que me estoy haciendo viejo de verdad. No hace mucho, no me hubiese marchado de esa taberna sin estar completamente borracho y sin haberme acostado con una o dos fulanas. Aunque al día siguiente, como dentro de muy poco, tuviese que marchar lejos y recorrer mucho camino. Los años no pasan en balde y es ahora cuando tendría que estar licenciado para así irme a mi retiro dorado. Solo, sí, pero ganado a pulso».

Se volvió hacia el lado derecho y vio vacío el camastro de Antonino. «Al final, quien mejor lo está pasando es el chico. Y encima, está con esa esclava por amor, que es lo mejor que le podía pasar. Aunque me imagino la escena: él diciéndole a ella que tiene que partir a tierras lejanas y que no sabe cuándo volverán a verse. Ella, desconsolada, intentará por todos os medios convencerle para que no se vaya. Le dirá que hablará con la emperatriz para que se quede. Y él, en cambio, se mantendrá en sus trece y no cejará en su empeño. No puede claudicar ante esa muchacha aunque esté loco por hacerlo. Pero por encima del amor que le tiene está su sentido del deber, de la lealtad para con sus compañeros y, por supuesto, del honor que supone que la mismísima emperatriz se haya fijado en él para tan alta misión. Lo que es tener esa edad. Yo mismo habría actuado de la misma forma. Ahora, en cambio, me veo arrastrado y sin opción alguna de decir que no. Somos dos casos distintos pero, al final convergemos en el mismo sitio: el honor y el amor propio por llegar hasta las últimas consecuencias de algo que ni nos va ni nos viene. Pero así somos los soldados romanos, por mucha podredumbre que haya instalada en el Imperio. Quién me iba a decir a mí que acabaría mis días con dos soldados recorriendo lugares en los que puede hallarse la muerte, mi muerte».

A pesar del cansancio y los efectos del alcohol, no conseguía coger el sueño. Se dio la vuelta otra vez, y otra y otra. Sentía calor y tenía sed. Pero no quería levantarse del camastro. Se enderezó por unos instantes y comprobó que a sus pies se encontraba el pequeño petate que había hecho antes de salir a buscar diversión. «No debe quedar mucho tiempo para que nos pongamos en marcha. ¿Y si deserto? Tengo dinero ahorrado y sólo tendría que coger ese saco con ropa y desaparecer. Tal y como está la Legión y la confusión que reina en

muchos de los mandos, al poco tiempo me habrían olvidado. Pero puede que esto mismo que estoy pensando yo se le haya pasado por la cabeza a Antonino. Él tiene más motivos que yo para hacerlo. Incluso la chica podría pensarlo y proponérselo. Son jóvenes y tienen toda una vida por delante. ¿Quién los iba a encontrar? No tienen por qué irse a Roma o a Bizancio. Hay cientos, miles de pueblos, de aldeas, donde pasarían completamente inadvertidos. El chaval está puesto en el oficio de la herrería. No le sería difícil encontrar trabajo en cualquier sitio y, con el paso del tiempo, podría establecerse por cuenta propia, abrir su propio negocio y prosperar. Ella conoce a la perfección todos los entresijos para comportarse como una auténtica domina¹¹. Lo haría muy bien y nadie podría decir que ha sido esclava. Su porte hace que lo tenga más fácil que otras chicas de condición más baja».

El sueño ya, por fin, se iba apoderando de Manius Aquila. Los pensamientos fluían de manera más pesada e incluso tenía la sensación de estar completamente dormido y que aquellas ideas y sensaciones que se le venían a la cabeza eran sueños. Estaba sumido en ese estado de duermevela que no deja discernir la realidad del sueño. Se sentía cómodo ahora en aquel camastro y los olores que hasta hacía poco le llegaban habían desaparecido. Tampoco oía las toses y ronquidos de sus compañeros. Se encontraba realmente a gusto. Pero su mente seguía dando vueltas y más vueltas. De pronto se vio en medio de un mar verde, con el sol en lontananza. Y a su lado, más bella que nunca y como si los rayos iluminasen su rostro, su amada Áurea. La miraba y ella a él, aunque enseguida fijaba la vista en aquella puesta de sol idílica. Intentaba decirle algo pero no le salía la voz. Ella volvía a mirarle, sonreía y de nuevo ponía la vista al final de aquella colina que se tornaba dorada. De pronto, el verde de los campos se teñía de rojo y aparecía todo empedrado, como si estuviese en medio de una calle de Roma. Ahora no veía a su amada y sí, a lo lejos, a un niño que corría. No se le adivinaba el rostro. «Es mi hijo, estoy seguro». Corría y corría de un lado para otro hasta que, por fin, una figura de mujer aparecía por uno de los lados y le ofrecía su mano. Ambos se giraban hacia donde se encontraba él y le tendían las manos. Él hacía lo mismo y avanzaba hacia ellos. Pero nunca llegaba. Por más que anduviese deprisa no conseguía alcanzarlos y llegar hasta su lado. Seguían con los brazos extendidos, esperándolo. ¿Por qué no venían ellos hacia él? ¿No se daban cuenta de que le era imposible llegar? Empero, allí seguían, inmóviles, esperando a que él fuese quien acudiese hasta su lado. «¿Por qué me haces esto? ¿Acaso no te das cuenta de que no puedo llegar? ¿Dónde os encontráis?

De repente, el rojo de la calle parecía inundar los cuerpos de la esposa y del hijo y, sin tiempo para llegar, comenzaban a difuminarse diluyéndose en aquel estallido rojizo que se llevaba a todo por delante. A todo menos a él. Luego, unos gritos tremendos, horrorosos. Y finalmente, el silencio. Y del rojo se pasaba al negro. Todo oscuro. No podía ver nada y no sabía dónde estaba. «Creo que ha llegado mi hora final». El sueño se había apoderado por completo de Manius Aquila. Ahora aparecía en el camastro encogido, en posición fetal, y por sus mejillas corrían lágrimas. Todavía, en un último suspiro antes de sucumbir por completo y olvidar todo aquel medio sueño que vivió antes de descansar, pronunció su nombre entre dientes, con los ojos cerrados y acurrucándose más: «Áurea, Áurea».

Entraron por la zona de cocinas. Evitaron hacerlo por la parte donde la guardia estaba más pendiente. Livia conocía bien por dónde tenía que ir hasta llegar a su alcoba. No era fácil pero estaba dispuesta a hacerlo. Era la última noche de ambos juntos quién sabía por cuánto tiempo. No había tiempo que perder. Antonino, cogido de la mano, la seguía de manera torpe. Miraba a un lado y a otro intentando descubrir a alguien con tiempo suficiente para esconderse. Ahora, en aquellos momentos, se daba cuenta de que lo que estaban haciendo era una auténtica locura que podía costarles no ya su oficio, sino la vida misma. A pesar de ello, sentía cierto repelús de emoción al saberse transgresor de unas normas y sortear a los soldados para colarse directamente en los aposentos de una de las sirvientes de la emperatriz. Aquella situación hacía que su estado de nerviosismo creciese. Subieron por unas escaleras vagamente iluminadas por lucernas. El silencio presidía todo el entorno. Al final de aquellas escalinatas daba comienzo un largo pasillo.

—En esas estancias duermen soldados, entre ellos el centurión Tulio Plinio —le dijo en voz muy baja deteniéndose por unos instantes para, enseguida, continuar la marcha.

—Nos van a descubrir, Livia.

—Seguro que no —respondió sin mirarle mientras avanzaba y buscaba doblar una esquina del pasillo.

Llegaron a una zona más diáfana. Ahí parecía terminar todo en una gran pared.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó él.

—Seguir adelante por el lado izquierdo. ¿Acaso no ves el hueco? De ahí pasamos a las estancias de los sirvientes. No te preocupes, duermo sola.

Aquella última frase la dijo en un tono de complicidad que hizo que

Antonino entrase en un estado de nerviosismo grande. Sentía como si fuese a hacer algo malo, prohibido, y que si eran descubiertos podrían acabar sus vidas ahí. Pero, por otro lado, había entrado en un estado de ansiedad, de excitación por saber que lo que iba a realizar momentos después sería como haber ganado la más importante de las batallas. No se acordaba de que horas después tendría que marchar, que abandonar a su amada. Mas eso no le importaba en esos instantes. Vivía cada segundo, que parecía correr a un ritmo desenfrenado. Y la veía a ella, más bella que nunca, dispuesta a cualquier locura por amor, que era lo que precisamente estaba haciendo él. Un amor que comenzaba a desatarse, a salirse por la boca en los latidos impetuosos del corazón. Un amor desbordado como una riada que arrastra todo cuanto se encuentra a su paso.

Llegaron a una especie de recibidor que distribuía varias estancias. La luz era tímida pero la suficiente para poder avanzar sin tropezar con nada. Livia continuó hacia el final y pasó a una de las habitaciones. Era la suya. No tenía grandes dimensiones pero sí era acogedora. Un ventanal dejaba entrar el frescor que a esas horas traía una suave brisa. Al fondo, un sillón para comer y, a su lado, otro más grande en el que ella dormía. Se volvió hacia él con lentitud. Estaba de frente a la ventana y su cabello se movía ligeramente por el tímido aire. La luz de la luna se reflejó por unos instantes en sus ojos, que se volvieron más verdosos. Entonces ella se acercó poco a poco hasta quedaron prácticamente pegados el uno al otro. Se apoyó en los dedos del pie para alzarse y que su rostro coincidiese con el de su amado. Y surgió el beso. El primer beso furtivo en el mismo palacio donde moraba la emperatriz del Imperio romano de Oriente y Occidente. A Antonino comenzó a entrarle calor, mucho calor, mientras sus labios se fundían en uno solo y sus brazos se enroscaban por el cuerpo de ella. Apretó más boca contra boca y bajó las manos hasta que quedaron por detrás de la cintura de la muchacha. Seguía ella apoyándose en los dedos hasta que llegó un momento en que sintió que se despegaba del suelo. Antonino la había levantado de manera sutil y ella se dejó llevar. Avanzaron torpemente hasta que tropezaron con el triclinio. Cayeron sobre él. Livia comenzó a reír y tuvo que taponarle los labios él para que no fuesen descubiertos. Cuando dejó de hacerlo, retiró su mano y se encontró, de nuevo, frente a aquel rostro propio de una diosa. Se miraron con dulzura y entonces, muy lentamente, comenzó a desatarle los lazos que anudaban la túnica vaporosa de ella a sus hombros. Estos quedaron al descubierto y dieron paso a un cuello de cisne, sólo soñado por los más

extraordinarios escultores del mundo romano. Y más abajo, aparecieron los senos que vislumbró aquella noche en la que, por vez primera, quedó prendado de ella. Sintió que le temblaban las manos cuando entraron en contacto, muy suavemente, con aquellos dos montes que emergían cual volcanes a punto de entrar en erupción. Sintió el calor, el calor del cuerpo, de una piel erizada y de un contorno sinuoso por el que fue deslizando sus dedos que recorrían aquel maravilloso mapa que discurría hacia abajo para buscar el secreto mejor guardado de ella. Ya no sabía dónde se hallaba mientras sus labios seguían encontrándose. Ora de manera dulce, ora de forma estruendosa y desbocada. Y mientras, cuerpo con cuerpo, piel con piel, suspiros que hacían que se estremeciesen y juego de manos que iban de un lado a otro buscando que nada quedase sin ser objeto de su amor. Poco a poco, con el tiempo detenido por completo fueron dejando de ser dos para convertirse en uno solo. Un pequeño alarido salió de la garganta de Livia cuando supo, cuando sintió que él entraba a formar parte de ella al poseerla. No hubo dolor, ni siquiera un atisbo de dudas por parte de ninguno. Cuando supieron que estaban totalmente unidos, estalló el deseo, el frenesí. Dos caballos galopando por praderas inmensas, el uno junto al otro. Solo un cuerpo que se retorció cada vez más, que buscaba el desenlace final de manera que estallase la pasión por todos lados y obrase el milagro del amor. Por eso, cuando ella comenzó a respirar de manera mucho más profunda y rápida con movimientos espasmódicos, él siguió más fuerte, con más deseo todavía, con más ímpetu y mayor entrega si era posible. Hasta que, llegado el momento, el volcán arrojó toda la lava posible. Momento culmen, grandioso, plagado de sensaciones que invadieron a ambos al unísono en medio de una explosión de amor que inundó toda la estancia. Se volvieron rígidos los cuerpos de tanta tensión acumulada y, tras unos instantes en los que parecieron iban a sucumbir de éxtasis, llegó el relajo tras haberse dado el uno al otro. Ahora sí. Ya eran uno solo y no dos personas. ¿Sería posible tanta felicidad? Sí que lo era. Livia rodeó con sus brazos el cuello de Antonino y entonces, apretando su rostro con el de él, se hundió aún más en aquel abismo en el que estaban. Su cuerpo seguía tenso, muy tenso, y sus muslos se aferraban a las piernas de él. Así permanecieron por espacio de varios minutos. La luna, que seguía apostada en la ventana, posibilitaba que se dibujase el contorno de ambos. Ahora estaban inmóviles, llenos, plenos. Ninguno de los dos hablaba. De la tensión se pasó a la relajación más absoluta. El sudor recorría la frente del joven, mientras que la cabellera rojiza de ella aparecía totalmente alborotada, como si hubiese pasado un huracán por

allí.

Extasiados, jadeantes todavía, cruzaron de nuevo sus miradas. Antonino no creía que aquello estaba ocurriendo. Livia suspiraba mientras seguía aferrándose con fuerza al cuerpo de él, como si no quisiese que se separasen. Seguían unidos, uno solo los dos. Así estuvieron durante un largo rato. Ella le besaba ahora suavemente en las mejillas e iba recorriendo con sus labios la frente, los ojos, el mentón, el cuello, las orejas. Él, sumiso, dejaba hacer. Cada beso minúsculo era una descarga que recorría todo su cuerpo desde la cabeza hasta los pies. La fragancia que despedía Livia hacía que entrase en un estado de placidez absoluta. Y cuando ella paraba de darle besos, comenzaba él a hacer lo mismo. Escrutaba aquel prodigioso mapa que conformaba el cuerpo de la muchacha; se recreaba en su cuello, en los lóbulos de las orejas. Bajaba hasta los hombros y, de manera tranquila, suave, dulce, buscaba la parte de la nuca para seguir besándola. Sus brazos, sus manos, sus pechos. El vientre caliente que se volvía rígido al contacto con los labios del amado. Los dedos que acariciaban piernas e iban de abajo a arriba hasta encontrarse en el lugar anhelado. Y entonces surgía el tímido grito ahogado por el éxtasis que vivían ambos y que no querían que acabase.

No podía haber más felicidad entre aquellas cuatro paredes. Exhaustos de tanto amor, los dos quedaron por fin tendidos bocarriba. Ninguno hablaba. Livia alargó su mano izquierda para coger la derecha de Antonino. Ambos respiraban casi de forma entrecortada y profunda. Las gotas de sudor se deslizaban lentamente desde la frente hasta el cuello. Pasado un tiempo, fue ella la que por fin rompió aquel silencio placentero que disfrutaban mientras el aire que entraba por el ventanal aliviaba el sofoco que sus cuerpos vivían en esos instantes.

—No quiero que te marches.

Antonino no respondió de inmediato. Su mirada estaba fija en el techo. Desnudo, al igual que ella, solo pensaba en lo que acababa de vivir. Todavía no tenía asimilada aquella explosión, aquel frenesí de amor con la persona que anhelaba. No pensaba en nada que no tuviese que ver con ese momento. Lo que viniese después le daba exactamente igual. Ahora se encontraba allí, junto a ella, y eso era lo que realmente le importaba.

—No quiero hablar de ello. Sabes lo que tengo que hacer, como yo sé lo que tú tienes por delante.

Entonces, Antonino se volvió hacia Livia y, nuevamente de forma suave, le besó en los labios. Fue un beso tierno, dulce, como si se estuviese

despidiendo. Acto seguido, se levantó y se acercó hasta una palangana que contenía agua. Puso sus manos en forma de cuenco, recogió líquido elemento y se lo echó en la cara. Repitió aquella maniobra dos veces más. Luego, pasó por delante del triclinio y se acercó al ventanal. Contempló el paisaje que podía divisarse desde allí. Parte de la ciudad de Jerusalén se le ofrecía callada, a oscuras. Las murallas dormían, al igual que todas las casas. No había un alma en las calles. Fijó la vista en la zona exterior y vio las tiendas que no hacía mucho albergaban aquel bullicio del mercado. Parecía como si nadie más que ellos dos existiesen en esos momentos en el mundo.

Después de permanecer un rato recreándose en aquella visión, se dio la vuelta, se acercó de nuevo hasta el tálamo y recogió su túnica para ponérsela.

—Ahora sí, Livia. Tengo que irme. Dentro de poco amanecerá y tengo que partir.

Antes de que ella respondiese, continuó hablando.

—No quiero que digas nada. Ni que te levantes. Quiero llevarme como última imagen tuya la que contemplo ahora. Será la que recuerde cuando esté en tierras lejanas y entre nosotros haya tanta distancia. Pero es la que me dará fuerzas cada día para seguir adelante, cumplir mi misión y volver de nuevo a tus brazos. Sé que será pronto, que no pasará tanto tiempo como dice Manius.

Terminado de decir esto, nuevamente se acercó hasta Livia. Ella permanecía tendida. Ahora ya se tapaba de cintura para abajo con su túnica. Él la besó por última vez. Ninguno dijo nada. Avanzó hacia la salida de la estancia y, antes de desaparecer, se giró una vez más para contemplar aquella imagen. «Es la que llevaré conmigo en todo momento», se dijo para sí. «Adiós, Livia. Te juro por todos los dioses que volveré a tu lado». Entonces desapareció.

Ella cerró los ojos, apretó los dientes y se dio la vuelta hasta ponerse bocabajo en el triclinio. Comenzó a llorar de forma callada, ahogándose en sus lágrimas. Aunque hubiese querido decirle algo, su garganta no era capaz de emitir sonido alguno. La impotencia estaba instalada en todo su ser. Tampoco podría haberse levantado. Había entrado en un estado de resignación por lo que sabía perdía y que podía ser para siempre. Hubiese querido gritarle cuando se marchaba; suplicarle que no se fuese, que su sitio estaba al lado de ella y que era todo una pesadilla: la misión, el largo viaje, el tiempo que estaría fuera... pero no pudo. Se ahogaba en sus propias palabras. Lo vio cruzar aquel umbral y el mundo se le vino encima. Un cataclismo de dimensiones estremecedoras como el que había vivido hacía unos minutos junto a él. La diferencia radicaba en que éste era de efectos devastadores para

su vida.

Continuó en aquella posición mientras el sueño se iba apoderando de ella. Comenzaba a quedarse dormida en medio de un silencio que le pareció, en muchos momentos, aterrador. Pero el cansancio podía con su cuerpo y su mente se iba abandonando poco a poco. No quería sucumbir; prefería estar despierta para cuando el sol comenzase a asomar por su ventanal. Por otra parte, tenía por delante una dura tarea para preparar todo el equipaje de su señora. Si Antonino partía dentro de muy poco, ella lo tendría que hacer no mucho tiempo después.

Estaba cansada. Su mente se difuminaba indefectiblemente para entrar en el territorio de los sueños. Le llegó, de pronto, un olor que no estaba antes en la habitación. No era placentero. Pero ya estaba casi sumida en un estado de relajación tal que no sabía si era producto de su imaginación.

Entonces sintió que le faltaba el aire. No sabía qué pasaba pero algo le tapaba la nariz y la boca. Salió por completo del sueño y, aterrorizada, comprobó que era una mano, poderosa, la que le apretaba con fuerzas. Estaba bocabajo y sintió, igualmente, la presencia de alguien. Estaba echado a su lado, en su triclinio. Y el olor que instantes antes detectó se hacía más fuerte. Un movimiento violento hizo que se diese la vuelta, la arrastró al otro lado de la cama y, en medio de la confusión y la angustia porque no podía respirar, se encontró frente a frente con un rostro. No podía articular palabra alguna.

—¿Creías que me iba a olvidar de ti?

Fue en ese preciso instante, al escuchar aquella frase, cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Era el centurión Tulio Plinio.

—No quiero que digas absolutamente nada. Si de tu boca sale una sola palabra, te retorceré el cuello antes de que puedas pedir auxilio.

Continuaba apretando con fuerza en la nariz y los labios de Livia, que notaba cómo empezaba a faltarle al aire. Sacudió su cabeza de un lado a otro en un intento desesperado de zafarse de aquella opresión. Pero no pudo conseguir nada. El hombre, que prácticamente estaba echado encima de la muchacha, separó algo la mano y dejó libre su nariz. Respiró profundamente. Quería coger el mayor aire posible. Mientras, sintió cinco serpientes que avanzaban por sus muslos. Abrasaban. Era la otra mano del centurión que, de forma sinuosa, recorría aquel trozo de su cuerpo. Se sintió morir.

—No luches porque no te va a servir de nada. Ninguna mujer le dice no a Tulio Plinio. Y ahora lo vas a comprobar.

No podía hacer nada. Estaba agarrada y la fuerza de ese hombre era

descomunal. Perdida la batalla, en un último esfuerzo intentó cerrar sus piernas, protegerse. Pero era imposible. De un fuerte golpe Tulio Plinio las separó. Los dedos se clavaron en su carne y sintió que se marcaban, como un hierro incandescente cuando se herraba a un caballo o una vaca, en la zona interior de sus muslos. Con un movimiento certero le arrancó de cuajo la túnica y entonces quedó expedito el camino. La desnudez de la muchacha fue escrutada por el hombre, que se detuvo por unos instantes para contemplar aquel cuerpo que acababa de hacer suyo como si del asalto a un campamento se tratase. Vencido el enemigo, se disponía ahora a tomar posesión de su triunfo.

—Voy a hacer que te olvides de ese muchachito. Ahora vas a saber lo que es un hombre de verdad, un legionario romano.

Los ojos de Livia estaban desorbitados. Tampoco, como anteriormente, hubiese podido gritar. No había palabra alguna que pudiese atravesar su garganta e instalarse fuera de ella. Se hundió en el triclinio, intentando evitar el contacto de su piel con la del centurión. Pero era una batalla perdida. El hombre agarró a la muchacha con fuerza a la altura de las caderas y, con otro movimiento ágil, embistió con todas sus fuerzas.

Cerró los ojos. Contuvo la respiración tratando de que no le llegase aquel olor que se le introducía por sus pituitarias y apretó dientes. Estaba dentro de ella y no podía expulsarlo. Fue entonces cuando, ya completamente perdida, cerró las manos, dejó flácidos los brazos y piernas, y trajo a su mente a Antonino. Lo sintió como lo había sentido antes. Lo dibujó de tal manera que aquellas serpientes que manoseaban sus pechos, su vientre, su cuello, se convirtieron en las dulces manos de su amado. Le llegó la fragancia de él, la que expandió por su cuerpo cuando, minutos antes, le besaba dulcemente la boca, el cuello, la nuca. Volvió a erizársele la piel mientras aquel hombre, transformado para ella en Antonino, continuaba dando oleadas dentro de su cuerpo. Vio el rostro de su amado en el de aquel hombre que, de manera desafortunada, intentaba abarcar todos y cada uno de sus rincones mejor guardados y más difíciles de acceder. Su cabello, de nuevo revuelto, se agitaba de manera incontrolada. Recordó el sudor que recorría el cuerpo del joven cuando caía el del centurión entre sus pechos. Se esforzó por solo tener ojos y sentidos para Antonino, como si no se hubiese marchado de su alcoba. Le habría gustado decirle tantas cosas antes de que abandonase la estancia... pero no era tarde todavía. Tenía que hablarle, contarle lo mucho que lo quería, lo que significaba para ella, una sirvienta que no había conocido el amor hasta

que aquella noche le entregaba su mayor tesoro y él lo abría con la dulzura más grande que puede haber. Quería que supiese que le esperaría, que no sería de nadie más y que si no volvía, ella quedaría para siempre al lado de su señora; que no miraría a ningún otro hombre porque solo tenía ojos para él. Porque fue él, precisamente, el elegido por ella para que le diese la vida, para que le otorgase el don de la felicidad plena. Nada ni nadie podría separarlos. Ni siquiera aquella fuerza brutal que ahora inundaba su cuerpo y parecía manchar con el peor de los hedores todo su ser. Ni siquiera eso podría apartarla de Antonino.

Oyó cómo bufaba y jadeaba el centurión, cómo se movía a ritmo vertiginoso como si en ello le fuese la vida. Le escuchó decir algo entre dientes, en medio de un estado de excitación propia de un animal irracional que tiene ante sí su pieza más deseada y está a punto de devorarla. Pero Livia no atendía a aquello. Comenzaba a irse de allí, como si saliese de su cuerpo y, desde arriba, contemplase la escena. ¿Cuánto podría durar aquel martirio? Ya no le importaba. Esperaba a que todo terminase. Le dejaba hacer y pensaba sólo en Antonino. De otra forma no habría resistido.

En un momento dado, el centurión aceleró más sus movimientos. Sus jadeos fueron incrementándose y comenzó a embestir a la muchacha con mayor virulencia. Ella dejó el cuerpo totalmente abandonado, sin oponer la menor de las resistencias. Dejó que hiciese el esfuerzo final el hombre y culminase la tropelía más infame de cuantas había llevado a cabo a lo largo de su carrera militar. Varios espasmos se sucedieron hasta que, por fin, comenzó a bajar el ritmo. Había consumado aquel execrable asalto. Su respiración, profunda, se espaciaba y el sudor le recorría todo el cuerpo.

Todavía encima de la muchacha, apoyó las manos en el triclinio, a ambos lados de la cabeza de Livia, y contempló su victoria. Ella, inerte, continuaba en silencio. No movía absolutamente nada. Permanecía bocarriba, con las piernas todavía separadas. De nuevo se le hizo presente aquel nauseabundo olor que aspiró cuando, momentos antes de que apareciese, era feliz. Le entraron ganas de vomitar y dos arcadas le vinieron a su boca, logrando contenerse.

Por fin aquel animal se despegó de ella. Sintió que se liberaba de la peor de sus pesadillas. Pero continuó en la misma posición. Lo vio levantarse y, tanteando, encontrar sus enaguas de soldado del Imperio romano. Lo vio ponérselas, ya al pie de la cama, y sonreír. Vio cómo se secaba el sudor con aquella inmaculada túnica vaporosa que luego le tiró al cuerpo. Y lo vio

acercase a la palangana que, no hacía mucho, había utilizado su amado para refrescarse. Y en ese momento, con el hombre dándole la espalda, sintió la imperiosa necesidad de levantarse e intentar matarlo. Pero no podía. Su cuerpo estaba totalmente abandonado y no tenía fuerza alguna para hacer algún tipo de movimiento. No quería, además, mover ni uno solo de sus músculos para que aquel asqueroso olor que tenía impregnado por todo su ser volviese a levantarse y flotara en el ambiente.

Se volvió el centurión hacia ella. El agua le recorría el rostro y le llegaba al torso que aún seguía jadeante. Miró a la muchacha, sonrió de nuevo y habló.

—Ya sabes lo que es que un hombre te posea. Seguro que no tiene nada que ver con lo que ese remilgado muchachito imberbe te ha hecho. Me lo agradecerás más adelante. Porque no vas a querer que te monte nadie más que yo después de esta experiencia. Al fin y al cabo, te he hecho un favor.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Pero de nuevo le habló.

—Eres mujer muerta si esto sale de esta estancia. Ni tu emperatriz podrá evitar que te mate si le dices una sola palabra. Y no querrás que tu hombre corra peligro. Lo voy a tener a mi lado durante mucho tiempo y cualquier cosa que hagas en contra mía será motivo suficiente para que acabe con su vida. Y luego iré a por ti. Así que, sé buena, pórtate bien y descansa, que después de lo que has gozado, tienes que reponer fuerzas.

Desapareció. Todo, otra vez, quedó en silencio. En el más absoluto de los silencios. Un vacío aterrador invadió toda la estancia. Livia, entonces, sintió que el estómago se le revolvía por completo y, en un acto reflejo, pudo levantar la parte superior de su cuerpo en medio de arcadas tremendas. Vomitó en el suelo una primera vez. Luego, al sentir la amargura de la saliva, lo hizo por segunda vez. Y una tercera. Ya no tenía nada en su interior, pero las convulsiones de sus intestinos no cesaban. Fue a levantarse del triclinio pero las piernas le temblaban. Se miró los muslos y vio aquellos dedos marcados, aquellas víboras que habían entrado en su ser. Se sintió sucia, despreciable. Sacó fuerzas de flaqueza y abandonó la cama. Tiró lejos la túnica y buscó agua. Comenzó a echársela por todas partes en un intento de desterrar no solo el olor sino todo lo que hubiese estado en contacto con el centurión. Lo hizo primero de manera impulsiva. Luego, viendo que de esa forma no conseguiría gran cosa, se dedicó a lavarse con tranquilidad y de forma ordenada: el rostro, el cuello, los pechos, el vientre. Posteriormente los pies, para ir subiendo por las piernas hasta llegar al lugar mancillado, vejado y humillado. Puso especial cuidado a la par que énfasis. No quería que quedase resto alguno que pudiese

recordarle a aquel hombre.

Le llevó un buen tiempo todas las labores de limpieza corporal. Cuando consideró que, al menos, había conseguido erradicar aquel olor y cualquier resto que tuviese que ver con Tulio Plinio, recogió los trapos que le sirvieron para secarse y la túnica y los metió en un pequeño hatillo. Buscó otra túnica y, tras perfumarse con todo lo que encontró, había dispuesto ir a las cocinas de palacio y quemar aquellos ropajes para que nada le pudiese recordar al centurión. Lo haría en esos mismos instantes, cuando todavía no era de día, antes de que el sol hiciese acto de presencia y tuviese que acudir a la estancia de la emperatriz para proseguir con su tarea. Sin embargo, cuando el día acabase, ya no seguiría allí. No podía continuar en un lugar en el que se acordase de Antonino sin tenerlo a su lado. Y no sabría qué hacer si de nuevo se encontraba con Tulio Plinio. Porque de lo que estaba segura es que lucharía con todas sus fuerzas para verlo morir. Y esa empresa requería que abandonase a la emperatriz y fuese a buscarlo allá donde se encontrase. Porque solo así conseguiría reunirse con su amado y, a la vez, acabar con aquel animal salvaje. Ello conllevaría que fuese declarada una proscrita y, quién sabe, si perseguida por el propio Tulio Plinio para llevarla como prisionera ante su señora y que él mismo le diese muerte. Pero tendría que correr ese riesgo si quería ver cumplida su venganza.

Limpio los vómitos esparcidos por el suelo; tiró el agua en la que se refrescó el centurión. Todo con una parsimonia impropia de alguien que acababa de ser violada. El único temor que le embargaba es que amaneciese y no hubiese terminado con todo lo que tenía que desterrar antes de acometer su más importante objetivo en la vida a partir de esos momentos.

Y cuando dejó todo en perfecto estado; cuando ya nada podía recordarle que ese hombre entró en sus aposentos y la poseyó en contra de su voluntad, se sentó en el filo del triclinio, se echó las manos a la cara y comenzó a llorar.

[11](#) Señora de la casa romana, la mater familia.

SEGUNDA PARTE. CEGUERA DE PODER

XII

Una sacudida seca en el hombro hizo que se despertase de forma brusca. Se encontraba sumido en un profundo sueño y cuando abrió los ojos de manera repentina no sabía dónde se hallaba. Pensó, en un primer momento, que aún permanecía en los aposentos de Livia y que se había quedado dormido. Le entró un desasosiego extraordinario creyendo que acababa de ser descubierto y que, además, echaba a perder la misión para la que fue llamado.

Dio un salto del camastro y miró a su alrededor. Pasados unos segundos, se dio cuenta de que estaba en el barracón. Sólo recordaba que entró de manera sigilosa para no despertar a ninguno de sus compañeros y que cuando se echó a dormir no pasaría ni un minuto. Luego, ese golpe repentino que le sacó de su ensimismamiento.

—¡Vas a hacer que nos cuelguen!

La voz le resultaba familiar. Todavía confuso, miró a su derecha, que era de donde provenían aquellas palabras y se dio casi de bruces con Manius Aquila.

—¡Manius! —dijo frotándose los ojos e intentando despabilarse del todo—. ¿Ya es la hora?

El veterano soldado estaba frente a él, vestido con una túnica color marrón y una soga a la cintura, portando al hombro un saco de pequeñas dimensiones.

—¿Qué si es la hora? Pues claro que sí. Hay que acudir al palacio. Nos quiere ver la emperatriz antes de que partamos.

—¿A quiénes?

—¿A quiénes va a ser? Por todos los dioses que estás todavía en los brazos de Morfeo. Corre a refrescarte y vístete. No tenemos tiempo. Ya deberíamos estar en camino.

Corrió hacia la parte del fondo del barracón sorteando camastros. Todos los que allí se encontraban dormían de manera plácida. Ni siquiera las voces de ambos les habían sacado de su estado. Se echó agua por la cara y la cabeza. Lo hizo en varias ocasiones. Luego tomó un pequeño trapo y se restregó las axilas y el pecho. No había tiempo para más. Regresó a su camastro y se enfundó la túnica. Era de color ocre. Se anudó con fuerza la soga y cogió el petate que se encontraba a los pies de su cama.

—Ya estoy listo, Manius —dijo mirándole con cierto aire de complacencia por la rapidez con la que acababa de actuar.

—Pues despídete de todo lo que veas porque vas a tardar tiempo, mucho tiempo en volver a verlo. Y eso va por la muchachita.

Al decir esto último se le vino a la mente, de forma instantánea, el rostro de Livia. De repente se acordó que no hacía mucho estaba a su lado y ambos se amaban de la forma más maravillosa que uno pudiese imaginar. Echó a andar detrás de su compañero. Salieron del barracón. Todavía no era de día pero en el horizonte comenzaba a clarear.

—Dentro de muy poco amanecerá —precisó Manius Aquila mientras dirigía sus pasos hacia el palacio—. No quiero que nos vayan a echar una bronca por llegar tarde. Si la emperatriz ha puesto tanto interés en esta misión, será por algo. Vamos, no te quedes rezagado.

Las calles de Jerusalén permanecían todavía calladas. Se cruzaron con varias personas que se dirigían al campo a trabajar. Pero la tranquilidad reinaba en aquellos instantes. Le pareció a Antonino bella aquella escena: dos hombres subidos a un carromato que ayudaban a otros dos, en el suelo, a cargar sacos. Se preguntó qué contendrían. Luego, más adelante, una mujer llevaba sobre sus espaldas un gran serón lleno de grano. Pasaron junto a una herrería en la que varios muchachos, sin duda aprendices, comenzaban a preparar el fuego. El sonido de los metales al chocar le evocó a su padre y pensó qué haría en aquellos precisos instantes. «Seguramente estará disponiendo todo, igual que estos jóvenes, para empezar una nueva jornada que será dura. Muy dura. No sé si he hecho bien en tomar esta decisión. Puede que le hiciera más falta a mis padres allí, en Bizancio. Pero si me hubiese marchado con ellos, si no hubiese aceptado el ofrecimiento de la emperatriz para convertirme en legionario romano, no habría conocido a Livia».

Tras unos minutos de caminata llegaron a la plaza donde se erigía el palacio. Ambos anduvieron en silencio, cada uno con sus pensamientos. La guardia que estaba a las faldas de las escaleras adoptó, al verlos, una actitud de expectación. Fue Manius Aquila quien habló.

—Nos espera la emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente —dijo a los soldados con voz firme.

Estos reconocieron al veterano legionario. No en vano, Manius era hombre respetado entre la tropa por sus hazañas bélicas. Muchos lo consideraban un líder dentro de su rango.

—Os estábamos esperando, Manius Aquila —dijo uno de ellos—. Podéis pasar.

Subieron las escaleras hasta llegar a un gran atrio porticado. Luego,

siguiendo las indicaciones de otros guardias, avanzaron en dirección a las estancias altas que se encontraban justo encima de ese atrio. Antonino no reconocía aquella zona, ya que cuando entró en el palacio lo hizo por la parte trasera, por las cocinas. Cayó en la cuenta de que junto a la emperatriz se encontraría Livia. «Una buena oportunidad para verla de nuevo y poder despedirme», pensó.

Llegaron a la estancia. Cuando accedieron a ella, se encontraron con Flavia Iulia Elena, sentada en un triclinio; el obispo Macario a su lado y el centurión Tulio Plinio. Éste, al igual que ellos, vestía una túnica de paisano. Era del color del vino. A sus pies descansaba un saco de parecidas dimensiones a los que portaban ellos.

—Me alegro de veros —dijo la emperatriz.

Ambos realizaron un saludo reverencial.

—Ya debíais estar en camino —continuó ella—. Pero he querido despediros personalmente al ser vosotros los elegidos para tan importante misión. Sé que estáis preparados y que vais a encontrar a los descendientes de ese hombre que se marchó de Jerusalén con algo que pertenecía al Señor Jesucristo.

Se había levantado del triclinio y ahora contemplaba, por la gran balconada, cómo el sol comenzaba a emerger en lontananza y sus rayos empezaban a bañar el horizonte de una luz anaranjada preciosa. Antonino miró por la estancia intentando descubrir dónde se hallaba Livia. Pero ella no estaba allí. Sintió cierta decepción habida cuenta de las ilusiones que se había hecho durante el trayecto hasta el palacio. «No ha podido ser. Pero no importa. Lo que pasó anoche entre ambos es suficiente para que nuestro amor no se resquebraje. Sé que me va a esperar, lo mismo que ella sabe que yo volveré para estar a su lado y no marcharme jamás sin que venga conmigo. Al fin y al cabo, es una prueba más para comprobar la fuerza de nuestro amor».

—Centurión Tulio Plinio —alzó la voz la emperatriz—. En ti confío esta misión. A tu cargo tienes a estos dos hombres de quienes espero lo mejor, lo mismo que de ti. Tú mejor que nadie sabes cómo hay que actuar y dónde acudir. Quiero que me mantengáis informada de vuestros pasos, de lo que vayáis averiguando. Para ello tendréis que contactar con el legatus legionis. Lo harás por medio de misivas que deberás enviar a través de los correos militares. Aquí tienes estos salvoconductos para usarlos en cualquier situación de apuro. Nadie sabe qué es lo que vais a realizar. Pero en estos documentos encontrarás también contraseñas que te servirán para identificaros cuando acudáis a cualquier guarnición romana. Espero que no las tengáis que usar,

sólo para cuando me informes. Será señal de que todo va bien.

—Así se hará, augusta emperatriz —respondió con voz seca Tulio Plinio.

—Y tú, Manius Aquila —habló de nuevo la emperatriz—. Tomad esta carta.

El veterano soldado se acercó de manera titubeante. Cogió lo que le ofrecía Flavia Iulia Helena e hizo ademán de guardar el papel.

—¿No vais a leer su contenido?

Vaciló unos instantes y cuando se decidió a responder fue ella quien lo hizo.

—Se trata del contrato por el que te lego una serie de tierras en Hispania, tal y como se te prometió. Cuando haya acabado todo esto podrás disfrutarlas como mejor te plazca. Espero estés contento.

—Mi augusta señora —dijo completamente turbado—. No sé cómo agradeceroslo.

—Cumpliendo con la misión que os he encomendado. Está bien. Ya es hora de partir. En las cuadras tenéis preparados tres caballos. Os doy todas mis bendiciones y deseo que Cristo os acompañe en todo cuanto vais a acometer. No olvidad nunca que pertenecéis al Ejército del Imperio Romano.

Los tres hicieron una reverencia y se dirigieron hacia la salida. Tulio Plinio iba el primero, seguido de Manius Aquila y, finalmente, Antonino Quintus. Cuando ya habían atravesado el umbral, la emperatriz se digirió a ellos.

—¡Antonino! ¡Quiero decirte algo!

Los tres se volvieron. El centurión frunció el ceño. Llamaba solo al muchacho. «¿Qué será lo que le va a decir la emperatriz? ¿Acaso algo relacionado con la esclava? No lo creo, pero he de estar alerta».

Antonino volvió sobre sus pasos.

—Decidme, augusta señora, ¿qué queréis de mí?

Hizo la emperatriz un pequeño aparte con el joven, quedando a espaldas del obispo Macario, que permanecía en la estancia sin decir palabra alguna.

—Cuando hayáis encontrado a los descendientes de José de Arimatea, entregadles esta carta —le introdujo un papel en su saco—. No quiero que nadie sepa de su existencia. Ni siquiera tus compañeros.

—Pero... —vaciló Antonino—. ¿Por qué yo?

—Porque en ti confío plenamente. Sólo puede abrirla la persona que sea descendiente del que ayudó a bajar el cuerpo del Mesías de la Cruz.

—Así se hará, mi señora.

—Que Él os proteja —le dijo poniéndole su mano derecha sobre su frente.

Se encaminó al encuentro de sus compañeros, que le esperaban en el atrio de entrada al palacio. Estuvo tentado de preguntarle a la emperatriz por Livia,

pero desistió al comprobar que ella tampoco le decía nada sobre la muchacha. «Mejor así. No sé si habría podido contener la emoción estando ella presente». De pronto, le asaltó otra duda. «¿Qué pasará si el centurión descubre el documento que me ha entregado la señora? No podré demostrar que me lo ha dado ella. Debo mantenerlo oculto siempre. Ni siquiera Manius debe conocer su existencia».

—¿Qué ocurre muchacho?

—¿Qué quiere decir, centurión? —respondió Antonino cuando estuvo frente a los dos hombres. El rostro de Tulio Plinio delataba que andaba algo tenso.

—No quiero ningún secreto entre nosotros —dijo—. Estáis a mis órdenes, como habéis escuchado a la emperatriz, y seré yo el único que tome las decisiones a partir de ahora. Así que, andando. Tenemos un día duro hasta llegar a Caesarea.

Los tres bajaron las escaleras y tomaron dirección a las cuadras. El sol ya estaba presente aunque en esos primeros compases del día sus rayos eran suaves. Antonino miró de reojo a Manius quien, llevando su dedo índice en perpendicular con sus labios, le dio a entender que se mantuviese callado. Sabía el veterano soldado que, desde esos momentos, estaban en manos de un desalmado.

—¿Y por qué no has querido despedirte de él? ¿Es que acaso no lo amas ya?

Andrea recogía varios objetos de metal —copas, jarras y bandejas— y las estaba introduciendo en un gran arcón de madera en el que se depositaban las piezas relacionadas con la vajilla. Livia permanecía callada desde que abandonó sus aposentos. Andrea le había preguntado varias cosas mientras continuaban con las labores de embalaje pero ella respondía siempre con monosílabos. Se deshizo de todo cuando se repuso del impacto de la violación y en su mente sólo estaba la idea de escapar cuando anocheciese e ir en busca de Antonino. Pero no quería revelar a nadie sus intenciones. Comprendía la inquietud de Andrea, pero estaba resuelta a guardarse toda su ira, no compartirla con nadie y descargarla contra aquel hombre cuando llegase el momento.

—No me has dicho nada de lo que ocurrió ayer entre tú y ese legionario que vino a buscarte...

—¿Y qué tenía que ocurrir? —respondió de forma lacónica sin dejar de hacer sus tareas.

—¿Pues qué va a ser? No soy tonta, Livia, y anoche te escuché. No estabas sola en tu alcoba...

—¿Es que me estuviste observando?

La respuesta contuvo muy malas formas. Andrea se dio cuenta de que su amiga estaba a la defensiva. No sabía qué era lo que le pasaba pero todo parecía indicar que las cosas no habían salido como esperaba.

—No te enfades conmigo, Livia. Soy tu amiga y me preocupo por ti. Sólo eso. Si te estoy incomodando, perdona. No volveré a hacer ni una sola pregunta más.

Continuó con sus quehaceres. Livia comprendió que no era de recibo tratarla así. Ella no tenía culpa alguna de lo que le había sucedido. Pero no quería contárselo a nadie, ni siquiera a la emperatriz. Aunque Tulio Plinio la amenazó de manera explícita, estaba convencida de que si se lo contaba a su señora, nada malo le podía pasar. Por otra parte, no dudaba en la palabra del centurión. Podrían pasar meses, incluso años, pero si salía con bien de la acusación, esto es, era juzgado pero no moría, en cuanto abandonase su cautiverio iría a buscarla y cumpliría su amenaza de matarla.

Livia dejó lo que estaba recogiendo y se acercó a Andrea, poniéndole la mano en uno de sus hombros.

—Perdóname, Andrea. No me he portado bien contigo. Tienes toda la razón. Eres mi amiga y te preocupas por mí de corazón. Pero no te puedo decir nada más. Compréndeme.

—No tienes por qué disculparte. Lo único que me inquieta es que te veo triste. Sé que quieres a ese legionario; lo veo en tus ojos. Pero éstos no tienen el brillo de ayer por la tarde, cuando te dije que te estaba esperando en las cocinas de palacio.

—Lo sé, amiga. Lo sé. Pero hasta ahí te puedo decir. Lo único que te pido es que confíes en mí y, a partir de mañana, no me juzgues mal.

—¿Qué quieres decirme?

Livia abrazó a Andrea. Ésta estaba realmente confusa con las palabras de su amiga. Quería ayudarle pero se encontraba con un muro infranqueable.

—Sólo eso. Que confíes en mí. Anda, vamos a terminar de empaquetar todo esto que nos queda mucho trabajo por delante. Habrá que ir al campamento para recoger lo que nos queda allí. La emperatriz quiere partir cuanto antes y el viaje será largo.

De nuevo abrazó a Andrea. Estuvieron así un largo rato. Su amiga se dio cuenta que Livia sollozaba. Sintió compasión por ella. Era lo único que podía hacer.

Los maderos estaban apoyados en una de las paredes de la estancia, que se

encontraba en penumbra. Flavia Iulia Elena, postrada ante ellos, rezaba. Había pasado prácticamente la noche entera en aquel cuarto, echada en el suelo en ocasiones y otras quedándose recostada sobre otro de los frentes, cuando el sueño le podía. Y cuando se despertaba y se espabilaba, rezaba y daba gracias a Dios por haber encontrado aquellas cruces. Tras el milagro obrado con la mujer, la emperatriz estaba convencida de que todo era verdadero y que Roma y Bizancio debían conocer todo lo acontecido. Y que esas cruces sirviesen para veneración del Hijo de Dios. Tenía mucho trabajo por delante y deseaba mostrar al mundo entero el hallazgo de la Vera Cruz de Cristo.

Una voz la sacó de sus pensamientos y oraciones.

—Mi señora, ¿estáis bien?

Procedía de la otra estancia. Era el obispo Macario, que en todo momento estuvo a su lado cuando despidió a los tres legionarios. Pero ahora se sentía preocupado al ver que la emperatriz llevaba un buen rato en silencio.

Salió de la habitación. Se acercó hasta el hombre y le tomó las dos manos.

—Obispo, estoy mejor que nunca.

—Sin embargo, me preocupa vuestro cambio de actitud desde que vino a veros ese hombre al que llaman Abraham. Comprendo la inquietud que os embarga en estos momentos, pero lo realmente importante es que vuestro viaje hasta estas tierras ha dado sus frutos. Sin el tesón y la fe que habéis mostrado desde el comienzo de esta aventura, nada de ello hubiese sido posible.

—Me sonrojáis con vuestras palabras, obispo Macario. Yo sólo he seguido el camino que ha trazado el Redentor. Nada más que había que excavar para encontrar lo que andábamos buscando.

—Entonces, ¿a qué tenéis miedo? Porque vuestro rostro refleja temor, mi señora.

La emperatriz quedó en silencio por unos instantes antes de responder.

—Tengo miedo a que lo que se llevó José de Arimatea pueda perjudicar al Cristianismo.

—¿Por qué decís eso?

—No lo sé. Es sólo intuición. Por eso tengo prisa por llegar a Roma y que allí, delante de la Cruz que sirvió de patíbulo para el Mesías, todos comprendan cuán importante es su Palabra. Pero hay algo que me llena de desasosiego y es por eso que quiero saber qué es lo que se llevó y si todavía pervive o si, por el contrario, sus descendientes se deshicieron de ello.

—Sabéis que podéis confiar en mí. Y os digo que esos temores que albergáis son infundados. Después de más de tres siglos, ¿no creéis que si fuese algo

malo ya habría dado la cara? Os pido que no os preocupéis más. Sea lo que fuere, no puede ser malo para el Cristianismo.

—Tenéis razón. Pero no estaré tranquila hasta saber qué es. Y no me queda mucho tiempo de vida. Soy vieja y en el momento menos pensado puedo ser llamada por el Sumo Hacedor. Así que, por otra parte, quiero que los trabajos para la construcción de los templos en el Gólgota empiecen cuanto antes.

—Vuestros deseos son órdenes. Los arquitectos trabajan a marchas forzadas para tener listos los planos de los edificios. Y ya se ha dado orden para que se comience, mañana mismo, a horadar el monte y que los cimientos sobre los que se asentarán las paredes de los templos vayan realizándose.

—Es algo que me llena de satisfacción, obispo. Haced venir a los arquitectos. Quiero conocer de primera mano qué es lo que están dibujando y, a tenor de ello, tener una idea más o menos aproximada de cuánto tardarán las obras. Yo estaré lejos de aquí, pero prometo volver para ver el avance de los trabajos. Y espero que mi hijo el emperador pueda acompañarme. Mientras tanto, tú serás quien esté al frente de dichas obras. Sólo un sumo sacerdote puede comprender la importancia y magnitud de estos templos.

—Me halagáis, mi señora. Sabéis que estoy a vuestro lado y sería un inmenso honor que Constantino, emperador del Imperio Romano de Oriente y Occidente acudiese a Jerusalén. Con vuestro permiso, voy a ordenar que avisen a los arquitectos.

—Hazlo, obispo, hazlo.

Los tres jinetes avanzaban por un paraje llano. Atrás habían quedado los montes que cobijaban a Jerusalén. El trote de los equinos no era demasiado rápido pero sí constante. El sol estaba ya en todo lo alto y el calor apretaba. Llevaban ya unas cuantas horas de viaje y en todo ese tiempo ninguno de los tres habló palabra alguna. Iban uno detrás del otro. Abría la expedición el centurión Tulio Plinio, mientras que Manius Aquila le seguía, cerrando la marcha Antonino Quintus. Las claras del día posibilitaron que anduviesen un largo trecho de camino sin demasiadas dificultades, incluso galopando en algunos momentos.

Los caballos eran fuertes y aguantaban bien las monturas y el peso de sus jinetes, pero no se les podía llevar al límite. Tulio Plinio quería llegar a Caesarea antes de que anocheciese y para eso debían cabalgar casi sin descanso. Pararían tan sólo para comer algo y refrescarse ellos y los animales. La ciudad de Samaria, a medio camino, sería un buen lugar. Incluso si los caballos estaban demasiado cansados, los cambiarían. Luego continuarían

hasta llegar a su primer destino, comprobarían que la embarcación estaba preparada, harían noche en la ciudad y al alba del día siguiente partirían para surcar el Mare Nostrum y llegar en el menor tiempo posible a Massilia¹², en las Galias.

Una polvareda en el horizonte hizo que Tulio Plinio alzase el brazo derecho haciendo una señal para que se detuviesen. Manius Aquila tiró hacia él de las bridas y el caballo levantó las patas delanteras, relinchó y se paró en seco. Lo mismo hizo el joven Antonino.

—¿Qué ocurre, centurión? —preguntó el veterano legionario.

Tulio Plinio oteó el paisaje y, pasados unos segundos, descabalgó.

—Creo que viene alguien. No están demasiado lejos. Puede que sea una caravana de comerciantes que se dirige a Jerusalén, o una patrulla de la Legión romana.

—O puede que malhechores —interrumpió Manius.

—Así es. Hay que estar alerta. No quiero que nadie desconfíe de una caravana de comerciantes que se dirige a Jerusalén. Vamos a avanzar con tranquilidad hasta encontrarnos con quienes vienen hacia aquí.

Volvió a montar su caballo el centurión y reanudó la marcha. Manius espoleó al suyo y se colocó a la altura de Tulio Plinio.

—¿Con qué comerciamos nosotros, centurión?

—Con sedas. Es lo que hay que decir. Dejadme hablar a mí y todo irá bien. Dile al muchacho que no abra la boca, tanto si es una patrulla como si son comerciantes.

—¿Y si son ladrones?

—Entonces no tendremos que hablar ninguno de los tres. Tan sólo luchar.

Siguieron avanzando con tranquilidad, algo que agradecían los caballos. Pasado un rato comenzaron a divisar en lontananza varios jinetes. El polvo se hacía más visible y, a medida que iban a su encuentro, el número de cabalgaduras iba creciendo. Se trataba de una patrulla de la Legión. Sin duda estaba realizando una acción de vigilancia por la zona para evitar el asalto a caravanas que discurrían por el territorio. Llegaron a su altura y el decurión que iba al frente, levantó su brazo derecho para que se parase la comitiva.

—Salud, amigos —le dijo a los tres—. ¿Qué os trae por estos lugares?

Tulio Plinio se adelantó a sus compañeros y se acercó hasta el jefe.

—Salud, decurión. Somos comerciantes. Venimos de Jerusalén, donde hemos estado unos días haciendo negocios. Nos dirigimos a Caesarea para embarcar rumbo a Roma.

—Lejos os queda vuestro destino. ¿Cuándo pensáis llegar al puerto de Caesarea?

—Esta noche, si los dioses nos amparan. Pero antes pararemos en Samaria para descansar algo y refrescarnos.

—Todavía os quedan al menos tres horas para alcanzar esta ciudad. Veo que no traéis cargamento alguno...

—Lo hemos vendido todo. Incluso el carromato que trajimos para la mercancía. Ha sido un buen negocio.

—¿Os habéis encontrado con algún ladrón?

—La fortuna nos ha sonreído, decurión.

—Tened cuidado entonces. Merodean por estos lares bandas que os pueden asaltar en el sitio más insospechado. Y hasta Samaria no encontraréis a más soldados romanos.

—Gracias por vuestra información. Si no os importa, continuaremos nuestro camino. El sol ya castiga en demasía y todavía queda rato para alcanzar Samaria.

—Que los dioses os sigan acompañando.

Fueron a espolear los caballos para seguir cuando el decurión volvió a dirigirse a Tulio Plinio.

—Amigo, me han dicho que Jerusalén está impactada con el hallazgo de unas maderas por parte de la augusta emperatriz que dice son milagrosas.

—Así es. Al parecer se trata de algo prodigioso. Aunque, si le somos sinceros, no hemos prestado mucha atención. Lo nuestro son los negocios. La religión, tal y como está ahora mismo, es mejor dejarla apartada.

—Tenéis razón. ¿Cómo os llamáis?

—Tulio Plinio.

—Id con los dioses, Tulio Plinio. O con ese Dios de nuestro emperador que es al que él se aferra.

Hizo un gesto con la mano indicándole que continuasen camino. La patrulla se fue alejando en sentido contrario mientras que los tres hombres avanzaban hacia Samaria. Pasados unos minutos fue Tulio Plinio quien, esta vez, se puso al lado de Manius Aquila.

—Hemos tenido suerte, soldado. Esta patrulla pertenece al destacamento que se encuentra permanentemente en estas tierras y no nos han reconocido. En cuanto hayamos partido de Caesarea, seremos unos perfectos desconocidos.

—Lo que no entiendo —respondió Manius— es qué ocurriría si se supiese que somos legionarios romanos. Estamos, al fin y al cabo, llevando a cabo una

misión encomendada por la mismísima emperatriz.

—Nuestro cometido es secreto. Si se conociera que pertenecemos al Ejército romano, tendríamos que dar muchas explicaciones. Y ése no es el objetivo de esta misión. El barco está cargado de mercancías y tendremos que venderlas para pasar desapercibidos. Es lo mejor para que todo transcurra como tengo planeado.

Ambos iban por delante de Antonino Quintus. Éste, en silencio, se mantenía a una distancia prudencial. No quería interrumpir al superior ni al veterano soldado. Él era conocedor de que no contaba con la experiencia de sus compañeros de viaje y no quería que cualquier comentario fuera de lugar le pusiese en evidencia.

—¿Qué tal el muchacho? —preguntó Tulio Plinio a Manius Aquila.

—Bien, centurión. Creo que se va a adaptar pronto a las situaciones que tendremos que vivir —hizo una pequeña pausa en su respuesta para, en seguida, continuar hablando—. Creo no equivocarme si pienso que no le cae bien...

—Estás en lo cierto, Manius. No es nada personal, pero considero que no es la persona adecuada para este tipo de misión. Ya se lo dije delante de ti cuando os comuniqué las órdenes de la emperatriz. No puedo hacer otra cosa que llevarlo en mis filas, pero no confío en él a la hora de cubrirme las espaldas.

—Eso no lo puede saber hasta que ocurra.

—Así es. Por eso espero que no tenga que darse el caso. Tú eres quien lo ha entrenado y sobre ti caerá toda la responsabilidad si falla. Advertido quedas. Ahora, vamos a darles un poco de trote a estos caballos. Quiero llegar cuanto antes a Samaria.

Tardaron más de la cuenta en alcanzar la ciudad. Las puertas de las murallas estaban abiertas de par en par y era mucho el gentío que entraba por ellas. La mayoría portaba cargamentos de alimentos y ropas. A pesar de ir a caballo, tuvieron que ponerse a la cola de hombres, mujeres y niños a pie, carromatos y otros jinetes. Se respiraba ambiente festivo. A Tulio Plinio le extrañó toda aquella algarabía, sobre todo porque intuía que podría retrasar su camino a Caesarea. Por eso, en un momento dado, estuvo a punto de renunciar a entrar en Samaria y continuar viaje. Luego pensó que los caballos necesitaban descansar, al igual que ellos, ya que al día siguiente, a esa misma hora posiblemente, se encontrarían lejos de la costa y esa parte del viaje sería francamente difícil y larga.

Llegaron, por fin, a la altura de la puerta principal de las murallas. Varios soldados romanos estaban atentos al paso de personas y animales y, de manera aleatoria, solían parar a algunos para inspeccionar el cargamento que llevaban y que introducían en la ciudad.

Cuando les correspondió pasar, el centurión se detuvo por unos instantes para preguntar al soldado que parecía llevar la voz cantante.

—Legionario, ¿qué es lo que pasa aquí?

—¿Acaso no lo sabéis? —respondió mientras introducía su gladius en unas balas de paja para comprobar que no había ningún elemento extraño en su interior—. Dentro de unos días llegará la emperatriz Flavia Iulia Elena hasta aquí, camino de Caesarea. Y todas estas personas se aprestan a prepararse para ofrecer sus productos a su séquito.

—¿Y creéis que se detendrá precisamente aquí?

—Debéis ser la única persona en toda Judea —dijo el soldado en tono burlón— que desconoce los acontecimientos que están desarrollándose y los descubrimientos que ha hecho la emperatriz.

—Vengo de Jerusalén y aunque algo he oído, la verdad, me parece todo un poco desmesurado.

—¿De Jerusalén decís que venís? —al legionario se le agrandaron los ojos y comenzó a poner interés en las palabras de Tulio Plinio—. ¿Habéis visto la madera que dicen es divina?

El centurión frunció el ceño. Poco le importaba aquella cruz que parecía tener hechizados a judíos y romanos. Y le molestaba, en cierta medida, que soldados del Ejército romano mostrasen ese interés, cuando ellos, a su juicio, debían de estar al margen de cuestiones religiosas, más propias de emperadores, senadores y patricios. Sin embargo, recordó que su objetivo era pasar desapercibido y, sobre todo, no retrasar más su camino a la ciudad portuaria. Optó por entrar en conversación para no llamar la atención.

—Sí la he visto, cuando la bajaban del monte Gólgota.

—¿Y es milagrosa como han dicho quienes de allí han venido?

—No lo sé, soldado. Lo único que te puedo decir es que la emperatriz la ha buscado con ahínco. Supongo que será por algo.

—¡Vamos a avanzar, que no tenemos todo el día!

Era la voz de unos campesinos que se encontraban detrás de ellos. Tulio Plinio, al escucharla, estuvo tentado de volverse y replicarle, pero recordó de nuevo que ahora no era un centurión sino un simple comerciante, por lo que debía disimular.

—Ya vamos, ya vamos —dijo en tono despectivo—. Soldado, ¿podrías decirme dónde dar de beber y comer a mis amigos y que los caballos descansaran un rato?

—Nada más entrar, busca la segunda calle a la izquierda. Continúas hacia arriba y saldrás a una explanada. Allí hay varias fondas y tabernas. Te recomiendo la de Lucius, un romano gordo que lleva varios años aquí. Sirven el mejor asado y el vino se puede beber.

—Que los dioses os acompañen, soldado.

Éste hizo un movimiento con la mano para que continuasen su camino. Los tres se dirigieron hacia el lugar indicado. La calle, estrecha, estaba salpicada por decenas de personas, algunas ofreciendo alimentos a los viandantes. Tulio optó por seguir las recomendaciones del legionario. Tal y como le había dicho, al cabo de un rato llegaron a una explanada en la que se distribuían varios edificios y establecimientos. Se dirigieron a una de las cuadras. En la entrada, un chaval de no más de diez o doce años invitaba, con gestos, a los viajeros a que dejaran sus caballos.

—¡Señor, señor! ¡Desmonte y yo cuidaré de sus caballos!

—¿Por qué tengo que dejarlos aquí y no en otras cuadras que hay en este lugar? —preguntó el centurión.

—Porque en las otras le van a estafar. Aquí sus caballos comerán y beberán por un módico precio.

—¿No nos estafarás tú?

—¿Tengo cara de ello? —respondió de manera pícaro el chavalillo mientras acariciaba las crines del caballo del centurión.

—Me has caído simpático —dijo mientras desmontaba y le imitaban Manius Aquila y Antonino Quintus—. Está bien, cuida de ellos mientras comemos algo. ¿Dónde está la taberna de Lucius?

—Justo enfrente —señaló con el dedo índice extendiendo el brazo—. Digan que van de parte de mi dueño y también les harán un buen descuento.

—¿Y quién debo decir que nos envía?

—Elian. Sólo digan su nombre y serán bien atendidos.

Cruzaron la explanada y entraron en la taberna. Al igual que todos los establecimientos, estaba muy concurrida. Un agradable olor a comida les llegó a los tres nada más cruzar el umbral. El estómago de Manius Aquila comenzó retorcerse.

—¡Por todos los dioses que aquí se tiene que comer bien por fuerza! ¡Hacía tiempo que no olía tan bien!

Se sentaron en una de las mesas vacías y, al momento, apareció una muchacha, más o menos de la misma edad que Antonino que, sin decir nada, depositó una jarra de vino frío y tres cuencos.

—Bienvenidos a la casa de Lucius. No sois de aquí, ¿verdad?

Tenía una amplia sonrisa y un generoso escote que suscitó la mirada de los tres.

—No —respondió Tulio Plinio—. Estamos de paso, vamos hacia Caesarea. En la cuadra de Elian nos han recomendado este sitio. ¿Qué puedes ofrecernos de comer?

—No os preocupéis por ello. Saciares vuestro apetito, sea cual sea.

Lo dijo en un tono que se les antojó provocativo, mientras se daba media vuelta para ir a las cocinas. Manius Aquila, al escuchar aquella frase, se frotó las manos.

—Ni lo sueñes —le cortó el centurión—. Aquí estamos para comer y reponer fuerzas. Nada de devaneos con las taberneras o las fulanas que puedan acercársenos. Debemos estar esta noche, a lo más tardar, en Caesarea. Así que comeremos y, cuando los caballos hayan descansado algo, continuaremos nuestro camino.

Aquellas palabras sentaron como un jarro de agua fría a Manius. La insinuación de la muchacha despertó en él otro tipo de apetito alejado del gastronómico. Sabía que la joven, en todo caso, lo habría dicho tirándole los tejos a Antonino. Pero allí debía haber muchas más mujeres con las que pasar un buen rato.

—No creo, centurión, que por un rato en una alcoba con buena compañía vayamos a desviarnos de nuestros propósitos.

—Será como he dicho, Manius. Y a partir de ahora, llámame por mi nombre. No vuelvas a decirme centurión. Somos comerciantes, no soldados.

La muchacha volvió con una gran bandeja que contenía varias y humeantes piezas de carne. La depositó en la mesa.

—Buen provecho con esto. Si queréis algo más, aparte de la comida, sólo tenéis que llamarme —dijo en tono insinuante a la par que se daba la vuelta y pasaba, suavemente, la mano por la parte superior del cabello de Antonino.

Comieron con avidez. Tenían hambre y no habían probado bocado desde que salieron de Jerusalén. A ello se unía que durmieron poco, cada uno por motivos diferentes. Mientras daban cuenta de las viandas nadie habló. Al cabo de un rato, Tulio Plinio, limpiándose la boca en la zona del antebrazo derecho y tras beber un buen trago de vino, rompió el silencio.

—Muchacho, parece que te han arrancado la lengua de cuajo. No has dicho prácticamente nada desde que salimos de Jerusalén.

Antonino estaba absorto en sus pensamientos. Parecía ido, sin fijar la vista en nada ni en nadie, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Las palabras del centurión hizo que reaccionase.

—Estoy cansado, apenas he dormido.

—Por lo que veo, esa esclava de la emperatriz te ha dado una buena paliza la pasada noche...

—No consiento que hable así de Livia —dijo en un tono seco—. No estoy aquí para comentar nada que no tenga que ver con esta misión. Así que le ruego que obvie cualquier conversación que no sea la de nuestro cometido.

Le sorprendieron las palabras del joven al centurión. Sonrió unos segundos y luego respondió en tono conciliador.

—Eres muy joven todavía. Te falta experiencia en todo. Posiblemente la adquieras a lo largo de este viaje. Pero ya que te pones así, te voy a dar el primer consejo, que espero te sirva de aquí en adelante: nunca ¿me oyes bien? Nunca subestimes al centurión Tulio Plinio. Puedo ser tu compañero o convertirme en tu peor pesadilla. Si eres inteligente te quedarás con la primera de las opciones. Si, en cambio, me tocas las narices, lo vas a pasar mal, muy mal.

—Deja en paz al muchacho —interrumpió Manius Aquila—. Está con nosotros y los tres estamos condenados a entendernos. Al menos hasta que demos con esas personas. Así que yo también espero que cumplas las normas, Tulio. Como bien has dicho hace unos momentos, somos comerciantes y no soldados. Estarás al mando pero no voy a consentir que amedrentes al chaval. Vamos a estar mucho tiempo juntos, así que es mejor que nos llevemos bien. O, al menos, que nos sobrellevemos.

Soltó el centurión la pieza de carne en la bandeja. Bebió de nuevo y, tras limpiarse los labios, sonrió. Hubiese querido enzarzarse en una discusión que, a lo peor, terminaba en pelea. O simplemente poner punto final a esa insolencia con un arresto, pero entonces la misión se habría ido al traste. Comprendía la situación que vivían y es por eso que Manius Aquila estaba, en cierto modo, en ventaja con respecto a él. Pero no estaba dispuesto a que aquellos dos cuestionasen su autoridad. No era, ahora, el momento de plantear otro tipo de situaciones sino más bien intentar atemperar los ánimos de ellos. «Ya habrá tiempo para dejar las cosas en su sitio. Me encargaré personalmente de que lo pasen mal y, finalmente, mueran. Soy yo quien tiene todas las de

ganar a la hora de acusarles a los mandos».

—Sea como dices, Manius. Vamos a terminar de comer. Luego iremos a por los caballos y si están ya descansados, continuaremos el viaje.

No volvieron a hablar más durante el tiempo que estuvieron en la taberna. Pasado un largo rato, regresaron a la cuadra. Los caballos ya estaban descansados y preparados para continuar el viaje. Cabalgaron durante el resto de la jornada. El camino se hizo más llevadero a medida que avanzaba la tarde y el sol iba declinando. Aquellas tierras llanas propiciaban que se ganase terreno más fácilmente.

Anocheecía ya cuando divisaron las luces de Caesarea. Se cumplían los pronósticos del centurión.

—Por el momento vamos bien de tiempo. Hemos avanzado lo suficiente como para poder descansar esta noche. En cuanto lleguemos buscaréis posada y venderéis los caballos al mejor postor. Mientras, yo iré al puerto para saber cuál es nuestro barco. Os reuniréis conmigo luego.

Eran las primeras palabras que pronunciaba Tulio Plinio desde que salieron de Samaria. Ni Manius Aquila ni Antonino Quintus respondieron, tan sólo se limitaron a seguir a su jefe cuando éste espoleó de nuevo el caballo y prosiguió en dirección a la ciudad.

Alcanzaron su objetivo entrada ya la noche. A diferencia de las murallas de Samaria, las de Cesarea eran mucho más altas. Todavía estaban las puertas de la fortificación abiertas. Y también, delante de ellas, se situaban varios soldados romanos. Era esta ciudad mucho más grande que la anterior, además de poseer uno de los más importantes puertos de todo el lugar. Allí solía llegar la flota romana y allí, precisamente, se encontraban los barcos que debían llevar a la emperatriz a Roma.

Cruzaron sin problema alguno la amplia puerta principal. A pesar de ser tarde, había animación en las primeras calles. Gente de un lado para otro. El olor a pescado estaba presente en el ambiente, que se confundía con el que provenía del mar y que, de vez en cuando, hacía que los tres hombres se sintiesen más relajados.

A mitad de camino entre las murallas y el puerto se encontraron con varias posadas. Detuvo su caballo Tulio Plinio y, acto seguido, le imitaron los dos compañeros.

—En una de estas posadas dormiremos esta noche. Haced lo que os dije antes —precisó mientras se bajaba del caballo—: buscad el mejor precio tanto en la habitación como en la venta de estos animales. Con suerte

saldremos con bien. Os espero en el puerto.

Sin decir nada más, comenzó a andar. Al poco, su figura se perdió entre las decenas de personas que todavía transitaban por las calles. Manius y Antonino lo vieron alejarse entre el gentío y cuando se perdió por completo habló el veterano.

—Antonino, vamos a pasarlo mal con este tipo.

—No tiene por qué, Manius. Es normal que se comporte como lo que es, un centurión que tiene ante sí la oportunidad de su vida. Lo que tendremos es que intentar llevarnos bien con él. Nada más.

—¿Nada más? ¿Te parece poco? Mira, muchacho, conozco a esta clase de gente y lo único que te puedo decir es que nos va a hacer la vida imposible, nos llevemos bien o mal con él. Así que ándate con ojo y nunca le des la espalda. Puede ser tu muerte. Vamos a coger una habitación y a vender los caballos, como nos ha dicho.

El puerto estaba relativamente cerca de donde se habían despedido. Durante el trayecto, Tulio Plinio se cruzó con varias patrullas romanas. Sintió, quizá, algo de envidia. En verdad, disfrutaba cuando llevaba puesto el uniforme de legionario. Sobre todo porque de esa manera podía ejercer el mando de manera contundente. Pero por otra parte sabía que a lo que se enfrentaba le podía solventar el resto de su vida.

Las callejuelas adyacentes al puerto estaban infestadas de prostitutas y marineros borrachos que buscaban la carne. Sorteó a la muchedumbre para encontrarse con un lugar iluminado. Los pantalanes albergaban muchos barcos de distinto calado. «Tengo que encontrar al contraamaestre de una liburnia llamada Camurga». Anduvo alrededor de las embarcaciones atracadas hasta que, casi al final de esa zona, encontró el barco que buscaba. En la cubierta, varios hombres realizaban tareas de limpieza y ordenaban los distintos aparejos y objetos. El centurión se acercó hasta casi la borda.

—Busco al contraamaestre de esta liburnia —dijo alzando la voz.

—¿Y quién lo busca? —respondió uno de los hombres.

—Tulio Plinio, mercader romano.

El que había respondido dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia el lugar donde se encontraba el centurión.

—Soy yo. Te estábamos esperando. ¿Y los otros dos hombres que debían venir contigo?

—Están buscando alojamiento para esta noche. ¿Cuándo podremos partir?

—Mañana, al amanecer, la marea será propicia. Van a venir unos cuantos

días de bonanza y la tripulación está fuerte, por lo que podremos avanzar bien.

—Sea pues como decís. Mañana antes de que el sol salga estaré aquí con mis compañeros.

—¿No va a revisar la carga?

Tulio Plinio quedó descolocado por unos instantes.

—¿A qué os referís?

—Al cargamento que llegó esta mañana: sedas, túnicas, ropajes de diversa índole. Vamos, la mercancía que tenéis que trasladar hasta Massilia.

—Ah, no había caído. ¿Está todo correcto?

—Por supuesto, señor. Por cierto, si no es indiscreción, ¿están acostumbrados a navegar?

—Llevo muchos años dedicándome al negocio de la venta y he viajado por todo el mundo —respondió sin mucha convicción Tulio Plinio.

—Me alegro, porque el viaje será largo. Habremos de atracar a mitad del camino para aprovisionaros de alimentos y, sobre todo, puede que nos encontremos con piratas. Por suerte, esta liburnia es ágil y podremos esquivar ataques de barcos más pesados.

—Así lo espero, contramaestre. Mañana será otro día. Nos veremos aquí.

[12](#) Ciudad portuaria en las Galias (Francia). Actualmente Marsella.

XIII

—Me gustaría que me dijese qué es lo que te pasa.

Las palabras de la emperatriz retumbaron con fuerza en toda la estancia. Livia, que se sentía demasiado cansada, no respondió en un primer momento y dejó hablar a su señora.

—Espero que todo esté preparado. Dentro de dos días partiremos hacia Roma y quiero que todo lo traje hasta aquí vuelva conmigo.

—Ya está prácticamente todo embalado, mi señora. Es por eso que no me ha visto en todo el día. No quería que algo pudiese perderse o dejarse olvidado.

—Me parece bien. Pero todavía no me has respondido.

—No sé a qué se refiere, mi señora.

Flavia Iulia Elena contemplaba el quehacer de su sirvienta. El rostro de ésta aparecía consumido, serio. Triste. La conocía a la perfección para saber que algo le tenía preocupada. Estaba claro que la marcha de Antonino le debía haber afectado, pero era algo que no podía demorarse ni un solo minuto. Comprendía la pena de la muchacha pero estaba convencida de que aquel viaje iba a servir para despejar muchas incógnitas.

—No has estado esta mañana a mi lado cuando se marcharon...

—Las ocupaciones desde que dijo que vamos a Roma han sido muchas, mi señora. Y en esos momentos no me necesitaba a su lado. Si me hubiese llamado, habría acudido al instante.

—Pero, ¿no deseabas ver a Antonino antes de partir?

Livia paró por unos instantes. Hasta ese momento no había salido el nombre de su amado. Le entró un resquemor por el cuerpo y volvieron a salir a la superficie de su mente imágenes de la noche anterior. Intentó por todos los medios que sólo quedasen aquellas en las que aparecía Antonino pero, sin poder remediarlo, se entremezclaban con otras en las que se hacía presente el centurión. Un sabor amargo le dejaba el conjunto. No conseguía separarlas, como hubiese sido su deseo desde el principio. Tenía que convivir con ambas y, aunque recientes y frescas, se conjuró para que, con el paso del tiempo, sólo quedasen las que tuviesen que ver con su amado. Pero era demasiado pronto. Todo estaba a la vuelta de la esquina y así, por el momento, se hacía imposible desligarlas.

—Se ha marchado y ya está. Sólo soy una simple sirvienta que no puede

disponer de su vida ni de su destino.

Se sintió dolida la emperatriz.

—Eres joven, Livia —le dijo acercándose a ella y acariciando su rojizo cabello—, y todavía hay cuestiones que no alcanzas a comprender. La misión que le he encomendado a Antonino está por encima del amor terrenal. Tiene que ver con el amor, pero de otra clase. Sabes lo que he luchado por encontrar lo que se halla en esta otra estancia —dijo señalando al lugar donde reposaba la Vera Cruz—. ¿Por qué lo he hecho? Porque estoy convencida de que con este descubrimiento muchos de los ciudadanos romanos que todavía no abrazan el Cristianismo ni la fe de Cristo lo harán a partir de ahora. Hay muchas personas que siguen instaladas en el paganismo de unos dioses que nos han regido durante siglos y que están huecos, vacíos. Jesús, el Mesías, es algo muy distinto. En sus palabras hay amor, fe, entrega a los demás; dar sin esperar recibir... eso no nos lo facilitan los dioses que han deambulado por nuestras vidas durante cientos de años.

Livia hizo de tripas corazón y, aún a sabiendas de que la emperatriz podría enfadarse, no pudo aguantarse y le preguntó:

—Y todo eso, ¿qué tiene que ver con Antonino?

La reacción no fue la que se temía. Flavia Iulia Elena se apartó y se dirigió hacia el gran ventanal. De nuevo se puso a observar el monte Gólgota. Estuvo un rato en silencio hasta que por fin, respondió.

—Todo, Livia. Tiene que ver todo. Ese muchacho es quien velará por que la Vera Cruz de Cristo esté a salvo y sea venerada por millones de personas, creyentes. Por eso lo elegí. No es un legionario romano como los otros dos. Su corazón contiene otras cosas muy distintas al resto de los humanos. Lo vi el primer día en sus ojos. Y será, con el tiempo, el mayor defensor de este hallazgo, aunque ahora no sepa ni comprenda por qué lo he metido en este embrollo. Cuando encuentre lo que busco, todo cambiará.

De nuevo, Livia sintió la imperiosa necesidad de rebatirle todos aquellos argumentos que iba desgranando la emperatriz.

—¿Y yo qué, mi señora?

—Mientras todo llega a su fin, aguardarás a mi lado su vuelta. Sólo te pido que confíes en mí. Eres como una hija, lo sabes, y por eso sé que todo esto es lo mejor para ti. Dentro de no mucho tiempo comprenderás que todo lo que está por acontecer es por algo mucho más alto que por lo buscamos en la tierra los mortales. Sé que es duro, muy duro, pero sólo te pido un esfuerzo. Grande, soy consciente de ello, pero un esfuerzo que habrá merecido la pena.

Anocheecía en Jerusalén. El aire traía el frescor de las primeras horas nocturnas. Livia no contestó y siguió con sus quehaceres. A pesar de todas las buenas palabras de la emperatriz, sólo pensaba en que aquellas serían sus últimas horas al lado de ella. Cuando amaneciese, estaría lejos, todo lo que pudiese, de la ciudad y de su señora. No sabía cómo lo iba a hacer y si, finalmente, lograría su cometido. Pero no había marcha atrás.

Cuando llegaron al puerto de Caesarea no había amanecido aún. Sin embargo, la actividad era importante. Varias embarcaciones se encontraban fuera de los atraques. En la parte más alejada se divisaban naves del Ejército romano. Todo un espectáculo contemplar las impresionantes galeras que estaban atracadas, así como los birremes y trirremes¹³, que conferían aún mayor grandeza a un puerto clave para los objetivos del Imperio. Eran cientos los hombres que a esa hora se afanaban en todo tipo de trabajos. Al igual que ocurrió cuando llegaron el día anterior a Samaria, parecía que la ciudad se preparaba para algo importante. En todo caso, un puerto como este era normal que desplegase mucho trabajo. Había prosperidad en esos momentos y, sobre todo, la presencia en Jerusalén de la emperatriz del Imperio Romano hacía que todas las ciudades estuviesen en constante ebullición, máxime si dentro de unos días sería la mismísima Flavia Iulia Elena quien acudiría a Caesarea.

Avanzaron entre los cargadores y las patrullas romanas, que iban de un lado a otro del muelle. Tulio Plinio se sintió satisfecho cuando vio la liburnia que habían puesto a su disposición para tan largo viaje. Además, llevaría escolta de legionarios romanos al tratarse de un barco militar. Y eso les garantizaba que estarían a salvo de posibles abordajes de piratas. Las embarcaciones romanas eran muy respetadas en los mares y todos aquellos que osaban aventurarse a entrar en batalla con ellos sabían que podían sucumbir.

El barco estaba ya preparado. Junto a Tulio Plinio, Manius Aquila y Antonino Quintus aguardaban subir a bordo.

—Habéis madrugado —precisó el contraamaestre, que ultimaba los preparativos para zarpar.

—Os dije que estaríamos antes del amanecer. Y yo soy un hombre de palabra.

—Partiremos enseguida. Los remeros están dispuestos. Tan sólo falta la guarnición de la Legión que nos acompañará.

No acababa de decir aquello cuando por una parte del muelle apareció en formación parte de lo que debía ser una centuria, aunque no alcanzaba a saber de cuál se trataba. Estaba claro, en todo caso, que no eran de la II Itálica Pía, a

la que ellos pertenecían.

El centurión, tras dar la orden de que embarcasen sus hombres —serían unos treinta—, se dirigió a Tulio Plinio.

—Debéis de ser un importante hombre de negocios.

—¿Por qué lo decís, centurión?

Éste, quitándose el casco, respondió:

—Porque no es normal que unos mercaderes obtengan tantos beneplácitos para navegar e incluso surquen los mares en un barco del Ejército romano. Por lo que sé, es la emperatriz la que ha dispuesto todo. Así que sois unos invitados de auténtico lujo.

—Os agradezco vuestra consideración hacia nosotros. Si no os importa, nos gustaría zarpar cuanto antes. Queda un largo trecho hasta Massilia.

—Así es —dijo volviendo a colocarse el casco—. Al menos tendremos que atracar en dos ocasiones para repostar víveres. Lo único que espero es que tengamos buenos vientos y que no hallemos contratiempo alguno en este extenso periplo.

—Los dioses nos protegerán —respondió Tulio Plinio.

—Por lo que decís, no habéis abrazado todavía la religión de la emperatriz —dejó caer en un tono algo irónico el centurión.

—No soy hombre de dioses. Mi única religión es hacer negocios que sirvan, además, para engrandecer el Imperio.

—No me habéis dicho cómo os llamáis.

—Tulio Plinio, de Roma. Mis socios son Manius Aquila, también de Roma, y Antonino Quintus, un joven bizantino que se nos ha unido en Jerusalén y que también se dedica a la venta de sedas y telas. ¿Y vosotros, cómo os llamáis?

—Caeso Severio, tercer centurión de la segunda manípula de la segunda cohorte de la tercera Gallica.

—Así que estáis aquí de paso...

—Efectivamente. Nuestra Legión está en las Galias pero nosotros estamos como comitatenses¹⁴. En todo caso, volvemos a casa en este viaje. Pero no debemos perder más tiempo en charlas y presentaciones. Vamos a tener mucho tiempo hasta llegar a Massilia para conocernos mejor. Como comandante de este barco, voy a dar las órdenes al contraamaestre para que zarpeamos cuanto antes. Poneos cómodos y disfrutad de la maniobra para salir del puerto. Comprenderéis la importancia del Ejército romano.

Tulio Plinio hubiese querido decirle, en aquellos momentos, que él era

centurión primus pilus¹⁵ y que conocía a la perfección todo cuanto realizaban las Legiones. Pero su cometido era otro y tenía que parecer un comerciante ansioso por llegar a su puerto de destino.

Los tres se quedaron en la cubierta. Justo al lado de la embarcación había otra de la que bajaban unas jaulas con animales salvajes: osos, leones, tigres... Antonino Quintus los contemplaba con admiración.

—Van a ser unos juegos muy importantes. Es una pena que tengamos que partir.

Era el contraмаestre quien le hablaba al muchacho al ver su interés por aquellas fieras.

—¿Qué queréis decir? —preguntó.

—La presencia de la emperatriz en estas tierras ha hecho que se declaren varios días de fiesta para que el pueblo pueda agradecerle su magnanimidad. Habrá juegos durante al menos una semana y seguro que repartirán cientos de monedas entre los habitantes. Va a ser algo grandioso, vendrá gente de todos sitios.

Antonino continuó contemplando el desembarco de los animales. Se sentía atraído por lo que le acababa de decir el contraмаestre. Nunca había presenciado juegos de ese tipo y aunque ya las luchas de gladiadores estaban desterradas, todavía se producían algunas en la clandestinidad gracias a que las autoridades solían mirar hacia otro lado. Sintió ganas de quedarse, de disfrutar de aquellos días que se presentaban magníficos. Pero, sobre todo, le embargó una sensación de vacío al acordarse, no sabía por qué en esos instantes, de Livia.

—Muchachito —interrumpió sus pensamientos Manius Aquila—, más vale que estés alerta porque a partir de ahora nos queda mucho que hacer. No creas que esto es un viaje de recreo.

—¿Por qué dices eso, Manius?

—Por la cara que pones. Sé que muchas de estas cosas que te están pasando son nuevas para ti y que ahora comienzas a descubrir un mundo que, quizá, te estaba vedado en Bizancio. Pero la realidad es muy distinta y a partir de ahora vamos a tener que cubrirnos las espaldas ambos. No te preocupes por el centurión, él sabe cómo arreglárselas sin la ayuda de nadie.

Un crujido en la cubierta advirtió de que comenzaban las maniobras de partida. Los hombres se dispusieron en la parte de babor de la embarcación. Varios de ellos soltaron las amarras y otros tantos, con enorme esfuerzo,

apostaron los remos en la piedra del muelle para que el barco se fuese separando, poco a poco, de aquel lugar. Eran trabajos rudos, esforzados, que ponían a prueba la destreza de esos marineros curtidos por la sal del mar y las duras peripecias que soportaban en cada uno de los largos y fatigosos viajes.

El barco se desplazaba, de costado, de manera lenta. Lo hacía en paralelo al muelle, distanciándose de éste. La liburnia era una nave de algo más de treinta metros de eslora que tenía una tripulación conformada por cuarenta remeros además de los soldados. El comandante, desde el puesto de mando, observaba con detenimiento los distintos movimientos que se iban produciendo. A su lado se encontraba Tulio Plinio, invitado personalmente por el centurión para que admirase la destreza de sus hombres, que corrían de un lado a otro de la cubierta de manera sincronizada: ora de proa a popa para evitar que colisionasen con otra embarcación, ora de babor a estribor para comprobar que la salida del puerto se realizaba correctamente.

En esa zona del muelle se habían congregado varias decenas de personas que querían también contemplar las maniobras de la liburnia, que continuaba alejándose del puerto buscando mar abierto. No era tarea fácil habida cuenta de la disposición de los numerosos espigones que jalonaban la bahía y la cantidad de barcos que se encontraban atracados. El contramaestre daba igualmente órdenes a sus hombres.

—¡Tened cuidado en babor! ¡Un poco más lento porque nos escoramos!

Ya apartados del muelle, la nave empezó a virar de forma majestuosa. Con un rápido movimiento, los remeros de estribor se colocaron en sus respectivos lugares y empezaron a remar al unísono para que la embarcación enfilase de manera recta la salida del puerto. Fueron varios minutos los que duró esta maniobra. Cuando ya el barco tenía la proa mirando hacia el lugar de salida, los remeros de babor hicieron lo mismo y ambos, los de babor y estribor, comenzaron a dar remos en movimientos periódicos. La liburnia, entonces, pareció desplazarse mucho más deprisa. Algunos vítores se oyeron desde el muelle mientras los hombres que iban a bordo seguían con las distintas tareas a lo largo de la cubierta.

Poco a poco, el barco fue dejando atrás el muelle desde el que había zarpado y pasaba al lado de otras embarcaciones de mayor calado. Parte de la flota romana se encontraba atracada y era un espectáculo contemplar tan de cerca las moles que eran las galeras. Manius Aquila y Antonino Quintus estaban situados, en esos momentos, a estribor. El barco avanzaba con una precisión tremenda y en pocos minutos salió a mar abierto. Cuando se

quisieron dar cuenta, el puerto de Caesarea empezaba a verse lejano, divisándose las luces de la ciudad y la que permanecía encendida en todo lo alto de un portentoso faro.

Avanzaban ahora con mayor rapidez. Salvados los obstáculos del puerto, la embarcación se deslizaba sobre las tranquilas aguas mediterráneas y dejaba detrás, cada vez de forma más evidente, la ciudad portuaria. El sol ya se había separado de la línea que dividía el mar y el cielo y comenzaba su andadura hacia lo alto. Una suave brisa traía hasta la cubierta el agradable olor del agua del mar mientras que ésta rompía en la proa del barco y saltaba hacia parte de la delantera de la cubierta.

Pasado un tiempo, cuando ya Caesarea era prácticamente un punto en lontananza y la costa se entremezclaba con el mar, el centurión Caeso Severio miró a su alrededor y tras una comprobación de las condiciones climatológicas, alzó la voz.

—¡Desplegad la vela mayor!

Nada más dar la orden seis hombres acudieron a la base del mástil que se encontraba en el centro de la cubierta y, con movimientos ágiles, treparon por el palo hasta llegar a la parte donde se hallaba enrollada la tela. Soltaron las cuerdas y, en cuestión de segundos, el velamen apareció inflándose a la par que otros hombres, en cubierta, tiraban de las cuerdas para que la vela se tensase.

—¡Menos ritmo en los remos! —gritó el contraмаestre.

Ya estaban completamente en mar abierto. Desde la popa no se veía Caesarea y era muy difícil acertar a vislumbrar la costa. Una segunda orden del centurión sirvió para desplegar la vela menor, más adelantada que la primera, mientras que los remeros espaciaban sus brazadas y el barco se deslizaba con suavidad y de forma ligera. La mañana se presentaba espléndida en cuanto a temperatura. Las últimas gaviotas que habían seguido a la liburnia comenzaron a buscar de nuevo tierra firme. El azul del mar se complementaba con la intensidad del cielo, salpicado por nubes blancas y altas, algunas de las cuales, de vez en cuando, se interponían en el camino del astro rey.

—Mi querido Tulio Plinio —dijo el centurión mientras contemplaba cómo se desplazaba el barco—, ya estamos rumbo a Massilia. No habéis de preocuparos por nada. En tres semanas, a lo sumo cuatro, atracaremos en las Galias.

El carronato, tirado por dos mulos, cruzó la puerta norte de las murallas de Jerusalén. En el pescante, un hombre hacía chasquear el látigo para que los

animales avanzasen. El sol comenzaba a dibujar el horizonte. La carga que llevaba era paja. Y en ella, sentaba y cubriéndose el rostro con la capucha de su túnica, iba sentada Livia.

Cuando la emperatriz le dio permiso para que se retirase a descansar, la muchacha acudió rápidamente a las cocinas de palacio. Allí, de manera disimulada, estuvo realizando algunas tareas, aunque lo que en verdad quería era saber si alguien abandonaría la ciudad antes del amanecer. Supo que a esa hora partían carros con paja para los animales que se encontraban en el campamento de las afueras. Pensó que era el transporte ideal para abandonar Jerusalén sin despertar sospechas. Cuando se enteró de dónde salían, regreso a su alcoba y preparó todo para su marcha. Un saco le sirvió para guardar algo de ropa y comida. No sabía qué iba a ocurrir a partir del momento en que huyese. Quizá su aventura finalizaría de manera trágica si nadie aceptaba llevarla. Pero eso era lo último que quería pensar.

Una vez tuvo todo preparado, se echó el saco a la espalda y acudió a las cuadras. Todavía faltaba tiempo pero ya un hombre cargaba paja en un carro.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Livia—. ¿Partís hacia el campamento que está instalado en las afueras de Jerusalén?

—Sí, en cuanto termine de cargar el carro.

—¿Podrías llevarme hasta allí?

El hombre la miró de abajo arriba. No era una mujer cualquiera, su ropa decía que debía ser alguien importante. La capucha no dejaba ver su rostro pero percibió un agradable olor a perfume que la delataba como una señora. En un primer momento pensó en decirle que no por temor a que se tratase de una fuga o, peor aún, de alguien que estaba siendo buscada por los legionarios. Pero enseguida cayó en la cuenta de que si se negaba, podría tener peores consecuencias.

—Si no tenéis inconveniente en ir donde la paja, no hay problema. Pero, ¿qué saco yo de todo esto?

Livia comprendió que le estaba pidiendo dinero. Algo confusa, sacó una pequeña bolsa, la abrió y le entregó varias monedas.

—Vaya, por lo que veo estás dispuesta a irte lejos de aquí.

—¿Sabe si alguien del campamento se marchará hacia otro lugar?

—Puede. A menudo hay campesinos, herreros y demás que desisten de permanecer en ese lugar. Y eso que ahora va a haber trabajo aquí con la construcción de un templo. ¿Ha oído hablar de ello?

Livia no respondió. Se limitó a esperar a que el hombre terminase su trabajo.

Al cabo de un rato, se subió al pescante.

—Ya puede sentarse ahí detrás —dijo señalando a la montaña de paja—. Irá cómoda, no se preocupe.

La muchacha tiró el saco y luego, con cierta dificultad, se encaramó a la parte trasera del carromato. Cuando el hombre comprobó que ya estaba sentada, alzó el látigo y, haciéndolo restallar en el aire, tiró de las bridas.

—¡Arreeeeeeeeeeee!

Los dos mulos pegaron un respingo y, a continuación, comenzaron a andar. Las empedradas calles estaban solitarias. No había amanecido aún. Era el momento perfecto para abandonar Jerusalén y buscar a la persona que tanto mal le hizo: quería matarla. Vio a lo lejos el palacio y supuso que la emperatriz todavía estaría durmiendo. Sintió algo de angustia cuando pensó qué haría nada más supiese que ella le había abandonado. «No puedo permanecer más tiempo aquí. Nada me une ya a ella después de lo que me ha ocurrido. No puedo decirle nada porque, quizá, no me creería. Y no quiero pasar el resto de mis días ocultando algo de lo que yo no he tenido la culpa. Los dioses me han castigado con este duro trance pero voy a subsanarlo. Sé que la emperatriz me ha tratado como una hija y que va a sentirse muy dolida cuando sepa de mi huída. A lo mejor, algún día, cuando todo esto haya terminado, podré decirle la verdad. Mientras llega, sólo puedo poner todo mi empeño en encontrar a ese hombre y hacerle pagar por lo que me hizo. Y a Antonino. Le contaré la verdad a pesar de que pueda perderlo para siempre. Pero ya le he dejado partir una vez y no pienso volver a repetirlo. Que los dioses me perdonen por lo que estoy haciendo».

Miró hacia atrás y vio cómo las luces de Jerusalén empequeñecían. Nuevamente sintió angustia pero a la par una sensación de alivio muy grande. Se despojaba de todo lo anterior y a partir de esos momentos iniciaba un camino que habría de conducirle a situaciones insospechadas que podrían ponerla en peligro en muchos momentos. Una mujer sola, sin posibilidad de defenderse si era asaltada o robada, hacían de ella un blanco perfecto para los merodeadores y asaltantes de caminos. Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir con tal de ver cumplido su objetivo. Antes de que el sol estuviese en todo lo alto, Livia llevaría varias horas fuera de la ciudad camino de algún lugar que pudiese acercarla a los dos hombres que copaban sus pensamientos. Iba, indefectiblemente, en busca de su destino; en busca de su vida.

Tendida en sus aposentos, Flavia Iulia Helena dirigía su mirada dirigida al techo de su estancia. A su izquierda, una gran balconada dejaba entrar el aire

fresco de la noche. Estaba bocarriba, con las manos entrelazadas a la altura del pecho. Les dijo a Livia y a Andrea que se marchasen a descansar. Quería pensar. Estaba algo confusa. Por una parte, necesitaba marchar a Roma para que todos pudiesen contemplar la Vera Cruz. Pero por otra, quería supervisar personalmente la erección del gran templo que comenzaría a alzarse en breve. «Quizá me he precipitado ordenando que se preparase todo para partir. ¿Y si me quedase algún tiempo más aquí? Puede que, de esa forma, la construcción del templo vaya mucho más rápida. Además, aquí en Jerusalén hay mucha gente necesitada, lo he comprobado durante todo este tiempo; gente enferma que necesita cuidados no solo corporales sino también espirituales. Y mi presencia puede ser buena, como he podido ver estos meses. No creo que si no marchó a Roma pase nada. Es más, mi presencia aquí sería un acicate más para todos. Estar diariamente con esos hombres que van a trabajar por la grandeza del Mesías sería bueno».

Cerraba de vez en cuando los ojos y su mente, entonces, se retrotraía hasta el día en el que Cristo, ya juzgado y sentenciado por hombres que no conocían sus auténticas intenciones, esperaba la llegada de la muerte. Allí estaba, clavado en un madero que hacía las veces de patíbulo mientras la muchedumbre esperaba el milagro, que no era otro que se desclavase, bajase de la Cruz e impartiese la justicia Divina. Pero eso era algo que no comprendían quienes, haciendo caso omiso de sus palabras, lo habían condenado sin motivo alguno. Por eso, precisamente, su rostro irradiaba aún más si cabe mayor perdón para todos y cada uno de los allí presentes.

No alcanzaba a comprender cómo se podía haber cometido tamaña tropelía contra un Hombre, el Hijo de Dios, que sólo había hablado de amor al prójimo y de paz, paz por encima de todas las cosas; que defendía a los más pobres y que estaba al lado de los enfermos, de los marginados, de los necesitados. Por eso, el hallazgo de aquel madero serviría para que, por fin, el mundo por completo se convirtiese al Cristianismo y, lo mismo que ella y su hijo Constantino, abrazasen la Palabra de Dios.

Se sentía cansada. Quería dormir pero su cabeza, sus pensamientos, revoloteaban por toda la alcoba. Una pequeña luz hacía que la estancia no estuviese completamente a oscuras. Se dio la vuelta y se situó mirando a la balconada. El reflejo de la luna se posaba en el poyete, mientras al fondo se podían vislumbrar las estrellas. Todo permanecía en el más absoluto de los silencios. Pasado un tiempo, se levantó y se dirigió hacia el balcón. Se dio cuenta de que estaba completamente sola. Miró hacia abajo y pudo distinguir a

dos soldados de la guardia judía que estaban charlando. Hasta allí no llegaba nada de lo que decían. Luego, tras despedirse, tomaron direcciones opuestas. Estaban haciendo la ronda pertinente.

El patio central del palacio, que era lo que tenía justo debajo, aparecía frío y desolado. El empedrado estaba cubierto por una finísima capa de agua, sin lugar a dudas propiciado por el relente de la noche que comenzaba a instalarse. Cruzó los brazos y restregó sus manos en ellos para darse calor. Así estuvo un rato, contemplando todo lo que tenía a su alrededor. No pudo evitar, una vez más, dirigir su vista hacia el monte Gólgota. Allí también había algunas luces. «Silencio. Sólo silencio. ¿Dónde estarán ahora Tulio Plinio, Manius Aquila y el joven Antonino? Seguramente en Caesarea ya. ¿Por qué todo tiene que tener algo que no te deja ser completamente feliz? Aquí al lado descansa la Cruz en la que murió Jesucristo y, sin embargo, me falta algo para que todo esté completado. ¿Y si no lo encuentran? No podré descansar, es algo que me obsesiona desde que ese hombre me descubrió el secreto. Tienen que encontrar lo que se llevó José de Arimatea porque no le pertenecía y sí, en cambio, a todos los que creemos que Cristo no murió en vano».

Se echó por encima de los hombros un pequeño mantolín para resguardarse del frío que entraba en la habitación y tras dar algunos paseos alrededor del triclinio, decidió ir a la estancia contigua para contemplar de nuevo aquella madera que le había cambiado por completo la vida. Quería implorar al Sumo Hacedor y, sobre todo, pedirle consejo. «No sé qué hacer. No sé si marcharme o quedarme aquí. Mis hombres están preparando todo pero ahora mismo las dudas que me asaltan no me dejan tomar una decisión acertada. ¿Y si mi viaje a Roma deja esta ciudad abandonada a la mano de aquellos que no creen en Ti? Te ruego me des una señal, algo que me indique el camino correcto. Soy una mujer mayor que dentro de poco me reuniré junto a Ti, como dijiste a tus discípulos. Quiero hacerlo, pero antes siento que tengo encomendada una misión en este mundo que no es otra que propagar tu fe por todos los rincones. Dime qué debo hacer».

De repente, notó como si la madera crujiere. Se sobresaltó y, en un acto reflejo, retrocedió. Permaneció en estado de alerta durante unos momentos hasta que, de nuevo, oyó el crujido seco. Un lamento que le asustó. ¿Acaso aquella cruz le estaba queriendo decir algo? ¿Había Jesús escuchado sus plegarias y ruegos y le contestaba? La habitación, sólo iluminada por los haces de luz de la luna, estaba completamente vacía y tan sólo albergaba las tres cruces encontradas en el monte Gólgota. Flavia Iulia Elena continuaba

completamente quieta, esperando quizá algún signo que revelase su destino.

Pasado un tiempo, avanzó y se plantó justo enfrente de la Vera Cruz. De forma lenta y temerosa, acercó su mano. Lo hizo poco a poco, con miedo de que pudiese ocurrir algo. Era el miedo a lo desconocido, a no saber qué podría acontecer. Pero estaba convencida de que después de tanto esfuerzo, de tanto buscarla y de querer hacerlo para que todos conociesen las circunstancias en las que murió el Hijo de Dios, no podía pasarle nada malo. Cerró los ojos y, por fin, sus dedos entraron en contacto con la madera. Entonces, un escalofrío se adueño de todo su cuerpo y lo recorrió de parte a parte. Sintió que se quedaba vacía por dentro, que entraba en un estado de placidez difícil de explicar. Comprendió la grandeza y la magnanimidad de Cristo; su misión durante su estancia en la tierra al lado de los más débiles. «Bienaventurados los que sufren, porque de ellos será el Reino de los Cielos».

Su mano se aferraba a la rugosidad de la madera y por momentos su mente se iba volviendo mucho más lúcida. Veía a todos, comprendía aquel sufrimiento y sabía que Él le estaba hablando, que le quería decir algo. «Toma mi Cruz y sígueme. Toma mi Cruz y sígueme».

Al cabo de un rato, con todo su cuerpo totalmente relajado y abandonado, separó la mano. Estaba ardiendo. Miró la palma y contempló que se habían quedado marcadas las estrías del madero, como si se las hubiesen herrado. No sentía dolor pero sí presión. Entonces, viendo aquel mapa que se había incrustado en su mano y que era el espejo de aquella Cruz que con tanto ahínco y fe buscó de manera denodada hasta casi la extenuación, comprendió por fin lo que debía hacer.

El campamento no se había desmantelado a pesar del tiempo transcurrido y de la desazón que se apoderó de muchos de los hombres y mujeres que llegaron desde Bizancio. Bastantes de ellos, hastiados de la espera, decidieron volver sobre sus pasos y regresar a sus casas. Los demás, permanecían allí desde el día en el que la emperatriz mandó parar y construirlo. Sabían que aquella espera tendría su recompensa. Eran los que tenían más fe en lo que buscaba Flavia Iulia Elena y los que, en cierta medida, abrazaban el Cristianismo. «Una nueva vida en la que podréis sentirnos plenamente realizados por obra y gracia del Hijo de Dios y donde vuestras penurias desaparecerán», solía decirles a aquellas personas cuando recorría el campamento».

No era todavía de día. Livia, que acababa de bajarse del carronato que le

había traído desde Jerusalén, se echó el saco al hombro y comenzó a recorrer las distintas carretas que allí se apostaban. En la parte trasera de muchas de ellas todavía permanecía el fuego que se encendió a primeras horas de la noche anterior para que el frío no hiciese mella. Varios hombres, acurrucados alrededor, dormían, mientras que las mujeres y los niños lo hacían en el interior de los carrromatos. En otros, ya comenzaba a desplegarse cierta actividad. Sería otro día de espera para muchos y de marcha para otros. Y a esos que abandonarían el campamento es a los que quería encontrar. Con alguna de las familias que se fuesen podría abandonar esas tierras e ir en busca de Antonino y de Tulio Plinio. «No hay día en que no parta algún carrromato», le dijo el hombre que la trasladó desde Jerusalén.

Se acordó de los padres y los hermanos de Antonino. «¿Estarán ya en Bizancio? ¿Tendrán noticias de su hijo?» Le invadió una desazón grande pensando que a lo peor no volvería a ver nunca más a su amado. La distancia que se abrían entre ambos comenzaba a ser grande, muy grande, y quizá esa circunstancia haría que, además, el amor se fuese diluyendo. Pero, ¿cómo difuminarse esos sentimientos después de lo vivido? «Me dijo que volvería. Quizá debería esperarlo aquí, en Jerusalén. Pero si lo hago, puede que sea demasiado tarde. No puedo perder ni un solo instante, debo ir a su encuentro. Ya no puedo dar marcha atrás».

Varios niños correteaban alrededor de una de las tantas hogueras todavía encendidas. A su lado, un hombre y una mujer introducían en una vieja carreta enseres. Estaba claro que se marchaban del campamento. Livia, con cierta cautela, se echó para atrás la capucha que cubría su rostro y se acercó hasta ellos.

—¿A qué jugáis? —preguntó a los niños.

Éstos, de repente, pararon en seco. Eran tres, dos niños y una niña, de no más de ocho años el mayor. Miraron a la muchacha y, sin decir nada, salieron corriendo hasta donde se encontraban sus padres.

—¿Qué ocurre? —dijo el hombre, que no se había percatado de la presencia de la mujer—. Dejadme trabajar. Nos queda mucho por hacer y no quiero demorar más nuestra estancia aquí.

Comprendió Livia que se iban de Jerusalén. Era su oportunidad. Quién sabe si el destino, o los dioses, o tal vez el Dios de su emperatriz, le tenían reservado ese instante. El hombre se dio cuenta de que los niños había acudido a él tras ver a aquella mujer.

—Perdonadme si he asustado a tus hijos. No era mi intención.

El padre dejó en el suelo uno de los bultos que tenía entre sus brazos. Se secó el sudor con la bocamanga de la túnica que vestía y, luego, puso sus manos en la cintura, a modo de jarra.

—No os conozco de por aquí. ¿Estáis en alguna carreta más alejada?

—No. Acabo de llegar de Jerusalén.

El hombre estudió a la muchacha. Le sorprendió la ropa que vestía; sin lugar a dudas no era como las que ellos y los demás componentes del campamento llevaban. Se extrañó de que a esas horas anduviese por allí, y sobre todo que proviniese de Jerusalén.

—Llevamos más de medio año aquí y todavía no he ido a la ciudad. Me han dicho que es extraordinaria.

—¿Por qué no habéis acudido en todo este tiempo?

—Nos dijeron los soldados que entraríamos cuando ya tuviesen asignados trabajos para cada uno de nosotros. Mientras, debíamos permanecer aquí. Ahora sé que, después de tan largo viaje, no la conoceré.

—¿Acaso os marcháis? —preguntó con verdadero interés Livia.

—Así es —contestó el hombre, que de nuevo tomó entre sus brazos el pesado bulto, lo elevó e introdujo en el interior del carromato—. Estamos cansados de esperar, de no hacer nada. Nos volvemos para Bizancio. Allí podré darles a mis hijos una vida mejor, como la que llevábamos antes de embarcarnos en esta aventura que no nos ha traído nada bueno.

Livia no quería forzar la situación pero comprendía que si no daba el paso adelante, a lo peor no se le presentaba otra oportunidad como aquella.

—¿Partís ahora mismo?

—Sí —dijo lacónicamente el hombre.

Por fin se decidió.

—¿Tendríais un hueco para una mujer que quiere también abandonar estas tierras?

De nuevo aquel fornido hombre dejó sus quehaceres. Volvió a mirar a la muchacha y se fijó otra vez en su túnica. Le llamó la atención su porte distinguido, que nada tenía que ver con las formas de ellos y de los que allí se encontraban. Supuso que se trataba de alguien importante pero no alcanzaba a comprender cómo le pedía que la llevasen. Seguramente tendría otros medios mucho más cómodos que viajar en un viejo carromato cargado de bultos, con cinco personas más y varios animales amarrados a la parte trasera.

—¿A dónde os dirigís?

—A donde vayáis vosotros.

La respuesta le dejó descolocado. Estaba claro de que esa mujer quería marcharse de allí, y cuanto antes. No sabía el destino de ellos pero parecía no importarle.

—Vamos hacia Joppa. Allí nos embarcaremos para ir hasta Bizancio.

—Me parece bien. Pero, ¿por qué no vais a Caesarea?

—Está mucho más lejos y su puerto alberga barcos principalmente del Ejército y de mercaderes. Allí no admiten a gente como nosotros, simples trabajadores que buscamos sobrevivir día a día. En Joppa, en cambio, hay naves que parten hacia Bizancio en las que podemos embarcar sin ningún tipo de problemas.

Livia no sabía qué responder. Se daba cuenta de que hasta ahora, a pesar de ser prácticamente una esclava, había tenido una vida privilegiada. Sintió remordimientos y pena. No tenía derecho a quejarse de cómo le había tratado el destino. Sus penalidades no tenían nada que ver con los de personas como aquellas que, aún siendo desgraciadas, se guardaban sus miserias para ellos mismos.

—Si no os incomoda que vaya, me gustaría ir hasta Joppa.

—Está bien. Va a ser un viaje largo pero es posible que para cuando caiga la noche lleguemos. Allí esperaremos, a las afueras de la ciudad, a que amanezca y luego intentaremos encontrar un barco que nos saque de aquí. Puede que eso no se produzca enseguida. Hay que tener paciencia.

—Si vosotros la tenéis, yo la tendré.

Los niños volvían a corretear entre los adultos. El hombre llamó a su mujer, que había escuchado toda la conversación sin decir absolutamente nada, apartada de ambos. No tendría más de treinta años pero se le veía avejentada y sus ropas, sucias, delataban que hacía tiempo no tenía más túnica que la que llevaba puesta.

—Acércate, mujer. Ella será compañera nuestra de viaje.

Se atusó algo el cabello, intentando de esa forma estar más presentable a los ojos de una mujer que no era como ella. La vio tan joven y bella que sintió lástima de sí misma y comprendió que era una desgraciada. Entonces, Livia echó su saco al suelo, lo abrió y, tras rebuscar durante unos segundos, sacó una túnica.

—Toma, es para ti —dijo entregándosela a la mujer.

—¿Para mí? —respondió perpleja mientras la acariciaba y comprobaba que era de seda.

—Sí, espero que sirva como pago por lo que vais a hacer por mí.

La mujer miró incrédula a su marido, que no sabía qué hacer ni qué decir.

—No tenéis que pagarnos nada —le espetó a Livia.

—Os ruego que la aceptéis. Anda, mujer, cámbiate. Verás como luces mucho más bella y tu esposo te mira con otros ojos.

Ella se ruborizó al escuchar aquellas palabras. Por fin, su marido hizo un gesto de aprobación. Entonces, se fue detrás del carromato seguida por su hija. El hombre cogió un nuevo bulto.

—Partiremos enseguida. ¿Has comido? Tomaremos algo para que el camino no se haga tan largo y pesado.

Y tras decir aquellas palabras, se volvió hacia Livia.

—Muchas gracias, señora, por vuestra generosidad. No sé quiénes sois ni os lo voy a preguntar. Lo único que espero es que consigáis lo que perseguís que, por lo que he podido comprobar, es muy importante.

[13](#) Embarcaciones de gran eslora de la Armada romana.

[14](#) Unidades móviles de campaña, bajo el mando directo de los emperadoras y dos altos oficiales.

[15](#) Centurión de la primera centuria de la primera cohorte de la Legión romana. Era el rango máximo que podía alcanzar un soldado.

XIV

El sol ya estaba en todo lo alto. La travesía discurría según lo previsto y lo trazado en el mapa de viaje por el comandante de la liburnia. La temperatura era agradable y el barco avanzaba a una velocidad muy buena. Los remeros bogaban con cierta relajación habida cuenta de la fuerza del viento, que permitía que las dos velas de las que disponía la nave acelerasen el ritmo de travesía. En el puente de mando, Caeso Severio supervisaba las distintas labores que realizaban pilotos y soldados, además de los remeros. Justo delante de él, situado en una tarima desde la que se divisaban las dos filas de remos y cómo se movían al unísono, uno de los pilotos golpeaba de manera rítmica un gran tambor. Golpes secos, espaciados por unos segundos y que servían para que los remeros introdujesen en el agua los remos a la vez y así tirar hacia atrás para que el barco se desplazase por las tranquilas aguas. El viento no era demasiado fuerte y, por tanto, el mar estaba relativamente en calma. Hacía tiempo que se había dejado de divisar la costa y ahora mismo se encontraban en pleno mar abierto.

Severio hizo un gesto con la mano al piloto que llevaba los movimientos de tambor para que espaciase, aún más, los golpes.

—Es mejor que los hombres no se cansen demasiado. Queda mucha travesía y no es bueno que gasten energías teniendo este viento.

Dirigía sus palabras a Tulio Plinio, quien permanecía a su lado en el puente de mando. El centurión, apoyado en una balaustrada que servía de balconcillo para delimitar la zona del puente de mando, contemplaba cómo la nave avanzaba de manera rítmica y a una muy buena velocidad.

—Los barcos de nuestro Ejército —refirió el comandante-centurión— son los mejores de todo el mundo. No hay enemigo que ose abordarlos. Así hemos labrado una leyenda que sigue en aumento y que hace que Roma sea temida en todos los mares, mucho más en éste.

—Si no tengo entendido mal —interrumpió Tulio Plinio— este tipo de embarcación no es romana, sino que fue copiada, por decirlo de alguna forma, del pueblo liburno, de ahí su nombre.

El centurión sabía perfectamente lo que decía. A pesar de formar parte de la Legión, conocía la historia naval del Ejército romano. Muchas veces tuvo que embarcar para desplazarse de un lugar a otro por mar y así afrontar batallas

decisivas. En cierto modo, consideraba a la marina romana una mera transportista de las tropas de elite; los encargados de llevar a buen puerto, precisamente, a los soldados que luego se batirían el cobre en tierra y que serían los encargados de dar gloria y fortuna al Imperio.

—No está errado —respondió con cierta molestia el comandante—. En todo caso, Roma ha sabido sacarle un mejor provecho en nuestros mares. Poco, casi nada, tienen que ver estas embarcaciones con aquellas otras a las que hace referencia. Hemos modernizado no sólo su casco y su quilla, sino también mejorado la parte de la proa, que sirve para embestir a aquellas naves que se muestren dispuestas a hacernos frente. No tiene más que ver el portentoso mástil que desafía a cualquier barco que se ponga a tiro.

El comandante, entonces, y viendo que Tulio Plinio opinaba con sentido de causa, cambió el contenido de la conversación. Le molestaba sobremanera que se pusiese en duda no sólo el poderío de Roma sino la fortaleza, la efectividad y la grandeza de su armada, temida por todos.

—Tenéis suerte de poder hacer este viaje a bordo de un barco militar. Tal y como os dije en el puerto antes de zarpar, muy importantes tienen que ser vuestros contactos con la augusta emperatriz para que os escoltemos.

—Y como le respondí entonces, comandante, sólo nos limitamos a hacer negocios que son del agrado de la emperatriz. Nuestra mercancía es de una calidad excelente y es por ello que somos afortunados al poder ofrecérsela a ella. No todos los de este gremio pueden decir lo mismo.

—¿Y a qué se debe este viaje? —preguntó el comandante intentando sonsacarle algo más.

—A lo que ha visto en las bodegas: telas que serán vendidas en el gran mercado de Massilia y que provienen de países exóticos en los que el género mejor es para el Imperio Romano. Nuestros esfuerzos nos cuesta realizar este tipo de transacciones que, al fin y al cabo, tienen como objetivo una mejor vida para los ciudadanos de Roma.

Fue entonces cuando Tulio Plinio pasó a preguntar en lugar de ser preguntado.

—¿Qué haréis cuando hayamos atracado en Massilia?

—Posiblemente permanezcamos en la ciudad varios días; quizá semanas, hasta que nos den otro destino. Ahora mismo las aguas del Mare Nostrum están calmadas y no hay ni bárbaros ni piratas que pongan en entredicho nuestra hegemonía marítima. Si quiere que le diga la verdad, esta situación me hastía y, sobre todo, me molesta. Estos hombres están preparados para entrar en

batalla, para luchar. Permanecer durante cierto tiempo en tierra no es bueno para ellos ya que se adocenan. Son hombres curtidos, experimentados. Allí sólo conseguirán engordar y debilitarse.

Aquellas palabras las compartía Tulio Plinio al completo. Era de la misma opinión que su compañero de mando. Por eso esta misión, aunque permaneciese ajena a su estatus militar, le servía para reforzar su condición de soldado. Tenía que hacer todo lo posible por no ser descubierto por parte de aquellos legionarios que, siendo sus compañeros de armas, ahora no podían saber cuál era su verdadero objetivo. Y junto a eso, debía pensar con rapidez pero con la cabeza bien fría para ver cómo desembarazarse de Manius Aquila y de Antonino Quintus. Él sería quien triunfase. Y lo haría en solitario, sin ninguna ayuda. No le preocupaba tanto el chaval como el veterano soldado. Este último era perro viejo en las artes de la guerra y no sería nada fácil dejarlo en la cuneta. Es más, le pondría en serios aprietos si lo tenía como enemigo. Por eso estaba convencido de que era mejor llevarse bien con él y embaucarlo para, en el momento más insospechado, dar el golpe definitivo. «Con el muchacho no habrá problema. Sé que tiene de su parte a la emperatriz, pero ésta también confía en mí como soldado fiel y sin dobleces. Eso juega de mi parte. Pero, ¿y Manius? ¿Cómo quitármelo de encima? Queda travesía, en todo caso, para urdir algo que sea completamente creíble».

Sus dos compañeros, precisamente, estaban en cubierta. Ambos descansaban sentados y apoyados en sendos toneles que contenían agua para saciar la sed de la triplación, situados al lado del palo mayor del barco. El aire que entraba en la vela hacía que la sensación de frescor fuese grande y placentera. Manius Aquila tenía las piernas estiradas y los brazos por detrás de la nuca, abrazando ésta sus manos. Se sentía a gusto, relajado. Contemplaba los distintos movimientos de los pilotos de la nave o los rudos trabajos de otros que limpiaban la cubierta. Se congratuló de no haberse enrolado en un barco de la marina romana y sí como legionario, aunque también recordaba los esfuerzos que había que hacer a la hora de construir un campamento, levantar empalizadas y atalayas y patrullar por llanuras, montes o zonas áridas. Pero a eso estaba, en todo caso, acostumbrado después de tantos años. Empero, ver a aquellos hombres, estropajo en mano, arrodillados y restregando una y otra vez las maderas de la cubierta, se le hacía un mundo.

Antonino Quintus, a diferencia de su compañero, tenía los brazos cruzados y las piernas recogidas. Miraba constantemente hacia arriba, para ver cómo se movía la gran vela que hacía que el barco se desplazase. Cuando sentía

sensación de mareo por la postura, dirigía su mirada hacia el horizonte y entonces escrutaba la línea que separaba el agua del cielo intentando descubrir algo que rompiera esa perfección: algún islote o, quizá, otro barco. Nada. Todo era igual. Habían desaparecido las nubes que a primeras horas del día les acompañaban y ahora el azul del cielo se volvía intenso, muchas veces duro de mirar.

—¿Crees que lograremos nuestro cometido?

Antonino rompió el silencio existente entre ellos dos. Manius tenía en esos momentos los ojos cerrados y andaba ensimismado en cuestiones relacionadas con sus tierras y la posibilidad de tenerlas cuanto antes.

—Qué se yo, muchacho. Aquí estamos, embarcados y camino de Massilia en busca de gente a la que no hemos visto en nuestra vida. Sólo el centurión tiene algunos datos de lo que buscamos, así que estamos en sus manos. De él va a depender todo. Lo único que espero espero es que cuando desembarquemos no tengamos que dar muchos tumbos por ahí. ¿Quién nos asegura que allí, precisamente, encontraremos lo que buscamos? Es una quimera, como te dije cuando nos anunciaron este trabajo. ¿Te convences ahora?

—De lo que estoy convencido es que encontraremos a quienes buscamos. Somos soldados romanos y, por tanto, personas capacitadas para cualquier tipo de misión.

Manius rompió en una sonora carcajada de las habituales suyas, que incluso llamó la atención de varios de los hombres que trabajaban cerca de donde se hallaban sentados.

—¡Muchacho, qué pronto te ha entrado el espíritu militar!

Aquella frase hizo que Tulio Plinio, a varios metros de donde ellos se encontraban, torciese el gesto. De forma rápida, dejó el puesto de mando. Bajó las pequeñas escalinatas y, tras sortear a dos hombres que tiraban de una gran maroma para tensar algo más la vela, llegó a su lado.

—Compañeros, debemos revisar nuestra carga. Vamos a la bodega.

Dicho esto, se volvió hacia donde se encontraba el comandante y le gritó:

—¡Centurión! ¡Vamos a bajar! ¡Queremos ver el estado de nuestra mercancía!

El comandante hizo un gesto de aprobación con la mano. Tulio Plinio se apostó en la compuerta de madera que servía para acceder a la bodega del barco y, tras tirar hacia de ella, la abrió.

—Vamos, amigos. No hemos visto el género desde que fue embarcado. Hay que comprobar que se encuentra bien amarrado.

Manius Aquila y Antonino Quintus se miraron extrañados. No comprendían aquella reacción del centurión. Sin embargo, obedecieron. Bajaron de uno en uno por las estrechas escaleras, que tenían además mucha pendiente. Tras superar varios escalones, llegaron a una primera planta por debajo de la cubierta. Tanto a estribor como a babor se abrían grandes ventanales en los que estaban situados los remeros. Las filas se movían en perfecta coordinación. Vieron cómo salían los remos del agua para, en el aire, irse hacia atrás y, nuevamente, perderse en el mar para volver a salir. Y todo ello a compás del sonido del tambor. Otra escotilla un poco más adelante de donde se encontraban era la que conducía a la bodega inferior, donde estaba su mercancía. En esta ocasión fue Manius Aquila quien la abrió, dejando que pasase primero el joven. El centurión hizo un gesto para que fuese el veterano soldado quien bajase antes que él. En esa zona la oscuridad era mucho más patente. Ahora estaban prácticamente a nivel del agua. La humedad se dejaba notar de manera mucho más feaciente y aunque el día era caluroso, allí hacía fresco. Cerró la trampilla Tulio Plinio para, acto seguido dirigirse a sus subordinados.

—¿Estáis locos? ¿Cómo osáis hablar en voz alta de militares? ¿No os habéis enterado todavía de que estamos en una misión secreta, que nadie debe saber nuestra condición de legionarios romanos? ¡Y encima delante de soldados! ¡Os estáis comportando como tales, se ve a leguas! ¡Si vuelvo a escuchar de vuestras bocas algo que nos delate, os mataré en ese mismo instante! ¡Y no tendré compasión alguna con ninguno de vosotros dos! ¡No vais a arruinar mi carrera!

—Señor... —interrumpió con un tono de voz bajo Manius Aquila— es normal que se nos vaya de la boca aquello que somos. Es poco menos que imposible abstraernos de nuestra condición...

—¿Estáis entrenados para las condiciones más duras! ¿Qué pasaría si nos descubren? ¿Acaso tendría la emperatriz clemencia con nosotros? Es de suponer que nos ha elegido porque lo que quiere encontrar es sumamente valioso para ella, para el Imperio. Y de esta forma no estamos contribuyendo, precisamente, a honrarla. Así que a partir de ahora no quiero ni un solo descuido más. Nos queda mucho viaje por delante y no vais a estropearlo a las primeras de cambio. Me huele que el centurión desconfía en parte de nosotros y de este viaje, por lo que espero que no le demos motivos para que esté en lo cierto.

Ambos soldados permanecieron callados. Tulio Plinio se movía entre los

bártulos y los tocaba, como si efectivamente estuviese comprobando la mercancía.

—Soy soldado romano como vosotros —dijo en tono orgulloso— y sé cuando una misión es importante. Y ésta lo es. No quiero ni un descuido más. Advertidos quedáis.

—Centurión —volvió a hablar Manius Aquila—, no sabemos a ciencia cierta a quién o a quiénes hemos de encontrar...

—Ésa es la dificultad de este objetivo. Pero no debéis preocuparos. Por ahora nos moveremos entre Massilia¹⁶ y sus alrededores, estos es, aldeas, poblados y otras ciudades, que es donde se supone puede estar la persona o personas que buscamos.

—¿Y cómo sabremos quiénes son?

—Estáis a las órdenes de Tulio Plinio, centurión primus pilus de la II Itálica Pia. ¿Es que dudáis de mi capacidad?

Ninguno respondió. Pasado un tiempo, el centurión se dio cuenta de que ellos estaban en inferioridad de condiciones con respecto a él. Manejaba información que sólo él poseía, con lo que estaban a expensas de sus movimientos y su forma de actuar.

—Debéis confiar en mí —dijo en tono altivo—. Yo os llevaré a la gloria de esta misión y cuando haya concluido, seréis obsequiados por la emperatriz y por el mismísimo emperador Constantino el Grande. Ahora, vamos a subir a cubierta. Y que nadie ose hablar de algo relacionado con el Ejército. Somos comerciantes que vamos a Massilia a vender nuestro género.

Dicho esto último fue el primero en abandonar la bodega. Manius y Antonino quedaron por unos instantes en su interior. Cuando fue a subir por las escaleras el joven, el veterano le habló.

—Ándate con cuidado, muchacho, o acabaremos con el cuello partido en dos.

—¿Cómo que no está en su habitación?

La emperatriz no salía de su asombro. Le extrañó que, amaneciendo, no acudiese a su estancia Livia para despertarla, como hacía cada mañana. Pasó el resto de la madrugada junto a la Vera Cruz de Cristo, sintiendo el calor que desprendía la madera y totalmente segura de lo que haría a partir de esos momentos. Sus dudas y temores se disiparon cuando abrazó el madero que parecía servirle de asidero para todo aquello que tuviese que ver con su idea fija: seguir expandiendo el Cristianismo hasta el último confín del mundo y que nadie quedase sin conocer la grandeza del Hijo de Dios. Mucho le había

costado convencer a su hijo, Constantino, de todo ello. Pero ahora el Imperio comenzaba a tener como norte y guía al Todopoderoso, al Sumo Hacedor que tanto hizo por los hombres, precisamente, desde aquella madera en la que fue crucificado. Ahora estaba realmente convencida de que su sitio era Jerusalén; debía permanecer allí, en la ciudad donde, a sus afueras, se produjo el milagro del amor al prójimo; el milagro de la vida merced a la Palabra del Mesías. No podía marcharse de la ciudad sin dejar concretada su gran obra para la posteridad: la construcción de un templo que borrarse cualquier atisbo de dioses paganos por los que se había regido hasta no hacía mucho la sociedad romana y, en definitiva, el mundo. Aquel templo debía de convertirse en referencia total y absoluta del Cristianismo en unos momentos en los que el Imperio parecía haberse desligado de todo aquello que lo hizo grande pero que, en definitiva, se labró desde la base de la sangre y la imposición de los más fuertes sobre los débiles y desasistidos. Y allí mismo, para veneración de todos cuantos acudiesen, tenía que alzarse, en lugar preeminente, la Cruz de Cristo. Pero también, como pensó en los primeros instantes, esa Cruz tenía que ser conocida en Roma y en Bizancio. «Nadie debe quedarse sin contemplarla ni alabarla». No tenía dudas en cuanto a su presencia en Jerusalén, pero sí qué hacer para que en las capitales del Imperio también pudiesen adorar y dar gracias a Cristo y al Dios único y verdadero a través de uno de sus símbolos más grandilocuentes y fehacientes: la Divina Cruz.

Sin embargo, todas aquellas elucubraciones se difuminaron cuando, al despertarse abrazada a la Cruz, se dio cuenta de que no estaba en sus aposentos y que no había abierto los ojos tras sentir la mano cálida de su fiel sirviente y el susurro de su voz, como cada mañana: «mi señora, es hora de que os levantéis. Tenéis mucho que hacer por los demás», solía decirle Livia en cuanto la noche iba dando paso al día. Por eso, tras percatarse de que se levantaba por sí misma, fue a su habitación y tampoco la encontró. Lo mismo que en la estancia principal, donde Flavia Iulia Helena recibía en audiencia a obispos, sumos sacerdotes y militares que a ella venían diariamente para pedirle consejo y soluciones a problemas.

Fue entonces cuando llamó a Andrea, su otra sirviente de confianza. Mandó a buscar a Livia. Temió que estuviese enferma o que, habida cuenta de la partida de Antonino, hubiese caído en el desánimo y el sueño del cansancio, mental y físico, le pudiese.

—Mi señora —respondió Andrea—, no se encuentra en su alcoba. He buscado, además, por otras estancias del palacio, incluso en las cocinas. Pero

no hay rastro de ella.

—¿Dónde puede encontrarse, entonces?

—No lo sé. He preguntado a guardias y a sirvientes y ninguno me dan respuesta satisfactoria. Nadie la ha visto desde ayer noche, cuando se retiró a descansar.

La emperatriz no daba crédito a lo que escuchaba. No entendía qué era lo que ocurría y qué podía haber hecho Livia para desaparecer de esa manera.

—Quiero que ahora mismo mi guardia personal la busque por todo el palacio y que si no se encuentra aquí, rastreen la ciudad. Tiene que estar en alguna parte.

—Así se hará, mi señora.

—Dime, Andrea, ¿has notado algo extraño en Livia recientemente?

—Sólo os puedo decir que hace dos días, por la tarde, estuvo aquí buscándola ese legionario —dijo bajando la cabeza al tener que dar a conocer algo que, evidentemente, desconocía la propia emperatriz—. Lo que hicieron luego, no lo sé. Ayer estuve hablando con ella sobre ese aspecto pero nada me dijo y nada pude sacarle. Estaba seria, callada, sin querer hablar con nadie.

—Ve a buscar al general y al obispo Macario enseguida. Y que venga también el prefecto Aurelius. Esta situación se tiene que resolver cuanto antes. No desaparece así como así la sirviente de confianza de la emperatriz del Imperio Romano y nadie sabe nada de ello.

Andrea abandonó al momento la estancia y la emperatriz quedó a solas. «¿Qué has hecho, muchacha? ¿Te has marchado? ¿Acaso has huido? ¿Qué es lo que ha salido mal para que después de adoptarte, de considerarte parte mía, hayas desaparecido así como así?». Un sentimiento de culpabilidad le invadió entonces. «A lo peor he descuidado algo, me he sentido tan abstraída con el descubrimiento de la Vera Cruz de Cristo que he dado de lado a los demás, al prójimo, precisamente cuando eso fue lo que quería el Mesías, que nos diésemos al máximo a los demás. He ahí mi error. Sólo soy un ser humano, Señor, y me has vuelto a poner a prueba. ¿Quizá corre peligro Livia? ¿Cuál es el destino que le tienes preparado y por qué la apartas de mi lado? ¿Es ésa tu forma de actuar y tu decisión? ¿Me estás queriendo decir algo a través de Livia que no alcanzo a comprender? Dame una señal que pueda interpretarla y que sirva para hacer el bien, para no dejarme llevar solo por mi egoísmo. Sabes que he cuidado de ella, que he intentado llevarla por el camino correcto. Pero algo se me escapa de todo ello y sólo Tú puedes decirme qué

es. Te lo ruego, Mi Señor, no me abandones en este momento en el que más te necesito. Y ella también».

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Andrea.

—Mi augusta señora, el prefecto, el general y el obispo Macario esperan a ser recibidos.

—Pasad, pasad, os lo ruego.

Flavia Iulia Elena permanecía de pie justo al lado de la balconada. Las tres personas desprendían sorpresa por lo que acababan de escuchar de boca de la sirviente, que ya les había advertido de la desaparición de la mujer de confianza de la emperatriz.

—No damos crédito a lo sucedido —dijo en primer lugar el obispo Macario.

—Vosotros no debéis preocuparos por esta cuestión —respondió—. General, quiero que la busquéis por toda la ciudad y que preguntéis a todos cuantos os encontréis para saber si sigue aquí o se ha marchado.

—¿Creéis que ha huído?

—Mucho me temo que sí. Pero lo que no entiendo es por qué lo ha hecho. Nada malo le pasaba, que yo supiese. Y creo que todo tiene que ver con el amor por Antonino, el legionario. El amor, precisamente, lleva a hacer locuras. Y estamos hablando de jóvenes, que son capaces de hacer cualquier cosa.

—Pero estamos hablando, y perdóneme la osadía, de la deserción de una esclava. Eso está castigado con la muerte...

—¡Lo que haya que hacer con ella cuando la encontremos lo decidiré yo, general!

El tono de voz se tornó seco y grave. El general comprendió que se había excedido en sus atribuciones y, de manera instantánea, bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Os ruego perdonéis mi osadía, augusta emperatriz. Nada más lejos de mi intención que indicaros qué debéis hacer en un caso como éste.

—No importa. Ahora, mandad buscarla y traédmela ante mi presencia.

—Lo que digáis, mi señora.

El general abandonó la estancia. Andrea permaneció en un rincón de la habitación esperando también órdenes. Sin embargo, la emperatriz se dirigió al prefecto.

—Prefecto Aurelius, disponed todo para que la comitiva que está prevista para marchar a Roma lo haga en el menor tiempo posible. No quiero prolongar

más la estancia en Jerusalén de esos hombres que ya deben tener todo preparado.

—Todo está dispuesto ya, mi señora. Tan sólo queda que deis la orden para que os pongáis en marcha hacia Caesarea.

La emperatriz miró a ambos fijamente antes de responder.

—He estado pensando durante toda la noche —dijo mientras escrutaba desde la balconada el horizonte—. No ha sido una decisión fácil de tomar y, sobre todo, me ha dejado algo aturdida esta circunstancia de la desaparición de Livia. Pero ello no puede apartarme de lo que es realmente importante.

Se volvió hacia el obispo y se acercó hasta su altura. Le miró con una expresión de cariño mientras apoyaba su mano derecha sobre su hombro izquierdo.

—Voy a quedarme en Jerusalén hasta que el templo que se va a construir esté realmente encauzado. Quiero que la Vera Cruz de Cristo permanezca aquí y que sea alabada por todos cuantos vengan hasta esta ciudad, que ya es santa y sus lugares donde vivió, sufrió y murió Jesús también lo son. Creo que es mi deber y mi responsabilidad.

—Vuestra decisión es no sólo acertada, sino consecuente con todo ello. Celebro que penséis de esta forma y que permanezcáis con nosotros. Queda mucho trabajo por hacer y estando la augusta emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente en Jerusalén, todo irá más rápido. Permitidme, en todo caso, una pregunta: ¿qué fin tiene el viaje a Roma de toda la expedición?

Flavia Iulia Helena volvió sobre sus pasos. La decisión estaba tomada y ahora la iba a dar a conocer a quien era la persona más adecuada para ello.

—Dividiré la Vera Cruz en tres partes. Una mayor, que será la que presida el templo en honor de Nuestro Señor Jesucristo, y dos más pequeñas: uno de los trozos quedará en Roma y el otro en Bizancio. Así todo el Imperio podrá conocer la milagrosa y sagrada madera desde la que el Mesías nos salvó. Y nadie podrá decir que tiene la única Cruz. Sin embargo, hay algo que me preocupa, obispo.

—¿Qué es, mi señora? Sabéis que podéis confiar en mí.

—Lo sé, obispo, lo sé. Por eso os lo digo. ¿Qué crees que es lo que se llevó José de Arimatea del sepulcro?

—Es algo que no sabremos hasta que se encuentre.

—¿Y si lo que encontramos es perjudicial para la Cristiandad?

—Pues entonces, si me permitís el consejo, habría que destruirlo y que nadie supiese de su existencia. El mal acecha en cada rincón y son muchos los

que esperan cualquier aspecto negativo para intentar denostar a Nuestro Señor Jesucristo. Han sido muchos años los que cristianos como nosotros tuvieron que esconderse en catacumbas porque eran perseguidos. Ahora todo es distinto y de aquellos sufrimientos hemos pasado a propagar la fe por todos los lugares de este mundo. Pero no debemos estar tranquilos. Cualquier debilidad supondría un duro golpe. Así que, si no es lo que espera encontrar o se trata de algo que puede provocar tensiones entre los mismos cristianos, lo mejor es que no haya existido.

La emperatriz escuchó con atención las palabras del obispo Macario. Quedó en silencio durante algún tiempo hasta que se decidió a hablar.

—Quiero ver cuanto antes los planos de tus arquitectos. Necesito que el templo comience a levantarse sin más dilación.

La noche estaba completamente instalada cuando llegaron a la ciudad de Joppa. El carromato se detuvo a la entrada de las murallas, cuyas puertas aparecían ya cerradas. El hombre se bajó del pescante y comprobó que no se podía entrar. Entonces, de manera resuelta, se acercó hasta la puerta principal. Detrás de ella se veía luz, por lo que pensó que habría una patrulla de soldados de guardia. Golpeó con fuerza pero nadie respondió. Repitió la acción pero la respuesta fue la misma: nada. Retrocedió unos pasos y, colocándose las manos al lado de la boca, lanzó un grito.

—¡Somos gente de bien que acaba de llegar de Jerusalén!

Pasados unos segundos, una de las hojas se abrió tras emitir un sonido chirriante. Apareció un soldado judío que, sin llegar a traspasar completamente el dintel, escrutó al hombre y al carromato desde aquella posición. Estuvo mirando un rato de un lado a otro, como queriendo cerciorarse que tan sólo estaban esas personas allí.

—¡Es muy tarde ya! Hasta mañana no se abrirán las puertas de la ciudad.

—Tengo esposa e hijos. Necesito pasar la noche a resguardo de ladrones. Queremos encontrar un barco que nos lleve a Bizancio.

—Tendrás que esperar a que amanezca. Tenemos orden de no dejar pasar a nadie una vez que ha anochecido.

—¿Y qué hago si intentan robarme?

—Espero que no te suceda eso —dijo a la par que cerraba la puerta.

El hombre comprendió que no le quedaba más remedio que pasar allí la noche. Antes de dirigirse al carromato, miró con detenimiento la zona. Era una explanada amplia en la que sólo se levantaban un par de árboles cerca de las murallas. No le pareció el mejor sitio. Empero, en la parte oeste de la

empalizada fortificada podrían guarecerse mucho mejor. Allí soplaba menos el viento y, además, hacía una especie de recoveco que, en cierta medida, posibilitaba que pasasen desapercibidos para posibles merodeadores.

Avanzó hacia el carromato. En su interior, los niños ya dormían, vencidos por el cansancio del viaje y las largas horas de camino. Su esposa, en cambio, permanecía alerta, igual que Livia. Ambas miraron al hombre cuando asomó por la parte trasera del carro.

—No podemos entrar en la ciudad. Tendremos que hacer noche aquí y mañana, en cuanto amanezca, intentaremos buscar el barco que nos saque de aquí.

—Hace frío —dijo la esposa—. Deberías encender una fogata para que los niños puedan estar bien.

—No puedo —respondió resignado—, nos arriesgamos a que la vean forajidos y seamos víctimas del pillaje. Habrá que sobrellevar el frío de la mejor manera posible. Anda, busca algo de comer que no haya que hacerlo en la lumbre. Voy a dirigir el carro hacia aquella zona para que estemos resguardados.

Desapareció y al momento se montó en el pescante. Tiró de las bridas con suavidad y el caballo percherón comenzó a moverse. Tras unas pequeñas maniobras, dejó el carromato colocado en la posición que quería, esto es, mirando hacia la muralla mientras la parte trasera hacía las veces de la delantera. Bajó de nuevo y quitó al caballo los arneses que lo amarraban al carromato. Buscó una parte saliente en las piedras del grueso muro para dejar allí al caballo atado. Luego, le trajo un poco de forraje y lo echó al suelo para que el animal comiese. Volvió sobre sus pasos y entró en el habitáculo.

Los niños estaban en la parte delantera, acurrucados unos encima de los otros. Dormían plácidamente. La mujer le ofreció algo de comida. Era queso sobre pan ácimo. Lo partió en tres trozos y ofreció tanto a su esposa como a Livia. Los tres comieron en silencio hasta que él, al tomar un poco de agua de una pequeña vasija, habló.

—¿Te embarcarás con nosotros?

Livia dejó de comer y cuando hubo masticado lo que le quedaba en la boca, respondió.

—No tengo intención de ir a Bizancio.

—Allí podrás comenzar una nueva vida —dijo sin mirarla el hombre.

—¿Y cómo sabéis que quiero hacer eso?

—Se te ve en el rostro y en la forma de la que te has marchado de Jerusalén.

No eres como nosotros: te delantan tus ampulosos ropajes y tu porte. Te dije antes de partir que no te iba a preguntar nada acerca de los motivos por los que te has ido, pero no deseo que te ocurra nada.

—Os agradezco vuestro interés y, sobre todo, la hospitalidad que me habéis brindado. Sois buena gente que no ha dudado en ayudar a quien lo necesita y sin querer saber nada de lo que guardo en mi interior. Pero debo ir a otro lugar, mucho más lejano. Tengo asuntos que resolver.

—Por lo que sé, no son muchos los barcos que parten para otros puertos que no sean Bizancio o Roma. Si no vais al primero de los sitios ni tampoco al segundo, a lo peor os tenéis que esperar en esta ciudad más tiempo del que pensáis.

—Es un riesgo que tendré que correr.

—Ése y alguno más...

—¿Qué queréis decir?

El hombre volvió a engullir otro trozo de queso mezclado con el pan ácimo. Su esposa permanecía en todo momento en silencio, sin decir absolutamente nada.

—Me refiero a que os pueden estar buscando en estos momentos...

Nadie habló nada más. Una vez terminaron de comer, el hombre se echó en uno de los laterales del carromato, mientras su mujer se ponía a su lado. Livia buscó la parte más alejada de ambos para no molestar. Se hizo un ovillo y se dispuso a dormir. Las palabras de aquel hombre hicieron que le entrase cierto desasosiego. Era verdad que en aquellos instantes podrían estar los soldados de la emperatriz buscándola. Pero, ¿cómo iban a adivinar que se encontraba en Joppa? Lo más normal es que hubiese ido en dirección a Caesarea. Ésa era su baza. Pero también podrían estar rastreando en un radio más amplio y, en ese caso, se incluía el lugar donde se encontraba ahora. Pensó en Antonino y cómo estaría en esos momentos. Pensó también en Tulio Plinio y la rabia se le vino a la boca. Tenía que conseguir que cuando acudiese a su mente su amado, no lo hiciese igualmente aquel desalmado. «Lo conseguiré, por el Dios que dice la emperatriz que es el que quiere el bien para todos los hombres que lo conseguiré». Fue lo último que pensó antes de quedarse completamente dormida.

XV

El mar estaba mucho más revuelto ese día. Habían transcurrido ya algo más de dos semanas desde que abandonaron el puerto de Caesarea. La travesía, hasta esos momentos, era plácida y en muchos momentos cansina. Manius Aquila y Antonino Quintus llegaron al convencimiento de que para hacer más llevadero el viaje deberían estar ocupados en algo. Primero, tras obtener el beneplácito de Tulio Plinio, estuvieron ordenando la mercancía que portaban. Ninguno de los dos tenía conocimiento de telas y sedas, pero pusieron la mejor de sus intenciones. «A este paso —solía decir Manius Aquila a su joven amigo— nos volveremos delicados y refinados y nos olvidaremos de todo cuanto hemos aprendido en la Legión». A pesar de ello, consiguieron hacer distintos apartados de los diferentes géneros que llevaban e incluso, siempre con la aportación de Antonino, más avezado en esas lides que su compañero, defenderse a la hora de ser preguntados por el comandante—centurión.

En cierto modo, a Antonino no le disgustaba aquella nueva profesión que se veía obligado a ejercer. De aprender el oficio de herrero al lado de su padre pasó a ser soldado legionario y, en pocos meses, a actuar como un intrépido comerciante de telas que cruzaba el Mare Nostrum en dirección a Massilia, uno de los grandes puertos de las Galias. Además de ello, solía pasar el tiempo tocando el aulos que llevaba entre su equipaje. Soldados y pilotos se agrupaban, cuando las labores decrecían, a escuchar las distintas melodías que interpretaba, haciendo más llevadero el viaje para todos. Incluso Tulio Plinio se sorprendía de cómo se desenvolvía el chaval con el instrumento. No era del agrado del centurión, pero no dejaba de reconocer el don que tenía para con la música.

Pero, sobre todo, Antonino pasaba las horas y los días pensando en Livia. Se preguntaba a menudo cómo estaría y si tendría las fuerzas suficientes para esperarlo. Él estaba convencido de que así sería. «Aquella noche no puede borrarse de los sentimientos así como así. Tanto ella como yo lo sabemos. Sé que me va a esperar, aunque pase mucho tiempo. No voy a darme por vencido y por mucho que dure esta misión, al final acabaremos siendo el uno para el otro para el resto de nuestras vidas».

A diferencia de Antonino, la situación que se vivía en el barco no era precisamente del agrado de Manius Aquila. En cuanto tenía ocasión alguna,

gustaba departir con los soldados que viajaban a bordo de la liburnia. Les preguntaba por sus misiones, por las batallas en las que habían entrado; por sus logros y glorias conseguidos en la lucha. Dejaba que le hablasen de espeluznantes encuentros con pueblos que desafiaban el poder del Imperio y se veía él mismo en aquellas guerras, en muchas de las cuales tomó parte. Hacía todo lo posible por no desvelar, tal y como le advirtió el centurión, su condición de soldado romano. Pero en muchas ocasiones estuvo a punto de hacerlo para decirles a aquellos hombres que él era uno más de ellos y que su valor en el campo de batalla era el mismo que el de esos soldados. En verdad, aquello le servía para olvidarse de su mala suerte y de que en aquellos momentos pudiera estar de camino a la ciudad hispana de Híspalis, donde le esperaban las tierras ganadas con el sudor de su trabajo y, sobre todo, con la fuerza de su espada en esas mismas batallas que relataban sus compañeros de viaje.

Mientras ambos intentaban sobrellevar la travesía como podían, Tulio Plinio hacía las veces de jefe de aquella expedición de comerciantes y no se separaba de Caeso Severio, de tal forma que congeniaron en esas dos semanas. Al igual que Manius Aquila, Plinio preguntaba constantemente por cuestiones relacionadas con la marina romana. Pensaba que los conocimientos que fuese adquiriendo serían fundamentales a la hora de ascender en el Ejército. «Cuando todo esto haya concluido, mi poder en la Legión será grande, muy grande, y habré de estar al tanto de muchos aspectos que ahora, por mi condición de centurión, no tengo».

La liburnia se levantó de repente más de la cuenta, cogiendo a muchos de los soldados y pilotos desprevenidos. El mar estaba embravecido y las olas traspasaban la proa de la embarcación para romper sobre la cubierta. El día era claro pero el viento soplaba demasiado fuerte y en contra, lo que hacía que el trabajo de los remeros fuese mucho más intenso. El ritmo de las bogadas había crecido y era frenético. Las velas estaban plegadas para que no supusiesen un obstáculo más al no tener el viento a favor.

—Estas son las situaciones que me gustan, querido Tulio Plinio —comentaba Severio a su acompañante.

Los dos, en el puente de mando, observaban cómo los remos entraban en el agua y el esfuerzo de los hombres era mucho mayor. En cubierta, soldados y pilotos anclaban y amarraban los distintos enseres para que no diesen bandazos de un lado para otro.

—Hasta ahora las cosas nos han ido bien y la fortuna de los dioses nos ha

acompañado —señaló Tulio Plinio—. Sin embargo, hoy no es un día precisamente apacible.

—Esto no es nada —respondió en tono jactancioso Caeso Severio—. Yo he tenido que luchar contra inclemencias mucho peores. Estamos atravesando un lugar donde los vientos son menos propicios. Pero eso no es un obstáculo para una liburnia del Ejército romano.

Desde el mástil principal, entonces, la voz del marinero que estaba de vigía puso sobre aviso a todos los demás.

—¡Barco a la vista!

El comandante, al instante, oteó el horizonte de manera minuciosa pero no pudo distinguir nada debido al fuerte oleaje, que hacía que el barco se moviese demasiado.

—¿Por dónde? —gritó al hombre.

—¡A babor! ¡Y es grande!

—¿Es de los nuestros?

—¡No puedo decírselo, comandante, está demasiado lejos pero creo que se dirige hacia nosotros!

La tripulación se había apostado sobre la parte de babor para intentar descubrir la embarcación. Nadie conseguía divisarla.

—Estamos cerca de la costa oriental romana. Es lógico que algún barco haya partido con destino a los puertos judíos. En todo caso, Tulio Plinio, habremos de estar alerta. No me gustaría que fuesen enemigos, tendríamos que entrar en combate y eso retrasaría nuestro viaje.

Plinio se sintió excitado ante la posibilidad de que hubiesen de batirse. No había experimentado una lucha en el mar y era algo que le producía una sensación placentera. Si llegaba ese momento, tendría que entrar en acción igualmente, defenderse. Sería entonces cuando habría de revelar al comandante su verdadera situación y, aún sin llegar a desvelar la misión que tenían encomendada, sí hacer valer su condición de centurión primus pilus de la Legión romana.

—¿Qué haremos si son enemigos?

Antonino, apostado sobre la baranda del barco, escrutaba el horizonte al igual que Manius Aquila. Éste, con gesto circunspecto, se afanaba por encontrar en la inmensidad del mar el barco que había divisado el vigía.

—No tengo la menor idea, muchacho, pero mucho me temo que tendremos que pelear.

—Pero nosotros tenemos que mantenernos al margen...

—¿Piensas eso de verdad? ¿Crees que si hay que luchar vamos a quedarnos de brazos cruzados? Conociendo al centurión, seguro que le dice al comandante nuestros verdaderos propósitos. Y si no es así, somos hombres que también tenemos que defendernos.

La situación que se acababa de producir no le gustaba al joven Antonino. No era precisamente ésta la forma que había pensado para entrar por vez primera en combate: en un barco, en medio del mar y sin espacio para luchar. Además, desconocía, como sus compañeros de misión, las técnicas que se utilizaban en la lucha entre barcos. Había oído historias sobre embestidas salvajes con las proas sobre las otras naves y de abordajes salvajes en los que los cuerpos quedaban destrozados en medio de una lucha sin cuartel a vida o muerte.

Pasaron varios minutos hasta que uno de los soldados de cubierta lanzó un grito.

—¡Allí está! ¡Miradlo! ¡Viene hacia nosotros!

El comandante ya lo había divisado. Seguía con la vista puesta en aquella nave y su rostro se presentaba serio y circunspecto.

—No me gusta nada esta situación —dijo para sí aunque Tulio Plinio escuchó sus palabras.

—¿Por qué, comandante?

—Creo que no es una galera romana. Y por estas aguas suelen abundar los piratas. Se acercan a la costa a intentar saquear aldeas pequeñas. Conocen bien los viajes y las misiones de las embarcaciones del Imperio y, si no son demasiado grandes, no tienen inconveniente en entrar en combate. El botín para ellos, en muchas ocasiones, es mejor que el de un barco que no sea militar.

—Si fuesen piratas, ¿estaríamos en inferioridad de condiciones?

—Puede que sí, pero hay algo en lo que les superamos: en destreza militar. La forma en que nos situemos será crucial si es que quieren abordarnos.

Caeso Severio siguió vigilando a la nave que se acercaba. Al cabo de un rato en el que todos los tripulantes permanecieron en silencio, volvió a hablar.

—Ya no me cabe duda ninguna. Se trata de un barco pirata. Querido Tulio Plinio, ahora vais a comprobar cómo se las gasta el Ejército romano.

—¡Son piratas! ¡Son piratas!

Era la voz del vigía que, de inmediato, abandonó el puesto, bajando con una destreza extraordinaria por el mástil mayor y llegando a la cubierta en cuestión de segundos. El anuncio hizo que toda la tripulación comenzara a ir de un lado a otro de la cubierta.

—¡Todos a sus posiciones! ¡Timonel, gire a babor!

El comandante empezó a dar órdenes precisas a sus subordinados. Estos sabían perfectamente qué era lo que tenían que hacer en un caso como éste. Para la inmensa mayoría no era la primera vez que se enfrentaban a una situación así. Otros, los menos, se preparaban para vivir un momento crucial en sus vidas. A esos, precisamente, se les notaba en el rostro.

Los remeros de babor comenzaron la maniobra de giro hacia la galera pirata mientras el tambor era golpeado a un ritmo mayor. Los de estribor sacaron los remos del agua y dejaron hacer a los otros. El fuerte oleaje dificultaba las labores. Sin embargo, la proa de la liburnia fue, poco a poco, dirigiendo su mirada hacia la embarcación enemiga.

—Todavía estamos lejos —señaló Caeso Severio—. Pero es bueno que sepan que nos hemos dado cuenta de su presencia. ¡Contramaestre! ¡Que cuelguen la bandera de la Legión para que no haya dudas de quiénes somos!

Rápidamente dos marineros bajaron a la bodega y, al instante, aparecieron con una enseña de grandes dimensiones que colocaron en el palo mayor. Tras atarla a la cuerda, la izaron con suma destreza para que ondease en todo lo alto del mástil.

—Bien, a la distancia a la que nos encontramos ya la habrán divisado. Veremos si son capaces de hacernos frente o, por el contrario, varían su rumbo. Serían unos insensatos si osan plantarnos cara e intentan entrar en batalla con nosotros.

A pesar de aquellas palabras de suficiencia, el comandante—centurión sabía perfectamente que se libraría una lucha. El barco que se les acercaba estaba dispuesto a cobrarse un importante botín. El hecho de defenestrar a una embarcación del Imperio romano hacía que luego las noticias corriesen de puerto en puerto y su presencia en los mares fuese mucho más temida. Solían, además, hacer prisioneros que canjeaban por dinero. Sus métodos, asimismo, diferían mucho de lo que era una lucha cuerpo a cuerpo. Usaban cualquier tipo de estratagema con tal de salir victoriosos. Y ésta era, a qué dudarlo, una ocasión magnífica, toda vez que se trataba de un barco de menor eslora que el de ellos y que, por lo que acababan de comprobar, no formaba parte de ninguna flota sino que iba solo en medio de aquel mar.

Caeso Severio se colocó el casco y ajustó el cinturón del que colgaba su gladius. Siguió observando el horizonte de manera atenta mientras en cubierta continuaban los hombres preparándose para el asalto. La liburnia, por fin, quedó situada en la posición ordenada.

—Ahora estamos frente a ellos —dijo el comandante—. De esta forma no podrán abordarnos. Si nos hubiesen cogido de costado estaríamos perdidos.

—Es un barco mayor que el nuestro —habló Tulio Plinio.

—¿Y qué? ¿Acaso dudáis del Ejército romano, de sus legiones?

Plinio estuvo a punto de responder pero prefirió callarse. Estaba convencido de que, más pronto que tarde tendría que revelar su condición de centurión primus pilus. Pero quería agotar todas las posibilidades. Quedaba mucho viaje para que, a las primeras de cambio, ya tuviese que identificarse.

—¿Sabéis manejar una espada? —preguntó el comandante.

—Por supuesto que sí.

Aquella pregunta terminó por soliviantar al centurión. Se veía convertido en un mercader al que recomendarían que se escondiese con sus compañeros en las bodegas del barco e intentase no echarse a llorar de miedo. Pero no estaba dispuesto a tamaña afrenta y a quedar como una mujercita indefensa que nada sabe hacer ante una batalla.

Tras su respuesta, el comandante ordenó a uno de sus soldados que le entregase un gladius.

—Permanecerá aquí, en el puesto de mando, si es que se ve con fuerzas. Pero no quiero que haga ninguna locura. Sus vidas están a nuestro cargo y no quiero que ni mis superiores ni la mismísima emperatriz puedan achacarme que no les hemos defendido como debían.

Fue a responderle cuando el comandante siguió dando órdenes.

—¡Arqueros! ¡Disponed a babor tras la primera línea de legionarios!

—¡El barco ya está mirando hacia el enemigo! —gritó en esos momentos el contramaestre.

—¡Que boguen a toda potencia los remeros! —contestó Caeso Severio.

En ese momento, la liburnia comenzó a desplazarse a gran velocidad hacia la otra embarcación. Entrarían en contacto en poco tiempo, el suficiente para prepararse y repeler un abordaje si se producía.

El rápido avance de la nave permitió que se vislumbrase con mayor claridad el otro barco. En su cubierta se podían distinguir un sinfín de hombres que portaban todo tipo de armas: espadas, lanzas, palos... estaban dispuestos a hacer presa en la embarcación romana. El centurión no perdió la compostura. Ahora aparecía callado y tenía la vista fija en el enemigo que, al igual que ellos, también avanzaba a gran velocidad.

Antonino pensó que chocarían ambos.

—¡Vamos a irnos a pique! —dijo mientras apretaba con todas sus fuerzas el

gladius que le habían dado.

A su lado, Manius Aquila también miraba fijamente el barco enemigo.

—¡Por todos los dioses que esta es una experiencia nueva!

Los soldados permanecían a babor perfectamente alineados. Portaban escudos y espadas. En una segunda posición, una hilera de legionarios con arcos ya estaban dispuestos. Le llamó la atención al joven Antonino que una veintena de ellos, formando una especie de vértice, se hubiesen apostado en la proa del barco. Ninguno de ellos hablaba, sólo se escuchaba el sonido del tambor y el ruido que hacían los remos al contacto con el agua.

Las dos embarcaciones se fueron acercando. A diferencia de la liburnia romana, donde cada uno ocupaba un lugar que parecía ser estratégico, la algarabía se podía vislumbrar en la cubierta de la galera enemiga. Eran muchos los hombres, pero Antonino no sabía precisar si les ganaban en número. En todo caso, aquella situación estaba abocada a terminar en un enfrentamiento cruento en el que se derramaría mucha sangre.

No quedaba mucho para que entrasen en contacto cuando la voz del comandante se dejó oír por toda la embarcación.

—¡Arqueros de proa! ¡Lanzad las flechas!

En ese momento, el cielo se cubrió de flechas que salieron a toda velocidad con destino a la otra nave, emitiendo un sonido a modo de silbido que hizo que Manius Aquila abriese los ojos sobremanera. Surcaron el espacio entre ambos barcos en cuestión de segundos cayendo de manera indiscriminada en la cubierta enemiga. Se oyeron los primeros alaridos. Habían hecho blanco la mayoría de ellas. Una nueva orden puso en evidencia la destreza del comandante—centurión.

—¡Arqueros de proa! ¡Lanzad de nuevo!

La segunda oleada de flechas cogió a los piratas prevenidos, cubriéndose con escudos o buscando guarecerse. Pero también impactaron en algunos hombres. La iniciativa en este tipo de batallas era fundamental. Lo sabía perfectamente Caeso Severio, que había tomado la delantera a sus enemigos en una maniobra rápida para que nos les diese tiempo a reaccionar. Aquel ataque hizo que los piratas pasasen a defenderse en lugar de atacar. Ahora los romanos llevaban ventaja.

Parecía que el encuentro entre las dos embarcaciones sería inminente cuando una nueva orden del comandante resultó crucial en aquellos primeros momentos.

—¡Virad a estribor!

En cuestión de segundos los remos de babor salieron del agua y quedaron suspendidos en el aire. Mientras, los remeros de estribor bogaban con suma fuerza para que el barco, mucho más ligero que la galera, se desplazase hacia esa posición sin tiempo para reaccionar al enemigo.

Esta orden sirvió para que la liburnia se situase de costado y en paralelo a la otra embarcación. La distancia, todavía, imposibilitaba un abordaje tanto por parte de los piratas como de los romanos. Pero en ese momento, una nueva orden a los arqueros que estaban apostados a babor volvió a cubrir el cielo de flechas, que se dirigieron nuevamente a la cubierta de la nave enemiga, cayendo de manera virulenta y causando heridas a un buen número de piratas. Éstos, desconcertados por la rapidez con la que actuó la liburnia, intentaban por todos los medios esquivar las flechas, zafarse de aquel ataque que estaba resultando demoledor.

Caeso Severio, que seguía en el puente de mando, no perdía detalle de todo lo que estaba aconteciendo. Sin duda los piratas eran superiores en número de hombres, pero supo contrarrestar aquella inferioridad con dos maniobras acertadas y extremadamente precisas para desarbolar, al menos en un primer instante, a su enemigo.

Empero, la reacción no se hizo esperar. Parecía que la liburnia dejaba a la galera. Se disponía el comandante a dar una nueva orden cuando se vieron sorprendidos por una lluvia de flechas que provenía de la nave pirata. Se habían recompuesto y eran ellos los que pasaban al ataque.

Manius Aquila empujó al joven Antonino, que cayó sobre la cubierta, dándose un fuerte golpe en su hombro izquierdo. Pero aquella acción le salvó de que una de las flechas impactase en su cuerpo. No ocurrió lo mismo, en cambio, con otros soldados que se encontraban a su lado, que fueron heridos o muertos por aquel primer ataque pirata.

El barco romano se disponía a virar a estribor cuando Tulio Plinio se percató de que el comandante estaba en el suelo del puesto de mando. A su alrededor, un pequeño charco de sangre delataba que había sido herido.

—¡Comandante!

Fueron las primeras palabras que acertó a decir Plinio, que se agachó para comprobar cómo se encontraba Severio.

—No preocuparos por mí —le dijo mientras agarraba el palo de la flecha que se había clavado en la parte superior del muslo derecho.

—¡Pero... estáis herido!

—¡Llamad al contramaestre! ¡Rápido!

El centurión se levantó e intentó descubrir dónde se encontraba el contramaestre. El caos era evidente en la cubierta de la liburnia. Al menos habría una decena de hombres heridos. Otros no se movían y todo parecía indicar que habían muerto. Fue un solo ataque pero hizo mella entre los legionarios. Al fin divisó al hombre.

—¡Contramaestre! —gritó en medio de la confusión que se vivía en esos momentos—. ¡El comandante está herido! ¡Acuda al puesto de mando!

Tulio Plinio se volvió hacia Caeso Severio, que continuaba sangrando, ahora más abundantemente.

—¡Necesitáis ayuda!

—¡Estoy bien! ¿Dónde está el contramaestre?

—¡Aquí! ¿Es grave? —dijo mientras dirigía su vista hacia la zona en la que se encontraba alojada la flecha.

—¡Nada que no se pueda arreglar! ¡Rompa el palo de la flecha lo más cerca que pueda de la carne! ¡Rápido!

El contramaestre obedeció enseguida. Tulio Plinio contemplaba la escena sin decir nada. Había visto hacer aquello en muchas ocasiones. Incluso estuvo tentado de hacerlo él mismo, pero se habría delatado. El contramaestre agarró el palo con una mano mientras con la otra presionaba por donde había entrado la punta. Hizo un movimiento brusco y lo partió.

Severio lanzó un grito que duró sólo unos segundos. Luego, más calmado, se quitó el cíngulo y, pasándolo alrededor de su pierna por encima de donde se encontraba la flecha, se realizó un torniquete. Apretó con fuerza para que la sangre dejase de brotar por la herida.

—¡Contramaestre! ¡Virad de nuevo a babor y situad la liburnia en perpendicular para embestir!

—¡Pero... así chocaremos contra la galera!

—¡Haced lo que os digo, por Júpiter!

El contramaestre se levantó y ocupó el lugar del comandante. No acertaba a comprender la orden, que suponía un impacto entre las dos naves, pero debía obedecer y ejecutar la maniobra que le había dicho. Mientras lo hacía, el comandante se apoyó en uno de los poyetes y, haciendo de tripas corazón, consiguió recuperar la verticalidad. La flecha seguía apostada en su muslo y un reguero de sangre recorría toda la pierna hasta llegar al pie, si bien con la cura que acababa de hacer ésta surgía con mucha menor intensidad. En cubierta, los hombres se preparaban para el abordaje tras la orden dada por el contramaestre. Todos sabían que ahora irían de frente hacia la galera. El mar

se embravecía por momentos y la proa de la liburnia oscilaba de arriba abajo con fuerza.

Los hombres de la galera se dieron cuenta de lo que estaba realizando el barco romano, pero cuando quisieron reaccionar éste ya estaba casi en posición. Manius Aquila y Antonino Quintus permanecían en una tercera línea, tras los arqueros. La primera había sido ocupada por legionarios que, escudo y gladius en las manos, ya estaban preparados para el abordaje. Lo mismo ocurría en el barco pirata, cuyos hombres, a pesar de no encontrarse en la posición adecuada, se aprestaban a agruparse por la zona de estribor de su embarcación para repeler el ataque.

—Manius, puede que sea nuestro final —dijo Antonino.

—¡No seas imbécil, muchacho! Esta es una batalla más. La única diferencia es que estamos en un barco. Pero la lucha es la misma. ¡Hombre contra hombre, espada contra espada y que gane el mejor! ¡Y los mejores somos nosotros!

El veterano soldado había entrado en un estado de excitación al saber que dentro de muy poco estaría batiéndose con oponentes que no se lo iban a poner fácil. Veía las caras de aquellos hombres en las que las facciones, por mor del sol y el salitre del agua, aparecían quebradas. Imponía su presencia pero él se había enfrentado con todo tipo de enemigos y no iba a dejarse amedrentar por las apariencias.

En cambio, Antonino sintió miedo real por vez primera. Se acordó en esos momentos de las palabras del centurión en el barracón, cuando le preguntó si estaría dispuesto a matar a un hombre si llegaba la ocasión. Ahora se le presentaba y comenzaba a dudar. Miró a su alrededor y comprobó el estado de concentración de todos y cada uno de los legionarios romanos. Vio también a Manius preparado para entrar en combate. Desvió la vista hacia el puente de mando y pudo ver al comandante, herido, dispuesto a morir si era preciso con tal de defender la nave. Y a su lado, Tulio Plinio, blandiendo también un gladius. Se preguntó si le habría revelado su verdadera condición o si, por el contrario, seguía apareciendo como un mercader que quiere a costa de lo que sea salvaguardar su preciada mercancía.

Quedaban pocos metros para que la proa de la liburnia se estrellase contra la galera cuando una nueva orden de Caeso Severio volvió a trastocar los planes de los enemigos.

—¡Soltad el corvus¹⁷!

La orden hizo que varios de los legionarios comenzaran a desatar unas

maromas. Conjuntamente, los primeros soldados de proa se apartaron y entonces, en aquel espacio, la pasarela que permanecía en posición horizontal en cubierta comenzó a alzarse para, a modo de catapulta, ir elevándose primero hasta alcanzar la total verticalidad para luego caer a plomo. Las embarcaciones se encontraban a unos cinco metros de distancia aproximadamente cuando el corvus impactó en la baranda del barco enemigo, quedando anclada allí merced a los garfios que tenía en la parte delantera. Era una pasarela lo suficientemente ancha para que pasaran por ella al menos cuatro hombres a la vez. Una vez quedó fijada, comenzaron a avanzar por ella los soldados romanos. Caeso

Severio había tomado la iniciativa y prefería ser él quien abordase a sus enemigos. La formación se desplazó con rapidez por el pasillo mientras los piratas, en medio de un gran griterío, comenzaban a subir también para intentar repeler el ataque. Llevaban recorridas las tres cuartas partes del corvus los legionarios cuando se encontraron con el enemigo. El choque hizo que varios cayesen al agua. Mientras, en ambos barcos los hombres esperaban el momento propicio para entrar en lucha. Se amontonaban soldados y piratas en aquella pasarela y ni los primeros avanzaban lo que pretendían ni los segundos conseguían romper el muro que formaban los romanos. Así estuvieron por espacio de unos minutos, en medio del fragor de la batalla y de la excitación de todos y cada uno de los hombres. En un momento dado, los anclajes de la pasarela cedieron, por lo que ésta comenzó a desplazarse hacia la cubierta de la galera, de tal manera que la proa de la liburnia chocó contra el otro barco. El impacto hizo que nuevamente cayesen al mar más hombres de ambos bandos. Pero la distancia había desaparecido. La orden del comandante—centurión acabó por hacer explotar los ánimos.

—¡Al abordaje! —gritó alzando su gladius.

Un inmenso alarido de los hombres precedió al ataque. Los arqueros descargaron nuevamente aunque esta vez apuntando directamente al enemigo. En cuestión de segundos muchos de los legionarios consiguieron estar en la cubierta de la otra nave. Sin embargo, por otra de las zonas eran los piratas los que, habida cuenta de la cercanía de ambos barcos, iniciaban la misma maniobra.

—¡No dejadlos entrar! ¡No dejadlos entrar!

Era la voz del comandante la que vagamente podía escucharse en medio de aquella sinfonía de confusión que se vivía en esos momentos. El sonido metálico de las espadas al chocar y de los escudos intentando parar los golpes

que pretendían ser mortales, ahogaba los gritos de los hombres. La sangre salpicaba y la lucha era a vida o muerte completamente.

En las cubiertas de ambas embarcaciones se peleaba. La pasarela había quedado ya expedita y en el agua muchos hombres pedían auxilio sin que nadie pudiese echarles una mano.

Manius Aquila y Antonino Quintus no pudieron pasar por el corvus. El primero de ellos lo intentó pero ya la liburnia había impactado con la galera, por lo que volvió sobre sus pasos y esperó en cubierta la llegada del enemigo. No tardó en enfrentarse a él. Con una destreza propia de quien está acostumbrado a luchar, sorteó el primero de los mandobles de su oponente, que venía completamente fuera de sí, para asestarle un tajo en el vientre que hizo que las entrañas se le saliesen. Se volvió con rapidez felina y esquivó la hoja de espada que se cernía sobre él por la espalda. Extendió el brazo izquierdo, que portaba un escudo, y lo estrelló contra el rostro del hombre para, casi al mismo tiempo, soltar un mandoble de arriba abajo que seccionó el cuello e hizo saltar un chorro de sangre como si manase una fuente. Vio cómo se desplomaba en el suelo de la cubierta su contrincante. Entonces se acordó de Antonino. Miró a su alrededor pero sólo pudo ver distintos enfrentamientos. Y cuando se percató de dónde se encontraba un gran grito hizo que se cubriese, de manera instintiva, con el escudo. Sintió un fuerte golpe en su parapeto y notó cómo se desplazaba hacia atrás. Extendió el brazo y saltó hacia la derecha para quedarse a la izquierda del hombre que le intentaba doblegar. Éste, lanzó su brazo y de nuevo la espada impactó en el escudo. Ahora dobló las rodillas para quedarse a una menor altura y sesgó, de un zarpazo certero, la pierna izquierda del pirata, que cayó en medio de un charco de sangre mientras convulsionaba.

No había tiempo para descuidarse. Pasó por entre aquella algarabía en la que la sangre salía disparada por todos lados. Iba en busca de Antonino quien, por fin, entraba en combate. En un primer momento el muchacho se quedó paralizado pero fue un grito muy cerca de él el que hizo que reaccionase. Se dio cuenta de que ese hombre que tenía delante, de mucha más estatura que él, alzaba su inmensa espada dispuesto a descargarla de manera mortal sobre su cuerpo. En un acto reflejo se echó para atrás, notando el silbido de la hoja metálica. Y entonces, de manera mecánica, se acordó de todo lo que le había enseñado, meses atrás, Manius Aquila. Cuando todavía no estaba en posición su enemigo para soltar de nuevo su espada, Antonino estiró el brazo con todas las fuerzas que pudo y sintió cómo el gladius que portaba encontraba primero

algo duro pero que enseguida seguía su recorrido. La expresión en el rostro de su oponente dejó entrever que le acababa de herir. Y se sorprendió cuando comprobó que la espada atravesaba de parte a parte el estómago del pirata, saliendo por la espalda.

Estaba enloquecido. La excitación se había apoderado de él y el hecho de que su cara estuviese salpicada de sangre hizo que comenzase a gritar de manera desaforada, blandiendo su espada de izquierda a derecha mientras ésta chocaba contra los cuerpos de aquellos enemigos. Ya no sentía miedo. Sólo una sensación de que tenía que seguir combatiendo y matando. Ansiaba continuar con aquel desenfreno en el que se estaba convirtiendo la lucha encarnizada. Veía hombres en la cubierta tendidos, a muchos de los cuales les faltaba algún miembro. Se le antojaban lejanos los gritos de dolor, de furia y de miedo que salían de las gargantas de unos y otros, y ese extraño olor que produce la sangre que se entremezclaba con el del agua del mar.

La batalla se libraba en ambos barcos. Caeso Severio se mantenía en el puesto de mando pero luchaba contra todos aquellos que hasta él acudían. Sabían que lo primero que querían hacer es abatirlo y que así sus soldados, sin su jefe, se sintiesen vencidos. Se había olvidado por completo de Tulio Plinio. Sus movimientos no eran tan ágiles como hubiese deseado por mor de la herida que tenía en la pierna, pero a pesar de ello continuaba defendiéndose.

Por su parte, Plinio comenzó a luchar en cuanto los primeros piratas abordaron el barco. Se distanció del comandante y antes de que éste pudiese darse cuenta, abandonaba el puesto de mando para soltar su espada contra la cabeza de uno de aquellos hombres que acababa de entrar en el barco. Acto seguido repitió la misma maniobra y se zafó de otro que le embestía por su costado derecho. Lo hizo de manera limpia, de un tajo certero que le cortó de cuajo la cabeza. Con toda la cara ensangrentada continuó luchando y causando una baja tras otra entre las filas enemigas.

De repente, un gran grito hizo que muchos volviesen las miradas hacia el puente de mando. Y entonces, comprobaron con horror la escena: uno de los piratas tenía cogido al centurión Caeso Severio. No pudo esquivar una de sus acometidas y la espada se le hundió en el brazo derecho. Mermado y sin posibilidad de escape, el hombre se colocó a espaldas suya y le agarró poniéndole el filo de la espada en su cuello. Iba a degollarlo en cuestión de segundos. Se preparó para morir cuando oyó junto a su oído el grito frenético de su captor. Sabía que era quien estaba al mando del barco romano y, por tanto, tenía a su tripulación a merced de aquellos bárbaros.

—¡Desistid o le corto el cuello ahora mismo a vuestro jefe! —se escuchó en el momento en el que el sonido de las espadas al chocar callaban por completo.

Severio se mantenía de pie porque estaba sujetado por el pirata. La pérdida de sangre tanto en la pierna como ahora en el brazo le habían debilitado sobremanera.

—¿No me habéis oído, romanos? ¡Deponed las armas ahora mismo o lo mato!

El comandante hizo un último esfuerzo por intentar zafarse de su enemigo pero no tenía fuerzas suficientes. Fue a gritar que no le hiciesen caso, que luchasen hasta la muerte, cuando una voz se le adelantó.

—¡Está bien! ¡Nos rendimos! ¡No lo matéis!

Era el contraestre. Se encontraba en medio de la cubierta y, bañado completamente en sangre, acababa de entregar el barco a sus enemigos. El griterío fue tremendo en el momento en el que los soldados romanos dejaron caer al suelo sus armas. Obedecían al contraestre muy a su pesar pero se encontraban en inferioridad numérica y con su jefe capturado. Manius Aquila se sintió traicionado y a punto estuvo en continuar luchando, pero se dio cuenta de que era mejor desistir. Lo mismo le pasó a Tulio Plinio, quien quiso decir que él tomaba el mando. Pero de nada hubiese servido, tan sólo para ser despedazado habida cuenta del importante número de piratas que habían abordado la liburnia. Antonino, en cambio, parecía estar ido, obnubilado. Jadeaba y se miraba los brazos, el torso y se tocaba el rostro. Tenía sangre por todas partes pero no le dolía nada. «Es sangre de esos hombres», se dijo para sí.

Al momento, los invasores comenzaron a recoger las armas de los vencidos mientras otros empujaban a los legionarios hacia el centro del barco, donde estaba la escotilla que daba paso a las bodegas. Nadie opuso resistencia tras las palabras del contraestre. En el puente de mando, junto al hombre que retenía a Caeso Severio y continuaba apretándole la hoja de su espada contra el cuello, se apostó otro hombre. Se trataba, sin lugar a dudas, del capitán de aquel grupo que había conseguido reducir a una liburnia de la armada romana. Con las manos apoyadas en las caderas y los brazos en forma de asas de jarrón, contemplaba la escena. Por la cubierta se esparcían decenas de cadáveres y todo el suelo aparecía rojizo. No habían cesado los alaridos de aquellos que se encontraban heridos. Un paisaje desolador en medio del Mare Nostrum. El oleaje hacía que ambas embarcaciones continuasen oscilando de

arriba abajo. En el agua, algunos de los cuerpos que cayeron al mar chocaban de manera leve contra el barco o bien se habían distanciado de las naves por el efecto de las olas, diseminándose por el mar. También desde allí abajo podían escucharse todavía gritos de auxilio.

El hombre se dirigió entonces a todos, vencedores y vencidos, con voz potente.

—¿Quién de vosotros ha sido el que se ha rendido?

—¡Yo! —respondió el contramaestre.

—¡Traedlo al puente de mando! —dijo.

Los demás estaban alrededor de la puerta de la bodega. Manius Aquila consiguió reunirse con Antonino cuando todo acabó. Al momento llegó a su lado Tulio Plinio, quien con un gesto le dio a entender que no debían revelar para nada su condición de militares.

De un empujón, el contramaestre cayó a los pies del hombre. Este se quedó mirándolo de manera compasiva.

—No has hecho caso a tu jefe, que seguro no quería que os rindiéis. Has conseguido salvar a parte de tus hombres, pero también has demostrado ser un cobarde —rió a carcajadas mientras le imitaban sus compañeros.

—¡Está bien! —cortó en seco aquella algarabía—. ¡No quiero más risas! ¿Eres acaso centurión de la Legión romana?

Se dirigía ahora a Caeso Severio, que seguía con la espada en su cuello. No respondió.

—¡Bueno, ahora el barco es nuestro y todos vosotros también! —dijo a los soldados romanos.

Avanzó unos pasos, dando la espalda al centurión Caeso Severio y al hombre que lo mantenía retenido y, sin mirarlos, alzó de nuevo la voz.

—¡Cortadle el cuello!

El estómago se le revolvió de tal manera que una arcada hizo que vomitase de forma virulenta. Estaba durmiendo y sintió náuseas de manera repentina. La paja en la que se acostaba olía mal y había tardado mucho tiempo, como las noches anteriores, en poder conciliar el sueño. Llevaba más de dos semanas en la ciudad de Joppa intentando encontrar un barco que pudiese llevarle a las Galias. No le importaba el puerto de destino, lo único que quería era zarpar. Pero las cosas no salieron como ella tenía pensado. Estuvo al menos tres días escondida en almacenes del puerto por temor a que fuese descubierta por la Legión. Sabía, desde que huyó de Jerusalén, que la emperatriz la estaría buscando denodadamente. Y, lo peor de todo, es que sentía en lo más hondo de

su ser una desazón extrema por haber traicionado, en cierta medida, a una persona que se portó tan bien con ella.

Livia agradeció sobremanera la ayuda prestada por aquella familia que la trasladó desde el campamento hasta la ciudad portuaria. Ésta había partido al día siguiente, tal y como tenía previsto el hombre, con destino a Bizancio. Pero ella no quería ir allí. Necesitaba encontrar a Antonino, por una parte, y llevar a cabo su venganza por otra contra el centurión Tulio Plinio. Y para ello tenía que llegar hasta las Galias.

Intentó en varios barcos encontrar acomodo. Pero Joppa era un puerto más pequeño que Caesarea y no solían zarpar demasiadas embarcaciones a lugares lejanos. Incluso pensó en hacer escala en Roma, pero tampoco pudo embarcarse. Así que, tras sopesar la posibilidad de ir hasta Caesarea, aunque luego la desechó por miedo a ser encontrada, decidió esperar allí a tener un golpe de suerte que la alejase definitivamente de todo lo que era su vida hasta esos momentos.

Malvivió en ese tiempo y tuvo que buscar acomodo donde le ofrecían algo por caridad. No eran muchas las personas dispuestas a acoger a una desconocida que, por otra parte, siempre se mostraba enigmática y misteriosa. No solía revelar su verdadero nombre y evitaba en la medida de lo posible el contacto con las gentes del lugar. Pensaba que podía ser delatada. Sostenía que la emperatriz había mandando patrullas por toda la zona, tal y como le advirtió aquel hombre que la llevó en su carromato, y que en cualquier momento darían con ella.

A cambio de trabajo consiguió, en una casa ubicada en las inmediaciones del puerto, alojamiento en una vaquería que servía para dar acomodo a animales que bien venían en los barcos que llegaban al puerto, bien eran trasladados a otros lugares. Allí, Livia les daba de comer, limpiaba las cuadras y porqueras e incluso ordeñaba a las vacas. Un trabajo duro, muy duro, y más propio de hombres fornidos, que no le importó con tal de tener un sitio donde pasar las noches y algo de comida hasta encontrar el barco que la sacase definitivamente de allí.

Pero fueron pasando los días y esta oportunidad no se le presentaba.

—¿Y no sabe si dentro de poco algún barco partirá hacia las Galias?

—Eso es algo que no puedo decirle porque no lo sé. Hay varios barcos preparados para zarpar, pero el que llega más lejos va a Roma. Es difícil que haya uno que tenga como destino aquellas tierras. Quizá lo tenga más fácil en Caesarea, donde hay muchas más embarcaciones que aquí.

Siempre obtenía la misma respuesta. Pero ella no cejaba en su empeño y estaba convencida de que tarde o temprano conseguiría su objetivo. Con esa idea caía rendida cada noche entre aquellas pajas que olían a orín. Por eso pensó que las ganas de vomitar tendrían que ver con aquel olor nauseabundo al que parecía acostumbrarse.

Se levantó de prisa y corriendo pero no pudo dar más de dos pasos cuando expulsó por la boca lo poco que había comido la noche anterior. Sintió que se mareaba y que el estómago luchaba por salir también. Una nueva arcada le produjo dolor en la tráquea. No era normal que tuviese ganas de vomitar, pero la noche anterior ya sintió algo anormal en sus entrañas.

Salió del cobertizo. Todavía era de noche aunque en el horizonte se adivinaba una tenue luz que indicaba que estaba a punto de amanecer. Los estibadores ya trabajaban duro y en el ambiente se respiraba el ajeteo propio de un puerto marítimo. Aspiró profundamente, una vez repuesta, intentando traerse la mayor cantidad posible de aire que le hiciese olvidar los olores de la vaquería.

Tras sentirse mejor, se encaminó hacia una de las cuadras. Cogió el bieldo y comenzó a remover la paja que se extendía por el suelo. Aquellos movimientos hicieron que dos caballos que se encontraban al fondo se acercasen a ella. Los miró esbozando una pequeña sonrisa.

—Veo que tenéis hambre —dijo dirigiéndose a los equinos—. No os preocupéis. Esperad un momento.

Se dio la vuelta y cogió un saco en el que se encontraba comida para los caballos. Vació parte de él en uno de los comederos. Dejó de nuevo el saco en el lugar en el que estaba y contempló cómo comían los dos animales. Luego de un rato viendo aquella escena, entró de nuevo en el cobertizo y se dirigió hacia una de las porqueras. Una cerda grande daba a amamantar a sus cinco lechones. Aparecía tumbada de lado y tenía los ojos medio cerrados. Livia se echó las manos a la zona de los riñones y se dio cuenta de que le dolía aquella parte. «Será del trabajo que llevo haciendo todo este tiempo», se dijo para sí mientras masajeaba el lugar buscando alivio. De pronto, de manera repentina, otra arcada le vino. No le dio tiempo nada más que a expulsar algo de líquido que todavía tenía en su interior. Buscó apoyo en una de las vallas para no caer al suelo. El dolor en la zona lumbar persistía. Se quedó un tiempo en aquella posición hasta que desaparecieron las náuseas. Miró hacia fuera y pudo distinguir que el sol comenzaba a asomarse de forma tímida y los primeros rayos hacían que todo se tornase de un intenso anaranjado. Y fue entonces

cuando sintió unas ganas enormes de comer uvas.

[17](#) Corvus: Pasarela de madera con un par de garfios o pinchos en la punta para que se anclaran en la nave enemiga y por la que pasaban los soldados para abordarla.

XVI

Las esperanzas por encontrar a Livia las fue perdiendo a la semana de haber desaparecido. Era como si se la hubiese tragado la tierra, algo que no alcanzaba a comprender. Los soldados habían rebuscado en todos los rincones de la ciudad, en el mercado y en el campamento. Pero todos los esfuerzos resultaron baldíos. Nadie la había visto ni nadie sabía dónde podía encontrarse. Flavia Iulia Helena puso todo el empeño del mundo. Más que nada porque quería saber qué era lo que impulsó a su sirviente a huir, a irse de su lado. Sabía lo enamorada que estaba de Antonino, pero hasta el punto de marcharse... «quizá ha ido en su busca, aunque en teoría no sabe dónde está ni el cometido que tiene. Pero también puede ser que él, la noche antes de partir, le revelase algo. Si es así, puede que haya encontrado el modo de seguirle». Esos pensamientos los mantenía durante todo el día y tan sólo se le iban cuando acudía para ver las obras de construcción del templo que debía honrar a Dios Todopoderoso.

Porque en aquellas dos semanas transcurridas desde que Livia huyó, los trabajos para erigir el templo avanzaban de forma palpable. Cinco arquitectos y el obispo Macario estaban al frente de todo el complejo organigrama para levantar un edificio grandioso que debía alzarse en el menor tiempo posible. Las cientos de personas que permanecían en el campamento a las afueras de Jerusalén hacía unos siete meses fueron llamadas a incorporarse a las obras. Los ayudantes de los arquitectos estuvieron seleccionando a cada uno de los hombres y mujeres en función de sus oficios. Hacía falta mucha gente para una obra de esa envergadura.

El campamento se trasladó, en el menor tiempo posible, a las afueras de las murallas, junto al mercado que diariamente se instalaba, con el objetivo de que durante todo el día se trabajase en el lugar donde se erigiría el templo y por la noche pudiesen descansar sin tener que desplazarse tan lejos.

La noticia de la construcción del templo atrajo a cientos de personas de poblaciones y aldeas cercanas a Jerusalén. La mano de obra era indispensable y pronto en las afueras de la ciudad fue creciendo un barrio conformado por todo tipo de gentes que sabían hacer algo que sirviese para que el edificio fuese tomando forma. No era tarea fácil coordinar a tantos hombres y mujeres. Pero el jornal era bueno y una manera de ganar un dinero que, de otro modo,

sería sumamente difícil conseguir. Por eso, cada uno de los que estaban empleados en este proyecto ponía todo de su parte no sólo para destacar sino también para conseguir más dinero.

La emperatriz se sentía realmente satisfecha de los resultados. Al igual que decidió no partir hacia Bizancio, hizo lo mismo con la expedición que debía llevar los dos trozos de la Cruz. Todo estaba preparado para la marcha de cientos de soldados pero Flavia Iulia Helena lo abortó en el último momento. Estaba convencida de que había que hacer aquella partición, pero esperaba el momento oportuno para llevarlo a cabo. Quería, antes que nada, ver resultados tangibles en cuanto al templo. Una vez comprobase que la obra alcanzaba unas dimensiones convenientes, sería el momento de hacer los tres trozos con la Vera Cruz en la que murió Cristo.

—Mi señora, me gustaría que esta mañana nos acompañaseis al monte Gólgota y así comprobase con vuestros ojos el avance de las obras.

El obispo Macario se encontraba en la estancia principal del palacio, junto al prefecto y al general de la Pía Itálica II.

—¿Habéis averiguado algo nuevo sobre el paradero de mi sirviente?

Ninguno de los tres hombres se atrevió a responder. Al final lo hizo el general.

—Nada, augusta emperatriz. Mis hombres han peinado toda la zona pero no ha habido resultados positivos. Nadie sabe nada de ella.

—Está bien. No quiero perder más el tiempo con este asunto. Voy a hacer caso, obispo. Iremos a ver cómo van los trabajos. Espero que sean de mi agrado.

—Por supuesto que sí, mi señora. Vais a quedar gratamente sorprendida de los avances que se han realizado. Nuestros arquitectos lo tienen todo atado y como habéis visto en los planos, el templo será grandioso. Y puedo deciros, sin temor a equivocarme, que estará terminado en menos tiempo del que se ha estipulado.

Flavia Iulia Helena se sentó. A pesar de todo cuanto le estaban diciendo, parecía tener la mente en otro sitio, en otro lugar. Hizo un gesto y Andrea, que no se separaba de su lado desde la marcha de Livia, se apresuró a llevarle una copa de plata en la que vertió vino. Los tres hombres permanecían de pie, esperando que la emperatriz dijese algo más. Bebió pausadamente y tras depositar la copa en una mesa baja que tenía justo enfrente de ella, volvió a dirigirse al general.

—Han pasado más de dos semanas desde que tus hombres partieron. ¿Se han

puesto en contacto contigo, general?

—Hasta el momento no, mi augusta señora. Es de suponer que cuando no han dado señales es que todo transcurre según lo previsto.

—Quiero ser informada inmediatamente en el momento en que se sepa algo de ellos.

—Así se hará, mi señora.

—Obispo, disponed todo para que vayamos al monte Gólgota.

—Enseguida, mi señor.

—Bien, avisadme cuando esté todo preparado. Ahora, podéis marcharos.

Los tres hombres inclinaron sus cabezas y, dando un par de pasos hacia atrás, se dieron la vuelta y abandonaron la estancia. La emperatriz quedó sola mientras en un rincón de la amplia habitación principal aguardaba Andrea. Flavia Iulia Helena permaneció un tiempo en silencio. Continuaba sentada pero su mirada aparecía perdida, en otro lugar. Al cabo de un rato pareció volver a la realidad.

—Dime, Andrea, ¿crees que Livia estará bien?

La muchacha, sin moverse del sitio en el que se encontraba, respondió.

—Mi señora, no puedo deciros que lo sé por no es así. Confío en que esta locura que ha cometido no sea para algo malo...

—¿Qué quieres decir?

Sintió la sirvienta que la respuesta que había dado no era la más oportuna. Intentó disfrazar sus palabras.

—Que quizá su ofuscación le haya jugado una mala pasada. Es una sirvienta buena, fiel a vuestra persona y no comprendo qué ha podido pasársele por la mente para hacer algo así. Lo único que espero es que haya visto la luz, recapacite y vuelva a dónde nunca debió irse.

—¿Y si no es así?

—Es lo que yo deseo, mi señora.

La emperatriz, entonces, se levantó de su asiento y se dirigió hacia el gran ventanal que presidía toda la estancia. Aquella mañana hacía calor. Divisó desde su atalaya el monte Gólgota y el ajetreo que allí se adivinaba de cientos de hombres y mujeres trabajando. Se sintió reconfortada por unos instantes y se olvidó de Livia. Pensó que aquella gran obra sería su legado para la posteridad y para todo el Cristianismo. Y allí, entre sus gruesas paredes, inmensas cubiertas y naves grandiosas, vendrían de todo el mundo para admirar la Cruz desde la que Jesucristo redimió a todos los hombres.

—Está bien, Andrea. Voy a cambiarme de ropa para ir al Gólgota. Pero antes

tomaré un baño de agua tibia. Prepáralo mientras rezo un poco ante la Cruz.

En el patio central del palacio, los distintos carruajes que formarían parte de la comitiva eran dispuestos para que todo estuviese a gusto de la emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente. Una avanzadilla a caballo partió enseguida hacia el monte para avisar tanto a arquitectos como a los mandos militares de la inminente llegada de Flavia Iulia Helena.

La noticia de que la emperatriz iría a visitar las obras causó un revuelo tremendo entre todos los que tenían algún tipo de responsabilidad. Conocían su afán por que el templo se construyese en el menor tiempo posible y aunque las obras marchaban a buen ritmo, erigir un edificio de tales dimensiones no era tarea fácil. Sobre todo porque en aquellos primeros momentos se debían fijar los cimientos para que resistiese en pie. Esta circunstancia hacía que los trabajos fuesen subterráneos y, por tanto, no se apreciase grandes avances a simple vista. Pero lo que más le satisfacía a la emperatriz es que ya fuese un recuerdo del pasado el templo que el emperador Adriano mandó construir en honor de la diosa Venus. El hecho de que estuviese en el mismo lugar donde fue crucificado el Mesías dejaba a las claras que el Imperio intentaba por todos los medios borrar cualquier huella que pudiese infundir esperanzas en todos aquellos que seguían al Nazareno. Ahora, después de doscientos años de aquella obra, otra serviría para poner en su lugar al Hijo del Creador.

La comitiva alcanzó la falda del monte pasado el mediodía. Flavia Iulia Helena ocupaba una carroza en la que le acompañaban el obispo Macario y su sirviente Andrea. En cuanto pararon, fueron varios los soldados que se acercaron para calmar a los caballos. El general, que montaba un brioso caballo de pelo azabache que brillaba por el sol, descabalgó y se dirigió hacia el carruaje de la emperatriz. Esperó a que el prefecto, que iba en una carroza justo detrás de la de Flavia Iulia Helena, llegase a su altura. Cuando ambos estaban allí fue cuando se abrió la puerta. Primero bajó el obispo; luego, la sirviente, que tendió la mano para que la anciana señora pusiese su pie derecho en la pequeña escalinata y, finalmente, pisase la tierra.

La emperatriz miró a su alrededor. El bullicio que se vivía en toda la zona delataba la intensidad de los trabajos. Andrea intentó cubrir a su señora para que no le diese el sol. Ella, sin decir nada y tan sólo con un gesto con la mano, lo desechó. Quería empaparse de aquella claridad que inundaba todo. Hacía calor pero no le importaba. Lo único que ansiaba era acudir hasta el lugar donde se estaban llevando a cabo las obras. Avanzó unos pasos y fue seguida, de inmediato, por los tres hombres y por su sirviente. Anduvo unos cinco

metros y cuando la ladera comenzaba a empinarse, se volvió hacia el séquito.

—¿Qué habéis hecho con las piedras del templo que mandó construir el emperador Adriano?

Ninguno sabía qué decir. Fue el obispo Macario quien, intentando salir del paso, respondió al cabo de unos segundos.

—Imagino que los arquitectos, mi señora, las habrán abandonado.

Flavia Iulia Helena, entonces, continuó la marcha hacia arriba. Le siguieron todos. A su paso, los obreros dejaban lo que estuviesen haciendo y se inclinaban realizando un gesto reverencial. El camino hasta la pequeña cima no era fácil. La tierra estaba muy removida por el ajetreo de hombres, carros y animales que pasaban por ese lugar de forma constante acarreando utensilios: maderas, sacos, grandes vasijas con agua... todo lo necesario para que el edificio fuese tomando forma. La emperatriz, rodeada por varias decenas de personas, seguía subiendo hasta que, por fin, llegó al lugar donde la obra estaba en pleno apogeo. El gran agujero que se excavó en su momento para desenterrar los instrumentos con los que fue crucificado Jesús aparecía de nuevo cuajado de personas que trabajaban de manera intensa.

Al momento se acercaron varios hombres que, sin duda, no eran obreros. Se adelantó entonces el obispo y se puso al lado de la emperatriz.

—Augusta señora, estos son los arquitectos.

—Los conozco —respondió ella.

Los cinco inclinaron la cabeza en señal de reverencia. Se encontraban en la zona oeste del montículo. Allí, en una serie de tablazones alzados con maderas, se distribuían planos y objetos para la medición en escala. Trabajaban a pleno sol y aunque una especie de tenderete aliviaba de los rayos, el calor debajo de la lona se dejaba sentir. Fue uno de ellos quien tomó la palabra.

—Mi señora, es todo un honor que hayáis venido a comprobar el estado de las obras.

Contempló todo lo que se le ofrecía a la vista y, tras un rato así, volvió a preguntar.

—Decidme, ¿dónde están las piedras del templo que se erigía aquí?

—Las tenemos colocadas en la otra parte de la ladera. No sabemos qué hacer con ellas.

La emperatriz avanzó entonces hacia el lugar que le había señalado el arquitecto. Todos quedaron sorprendidos por su decisión. Se asomó a aquella parte y observó que, efectivamente, allí se amontonaban cientos y cientos de

bloques de piedra, algunos destrozados pero los más intactos. Eran de distintas dimensiones pero abundaban los de gran envergadura. Los estuvo contemplando un rato y, finalmente, se volvió hacia el grupo que esperaba.

—Quiero que sirvan también para levantar el nuevo templo.

El obispo Macario fue el primero en hablar.

—Mi señora, pero esas piedras sirvieron para adorar a una diosa pagana. No es de recibo que conformen las paredes y muros en los que se venerará a la Cruz en la que murió Nuestro Señor.

—Precisamente por eso, obispo, precisamente por eso. Estas piedras serán testigos de la grandeza de Jesús. Ellas se mezclarán con las nuevas para que así aquellos que tuvieron a dioses como referente, también alaben a quien en Dios Único y Verdadero.

El arquitecto que había hablado anteriormente volvió a hacerlo ahora.

—Pero, augusta emperatriz, muchos de esos bloques están ya inservibles.

—Aprovechad todos los que estén en buenas condiciones, sobre todo los más grandes. A los otros ya les buscaremos alguna utilidad.

Dicho esto último se volvió hacia el cortejo. Tenía en sus labios una tímida sonrisa y había desaparecido de sus ojos la mirada perdida con la que estuvo toda la mañana.

—No será éste el único templo que se levantará en Jerusalén.

Nadie sabía qué decir. Las palabras de la emperatriz dejaron a todos sorprendidos. La obra que se estaba acometiendo era faraónica y se necesitarían muchos meses y mano de obra en cantidades ingentes para acometerla. Ahora, empero, Flavia Iulia Helena mostraba otras intenciones.

—¿Qué queréis decir, mi señora? —acertó a preguntar el obispo Macario.

—No quiero que sea solo un templo en el que se erija en honor a Jesucristo. Aquí, en el monte Gólgota, donde Él murió por todos nosotros, estará el más grande. Pero también habrá otros dos: uno en el monte que llaman de los olivos, donde fue apresado mientras imploraba al Padre ayuda y clemencia. Y un tercero en la cueva de Belén, para que todos sepan dónde vino al mundo nuestro Redentor. Serán las Casas de Dios. Así las conocerá todo aquel que hasta Jerusalén venga.

La algarabía la sacó de sus pensamientos. A duras penas pudo levantarse. Estaba ordeñando una vaca, algo que había aprendido a hacer no sin llevarse algún disgusto. Pero ahora dominaba las ubres de aquellos animales y el temor que mostraban al principio se había transformado en confianza. Dejaban que Livia acercase el taburete y la vasija y, lenta y dócilmente, fuese con sus dedos

exprimiendo de abajo arriba, con movimientos acompasados, la leche. No era fácil aquella tarea pero se esforzó sobremanera por aprender para así, al menos, tener un lugar donde dormir y un plato de comida cada día. No es que fuese mucho pero le servía para sobrevivir.

El gentío pasó por la cuadra de forma rápida. Muchos chiquillos corrían entre los adultos intentando adelantarles. Todos se mostraban contentos y, en cierta medida, en el ambiente se palpaba una sensación de excitación por algo fuera de lo normal.

Una vez recobró la verticalidad volvió a sentir náuseas. Llevaba varios días así y no comprendía a qué podía deberse. Salió a la puerta cuando se sintió algo más repuesta e intentó adivinar de qué se trataba. La muchedumbre iba en dirección a la zona más alejada del puerto. Quiso parar a uno de los hombres que pasaba por delante de su puerta pero éste no le hizo ni caso. Puso entonces su mano derecha por encima de los ojos, en la frente, para intentar divisar algo. Pero era imposible. Esperó un momento y, de forma repentina, le cortó el paso a un chiquillo de unos doce o trece años. El chaval se encontró frente a la muchacha y paró en seco. A punto estuvo de chocar con ella. El susto hizo que diese un respingo hacia atrás, cayendo al suelo. Livia se acercó y le tendió la mano para levantarlo.

—Perdona si te he asustado —le dijo mientras le ayudaba a que se pusiese en pie—. ¿Estás bien?

—Creí que iba a estrellarme contra ti, has salido tan de repente...

—Lo siento, de verdad. Dime, ¿por qué corre tanta gente en esa dirección? —preguntó señalando hacia donde se dirigía el zagal.

—¿No te has enterado? Está atracando un barco. Al parecer viene de Caesarea.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que me han dicho. Por lo visto, se trata de un barco muy grande que va a desembarcar mercancía pero luego marchar a tierras lejanas.

A Livia se le iluminaron los ojos. Podría tratarse de la oportunidad que estaba esperando desde hacía dos semanas. Quizá aquella embarcación tuviese como destino algún puerto que pudiese llevarla al lugar donde ella quería ir. Se volvió entonces y miró fijamente hacia donde corrían todos. El chaval, sin embargo, permaneció a su lado. Le llamó la atención la insistencia de la mujer y era ahora él quien sentía curiosidad por sus preguntas. Iba a decirle algo cuando otro grupo de muchachos de su misma edad pasó a su altura y, en medio de un griterío tremendo, casi se lo llevaron en volandas.

—¡Vamos, atontado, que nos perdemos la llegada!

En cuestión de segundos el chavalillo y todos aquellos amigos suyos desaparecieron entre el gentío. Livia volvió sobre sus pasos, entró en la cuadra y retiró tanto el taburete como la vasija que le sirvió para ordeñar la vaca. Todavía le quedaban otras cuatro. Tenía que darse prisa si quería ir a ver la llegada del barco. Necesitaba saber cuál era su destino. Colocó el taburete justo detrás de otro de los animales y, acercando la vasija, volvió a repetir la misma operación. Así durante un determinado tiempo. Se sentía fatigada y pesada pero le podían más las ansias por terminar y dirigirse a aquel lugar, que realizó el trabajo con toda celeridad. Transcurrida una media hora, las vacas se encontraban ya ordeñadas.

Recordó que debía dar de comer a los cerdos y le entró desasosiego. En ese momento, entró en el cobertizo un hombre.

—¿Ya has ordeñado las vacas? —preguntó mientras cogía un biello.

—Sí, señor. Ahí tiene la vasija. Hoy han dado mucha leche.

—Me alegro, muchacha. Te noto cansada.

—Bueno, no es de los mejores días.

—¿Por qué no descansas un poco?

—Tengo que dar de comer todavía a los cerdos.

—No te preocupes. Anda, siéntate si quieres. Ya lo haré yo. Te has ganado el jornal de hoy.

—¿Qué sabe del barco que ha llegado? —preguntó directamente.

—No mucho. ¿Acaso te interesa?

—Me gustaría acercarme para saber hacia dónde partirá.

—Está bien. Ve y pregunta.

Livia sonrió y se atusó un poco el cabello. Luego dejó el taburete donde solía y salió por la puerta. Anduvo con paso ligero pero se sentía pesada. Las náuseas habían desaparecido y ahora tenía hambre. Hubiese dado lo que fuese por obtener una pieza de fruta, que es lo que se le antojaba en esos momentos. Se sorprendió que, de un tiempo a esa parte, sólo quisiese comer fruta. Era algo extraño pero no le dio mayor importancia. Sí, empero, que su vientre estuviese cada vez más duro. La noche anterior, tendida entre la paja, estuvo tocándose y le llamó la atención su dureza. Se preguntaba a qué se debería pero el cansancio hacía mella y se quedaba dormida enseguida.

Siguió avanzando hasta que llegó al lugar donde se arremolinaba la muchedumbre. Intentó abrirse paso entre el gentío pero todos querían hacer lo mismo, colocarse prácticamente donde se situaba la rampa por la que estaban

descargando sacos y animales. Comprendió que no podría llegar hasta la primera fila por lo que decidió esperar. Llegaría un momento en que aquellas gentes se cansarían de observar todas las maniobras de desembarque y se marcharían. Mientras, contempló la eslora del barco. Como había dicho el chaval, se trataba de una embarcación de grandes dimensiones. Estaba claro que podía cruzar el Mare Nostrum sin ninguna dificultad. Su semblante irradiaba esperanza. El convencimiento de que podría tratarse de la nave que le llevase lejos de allí era grande.

Las tareas de desembarco de enseres y animales se prolongaron durante toda la mañana. Como había previsto, poco a poco hombres, mujeres y niños fueron abandonando el lugar. En una gran explanada se situaban las decenas de bártulos que fueron siendo depositados por los marineros. Igualmente, en un improvisado corral, se instalaron los animales: vacas, cerdos, cabras y hasta un par de caballos. Livia contemplaba de forma paciente toda la escena. Estuvo todo el tiempo fijándose en los hombres de la tripulación, llegando al convencimiento de que la persona que estaba todo el tiempo en la cubierta era el capitán de aquel navío. Lo vio dirigir y supervisar los trabajos. El aire de superioridad que tenía sobre los demás le delataba.

Quedaban ya pocas personas en la zona. Fue entonces cuando tomó la decisión de acercarse para hablar con el hombre. Éste estaba sentado sobre una pequeña caja de madera. Tenía las piernas estiradas y descansaba. Bebía de una jarra de manera pausada. Tendría unos cuarenta años y su rostro estaba completamente cuarteado por el sol y la sal. La barba entremezclaba pelo negro con canas, sin lugar a dudas aparecidas por tantos años de navegación. Avanzó hacia la pasarela y comenzó a subirla. Se cruzó con algunos marineros, que se pararon para contemplarla. Ella no desvió la mirada en ningún momento y continuó su camino hacia la cubierta del barco. Cuando estaba a punto de acceder, un hombre le cerró el paso.

—¿Qué quieres, muchacha?

Le sorprendió la voz ronca y seca del marinero, una persona que podría rondar los cincuenta años. Era algo más pequeño de estatura que ella, pero de complexión fuerte.

—Vengo buscando a ese hombre —dijo señalando—, el capitán.

—¿Y cómo sabes tú que es el capitán —sonrió el marinero dejando ver su dentadura amarillenta en la que faltaban varias piezas.

—Porque está claro que tú no lo eres.

La respuesta le dejó perplejo. Se sorprendió de la vivacidad y desparpajo

de aquella muchacha y la forma de desenvolverse ante marinos, algo que intimidaba siempre por la rudeza de sus formas y su manera de actuar. En cambio, la chica parecía resuelta a hablar con el capitán que, situado en el mismo lugar en el que Livia lo vio desde el muelle, observaba atentamente la conversación que mantenía con el marinero. Fue él quien interrumpió aquel diálogo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó en voz alta mientras se levantaba, dejando ver que el brazo izquierdo terminaba a la altura del codo.

Livia miró hacia donde provenía la voz mientras que el marinero, al darse cuenta de que era el capitán quien hablaba, se apartó un par de metros. El hombre avanzó con parsimonia por la cubierta. En su andar hacia la rampa, estudió detenidamente los rasgos de la muchacha. Le pareció muy bella y dedujo, en una primera visión, que no se trataba de ninguna ramera que quisiera sacar partido de los hombres que acababan de desembarcar. Además, conocía a la práctica totalidad de las fulanas que pululaban por el puerto de Joppa y ésta, sin lugar a dudas, tenía una clase muy distinta a las de las mujeres que buscaban por la noche satisfacer los deseos carnales de los marineros.

Llegó hasta donde se encontraba Livia. La chica no pudo evitar mirar el brazo izquierdo del capitán. El hombre sonrió al darse cuenta de que ella se fijaba en su muñón.

—Me lo cortaron de cuajo en una escaramuza en alta mar —dijo mientras se apoyaba en la baranda de la embarcación—. Fue hace mucho tiempo y ya me he acostumbrado a vivir así.

Quedó un momento en silencio mientras ella agachaba levemente la cabeza al sentirse descubierta en su curiosidad.

—No te preocupes —dijo de nuevo el hombre—. La primera vez que alguien me ve no puede evitar desviar su mirada hacia mi brazo. ¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó en un tono mucho más amable.

—Quiero saber el destino de este barco una vez hayan desembarcado todo lo que traen.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Llevo más de dos semanas aquí esperando alguna embarcación que zarpe hacia las Galias o a Hispania.

—¿Acaso te quieres enrolar?

Aquella pregunta hizo que varios de los marineros que se encontraban en la cubierta realizando trabajos de limpieza riesen abiertamente. El mismo

capitán, al darse cuenta de su pregunta, también esbozó una pequeña sonrisa que, enseguida, difuminó de sus labios.

—Quiero llegar hasta algún puerto de allí. No me importa cuál sea.

El capitán volvió a hacerle un croquis a la muchacha. Le sorprendía tanta audacia y valentía en su petición. Era la primera vez que se le planteaba algo así. La tripulación de aquella galera estaba conformada por hombres rudos, expertos marineros, muchos de los cuales habían llevado, hasta enrolarse, una vida azarosa y llena de problemas. Eso debía saberlo la chica. Lo más normal era que se embarcase en algún bajel que llevase a otras mujeres. Sin embargo, le hacía la petición a él, capitán de un barco mercante con una tripulación compuesta por hombres y con cargamento, habitualmente, de animales.

—Por tu petición, denoto que estás ansiosa por abandonar este lugar. ¿Por qué no vas hasta Caesarea? Allí parten más barcos, de otra clase —dijo con un tono irónico— a los lugares que quieres ir.

—He perdido ya mucho tiempo —respondió Livia—. Y desde que estoy aquí no ha venido ningún barco. Me he enterado que el vuestro hace escala y que luego partirá.

La insistencia de la mujer provocó en el hombre cierto interés. Se dio cuenta de que aunque aparecía algo desarreglada, la túnica que llevaba era de calidad y que sus formas la distinguían de esas mujeres que se han pasado toda la vida trabajando en el muelle, zurciendo redes para que sus esposos pudiesen pescar. Igualmente, le llamaba la atención la juventud de la chica. Se fijó también en el precioso cabello pelirrojo y llegó a la conclusión que debía tratarse de alguien importante.

—¿Cuál es tu nombre, chiquilla?

—Eso no importa. Sí, en cambio, que puedo ayudaros en labores en el barco durante la travesía. Sé ordeñar vacas; puedo limpiar las porquerías donde estén los cerdos, dar de comer a los animales que transportéis e incluso, si hace falta, fregar la cubierta. Me conformaré con una escudilla de comida al día si es preciso y una vasija de agua. Sólo os pido que me llevéis a las Galias o a Hispania, si es que es alguno de vuestros destinos.

—Por todos los dioses que eres valiente —respondió el capitán realmente sorprendido—. Acabamos de atracar en Joppa y estaremos aquí, al menos, tres días, mientras subimos el cargamento y lo disponemos en las bodegas. Luego zarparemos para realizar una travesía larga, muy larga, no exenta de peligros. Y no me refiero a piratas ni berberiscos, sino a las tempestades que se producirán durante el viaje. Nuestro destino es Hispania, aunque atracaremos

en el puerto de Nicaea¹⁸, en las Galias.

Livia sintió un tremendo alivio cuando escuchó aquellas palabras. Comprendió que debía insistir todo lo que pudiese para convencer al hombre de que le aceptase en su tripulación. No podía dejar escapar aquella oportunidad puesto que quizá fuese la última.

—Los animales que vais a cargar llevo cuidándolos dos semanas. Los conozco a la perfección y ellos a mí. Te sería de gran ayuda si me admites en tu barco.

Las palabras de aquella jovencita acabaron por convencerle. Para entonces, media docena de hombres asistía a la conversación entre ambos en total silencio. Habían dejado sus quehaceres y permanecían expectantes ante lo que podía acontecer. Ninguno de ellos apartaba la vista de la muchacha que, sin pestañear, ofrecía a cada momento argumentos de peso para ser admitida a bordo.

—Está bien —dijo al fin el capitán—. No suelo hacer este tipo de concesiones pero no veo nada malo en que una mujer suba a mi barco. Eso sí, te advierto de que no podré estar todo el tiempo a tu lado y que serás tú quien deba zafarse de estos marineros que, en un momento dado, pueden incordiarte. El trabajo aquí es duro, muy duro, incluso antes de que salga el sol. No se para porque un barco tiene que estar constantemente preparado para poder soportar cualquier inclemencia. Pero por tus ganas, me imagino que eso no te importa.

—Así es, capitán.

—Ahora puedes marcharte. Ya te enterarás en el muelle cuando partimos. Quiero que estés aquí entonces y te hagas cargo de la alimentación y limpieza de los animales. Serás tratada como uno más de la tripulación y no tendrás privilegios. No sería honesto por mi parte que mis hombres viesan distinciones entre ellos y tú. Tendrás que dormir entre la tripulación y comer con ella. Y si hay que remar, tendrás que hacerlo.

—No he puesto condición alguna desde que subí por esta rampa —respondió Livia de forma contundente y clara.

El capitán se dio la vuelta y se dirigió hacia el lugar donde estaba anteriormente. Los hombres, dándose cuenta de que la conversación había terminado, siguieron con sus trabajos. Ella continuó en la rampa, observando a todos y cada uno de los que se encontraban en la cubierta. Por unos momentos pensó si había obrado correctamente. Aunque mantuvo la compostura mientras el capitán le advertía de todo lo que le esperaba en esa travesía, ahora, en su interior, las dudas se le hacían presentes. Sin embargo, lo vivido y padecido

aquella noche en su alcoba al ser ultrajada por Tulio Plinio le dio fuerzas. No estaba dispuesta a que le volviese a ocurrir. Si hacía falta, se defendería con uñas y dientes del acoso de cualquiera de los marineros que osasen acercársele. Incluso matándolos si era necesario. Ella misma se sorprendía de los pasos que estaba dando desde que huyó de Jerusalén. Hasta entonces su vida había transcurrido, en cierto modo, placentera. A las órdenes de la emperatriz, desempeñaba su trabajo con la mayor eficacia posible y nunca tuvo ningún problema con su señora. Pero ahora era todo distinto. Partía de cero. Era una mujer más en medio del mundo, desasistida de cualquier prebenda y expuesta a peligros insospechados que se agravarían a bordo de una galera llena de hombres rudos que pasaban largas temporadas sin la compañía de una mujer. Y la iban a tener con ellos durante mucho tiempo. «¿Seré capaz de resistir todo lo que se me avecina? ¿Valdrá la pena esta aventura? ¿Y si no llego a mi destino o no encuentro a Antonino? ¿Habré hecho lo correcto? Pero no puedo esperar más. Estoy expuesta a ser reconocida por una patrulla de legionarios y ser detenida. Ya me la he jugado bastante durante todo este tiempo. Si no marcho ahora, no lo haré nunca. Tengo que demostrar firmeza ante estos hombres. Sólo así conseguiré sobrevivir y llevar a cabo mis propósitos. Sé que el Dios de la emperatriz me va a dar fuerzas. Ella me ha hablado mucho de Él y si es tan generoso como dice, tan magnánimo, estoy convencida de que estará a mi lado y me protegerá de todo mal».

Se acordó entonces que debía continuar con sus labores en las cuadras. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se acercó hasta el barco. Tenía que decirle a la persona que la acogió que era el momento de partir. Debía darle las gracias pero no revelarle en ningún momento que se embarcaba con destino a Hispania. Nadie, excepto los hombres que iban en el barco, debía saber dónde se encontraba. Era la única forma de escapar definitivamente y romper aquellas sogas que le ataban con un pasado, muy cercano, oscuro y lúgubre por una parte, pero que le servía para preparar un futuro esperanzador junto al hombre al que amaba.

De pronto volvió a sentir cómo el estómago se le revolvía de manera virulenta. Las náuseas aparecieron y quiso vomitar allí mismo. No supo cómo pero consiguió mantener la compostura. Cerró las manos y apretó los puños; se tensó por completo y tragó saliva para evitar expulsar desde su interior. Un sudor frío le recorrió la frente, el cuello, los brazos y las piernas. Aguantó estoicamente hasta que, pasados unos segundos, se sintió algo más aliviada. Estaba preparada para marcharse de allí sin que nadie se diese cuenta de que

no se sentía bien. Pero eso era algo que debía mantener en secreto, al menos hasta que la galera zarpase y abandonase el puerto de Joppa.

Entonces, siempre erguida, se dio la vuelta y se dispuso a bajar la rampa que unía el barco con el muelle. Avanzó un metro y, girando la cabeza, se dirigió al capitán.

—Livia. Mi nombre es Livia.

[18](#) Actual Niza, ciudad portuaria francesa.

XVII

El chorro de sangre manó de manera abundante como si de un manantial se tratase. La daga se había hundido, segundos antes, en el cuello del centurión Caeso Severio ante la mirada horrorizada de toda su tripulación, que permanecía custodiada por varios piratas y que, espadas y lanzas en mano, amenazaban con hacerles lo mismo si intentaban cualquier cosa.

Los gritos de aquellos hombres al contemplar cómo la cabeza del centurión se doblaba, con la garganta surcada por un inmenso labio del que salía la sangre, estallaron al unísono. Alzaban sus armas en señal de victoria, prorrumpían vivas y dirigían sus miradas a su jefe que, al lado del cuerpo inerte, se vanagloriaba del logro conseguido.

En medio de aquel festín salvaje, Manius Aquila y Antonino Quintus permanecían junto a los otros tripulantes de la liburnia, confinados en un reducido espacio de la cubierta. Todavía jadeantes por la batalla librada, estaban convencidos de que correrían la misma suerte que el centurión. Tulio Plinio, en cambio, estaba al lado del contramaestre, que cerró los ojos en el momento en el que era decapitado el centurión. Lo conocía hacía varios años y aunque no hubieron trabado una amistad grande, sentía por él respeto y admiración por cómo se desenvolvía en las lides marítimas. «No merecía una muerte tan deshonrosa», pensó en un primer momento.

Plinio se preparó para lo peor. A su mente acudió, en ese instante, la misión que tenía encomendada y que no podría llevar a cabo. Pero estaba dispuesto a preservar el motivo por el que se encontraba en el barco y su condición de centurión primus pilus de la Legión romana. Los piratas querían, por encima de todo, el botín de los militares y la mercancía que ellos trasladaban hasta el puerto de Massilia para luego vender. Sin embargo, desconocía cuál sería la reacción de aquel hombre que seguía contemplando, de forma desafiante, el triunfo obtenido sobre quien mandaba la embarcación que acababan de abordar y doblegar.

Con un gesto con la mano indicó que cesaran los gritos. Rodeó el cuerpo del comandante—centurión y se colocó en la barandilla del puente de mando para dirigirse a sus hombres.

—¡Amigos! ¡He aquí el poder de Roma! —voceó alzando los brazos.

Le imitaron sus hombres y de nuevo, un grito estremecedor se dejó escuchar

en todo el barco.

—¡No hay quien pueda con nosotros! ¡Ni siquiera un barco del Imperio romano! ¡Ahora somos nosotros quienes mandamos en estos mares! ¡Y en Roma deben saberlo!

Continuaban las exclamaciones y vítores de los vencedores, ebrios de sangre. La tripulación perdedora permanecía expectante ante el futuro incierto que se le presentaba. Estaban convencidos, la mayoría de ellos, que seguirían la misma suerte que su comandante. En todos los puertos del Mare Nostrum eran conocidas las atrocidades que aquellos piratas cometían con sus prisioneros. Historias que contaban los viejos marineros y que horrorizaban a los más jóvenes. Pero casi siempre tenían que ver con barcos de mercaderes. No era frecuente, como en este caso, que hubiesen vencido a una embarcación de la marina romana. Por eso se festejaba con mayor énfasis esta victoria que venía a poner en entredicho la manifiesta superioridad de la que solían hacer gala las Legiones. Ahora quedaba la duda de qué pasaría con unos hombres que, en definitiva, estaban a las órdenes del Imperio. Mas para los piratas no dejaban de ser parte de él y, por lo tanto, eran tan culpables y responsables como el mismísimo emperador.

La liburnia romana aparecía con bastantes destrozos habida cuenta del fragor de la batalla. La proa se dañó cuando el corvus impactó en la nave enemiga. Aún así estaba en condiciones de seguir navegando. También tenía desperfectos el barco de los corsarios. Nada que pusiese en peligro la navegación.

El capitán mandó callar a todos los presentes desde el puente de mando. A sus pies yacía el cuerpo sin vida de Caeso Severio en medio de un charco de sangre y con la cabeza casi separada del cuerpo. Detrás se situaban el contramaestre y Tulio Plinio. Se volvió hacia ellos y antes de hablar, echó una mirada al comandante-centurión. Avanzó un par de pasos y fijó la vista en aquellos dos hombres, que permanecían en total silencio. Tras un rato así, por fin habló.

—Y bien, ¿quién de vosotros queda ahora al mando de esta expedición?

Fue a contestar Tulio Plinio, convencido de que no podía ocultar más que era un centurión y resignado a correr la misma suerte que el comandante, cuando el contramaestre dio un paso al frente y, como si intuyese lo que Plinio iba a hacer, respondió.

—Yo. Soy el contramaestre de esta nave.

—¿Eres legionario?

—No. Soy marinero pero trabajo para la Legión romana.

—Me alegro por ti. Has tenido suerte.

—¿Y tú? ¿Quién eres? —preguntó dirigiéndose al centurión.

—Tulio Plinio, mercader. Íbamos hacia Massilia para vender nuestra mercancía.

—¿Íbamos?

—Sí. Mis dos compañeros y yo.

—Sin embargo, por lo que aprecio, has combatido.

—No hubiese querido morir como un cobarde y, aunque no soy diestro en el manejo de las armas, me he defendido.

—Te honra tu decisión.

Se volvió entonces hacia la cubierta y elevó el tono de voz.

—¡Desde ahora sois prisioneros nuestros! ¡Pero no temáis quienes no pertenecéis al Ejército romano! ¡Sólo nos interesa lo que lleváis en las bodegas y vuestra embarcación! ¡Y también los que sois soldados! ¡Por vosotros sacaremos un buen botín si accede el Imperio a pagar el rescate que pediremos!

Paró por unos instantes de hablar. Era un hombre alto, corpulento, con varias cicatrices que se reflejaban en distintas partes de su cuerpo, en especial en el rostro. Miró detenidamente a todos los hombres que estaban en la cubierta.

—¡Los que son legionarios que se sitúen a babor y los civiles a estribor! ¡Y no quiero engaños!

Manius Aquila y Antonino Quintus esperaron a que comenzaran a moverse los demás. El veterano soldado buscó con la vista a Tulio Plinio. Cuando sus miradas se encontraron, el centurión le hizo un gesto para que se fuesen a la parte de estribor. Era una oportunidad que no podían desaprovechar.

La tripulación comenzó a dividirse. El número de soldados era importante, no así el de civiles, que no superaba la docena. El capitán comprobó los dos grupos durante un rato y, tras ello, volvió a hablar.

—¡Está bien! ¡Bajad a los soldados a la bodega! ¡Que queden allí confinados! ¡Y vosotros —dijo dirigiéndose a los civiles—, quedaos donde estáis! ¡Ya pensaré luego qué hacer!

Se volvió de nuevo hacia el contramaestre.

—¿Hay en la liburnia algún esquiife¹⁹?

—Sí.

—Bien. Me alegro por vosotros de nuevo. Váis a tener suerte entonces. Los dioses os son favorables y os echan una mano en estos momentos.

Bajó las escalinatas que separaban el puente de mando de la cubierta y anduvo por entre los soldados prisioneros, que ya eran conducidos a los sótanos de la galera pirata. Estuvo observándolos detenidamente, comprobando cómo se encontraban y si estaban heridos. Luego hizo lo mismo con los civiles. No hablaba en ningún momento. Al cabo de un rato, se dirigió a uno de sus hombres.

—¡Que saquen de la embarcación romana todo lo que se encuentra en sus bodegas y se traiga a las nuestras! ¡Y traedme vino, que estoy sediento!

Aquella última frase hizo que sus subordinados prorrumpiesen en un nuevo grito de victoria. Sabían que ahora, ya vencido el enemigo, podrían beber a su antojo. Había dado la señal su capitán. Nuevamente se dirigió hacia el puente de mando. Subió las escaleras y se fue directamente hacia el lugar donde se encontraba el contramaestre. El mar estaba más calmado que cuando ambas embarcaciones se divisaron. El olor a sangre era perceptible aunque se entremezclaba con el del salitre del mar, produciendo una sensación de amargor al respirarlo.

—Os daremos agua y provisiones para una semana —le dijo hablándole muy cerca—. De vuestra destreza depende que lleguéis con vida a algún puerto. Os aconsejo que reméis hacia Roma, así podréis evitar caer en manos de otros piratas. Si conseguís alcanzar la costa, no dudéis en hacer correr la voz de que este mar no es seguro ya para las embarcaciones del Imperio. A partir de ahora, cualquier nave que encontremos en nuestro camino correrá la misma suerte que la vuestra. En cuanto hayan descargado la mercancía que lleváis en las bodegas, os prepararemos el esfique para que podáis partir.

El contramaestre, que permanecía callado mientras hablaba el capitán, se atrevió a preguntar.

—¿Qué haremos con el cuerpo del comandante-centurión?

—Lo que os dé la gana. Pero supongo que es mejor que lo tiréis al mar. Es lo que yo haría. Dentro de poco comenzará a descomponerse y más vale que sirva de comida para los peces —respondió soltando una sonora carcajada.

No había amanecido aún cuando el hombre entró en el cobertizo. Desplazó la valla de madera que hacía las veces de puerta, que soltó un gemido a modo de chirrío y puso sobre aviso a los animales, algunos de ellos echados en la paja a esas horas. Livia se sobresaltó y se incorporó de inmediato. Estaba completamente dormida. Le había costado aquella noche conciliar el sueño, sobre todo porque volvió a sentir náuseas y no se le quitaba el antojo de comer uvas, algo que no pudo hacer.

Echada sobre aquel improvisado camastro maloliente, esperó a que el cansancio le venciese imaginando que le quedaba poco tiempo para embarcar. Tenía puestas todas sus ilusiones en ese momento y en el hecho de que, cada vez, quedaba menos para poder reencontrarse con su amado y, también, consumir su venganza. Era algo que tenía incrustado en su mente y que no se le iba en ningún momento de la cabeza, ni siquiera cuando más enfrascada estaba atendiendo a los animales.

Sabía que ése era el día en que partiría el barco que le llevaría lejos de Jerusalén en busca de su nueva vida, de su destino. Por eso, cuando se echó entre la paja, no pudo evitar una sensación de cierta angustia pensando que si aquel viaje se truncaba, las fuerzas podrían comenzar a fallarle. Había pasado muchas penurias hasta llegar allí y ahora lo tenía todo a su alcance. Pero no estaría convencida del todo hasta que no se hallase a bordo de la embarcación y viese cómo se iba difuminando, en lontananza, el puerto de Joppa.

Aturdida todavía y algo desorientada, atisbó la figura del hombre que, sin decir nada, comenzaba a mover a los caballos. Fue ella la que habló.

—¿Pasa algo?

El hombre, sin dejar de hacer su tarea, le respondió.

—Es ya la hora. Vamos a preparar a las bestias para que embarquen.

Se atusó el cabello y se quitó de encima las briznas de paja que se distribuían por el pelo y la túnica. Apretó el cingulo y tras restregarse los ojos, acudió al lado del hombre para sacar los animales del establo. Los fueron agrupando y amarrando entre ellos para que resultase más fácil el traslado. No había mucha distancia entre el cobertizo y el barco, pero el hombre no quería que ninguno de aquellos animales pudiese ponerse nervioso y contagiar a los demás.

—Te he traído un pequeño zurrón con algo de comida y agua —dijo el hombre mientras pasaba una cuerda por el bocado de uno de los caballos para engancharlo en otro.

—No tenía que haberse molestado —respondió Livia—. Demasiado ha hecho ya dejándome dormir a cubierto y dándome alimento durante todo este tiempo.

—No va a ser fácil, chiquilla —la voz se tornó mucho más suave—, el viaje que emprendes. Sé que te mueve algo muy importante para hacerlo. Lo único que te puedo decir es que si, por lo que sea, vuelves a esta ciudad, me encontrarás en el mismo lugar en el que estoy ahora mismo.

Livia sintió un pequeño resquemor en la boca del estómago. En todo el

tiempo que estuvo trabajando para ese hombre no cruzó más que escuetas palabras de «haz esto» o «haz aquello». Ahora, de repente, a punto de marcharse, le abrió su corazón de manera sincera. Le sorprendió esa última frase y pensó que, al menos, tendría un sitio donde esconderse si, por manos del destino, la aventura que iba a comenzar salía mal.

Una vez estuvieron caballos, cerdos, vacas y cabras atados, el hombre volvió hasta la entrada del cobertizo y cogió una jaula de grandes dimensiones donde se apiñaban una decena de gallinas, que se alborotaron cuando el cajón fue depositado en la parte trasera de un pequeño carromato. Cuando se encontró a la altura de Livia, le acercó el zurrón y se lo dio sin decirle nada más. La línea que separaba el mar del cielo comenzaba a teñirse, de forma suave y lenta, de un color anaranjado que indicaba que el sol ya estaba a punto de hacerse presente.

Subió a la parte delantera del carro, enganchado a un caballo percherón que relinchó cuando sintió el chasquido del látigo.

—Muchacha —dijo cuando se ponía en marcha—, sígueme con las bestias. Y ten cuidado no se vayan a poner nerviosas. Ahora habrá mucha gente en el muelle.

Livia obedeció al hombre. Se había colgado el zurrón, atravesando su pecho, de manera que pudiese tener las manos libres para agarrar las cuerdas y conducir de esa manera a los animales. Siguió del carromato, que se desplazaba con lentitud en paralelo al final del muelle. Comenzaba a clarear y, por consiguiente, a aparecer algunas gaviotas que planeaban intentando otear algún pez demasiado cerca de la superficie para servir de alimento. Igualmente, empezaron a cruzarse con marineros que acarreaban bultos de un lado para otro. En el puerto estaban atracadas media docena de embarcaciones. La más grande era en la que subiría Livia. Las demás, de pequeña eslora para realizar labores de pesca cerca del puerto y de la costa. Pero el ajeteo era ya importante. Anduvieron un tiempo que a ella le pareció demasiado largo hasta que llegaron donde estaba amarrada la nave. El trasiego era aquí mayor entre marineros y curiosos que querían contemplar las distintas maniobras antes de la partida.

—Veo que os habéis dado prisa.

Era la voz, fuerte y honda, del capitán del navío. Se encontraba en cubierta, subido en un tonel desde el que divisaba todas las operaciones. Por la rampa subían en esos momentos tres hombres con bultos a sus espaldas de grandes dimensiones. Sin lugar a dudas la carga que llevaban era muy grande, pensó

Livia mientras acariciaba a uno de los caballos para que se calmase.

—Como os prometí —respondió el hombre al que acompañaba Livia sin bajarse del pescante del carromato—, aquí tenéis la mercancía. Podéis comprobar que todos están sanos.

El capitán dio un pequeño salto y se dejó caer sobre la cubierta. Livia, desde su posición, no pudo evitar, de nuevo, fijarse en la parte del brazo que le faltaba al capitán. Descendió de manera parsimoniosa por la rampa y se acercó hasta el carro. Luego, avanzó hacia la parte trasera y comenzó a estudiar a los distintos animales. Pasó por el lado de la muchacha, que continuaba agarrando las cuerdas, pero no le dijo nada. Observó detenidamente los caballos; luego se detuvo en la media docena de cerdos y en las dos vacas, éstas de grandes dimensiones, y en las cabras. Les dio una vuelta completa y, de nuevo, se dirigió hacia la parte delantera.

—Me parece bien —le dijo a la par que sacaba una pequeña bolsa atada en su parte superior—. Aquí tenéis lo convenido.

El hombre la cogió y tras abrirla, introdujo los dedos de su mano derecha, que contaron, a tientas, las monedas que había en el interior. Pasado un momento, volvió a cerrar la bolsa.

—Todo correcto. Podéis embarcar a las bestias cuando queráis.

Fue en ese instante cuando el capitán, por fin, se dirigió a Livia. El sol ya se había hecho presente y el horizonte irradiaba esa luz justo después de la amanecida, donde la claridad parece cegar el espacio. El ruido de los distintos trabajos que se llevaban a cabo no sólo en ese barco sino en el propio muelle, se metía en los oídos de la chica, que continuaba aferrándose a la cuerda.

—Muchacha —dijo el capitán—. Ya puedes comenzar a ganarte el pasaje. Embarca los animales, llévalos a la bodega, los amarras bien para que no se desaten a la hora de las maniobras para zarpar, y comienza a cargar de allí —señaló un corralón a una veintena de metros donde había depositado heno— para que no les falte comida durante la travesía.

Dicho esto, dio media vuelta y subió de nuevo por la rampa.

Livia tiró de las improvisadas bridas y al momento las bestias le siguieron. Al pasar a la altura del pescante se detuvo por unos segundos.

—Muchas gracias por todo. Espero que los dioses os colmen de fortuna y que os protejan siempre.

—No te preocupes, chiquilla. Estoy protegido por alguien mucho más importante que esos dioses a los que te refieres: el único y verdadero Dios. Él

te ayudará en todo lo que te queda por vivir. Ve en paz.

Se sorprendió de aquella respuesta y mientras intentaba que los animales subieran por la rampa, no sin cierta dificultad, se acordó de su señora. «¿Habrás renegado de mí? ¿Estarán sus hombres buscándome para llevarme ante ella?». Entonces recordó que estaba a punto de abandonar aquellas tierras para siempre, algo que le motivó sobremanera. Con un pequeño tirón de la cuerda consiguió en los animales llegasen hasta la cubierta. Luego, todo muy lentamente para no soliviantarlos, se encaminó hasta las portezuelas que antecedían a la zona de bodegas. La destreza con las que manejaba a los animales no pasaba desapercibida para los hombres que, también en cubierta, disponían todo para que el barco zarpase cuanto antes.

El capitán observaba con atención también a la muchacha. La dejaba hacer ante aquellos marinos que sabía la miraban con intenciones aviesas. Se trataba de un largo viaje y tendría que estar alerta para que todo discurriese con normalidad. Estaba convencido de que debía tratarla como a uno más de la tripulación, pero no iba a consentir que alguno de sus hombres intentase propasarse con ella. Eso sí, no iba a decirle nada.

Se le acercó el contraмаestre.

—Cuando los animales estén en la bodega y la paja y el heno cargados, podremos zarpar, capitán.

—Está bien. Dile a dos de tus hombres que lo suban. Así iremos más rápido.

—¿Qué vamos a hacer con la muchacha? —preguntó el contraмаestre dejando caer sus palabras.

—Lo mismo que con los demás: que trabaje como lo está haciendo ahora mismo.

—Me refería...

No le dio tiempo a decir una palabra más. El capitán le agarró por la solapa con la única mano que tenía y atrajo el rostro del hombre a escasos centímetros del suyo.

—¿Es que no me has oído? ¡Que dos hombres carguen la paja!

El dolor se había instalado en su cabeza. Por mucho que masajeara sus sienes, éste no desaparecía. Permanecía tendida en uno de los sillones de la estancia principal del palacio, con los ojos cerrados y boca arriba. Estaba sola. No quería a nadie junto a ella en esos momentos. Necesitaba descansar. Se levantó muy temprano, cuando todavía era de noche, hostigada por el dolor. Andrea había acudido al sentirla despierta y tras traerle un poco de agua y algo de fruta, abandonó la gran habitación.

Flavia Iulia Helena no dejaba de pensar en Livia. Seguía sin comprender su marcha, pero le sorprendía aún más que unos legionarios curtidos en batallas de las más cruentas no hubiesen dado con su paradero. La visita a las obras le proporcionó una enorme satisfacción, pero aquella huida de su fiel sirviente le tenía desconcertada.

De nuevo se incorporó y se dirigió hacia la balconada, esperando que la brisa de las primeras horas del día aliviase algo su tormento. Fijó la vista en el horizonte y pudo distinguir los trabajos en el monte Gólgota. Como le dijeron los arquitectos, las obras avanzarían a un ritmo importante. Muchos de los que se encontraban acampados a las afueras de Jerusalén fueron llamados para incorporarse de inmediato. No se podía perder ni un solo minuto. Quería hacer desaparecer, lo más pronto posible, todo atisbo del templo pagano que allí había permanecido por espacio de siglos y que se alzase, majestuoso, el que habría de glorificar a Nuestro Señor Jesucristo.

Pasado un tiempo, llamó a la sirvienta.

—Andrea —alzó la voz y sintió una punzada tremenda en las sienes.

La muchacha apareció al instante.

—Señora, decidme, ¿qué puedo hacer por la augusta emperatriz?

—Avisad al obispo Macario. Necesito hablar con él.

Andrea, nuevamente, desapareció de forma rápida. Al rato, no muy largo, se hizo presente el obispo.

—Me habéis mandado llamar, mi señora. ¿En qué puedo ayudaros?

La emperatriz volvió a echarse.

—Hoy tengo un día fatal, mi querido obispo. Este dolor de cabeza me está matando. Me gustaría que acudieseis esta mañana hasta el Gólgota para inspeccionar cómo van las obras.

—Así lo haré, augusta emperatriz. Sabéis, en todo caso, que van muy bien en cuanto a plazos y que los arquitectos están poniendo todo su empeño en ello. Además, tal y como propusisteis, las piedras del anterior templo han sido aprovechadas. Eso ha servido para que se avance mucho más.

Flavia Iulia Helena cerró los ojos mientras escuchaba las palabras del obispo.

—He estado pensando sobre la Vera Cruz.

—¿Y...?

—Ahora que las obras van bien, creo que es el momento de ir a Roma y a Bizancio y depositar en cada una de las ciudades uno de los trozos de la Cruz donde murió el Mesías.

—Estoy de acuerdo con vuestra idea, mi señora. El pueblo arde en deseos de abrazar la madera. Sabéis, además, que es algo fundamental para que la Palabra de Cristo siga firme y se propague entre todos. Una demostración como ésta hará que su mensaje sea escuchado en todos los confines. Sin embargo, permitidme una pregunta. ¿por qué ese afán de dividir la madera? ¿Acaso no sería mejor que aquí, donde Él murió por todos nosotros, por el mundo, estuviese la Cruz entera y todo aquel que acudiese pudiese contemplarla en toda su inmensidad?

—Es algo que me he preguntado muchas veces, obispo, pero creo que la fuerza de esta divina madera hará mucho bien en Roma y en Bizancio. No son muchos los afortunados que pueden acometer un viaje de estas características, por la lejanía, y ver la Cruz. En cambio, si parte de ella se queda en Roma, y otra parte en Bizancio, habremos conseguido que ese mensaje siga no sólo estando vigente sino que además se alimente con la mera visión de algo tan grandioso y sagrado.

—¿Habéis pensado cuándo trasladar cada uno de los trozos?

—Lo mejor es que sea cuanto antes. Así que quiero que comencéis a disponerlo todo para que se lleve a efecto lo más rápido que se pueda. Ahora, si no os importa, me gustaría despachar con el general.

—Lo que diga mi señora —respondió el obispo, que inclinó la cabeza a modo de reverencia y anduvo hacia atrás para dirigirse a la puerta de salida de la estancia.

Andrea volvió a entrar. Sabía que la emperatriz quería de ella.

—Llamad ahora al general.

Tal y como ocurriese con el obispo, pasado un rato compareció el general.

—¡Ave, augusta emperatriz! —vociferó a la par que extendía hacia arriba, inclinado, el brazo derecho.

—Os ruego no gritéis. Tengo un dolor de cabeza horroroso. ¿Sabéis algo que vuestros hombres?

—Nada todavía, mi señora.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que partieron?

—Casi dos meses.

—En este tiempo ya deberían haber pisado tierra.

—Así es. Pero hay que tener en cuenta las condiciones climatológicas. Si les ha cogido una tormenta en pleno Mare Nostrum, habrán tenido que luchar contra ella y puede haberles retrasado. La liburnia, aunque es una nave de garantía, no es tan grande, como bien sabéis, como una galera.

—También pueden haberse encontrado con piratas...

—En ese caso, si me permitís, no creo que hayan salido bien parados esos vándalos. Mis hombres están altamente cualificados para hacer frente a una chusma que intenta atemorizar los mares de nuestro Imperio.

—Así lo espero yo también, general. ¿Algo nuevo de mi sirvienta?

El general cambió la expresión de su rostro. Sus hombres llevaban desde el día siguiente de la desaparición de la muchacha buscando por todos lados, pero no habían podido dar con ella. Era algo que le producía una desazón tremenda al general, que veía cómo una chiquilla era capaz de burlar a experimentados soldados.

—Me temo que no puedo ofreceros noticias esperanzadoras. Os puedo asegurar que día y noche mis hombres indagan, preguntan, buscan... pero no hay nada. Es como si la tierra se la hubiese tragado. Permitidme una pregunta, mi señora: ¿no os habéis planteado que, en un momento dado, no ha huido?

—¿Qué queréis decir? —la emperatriz se levantó, sorprendida por aquellas palabras.

—Quizá, augusta emperatriz... quizá haya corrido un destino fatal.

—¡No puede ser! —respondió elevando el tono de voz y sin acordarse, para nada, del dolor de cabeza—. Si así fuese, tus hombres habrían dado con su asesino, si es a eso a lo que os referís.

—No, mi señora, si no hay constancia de que haya sucedido ni testigo alguno haya presenciado su muerte. Es sólo una posibilidad. Además, después de todo este tiempo transcurrido...

Flavia Iulia Helena pareció desanimarse ante aquella revelación. «Tiene razón el general. Puede que no haya huido, que el destino le hubiese tenido preparado un final trágico pero, ¿iba Nuestro Señor Jesucristo a querer algo así para una chica buena y servil? ¿Es que me estás poniendo pruebas, obstáculos, para saber si soy digna de Ti? Si es así, mi Señor, te ruego que me examines a mí, no a los míos. Soy mayor, viviré poco más pero creo que desde que abracé tu palabra he dado suficientes muestras de mi amor».

—Está bien, general. Es una posibilidad que hay que tener en cuenta. Que interroguen a todos aquellos que estiméis oportunos. Voy a partir en cuanto todo esté dispuesto hacia Roma. Pero quiero dejar zanjada esta cuestión antes de marcharme. No cejéis en vuestro empeño, os lo ruego.

Comprendió el hombre que ahí había llegado el final de la conversación. Volvió a extender su brazo derecho y saludó marcialmente a la emperatriz, para abandonar la estancia.

La soledad se instaló en la emperatriz. Tenía todo para ser feliz: había encontrado la Vera Cruz de Cristo; estaban erigiéndose templos para alabar al Señor Jesucristo. Empero, todo ello se veía ensombrecido. Primero por la aparición de aquel hombre que venía a revelarle un secreto guardado durante tres siglos que podría ser crucial para el devenir del Cristianismo y que ella debía de saberlo; y por otra parte, la extraña desaparición de su sirviente más fiel que era como una hija. Su mente no paraba de pensar, de imaginar cosas, de buscar respuestas. Pero éstas no sólo no llegaban sino que se iban agrandando las dudas. ¿Qué hacer en aquellos momentos?

De pronto, un ruido fuera de la estancia le sacó de sus pensamientos. Oyó las voces de varios hombres. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo. Estaba cerca a la balconada y sintió miedo; miedo a lo desconocido y a aquellos gritos que ignoraba por qué se producían en su propio palacio. Al cabo de unos segundos se disiparon todas las dudas y temores.

—¡Mi señora! —gritó con fuerte voz su sirvienta Andrea mientras irrumpía en la habitación—. ¡Los soldados traen a un hombre que dice pudiera haber ayudado a salir de Jerusalén a Livia! ¡Está ahí fuera, esperando que los recibáis!

[19](#) Barco pequeño que se lleva en un navío para saltar a tierra principalmente.

XVIII

La proa del esquife se hundía en el mar para salir de nuevo a la superficie a cada una de las remadas de los hombres. El esfuerzo era constante pero no podían dejar de hacerlo si querían llegar a tierra en el menor tiempo posible. Fueron un total de once los que embarcaron en esa pequeña nave. Tuvieron suerte de no ser legionarios porque si no habrían sucumbido a los piratas o, en el mejor de los casos, estarían ahora mismo a bordo de aquella embarcación esperando un golpe de fortuna y ser canjeados por dinero. Lo que quedaba claro que aquellos que no pudieron subir en la nave acabarían, muchos de ellos, siendo vendidos como esclavos al mejor postor en cualquier tierra inhóspita para trabajar en canteras o ser pasto de juegos en los que perecerían en las fauces de fieras o bajo las espadas de gladiadores profesionales que los utilizarían para entrenarse.

El capitán de aquellos bárbaros dio orden de que se les ofrecieran provisiones y agua suficientes para alcanzar algún lugar de la costa romana. Eran hombres avezados en la mar y no les sería difícil remar hasta tierra. De eso había pasado ya casi tres semanas.

Los primeros momentos en altar mar, en un barco tan pequeño, fueron los peores. Estaba al mando el contra maestre de la galera romana abordada por los piratas. Los otros eran parte de su tripulación; marineros forjados en las aguas del Mare Nostrum que sabían bien cómo desenvolverse en situaciones así. Conformaban la nómina de aquella embarcación Tulio Plinio, Manius Aquila y Antonino Quintus. Los tres en su condición de mercaderes, ahora desprovistos de su mercancía. Sin embargo, el centurión se sentía aliviado por no haber tenido que revelar su verdadera identidad. A punto estuvo de hacerlo cuando Caeso Severio, el centurión de la galera, fue capturado y poco después degollado por aquellos hombres. Pero un impulso, en el último momento, le sirvió no sólo para seguir vivo sino para poder continuar con su misión. Es verdad que ahora todo se trastocaba y tendrían que empezar de cero. Quería llegar cuanto antes a cualquier puerto para contactar con la guarnición romana que estuviese al frente, identificarse y que se les facilitase todo lo que pidiese para poder emprender de nuevo el camino hasta Massilia. Esperaba, en todo caso, que aquella embarcación recalase cerca de Roma. Le sería así mucho más fácil continuar con su misión. Pero mantenía la idea indestructible de

deshacerse del chaval y del veterano. Ambos, cada uno por cuestiones distintas, eran un obstáculo para sus pretensiones de grandeza. No cejaba en su empeño de buscar alguna salida para acabar con aquel triunvirato que no le favorecía en nada. Quería la gloria para él solo. Y aquellos dos legionarios se interponían, algo que no estaba dispuesto a consentir. Los dos debían morir antes de alcanzar el objetivo fijado por la emperatriz Flavia Iulia Helena.

Antonino Quintus lo llevó peor durante esas semanas de travesía. La sensación de frustración le invadía y pensaba constantemente en que la situación hacía que se alejase cada vez más de Livia. Comenzaba a vislumbrar que no volvería a verla. Se turnaba con los otros hombres para remar y comía lo suscinto para tener las fuerzas suficientes. Los alimentos estaban racionados, así como el agua, para no desaprovechar nada. A él poco le importaba eso. Necesitaba llegar a tierra e intentar contactar, como fuese, con la muchacha. Se lo comentó en alguna ocasión a Manius Aquila, quien le hacía desistir de su idea.

—Olvídate de eso, muchacho. Nos quedan muchas cosas por las que pasar. No hemos comenzado esta misión y mira dónde nos encontramos: en medio del mar, casi a la deriva y sin saber qué nos espera cuando llegemos a algún puerto.

En el fondo, Manius sentía cierta envidia del chaval. Tenía Antonino alguien a quien aferrarse. Él, en cambio, sólo a un pedazo de tierra que le prometieron en su día y que ahora, cada vez más, lo veía igual de lejos que Antonino a su amada.

Sacó, durante esos días en alta mar, varias veces el papel que testificaba que poseía tierras al sur de Hispania y que podría dedicarse al cultivo de olivos y vides: empezar una nueva vida. Claro que para ello habría de culminar con éxito la misión encomendada. Y como veterano legionario, no las tenía todas consigo, máxime estando al frente de la misma Tulio Plinio. Podía esperar cualquier cosa de un hombre sin escrúpulos capaz de lo peor en el momento más inesperado.

—Ves, muchacho —le decía una y otra vez a Antonino—, este papel es lo único que tengo para seguir soñando. Tú has sido, en buena parte, culpable de que lo tenga. Si no te llegas a cruzar en mi camino, quién sabe si ahora mismo seguiría en Jerusalén pudriéndome y esperando a un retiro que, a lo peor, tardaba en llegar. Te tengo que dar las gracias pero, por otra parte, conocerte ha servido igualmente para que me metan en esta misión que puede dar al traste con todos mis sueños.

Se quejaba amargamente de su destino. Antonino le dejaba hablar todas las veces y nunca le respondía. Seguía con la mente puesta en su amada pero, también, se acordaba de los momentos vividos en la galera cuando, por vez primera, tuvo que enfrentarse a un hombre, luchar denodadamente por no morir y sí matar. Las sensaciones que le dejó aquella contienda eran agrídulces. Nunca hasta entonces había matado y ahora, una vez cruzada esa frontera, estaba convencido de que seguiría haciéndolo si era necesario.

—Si te digo la verdad, me has sorprendido.

Una de esas noches de travesía, Tulio Plinio, distante siempre con sus dos subordinados, se acercó hasta ellos. Quiso mostrar algo de humanidad frente a su carácter agrío y déspota muchas veces.

—No pensaba que ibas a ser capaz de empuñar un gladius contra un hombre. Cuando comenzó aquella batalla te di por muerto a las primeras de cambio. Pero veo que has aprendido bien todo lo que te ha enseñado este viejo legionario —dijo mirando de reojo a Manius Aquila—. Mejor para ti, porque no va a ser la última vez que tengamos que vernos en una situación como ésta.

Antonino, al igual que con Manius, no respondía. Esbozó una pequeña sonrisa en señal de aprobación y agradecimiento por las palabras de Plinio, pero sabía que éstas carecían de sentimientos verdaderos y que eran sólo una mera excusa para seguir adelante con la misión encomendada.

El sol daba de pleno en la cubierta del esquife. Todos estaban en silencio y sólo el ruido de los remos entrando en el agua y el esfuerzo de quienes los movían rompían la monotonía, instalada de manera absoluta entre toda la tripulación.

En la proa, de espaldas a sus compañeros y oteando en todo momento el horizonte, se encontraba uno de los hombres del contramaestre. No quitaba la vista del mismo punto. A pesar del cansancio, continuaba escrutando esa delgada línea que dividía el mar del cielo. Las aguas aparecían en aquellos momentos tranquilas y hacía calor. Los que remaban, cuatro en esos momentos, tenían sus torsos desnudos y el sudor les recorría desde la cabeza a la cintura. Antonino tenía en esos momentos la mano derecha introducida en el agua. Recostado en uno de los laterales de la embarcación, observaba el fondo del mar, intentando atisbar algo. En algún momento determinado vio pasar pequeños peces en sentido contrario a la marcha del esquife. Así pasaba las horas cuando le relevaban de los remos. De pronto, una voz sacó a todos de sus pensamientos.

—¡Mirad! ¡Allí!

Los remeros levantaron los palos casi al unísono y todos, de golpe, se pusieron de pie dirigiendo la vista hacia donde había señalado uno de los marineros, de tal manera que el bote se balanceó a babor y a estribor por unos instantes e hizo que alguno de ellos perdiesen el equilibrio. Pero aquel anuncio para que se olvidasen que, con esos movimientos bruscos, podrían hacer que volcase el esquife.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó con verdadero interés el contraмаestre.

—¡Mirad! ¡En el cielo! ¿No lo veis?

Todos intentaban descubrir algo pero no se atisbaba nada. Algunas nubes producían un efecto desorientador y despistaban a los hombres, que no conseguían fijar la vista en un punto concreto.

—¡Por todos los dioses! ¿De qué se trata? —volvió a preguntar quien estaba al mando de la nave.

—¡Es una gaviota! ¡Allí! ¡Y va en nuestra misma dirección!

Agudizaron aún más la vista hasta que el hombre que permanecía en la proa también gritó.

—¡Sí! ¡Allí está! ¡La veo!

Efectivamente, pasados unos segundos los demás pudieron contemplar el ave, que agitaba sus alas. Poco después viró y se dirigió hacia donde se encontraba el barco, haciendo una pasada como si estuviese buscando alimento. Luego siguió su ruta, se elevó algo más y fue perdiéndose de la vista de aquellos hombres.

—¡No hay duda, la tierra está cerca!

Aquella frase espoléo más a los hombres, que volvieron a hundir los remos con mayor fuerza, haciendo que el barco se desplazase a una mayor velocidad.

—¡Remad con todas vuestras fuerzas, marineros! ¡Ya falta poco para que avistemos tierra!

Las palabras del contraмаestre sirvieron de mayor acicate para todos. De la languidez con que habían transcurrido los últimos días se pasó a un estado de excitación propio de quien augura el final de una pesadilla. No sabían en qué momento del día se encontraban exactamente, si bien la posición del sol les indicaba que quedaban al menos cinco horas para que éste se pusiese. Si conseguían avistar tierra pronto, podrían arribar a la costa antes de que anocheciese. Era algo fundamental para, en el caso de llegar a puerto, no ser confundidos con piratas o ladrones. Porque podría no darles tiempo a identificarse y perecer a manos de alguna embarcación de Ejército romano.

El contraмаestre estaba convencido, por cómo habían navegado esas

semanas, que la tierra estaba cerca y que llegarían a alguna zona cercana a Roma, sobre todo por donde se encontraban cuando fueron abordados por el barco pirata. Lo importante en aquellos momentos era no perder la calma y que todos estuviesen coordinados a la perfección para así avanzar mucho más deprisa.

—¡No quiero ni un solo momento de respiro! ¡Los hombres que no remen que estén pendientes del horizonte! ¡Es fundamental que divisemos tierra cuanto antes! ¡Yo iré indicando los relevos para que no haya cansancio extremo! ¡Estamos cerca de la costa, eso es seguro! ¡Ninguna gaviota se aleja demasiado de ella!

Las palabras seguían produciendo ese efecto de ansias por llegar cuanto antes. Podían considerarse unos afortunados. Tiempo habría, después, para contar lo sucedido y alertar a la Legión de su desgraciada travesía. Ahora había que conseguir, como fuese, divisar tierra antes de que el sol se ocultase por completo.

Se colocó entre dos ovejas que estaban echadas. Ahora aparecían tranquilas. Descansaban y ella se disponía a hacer lo mismo. La paja olía mal, mucho peor que la del cobertizo, pero le daba exactamente igual. El día había sido muy largo y su cuerpo se encontraba tenso, agarrotado. Le dolían las articulaciones y no conseguía que desapareciese esa fatiga que le acompañaba todo el tiempo. No pudo ingerir alimento alguno y ahora, aunque sentía algo de hambre, le podía el cansancio.

El mar, por lo que podía sentir en el interior de la bodega, estaba en calma. No ocurrió lo mismo cuando el barco zarpó y a las pocas horas se embraveció, haciendo que comenzase a balancearse de manera virulenta. No estaba acostumbrada a ello y aunque intentó mantener el tipo en cubierta, no pudo evitar vomitar. Primero lo hizo sobre el propio piso de la embarcación, lo que provocó las risas de los marineros que se afanaban por amarrar los enseres y objetos para que no se desplazasen de un lado a otro. Luego, cuando las arcadas se hicieron de nuevo presentes, se fue a la borda de babor, la que estaba más cerca de donde se encontraba, y expulsó hacia el agua. Ahí pareció tranquilizarse algo más.

—Cuando hayas vomitado diez o doce veces más, te habrás acostumbrado a lo que es un barco.

Fueron las palabras del capitán, subido al puente de mando, que observaba

con disimulo cómo se desenvolvía la muchacha en los primeros compases de aquel viaje que iba a ser largo.

—No se preocupe. Sé arreglármelas sola. Ya verá cómo no vuelvo a hacerlo —respondió Livia mientras se incorporaba y se disponía a ayudar a los hombres en la tarea de fijar los bártulos esparcidos por la cubierta.

—De eso no me cabe duda, pero lo que no acierto a entender —el capitán había abandonado el puente de mando y se dirigía hacia donde se encontraba la muchacha— es por qué ese empeñamiento en aparentar que estás bien cuando no es así.

—¿Qué queréis decir?

Con un movimiento sutil, la asió del brazo y la llevó hasta las compuertas de la bodega, alejándose ambos de la tripulación, que continuaba enredada con las distintas faenas del barco. Bajó algo la voz.

—Desde que os vi por vez primera en el puerto supe que os pasaba algo.

—No os entiendo...

Livia estaba desconcertada. Las palabras del capitán eran enigmáticas a más no poder. No acertaba a comprender qué es lo que quería decirle. Mas no tuvo que esperar demasiado tiempo.

—Sé que huís de algo... mejor dicho, de alguien.

—Eso es falso...

No pudo acabar la frase.

—No me importa. Ahora estamos en alta mar y nadie nos va a seguir. Este es un barco que lleva mercancía a un puerto lejos del que hemos partido. Has sido muy valiente en enrolarte pero lo vas a pasar mal, muy mal.

—No sé a dónde queréis llegar.

—Pues que en tu estado no estás en condiciones de navegar. Más te hubiese valido quedarte en tierra.

—¿En mi estado?

—¿Crees que no me he dado cuenta? Estás embarazada. La forma de moverte, de actuar, de vomitar... llevas en tus entrañas a una criatura y has sido capaz de subirte a este cascarón. Por una parte te admiro, pero por otra... no sé qué va a ser de ti.

—Pero, capitán...

—Tranquila, chiquilla, tranquila. No voy a decir nada. Si todo va bien, nadie se dará cuenta. Son todos unos brutos que sólo son capaces de distinguir un odre de vino o de cerveza. Y para cuando hayamos llegado a puerto, tu vientre no será demasiado voluminoso. Aunque te advierto que no voy a hacer

distinciones contigo. Deberás sobrellevar esa carga como si no estuviese. Si no fuese así, no me lo perdonarían mis hombres.

Livia sintió cómo le temblaban las piernas. No era posible que un hombre rudo, pendiente sólo de lo que eran su barco y sus hombres, hubiese reparado en su estado. Ahora ya no podía ocultarlo más. En todo caso, aquellas palabras de guardar el secreto le tranquilizaban algo. No todo lo que ella desease, desde luego.

—Pronto anoecerá. Quiero que bajes a la bodega y te encargues de los animales. El temporal amainará dentro de poco. Descansa esta noche. Mañana tendrás que volver a la faena, tanto con las bestias como en cubierta.

Livia obedeció. Abrió una de las trampillas que daban a la bodega y se dispuso a bajar por las escalerillas cuando de nuevo el capitán se dirigió a ella.

—Podrías ser perfectamente mi hija. Has demostrado hasta ahora un valor que muchos de esos hombres que ves no tendrían en una situación como la tuya. Has tenido que pasarlo muy mal para llegar hasta aquí. Si necesitas algo de mí, solo tienes que acudir ante mi presencia. Si no, compórtate como los demás; gánate su confianza, hazte amiga de esos hombres. Sólo así te respetarán. De lo contrario, nos encontraremos con un problema.

—Así lo haré.

Volvió sobre sus pies y cuando había recorrido casi la mitad de los escalones, una última pregunta salió de los labios del capitán.

—¿Fue un legionario romano?

Esperó unos segundos antes de responder.

—Es lo que voy a averiguar, capitán. Y tenga por seguro que lo conseguiré.

Recostada en el lomo de una de las ovejas, el calor corporal del animal hizo que se sintiese más cómoda. Reclinó la cabeza y cerró los ojos. Ahora tenía que poner todas sus fuerzas en sacar adelante aquella vida que llevaba en su vientre. Las palabras del capitán, que le desconcertaron primero, sirvieron para que recobrase el aliento y las ganas por encontrar a Antonino. Pero también a Tulio Plinio. Sólo así podría descansar realmente.

Las luces dibujaban la costa y la perfilaban en el horizonte. No había anochecido aún pero ya se atisbaban los reflejos lumínicos en el agua. No parecía demasiado lejos pero seguramente tardarían un par de horas más en alcanzarla. Con toda seguridad les caería la noche encima. A pesar de ello, el contramaestre se mostraba esperanzado en llegar cuando aún quedase un hilo, por pequeño que fuese, de rayos de sol. Habían avistado tierra un tiempo

después de que desapareciese del cielo la gaviota. Luego, como atraídas por la presencia del esquife, llegaron más. Todas hicieron lo mismo. Dieron varias pasadas cerca de la embarcación intentando buscar comida. Era normal que los barcos pesqueros llevaran en sus cubiertas pescado y aquellas aves intentaban sortear a los hombres para lanzarse en picado y obtener alguna pieza. Hicieron lo mismo en esta ocasión aunque desistieron cuando comprobaron que allí no iban a sacar botín alguno.

—Por la forma de la costa y la orientación del sol, creo que se trata del puerto de Ostia.

Fue la frase del hombre que se encontraba en la proa y que dio la voz avisando del avistamiento de tierra. De eso habían transcurrido ya tres horas. Quedaban, por tanto, otras dos para que el sol se pusiese, tal y como dijo el contramaestre.

Toda aquella sapiencia tenía fascinado a Antonino. Desde que vieron a la primera gaviota no dejó de observar el comportamiento de esos hombres, cómo discernían dónde se encontraban, a qué distancia y el tiempo que tardarían en llegar a buen puerto. Nunca antes tuvo una oportunidad como ésta de saber sobre barcos y el mar. Seguía con atención las conversaciones, la forma de actuar y de desenvolverse en tan reducido espacio. Por unos instantes se olvidó de Livia y centró todas sus ganas en ir descubriendo los secretos de la navegación. Se le fueron pasando las horas sin darse cuenta.

Mientras, Manius Aquila, ahora al lado del centurión, hablaba con éste. «Seguramente estará pensando qué hacer cuando lleguemos a tierra. Mucho me temo que en cuanto atraquemos, seguiremos nuestro camino».

Tal y como había dicho aquel marinero, se trataba del puerto de Ostia, en la desembocadura del río Tíber, cercana a Roma capital. Era una ciudad extensa, con casi 60.000 habitantes y que servía de puerta de entrada de mercancías: cereales, vino, aceite, mármoles de calidad, animales para el circo que provenían de distintos puntos del Mare Nostrum... un puerto con una actividad comercial extraordinaria, donde hacían multitud de negocios mercaderes y comerciantes de diversas partes del Imperio. Poseía uno de los puertos más grandes, conformado por dos partes bien diferenciadas. La primera, el puerto original, había ido cayendo en desuso principalmente por la arena que el Tíber iba depositando, lo que hizo necesaria la construcción de un segundo, de forma hexagonal, mucho más seguro que el anterior al estar resguardado de las inclemencias meteorológicas.

Pero si la actividad en dicho puerto, a pesar de los momentos que vivía el

Imperio, era grande, también sucedía lo mismo en el interior de la ciudad, donde convivían decenas de miles de personas de distintas razas y procedencias, la mayoría de ellas allí para intentar hacer buenos negocios. Una ciudad plagada de tabernas y lugares de ocio en los que dar rienda suelta a los instintos más primarios. Las tabernas de los pescadores, que jalonaban los muelles del puerto, eran las más concurridas no sólo por los marineros sino también por soldados e incluso algunos patricios, ya que allí podían encontrar otra clase de divertimento alejado de los teatros y termas. Los templos se alzaban a cada paso, lo mismo que una basílica cristiana de reciente construcción como testimonio de la implantación del Cristianismo. En aquellos momentos también se procedía a la restauración, iniciada años atrás, de los tres templos republicanos, en especial el de Hércules Invictus²⁰.

Por fin comenzaron a cruzarse con algunas embarcaciones de similar eslora a la de ellos. Se trataba de pequeños barcos dedicados a la pesca de bajura que en esos momentos, ya casi anocheciendo, intentaban buscar género para venderlo en las tabernas del puerto y así ganarse unas monedas de manera fácil. Era una práctica que ejercitaban muchos de los ciudadanos oriundos.

El contraamaestre se puso en la proa del esquife y comenzó a dirigir las maniobras para atracar. Pasaron por la dársena hasta llegar a los pantalanes donde se encontraban todo tipo de embarcaciones de gran envergadura: galeras, birremes, trirremes y hasta quatrirmes, lo que indicaba la magnitud de ataque de este puerto.

En medio de aquellas naves, el pequeño esquife pasaba casi inadvertido. Los temores del contraamaestre eran infundados. La actividad que había en esos momentos era grande, por lo que la presencia de un barco de ese tamaño no atraía la atención de nadie, máxime cuando otros de igual calado realizaban operaciones de ataque o salida.

Consiguieron arribar a una zona más tranquila. Fue el propio contraamaestre quien lanzó la maroma hacia el pantalán, recogéndola un muchacho que parecía esperarlos y que se trataba, en definitiva, de un mozuelo que estaba pendiente del ataque de algunas naves para ayudar a desembarcar a la tripulación, echar una mano con las mercancías y así ganarse algo de dinero.

Ató la gruesa cuerda y sonrió al contraamaestre. Éste, una vez puso los pies en el suelo del puerto, respiró profundamente, estiró los brazos y echó un vistazo a su alrededor.

—Lo hemos conseguido —dijo a sus hombres que en esos momentos le imitaban y abandonaban la diminuta barca—. Ahora hay que apresurarse y

alertar a la Legión de lo que está ocurriendo en el Mare Nostrum.

—Está bien, contraestre —era Tulio Plinio quien hablaba—, ha conseguido su propósito y nos traído sanos y salvos hasta buen puerto. Le estamos muy agradecidos por lo que ha hecho. Nosotros, a partir de ahora, buscaremos la forma de seguir adelante. Necesitamos llegar hasta las Galias.

—¿Qué vais a hacer?

—Me temo que nuestra sociedad se termina aquí. Mis compañeros y yo debemos hacer una serie de gestiones a partir de estos momentos. Comprendo que va a estar muy ocupado con todo lo relacionado al abordaje que sufrimos. Pero en nuestro caso los negocios no pueden esperar. Estamos vivos y debemos continuar.

—Sea como decís, amigo Tulio Plinio. Siento que hayamos pasado estas fatalidades. Espero que nos volvamos a ver en algún puerto del Imperio.

—Puede que así sea, contraestre. Que los dioses te acompañen a ti y a tu tripulación en los próximos viajes que hagáis.

Dicho esto, Tulio Plinio se despidió agarrando los brazos de aquel hombre. Se dio la vuelta y fijó su mirada en sus compañeros de travesía.

—Vámonos, debemos continuar.

Y comenzó a andar por el muelle en dirección al centro de la ciudad. Manius Aquila y Antonino Quintus le seguían a escasos pasos detrás de él. Ninguno de ambos dijo nada durante un rato hasta que, una vez abandonado el puerto y cuando transitaban por una angosta calle, el veterano legionario aceleró su caminar y se puso a la altura del centurión.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Hacia el cuartel general. Debemos dar novedades de lo que nos ha ocurrido. Ya hemos perdido demasiado tiempo y nuestra misión está por encima de todo.

Continuaron andando por distintas calles de Ostia. Era una ciudad alegre, llena de vida. Pasaron por un gran mercado en el que la actividad estaba en su apogeo a pesar de haber anochecido. Plinio se detuvo en uno de los puestos de fruta y tras escrutar el género que ofrecía, tomó un gran racimo de uvas. Acto seguido, dio al tendero unas monedas que éste contó para sonreír a continuación. Dividió el racimo en tres partes y dio una a cada uno de sus hombres.

—Tenía muchas ganas de tomar algo fresco.

Continuó andando mientras comía, con avidez, las verdes uvas.

—No sabía, mi señora, que se trataba de una sirvienta vuestra. De haber

tenido conocimiento, no la habría ayudado. Os ruego que me creáis.

Las palabras de aquel hombre hicieron que la emperatriz quedase aún más sorprendida de la actitud de Livia. Seguía esforzándose en comprender qué motivos le llevaron a huir de su lado sin que mediase una explicación. De aquel episodio había transcurrido más de un mes, por lo que no era difícil imaginar que habría salido de aquellas tierras de Judea.

—Decidme, ¿dejó entrever en algún momento sus intenciones?

—No, mi augusta señora. Tan sólo pidió que la acercásemos hasta el campamento. Luego desapareció y no volvimos a saber nada de ella. Bueno, ahora que recuerdo...

—¿Qué es lo que recordáis? —inquirió al emperatriz sin dejar terminar la frase al hombre.

—Verá, mi señora. Creo que me preguntó si sabía de alguien que abandonase el campamento.

—¿Y qué le respondisteis?

—Que no conocía a ninguno, aunque era normal que muchos de los allí acampados, vencidos por el hastío de no encontrar faena, desistían y se marchaban por donde habían venido. Os ruego que comprendáis que no sabía nada...

—Está bien —volvió a interrumpir la emperatriz—. Os agradezco la información que me habéis facilitado. General, quiero que se recompense a este hombre por su buen hacer. Y quiero que enviéis a vuestros hombres al campamento. Que pregunten ahora de forma más detallada a todos los que allí se encuentran por si pudieran saber algo más, aunque mucho me temo que la muchacha se encuentra ya lejos de estas tierras.

—Así se hará, augusta emperatriz.

Como era previsible, la búsqueda no dio resultado y aunque los soldados romanos investigaron durante varias semanas, hablando con todas y cada una de las personas que seguían acampadas a escasas leguas de Jerusalén, nadie supo darles datos más concretos acerca del paradero de Livia. Es por ello que Flavia Iulia Helena, hastiada de no encontrar nunca una respuesta satisfactoria, había dado por concluida la búsqueda de su sirvienta. «Es como si la tierra se la hubiese tragado», pensaba a menudo.

Sin embargo, conforme pasaban las semanas su mente fue olvidándose de la muchacha y se mantenía ocupada en los quehaceres propios alrededor de la Vera Cruz de Cristo y de la construcción del primero de los templos que habrían de erigirse en lo alto del monte Gólgota. Las obras, efectivamente,

avanzaban a muy buen ritmo. Se cumplían los plazos establecidos por los arquitectos y las informaciones que diariamente le traía el obispo Macario hacían que se sintiese cada vez mejor, de tal manera que llegó un momento en que el nombre de Livia se le borró por completo de su mente.

Flavia Iulia Helena quería, a toda costa, que la Vera Cruz en la que murió el Mesías estuviese tanto en Roma como en Bizancio. Es por eso que consideraba importante dividirla en tres trozos cuanto antes y que viajasen a las dos capitales para su veneración en el mayor de los templos. Incluso estuvo tentada de hacer lo mismo con las otras dos cruces, aunque finalmente desistió. Prefería que los cristianos de fuera de Jerusalén sólo contemplasen la madera en la que Jesucristo expiró.

Aunque no estaba totalmente de acuerdo, el obispo Macario accedió a las pretensiones de la emperatriz. Él prefería que la cruz quedase en Jerusalén, atisbando las enormes posibilidades de peregrinación de los fieles si ésta quedaba tal y como se encontró, esto es, entera y sin ser dividida. Pero la firme convicción de Flavia Iulia Helena era tal que ni él mismo pudo persuadirla.

Los preparativos para la división de la madera fueron grandes. Se declaró el día de asueto en nombre de la Santa Cruz de Jerusalén. Desde ese mismo instante todos considerarían a la madera Divina como algo sagrado. Es más, sólo podría tocar el suelo de Jerusalén, Tierra Santa para todos aquellos que abrazaban el Cristianismo. Los otros dos trozos que se enviarían a Roma y Bizancio deberían permanecer en alto y sin tocar otra tierra que no fuese la del Gólgota, donde la cruz permaneció enterrada por más de tres siglos y que ahora era todo un símbolo para el mundo.

Esa idea satisfizo a Macario, que en cierta medida veía recompensadas sus pretensiones, por lo que fue él quien procedió, no sin ciertas dificultades, a trocear la madera en presencia de la emperatriz, el prefecto y el general, además de un reducido grupo de personas pertenecientes al sanedrín de Jerusalén. Las astillas que se desprendieron del corte fueron recogidas, una por una, incluso la viruta que salió, y guardadas en un cofre que iría depositado a los pies de la madera cuando ésta estuviese colocada en el ábside principal del templo que se estaba construyendo. No querían que ni una sola esquirla de la madera se perdiese. Estas labores se llevaron a cabo en una pequeña estancia del palacio, cuyas paredes estuvieron fuertemente custodiadas tanto por legionarios romanos como por soldados de la guardia judía.

La emperatriz puso todo su empeño en que la noticia llegase cuanto antes a Roma y a Bizancio. Ahora sólo faltaba embarcar aquellos dos trozos y que cada uno llegase a su destino. Esperaba que su hijo, el emperador Constantino, los recibiese en Roma y que, posteriormente, enviase uno de ellos a Bizancio. Es por ello que le volvió a escribir una nueva misiva que mandó entregar en el menor tiempo posible, de forma que cuando la recibiese, el barco se encontrase ya en camino hacia Roma.

Aunque se mostraba más feliz que en los últimos tiempos, continuaba invadiéndole una cierta preocupación por no saber nada de los tres hombres que mandó a buscar lo que los descendientes de José de Arimatea guardaban en algún lugar de las Galias o de Hispania. «Quizá —solía pensar con alguna frecuencia— hubiese sido más fácil informar de ello a las distintas guarniciones que allí se encuentran y que habrían hecho el trabajo más rápido. Pero, por otra parte, se trata de un asunto del que no quiero que se sepa mucho, y cuantas menos personas estén al tanto del mismo, mucho mejor para todos».

Pero también le invadía a menudo el temor de que aquellos hombres hubiesen perecido en alguna escaramuza tanto antes de zarpar como en medio del Mare Nostrum. Por el tiempo transcurrido, ya deberían encontrarse en tierras galas. Le calmaba saber que Tulio Plinio llevaba consigo un salvoconducto personal de ella, pero también sabía que si caían en manos de los bárbaros, aquel documento no sólo no tendría validez alguna sino que podría ser utilizado en su contra. «Sé que el centurión, en un momento de peligro, habrá acudido a pedir auxilio a la Legión. Es lo suficientemente inteligente como para maniobrar con presteza. Sabrá resolver cualquier situación extrema».

—Mi señora —la voz de Andrea la sacó de sus pensamientos—, perdonad que haya entrado sin avisaros, pero lleváis mucho tiempo sola y quería cerciorarme que no os faltaba nada.

Flavia Iulia Helena volvió a la realidad. Eran muchas las cuestiones que a menudo le asaltaban pero, sobre todo, el hecho de no saber nada de sus hombres. Y aunque también intentó desterrar de su mente la imagen y el nombre de Livia, ésta acudía con cierta frecuencia y no tenía más remedio que volver a preguntarse qué es lo que ella había hecho mal para que la chiquilla le hubiese abandonado.

—Has hecho bien en entrar, Andrea. Ven, siéntate a mi lado un rato.

La joven obedeció a la emperatriz no sin alguna reserva, toda vez que consideraba una descortesía no permanecer de pie mientras su señora

descansaba. Pero de un tiempo a esta parte Flavia Iulia Helena se esforzó por mostrarse más cercana y afable con quien tenía que servirla. En cierto modo, no dejaba de ser una especie de terapia para cubrir el hueco dejado por Livia.

—Dime —habló acariciándole las puntas del cabello—, ¿qué te han comentado los soldados sobre la construcción del nuevo templo?

—No mucho, mi augusta señora. Sólo sé lo que oigo de pasada en las cocinas o cuando acudo a las habitaciones de la servidumbre. Pero por lo que he comprobado, todos están muy ilusionados con esta obra, tanto los que hasta aquí han venido de muy lejos como los propios habitantes de Jerusalén.

—Y a ti, Andrea, ¿qué te parece todo esto?

—No entiendo la pregunta, mi señora.

—¿Piensas que Livia está muerta?

Aquella pregunta la dejó descolocada. No sabía qué decir. Tomó aire, cerró por unos instantes sus ojos y, finalmente, respondió. Quizá eran las palabras que la emperatriz esperaba escuchar de la boca de quien estaba con ella ahora.

—No lo creo. Es más, si me permite, le diré que puede que esté a punto de encontrarse con Antonino Quintus. No me dijo nada antes de partir pero sé que ha marchado tras sus pasos. Y también estoy convencida de que cuando lo haya encontrado, volverá a su lado, mi augusta señora, porque sabe que le perdonaréis.

Entonces, Flavia Iulia Helena se recostó, cerró los ojos y tras quedar unos segundos en silencio, le dijo a Andrea:

—Será como el hijo pródigo de las Sagradas Escrituras. Dios que está arriba te escuche, Andrea.

[20](#) Fue uno de los templos más famosos de la ciudad de Ostia Antica por parte de las expediciones militares que se hospedaban allí antes y después de un desembarco (Juan Vicente Boo, 2003)

XIX

—¿Y dice que es un centurión primus pilus de la Legión romana?

Quien hacía la pregunta era el general que estaba al frente del Ejército de Ostia Antica. Un hombre alto, de unos cincuenta años; complexión fuerte aunque delgado, y de cabello plateado. Vestía el uniforme de faena aunque en su coraza de cuero podían distinguirse diversos atributos de batallas libradas y ganadas. En verdad aquel destino era tranquilo en cuanto a que estaban a salvo de posibles incursiones de bárbaros al tratarse de un puerto de entrada a Roma, con lo que ello conllevaba de fortificaciones y presencia militar. Pero también tenía que estar alerta como consecuencia de la gran afluencia de visitantes que acudían hasta la ciudad en busca de negocios o como paso previo para llegar hasta la Ciudad Eterna. Por eso le llamó la atención el anuncio que le hizo el tribuno que mandaba el contubernio que estaba en la entrada del edificio, situado en la zona alta de la ciudad y desde donde se divisaba el puerto.

—Así es, mi general. Dice encontrarse en una misión que sólo puede revelarla a quien esté al frente de este destacamento.

—Bien, hacedle pasar. ¿Viene solo?

—Sí, mi general.

Tulio Plinio había dado orden a Manius Aquila y Antonino Quintus que le esperasen en una taberna cercana al cuartel. Igualmente, les instó a que por nada del mundo hablasen sobre el episodio sucedido en el Mare Nostrum ni, por supuesto, de su condición de legionarios romanos. Debían seguir como lo que eran en esos momentos, unos comerciantes que esperaban partir de Ostia con destino a Massilia.

—Mi general —dijo con voz firme el centurión cuando estuvo ante él—. Se presenta el centurión primus pilus Tulio Plinio, de la tercera cohorte, segunda manipula, primera centuria de la Legión II Itálica Pia.

—¿De la II Itálica Pia? Eso está en Hispania. Por todos los dioses, ¿qué hacéis aquí vestido de paisano?

—¿Podríamos quedarnos a solas? —respondió a la par que miraba al tribuno, que permanecía tras él.

—Está bien. Tribuno, márchese a su puesto.

Cuando quedaron los dos hombres solos en la estancia, continuó Tulio

Plinio.

—Me encuentro en una misión secreta ordenada directamente por Flavia Iulia Helena, augusta emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente.

—Me dejáis sorprendido, centurión. Perdonad mi atrevimiento pero, ¿lleváis consigo algún documento que pueda acreditar lo que estáis diciéndome?

—Por supuesto que sí, mi general.

Plinio sacó el salvoconducto que le dio la emperatriz en Jerusalén cuando partieron y se lo entregó al general. Éste estuvo leyéndolo detenidamente durante un tiempo. Luego, volvió a dárselo al centurión.

—Se trata, sin lugar a dudas, de un documento auténtico e imagino que debe tratarse de algo de suma importancia cuando viene con el sello lacrado de la mismísima emperatriz. Lo que no comprendo es qué hacéis aquí y qué queréis de mí.

—Partimos del puerto de Caesarea hace casi dos meses. En mitad del viaje fuimos abordados por piratas que consiguieron reducirnos, matando al centurión Caeso Severio, que era quien estaba al mando de la nave. Nos hicieron prisioneros a los que sobrevivimos. No pude revelar mi identidad porque debía mantener esta misión en el más absoluto de los secretos. Pero tuve la fortuna de que, al creerme comerciante aquellos malhechores, me dejaron marchar con la tripulación que no era militar. Tras una travesía llena de problemas en un pequeño esquife, hemos conseguido esta noche llegar hasta aquí. El contramaestre ha acudido también a la autoridad civil para dar cuenta de lo sucedido, ya que han hecho prisioneros a todos aquellos que son legionarios. Pedirán un rescate por ellos al Imperio o los venderán como esclavos. En todo caso, las aguas del Mare Nostrum no son seguras, general. Mucho me temo que habrá que redoblar la vigilancia de aquellas embarcaciones que lo cruzan, porque esos bárbaros parecen haberle perdido el respeto y el temor a la Legión romana.

El general, que se hallaba sentado escuchando a Tulio Plinio, se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la estancia. Pasaba su mano derecha por el mentón mientras el brazo izquierdo lo tenía a la espalda. Parecía meditar sobre lo que acababa de escuchar de voz del centurión.

—Por todos los dioses que esto es más grave de lo que pensaba —dijo parándose justo enfrente de Plinio—. Desde hace algún tiempo estamos sufriendo diversas escaramuzas por parte de piratas, sobre todo provenientes del norte de África, que abordan los barcos de mercancías para hacerse con un suculento botín. Pero no es normal que se atrevan con una nave del Ejército

romano. Estamos en una situación muy delicada. Habré de informar a Roma para que se tomen las medidas necesarias. No podemos dar sensación de que nos estamos ablandando.

Hizo una pausa para continuar dando vueltas alrededor de la mesa, sobre la que se esparcían varios documentos y planos en los que se podían apreciar las distintas fortificaciones del puerto de Ostia, así como los lugares más emblemáticos de la ciudad, caso de las termas, el foro o las principales domus²¹ de los patricios más importantes.

—Tengo una duda, centurión —volvió a hablar el general—. Ha dicho antes que partieron, esto es, en plural. ¿Iba acompañado para esta misión?

—Así es, mi general. De dos soldados de la confianza de la emperatriz. Desgraciadamente, fueron muertos por los piratas en aquella pelea salvaje en medio del mar.

—Ha tenido suerte, centurión Tulio Plinio. Y por lo que acabo de comprobar, su valor está a prueba de toda duda. El emperador Constantino debe estar orgulloso de hombres así, que todavía dignifican el maltrecho ejército romano. No dude de que informaré a mis superiores de sus hazañas para que reciba los honores que le corresponden y que tan gallardamente está consiguiendo. ¿Cuáles son vuestras intenciones a partir de ahora?

—He contactado, antes de presentarme aquí, con comerciantes en un lugar cercano. Mi intención es continuar hacia Massilia, donde me dirigía. Necesito que me obtenga al menos tres caballos para continuar el viaje. Sé que voy a tardar algo más que por mar, pero no quiero correr más riesgos. Espero que pueda conseguirme provisiones, armas... y necesito algo más.

—¿De qué se trata?

—Debo informar a la emperatriz de la situación en la que me encuentro. Voy a enviarle una misiva contándole lo ocurrido desde que partimos de Jerusalén. Un correo tiene que llevar ese documento en el menor tiempo posible hasta la mismísima Jerusalén.

El general fue hasta la entrada de la estancia. Hizo un gesto con la mano y entró un soldado.

—Ayudante, quiero que acompañéis al centurión hasta el centro de documentación y que se ponga a sus órdenes un soldado para que escriba un correo. Buscad en las cuadras los tres mejores caballos que tengamos y que los aprovisiones con comida suficiente para un largo viaje. Y seguidle al centurión Tulio Plinio varios gladius y dagas acorde con su posición. Necesitaréis algo de dinero —dijo volviéndose a Plinio.

—Os lo agradezco, general. Me gustaría partir cuanto antes luego de resolver todas estas cuestiones.

—Ahora los caminos pueden ser peligrosos una vez abandonéis las murallas de Ostia. ¿Por qué no pasáis la noche en el cuartel? Dispondré todo para que descanséis.

—Prefiero dormir en alguna de las posadas del puerto para así pasar inadvertido. Mañana, antes del amanecer, partiré rumbo a Massilia.

—Marchad, pues, con mi ayudante. Él os facilitará todo cuanto necesitéis.

Tulio Plinio siguió al soldado ayudante. Mientras se dirigían hacia el centro de documentación, tenía el convencimiento de que ahora era el momento de deshacerse de la pesada carga que tenía a sus espaldas: Manius Aquila y Antonino Quintus.

El primer trago de vino le supo a gloria. Después de tanto tiempo en medio del mar, bebiendo en contadas ocasiones agua y comiendo pequeñas raciones, le costaba trabajo creer que podría volver a degustar aquel manjar propio de los dioses. Mientras bebía, pensaba en aquel lugar prometido por sus superiores en Hispania, a las afueras de Híspalis. «Tengo que producir vinos como éste», se dijo mientras volvía a coger la jarra para servirse más.

—Te la has bebido entera tú solo.

Manius Aquila apuró la última gota del vaso y lo depositó sobre la mesa. Se limpió la comisura de los labios con los dedos pulgar e índice de su mano izquierda.

—Muchacho —le dijo a Antonino Quintus—, espero que sepas aprovechar este momento, porque nos queda ahora un camino muy duro. Posiblemente más que lo que hemos vivido en esa maldita travesía.

Tras esas palabras calló por completo y agachó la vista, algo que le sorprendió al joven.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Antonino.

—Me he acordado, de repente, de mi mujer y mi hijo. Estamos cerca de Roma y ellos descansan allí. Sé que no va a ser posible, pero me hubiese gustado ir a verlos.

—Podemos decírselo al centurión.

—No sabes qué es lo que dices. En cuanto aparezca por esa puerta, partiremos rumbo a Massilia. Lo conozco bien y este contratiempo ha avivado en él sus ansias de gloria. Querrá llegar cuanto antes para cumplir la misión que tenemos encomendada. Y en verdad yo también estoy deseoso de que eso ocurra, porque de esa manera me desligaré de una vez por todas de la Legión y

podré retirarme tranquilamente en las tierras de Hispania. No se me va de la mente que no estuve con ellos para socorrerlos cuando más me necesitaban. Es algo con lo que tengo que convivir. Me queda el consuelo de que, al menos, no van a sufrir más. No quiero ni pensar qué estarían haciendo ahora mismo. Quizá esperándome sin saber cuándo iba a regresar a casa. El pasado no puedo cambiarlo, muchacho, pero mi destino sí puedo intentar enderezarlo.

Fue entonces cuando sacó un documento que guardaba en un bolsillo interior de su túnica a la altura del pecho. Lo abrió y se lo entregó a Antonino.

—¿Por qué me lo das?

—Es mi salvoconducto. Ahí se especifican las tierras que me dona el Imperio romano en Hispania.

—¿Y qué quieres que haga yo con esto?

—Guardarlo. Tú lo vas a custodiar mejor que yo, que soy un desastre para ello. No sé cómo no lo he perdido ya con todo lo que hemos pasado. Estoy seguro de que eres la persona idónea para llevarlo encima.

Antonino no sabía qué decir. No esperaba ese gesto por parte de su compañero, pero se dio cuenta en ese momento que le tenía en estima. Ya no lo veía como un veterano legionario sino como un compañero en el que apoyarse. Había pasado casi un año desde que tuvo el primer encuentro y ahora se daba cuenta que, después de todo lo pasado, siempre lo encontró a su lado. Él fue quien le enseñó lo poco que sabía del arte de la guerra; de él aprendió a desenvolverse en situaciones peligrosas. Y aunque se sintiese preparado para luchar, como demostró en el barco, comprendía que sin Manius Aquila a su lado no era nadie. Y ahora le entregaba su don más preciado para que lo guardase.

—No sé qué decir, Manius. Es una gran responsabilidad la que me das.

—No te preocupes, muchacho. Te veo como si fueses mi hijo y eso me da confianza. Anda, vamos a beber un poco más antes de que venga el centurión. Ya habrá tiempo de pasar penalidades. Ahora, disfrutemos de este momento. Quién sabe lo que nos espera. ¡Tabernero! ¿Es que no ve que la jarra está vacía? ¡No hay manera de emborracharse en este antro! ¡Y trae algo de comer, no vaya a ser que nos desmayemos!

—¿Quiere añadir algo más?

El soldado repasaba las palabras que le había dictado el centurión Tulio Plinio. Éste, de pie y a su lado, leía con detenimiento. No quería que nada

quedase sin atar. Tenía todo perfectamente planeado y estaba convencido de que cuando la emperatriz leyese aquella misiva, sería ya demasiado tarde para tomar otra decisión que no fuese la que él continuase con la misión. Podía hacerlo solo, no necesitaba a nadie y menos a un soldado veterano de vuelta de todo que lo que esperaba era su retiro dorado ni, por supuesto, a un imberbe incapaz de defenderse por sí solo y que nada más que le traería problemas. Claro que para que todo funcionase como lo tenía concebido, aquellas dos personas debían morir. La cuestión era que pareciesen accidentes, que todos diesen por sentado que la mala fortuna se alió con ellos. O bien, que hubiesen dado muestras de deslealtad al Imperio. «En el caso del muchacho no es complicado. En cambio, con Aquila es otro cantar, habida cuenta de su impoluta hoja de servicios. Pero juego con ventaja. Para el general de este cuartel, ambos perecieron en alta mar. No creo que indague más. Al fin y al cabo, se trata sólo de dos soldados dentro del gran Ejército del Imperio Romano. Y cuando la emperatriz también lea la carta, creará todo lo que le digo en ella».

—No, nada más, soldado. Está bien.

—De acuerdo —respondió—. Voy a entregársela al general para que ponga su sello y así salga enseguida hacia Jerusalén.

—Mientras tanto, voy a acercarme a la taberna donde me esperan dos hombres que me acompañarán. Uno de ellos vendrá ahora a por los caballos. Por la mañana lo haré yo. Espero que ya entonces haya partido el documento hacia Jerusalén. Di en las cuadras que un tal Antonino será quien se persone para hacerse cargo de los animales y de las provisiones. Ah, y no le deis armas. Las llevaré yo para no despertar sospechas.

—Como ordene, centurión.

Tulio Plinio abandonó la estancia, bajó por unas escalinatas y accedió al patio central del edificio. Los altos muros lo resguardaban de cualquier ataque que pudiese producirse. Varios legionarios iban de un lado a otro. Ya era tarde y la actividad propia de un lugar como aquel había decrecido. Los barracones dejaban entrever por sus ventanas algo de luz. Los soldados estaban apurando sus últimos momentos antes de dormir. Al día siguiente tendrían que estar en pie desde muy temprano. «Un oficio hecho para hombres curtidos y que no temen a nada, ni siquiera a la muerte», pensó mientras cruzaba el patio.

En la puerta, un tribuno hacía guardia junto a dos legionarios. No era el mismo que le condujo a las estancias del general. Tulio Plinio, al llegar a su altura, comprobó que aquellos hombres sabían quién eran cuando adoptaron

posición de firmes. La luna ya estaba instalada en lo alto y la suave brisa que corría traía del puerto el característico olor a mar.

—Ave, centurión —dijo el tribuno alzando su brazo derecho.

—Ave, tribuno.

Los soldados comprendieron que Tulio Plinio iba a abandonar el cuartel. Uno de ellos, con movimientos ágiles, abrió una de las hojas pequeñas de la gran puerta de entrada al recinto.

—Tribuno —dijo el centurión—. ¿Por dónde quedan las cuadras?

—En la zona norte del cuartel, centurión —contestó señalando hacia el lugar referido.

—Está bien. Ahora vendrá un muchacho a por tres caballos. Ya lo saben allí. Se quedará con ellos toda la noche en las cuadras.

—Lo que ordene, centurión.

Tulio Plinio cruzó el umbral de la puerta y se perdió, en mitad de la oscuridad, por las callejuelas empinadas de la ciudad camino de la taberna donde debían esperarle sus dos subordinados. «Están muertos ya», se dijo mientras esbozaba una sonrisa. Su plan comenzaba a adquirir las proporciones deseadas por él. Estaba más cerca de alcanzar sus deseos de gloria y grandeza. Sabía que serían a costa de otras vidas pero se mostraba convencido de que sólo de esa forma el Imperio Romano continuaría vigente. «Los más débiles no pueden seguir adelante. Son un lastre para nuestra sociedad», pensaba al recordar la misiva que dentro de poco estaría en manos de Flavia Iulia Helena, augusta emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente.

La pesadez que sentía en sus piernas era ya una constante. Cada día le costaba más desplazarse. Parecía que se hubiesen colocado en cada una de ellas cadenas que le arrastraban e impedían que se desenvolviese como estaba acostumbrada. A lo que tenía que unir los mareos y las ganas de vomitar, que se hacían presentes en el momento menos esperado. A pesar de ello, todos los días observaba su vientre para comprobar que no se notase su estado. Es más, lo intentaba disimular haciendo que la túnica no quedase demasiado ajustada. Y cuando la faena en el barco era fuerte, aprovechaba para desprenderse del cíngulo de tal manera que le diera mayor soltura a la prenda que vestía.

Aún así, estaba convencida de que todavía faltaban unas cuantas semanas para que la barriga se le hinchase de tal forma que ya no fuese posible ocultar lo que era evidente. Pero no quería flaquear en ningún momento ni mostrarse en inferioridad de condiciones con respecto a aquellos hombres. Tenía incrustadas en su mente las palabras que le dijo el capitán y no estaba

dispuesta a dejarse ganar la pelea por nadie de los que iban en aquella embarcación.

Como cada día, lo primero que hacía era dedicarse a los animales. Les daba de comer, cepillaba a los caballos para que estuviesen cómodos y baldeaba la bodega para que el olor no se hiciese insoportable. Cuando comprobaba que todo estaba correcto, subía a cubierta y se ponía a las órdenes de capitán como un marinero más. No le importaba tener que fregar el suelo arrodillada o acarrear alguno de los bultos que se extendían por toda la cubierta y que eran cambiados de lugar según soprase el viento o viniesen las olas.

Mientras realizaba las distintas tareas, que se prolongaban durante toda la jornada hasta que el sol comenzaba a declinar y buscaba la línea del horizonte, evitaba entablar conversación alguna con el resto de la tripulación. Cada uno tenía una misión perfectamente delimitada, sobre todo aquellos que estaban al cargo del velamen y de los instrumentos más específicos del barco. No obstante, le llamaba la atención el que parecía ser el segundo de a bordo, un hombre menos rudo que el resto y que no solía hablar si no era con el capitán. No llegaría a los treinta años y, a diferencia de los demás, su piel no estaba tan curtida ni acentuadas las facciones. Era alto, de piel morena pero no por el sol y, a primera vista, podía deducirse que no se trataba de un ciudadano romano. Lo que sí estaba claro es que, por la forma de desenvolverse en el barco, era un experimentado navegante.

Livia se disponía, una de las mañanas, a arrodillarse en la cubierta cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—Veo que te has hecho con el barco en muy poco tiempo.

Se dio la vuelta y se encontró frente al segundo de a bordo. Le pareció mucho más alto desde esa posición y comprobó, ahora que lo tenía más cerca, que era más joven que cuando lo veía en el puesto de mando de la embarcación. No respondió mientras que se erguía, poniéndose a su misma altura.

—No te preocupes, muchacha. Me manda el capitán para ver que estás bien.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —le respondió con cierto desdén y sin mirar directamente a sus ojos.

—No quiero que te incomodes, mujer. No ha sido mi intención herirte. Sólo cumplo órdenes.

—¿Y qué órdenes son esas?

El joven sonrió por unos instantes y avanzó unos pasos hacia Livia que, de manera impulsiva, retrocedió.

—No te asustes —le dijo—. Estás a la defensiva cuando lo único que intento es hacer más llevadera tu estancia en esta embarcación.

—Tú no eres romano —preguntó.

—Así es. Nací en Tunicia pero desde muy pequeño ya estaba fuera de mi tierra. Llevo toda mi vida en la cubierta de un barco. Por eso me parece extraordinario que te hayas aclimatado de esta forma a la vida aquí. No es fácil y muchos hombres no están capacitados. Así que menos una mujer, y si encima no proviene de los bajos fondos...

—¿Qué queréis decir?

—Que no sois una mujer cualquiera. Antes de embarcaros en este cascarón habréis tenido un cometido muy distinto al que estáis desarrollando. Por eso me sorprende de vuestra adaptación.

—Eso es algo que no os incumbe. ¿Acaso no estoy cumpliendo como cualquiera de esos hombres? —respondió en tono airado.

—No quiero ofenderos. Al contrario, alabar vuestra fuerza de voluntad. Sólo os quiero decir que podéis contar conmigo para lo que necesitéis.

—¿Nada más?

Aquella pregunta le dejó descolocado. Comprobaba, a medida que hablaba con Livia, que la muchacha no se iba a amilanar ante él ni ante ninguno de los componentes de la tripulación. Se sentía atraído por el color rojizo del cabello y por la forma de desenvolverse. Y, sobre todo, porque no era normal tener en un barco de carga a una muchacha y menos de esa belleza. Quiso ser educado con ella y mostrarle sus buenas intenciones, pero estaba claro que ese primer encuentro no había sido el más idóneo. Recorrió, en cuestión de segundos, la fisonomía de Livia para llegar a la conclusión de que se trataba de una hermosa mujer que nada tenía que ver, efectivamente, con esas otras a las que estaba acostumbrado a tratar. No quería, en todo caso, importunarla. Prefirió ceñirse a lo que le ordenó el capitán: que comprobase que se encontraba bien, algo que por otra parte le sorprendió. Sabía que no quería ningún tipo de distinción entre la muchacha y el resto de la tripulación, por lo que no entendía por qué debía interesarse ahora por su estado. Pero aquella orden le había servido para acercarse a ella y entablar una conversación, aunque fuese mínima y sin trascendencia. Pero ya conocía la forma de desenvolverse de Livia. Y se acababa de convencer que no se trataba de una mujer cualquiera.

—Nada más —le respondió—. Puedes continuar con tu trabajo. Vuelvo al puesto de mando. Queda mucha faena por hacer y el sol todavía está en lo alto de nuestras cabezas.

Giró sobre sus talones y, con un movimiento ágil, alcanzó la escalinata que accedía a la zona superior de la embarcación. A Livia le pareció una persona altiva que lo que intentaba era coquetear con ella, algo a lo que no estaba dispuesta por nada del mundo. Volvió a agacharse y comenzó a restregar con fuerza la madera de la cubierta. Pero pasado un tiempo se levantó de nuevo, soltó el cepillo de gruesas cerdas en el cubo lleno de agua y jabón, y se encaminó hacia el puente de mando.

Subió con celeridad los escalones. El capitán estaba hablando con el joven mientras comprobaban algunas cartas de navegación. Fue ella quien interrumpió a ambos.

—Capitán —dijo en un tono seco—. Me gustaría saber si está contento con el cometido que se me ha asignado en este barco.

El hombre se sorprendió de la presencia de la chica, lo mismo que el segundo de a bordo. Llevaba los brazos en jarra, con las manos apoyadas en su cintura y el cabello revuelto por el trabajo que estaba realizando. Se dio cuenta, además, que algunos de los hombres más cercanos a aquella zona habían parado por unos instantes con su tarea advertidos de las palabras de la muchacha.

—¿Qué queréis decir con esa pregunta? —acertó a decir el capitán.

—Sólo que si hay algún problema con la labor que desarrollo. Porque si no, no entiendo por qué su segundo ha tenido que venir a comprobar cómo estoy. ¿Es que acaso no cumplo con mis obligaciones?

A los hombres más cercanos al puente de mando se unieron otros más, atraídos por aquella conversación que cogía a todos por sorpresa y, sobre todo, tan directamente dirigida al capitán.

—Por supuesto que estáis cumpliendo. Nadie os ha dicho lo contrario.

—Pues entonces, permítame que le diga que no tiene que mandar a nadie para que se preocupe por cómo estoy. Quiero ser tratada como un tripulante más de este barco. ¿En todo el tiempo que llevamos de travesía ha preguntado a alguno de esos hombres —dijo señalando a la cubierta, donde ya había agrupados al menos una quincena de marineros— por cómo se encuentra. No sé por qué lo tiene que hacer conmigo. Baje, si no tiene inconveniente, a la bodega y contemple a los animales. Verá que están en perfectas condiciones. No les falta comida ni agua y les cambio la paja, manteniéndola limpia y sin olores. Y aquí arriba, lo mismo friego la cubierta que enrolló una maroma o desplazo barriles. Quizá no con la misma fuerza que esos hombres, pero sí con el mismo ímpetu. Así que, si no le importa, me gustaría que de ahora en

adelante y en todo lo que queda de travesía, me tratase como un miembro más de esta tripulación. Por supuesto que acataré cualquier orden y cualquier castigo si no cumplo con mis obligaciones. Pero, mientras tanto, le rogaría que se dirigieran a mí como lo que soy, un marinero más de este barco.

Tras estas últimas palabras, Livia se dio la vuelta y bajó por la escalinata. Los hombres que estaban justo al pie de ésta se apartaron, abriendo una especie de pequeño pasillo por el que discurrió la muchacha. Ni el capitán ni su segundo, que por unos instantes entrecruzaron sus miradas, fueron capaces de decir una palabra. Tampoco los demás, que siguieron con la vista a Livia. Llegó hasta donde se encontraba el cubo, metió la mano y sacó de nuevo el gran cepillo. Lo embadurnó de jabón, lo tiró al suelo y se arrodilló mientras comenzaba a restregar con fuerza la madera. Al cabo de unos instantes, aquel grupo de personas empezó a disgregarse, yéndose cada uno al lugar en el que se encontraba antes de aquella escena. El capitán, perplejo todavía por la situación que acababa de vivir en primera persona, no fue capaz de decir nada más. Livia, por el contrario, sintió en ese momento que el corazón se le iba a salir del pecho de lo fuerte que golpeaba. Ahora se daba cuenta de la temeridad que había cometido. Pero al mismo tiempo se sentía satisfecha del paso que acababa de dar. Estaba convencida de que a partir de esos momentos nadie de la tripulación se sentiría tentado de ponerle una mano encima. Sintió ganas de vomitar pero se contuvo. Tal y como le había dicho momentos antes el segundo de a bordo, quedaba mucha faena y el sol todavía estaba en lo alto de sus cabezas.

El carruaje llegó hasta las escalinatas principales del palacio y se detuvo. La muchedumbre corrió a envolverlo pero la guardia judía del prefecto la apartó cuando los seis caballos que estaban enganchados comenzaron a ponerse nerviosos, relinchando algunos y otros, los dos primeros, alzándose de manos al sentirse invadidos en su espacio.

Por fin partían hacia Roma los dos trozos de la Vera Cruz de Cristo que con tanto celo guardaba la emperatriz desde su descubrimiento. La noticia de que debían trasladarse primero al puerto de Caesarea hizo que los habitantes de Jerusalén y de aldeas limítrofes quisiesen contemplar por ellos mismos aquellas maderas divinas que habían obrado el milagro. En toda la comarca no se hablaba de otra cosa y, como era habitual, en cuanto se supo el día exacto, comenzaron a llegar de todas partes vendedores para instalar sus puestos y hacer un buen dinero. Eran muchos los que acudían con la esperanza de vender un abanico extraordinario de género: animales, telas, aperos de labranza,

utensilios para la construcción, vinos, comida... pero también otros que ofrecían sus servicios para adivinar el futuro que le tenían prometido a la persona que accedía a sus servicios los dioses. A pesar de la instauración del Cristianismo buena parte de la población, absorbida por el Imperio Romano en cuestión de creencias, solía seguir dando crédito a todo lo que tenía que ver con la superstición. No había nada más reconfortante que un augur pudiese predecir el destino próximo de alguien que pasaba calamidades.

Aunque Flavia Iulia Helena, lo mismo que el obispo Macario, no era especialmente partidaria de estas presencias, comprendía que al pueblo no se le podía subyugar e imponer de manera drástica las cuestiones relacionadas con la religión. Por eso entendía que aquel momento era el oportuno para que aquellos que todavía no abrazaban al verdadero Dios sucumbiesen a la fe cristiana con la visión de la Vera Cruz. El anuncio de la grandiosidad del traslado, en el que participarían soldados romanos y judíos, conllevaba, como siempre, un despliegue extraordinario que atraía al pueblo.

Uno de los centuriones, tras ordenar a los soldados que despejasen el lugar donde se hallaba esperando el carruaje y que se estableciese un cordón de seguridad para poder introducir los dos trozos en su interior, subió de forma acelerada los escalones hasta llegar al atrio. Allí esperaba el general, acompañado del obispo Macario, quien se sorprendía de la cantidad ingente de personas que se arremolinaban en la plaza principal de Jerusalén.

—La fe en Cristo tiene que ser expandirse mucho más. Comprendo ahora la insistencia de la augusta emperatriz en dividir la madera que soportó el cuerpo de Nuestro Señor y hacer llegar los trozos tanto a Roma como a Bizancio —le dijo en un momento dado al general.

—Obispo —respondió éste sin desviar la vista hacia el centurión, que casi estaba a punto de llegar a su posición—, eso es algo que queda para los sumos sacerdotes, el sanedrín y, por supuesto, la augusta señora. Mi cometido es hacer que estas maderas lleguen a su destino y que nada ni nadie se interpongan en este viaje. La cuestión de fe es para los hombres de fe. Yo soy un hombre de guerra.

Justo cuando acabó de decir estas palabras el centurión, que ya estaba a su lado, alzó su brazo derecho.

—Ave, mi general. El carruaje está preparado para que puedan trasladarse las maderas.

Asintió con la cabeza el superior y miró entonces al obispo para hablarle, ahora sí, en un tono más amable.

—Querido obispo, cuando dispongáis podéis decirle a nuestra augusta emperatriz que estamos preparados para iniciar el viaje hasta Caesarea.

Macario no dijo nada esta vez. Se sintió soliviantado con la respuesta que, momentos antes, le dio el general. Comprendía que fuese un hombre de armas pero también aquel tenía que comprender que el emperador, Constantino el Grande, se había convertido al Cristianismo, lo mismo que su madre y que, por lo tanto, debía acatarlo. Sabía, no obstante, que al igual que mucha de la gente del pueblo, el ejército romano todavía andaba entre sus dioses paganos, a los que solían encomendarse en batallas y misiones. Pero también estaba convencido de que muchos de aquellos hombres, rudos y dispuestos a matar si así se lo exigían sus superiores, se habían convertido al Cristianismo. Esa circunstancia era crucial para que en este traslado se pusiese en mayor de los empeños por parte de todos.

Se dio la vuelta y dirigió sus pasos hacia el interior del Palacio. En la estancia principal se encontraba Flavia Iulia Helena. A su lado, el prefecto hablaba con ella mientras que, a escasos pasos de él, se situaba su esposa y, algo más alejados, los distintos miembros del sanedrín formando un corrillo dedicándose a bisbisear en bajo. En la parte central, depositados en sendas parihuelas, se hallaban los dos trozos de madera a la espera de ser llevados al carruaje. La emperatriz tenía junto a ella a Andrea, como siempre silente y discreta, atenta a cualquier indicación de su señora. Al final de la estancia, varios soldados judíos y otros tantos legionarios romanos, en posición de firmes, esperaban la orden para coger las parihuelas y llevarlas al carruaje.

—Mi augusta señora —dijo el obispo Macario haciendo una leve reverencia con la cabeza en el momento de entrar en la estancia—. Todo está preparado para que, cuando creáis oportuno, marchéis hacia Caesarea con la Divina Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Flavia Iulia Helena, al oír aquellas palabras, asintió dejando entrever una pequeña sonrisa que salía de sus labios y le habló al prefecto.

—Está bien. Podéis ordenar a vuestros hombres que carguen con las andas. Quiero llegar cuanto antes a Caesarea y partir rumbo hacia Roma. Me espera mi hijo, el emperador, y no quiero que se preocupe demasiado. Nos queda un largo viaje.

—Sea como decís, mi augusta señora.

El prefecto hizo un gesto con la mano y al momento, los veinte hombres ocuparon sus posiciones: cinco en cada uno de los palos que conformaban las dos parihuelas. Con movimientos sincronizados, levantaron al unísono las dos

andas para colocarlas sobre sus hombros. El silencio estaba instalado en toda la estancia ahora y los miembros del sanedrín habían dejado de hablar en voz baja. La emperatriz, entonces, se dirigió al prefecto y su esposa.

—Habéis sido unos anfitriones perfectos —dijo tomando las manos de la mujer—. Han sido muchos meses en vuestra casa y he sido tratada como si fuese parte de vuestra familia. Ahora que marchó, sé que dejó en buenas manos la obra que ya se eleva de manera extraordinaria en el monte Gólgota. Estoy convencida de que, aunque me encuentre lejos de aquí, las noticias de la finalización de los templos llegarán pronto tanto a Roma como a Bizancio. Y os prometo, si El Señor me da las fuerzas suficientes, regresar a esta tierra, ahora acompañando al emperador, para postrarnos ante el trozo de madera que aquí queda y que será el referente más preclaro del Cristianismo. Sin vuestra ayuda y apoyo nada de esto habría sido posible. Que Dios os bendiga con una vida larga y llena de satisfacciones. Yo, por mi parte, sólo puedo daros las gracias.

La mujer del prefecto entornó los ojos y dejó escapar una lágrima por uno de ellos. Él, en cambio, permaneció firme e impertérrito. Luego, la emperatriz se acercó hasta el obispo.

—Querido obispo. En ellos deposito mi confianza sobre las obras de los templos. En ti, en cambio, sé que voy a tener al más fiel defensor de Jesucristo y que sabrás darle el uso adecuado a estas Casas en las que Dios va a habitar de forma permanente. Recuerda que Jerusalén debe convertirse en un lugar de peregrinaje, una ciudad a la que acuden millones de fieles para encontrarse con las raíces de su creencia, con la verdadera fe de Cristo Nuestro Señor. Que siempre encuentren su Palabra, sus hechos, su ejemplo.

—Sabéis, mi señora, que ése y no otro será mi cometido desde ahora y mientras tenga fuerzas para levantarme cada día. Os juro por esta Cruz que será así hasta el final de mi existencia. Y os aguardaré ansioso, en espera de poder postrarme ante nuestro augusto emperador.

—Sea como decís, obispo.

Dicho esto, Flavia Iulia Helena avanzó hacia la escalinata. Tras ella, la fiel Andrea y las dos andas portadas por los soldados. La aparición de la emperatriz en el atrio hizo que la multitud prorrumpiese en un grito único y comenzase al alzar los brazos en dirección al cielo, dando las gracias por todo aquello.

Bajaron lentamente los escalones hasta llegar a la altura del gran carruaje. La emperatriz quería hacer el viaje sin separarse de las dos maderas. Es por

ello que en los días anteriores todo el ajuar y las pertenencias que trajo hasta Jerusalén fueron llevados a Caesarea. Allí ya esperaban en la embarcación que los conduciría a Roma.

Andrea, en medio del júbilo que se vivía en esos momentos, se adelantó a su señora para abrirle la puerta del habitáculo mientras los soldados introducían, por la parte trasera, las dos parihuelas. El general también se encontraba al lado de la emperatriz. Cuando ésta hubo accedido al interior del carruaje, montó en su caballo y, levantando su mano derecha y volviéndose hacia donde formaba la Legión y la Guardia Judía, gritó:

—¡Legionarios romanos! ¡En marcha!

Y la comitiva comenzó a moverse entre la excitación de la muchedumbre, el estruendo de la trompetería del Ejército, el relinchar de los caballos y el sonido metálico de las corazas de los soldados al desfilar. Cristo iba entre ellos.

[21](#) Casa unifamiliar romana de familias con cierto nivel económico.

XX

Le costó trabajo encontrar dónde estaban sentados. La taberna se hallaba totalmente repleta a esas horas y el ambiente era agobiante. Gente yendo de un lado para otro; las mesas abarrotadas y un griterío tremendo producían la sensación de que faltaba espacio y, sobre todo, aire. La mayoría de los que frecuentaban el establecimiento eran marineros que se albergaban en las casas de la zona portuaria donde por unas pocas monedas podían pasar la noche. Unos esperaban embarcar y otros que atracasen embarcaciones para descargar la mercancía y ganarse el jornal. Pero a esas horas la actividad en el puerto era nula y los hombres dedicaban el tiempo a emborracharse y a llevarse a sus cuartos malolientes y siniestros a alguna de las mujeres que ofrecían generosamente sus cuerpos a cambio de dinero.

Las distintas patrullas de la Legión romana solían frecuentar aquellos antros para así disipar cualquier conato de pelea que pudiera producirse. Empero, en un momento en el que el Imperio Romano daba visos de desmoronarse lenta pero inexorablemente, hacían la vista gorda en la mayoría de las ocasiones. Bastante tenían aquellos hombres con mantener su soldada y ganarse la vida. Además, la mayoría de los oficiales lo que hacían era recaudar dinero de los taberneros y de los proxenetas para dejarlos hacer y deshacer a su antojo. De esa manera, tenían garantizado algo de dinero extra que siempre venía bien, amén de consumir sin que se les cobrase nada o, en muchas ocasiones, aprovechar el ofrecimiento de alguna de las chicas recién llegadas a la ciudad y que buscaban abrirse camino en la vida de la forma que fuese.

Tras otear el paisaje durante un tiempo, los divisó. En una de las mesas del fondo de la taberna estaban Manius Aquila y Antonino Quintus. Le pareció que ambos mantenían una conversación distendida. Allí, sentados ante una jarra de vino y una bandeja de viandas y con ropas propias de comerciantes de poca monta, no despertaban sospecha alguna. Tulio Plinio, igualmente ataviado con una túnica, se guardó por la parte interior una de las dagas que le dieron en el cuartel. Durante todo el recorrido que hizo hasta llegar a la taberna estuvo pensando qué estrategia seguir para llevar a cabo sus planes. Era el centurión un hombre que, como buen militar, le gustaba tener todo bien atado y las posibles consecuencias de sus actos. Por eso no quería que nada quedase en el aire o sin rematar. Le dio varias vueltas a la cabeza hasta que encontró la

solución. Y estaba convencido de que ahora era el momento justo y preciso para pasar a la acción. «No tendré otra oportunidad una vez partamos de Ostia hacia Massilia. Y es mejor dividir, porque siempre se vence».

Bajó por la escalinata que se abría tras la puerta de entrada y comenzó a sortear a las personas que había esparcidas por la estancia. El calor se dejaba notar, así como el mal olor que desprendían muchos de aquellos hombres, la mayoría con síntomas de embriaguez. Quedaban bastantes horas para que amaneciese, así que tendría tiempo de ejecutar la primera parte de su plan, minuciosamente estudiado y del que estaba convencido nada podía fallar.

—Por todos los dioses. No habéis perdido el tiempo. Ésa debe ser, al menos, la tercera jarra de vino —dijo Tulio Plinio mientras arrimaba un taburete y se situaba entre sus dos compañeros.

—Centurión —respondió con rapidez Manius Aquila—. Perdone que no nos levantemos ante su presencia, pero si lo hiciéramos despertaríamos sospechas.

Dicho esto, le acercó un vaso y le echó vino de la jarra que presidía la mesa.

—Menos mal que ya os va entrando en la cabeza que somos comerciantes y no soldados de la Legión —señaló mientras se llevaba el vaso a la boca y bebía de un trago su contenido—. Bueno, se puede beber este menjunje. Sobre todo después de lo que hemos pasado.

Antonino Quintus no había dicho nada desde que volvió el centurión. Lo miraba con cierto disimulo y no podía evitar una sensación de inferioridad. La forma de desenvolverse en las distintas situaciones hasta ahora vividas; el modo en que se dirigía a ellos y la seguridad que irradiaban sus palabras y sus actos le producían desasosiego. Tenía el apoyo de su compañero pero no podía evitar sentirse acomplejado ante la presencia de Tulio Plinio.

—Bien —continuó el centurión tras haber engullido parte de una pata de cordero que todavía mantenía el calor de las brasas—, mañana, antes de que el sol aparezca por el horizonte, nos pondremos en marcha hacia Massilia.

—¿Cómo iremos, centurión? —preguntó Manius Aquila.

—A caballo. No podemos correr más riesgos ni aventurarnos a ir por mar. He estado hablando con el general que está al mando del acuartelamiento y le he explicado la situación.

—¿Habéis revelado nuestra condición? —se atrevió a preguntar Antonino Quintus.

—Por supuesto, muchacho. La emperatriz estará deseando tener noticias nuestras. Es por ello que a estas horas ya habrá salido hacia Jerusalén un correo que lleva una misiva en la que le explico dónde nos encontramos y los

pasos que vamos a dar a partir de ahora. Hemos perdido mucho tiempo y éste juega en contra nuestra, así que hay que actuar con rapidez para llegar a nuestro destino cuanto antes.

Dejó de hablar por unos instantes y giró su cuerpo, levantando el brazo derecho.

—¡Tabernero! ¡Trae otra jarra de este vino para unos comerciantes que se mueren de sed! ¡Es imposible beber bien en esta pocilga!

Volvió, de nuevo, a dirigirse a sus subordinados.

—Ya está todo arreglado. Muchacho —le dijo a Antonino—, vas a ir hasta el cuartel. Cuando te pregunten dices que te ha contratado el centurión primus pilus Tulio Plinio y que te tienes que hacer cargo de tres caballos. No reveles que eres legionario. Si te preguntan, tan sólo di que te dedicas a ganarte unas monedas cargando y descargando barcos que llegan al puerto. Dormirás en las cuadras, con los caballos, y mañana, a primera hora, iremos a buscarte para partir hacia Massilia.

—¿Y nosotros qué haremos? —interrumpió Manius Aquila, a quien aquel anuncio no acabó de gustarle.

—Hemos de pasar los más desapercibidos que podamos. Si los tres fuésemos a dormir al cuartel, nuestra presencia, la de tres comerciantes, despertaría sospechas en la tropa y luego todo se sabría en la ciudad. Tú y yo —le dijo a Manius— buscaremos un cuarto donde pasar la noche. Antes intentaremos comprar algo de comida y algunas telas para así seguir con nuestro papel.

Fue ahora el veterano legionario quien cogió la nueva jarra de vino que acababan de dejar en la mesa y vertió parte de su contenido en su vaso. Bebió hasta vaciarlo y, tras limpiarse la boca con la mano, continuó con la conversación.

—Centurión, perdone la osadía, pero no me parece una buena idea.

—¿Por qué lo dices?

—No creo que lo mejor sea que nos dispersemos. Los caballos están a buen recaudo en el cuartel y el muchacho puede quedarse con nosotros. Mañana iremos, a primera hora, a recogerlos.

—Se hará, soldado, como yo digo —respondió en un tono seco y cortante—. No se trata de decidir entre todos cuál es la mejor opción. Es una orden que os da vuestro superior. El chico, cuanto llegue, debe preparar los caballos, cargar las provisiones que nos llevaremos, darles de comer y luego descansar algo. Pero sin moverse de allí ni revelar su verdadera identidad.

Una vez terminó de decir esas palabras, hizo un gesto al tabernero, que se acercó.

—¿Dónde podemos encontrar alojamiento esta noche para dos hombres?

—Personas con tanta distinción, por lo que observo, no querréis dormir en cualquier sitio...

—Uno decente, tabernero, que no tengamos que estar toda la noche espantando ratas y pulgas.

—Si me permitís, poseo un poco más abajo de esta calle un cuarto limpio y seguro, en el que por unas pocas monedas podréis estar tranquilos, sin que nadie os moleste.

—Está bien. Así sea. En cuanto termine de hablar con estos dos amigos, cerramos el trato.

—No os arrepentiréis.

Tras marcharse el tabernero para continuar con su labor de atender a la clientela, Tulio Plinio volvió a dirigirse a sus subordinados.

—Bien, es tarde ya. Antonino, ve al cuartel ya y realiza cuanto antes las tareas que te he encomendado. Mañana estaremos allí antes de que salga el sol. Y guarda silencio. Es una orden también.

Se levantó el centurión y los dos soldados hicieron lo mismo. Plinio le explicó por dónde debía de ir hasta el cuartel. Luego, se acercó hasta el tabernero y estuvo unos instantes hablando con él. Antonino Quintus y Manius Aquila quedaron solos.

—No me gusta nada todo eso —dijo el veterano legionario.

—Es una orden, Manius. A mí no me importa hacerme cargo de los caballos.

—No es por eso, chaval. No me gusta que nos tengamos que separar. En todo caso, ándate con mucho ojo en las cuadras. Desconfía de todos y no hables más de lo estrictamente necesario. Recuerda que en estos momentos no tenemos ningún arma con la que defendernos.

—Descuida, viejo cascarrabias —le dijo en un tono mucho más amable—, tus temores no tienen fundamento alguno. Mañana nos veremos a primera hora y si los dioses nos amparan, en pocas semanas estaremos en Massilia.

—Espero que tus palabras se lleven a cabo. Por el bien de todos pero, sobre todo, por el nuestro, el tuyo y el mío.

No les dio tiempo a hablar más.

—Todo arreglado —dijo el centurión al llegar a su altura—. Manius, nos marchamos al lugar donde nos ha dicho el tabernero. Y antes pasaremos por una casa en la que nos van a vender unas cuantas telas. Muchacho, que los

dioses te acompañen. Y ya sabes: eres un legionario romano, no deshonres esta profesión.

El tribuno se acercó cuando oyó la llamada del soldado avisándole. Se encontraba recostado en una especie de camastro situado en un recoveco de la muralla de la fortificación. Allí solían descansar a lo largo de la noche cuando tenían que hacer guardia en la puerta principal del cuartel. En la misma, dos legionarios hacían guardia. En la parte alta de la murallas, varias antorchas iluminaban la zona y podían verse, de vez en cuando, los movimientos de los soldados haciendo la ronda.

Todo estaba en calma y en silencio. Así que el golpe que dio en la puerta Antonino Quintus puso sobre aviso a los hombres.

—¿Quién vive?

La voz del soldado traspasó el grueso de la hoja de la puerta.

—Me envía el centurión Tulio Plinio. Vengo a hacerme cargo de unos caballos.

Tras sus palabras, transcurrió un tiempo que se le hizo demasiado largo al muchacho. La calle estaba completamente vacía. Por aquella zona de la ciudad la calma estaba instalada a diferencia de la parte portuaria que no hacía muchos minutos abandonó camino del cuartel general. Miró hacia arriba y recorrió toda la altura de la muralla. De madera, se veía fuerte y robusta. Pensó en esos momentos que desde que decidió atender la petición de la emperatriz, y aunque ya era un legionario romano, no había llegado a vivir como tal en un acuartelamiento de este tipo. Sintió ganas de conocer cómo sería la vida de un soldado; ese día a día en el que hay que estar pendiente de todo; acatar cualquier orden por inverosímil que parezca y, sobre todo, intentar ser el primero en todo. «No me imagino al bueno de Manius Aquila fuera de esta vida. Es un hombre que nació para ser legionario. Cuando todo esto concluya, seguro que siente nostalgia de su condición militar. Debo seguir sus pasos y llevar a rajatabla sus consejos. Sólo así seré capaz de desenvolverme como él lo ha hecho hasta ahora. De todas formas, le echaré de menos cuando ya no esté a mi lado».

Una de las hojas principales de la puerta principal se abrió con dificultad. Pasados unos segundos, dos legionarios, pilum en mano, aparecieron ante el chaval. Tras ellos, un tribuno con los brazos en jarra, apoyadas las manos a la altura de las caderas.

—Así que tú eres quien envía el centurión —dijo el superior—. Eres un mozalbete todavía. No te he visto por la zona portuaria. ¿A qué te dedicas?

—Mi nombre es Antonino Quintus. Llevo poco tiempo en Ostia. He venido hasta aquí para ganarme la vida de forma honrada. Por ahora no tengo un trabajo fijo pero descargo barcos y me gano unas monedas. El centurión me ha propuesto que lo acompañe a Massilia y me ha parecido una buena idea. Además, paga bien.

—Bueno, basta de cháchara —interrumpió el tribuno—. Soldado —dijo dirigiéndose al que estaba a su izquierda— conduce al muchacho a las cuadras y dadle tres caballos, tal y como ha pedido el centurión. ¿Sabes prepararlos?

—Por supuesto que sí, tribuno.

El superior se dio media vuelta y se alejó mientras el legionario le hacía a Antonino un gesto con la mano para que lo siguiese. Atravesaron el gran patio central, donde una fogata de grandes dimensiones, justo en el centro, daba cobijo a unos cuantos soldados que dormitaban apoyados en sus pilums o bien tendidos en el suelo, dejando caer la cabeza sobre el escudo.

Le sorprendió la amplitud de la zona y los edificios que se hallaban al final de dicho patio. Recordó los barracones de Jerusalén donde pasaron la primera noche cuando entraron en la ciudad tras permanecer varios meses en aquel campamento instalado a las afueras. Aquí todo era distinto. Se respiraba aire militar. Estudió al legionario que lo conducía hasta las cuadras. Sería seis o siete años mayor que él pero se le veía curtido, avezado en aquellas lides. Algo más alto que él, debajo de la coraza se escondía una complexión atlética. «Seguro que ha entrado en batalla en varias ocasiones. Algún día llegaré a ser como él y como otros tantos que han elegido esta profesión. Pero antes debo cumplir las órdenes inmediatas».

Llegaron por fin a las cuadras. Un par de lucernas a la entrada servían para que se pudiese ver algo mejor. El soldado cogió una de ellas y abrió la portezuela, que chirrió. Se escuchó un breve relincho. Un largo pasillo cubierto de paja distribuía las distintas cuadras, al menos una veintena. El silencio era roto por la respiración de los animales. Avanzó mientras era seguido por Antonino Quintus. Justo a la mitad del recorrido se paró el guía y se volvió hacia el muchacho.

—La orden del general es que escojas los tres caballos que quieras. ¿Sabrás hacerlo o quieres que alguien te eche una mano?

—Sabré hacerlo —respondió algo tenso Antonino.

—Pues entonces mi misión ha terminado —le dijo mientras le alargaba la lucerna—. Aquí te dejo, chaval. Al final, la última cuadra de la izquierda, está vacía. Ahí se encuentra parte de la guarnicionería además de cepillos y agua.

Una vez hayas preparado los tres caballos que elijas, puedes descansar allí.

Dicho esto, se dio media vuelta y desanduvo sobre sus pasos. Antonino vio cómo su figura se difuminaba a medida que se alejaba de la luz que despedía la lucerna. El legionario llegó hasta la puerta de entrada y, antes de cerrarla tras de sí, volvió a dirigirse al chaval.

—Y ten cuidado dónde pones la lucerna. Sólo faltaría que prendiese la paja y se declarase un incendio.

Fue lo último que le escuchó. Enseguida, desapareció por el patio central del cuartel. Antonino, entonces, comenzó a asomarse a las distintas cuadras. Los caballos, dormidos de pie, daban un pequeño respingo cuando sentían cerca la luz. Casi todos ellos estaban atados. Se movió de manera parsimoniosa para no asustarlos. Comprobó que todos eran fuertes, vigorosos y estaban bien alimentados. «Cualquiera de estos animales puede servirnos para llegar hasta Massilia sin ningún contratiempo». Estuvo un rato observándolos. Finalmente, se decantó por un tordo que tenía las crines muy crecidas; un negro azabache con unos pechos imponentes y un bayo con los cabos negros a modo de calzado. Le gustó sobremanera éste y pensó que sería el que montaría. «No creo que ni el centurión ni Manius pongan impedimento alguno para que sea el que yo lleve».

Acto seguido, acudió hasta la última cuadra de la izquierda, tomó una vasija con agua y un cepillo, y comenzó a preparar los caballos. «Debo darme prisa si no quiero que me sorprenda el alba y no estén dispuestos para partir. Ya habrá tiempo para descansar durante el viaje». Y comenzó a cepillar al caballo bayo mientras su mente se iba hasta Jerusalén y allí se encontraba con Livia.

—¡Ah de la casa! ¿Hay alguien?

Las palabras de Tulio Plinio se dejaron sentir en toda la angosta calle. Era estrecha y las casas estaban a oscuras. No se veía ninguna luz y la única que había era la que proyectaba la luna. Aquel edificio era de dos plantas y en la superior, dos ventanas aparecían cerradas. La calle no distaba mucho de la taberna en la que estuvieron. Durante el camino hasta que llegaron no se cruzaron con nadie, algo que sirvió para que el centurión se mostrase convencido de que ése y no otro era el momento que tanto esperaba.

Pasado un tiempo, vieron cómo de una de las ventanas de la planta de arriba salía una tímida luz. Al cabo de un momento, se oyeron unas palabras.

—¿Quién eres? ¿Qué queréis a estas horas?

—Nos envía el tabernero Marcus. Me ha dicho que podéis venderme algunas

telas de buena calidad.

—¿Ahora, en plena noche?

—Tenemos prisa, amigo. Partimos en unas horas, antes de que salga el sol, hacia Massilia. Y quiero llevar conmigo género para vender. Os pagaremos como os merecéis.

No hubo respuesta. Tulio miró a Manius Aquila, que permanecía unos pocos pasos por detrás del centurión, pero no obtuvo respuesta de éste. Volvió a dirigir la vista hacia la ventana de donde había salido la voz y comprobó que no ya estaba iluminada. Pensó que, a lo peor, aquel hombre no atendería su petición. Pero fue algo que se disipó al momento, ya que la pequeña puerta de entrada a la casa se abrió y apareció un hombre, más o menos de la misma estatura que Plinio, portando en su mano derecha una lámpara.

—Buenos clientes debéis de ser cuando os envía Marcus a estas horas tan intempestivas —dijo mientras estudiaba a los dos hombres que tenía delante—. Pasad y os enseñaré telas que a buen seguro os van a complacer. No habéis podido venir a mejor sitio.

A continuación les franqueó el paso. En el interior, cruzaron por la estancia primera para desembocar en un pequeño patio porticado. La casa, por dentro, era mucho más grande que lo que indicaba su fachada. En el centro del patio, una fuente dejaba escapar el sonido placentero del agua corriendo. La bordeó el anfitrión, quien se dirigió a una puerta que se encontraba al final. Era un almacén donde la mercancía se amontonaba de manera ordenada. El hombre prendió una antorcha que se situaba justo a la entrada y la estancia se iluminó por completo.

—Aquí tenéis todo el género que deseáis. Como podéis comprobar, es de primera calidad.

Tras una rápida inspección visual de Tulio Plinio, se dirigió a su vendedor.

—Nos interesa sobre todo lino y seda.

—Veo que conocéis bien el paño. Como también supongo que conocéis que son las telas más caras.

—No es problema el dinero —respondió el centurión mientras tocaba las telas— siempre y cuando el género sea bueno.

Tulio Plinio estuvo un buen rato observando y tocando. Iba de un lado a otro sin decir nada. Se detenía, cogía una de las prendas, la miraba a la luz de la antorcha y, bien la depositaba en su sitio, bien hacía con ella un aparte. Así estuvo un tiempo. Los tres hombres permanecían en silencio, si bien el vendedor hacía números mentalmente cada vez que una de las telas era

separada del resto de las mercancías.

Al cabo de un rato de haber elegido unas cuantas, Plinio se volvió hacia el hombre.

—En verdad no me ha engañado el tabernero. Tenéis un género magnífico. Ésas que he apartado son las que nos llevaremos. ¿Tendréis suficiente con esto? —le dijo mientras le extendía una bolsa de cuero con monedas.

El hombre la abrió y comenzó a contar. Sus ojos se agrandaban pero no decía nada. Una vez hubo hecho el recuento, cerró la bolsa.

—Es justo lo que pagáis por este material. No discutiré con vosotros el precio.

—Así sea —respondió el centurión—. quede por tanto el negocio cerrado. Manius, coja esas telas que yo me hago cargo de éstas.

Acto seguido, comenzaron a introducirlas en sendos sacos que les dio el vendedor.

—Os lleváis material para hacer buen negocio con él. En Massilia sacaréis mucho más de lo que me habéis pagado. Pero el viaje es largo y puede que os encontréis con problemas tales como asaltadores de caminos. Id con cuidado.

—No os preocupéis —respondió el centurión—. Nos las arreglaremos perfectamente.

Una vez terminado el trabajo de recoger las telas, cargaron con los sacos al hombro y se dirigieron hacia la puerta de salida.

—Que los dioses te deparen lo mejor para ti y tu familia. Has sido muy generoso con nosotros. No lo olvidaremos nunca.

Comenzaron a andar calle abajo, en busca de la habitación donde pasar unas horas y descansar. La noche envolvía todo y las casas aparecían en silencio y sin ninguna luz. Nadie tampoco por donde transitaban. Tulio Plinio iba delante mientras que Manius Aquila le seguía a escasos dos metros.

Ninguno de los dos hablaba. Pasado un tiempo, fue el centurión quien lo hizo.

—Dos casas más abajo está la habitación. No te noto muy entusiasmado con esto, soldado —dijo mientras aminoraba la marcha y propiciaba que el veterano legionario se pusiese a su altura.

—No es eso, centurión —respondió Manius—. Lo que ocurre es que los contratiempos nos han hecho perder tiempo. Además, estoy algo preocupado por el chaval.

—Ya te dije que en una misión de esta envergadura no valen de nada las dudas. Sé que tú no eres de esos, pero ese muchacho...

—¿No lo considera capacitado?

—Sinceramente, no. Pero es algo con lo que debo cargar por orden de la emperatriz.

—No es justo con él, centurión. En la travesía, durante el abordaje, se comportó como uno de nosotros. Y eso lo hace porque está enamorado de la sirvienta de la augusta emperatriz. Le da fuerzas para seguir adelante, para estar a la altura de las circunstancias por muy duras que sean. Nosotros vamos buscando otras metas, como el honor y la gloria en su caso, o en el mío poder terminar con todo y retirarme a descansar en Hispania. Pero él... él se mueve a golpe de sentimientos, de amor. Y eso también cuenta.

En ese momento, el centurión se detuvo en seco. Había llegado la oportunidad que tanto estaba esperando.

—Los hombres enamorados se vuelven débiles. Además, lo ha hecho de una furcia.

Manius Aquila se sorprendió de las palabras de su superior. Al igual que él, se paró y dejó el saco en el suelo.

—No creo que sean las palabras adecuadas para esa muchacha. Nada malo ha hecho, sólo amar a un joven.

—¿Amar? ¿Qué sabéis tú y ese chaval lo que es el amor? ¿Acaso se han desposado? Te voy a contar una cosa, soldado. La noche antes de partir a esta misión aquella puta fue mía. La poseí, se me entregó en cuerpo y alma. Y no creo precisamente que le disgustase. Así que quítasela de la cabeza al muchachito. Una vez que ha conocido a un hombre de verdad, ya no querrá estar con alguien tan imberbe e inexperto.

Manius no alcanzaba a comprender lo que acababa de oír de boca del centurión. Sabía que aquella noche Antonino Quintus yacía en la habitación de Livia con ella. Era imposible que hubiese estado con él también.

Tulio Plinio se percató de la sorpresa que se acababa de llevar el veterano legionario. Así que insistió.

—No le des más vueltas a la cabeza. Sí, esa fulana ha caído en mis redes — soltó una carcajada tremenda que pareció redoblar en el silencio de la noche —. Y puede que al principio se resistiese pero luego, conforme se dio cuenta de lo que le hacía, no puso el menor de los obstáculos.

—Pero... pero... ¡Si Antonino estuvo con ella y llegó al barracón casi al tiempo de partir! ¡No puede ser cierto lo que decís!

Tulio Plinio comprendió que ya tenía desarmado por completo a Manius. Dio un giro más a su historia a la espera de que reaccionase como quería.

—Es verdad lo que dices, soldado. Pero cuando abandonó sus aposentos me introduje yo y entonces, como te digo, supo la chica lo que es un hombre, un centurión de la Legión de Roma.

—¡La forzasteis!

—Bueno, se puede decir así, si te complace —respondió soltando otra sonora carcajada—, pero desde luego, es algo que no va a olvidar esa zorrita mientras viva. Y, créeme, tiene una piel suave y tersa; unos muslos sonrosados, unos pechos firmes y duros...

No le dio tiempo a terminar la frase. Manius Aquila, preso de la ira por lo que había escuchado, se abalanzó sobre el centurión. Quería agarrarlo por el cuello, estrangularlo poco a poco hasta que se quedase sin aire. Quería hundirle sus puños en el rostro hasta desfigurárselo; arrancarle la lengua con la que recorrió el cuerpo de la muchacha. Quería destrozarle aquellas manos con las que ultrajó a la joven. Quería borrar cualquier atisbo de hombría de quien, haciendo uso de su condición de centurión romano, se aprovechó de una mujer indefensa; sacarle de sus órbitas los ojos que se posaron en la juventud ahora mancillada de aquella niña. Quería matarlo, pero no de inmediato; quería que sufriese tanto como habría sufrido Livia y sufriría Antonino al conocer aquella macabra noticia. Imaginó, en aquellos pocos segundos, lo que habría pasado, esos minutos que le debieron parecer una eternidad mientras el hombre la sometía a todo tipo de vejaciones sin el más mínimo atisbo de compasión ni arrepentimiento después. Pero quería, sobre todo, hacer justicia allí mismo. Que no se fuese impune quien había sido capaz de tamaña fechoría sin importarle para nada sentimientos y deseos de los demás. ¿Cómo podía decir todo eso con la mayor tranquilidad, pavoneándose y alardeando de algo tan execrable? Quería matarlo. Quería matarlo. Y es por eso que de un salto felino alcanzó el cuello del centurión, empujándolo hacia atrás y cayendo ambos al empedrado y frío suelo en medio de la oscuridad de la noche y del silencio sobrecogedor que dominaba toda la ciudad portuaria de Ostia Antica.

—¡Hijo de mala zorra...!

Fueron la últimas palabras que salieron de los labios de Manius Aquila. Sus manos, efectivamente, estaban atenazando la garganta de Tulio Plinio. Y sus ojos quedaron frente a frente, a escasos centímetros. Los del legionario se habían agrandado de manera ostensible. La boca abierta de par en par. Sintió una quemazón en la zona izquierda del abdomen. Desvió por unos segundos la mirada y pudo ver que el centurión había traspasado su carne con una daga. Ésta, hundida hasta la empuñadura, casi le salía por el costado. Quedó

paralizado. No sentía dolor, sino una especie de presión en esa parte. No comprendía qué era lo que estaba sucediendo.

Entonces, Tulio Plinio, con un movimiento ágil, tiró hacia atrás de la daga y la sacó del cuerpo de Manius. En unos instantes comenzó a brotar la sangre. Primero de manera tímida para luego convertirse en una fuente. Salía ahora a borbotones. Instintivamente, Manius se llevó las manos hacia la herida, intentando contener el chorro rojo que se le escapaba. El centurión empujó el cuerpo que comenzaba a desvencijarse y que tenía encima hasta hacer caer boca arriba. Manius quedó tendido, con las manos ensangrentadas tapando el gran agujero por el que se le escapaba la vida.

Su agresor se levantó y, una vez erguido y con la daga en su mano derecha, contempló cómo comenzaba a retorcerse, dando convulsiones. Se acercó hasta él y lo miró con suma tranquilidad.

—¿Qué creías, que te iba a contar todo esto sin saber cómo reaccionarías? No te esperabas que tuviese en mi poder un arma, ¿verdad? Eres un desgraciado que tú solo te has buscado la muerte. Te queda poca vida, así que encomiéndate a los dioses.

Se arrodilló Tulio Plinio y acercó su rostro hasta el de Manius Aquila. Casi rozaban sus labios la oreja izquierda. Y le susurró.

—Y ahora, voy a por el muchachito, que correrá tu misma suerte. Adiós.

La daga se hundió en el cuello del legionario y recorrió de izquierda a derecha la carne, que se abrió a la par que saltaba otro gran chorro de sangre y se entornaban los ojos de Manius.

—¡Tribuno! ¡Tribuno! ¡Una de las patrullas trae a un hombre!

La voz retumbó en todo el patio central del cuartel general. Quedaba poco para que amaneciese y lo que parecía iba a ser una guardia nocturna tranquila y sin complicaciones, se mostraba ahora ajetreada. «Primero ese centurión al que le han dado privilegios fuera de lo normal; luego el muchacho de los caballos y ahora la patrulla con un detenido. Vaya nochecita», masculló el tribuno mientras procedía a encajarse el casco, ajustarse el gladius y dirigirse hacia la puerta principal.

Se sorprendió entonces de la visión que tenía ante sí: se trataba del centurión primus pilus Tulio Plinio. No parecía que estuviese detenido ya que iba delante de los legionarios de la patrulla.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —preguntó de malas formas.

—He sido atacado por dos hombres que quisieron robarme esta mercancía —respondió señalando a los dos sacos que portaban otros tantos soldados—.

Menos mal que llevaba conmigo la daga. Pude hacerles frente y aunque uno de ellos escapó, el otro está muerto.

—¿Le habéis dado muerte vosotros?

—No he tenido más remedio, tribuno. Era su vida o la mía.

—¿Conocíais a vuestros asaltantes?

—No, señor. Imagino que debieron oír algo en la taberna cuando contraté al chaval que está en las cuadras. Además, hablé con más hombres intentando reclutar a dos para que me acompañen en mi misión. Tuvieron que seguirme hasta una casa a la que acudí para comprar estas telas y luego, en la oscuridad de la noche, me tendieron una emboscada.

—Me alegro de que hayáis salido con bien de esta trifulca. Sois, a la vista está, un avezado luchador y un excelente militar. No me extraña que estéis llevando a cabo una misión de la que nada podéis revelar. Ahora, informaré al general de lo sucedido. ¿Queréis acompañarme?

— Si me lo permitís, quiero comprobar si el muchacho que envié para que se hiciese cargo de los caballos ha concluido con lo ordenado. Queda poco para que amanezca y quiero partir ya.

—Sea como decía, centurión.

El tribuno hizo un leve gesto con la mano a quien estaba al mando de la patrulla para que se acercase.

—¿Llegasteis a ver lo sucedido?

—No, tribuno. Cuando acudimos al lugar, en el suelo yacía un hombre, sin lugar a dudas muerto por el centurión.

—¿Qué aspecto tenía?

—Parecía fuerte. De unos treinta y pico de años. Vestía una túnica que no destacaba de cualquier otra. No encontramos arma alguna.

—Muy bien. Acompañeme a las estancias del general. Quiero que esté informado cuanto antes.

Ambos soldados se dieron la vuelta y se encaminaron hacia el edificio principal. Tulio Plinio, en cambio, se fue hacia las cuadras tras preguntar dónde estaban. «Ahora no puedo deshacerme del chaval. Sería una temeridad. Esperaré a que nos hallemos de camino. En cualquier momento del viaje tendré la oportunidad que estoy buscando. Antes de que lleguemos a Massilia estará en poder la emperatriz la misiva que le he enviado y es posible que cuando la lea, efectivamente, ambos se encuentren ya muertos».

Y entonces, de repente, camino de las cuadras fue cuando halló la solución más adecuada para quedarse solo. Bastaron unos cuantos segundos para que

por su cabeza se cruzase la idea perfecta. «No puede ser que en una sola noche vaya a resolver mi futuro glorioso. Eso sí, debo actuar con suma inteligencia. Pero las tengo todas conmigo. La diosa Fortuna está de mi lado, sin lugar a dudas». La sonrisa se instaló en sus labios mientras seguía avanzando por el patio central.

Antonino Quintus se despertó de manera súbita al escuchar las voces de los soldados. Había caído rendido sobre la paja de la última cuadra tras dejar preparados los caballos. Muchas emociones en tan poco tiempo. No hacía mucho que estaba en un esquife a la deriva y que tan solo la intercesión de los dioses llevó a buen puerto. Pero aquella alegría por el objetivo conseguido, llegar sanos y salvos a tierra, duró sólo lo justo: el tiempo en el que el centurión comenzó a preparar todo para su marcha a Massilia. Las emociones se fueron sucediendo y ahora estaba en una cuadra esperando a sus dos compañeros.

Comprobó que faltaba poco para amanecer. Se dirigió hacia la puerta de entrada de aquel gran cobertizo y pudo distinguir la figura de un hombre que iba en esa dirección. Fijó la vista y tras unos segundos, lo reconoció. «Es el centurión. Ya es la hora. Pero, ¿por qué esas voces? ¿Y Manius? ¿Dónde está Manius? Seguro que fuera del acuartelamiento, esperando a que salgamos». Se dio la vuelta para abrir las cuadras de los caballos ya dispuestos y se acordó, de pronto, del documento que le entregó su amigo y de la carta que, al partir de Jerusalén, le dio Flavia Iulia Elena. Se palpó en la zona de su cuerpo donde debían estar guardados y sintió la dureza de ambos. Respiró aliviado.

Estaba sacando el primero de los caballos cuando escuchó la puerta abrirse. Se dio la vuelta y pudo ver cómo el centurión entraba. Iba a saludarle cuando fue su superior quien habló primero.

—¿Tienes todo preparado, muchacho?

—Así es, mi centurión. Tres caballos bien alimentados para partir y provisiones suficientes para avanzar durante un buen trecho del largo camino que nos queda por recorrer.

Lo que oyó a continuación de labios de Tulio Plinio hizo que se quedase petrificado, sin capacidad de respuesta.

—Nos vamos tú y yo, soldado. Manius Aquila ha muerto.

—¿Qué... qué queréis decir? —balbuceó sin entender lo que estaba ocurriendo.

—Se sublevó y quiso matarme. No he tenido más remedio que adelantarme a su jugada.

—¡Pero... eso es imposible! ¿Manius Aquila querer matarlo? ¿Por qué? ¿Sabe lo que está diciendo?

Creía estar soñando todavía. Se le agolpaban las palabras del centurión y seguía sin saber cómo reaccionar. No alcanzaba a comprender qué era lo que ocurría y el porqué de aquella revelación que no sólo no tenía sentido sino que debía ser una broma pesada y de mal gusto que ahora quedaría resuelta. Pero lejos de que esa circunstancia aconteciese, las siguientes palabras de su superior le dejaron mucho más contrariado si cabe.

—Desgraciadamente quiso desertar, huir. Abandonar esta importante misión y todo por sus ansias de grandeza. Nos ha engañado todo el tiempo: a ti, haciéndote creer que era tu amigo; a mí, que pensé que era un gran soldado, y a la emperatriz, quien depositó toda su confianza en él. Y como bien sabes, muchacho, Roma, el Imperio de Oriente y Occidente, no paga a traidores de la calaña de Manius Aquila.

A medida que iba oyendo lo que decía el centurión, la confusión de los primeros momentos daba paso a la ofuscación y, en cuestión de segundos, a la ira. Primero contenida para luego, tras aquello último que acababa de oír, desbocarse.

—¡Eso que dice no puede ser verdad, centurión! —gritó con todas sus fuerzas Antonino Quintus!

—¿Estás llamando mentiroso a un superior, soldado? —respondió en un tono mucho más bajo Tulio Plinio para no ser oído por los soldados de la puerta principal.

—¡Sí! —volvió a gritar con todas sus fuerzas el muchacho—. ¡Miente, miente! ¡Manius Aquila no era un desertor! ¡Y habría dado su vida por nosotros dos! ¡No le creo! ¡Lo ha asesinado!

Eran las palabras y la reacción que esperaba de Antonino Quintus. Los gritos que dio pusieron sobre aviso a los legionarios y al superior de éstos, que comenzaron a dirigirse a las cuadras a paso ligero para saber qué es lo que ocurría allí.

—Vas a correr la misma suerte que tu amigo, desgraciado —dijo Tulio Plinio mientras sacaba de la túnica la daga que llevaba consigo.

Antonino Quintus reaccionó de forma inmediata. Justo al lado de la cuadra en la que se hallaba se encontraba, apoyado en una de las paredes, un rastrillo de palo largo que cogió y con el que apuntó al centurión. Éste, con un movimiento ágil, lo esquivó echándose a un lado. Al no hacer diana Antonino en el cuerpo de Plinio, su propia fuerza al dirigir la herramienta hizo que

perdiese la estabilidad, yéndose hacia adelante. Su cuerpo, sin control, pasó justo al lado del centurión que, con otro movimiento en el que demostró mucha destreza, golpeó con la empuñadura de la daga en la zona de la nuca del muchacho. Antonino cayó a plomo en el suelo del cobertizo quedando boca abajo, inconsciente.

Fue a rematarlo cuando unas voces que provenía de la puerta de entrada hicieron que desistiese de su intención.

—¡Centurión! ¿Qué es lo que ocurre?

Justo a la entrada, los dos legionarios se sorprendieron de la escena. Tulio Plinio, arrodillado junto al cuerpo inconsciente del chaval, comprobaba que se encontraba desmayado. Sin dejar esa posición, respondió mientras, de manera hábil, registraba a Antonino.

—Estaba compinchado con el otro sinvergüenza. Cuando ha visto que no venía conmigo y le he contado que quiso matarme, ha intentado hacer él lo mismo. Incluso me ha dicho que era soldado del Ejército romano. ¿Os lo podéis creer? ¡Ladrones de poca monta!

Justo cuando decía eso se topó con los documentos que portaba Antonino. Sin que se dieran cuenta los soldados, los extrajo y guardó a buen recaudo en uno de los bolsillos de su túnica.

—¡Avisad al tribuno! —gritó mientras recobraba la verticalidad— ¡Quiero que se ponga a buen recaudo a este malhechor que ha atentado contra un centurión de la Legión romana!

El tribuno llegó hasta las cuadras enseguida. Se sorprendió al escuchar la historia que le contaba Tulio Plinio.

—Es grave, muy grave, lo que decís. Intentar suplantar a un soldado romano se castiga con la muerte. Habrá que comprobar si lleva consigo documentación alguna.

—Lo acabo de hacer, tribuno. Como podréis imaginar, es un embustero que cuando se ha visto sin su compañero de fechoría ha intentado escapar y matarme. Aunque lo hubiese conseguido, no habría podido salir de esta fortificación. La culpa, en parte, es mía. No debí confiar en estos dos ladrones que han querido sacar provecho de todo esto. Estoy convencido que durante el camino a Massilia intentarían asesinarme.

Los soldados registraron al moribundo.

—No lleva nada encima, tribuno.

—Está bien. Informaré al general y cuando sepa la historia mandará ejecutarlo.

—La muerte —interrumpió Tulio Plinio— sería algo demasiado bueno para él. No os preocupéis. Ponedlo a buen recaudo en una mazmorra que yo hablaré con el general. Quiero que sufra, que pague en vida lo que ha intentado hacer. Nadie puede desafiar el inmenso poder del Ejército romano. Y tened por seguro que el general sabrá cómo habéis actuado en esta acción. Sin lugar a dudas, quedará muy satisfecho de cómo obran sus hombres. Seréis recompensados como os merecéis.

Las primeras luces del día empezaban a aparecer por el este. La ciudad se despertaba, lista para ponerse en funcionamiento mientras el cuerpo de vida de Manius Aquila era lanzado a una zanja y Antonio Quintus confinado en un lúgubre y oscuro calabozo, todavía sin recuperar la consciencia. Tulio Plinio acababa de consumir su plan y ahora nadie podría detenerle.

PARTE TERCERA. ODIO, VENGANZA Y JUSTICIA

XXI

Hispalis, Hispania, cinco meses después

Llevaba tan sólo un día en la ciudad. Tras la pequeña escala que realizaron en Niceae, donde algunos de los animales que transportaban fueron desembarcados, continuaron viaje hacia Hispania, en esta ocasión bordeando las costas de manera que el paisaje cambió por completo. La travesía fue larga pero durante todo el tiempo, desde que habló con claridad al capitán y a la tripulación, nadie osó sobrepasarse con ella. Para cuando ya no pudo disimular más el diámetro de su vientre, aquellos hombres ya la respetaban de forma extraordinaria. Continuó durante todo el viaje realizando las tareas que tenía asignadas, si bien cada vez le costaba más trabajo acarrear bultos. Es por ello que, sin que lo advirtiese, el capitán intentaba apartarla de los quehaceres más pesados con excusas que no dejaban lugar a sospecha alguna por parte de la muchacha.

—Quiero que bajes a la bodega y te quedes con los animales. Se avecina tormenta y están poniéndose nerviosos —solía decirle.

Livia, entonces, acataba la orden e intentaba calmar a las bestias. Otras veces, cuando llevaba demasiado tiempo de rodillas en el suelo fregando la cubierta, se las ingeniaba el hombre para darle otro cometido más liviano.

—Prefiero que sea tú la que remiendes la parte baja de la vela pequeña ahora que no hace viento. Estos brutos no tienen la suficiente sensibilidad para tejer como una mujer. En eso hemos salido ganando en este viaje. ¿Ves? Tú puedes hacer cualquier cosa que hagan ellos, pero en cambio hay tareas que sólo tú dominas.

Excusas que no le sonaban mal y que veía como algo normal. En verdad se le hizo larga la travesía y hubo momentos en los que casi se arrepintió de haber embarcado. Las náuseas se le fueron pasando y ni el fuerte oleaje cuando había tormenta hacía ya estragos en su cuerpo. A pesar de ello, la pesadez de su vientre motivaba que le costase moverse con la soltura del principio por el barco. Se sentía aliviada cuando llegaba la noche y podía bajar a la bodega. Se recostaba entre las ovejas y ahí experimentaba una placentera sensación de seguridad. A diferencia de las primeras semanas, aprendió a dormir de forma continuada cuando estaba de descanso, de tal manera que se sentía fresca y con

fuerzas a la mañana siguiente.

El capitán, también sin que se diese cuenta, le fue aumentando la ración diaria de comida. Era poco a poco, en pequeñas cantidades, pero las suficientes para que repusiese energías. Necesitaba, aunque ella lo negase, alimentar bien a aquella criatura que llevaba en sus entrañas. Pero lo que más le sorprendía al viejo marino, curtido en miles de singladuras y conocedor de los más extravagantes e incluso peligrosos viajes, era cómo una chiquilla que podría ser su hija e incluso su nieta, sobrellevaba con aquella entereza un embarazo a bordo de una embarcación sin quejarse ni un solo momento ni pedir trato de favor.

Se ganó el respeto de todos los marineros, de toda la tripulación. Al igual que el capitán, para aquellos hombres se trataba de una situación completamente extraordinaria y novedosa. Primero, llevar como compañera a una muchacha a la que muchos le pusieron los ojos encima con aviesas intenciones, sobre todo al estar tantos meses en alta mar sin mujer que poseer y sobre la que descargar todo ese furor carnal contenido. Pero con el paso de las semanas, de los meses, cuando ya se sabía que estaba encinta les sorprendía que aguantase todo, que no se le escuchara ni una sola vez pedir un descanso y llevase el ritmo de los demás.

Uno de los más sorprendidos era el segundo de a bordo, uno de los más jóvenes de la tripulación y que en su primer encuentro con la muchacha comprobó que ésta era de las que no sólo no se amilanaban sino que podía hacerse con cualquier situación. En muchos momentos del largo viaje intentó, sin éxito, entablar conversaciones más llevaderas que las del duro y fatigador trabajo diario. Pero ella solía contestar con monosílabos, sin darle siquiera una oportunidad para tomar confianza.

Empero, aquel joven, más distinguido que el resto de sus compañeros, incluido el capitán, supo en cada momento cómo tratarla para que, conforme avanzaba la travesía, al menos no le rechazase de plano. Así fue cómo pudo contarle la suerte que había corrido de niño, cuando fue vendido por un tratante de Tunicia tras morir sus padres a causa de una extraña enfermedad que asoló la aldea donde vivía. Y cómo llegó a Roma y fue acogido por una familia de pescadores que pagó un muy buen dinero porque no tenía hijos y el padre quería que no se perdiesen ni esquife ni clientes para venderles las mercancías. Eso le llevó, desde su infancia, a conocer el mar como pocos y a los doce años sabía manejar como el más experimentado marino una embarcación de varios metros de eslora. Aprendió el arte de la pesca de

bajura, cercana a la costa. Pero sobre todo, desde el primer momento que entró en contacto con el mar, le atrajo la sensación de libertad que se vivía en cada segundo que se encontraba entre las olas. Y lo que más deseaba era poder embarcar en una galera de grandes dimensiones y surcar el Mare Nostrum de un lado para otro, conociendo otros puertos, otras ciudades.

Historias que le contaba, dosificándolas, a Livia en los momentos de descanso. Sin embargo, la muchacha no ponía demasiado interés en querer conocer la vida personal de aquellos hombres y menos la del segundo de a bordo, al que nunca preguntó su nombre, como tampoco lo hizo con el capitán y otros miembros de la tripulación con los que mantenía un contacto más habitual.

Y es que sólo tenía una idea en la mente, que era la que le ocupaba día y noche por muy duro que fuese el trabajo o las condiciones que vivía en el barco: no estaba dispuesta a que ni un solo día se le olvidasen los nombres de Tulio Plinio y de Antonino Quintus. El primero de ellos porque necesitaba encontrárselo de nuevo cara a cara y, a ser posible, matarlo. Y el segundo, porque estaba convencida de que era el padre de la criatura que llevaba en su vientre a pesar de la vejación y ultraje que padeció a manos del centurión.

Estuvo tentada de desembarcar en Niceae y de ahí tomar rumbo a Massilia, donde podrían estar ambos. Pero recordó lo que le contó Antonino de los sueños de Manius Aquila y de las tierras que le habían prometido en Hispania, y más concretamente a las afueras de Híspalis. Por eso, cuando el capitán dio la orden de soltar amarras y poner rumbo hacia la ciudad hispana, supo que debía ir hasta allí porque sería el lugar donde podría por fin cumplir con su misión.

Le sorprendió el clima y, sobre todo, las costumbres. La embarcación accedió hasta la ciudad entrando en navegación fluvial desde otra llamada Gades²² a través del río Betis²³. Fue una travesía placentera después de los sinsabores vividos durante la larga singladura por el Mare Nostrum. Le gustó sobremanera el paisaje que divisaba en ambas orillas. Pero le llamó la atención la ciudad en sí, muy alegre y con mucha actividad comercial.

—Bueno, muchacha —le dijo el capitán cuando atracaron en el puerto—, a partir de ahora te enfrentas con un mundo nuevo para ti, espero que sepas desenvolverte como lo has hecho durante todo el viaje.

—Necesito encontrar alojamiento y trabajo para poder comer.

—No te preocupes. Tengo contactos en la zona donde se salazona el pescado, allí podrás trabajar.

—Pero siendo una mujer, y además en este estado...—respondió tocándose el enorme vientre.

—La persona a la que vas a buscar comprenderá perfectamente tu situación. Se llama Appius Salustio Crispo. Me debe unos cuantos favores y sé que te acogerá bien. Dile que vas de parte de Servius Claudio Crasino. Es mi nombre, jovencita, aunque no me lo hayas preguntado en ningún momento de los muchos meses que llevamos juntos. Él te buscará alojamiento y te dará trabajo y alimento. Intenta, de todas formas, pasar lo más desapercibida que puedas. Es fundamental para poder sobrevivir en una ciudad como ésta, donde acechan muchos peligros cuando el sol se pone.

Livia comenzó a bajar por la rampa que se extendía hacia el muelle. Los animales ya habían sido desembarcados y ahora los hombres procedían a dejar la mercancía también en tierra. La muchacha, cuando le quedaban tan sólo un par de pasos para dejar definitivamente el barco, se dio la vuelta y clavó su mirada en la del capitán, que aparecía a pie de cubierta observando cómo se alejaba.

—Sólo espero que los dioses te den todo lo que te mereces, Servius.

Hizo un nudo al saco de pequeñas dimensiones que llevaba, se lo echó sobre el hombro derecho, respiró profundamente dejando entrar en sus fosas nasales la suave brisa que se había levantado y que traía olores frescos, y desapareció entre la multitud que hallaba en el puerto deambulando de un lado a otro.

—¡Venga! ¡Vamos a levantarnos de una vez! ¡Nos esperan en Roma para que demos espectáculo!

La voz sonó rotunda en aquel reducido espacio prácticamente a oscuras y maloliente. Excavado en una roca, la única luz que entraba era la que se colaba por las rendijas del gran portalón de hierro que daba a unas escaleras que, a su vez, conducían a un largo pasillo por el que finalmente se accedía al patio central del acuartelamiento. Y algo más, muy poco, de las pequeñas ranuras abiertas en el alto techo para que aquellos hombres pudiesen respirar mal que bien.

Habría un centenar, hacinados y casi desnudos. La mayoría de ellos esperando la muerte, quizá el mejor de los alivios a tantas calamidades y penurias que pasaban diariamente. Algunos llevaban años allí, enfermos y enjutos, con la piel blanquecina y arrugada como una uva pasa. Otros, los más jóvenes y fuertes todavía, eran conducidos antes de que saliese el sol hacia la zona portuaria. Allí trabajaban, hasta que comenzaba a anochecer, en la ampliación del importante puerto de Ostia Antica, habida cuenta de que el

primitivo se había quedado pequeño para la gran cantidad de embarcaciones que atracaban. Un trabajo hercúleo muchas veces, en el que tenían que acarrear inmensas moles de piedra para ir conformando el muelle y así ganarle terreno al mar y al río Tíber, que depositaba su arena de forma natural e iba sedimentando el lugar. No cabía el descanso y eran muchos los que desfallecían cuando el calor era insoportable y sólo podían mojarse los labios con algunas gotas de un agua que olía y que estaba caliente al estar constantemente expuesta a los rayos del astro rey. Poca comida y mala para aguantar a fuerza de convicciones, esperanzas en ser liberados o simplemente con la ilusión que el día menos pensado su suerte, su mala suerte, cambiase. Algo, por otra parte, prácticamente imposible.

Era lo que realizaba, desde hacía cinco meses, Antonino Quintus. Cuando despertó con un fuerte dolor de cabeza se encontró en aquel antro, rodeado de desgraciados, la mayoría moribundos, esperando la muerte. Le costó trabajo recordar qué había ocurrido. El dolor de cabeza era grande y no fue hasta que entró un legionario cuando cayó en la cuenta de la traición llevada a cabo por el centurión Tulio Plinio.

Exigió ver a los mandos; quería alertar de lo que estaba pasando y de la fechoría del centurión, que era el verdadero traidor y que además asesinó al soldado legionario Manius Aquila. No sólo no pudo hablar con nadie que no fuesen los legionarios que entraban en esas mazmorras sino que se dio cuenta de que los documentos que podían abrirle las puertas de la libertad, la carta que le entregó al emperatriz Flavia Iulia Helena y la de la propiedad en Hispania de unos terrenos de Aquila, no se encontraban ya en su poder.

Era un ladrón, un delincuente más de aquellos desharrapados que cohabitaban con él en tan detestable y lúgubre lugar. Alguien sin nombre para los soldados que debía de ir todos los días al puerto a trabajar; que no tenía derecho a nada y que, posiblemente, en el momento menos esperado acabase muerto tras ser atravesado por un pilum o despellejado a golpe de latigazos si no era capaz de hacer el trabajo encomendado.

A pesar de ello, en todo ese tiempo Antonino no sólo no desfalleció sino que se conjuró para salir de allí como fuese. Estaba convencido de que tarde o temprano su destino cambiaría. Y se mantenía cada vez que abandonaba el interior de la roca porque sólo pensaba en encontrar a quien mató a su amigo, traicionó a la emperatriz y escapó de forma cobarde, amparándose en mentiras que hicieron que se hallase en esa situación.

El legionario comenzó a abrir los grilletes que amarraban a los hombres a

las pétreas paredes. Sintió un enorme alivio cuando pudo deshacerse de ellos aunque sabía que en escasos momentos volvería a tener otros, a su vez enganchados a una cadena que acababa en el tobillo de otro hombre, para desplazarse hasta el puerto.

Sin embargo, y aunque no era consciente de la hora, le llamó la atención que fuese de día, esto es, que no hubiesen abandonado el cuartel de noche, como cada jornada. De pronto, un olor que no distinguió en un primer momento hizo que su estómago emitiese un lamento a modo de retorcimiento de los intestinos. Era comida lo que olía. Y no precisamente el mejunje que le daban y que haría vomitar a las ratas si se atreviesen a probarlo.

Al momento bajaron por las escaleras dos hombres portando una gran marmita humeante. Detrás de ellos, dos legionarios más que parecían custodiarlos.

—¡Coged vuestros cuencos, muertos de hambre, y poneos en fila! ¡A partir de hoy y durante unos días vais a comer como cualquier persona! —gritó el primero de los soldados que acababa de quitar las cadenas de aquellos hombres—. ¡Personalmente no soy partidario de esto, pero es una orden del legado! ¡Debéis alimentaros para servir de distracción a nuestro emperador, Constantino el Grande, y a todos los patricios y hombres de bien de la ciudad de Roma!

No podía creer lo que estaba oyendo. Era la oportunidad que tanto tiempo estuvo esperando y que se desvanecía cada cierto tiempo para luego volver a resurgir. Iría a Roma. Allí podría intentar convencer a alguien de que era inocente, que estaba encarcelado por error y que la mismísima emperatriz del Imperio de Oriente y Occidente, madre del augusto emperador, fue quien le encomendó una misión de altísimo riesgo y que el centurión Tulio Plinio había abortado.

En un principio los hombres se arremolinaron alrededor de la gran olla pero fueron repelidos a golpes de pilums y latigazos.

—¡He dicho en fila, desgraciados! —gritó mucho más fuerte el soldado—. ¡Conforme os echen la comida en el cuenco, volvéis a vuestro lugar! ¡Y no quiero ni una desaplicación! ¡De lo contrario os arranco la piel a tiras y servís de pasto para las bestias!

Por fin le tocó el turno a Antonino. Uno de los hombres le echó en su cuenco una especie de pasta que estaba caliente. Hundió sus dedos a modo de cuchara y se los llevó a la boca. Tragó con avidez y desesperación y la saliva comenzó a envolver la bola de comida. Se le erizaron los vellos al sentir cómo bajaba

por la tráquea y le producía una sensación extraña pero maravillosa. Incluso dejó escapar alguna lágrima.

Repitió la operación pero ahora con más tranquilidad. Sabía que si se comía todo en cuestión de segundos, se quedaría con hambre. Y en esta ocasión se trataba de un manjar, no de aquella asquerosidad, especie de sopa con grumos y un trozo de pan ácimo que le daban por la mañana y luego por la noche. Se deleitó con cada bocado. Cerraba los ojos y se imaginaba que estaba en cualquier taberna disfrutando de viandas extraordinarias. Cuando ya casi estaba vacío el recipiente, rebañó minuciosamente para que no quedase ni un solo grano de aquel banquete que acababa de tener.

—¡Está bien —dijo el legionario cuando comprobó que todos habían terminado—, ahora que habéis comido como personas, algo que no os merecéis, vamos a ver quién está en condiciones de servir al emperador en la misión que nos ha encomendado! ¡Nos vamos a poner en marcha hacia Roma! ¡Por el camino, a los que seáis seleccionados, se os volverá a dar alimentos, y también esta noche! ¡Dad gracias al emperador por su magnanimidad! ¡Y a los dioses, que han intercedido por todos vosotros! ¡Mañana, dentro de dos días como más tardar, estaréis en el coliseo para servir de diversión! ¡No os preocupéis que no vais a ser pasto de las fieras! ¡La emperatriz no quiere sangre! ¡Pero habrá espectáculos como batallas navales o incluso luchas entre hombres, aunque sin muerte!

Antonino abrió los ojos todo lo que pudo cuando escuchó las palabras del soldado. Había nombrado a la emperatriz. Sabía que había llegado su momento. Estaba convencido de que en cuanto llegase a la capital del Imperio, se las ingeniaría para llegar hasta ella. «Incluso puede que me reconozca en alguno de los juegos en los que participemos. Sí —pensaba—, en el momento en el que la vea, haré lo imposible por ser visto por ella. Ya no habrá problema alguno entonces».

—¡Comenzad a subir por las escaleras! Arriba os espera un carronato que os va a trasladar a Roma! ¡El primero que haga un solo extraño que se dé por muerto! ¡Me da igual llegar con cincuenta que con veinte de vosotros!

A diferencia de los demás, Antonino se apresuró a subir las escaleras y acomodarse en el habitáculo. Estaba ansioso por llegar a su destino porque sabía que ahora podría culminar su propósito: desenmascarar a Tulio Plinio y, si podía, darle muerte con sus propias manos.

Los fastos en Roma por la llegada de la Vera Cruz de Cristo fueron grandes y ampulosos, extendiéndose durante varias semanas. El emperador Constantino

el Grande recibió a su madre, la emperatriz Flavia Iulia Helena, con todo el boato posible. La ciudad entera se echó a la calle exaltada por la presencia de la Vera Cruz de Cristo en la capital del Imperio. Constantino decretó un mes de juegos y fiesta para los ciudadanos romanos y la construcción de un gran templo, de dimensiones colosales, donde recibiría veneración la Divina madera.

Estas fiestas harían que miles de personas de otros lugares cercanos a Roma acudiesen a la ciudad: mercaderes, vendedores de todo tipo, músicos, artistas, gladiadores, prostitutas... la ciudad, por un mes, recobraría todo su esplendor y volvería a ser, como en años anteriores, el centro del Universo. Eso sí, con la diferencia de que no se producirían muertes en los juegos que se organizaran. Ya habían pasado a mejor vida aquellas luchas cruentas y a muerte entre hombres y las imágenes despiadadas de cristianos arrojados a las fieras para ser descuartizados entre sus fauces. La emperatriz no quería que se avivase el rescoldo que podía quedar del paganismo más absoluto y esa especie de culto a la sangre por medio de la muerte de los más desgraciados.

En verdad hacía años que este tipo de juegos desaparecieron e incluso los edificios destinados a ellos empezaban a acusar el desgaste del tiempo y su falta de uso. Es por ello que Flavia Iulia Helena pidió a su hijo que aquel mes de fiestas y desenfreno se inaugurase con la presencia, en el Coliseo Máximo, de la Cruz en la que murió Jesucristo. Que todo el mundo que quisiese la viese de cerca; que comprobasen que era cierto lo que se había extendido del hallazgo de la misma. El pueblo necesitaba ver para creer, y creer era fundamental para que el Cristianismo siguiese extendiéndose por todos los confines.

Por el contrario, y a pesar de la alegría por volver a Roma con la Vera Cruz, encontrarse de nuevo con su hijo y dar a conocer más y mejor la grandeza de Dios, del único Dios verdadero, la emperatriz no podía ocultar el desasosiego que le embargaba cuando tuvo noticias del centurión Tulio Plinio.

Efectivamente, la misiva que le envió cuando llegó al puerto de Ostia Antica, hacía ahora cinco meses, fue la causante de esa especie de frustración. Y lo era por varios motivos. El primero y principal porque estaba convencida, después de leerla, que no encontraría a los descendientes de José de Arimatea, algo que consideraba fundamental. No quería abandonar este mundo sin saber qué es lo que se llevó aquel hombre consigo y que pertenecía al Mesías. Y en segundo, porque a la pena de la huida de Livia, se encontraba ahora con la noticia más desoladora que podían darle.

«Mi augusta señora, emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente. Os escribo desde la ciudad de Ostia, a la que hemos llegado tras no pocas peripecias que, desgraciadamente, han truncado los planes que nos encomendó.

Embarcamos en Caesarea, poniendo rumbo a Massilia como primer destino de nuestro viaje y misión. Durante la travesía fuimos atacados y abordados por piratas, quienes al ser más en número y armamento, consiguieron reducirnos. Peleamos con denuedo, sin desfallecer, pero finalmente el comandante de la nave fue hecho prisionero, para posteriormente ser decapitado por los bárbaros.

En ningún momento revelamos nuestra verdadera identidad aunque sí luchamos como uno más codo con codo con los bravos legionarios de vuestro Ejército, que resistieron hasta caer a manos de tan salvajes hombres. En tan peligrosa batalla perecieron mis hombres, Manius Aquila y Antonino Quintus, quienes no se dieron nunca por vencidos. Pero el primero de ellos, aunque experimentado, no pudo con tantos piratas que le fueron saliendo al paso. Mientras, el joven en el que teníais depositadas tantas ilusiones, murió enseguida, consecuencia de su falta de preparación en situaciones de este tipo.

Yo conseguí salvarme y aunque los bárbaros, seguramente procedentes de tribus del norte de África, nos arrojaron al mar, estando varias semanas a la deriva, pude llegar hasta las puertas de Roma, al puerto de Ostia Antica. De aquí, cuando termine de relataros lo sucedido, continuaré camino a Massilia. Sé que no va a ser fácil cumplir con la misión que me habéis encomendado. Pero tened por seguro que no voy a cejar en el empeño, dando mi vida si es preciso, por conseguirlo.

Tendréis noticias más conforme se vayan sucediendo los acontecimientos. A partir de ahora actuaré en solitario; seguiré sin revelar mi identidad, cosa que sólo conoce, aparte de vuestra augusta persona, el legado que manda el cuartel de Ostia, al que tuve que informar de todo lo acaecido.

Os pido paciencia. Confíad en mí.

Tulio Plinio

Centurión Primus Pilus de la II Itálica Pia».

No hubo un solo día, desde que la recibió, que no la volviese a leer. No podía dar crédito a lo que le contaba el centurión. Tantas ilusiones puestas en

aquella misión quedaban ahora truncadas. Pero, sobre todo, se sentía culpable de haber mandado a esos hombres a la muerte. Y en especial al joven Antonino Quintus, para que el que había previsto un futuro inmejorable en la Legión romana. Estaba convencida de que, con el paso de los años, se convertiría en alguien importante y trascendental en el organigrama del Ejército, que necesitaba precisamente de savia nueva, no contaminada, para que no se convirtiese en lo que ya lo estaba haciendo: un lugar donde la corrupción era la moneda habitual de cambio.

Quería, soñaba, con alguien como Antonino Quintus. Un muchacho sin dobleces, capaz de ser fiel y abnegado; al que no le atrapasen las envidias y celos de cualquier alto mando de la Legión, instalada ahora en la mediocridad y la dejación de funciones prácticamente en cualquier escalafón. Sus sueños se desvanecían con la muerte del joven. «Sé, Dios mío, que he obrado de la mejor manera posible. Quería que él abanderase un nuevo modelo de hombres para tu Ejército en la tierra. Hombres puros de corazón, que no buscasen el lucro personal y sí el beneficio de los demás. Pero te he fallado. Aquí estoy, de nuevo en Roma, mas ya no es lo mismo sin él. Sólo espero que lo acojas en tu seno y que sepas que todo lo que he hecho ha sido para engrandecerte, para venerarte lo mejor posible. Si algo hice mal, no fui consciente de ello. Ahora, Roma es tuya. Has entrado de forma triunfal, tal y como aquella mañana esplendorosa a lomos de un asno en tu tierra, con los tuyos. Aquí lo haces después de muerto y resucitado. En verdad, la Resurrección comienza a entrar en Roma más de tres siglos después de que te dieses a tus hijos en el monte Gólgota. Me queda poco tiempo de vida, bien lo sabes, pero hasta que me reúna contigo y con el Sumo Hacedor, continuaré propagando a los cuatro vientos tu grandeza y tu amor por todos y cada uno de tus hijos. Aunque vuelva a fallar, como ha ocurrido ahora. Sólo te pido algo más de fuerzas para terminar lo que me encomendaste y que voy cumpliendo poco a poco. Puede que no tan rápido como hubieses deseado, pero soy vieja y me cuesta mucho más trabajo que a los demás. Apíadate de mi alma, te lo ruego, Señor».

Flavia Iulia Helena se debatía entre dos mundos en esos momentos. Y aunque no podía quitarse de la cabeza unos hechos por los que se sentía culpable y que le acompañarían durante el resto de su existencia, puso todo su empeño en que el trozo de la Vera Cruz de Cristo trasladado hasta Roma fuese visto por todos y cada uno de los habitantes de la ciudad, ya fuesen ciudadanos romanos, esclavos o extranjeros. Ahí radicaba la grandeza de Cristo y de su Padre.

—Este trabajo es para hombres principalmente, no para mujeres y menos encinta.

Las palabras de Appius Salustio Crispo le dejaron de piedra. No alcanzaba a comprender cómo podía negar un favor al capitán. Le dijo que lo conocía, que estaba en deuda con él y que no podía negarse a lo que le pidiese. «Pero de ahí a emplear a una mujer en tu estado, va un abismo».

—No hace falta que trabaje en la salazón del pescado. Puedo hacer otras cosas, como cuidar del ganado, atender su casa, servirle en lo que desee. Sólo necesito un lugar donde dormir y comida para subsistir. Trabajaré como un hombre más. Y no debe preocuparse por mi estado. No se dará cuenta de nada.

El hombre, orondo y sudoroso, no dejaba de ir de un lado a otro. Ella lo seguía detrás. Estaban situados sobre una pasarela en la parte superior de la factoría de salazones, una de las más importantes en Hispania junto con las Baelo Claudia²⁴ y Gades. Mientras, más abajo, se distribuían las grandes piletas en las que se hacía el Hallec²⁵ que luego sería envasado en ánforas para su embarque a las distintas ciudades del Imperio. Appius Salustio no dejaba de observar a sus trabajadores. Era un hombre meticuloso que le gustaba que todo estuviese ordenado y que se cumpliera a rajatabla con el horario y, sobre todo, con la producción. No quería, además, dar la sensación ante la muchacha de ser una persona que se ablandaba ante cualquier situación o historias. Era poderoso e influyente entre los potentados de Hispalis. Se había ganado esa condición desde la base de transigir mucho con el más fuerte y de someter al débil. Muchos de los patricios de la ciudad lo consideraban, al principio, un advenedizo de baja clase social que además olía constantemente a pescado, algo que él mismo intentaba por todos los medios erradicar. Consiguió que le admitiesen como cliente en el Hospitium²⁶, cercano a su factoría de salazones, donde solía pasar largos ratos alternando con las personas influyentes de la ciudad.

Su negocio, auspiciado por el Imperio y que abastecía no sólo a la la ciudad y su zona de influencia sino a otras del Imperio en la Bética, le abrió una serie de puertas que de otra forma hubiesen permanecido cerradas. Casado con una mujer de alta posición social, supo escalar posiciones desde abajo. Poseía una de las casas más ampulosas de Hispalis, a poca distancia de la fábrica, por lo que pasaba el día tanto en el negocio como en el Hospitium, donde daba rienda suelta a sus vicios más importantes: el placer y la comida.

Siguió observando el trabajo que se realizaba constantemente en las cinco

grandes piletas que se distribuían a los lados de un pasillo que también servía de acceso. Los hombres procedían a mezclar y salar las capturas y posteriormente rellenar las ánforas, ya listas para su embarque hacia las distintas ciudades del Imperio. No parecía un trabajo difícil pero sí agotador. Eran muchas las clases de pescados que se almacenaban para someterlos al proceso de salazón. Primaban la sardina, el sargo, el jurel, el rodaballo y el boquerón, muchos de ellos traídos por barco desde los puertos cercanos a Gades, aunque también se trabajaba el mujol, la brócola y la gallineta.

Al cabo de un rato, Appius Salustio se paró y se volvió hacia Livia.

—Me has enternecido, muchacha. Te voy a dejar a prueba una semana. Has visto cómo se trabaja aquí. No te prometo nada pero si eres capaz de aprender el oficio de la salazón del pescado, seguirás. Si no, deberás buscarte otra forma de ganarte la vida.

—Me parece justo —respondió sin vacilar Livia—. Me pondré ahora mismo a trabajar. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Es ya demasiado tarde y están en pleno proceso. Mejor será que lo hagas a partir de mañana. Vente cuando esté a punto de amanecer. Llega un cargamento de pescado al puerto. Acompañarás a Paulo, el encargado, para que veas cuál es la forma de trabajar desde que llega la mercancía.

Livia asintió con la cabeza. Se dio media vuelta y se dispuso a bajar por la estrecha escalera que daba a la calle cuando el hombre le volvió a hablar.

—¿Dónde vas a dormir?

—No lo sé. Buscaré algún sitio. Anoche me dejaron en uno de los cobertizos para animales que hay cerca del puerto.

—Toma —alargó la mano y le dio dos siliquas²⁷—, con esto tendrás suficiente para alojarte un par de noches y comer. Ve hacia el lado oeste de la ciudad. Pregunta por la casa que hay junto al Hospitium. Allí te darán cama y alimento. Di que te envía Appius Salustio Crispo.

La muchacha no sabía cómo reaccionar. Hacía escasos momentos aquel hombre poco menos que la habría echado de allí y ahora se encontraba con un trabajo y dinero para poder dormir y comer decentemente. No pudo callarse.

—¿Por qué hace esto por mí?

—No es sólo por los favores que le debo a Servius Claudio Crasino. Me recuerdas mucho a mi hija. Debéis tener la misma edad, aunque los dioses no os han tratado igual en cuando a fortuna. Dime una cosa: ¿qué haces en Hispali? A la vista salta que no eres de aquí.

—No puedo decírselo por ahora. Espero que sepa comprenderlo. Pero tiene

que ver con mi estado.

—Me lo imagino, muchacha. Lo único que deseo es que no te arrepientas de lo que estás haciendo.

—No se preocupe.

Bajó finalmente las escaleras y salió a la calle. El sol comenzaba a bajar aunque todavía quedaban algunas horas de luz. La vía por la que discurría estaba transitada a esas horas. Le sorprendió la importancia de algunas de las casas de ese lugar de la ciudad: edificios grandes, sin duda alguna de personas muy influyentes. Continuó andando hacia el oeste, tal y como le había indicado Appius Salustio y se encontró con varios muchachos que jugaban en una *tabulae iusoriae*²⁸. Se acordó entonces de las dos monedas que le acababan de dar y las miró. De pronto, una sensación de angustia le invadió cuando en una de ellas vio el rostro de la emperatriz Flavia Iulia Helena. Sintió remordimiento por todo lo que estaba haciendo y, sobre todo, por el hecho de haberla abandonado, huyendo de Jerusalén sin decirle nada. Allí la tenía ahora, frente a ella, en una moneda que serviría para dormir bajo techo y comer para alimentar al hijo que tenía en sus entrañas. «Los dioses no quieren que me aleje de ella. Es curioso. Después de tanto tiempo, y tan lejos de donde ella está ahora mismo, vuelvo a encontrármela y, aunque sea a través de la efigie de esta moneda, siga protegiéndome. Quizá haya sido su Dios, ése por el que tanto ha dado mi domina, quien haya posibilitado esto. Espero que sepa perdonarme y que lo que estoy haciendo es también por ella. No podía quedarme en Jerusalén sabiendo que la vida de la persona a la que amo está en peligro al tener a su lado al hombre que más odio en este mundo y al que quiero ver muerto. Algún día, si se cruzan nuestros caminos, se lo explicaré y sabrá entenderlo».

Continuó andando hacia el oeste mientras que en su mente seguía presente Antonino. «Ya queda poco», musitó a la par que ponía las dos manos en su vientre y sentía cómo la criatura se movía en su interior. «Ha sido acordarme de tu padre y te has puesto nervioso. No te preocupes. Eres como él. Y estoy segura de que tienes los mismos rasgos que él. No habrá nadie en este mundo que pueda decirme lo contrario. Ni siquiera ese mal nacido de Tulio Plinio. Él no es nadie, nada, para romper nuestra vida. Dentro de poco seremos tres los que nos querremos con todas nuestra fuerzas. Tenlo por cierto y seguro, pequeño. Tu madre te defenderá de todos los peligros de este mundo. Nacerás libre, porque así debemos ser: libres. Y te ganarás la vida como lo estoy haciendo yo pero sin que nadie te imponga las cosas. No hemos llegado hasta

aquí para echarlo todo a perder. Antes moriré que verte plegado a los designios de quien nada le importa y para el que no vale la vida de otro más que unas monedas».

Siguió avanzando por la vía que parecía ser la principal. «Espero que entiendas todo lo que te estoy diciendo. Será fundamental para que el día de mañana puedas desenvolverte como cualquiera de los habitantes de esta ciudad, que nos abre ahora un sinfín de oportunidades. Aquí sé que volveremos a encontrarnos con tu padre y entonces lo podrás conocer. Mientras tanto, descansa, hijo mío. Nos quedan muchas cosas por vivir hasta que llegue ese momento».

Sin darse cuenta entró en un callejón pavimentado con ladrillo. No había nadie pero al momento oyó los cascos de un caballo chocando contra el suelo a su espalda. No sabía dónde estaba y sintió miedo. Las fachadas traseras de las casas no evidenciaban, en esos momentos, que hubiese actividad dentro de ellas. Al momento apareció un hombre montado sobre un equino. Llegó hasta su altura.

—¿Qué haces por aquí, muchacha?

La voz le pareció familiar pero no distinguió a la persona en concreto.

—¿Quiénes sois? —respondió con voz temblorosa.

—¿Tan pronto te has olvidado de mí? Soy Bruccius Lurios, el segundo de a bordo del barco en el que hemos llegado a Hispalis.

[22](#) Cádiz.

[23](#) Actual río Guadalquivir.

[24](#) Actual Tarifa, Cádiz.

[25](#) Pasta de baja calidad macerada en sal para la conservación del pescado.

[26](#) Uno de los edificios principales de Hispalis en el S. III d.C. Sede para reuniones y comidas. Y también de hospedaje.

[27](#) Moneda de plata introducida por Constantino que tenía una equivalencia de 24 por un Sólido, la única moneda de oro del Imperio.

[28](#) Tablas de juegos grabadas en losas del pavimento de las calles.

XXII

El carromato echó a andar de forma súbita. Tirado por cuatro caballos percherones, se movía con cierta dificultad. Toda la parte trasera era una gran jaula en la que iban los hombres prácticamente unos encima de otros. Serían unos setenta los que al final fueron designados para participar en los juegos que se iban a celebrar en Roma con motivo de la llegada de la Vera Cruz de Cristo. Los barrotes estaban oxidados por el salitre del mar, que corroía todo lo que encontraba a su paso. Delante iba un decurión acompañado de cinco legionarios romanos a caballo. Cerrando el cortejo, otros diez legionarios más, también montados, custodiaban la carreta, a la que le costaba trabajo avanzar.

Antonino Quintus vio cómo pasaban cerca del puerto y pudo distinguir, en un momento dado, la taberna en la que meses atrás estuvo con Manius Aquila esperando al centurión. Le pareció que habían pasado años desde aquella infausta noche en la que se separaron para siempre. Recordó cómo le gustaba el vino a su veterano amigo y los consejos que siempre le dio desde que lo conoció en el campamento a las afueras de Jerusalén. Le vino a la memoria aquel día en el que, sin saberlo, le preguntó si tenía mujer e hijos y la forma en que le comentó que estaban muertos. Y sus ilusiones por aquel trozo de tierra en Hispania, lejos de los fragores de batallas en campos hostiles frente a hombres que podían matarlo. Todo aquello se desvaneció cuando el centurión hundió en su vientre una daga maldita que acabó con su vida. «Tantos sueños y tanto tiempo esperando para esto. ¿Y Livia? ¿Qué estará haciendo Livia? No sabe que la espera será eterna y que, tal vez, nunca volvamos a vernos. Ella, al menos, alberga la esperanza de que ese encuentro se produzca más pronto o más tarde. Pero, ¿y si no consigo salir de aquí? ¿Qué hará ella? Buscará rehacer su vida y en unos años se habrá olvidado de mí».

Intentaba hacer memoria de cuánto tiempo había pasado desde entonces, pero era incapaz de ponerlo en pie. La estancia en las mazmorras del cuartel de Ostia Antica y los trabajos diarios en el puerto hicieron que perdiese la noción del tiempo, que no supiese a ciencia cierta cuánto tiempo llevaba viviendo aquel martirio. Los primeros días se esforzó por llevar la cuenta. Pero poco a poco, fatigado y extenuado de tanto trabajo al borde de la muerte, caía rendido cada noche y se olvidaba todo lo que tuviese que ver con horas,

días, semanas, meses...

Contempló sus brazos y se dio cuenta de que había envejecido una enormidad. Se palpó las mejillas y recorrió con sus agrietadas manos el contorno de la cara y sintió la sequedad de su piel, ajada y ennegrecida. Aparentaba más años de los que tenía. Sintió lástima de sí mismo y echó un vistazo a su alrededor. Vio que los hombres que iban con él tenían la mirada perdida; no posaban sus ojos en ningún punto en concreto. Advirtió que se hallaba encadenado a uno de ellos por los pies. Éste, cabizbajo, apoyaba sus codos en las rodillas y las manos sujetaban su rostro. A diferencia de los otros, sus ojos aparecían cerrados.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó directamente.

—¿Para qué quieres saberlo, muchacho? —respondió sin inmutarse ni cambiar de posición.

—Somos compañeros de viaje —dijo Antonino en un tono mucho más distendido dando un pequeño tirón a la cadena que les unía—. Al menos, deberíamos conocernos mejor.

No dijo nada el hombre, que continuó con los ojos cerrados, dando la sensación que se hallaba en un duermevela.

—Mi nombre es Antonino Quintus. Soy legionario romano y estoy aquí por una traición. Pero en Roma haré valer mi condición y volveré a ser libre. Tengo que cumplir una misión.

Fue entonces cuando su compañero de cadenas se incorporó algo más y le miró de frente.

—¿Cuánto tiempo llevas preso, chico?

—No sé... puede que cinco o seis meses.

—Llevo en esa pocilga que acabamos de abandonar más de cinco años. Yo tampoco hice nada malo, tan sólo robar un cerdo para poder dar de comer a mis hijos. El dueño del animal me denunció y me apresaron. Esta es la primera vez que salgo de la ciudad. Y sé que vamos a otro lugar para morir, aunque ya no haya luchas a muerte. Así que olvídate de que vas a ser libre. Tu sino es éste y no hay dioses en todo el mundo que puedan cambiarlo.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué estáis hablando?

El grito de uno de los legionarios a caballo interrumpió la conversación entre ambos. Se acercó hasta el lugar que ocupaban y con el gladius golpeó el barro más próximo a ellos, haciendo un ruido metálico ensordecedor.

—¡Nada de hablar, desgraciados! ¡Guardad vuestras fuerzas para la batalla que tenéis que librar en Roma! ¡Nadie os ha dicho que esto sea un paseo!

¡Como os vuelva a oír hablando, os saco la piel a tiras de los latigazos que os voy a dar!

Antonino volvió a mirar a su alrededor. Comenzaban a dejar atrás la ciudad y la comitiva discurría por una de las vías que llevaban hasta la capital. El paisaje empezaba a cambiar. De las calles angostas de Ostia habían pasado al campo. Los árboles parecían trazar el camino mientras a lo lejos podía divisar algunos agricultores en plena faena. Hacía calor y allí dentro, con tantos hombres en tan reducido espacio, se tornaba casi insoportable respirar. Pensó en las posibilidades que tendría de poder desenmascarar todo lo que le estaba ocurriendo y cómo se las ingeniaría para contactar con alguien que tuviese poder y le escuchase. «No puede quedar impune algo tan horrible como lo que realizó el centurión Tulio Plinio. Su afán de gloria y grandeza han ido demasiado lejos. Sé que me lleva mucha ventaja, pero no renuncio a encontrármelo un día. Será entonces cuando haya que poner las cosas en su sitio. Pero ahora debo pensar qué haré cuando llegemos a Roma».

A media tarde el decurión levantó su brazo derecho y la comitiva se paró.

—¡Vamos a descansar un poco! —le dijo a uno de sus hombres—. ¡Que saquen a los presos y que estiren las piernas! ¡Todavía queda mucho viaje hasta llegar a Roma!

La puerta trasera del carronato se abrió y los presos comenzaron a bajar con dificultad al estar encadenados de dos en dos. Antonino Quintus lo hizo antes que su compañero. Una vez estuvo fuera de aquella prisión andante, sintió un tirón fuerte en su pie derecho y el dolor que se le instalaba en la zona del tobillo. Su acompañante perdía el equilibrio al pisar mal la escalinata del carronato y se daba de bruces en el suelo, arrastrándole a él, quien también cayó. Ambos quedaron tendidos bocabajo. Antonino, en un acto reflejo, intentó levantarse pero el peso del hombre era grande. Aquella circunstancia hizo que los que quedaban en el interior de la jaula no pudiesen bajar, habida cuenta de que ellos obstruían el paso. Dolido por el golpe recibido, el joven luchaba por incorporarse pero era poco menos que imposible. Vio a su compañero inerte, sin mover ni un solo músculo y pensó lo peor. Alargó su brazo derecho y lo zarandó para comprobar que seguía con vida.

—¡Vamos, tenemos que levantarnos! —le dijo sin obtener respuesta.

Volvió a repetir la acción y fue cuando pudo escuchar el relincho de un caballo y, acto seguido, contempló los cascos que se movían alrededor de ellos. Una voz poderosa venía de arriba. El legionario que montaba el animal gritaba de manera inmisericorde.

—¡Arriba los dos! ¡Por Júpiter que os hago levantar, holgazanes! —gritaba mientras los latigazos llovían por todos los sitios.

Su compañero de cadenas seguía boca abajo. Antonino alzó la vista y vio cómo el soldado continuaba atizándole con el látigo cuyas puntas, estriadas, arrancaban trozos de la piel, a la altura de la espalda. Los movimientos espasmódicos indicaban que no estaba muerto. Pero pronto lo estaría si no cesaba el legionario en su acción.

Creyó que él también moriría porque no era capaz de conseguir ponerse de pie. Era fundamental que comprobasen que estaba bien, que quería seguir adelante. Pero aquella maldita cadena continuaba oprimiéndole el tobillo e imposibilitándole para cualquier otra postura que no fuese estar allí tendido, en medio de la nada, atado a un hombre que en cuestión de segundos moriría.

Se iba ya a abandonar a lo peor cuando escuchó otra voz, firme y potente, que hizo que acabasen los latigazos.

—¡Legionario! ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

Era el decurión que, alertado por los gritos de los presos, se acercó hasta el lugar para comprobar qué era lo que estaba pasando.

—¡Este perro, que no se quiere levantar! —respondió el soldado que mantenía en alto el látigo dispuesto a estrellarlo de nuevo en la carne del moribundo.

—¿Acaso sois quién manda en este destacamento? —le inquirió el superior—. ¿No sabéis que estos hombres tienen que llegar en las mejores condiciones a Roma? ¿Cómo queréis que luchen en los juegos si los dejáis lisiados o, peor, los matáis?

El legionario, entonces, bajó la mano que sostenía el látigo y lo dejó en reposo.

—¡Bajad del caballo e intentad que se levante! ¡Pero sin azotarlo más!

Antonino respiró hondamente. Sabía que estaba a salvo y que podría llegar a Roma con vida para intentar liberarse. Por unos instantes lo dio todo por perdido y se dispuso a morir. Pero la voz del decurión hizo que la situación cambiase radicalmente. Por fortuna para él.

El legionario, ya pie a tierra, agarró del brazo a su compañero y tiró de él.

¡Vamos, arriba! ¡No quiero más tonterías!

A pesar de los esfuerzos del soldado, el hombre no se movía. Antonino, a escasos centímetros, continuaba intentando levantarse pero no lo conseguía. Entonces pensó que lo mejor era hablar para que supiesen que él sí podía continuar.

—¡Ayudadme, por todos los dioses! ¡Necesito ponerme de pie! ¿No veis que no puedo hacerlo porque estoy encadenado a este hombre?

El decurión comenzaba a impacientarse mientras el resto de los presos contemplaba la escena sin decir ahora absolutamente nada. También los otros legionarios se habían acercado y miraban con curiosidad la escena.

—¿Acaso no veis que está muerto? —gritó el decurión mientras desmontaba de su caballo y se acercaba hasta Antonino.

Con su gladius pinchó levemente en la espalda del hombre, que no hizo movimiento alguno.

—¡Enhorabuena, soldado! ¡Habéis conseguido que muera! ¡No tengo más que inútiles a mi cargo! —exclamó el superior mientras se volvía hacia su caballo—. ¡Desencadenad al otro hombre!

Otro de los legionarios, que portaba una gran arandela con llaves, acudió hasta los dos presos y comenzó a buscar la que servía para abrir el grillete. Tras varios intentos fallidos, consiguió abrir el del muerto. Acto seguido, quitó la cadena la echó hacia el lado en el que estaba Antonino.

—¡Tú! —se oyó de nuevo la voz del decurión— ¡Levántate!

Antonino obedeció al instante, recuperando la total verticalidad y quedando frente al superior, que lo miró.

—¿Cómo te llamas?

—Antonino Quintus, decurión. Y soy legionario romano. Pertenezco a la II Pía Itálica.

El hombre lanzó una gran carcajada que imitaron los legionarios. El joven no sabía qué hacer ni qué decir. Permanecía en pie frente a ellos, mientras miraba cómo se reían de él en su propia cara.

—¡Muchacho! ¡Me has dejado de piedra! —dijo el decurión— ¡Mira que no haberme dado cuenta de que tenía entre esta partida de haraposos y maleantes a uno de los nuestros.

De nuevo volvió a reír de manera estruendosa.

—¡Y yo que pensaba que a estas alturas de mi vida ya no había nada que pudiese sorprenderme! ¡Me has caído bien, muchachito! Veo que tienes desparpajo y que eres listo. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Soy legionario romano y estoy en una misión que no puedo revelar. He sido traicionado por el centurión Tulio Plinio, que mató a mi compañero Manius Aquila.

—¿Tulio Plinio? —dijo el decurión—. Lo conozco. Un gran legionario. Lo que no entiendo es cómo tú estás mezclado con él.

—Ya se lo he dicho.

La conversación fue interrumpida por uno de los legionarios.

—Decurión, este hombre está apresado por haber querido matar al centurión Tulio Plinio. Quiso robarle cuando lo contrató para la misión que está llevando a cabo.

—Es verdad. Ya me acuerdo de aquel episodio. Veo —se dirigía de nuevo a Antonino Quintus— que eres espabilado y que te has quedado con nombres y situaciones. Y que hayas intentado cualquier cosa para salir de esta pocilga en la que a buen seguro te vas a pudrir y donde morirás. Alabo tu desparpajo y que intentes todo esto. Me has caído bien. No te voy a encadenar a ningún otro hombre. Pero ándate con cuidado. Las personas demasiado listas no me gustan. Piensan demasiado y tienen ideas propias. Así que compórtate y el viaje será mucho más cómodo para ti.

—Pero...

—¡Se acabó la conversación! ¡Da gracias a los dioses que no te he matado después haberme querido engañar! ¡Legionario! —gritó a uno de sus subordinados—. ¡Dadles algo de agua a estos hombres! ¡Descansaremos un rato y luego proseguiremos nuestra marcha hacia Roma!

Dicho esto tiró de las riendas de su caballo y lo hizo girar, alejándose al galope. Antonino Quintus vio cómo se desvanecía su oportunidad de librarse de aquella prisión. No le habían creído y, lo que era peor, tomaron sus palabras a mofa. Se sentía vilipendiado y humillado. Pero, sobre todo, frustrado por no poder continuar con el cometido que tenía encomendado.

—¿Hacia dónde te diriges?

Livia se asustó en un principio cuando aquel hombre la abordó en medio del callejón. Pensó en un primer momento que podría tratarse de alguien con aviesas intenciones. Se temió lo peor en un lugar por el que en esos momentos no pasaba nadie. No podría pedir ayuda alguna. Tampoco podía echar a correr en su avanzado estado de gestación. La noche envolvía todo y no conocía ni la ciudad ni ningún lugar donde guarecerse. Acudía camino de la casa que le había indicado el dueño de la fábrica de salazones pero escogió mal, a todas luces, el itinerario y ahora se hallaba frente a un hombre a caballo que podía hacer de ella lo que quisiese. Empero, una vez supo de quién se trataba, suspiró profundamente dejando escapar una sensación de alivio tremenda.

—Por lo que veo, andas perdida...

—No, no —respondió dubitativa, todavía turbada por este encuentro inesperado—. Me dirijo hacia una casa en la que me van a dar cobijo esta

noche.

Brucius Lurios desmontó del caballo y cogió un odre que contenía agua, ofreciéndoselo a Livia, que lo aceptó y comenzó a beber.

—Tenía razón el capitán —continuó el hombre—, eres una mujer valiente que sabe desenvolverse en cualquier tipo de situaciones.

—¿Eso ha dicho de mí?

—Es una persona que sabe analizar muy bien el comportamiento de los demás. No creas, aunque parezca una roca tiene sus sentimientos. Y está claro que los ha sacado a flote con respecto a ti durante esta larga travesía.

—Él ha sido quien me ha recomendado para que me den trabajo y un techo en el que descansar.

—Me lo imaginaba. Pero en tu estado va a ser difícil que puedas desarrollar tareas duras. Y esta ciudad, ahora mismo, lo que necesita son hombres fuertes para el puerto y los barcos. Tú has cumplido muy bien pero en tu situación...

Livia no le dejó terminar la frase.

—Mañana comienzo a trabajar en la fábrica de salazones. Su dueño es quien me ha buscado el alojamiento al que me encamino.

—Así que el capitán tenía razón, que sabes nadar contracorriente sin perder la noción del tiempo ni el lugar. ¿Sabes exactamente a dónde te diriges?

—A una casa justo al lado del Hospitium. Ya preguntaré cuando llegue.

—A estas horas no vas a encontrar a muchas personas por las calles. Yo vivo al lado del Hospitium. Si quieres, puedo llevarte y así no te pierdes más.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

La pregunta desconcertó a Brucius, que continuaba asombrándose de la valentía de la muchacha. Se dio cuenta durante el viaje por la forma de saber solucionar los problemas que podían presentársele con la tripulación. Pero ahora, en medio de una ciudad desconocida para ella, alejada de donde procedía y a punto de dar a luz, esa forma de manejar la situación le atraían poderosamente.

—Porque soy la única persona que conoces en Hispalis, además del dueño de la fábrica de salazones. Tengo una casa en ese lugar y, si no tienes inconveniente, puedes quedarte esta noche. No tiene la suntuosidad de un palacio pero estarás cómoda y mañana podrás acudir a trabajar y luego alojarte donde desees.

La proposición del segundo de a bordo no le pareció descabellada. También ella quedó sorprendida de que Brucius viviese allí. Pensaba que era hombre que estaba constantemente en la mar y que tendría fijada su residencia en

Roma o en alguna población cercana. Le dejó desconcertada lo que dijo de un palacio. ¿Acaso sabía de dónde venía? ¿Conocería las peripecias vividas desde que salió del puerto de Joppa o, peor aún, su condición de sirvienta de la emperatriz de Roma y Bizancio? Por unos momentos temió que pudiese ser descubierta por aquel hombre. Pero, por otra parte, ella se había encargado en todo momento de no revelar a nadie de dónde venía y cuáles eran sus intenciones. Por la forma de hablarle, se dio cuenta de que todo eran suposiciones suyas y que Bruccius, en verdad, estaba ofreciéndole ayuda.

—Está bien, pero sólo por esta noche. No quiero estar debiendo favores al primero que se presenta. Llevo un solo día en esta ciudad y ya se los debo, contigo, a tres personas.

La forma de expresarse de Livia y el tono de voz empleado ahora habían cambiado con respecto a unos minutos antes. De una actitud de reserva y defensa pasó a estar más relajada. Incluso, en un momento dado, Bruccius pudo atisbar en su rostro cierta complacencia.

—¿Crees que podrás subir al caballo?

La casa, efectivamente, se encontraba muy cerca del Hospitium. Desde sus ventanales podía divisarse el edificio. Era grande, con un atrio amplio presidido por una fuente y una pequeña alberca cuajada de peces de distintas especies. El patio central, porticado, servía de distribuidor de las habitaciones, en cuyas paredes exteriores se apreciaban ampulosos mosaicos. Sin duda alguna, debía de tratarse de la casa de un patricio, por lo que le chocó a Livia que fuese de Bruccius, que al fin y al cabo era el segundo de a bordo de un barco dedicado a transportar mercancías y animales.

—Seguro que estás preguntando si es de mi propiedad.

Se sorprendió la muchacha de aquellas palabras. Parecía que le acababa de leer el pensamiento.

—Así es. No creo que tu jornal dé para este tipo de lujos.

El hombre soltó una sonora carcajada.

—No andas descaminada, muchacha. No es mía sino de un patricio muy importante. No te conté en el barco toda mi historia. Procedo de Tunicia y me recogió una familia de pescadores. Eso es cierto. Pero cuando comencé a estudiar todo lo concerniente a los barcos y a su forma de llevarlos, conocí a un importante patricio que se dedicaba a los negocios del mar; quizá una de las personas más influyentes en todos los puertos del Imperio: Tito Sulla Drusus. También me tomó como un hijo y me dio las oportunidades precisas para que desarrollase mis inquietudes. Puso todo a mi disposición para que me

convirtiese en capitán de navío. Y eso es lo que he hecho. Lo único que ocurre es que no he querido ascender por imposición, sino por méritos propios. De ahí que sea, por ahora, segundo de a bordo. Si hubiese querido, la embarcación en la que hemos llegado desde Jerusalén a Hispalis la habría comandado yo, ya que es de esta persona. Pero como te digo no quiero trato de favor ninguno.

—Pues aquí sí que lo tienes —respondió Livia mirando a la fachada principal de la casa.

—No pierdes ni un solo detalle. Es como si fuese mi casa, pero no lo es. Puedes estar tranquila, nadie te va a decir nada. Podrás descansar el tiempo que quieras. Supongo que querrás comer algo...

Dicho esto, abrió la puerta principal y ambos entraron hasta el patio. Le llamó la atención a Livia la gran cantidad de flores que se esparcían por todos los rincones, dotando al lugar de una frescura y un remanso de paz extraordinarios. El sonido del agua le produjo cierto relajó y no pudo evitar, por unos instantes, cerrar los ojos y acordarse de aquellas noches en Roma al lado de la emperatriz Flavia Iulia Helena antes de dormir, cuando todo era silencio en las estancias del palacio y sólo el ruido del agua al caer a las fuentes rompía, de forma calmada, la paz que reinaba en todo el entorno.

—¡Fabio! ¡Por todos los dioses! ¿Acaso no has oído la puerta? —gritó de pronto Bruccius.

Al momento salió de una de las puertas laterales un joven. No tendría más de veinte años. Era muy alto y algo delgaducho. Vestía una túnica corta y llevaba el pelo, color azabache, muy corto. En su muñeca izquierda portaba un brazalete de cuero que le llegaba hasta el antebrazo. Atravesó el patio en cuestión de segundos y al llegar a la altura de ambos hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Perdonadme, señor. Estaba descansando. No os he oído entrar. ¿Tenéis el caballo fuera?

—Así es, Fabio. No te preocupes. Luego manda a un hombre a que se haga cargo de él. Lo primero que quiero es que traigas algo de comer para esta muchacha, que se encuentra hambrienta. Y prepara una de las habitaciones de los invitados para que pueda descansar.

—Así lo haré, mi señor. ¿Deseáis algo de vino?

—Sí, trae una jarra bien fría. Esta noche hace calor y ya sabes que esta ciudad es horrorosa en esta época.

El sirviente desapareció enseguida por la puerta por la que hizo acto de

presencia. Bruccius se dio cuenta de que la forma en la que le habló al muchacho no fue del agrado de Livia.

—No te preocupes. Es un buen sirviente. Y lo tengo en alta estima. Lo que ocurre es que hay que espabilarlo, como al resto, para que no se duerma en los laureles. Así me lo enseñó su dueño, el propietario de esta casa. Anda, ven y recuéstate para que descanses.

Espero a que le indicase el sitio y a que también hiciese lo mismo. Enseguida apareció una joven que portaba una bandeja con frutas que se la ofreció a Bruccius.

—Está bien, puedes retirarte.

Acto seguido, de nuevo entró Fabio con una jarra y dos copas. Dio una a cada uno de ellos y vertió el vino, primero, en la de su amo. Luego hizo lo mismo en la de Livia. Sin decir una sola palabra, depositó la jarra en la pequeña mesa que estaba entre ambos y se marchó. Livia dejó la copa en la mesa y, en cambio, tomó un racimo de uvas.

—¿No bebes?

—No me gusta el vino.

—Puedo hacer que te traigan otra bebida.

—Prefiero comer.

Se hizo el silencio por unos instantes. Mientras ella comía las uvas, Bruccius bebía de la copa hasta acabársela. Tomó la jarra y vertió más contenido. Volvió a beber con fruición.

—Éste es de los mejores vinos que pueden tomarse por aquí. Proviene de las vides que hay a las afueras de la ciudad, cerca de Itálica. Me imagino que no conoces Itálica.

—Es la primera vez que estoy en Hispania y en Hispalis.

—No te preocupes. Dentro de unos días, cuando te hayas asentado, te llevaré a ver esa ciudad. Está muy cerca y es una delicia para los sentidos. ¿Sabías que allí nacieron los emperadores Adriano y Trajano?

—Algo había oído, pero no sabía muy bien dónde estaba ese lugar.

—Te adelanto que mi mecenas también tiene allí una villa. Y mucho más amplia y grande que ésta.

—Por lo que me dices, eres un hombre afortunado...

—No me puedo quejar, Livia. Pero pronto volveré a embarcar. No oculto que me encantan todos estos lujos, pero la mar me atrae una enormidad. No puedo pasar mucho tiempo en tierra. Necesito oler el salitre, ver cómo chocan las olas en la quilla del barco y cómo rompen hacia arriba. Es una sensación

que me ha atraído desde que tengo uso de razón.

—¿Embarcarás en la misma nave?

—Por supuesto. Si no estoy equivocado, ahora habrá que llevar animales a Roma. La ciudad está en fiestas y se van a prolongar al menos durante varios meses.

—¿Y a qué se debe esa circunstancia? —preguntó Livia con cierta inquietud.

—¿Acaso no lo sabes? La emperatriz ha arribado a la ciudad con un trozo de la madera en la que, según dice, murió ese hombre al que llaman Jesús y que, por lo visto, es milagrosa. Es su nuevo dios, que lo está imponiendo por encima de todos los nuestros. A mí, particularmente, me da igual con tal de que el Imperio siga adelante. No soy hombre que indague mucho ni se preocupe por la religión. Si la emperatriz está contenta con ello, todos contentos.

Las palabras de Bruccius hicieron que sintiese un repelús por todo el cuerpo. Su domina se encontraba en Roma. Había cumplido lo prometido. La sentía mucho más cerca ahora. Se la imaginaba en la ciudad, mostrando a los senadores y patricios el hallazgo. Pero también al pueblo llano, a aquellos que la seguían ciegamente porque confiaban en ella. Se compadeció de sí misma y se maldijo por haber huido, por abandonarla cuando más la necesitaba a su lado. Se sintió, nuevamente, culpable de lo realizado y en su interior le pidió perdón. Sabía que no había vuelta atrás en su decisión. Ya estaba en Hispania. No sabía si volvería a ver a Antonino pero su corazón le decía que sí, que tarde o temprano se encontrarían. Sin embargo, el remordimiento por haber abandonado a la emperatriz avivaba su sensación de angustia. ¿Cómo podría hacerle ver que la quería y respetaba y que esta decisión se debía única y exclusivamente a un juramento que se hizo para restablecer su honor mancillado por aquel centurión maldito que quiso acabar con sus ilusiones y anhelos, con su vida en definitiva? No podría volver a estar delante de su señora hasta que no alcanzase su objetivo. Las palabras de Bruccius y su inminente partida hacia Roma hicieron que dudase. «¿Y si me embarco con ellos de nuevo y acudo al encuentro con la emperatriz? Sí, le puedo contar lo que me ha sucedido y ella lo comprenderá a la perfección. Me tiene en estima, como a una hija, y sé que en cuanto me vea me perdonará. Pero ya no volverá a ser lo mismo. Llevo en mis entrañas a una criatura. Y tiene un padre que quiero que la conozca. Si marchó a Roma perderé esa oportunidad. En cambio, si me quedo aquí, sé que lo volveré a ver».

Las dudas le agobiaban. No era una mujer que se dejase llevar por impulsos, pero ahora estaba en una encrucijada realmente difícil de resolver. Quería

estar al lado de su emperatriz, sentir su calor y su cariño. Pero, por otra parte, necesitaba encontrar a su amado y compartir el resto de su vida con él.

—Te veo distraída, como si tu mente estuviese fuera de aquí.

Las palabras de su anfitrión la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Conoces la historia de esa madera de la que hablas? —preguntó Livia.

Se sorprendió Bruccius por aquella salida.

—¿Acaso tú sí?

—Yo la he visto.

El hombre se levantó de su asiento y se acercó hasta al altura de Livia.

—¿Quién eres, por todos los dioses? No conozco mujer más enigmática que tú. Vienes de Joppa, donde embarcaste con nosotros. Aparte de ello, no sé nada más de ti. Y ahora me dices que has visto un trozo de madera que parece puede cambiar nuestro modo de vida romano.

—Es milagrosa. Te lo puedo asegurar. La he tocado con mis manos y he sentido la fuerza que contiene en su interior. No sé si en ella habrá muerto ese Jesús que tanto ama la emperatriz. Pero sí estoy convencida de que esa madera irradia algo que no es normal.

—¿Qué secretos guardas, Livia, que no soy digno de saber? ¿Tanto tienes que ocultar de tu anterior vida para que te encuentres aquí, lejos de donde estabas? ¿De quién o quiénes huyes? ¿Acaso no te he dado muestras de que puedes confiar en mí? Durante todo el viaje he sido respetuoso contigo. Incluso intercedí por ti ante el capitán en alguna ocasión. Y ahora, te ofrezco mi casa, mis esclavos, mi comida... ¿no ves que no quiero hacerte daño?

—No huyo, estoy buscando a un hombre.

Bruccius la tomó de las manos y la invitó a que se levantase.

—Ven, vamos a dar un paseo por el patio. Luego te enseñaré el resto de las dependencias de la casa. No quiero que me cuentes nada si te vas a sentir mal. Sólo puedo decirte que en mí puedes depositar tu confianza.

Comenzaron a andar. Bruccius quedó en silencio a la espera de que fuese ella quien hablase. Llegaron hasta la pequeña alberca. Livia contempló a los peces que, quietos, tan sólo movían de vez en cuando, de manera sutil, las colas. Le llamaron la atención los de color anaranjados. Eran grandes.

—¿Qué peces son? —preguntó.

—Carpas. Son muy típicas de aquí y tienen un sabor exquisito. Si te apetece, puede decir que te preparen una.

—El hombre del que te hablo es legionario. Se llama Antonino Quintus y es el padre de la criatura que llevo dentro.

—¿Te forzó, quizá?

Aguantó antes de responder y pensó muy detenidamente lo que iba a contestar.

—No, él no.

—Así que hay otro hombre que sí lo hizo.

Ahora calló por completo Livia. Acababa de dar un paso decisivo y, seguramente, trascendental en su vida y en su futuro. Sabía que aquella relevación podía costarle algo más que el niño que llevaba en su vientre. Pero se sentía cansada de tener que guardar silencio. No sabía por qué, pero Bruccius Lurios le inspiraba confianza. Como él mismo le había dicho, en todo el tiempo que estuvieron juntos en el barco nunca fue más allá de lo que era entablar una conversación. Se sentía en deuda con él, sobre todo por todo el esfuerzo y el interés mostrados. De no ser por aquel hombre ahora estaría en un cuarto, quizá maloliente, de una casa esperando a que amaneciese para iniciar una nueva vida en Hispalis.

—Soy sierva de la augusta emperatriz Flavia Iulia Helena. Yo estaba con ella cuando descubrió en Jerusalén la que llama la Vera Cruz de Cristo. He huido de su lado buscando a dos hombres: uno es al que amo, otro es quien me violó. Al primero quiero decirle que tiene un hijo. Al segundo, espero matarlo.

Bruccius se paró en seco. Otra vez le sorprendía aquella muchacha de pelo rojizo que aparentaba ser débil y grácil y que, en cambio, en su interior almacenaba una fuerza cuasi sobrenatural.

—Estaba convencido de que no podías ser una mujer cualquiera. Tus formas siempre te han delatado y tu manera de desenvolverte no era normal. Lo que me extraña es que hayas conseguido llegar hasta aquí sola. ¿Sabes si la emperatriz te busca? Podrías ser detenida y ejecutada si te encuentra la Legión.

—No creo que me esté buscando. Es más, pienso que se habrá olvidado de mí a estas alturas. Le habré causado dolor, mucho dolor, pero supongo que ahora está en otros cometidos que le tienen mucho más preocupada que dar con una esclava a la que consideraba como hija suya y que le ha traicionado.

—Estás muy segura de lo que quieres.

—Nunca lo he estado tanto.

—¿Y qué piensas hacer?

—Seguiré esperando mi momento.

—¿Crees que esos dos hombres pueden estar aquí?

—Es lo que quiero pensar. Partieron de Jerusalén con una misión muy

concreta que les debe traer hasta estas tierras. Por eso estoy aquí.

—¿Sabe tu amado que el hombre al que acompaña abusó de ti?

—No. Se lo diré cuando llegue el momento. Y ese momento será cuando lo mate.

—Te admiro, Livia. Y te doy las gracias por lo que me acabas de contar. Puedes confiar en mí. Sigo ofreciéndote mi casa. No tienes por qué ir mañana a trabajar a la factoría de salazones. Aquí puedes esperar el tiempo que quieras.

—Te lo agradezco de corazón, pero quiero valerme por mí misma. Si no, no tendría sentido todo esto. Te quiero pedir un último favor.

—Tú dirás.

—Quiero que cuando llegues a Romas hagas todo lo que esté en tus manos por ver a la emperatriz Flavia Iulia Helena.

XXIII

—Nos atacan! ¡Nos atacan por el flanco sur!

La voz de alarma sorprendió a todos durmiendo. Del calor del día se pasó a cierto frío una vez anocheció. Las hogueras que se encendieron aliviaban, en cierta medida, el relente de la noche. Los hombres se esparcían por la tierra, buscando el calor del fuego. Los legionarios, una vez el decurión estableció que ése era el lugar idóneo para acampar y pasar la noche, comenzaron a cavar para hacer trincheras y también pequeñas empalizadas por si se producía algún escarceo de vándalos. Aunque era sólo una noche la que pasarían allí ya que al día siguiente, antes de que se pusiese el sol, entrarían en Roma, no estaba de más que se siguiese todo el protocolo establecido por la Legión cuando se hacía una parada que duraba toda la noche.

La tiendas de los soldados se dispusieron de manera paralela y con la suficiente separación para que, en caso de ataque, no se pudiesen abarcar fácilmente. Igualmente, los centinelas se apostaron en los cuatro puntos cardinales, distanciados del campamento y en una zona alta para poder advertir la presencia de cualquier elemento distorsionador, ya fuesen personas o animales. Es verdad que estaban relativamente cerca de la ciudad, pero también lo era que en esos momentos el Imperio daba signos de resquebrajarse por muchos sitios, y uno de ellos eran las Legiones. En todo caso, los bárbaros que se aventuraban a atacar a una patrulla romana tenían que estar muy convencidos de que lograrían la victoria. Ya lo habían hecho en varias ocasiones y cada vez se mostraban más proclives a escarceos guerrilleros contra patrullas no demasiado grandes en cuanto a hombres.

Los gritos del centinela hicieron que todos, soldados y presos, se despertasen sobrecogidos. El decurión salió de su tienda semidesnudo pero empuñando su gladius. Casi todos los legionarios estaban en su misma situación.

—¡A los caballos! ¡Quiero a todos los hombres en sus caballos! ¡Hacia el flanco sur pero sin descuidar los otros! ¡Puede tratarse de una trampa!

Los soldados corrieron, unos a pie y otros ya en los caballos, hacia el lugar donde provenían los gritos de quien dio la voz de alarma. Mientras, los presos, al estar encadenados de dos en dos, comenzaron a hacer una especie de círculo, apiñados unos y otros de tal manera que podían ver si eran

atacados por cualquier sitio.

Por la zona sur, efectivamente, avanzaban al galope una treintena de hombres blandiendo espadas, lanzas y otras armas. Estaban casi encima del campamento cuando el centinela los divisó. Se habían acercado con enorme cautela entre los arbustos, descabalgados y sin hacer prácticamente ruido alguno. Conocían perfectamente el terreno en el que se desenvolvían. Seguramente habrían estado siguiendo a la caravana desde que salió de Ostia, esperando el momento oportuno para echárseles encima. Tendrían que cogerlos desprevenidos. Y la mejor forma de hacerlo era por la noche, mientras dormían. Aunque los vigilantes estaban situados en una zona alta, si no eran descubiertos hasta casi prácticamente estar junto al campamento tenían muchas posibilidades de éxito.

El ruido ensordecedor de los cascos de los caballos avanzando a ritmo vertiginoso hacia la posición del flanco sur hizo que el centinela retrocediese de forma impulsiva. Los tenía casi encima y los gritos desaforados y salvajes de aquellos hombres lo desbordaron. Hasta ese punto llegaron varios legionarios a caballo para intentar contrarrestar el ataque por sorpresa. Pero no eran suficientes. Los asaltantes venían en masa y a una velocidad muy superior a la que traían los soldados. El choque entre ambas formaciones produjo estragos en la formación romana. Espadas, lanzas e incluso flechas que cayeron del cielo de manera inesperada hicieron caer de sus caballos a los legionarios.

Los gritos de dolor y los alaridos previos a la muerte se dejaron oír por todo el contorno. El decurión, que había acudido a la zona oeste del improvisado campamento, pudo ver horrorizado cómo sus hombres eran masacrados en cuestión de segundos.

—¡Vamos, hacia el flanco sur! ¡Debemos contener el asalto!

Los soldados que iban a pie corrieron hacia ese lado. Uno de los centuriones al mando se puso delante de ellos.

—¡En formación de tortuga! ¡Rápido!

La orden se ejecutó al momento y la decena de legionarios levantó sus escudos por encima de las cabezas y por los cuatro costados, de manera que formaron una especie de caparazón de tortuga que, en cierta medida, tendría que paliar el ataque. Empero, la embestidas de aquellos hombres, totalmente fuera de sí y sedientos de sangre, resultó mortal de necesidad: los escudos no pudieron parar el violento y fortísimo embate que dieron los asaltantes. Escudos, corazas y armas saltaron por el aire entremezclado todo con la

sangre que salpicaba todo el entorno. Más gritos de angustia que se hacían aún más presentes al contemplar brazos, piernas y cabezas desgajados de las partes centrales del cuerpo.

Como un ciclón arrasaron los vándalos a la formación, quedando casi todos tendidos en la tierra bañada en sangre. Los pocos que aún quedaban en pie, tambaleándose, vieron cómo sus verdugos tiraban hacia atrás de las bridas de los caballos, daban la vuelta y, de nuevo, iniciaban el ataque para desarbolar por completo la resistencia que pudieran ejercer los maltrechos legionarios.

No dio tiempo a casi nada. La segunda embestida, ya sin la protección de los escudos, hizo saltar en pedazos los cuerpos. El decurión, horrorizado, miraba a un lado y a otro intentando que sus hombres, los pocos que quedaban con vida, se reorganizasen.

—¡Hacia ellos, soldados! ¡Intentad hacerlos caer de los caballos!

Una orden que no sólo no surtió efecto sino que sirvió para que un grupo de los vándalos galopase hasta ellos y, blandiendo sus armas con extraordinaria destreza, fuesen acabando con la vida de todo aquel legionario que se interponía a su paso. Una lucha encarnizada, sin cuartel y que diezmó en minutos a la patrulla del Ejército romano. Era imposible hacer frente a aquella manada de hombres de ojos desorbitados que gritaban haciendo que los chillidos se incrustasen en el interior de quienes estaban siendo atacados y muertos.

Los presos continuaban apiñados y no se movían. Lo intentaron algunos pero los movimientos eran torpes al estar encadenados. Veían, desde su posición, cómo los legionarios iban cayendo, cómo morían a manos de unos hombres que no tenían el mínimo atisbo de piedad, que no dejaban a ninguno con vida y que se ensañaban de manera virulenta con todos y cada uno de ellos hasta verlos cómo se les escapaba la vida por sus bocas, por sus ojos.

Antonino Quintus, desesperado, se preparó para morir. «En cuanto hayan acabado con los soldados vendrán a por nosotros. Es el fin», se dijo para sí mientras entornaba los ojos e intentaba abstraerse de los gritos de horror que se iban agigantando con el paso de los minutos.

De pronto, un chasquido que le pareció familiar hizo que abriese los párpados y agrandase las pupilas. En ese momento posó los ojos en el decurión, que horas antes prácticamente le había perdonado la vida cuando intentó convencerle de que era como ellos, un legionario que fue traicionado por un centurión. Fue cuando el decurión le salvó de morir. Ahora, en cambio, veía, a escasos metros suyos, cómo la cabeza de aquel soldado salía disparada

hacia arriba, desprendida del cuerpo al ser segada de raíz por una poderosa espada que manejaba uno de los hombres a caballo. Contempló sin creérselo cómo el cuerpo quedaba, por unos instantes, el pie. En su mano derecha mantenía el gladius. Pero, en unos segundos, ese cuerpo que ya no soportaba sobre sus hombros la cabeza del decurión, se derrumbaba por completo cayendo a plomo en la tierra. Le sorprendió el sonido al chocar contra el suelo y la forma en que voló la espada unos dos metros para volver a caer y quedar clavada en el suelo.

El hombre que se llevó por delante al decurión paró en seco su caballo, que elevó las manos a la par que daba un relincho que pudo ser oído por todos. Acto seguido, alzó la ensangrentada espada.

—¡Victoria! ¡Victoria!

Aquellas dos palabras hicieron que, de pronto, todos quedasen inmóviles. Sus hombres continuaban aniquilando a los soldados, sin compasión alguna. En verdad debían quedar ya muy pocos vivos. Éstos, cuando oyeron los gritos de quien parecía ser el jefe de los asaltantes, se rindieron a la evidencia. Con el decurión muerto, no tenían ya nada que hacer. Tiraron sus armas y se dispusieron a lo peor.

—¡Quietos todos!

De nuevo era aquel hombre a lomos de su caballo quien hablaba a sus hombres. Contempló el paisaje que quedaba después del fragor de la batalla que, a qué dudarlo, casi no encontró resistencia en sus contrincantes: cuerpos destrozados, gemidos de dolor, sangre por todas partes... un ataque cruento y mortal que no había durado ni quince minutos pero que sirvió para descabezar por completo a aquella patrulla romana que no pudo, ni de lejos, hacer frente a sus enemigos.

El silencio se apoderó del lugar, tan sólo roto por los gritos de angustia de quienes se hallaban heridos. Espoleó al equino y avanzó entre el amasijo de armas, miembros cortados de raíz y tierra rojiza por la sangre derramada. Miró a su lado derecho; luego al izquierdo. Y después al frente. Continuaba con la espada en alto, jadeante, exhausto por el esfuerzo realizado. Pero en su rostro Antonino vislumbró una pequeña sonrisa de complacencia. Era el semblante de un vencedor pero también de alguien que acababa de consumir una venganza. Sus ojos enrojecidos de ira no se posaban en ningún lugar en concreto. Miraban, sí, a todos y cada uno de los hombres que se mantenían en pie, pero no se fijaban en nada ni en nadie. Los pómulos aparecían manchados de la sangre que le salpicó de sus enemigos al ser abatidos, lo mismo que su

poblada barba negra que dejaba mostrar algunas canas.

Paró de nuevo el caballo en seco. Ahora bajó la espada y se digirió a varios de sus hombres.

—¡Hemos vencido!

Esa frase hizo que todos los demás alzasen sus brazos, elevaran sus armas hacia el cielo y prorrumpiesen en un sonoro y escalofriante grito al unísono. La macabra escena se dibujaba en el crepitar de las hogueras que iluminaban el campo de batalla.

—¡Matad a los heridos y apresad a los que queden con vida!

Una orden que se cumplió en cuestión de segundos. Varios hombres fueron pasando por delante de los cuerpos que yacían moribundos, hundiendo en cualquiera de sus partes espadas y lanzas. Más alaridos se dejaron oír, aunque fueron los que provenían de los estertores de la muerte. No hubo compasión alguna, no hubo piedad para aquellos que, aún con vida, intentaron hacerles frente.

Antonino se horrorizó al contemplar aquella escena. Hombres a sangre fría asesinando a otros que no tenían posibilidad de defenderse. Hombres heridos que luchaban por mantenerse en pie, por no dejar escapar el último aliento. Pero los atacantes fueron matándolos uno a uno. Con una rapidez extraordinaria. No parecían ser soldados. Más bien bárbaros sin ningún adiestramiento militar pero duchos en el manejo de las armas. No entendían de estrategias a la hora de enfrentarse en un campo de batalla y se dejaban guiar por sus instintos. Pero había algo en ellos que les diferenciaba de los legionarios: luchaban por una causa. Y eso era fundamental para no arredrarse nunca, seguir hacia delante y fulminar a todo aquel que se encontrasen en su camino. Era, en definitiva, lo que acababan de consumir ante una patrulla romana delante de sus ojos.

—Puede que corramos la misma suerte que esos soldados —le dijo Antonino a uno de los presos.

—No lo creo —respondió—. Ellos quieren la sangre de Roma y de los hombres que la representan. Nosotros sólo somos unos miserables que no tenemos dónde caernos muertos. En cierta forma, nos han devuelto a la vida.

—¡Recoged escudos, espadas y armaduras! ¡Todo aquello que nos pueda servir! ¡Y desnudad por completo a los soldados que hayan sobrevivido!

El barbudo jefe, sin desmontar del caballo, daba órdenes e instrucciones precisas a sus hombres, que comenzaban a apilar todo el material haciendo un montón. Un poco más tarde apareció por el mismo flanco sur por el que

atacaron un gran carrozón. En él se fue depositando el botín obtenido de aquella batalla.

Fue entonces cuando el jinete avanzó hacia donde estaban los presos. Se paró justo delante de ellos. Los contempló durante un rato y, finalmente, habló.

—¿Quiénes sois vosotros y qué habéis hecho para ser prisioneros de Roma?

La práctica totalidad de ellos permanecía con la cabeza agachada, evitando la mirada desafiante del hombre. Nadie se atrevía a responder. Antonino sopesó, en cuestión de segundos, la situación. Era el momento preciso para liberarse de aquel infierno. Pero tenía que ser hábil y no parecer, a los ojos de aquel bárbaro, como un listo. Se decidió a hablar.

—Los legionarios que acabáis de dar muerte nos llevaban hacia Roma. Íbamos a participar en juegos de lucha en nombre de la emperatriz.

El hombre miró a Antonino. Luego echó una visual al resto de presos.

—¿Vosotros participar en luchas? ¿Acaso no se ha dado cuenta el Ejército romano que no podríais ni sujetar un palo de madera? ¡Estáis medio muertos! —y soltó una gran carcajada que hizo que sus subordinados le siguiesen.

—Era nuestro destino —interrumpió Antonino, ya más calmado y seguro de sí mismo—. Hasta que habéis llegado vosotros y, en cierta medida, acabáis de romper estas cadenas.

—Eres persona hábil en la palabra. No creo que seas un harapiento ladrón que haya robado en las despensas de un cuartel o en una taberna. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Antonino Quintus —tragó saliva antes de seguir—. Y antes de ser apresado era legionario romano. Pero una traición hizo que diese con mis huesos en una mazmorra lúgubre y a las puertas de una muerte más que segura. Todo lo que soy está aquí, al lado de estos hombres, muchos de los cuales no llegarán a su destino.

—Roma, su Imperio, se resquebraja por completo —respondió el jefe—. Buena prueba de ello sois vosotros, almas perdidas cuya finalidad es acabar siendo pasto de diversión para patricios y senadores. En eso Roma es especialista. Ella misma se está matando.

—No seré yo quien os lo discuta. Pero sí es verdad que con vuestra hazaña, habéis hecho que se tambalee algo más la base de ese Imperio.

—¡Soltadlos! —gritó de repente—. ¡No quiero a ningún hombre, en mi presencia, encadenado! ¡Sois libres para hacer lo que os dé la gana! ¡Si alguno de vosotros quiere, puede unirse a nuestro grupo! ¡Será bien recibido, no le faltará comida ni bebida y, si lo desea, puede seguir combatiendo a los

romanos!

Antonino comprendió que podría continuar con su misión. Había revelado su condición de soldado pero aquel hombre se mostraba magnánimo con todos, incluido él. Al cabo de un rato, las cadenas estaban cortadas y los presos libres de sus ataduras. De nuevo el jefe le habló.

—¿Qué vas a hacer? Por lo que me has contado, tienes muchas razones para querer vengarte del Ejército romano...

Se tocó los tobillos, masajeándolos lentamente para intentar paliar el dolor producido por los grilletes.

—Mi guerra no está al lado de vosotros. No os lo toméis a mal, pero necesito encontrar a una persona y darle muerte. Y la mejor forma de hacerlo es yendo solo a buscarlo hasta encontrarlo.

—Tienes las ideas muy claras y te veo seguro de ti mismo. Pero lamento decirte que en tu estado no podrías recorrer ni una legua.

—Sólo os pido tres cosas: comida, un caballo y un arma. Y poder descansar algo. Mañana me pondré en camino.

—Tendrás lo que pides, muchacho.

El sonido del agua de la fuente le despertó. Comenzaba a vislumbrarse que llegaba el día aunque todavía el cielo dibujaba ese azul oscuro que comienza a clarearse poco a poco, sin prisas, pero sin detenerse. Cayó rendida en la cama y aunque estaba realmente cansada de tantas emociones en tan solo un día, a Livia le costó trabajo quedarse dormida. No podía dejar de pensar en todo lo que le había sucedido y que en menos de un año se encontrase lejos de su querida emperatriz y que fuese a tener un hijo. Ahora, en Hispalis, debía comenzar una nueva vida para ella. Quizá mucho más difícil que la que llevó hasta que se se cruzó en su camino Antonino. Pero estaba dispuesta a seguir adelante, a pelear con todas sus fuerzas y a triunfar. «No puedo fallar ni fallarle a él. Haré lo imposible por que todo vaya bien. Sé que lo voy a conseguir. Quien me acompaña en el vientre lo merece más que nadie. Se lo debo a los dos».

Entreabrió los ojos y pudo ver, más allá del amplio ventanal por el que la brisa fresca entró durante toda la noche, cómo amanecía. Se levantó parsimoniosamente y hundió sus manos, en forma de cuenco, en una palangana que contenía agua. Se la echó en la cara en varias ocasiones y se sintió despejada. Tomó una túnica algo más vieja que la que vestía el día anterior y se la puso. Se ajustó el cingulo sin apretarlo demasiado por debajo de la barriga, dejando que se viera bien el volumen de su vientre. «Queda poco para

que estés a mi lado. Y si los dioses nos son propicios, no habrá de pasar mucho tiempo para que nos encontremos con tu padre».

Atravesó el dintel que separaba su habitación y se plantó en el pasillo porticado que rodeaba todo el patio central. La luz, que comenzaba a entrar por la parte alta del mismo, le confería un aspecto mucho más alegre que el de la noche anterior. Contempló de nuevo las plantas y flores que salpicaban todo el lugar; las decenas de colores de éstas entremezcladas y ese olor a tierra mojada que despedían las vasijas en las que estallaban los pétalos.

El agua seguía cayendo de manera rítmica y placentera. El sosiego estaba instalado y se sintió mucho más animada. Debía de ir hasta la fábrica de salazones cuanto antes. No quería que nadie, y menos el dueño, pudiese echarle en cara algo. Se dispuso a dirigirse hacia la puerta principal de la casa cuando una voz hizo que se detuviese en seco.

—Espero que hayáis descansado.

Era Fabio, el fiel sirviente de Bruccius Lurios. Acaba de aparecer por una de las puertas laterales. Llevaba consigo una bandeja con fruta. Se acercó hasta ella.

—No es conveniente trabajar sin tener el estómago lleno. Y menos en vuestro estado. Os debéis alimentar por dos.

—Os lo agradezco, pero debo marcharme...

No le dio tiempo a terminar la frase. Fabio la interrumpió.

—No os preocupéis. Comed algo —dijo ofreciéndole la fruta—; yo os llevaré después a la factoría.

—¿Y por qué habréis de hacer eso por mí?

—Mi amo quiere que os cuide. Andando hay un largo trecho y dentro de poco las calles de Hispalis estarán llenas de viandantes, comerciantes y puestos. Os será difícil llegar hasta allí. Iremos en un carro que tengo ya preparado.

Dejó la bandeja en una de las mesas, se dio media vuelta y desapareció por la puerta que había salido. Livia no pudo responder de nuevo. No quería que nadie se apiadase de ella. Necesitaba valerse por sí misma. Estaba dispuesta a abandonar esa casa e instalarse donde le ofreció el dueño de la factoría. Con el jornal que ganase podría alimentarse y pagar el hospedaje. No le hacía falta, en ese momento, más. Sin embargo, comprendió que lo mejor era acceder al ofrecimiento de Bruccius e ir hasta su puesto de trabajo, sólo por esa vez, acompañada por Fabio.

Tomó una manzana. Tenía un color rojizo brillante. Le dio un primer

mordisco y le supo a gloria. Estaba fresca, como recién cogida del árbol. El sabor dulce se entremezcló con la saliva y le produjo una agradable sensación. Repitió la acción en varias ocasiones, masticando lentamente cada bocado. Así hasta llegar prácticamente al corazón del fruto. Luego, tomó un pequeño racimo de uvas, de un color guinda intenso, y fue saboreándolas una a una. Eran auténticos manjares. No recordaba frutas tan frescas y dulces en mucho tiempo. Al poco se sintió llena y saciada. Hizo bien en atender el ofrecimiento del criado. Ahora notaba que las fuerzas le acompañaban mucho más y mejor. No le dio tiempo a pensar nada más.

—¿Estáis preparada para marchar? —preguntó Fabio mientras, con el brazo derecho, le indicaba la puerta por la que debían salir.

Como le dijo con anterioridad, las calles, a esas primeras horas del día, ya estaban infestadas de gente. Un bullicio alegre pero sereno. Parecía que cada uno de los que por ellas transitaban sabía por dónde debía andar para no tropezarse con otros ni obstaculizar el paso de caballos y carruajes. Le sorprendió la actividad desplegada por comerciantes, vendedores de cualquier género y, sobre todo, los rostros de las personas. En ellos se reflejaba ganas por hacer cosas; no parecían demasiado preocupadas. «Un carácter bien distinto al que dejé en Jerusalén, aunque allí también podía encontrarme con hombres y mujeres que se aferraban a la vida», pensó Livia mientras no dejaba de mirar de un lado a otro, fijándose en todos los detalles. No quería que se le escapase ninguno. Aquella ciudad irradiaba alegría en todos sus rincones.

El sol iba subiendo y a medida que lo hacía se dejaba notar el calor. Pero ello no mermaba el ritmo de los viandantes y de cualquiera que pusiera un tenderete a pie de calle. Volvió a llamarle la atención que hubiese hombres, entremezclados los adultos con otros más jóvenes, que jugaban a pie de calle en las distintas piedras que jalonaban el camino. Juegos de mesa en los que podían hacerlo dos, tres o cuatro personas, mientras que otras tantas, de pie, contemplaban el desarrollo de las partidas.

El carromato fue avanzando por la zona oeste de la ciudad, la que se encontraba más cercana a una muralla. Reconoció la calle: fue en la que se encontró con Bruccius Lurios la noche anterior. «Sola, seguramente, hubiese tardado una eternidad en llegar hasta la fábrica de salazones».

Fabio avanzaba lentamente por entre la gente. Muchos le saludaban a su paso. Sin lugar a dudas, no era un sirviente cualquiera. Eso lo sabía a la perfección Livia, que lo comprobó muchas veces estando al lado de la emperatriz. Incluso algunos se acercaban hasta la altura del muchacho y

andaban a su lado.

—Veo que hoy has salido pronto de la casa, Fabio. ¿A qué se debe tu presencia tan temprano? —preguntó una mujer que llevaba entre sus brazos un gran cántaro.

—Decisiones de mi amo —respondía él sin dejar que el caballo se parase.

—Está visto que Hispalis es una ciudad en la que todos os conocéis —dijo Livia tras un rato de viaje.

Ella se había situado al lado de Fabio, en el pescante, a pesar del requerimiento de éste de que lo hiciese en la parte trasera. Pero Livia no consintió ser más que aquel muchacho que, al fin y al cabo, era de su misma condición y se dedicaba a lo mismo: a servir.

—No me costó mucho aclimatarme a la forma de vida de aquí —respondió sin dejar de mirar hacia delante—. Son gente sencilla pero alegre, que le gusta conocer a las personas, intimar con ellas. Saber de su vida, en definitiva.

—Por tus palabras, deduzco que no eres de aquí.

—Así es. Procedo de Roma, de donde me trajo mi señor cuando se estableció en Hispalis de forma continuada. Es verdad que él está siempre viajando, pero mantiene abierta la casa todo el año. Y tiene mucho trabajo. Ya me he acostumbrado a esta forma de vida: más provinciana si que quiere, pero todo más humano y cercano. La gente te conoce, habla contigo y, si puede, te ayuda. Roma es gigantesca y siempre hay que estar alerta por cualquier cosa, sobre todo las conspiraciones.

Dicho esto último soltó una pequeña carcajada, tiró de las riendas e hizo que el caballo avanzase algo más deprisa.

—¿Y al protegido de tu señor? ¿Cuánto hace que le conoces?

—El tiempo suficiente para saber que es una persona honrada y trabajadora. Nadie le ha regalado nada. Ha tenido la fortuna de encontrarse en el camino con mi amo, y eso le ha abierto muchas puertas. Pero todo lo que tiene se lo ha ganado a pulso. La gloria que le espera no debe tardar en llegar.

Dejaron a su izquierda la zona portuaria. También allí se respiraba una gran actividad, como en toda la ciudad. Tal y como le dijo Fabio, a Livia le pareció Hispalis, ahora a la luz del día, una ciudad acogedora y cercana, abierta al forastero. Estaba convencida de que podría rehacer su vida sin ningún tipo de problemas y que si los dioses se ponían de su lado, sería el lugar ideal para criar a su hijo. En compañía del hombre al que amaba, por descontado.

Subieron hacia la parte norte de la ciudad. El olor a pescado en ese lugar se hacía mucho más presente. Cruzaron por una de las calles perpendiculares que

desembocaban en el puerto y tras girar por otra más angosta pero no menos transitada, llegaron por fin al edificio de la fábrica de salazones.

Fabio detuvo el carromato y de un salto ágil bajó del pescante. Pasó por delante del caballo y se situó al lado de Livia, ofreciéndole su mano.

—Bajad con cuidado. No me gustaría que os tropezaseis y en la caída pudiese pasarle algo a la criatura.

Livia aceptó la invitación y se agarró a la mano de Fabio. Le gustó que el muchacho estuviese pendiente de cualquier imprevisto. Se notaba la educación que había recibido y pensó que sería un buen sirviente para su señora en cuestiones del hogar. Era refinado, sabía hablar bien y cuidaba todo al más mínimo detalle.

Una vez pisó el empedrado de la calle, miró de nuevo a su alrededor. Vio cómo varios hombres cargaban a la espalda sacos de gran envergadura, dirigiéndose a la fábrica.

—¿Qué llevan?

—Pescado. Lo acaban de desembarcar y a partir de ahora se procederá a salarlo e introducirlo en vasijas para su venta y consumo.

—Te veo muy puesto —dijo Livia con un tono de voz en el que se dejó entrever cierta ironía.

—Un sirviente como yo no puede estar ajeno a lo que acontece en una ciudad como Hispali. En el momento menos pensado puedo hacer falta ahí —señaló a la fábrica— si mi señor lo ordena.

Se colocó la túnica a la altura de las caderas y encaminó sus pasos hacia la puerta de entrada. Cuando llevaba andados unos metros, se percató de que Fabio no la seguía y que se mantenía al pie del carromato.

—¿No me acompañáis? —preguntó volviéndose.

—Mi amo me dijo esta mañana que os trajese hasta aquí y que aguardase fuera. Es lo que hago.

Livia continuó. Cruzó la gran puerta y, como le ocurriese la tarde anterior, le pareció amplia aquella estancia en la que decenas de personas trabajaban en distintas partes. Aquí sí que el olor a pescado era fuerte, además de otros aromas que entraban por la pituitaria. Las piletas estaban copadas por hombres que amasaban una pasta color tierra. En otras piletas los sacos que vio antes de entrar eran descargados. El pescado quedaba depositado allí, listo para ser untado con esa pasta y seguir el proceso de salazón. Los olores eran intensos y aunque al principio resultaban algo desagradables, una vez se acostumbraba el olfato a ellos se podían soportar. Lo que le llamaba la

atención es que en cuanto se abandonaba el edificio, ese olor iba desapareciendo paulatinamente hasta hacerse casi imperceptible unas calles más abajo.

—Seguro que te estás preguntando cómo un hombre puede aguantar este olor.

Livia se volvió y se encontró a sus espaldas a Bruccius. Vestía una túnica corta, por encima de las rodillas, de color ocre oscuro. Las sandalias de cuero quedaban rematadas por largas tiras que llegaban hasta la mitad de la pierna.

—No esperaba encontrarte aquí. Y menos a estas horas.

—¿A lo mejor me hacías navegando? No te preocupes, lo haré, aunque por desgracia no tan pronto como te dije anoche. Mi barco tiene que esperar un cargamento que viene de Carmo²⁹, al norte de Hispalis, y tardará al menos tres días. Por eso me hallas aquí. He venido para hablar con el dueño.

—¿Y eso?

—Ven, quiero enseñarte algo.

Livia siguió a Bruccius. Fue a preguntarle por el dueño, ya que quería ponerse a trabajar cuanto antes. Pero no le dio tiempo.

—Fíjate en esas cinco piletas que tenemos delante. Por ese pasillo que hay entre ellas tienen los hombres que trabajar para mezclar y salar las capturas y luego rellenar las ánforas. Como te habrás dado cuenta, el olor es demasiado intenso. Por fortuna, los muros que rodean a todo este perímetro, en los que se incrustan fragmentos cerámicos trabados con argamasa y recubiertos con una gruesa capa de mortero, los hacen impermeables y además no dejan escapar el olor hacia fuera. En cambio, aquí dentro, esas condiciones de trabajo se vuelven extremas. Si lo son para hombres de la fortaleza de los que ves y que llevan aquí desde que eran unos críos, imagínate para alguien que no está acostumbrado y, de buenas a primeras, tiene que ponerse a realizar estas tareas.

—¿Qué es lo que me estás queriendo decir, Bruccius?

Livia había cambiado el tono de voz y la expresión de su rostro. Las palabras que acaba de escuchar indicaban que la situación no era la misma que la noche anterior, cuando Appius Salustio Crispo incluso le dio algunas monedas. Lo que no entendía era por qué, ahora, estaba convencida de que todo iba a ser distinto.

—Lo que quiero decirte que este trabajo no es el más idóneo para ti. ¿Qué tiempo te queda para parir? No se trata sólo de la cuestión física, que ya de por sí es importante, sino de que todos estos olores con los que vas a convivir, este ambiente enrarecido que se mete en los pulmones, pueden afectar al futuro

de tu hijo.

La muchacha miró fijamente a Bruccius. Una mirada que mantuvo por espacio de varios segundos.

—Tenías todo muy bien planeado, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Sabías que anoche estuve aquí cuando te hiciste el encontradizo conmigo. Imagino que tu capitán te puso sobre aviso de cuáles eran mis intenciones. Y yo que te creí en todo lo que me dijiste

—Te equivocas, Livia. Nos encontramos por casualidad. Lo juro por todos los dioses. Y no sabía que querías trabajar aquí hasta que salió de tu boca. No te niego que esta noche he estado dándole vueltas a la cabeza. Ahora que sé tu situación, lo que has pasado durante estos meses de incertidumbres y miedos, de no saber qué iba a ser de ti y de ese hijo que llevas en tu vientre, quiero ayudarte. No por compasión porque sé que en cuanto te pongas manos a la obra en esas piletas, lo harás igual o mejor en unos días que esos hombres. Pero me mueve el estado en que te encuentras y lo que quiero es lo mejor para ti. Sin nada a cambio, puedes estar segura. No seré yo quien se entrometa en tu búsqueda de la felicidad al lado del hombre al que amas. Anoche me cuentas, por tus palabras y por tu forma de hablar, que nada ni nadie se va interponer en vuestro camino. Te pido, igual que te dije ayer, que confíes en mí. Yo lo he hecho contigo y espero que sea recíproco.

Livia se sentía desorientada. Su orgullo le impedía aceptar este tipo de realidades pero, por otra parte, se daba cuenta de que en el fondo llevaba razón Bruccius. Se debatía ahora entre claudicar, algo que podía entenderse como que se daba por vencida, o bien tirar hacia adelante, obviar todo lo que le decía y ponerse a trabajar en esos mismos momentos.

—¿Y cómo me ganaré la vida entonces?

—Ya he hablado con Appius. Y lo ha comprendido. Él también es de mi misma opinión. Y, además, le hacemos un favor. No estaba muy convencido de contratarte. Lo hacía por deferencia al capitán.

—No me has respondido. ¿Cómo me ganaré la vida a partir de ahora?

—Fuera nos está esperando Fabio con el carronato. Te pido que me acompañes. Quiero enseñarte un lugar muy cerca de aquí.

XXIV

—Estás seguro de que quieres partir cuanto antes?

El baño que se dio cuando todavía no hubo amanecido le resultó maravilloso. El riachuelo tan sólo cubría hasta la cintura y a esas horas el agua estaba fría. Pero cuando se sumergió por completo, quedando a oscuras, se sintió feliz. Hacía meses que no experimentaba ese tipo de sensaciones, tan alejadas de lo pasado y sufrido en aquel calabozo maloliente, desahuciado para siempre, confinado a vivir muriéndose cada día un poco más. En aquellos momentos se acordó de aquel otro baño, en Jerusalén, en la mismísima tienda de la emperatriz Flavia Iulia Helena, cuando vio por vez primera a Livia y sintió que el corazón se le salía por la boca. Había pasado ya tanto tiempo de ello que casi lo tenía olvidado. Pero cuando se zambulló en las frías aguas del río a su mente acudió la imagen de su amada: su forma de andar, de desenvolverse por toda la estancia irradiando belleza. Un encuentro que cambiaría su vida y que le llevó hasta donde se encontraba en esos momentos. ¿Había valido la pena? Estaba claro que sí, que todo lo cambiaba por tenerla de nuevo junto a él. Fue entonces cuando recobró fuerzas a pesar de los sinsabores vividos en los últimos meses, cuando estuvo a punto de encontrarse con la muerte y darse por vencido. Ahora, una vez libre, sabía que no podía cejar en su misión y que debía, a toda costa, cumplir con los deseos de la emperatriz pero, también, hacer justicia a quien tanto bien le hizo y que fue asesinado de manera impune. Y, por supuesto, volver al lado de Livia. No pasaba un minuto sin que a su mente acudiese la imagen de ella. La recordaba en la tienda, en los aposentos donde una noche encontraron el amor verdadero y eterno. Un amor que no sólo no languideció en todo este tiempo sino que se fue reforzando, afianzando, creciendo a medida que transcurría el tiempo, los meses y pudiera parecer que más se alejaban ambos.

—No puedo demorarme más. Es cuestión de vida o muerte.

—Podrías descansar algo más y así partir totalmente repuesto.

Los consejos de aquel bárbaro que horas antes aniquilaba a toda una patrulla romana contrastaban con la atención que le dispensaba. Si en el campo de batalla se mostró como un aguerrido soldado sin compasión alguna por sus enemigos, matándolos de forma indiscriminada, ahora lo veía tranquilo, sereno, seguro de lo que decía pero, sobre, con un halo de humanidad

imposible de creer.

—Te lo agradezco de corazón, pero lo que ando buscando no puede esperar más.

—Eres joven pero, por lo poco que sé de ti, no vas a dar tu brazo a torcer. Si me permites un consejo, espera a que anochezca. Será entonces el momento idóneo para partir. Si lo haces ahora, puedes encontrarte con otras patrullas romanas. No olvides que estamos muy cerca de Roma. No sabrías cómo explicarles tu situación. Además, en cuanto se sepa de nuestro ataque, esta zona va a tener mucho trasiego. Aquí, en este campamento, estás a salvo. Así lo hemos hecho otras veces. Pero en cuanto vayas por los caminos puedes tener problemas. Además, así descansas algo más, repondrás fuerzas y tendrás tiempo para pensar qué hacer cuando te pongas en marcha.

—¿Sabes qué tiempo tardaría a caballo en llegar a Massilia?

—Todo dependerá del ritmo que le imprimas. Con un solo caballo tendrás que parar demasiadas veces. Eso sin contar con las que tengas que permanecer escondido para no ser descubierto. Con dos, mucho menos. También puedes cambiar los caballos en las fondas que te encuentres. Pero ahí puedes ser traicionado si no te andas con ojo.

—Todo eso está muy bien. Pero sigues sin decirme qué tiempo puedo tardar en llegar a Massilia desde aquí.

—Te propongo un trato.

Antonino se vio sorprendido por esas palabras. De nuevo aquel hombre mostraba una cara muy distinta a la del campo de batalla. En sus ojos comprobaba que la ira acumulada durante la lucha ya no existía y sí un cierto reflejo de serenidad.

—No sé a dónde quieres llegar.

Se levantó. Era mucho más alto que él y le superaba en edad unos diez años. Fuerte de complexión, la poblada barba le confería un aspecto mucho más fiero. Sin duda alguna uno de esos bárbaros que tantos estragos estaban causando al Ejército romano. Pero, ¿con qué propósito? Gentes venidas del norte, guerreros salvajes desprovistos de cualquier código ético que lo mismo mataban a soldados romanos que diezmaban una aldea, asesinando a sus hombres y violando a las mujeres. Empero, cuando lo veía andar alrededor de la hoguera, deteniéndose de vez en cuando, mirando al cielo y contemplando por unos instantes las estrellas que ya empezaban a difuminarse para dar paso a la claridad de un nuevo día, se preguntaba si aquellas historias serían verdaderas o, por el contrario, se trataba de bulos malintencionados con el

objeto de desacreditar a personas que, a lo mejor, luchaban por sobrevivir y escapar de las garras de un Imperio formado por ricos senadores y patricios sin escrúpulos algunos dispuestos a todo con tal de seguir adquiriendo poder, fama y dinero, a los que no importaba dejar en el camino a todo aquel que se interpusiese.

—Creo que no estás en condiciones de ir por ahí solo. Por lo que me has dicho, hasta ahora lo habías hecho en compañía de otras dos personas. Una está muerta y la otra te ha traicionado. Pero el final es el mismo: estás solo. No creo, si te soy sincero, que vayas a conseguir llegar a Massilia así. Son muchos días de viaje, semanas, en las que, cuando menos te lo esperes, sucumbirás. Eres valiente y sé que te enfrentarás a los peligros que te puedan ir surgiendo, pero en uno de esos contratiempos hallarás la muerte. Más tarde o más temprano.

—Sigo sin saber qué quieres.

—Que viajes acompañado.

—¿De quién?

—Tengo hombres que nacieron, se criaron y vivieron en aldeas cercanas a Massilia. Hombres trabajadores como tú que un día vieron cómo los romanos irrumpían en sus vidas, arrasaban con todo y los despojaban de sus seres queridos. Tuvieron que huir lejos, lo más lejos posible e intentaron olvidarse de todo aquello. Y aunque lo intentaron, no lo consiguieron. Pero hoy sé que darían lo que fuese por volver a estar al lado de los suyos, de aquellos que no perecieron en las masacres perpetradas por Roma y su Ejército. Ellos pueden ir contigo, cabalgar junto a ti. Seréis más y os podréis defender mejor. Una vez lleguéis a vuestro destino, ellos buscarán el suyo. Puede que también la muerte cuando regresen. Pero sé que lo están deseando. Son muchos años ya a mi lado, luchando y buscando hacer justicia, esa que no tuvieron con nosotros. Y ahora creo que es el momento. Están cansados pero, sobre todo, apenados por estar en un lugar tan lejano al que les vio nacer y donde tienen todos y cada uno de sus recuerdos. Sólo tienes que mirarles a los ojos para darte cuenta de que lo que te estoy contando es así.

—Tú no eres del norte...

—¿Quieres decir si soy un bárbaro desalmado y salvaje que no tiene reparo alguno en matar a mujeres y niños indefensos?

No respondió Antonino, que agachó la cabeza unos instantes al sentirse culpable por todo lo que había pensado de todos ellos.

—No, también soy de aquel lugar. Y al igual que ellos, tuve que huir si no

quería morir. Aunque es lo que hubiese deseado. Allí dejé una mujer a la que amaba y que fue asesinada por los auténticos bárbaros de este Imperio, que no son otros que los soldados romanos y los que mandan a ese ejército que no se para a pensar en las vidas que aniquila.

—¿Vendrías tú también?

—A mí no me queda ya nada que me una a aquellas tierras. Lo perdí todo. No tendría sentido acudir de nuevo a un lugar que sólo me produciría dolor por los recuerdos. En cambio, ellos sí tienen un motivo por el que regresar.

Hizo una pausa mientras elevaba la vista al cielo. Se quedó así un buen rato, observando cómo las nubes dibujaban formas caprichosas. Al rato, se volvió hacia Antonino.

—Una cosa más. A caballo nunca llegaréis a Massilia. Te apresarían antes de que cruzaras las montañas. Hay otra opción mucho más factible aunque igual de temeraria.

—Tú dirás.

—Por mar.

Antonino se levantó. Esa última frase hizo que se pusiese a la defensiva.

—No tengo un buen recuerdo del último viaje que hice en barco.

—Será una travesía de dos o tres semanas a lo sumo. Ya lo hemos otras veces. Partimos en un esquife, bordeamos la costa norte de la isla de Corsica³⁰ y luego arribamos en costas galas, cerca de Massilia. Sólo así se puede llegar con bien adonde tú quieres y en el menor tiempo posible.

—¿Y las galeras romanas? ¿Y los piratas?

—Los primeros son los más peligrosos. Sólo hay que hacerse pasar por pescadores corsicos. No es difícil. En cuanto a los piratas, no te preocupes por ellos. Están de nuestro lado —sonrió mientras se acercaba a la lumbre y comenzaba a echarle tierra para que se apagasen sus llamas.

La luz ya se había hecho presente. Poco a poco el campamento comenzaba a recobrar vida. Antonino advirtió que los hombres apagaban las hogueras y se disponían a realizar distintas tareas, como traer agua del río, buscar ramas y limpiar sus armas. Un pequeño poblado en el que todo parecía normal con una única excepción: sólo estaba habitado por hombres.

—Son noticias buenas las que me traéis de Jerusalén. Os lo agradezco de corazón, general.

Roma, sus calles, la inmensidad de sus foros, el ajetreo de las personas de un lado a otro y el bullicio propio de la más grande ciudad del Imperio, se expandía por cada uno de los rincones de sus calles y casas. Una inmensa

vorágine que atrapaba a todo aquel que por vez primera pisaba la urbe, sorprendiéndole de manera grata. Muchos, muchísimos eran los alicientes que el visitante encontraba nada más cruzar las murallas y se adentraba en sus calles, recorriéndolas admirado por tanta grandiosidad. Tabernas, puestos de comida, tenderetes con todo tipo de telas y ropajes, animales que se venían en cada esquina y hombres y mujeres voceando sus mercancías suponían todo un espectáculo que hacía que uno se sintiese que formaba parte de aquel entramado que no dejaba indiferente a nadie.

No en vano, Roma seguía siendo el punto de encuentro y también el de salida. Inmensos edificios, lujosas casas de patricios, el Coliseo que desafiaba todo lo construido, el circo máximo, las termas... un sinfín de posibilidades para el disfrute y el placer. Y también para los negocios. Por sus calles se entremezclaban señores, senadores, patricios, gente libre y esclavos. Todos y cada uno de ellos con algo que hacer, dirigiéndose a algún lugar determinado. Las prisas instaladas muchas veces en sus rostros y en la manera de andar. Y todos con un cometido: hacer que Roma continuase siendo la Ciudad Eterna que dominaba el mundo y que era la poseedora de los secretos de la grandeza de los hombres que fueron capaces de imponer su cultura, su forma y estilo de vida a los demás.

Buen ejemplo de ello podía verse en el mercado que mandó erigir, justo al lado de los foros imperiales, el emperador Adriano, uno de los lugares emblemáticos de la ciudad visitado por miles de ciudadanos al cabo del día. Sus tiendas solían estar repletas así como las tabernas que jalonaban todo el espacio. Y máxime en aquellos momentos, cuando Roma estaba viviendo, gracias la emperatriz Flavia Iulia Helena, días de felicidad y algarabía. Las fiestas decretadas por Constantino el Grande habida cuenta del regreso de su madre y del descubrimiento de la Vera Cruz de Cristo devolvieron a sus habitantes una ilusión por la vida que, en determinados momentos, se había perdido. Eso lo sabía bien el emperador, que se esforzaba por que los ciudadanos tuviesen motivos para seguir adelante, para no caer en la desazón. Sabía perfectamente que aquel Imperio infinito forjado siglos atrás daba muestras de resquebrajarse. Y lo hacía por donde más difícil era curarlo, la corrupción de sus hijos, ávidos de poder y gloria y capaces, los que tenían la oportunidad, de pasar por encima de quienes fuesen con tal de salir adelante y enriquecerse de cualquier forma.

En eso estaba anclada la ciudad cuando la emperatriz llegó a Roma. Fue entonces cuando se dispararon las ilusiones y todos querían conocer más y

más de la madera que obró el milagro en las lejanas tierras de Jerusalén. Los que vinieron de vuelta contaban maravillosas historias en torno a la Cruz en los foros imperiales o en cualquier calle. Cientos de personas se arremolinaban alrededor de ellos para conocer los pormenores de un viaje que se les antojaba sólo al alcance de auténticos héroes. Ello, acompañado de los juegos que comenzaban a celebrarse tanto en el Coliseo como en el Circo Máximo, avivaron el espíritu del ciudadano romano, proclive siempre a las fiestas y fastos grandiosos que parecían ya olvidados en la memoria de los tiempos.

Por eso era habitual, en esos días, encontrarse en las calles a músicos, bailarinas, adivinos, mercaderes, fulanas, tratantes, comerciantes, legionarios, esclavos, patricios... todos con un mismo fin: divertirse y olvidarse de los problemas que acuciaban al Imperio. Días en los que los negocios florecieron en cualquier rincón; días en los que los ricos acrecentaron aún más su fortunas; días en los que el placer y el divertimento estaban por encima de otras cuestiones. Tiempo habría de volver a las preocupaciones, a los ritos cotidianos, a las conspiraciones y traiciones. Ahora era distinto. Porque aunque la emperatriz y su hijo intentaban por todos los medios que aquello se convirtiese en agradecimiento al Señor, el paganismo seguía siendo moneda de curso entre el pueblo llano y entre patricios y senadores. Estos últimos suspicaces ante una situación que se les antojaba nueva pero, sobre todo, amenazadora de su status y posición social y política. Y es que muchos de ellos veían a ese Mesías como un intruso que podría poner en peligro todo lo conseguido. Un hombre de fuera, ajeno a las costumbres y cultura del pueblo romano, muerto hace tres siglos pero que su nombre continuaba vigente. Y eso era malo para sus intereses, habida cuenta de cómo pensaban tanto la emperatriz como, por supuesto, su hijo, el emperador del Imperio romano de Oriente y Occidente.

A pesar de ello, los más recelosos no pudieron dejar de sucumbir a la llamada del placer, del vino, de las mujeres fáciles que se entregaban con cualquier excusa para que todos diesen rienda suelta a sus más insospechados sentimientos. Y para envolver todo ese ambiente, los juegos en el Coliseo y en el Circo Máximo. Llenos cada día en los que había luchas entre hombres o entre hombres y animales. O batallas navales que recreaban episodios gloriosos de la armada romana por el Mare Nostrum. Desgraciadamente, éstas quedaban ya lejanas y cada vez era más frecuente conocer noticias de abordajes por parte de piratas, bárbaros y berberiscos de galeras no ha mucho

tiempo invencibles que caían a manos de los enemigos de Roma, esos que iban ganando terreno poco a poco, si prisa pero sin pausa, abriendo una herida, la de la corrupción, muy difícil de cerrar.

—Debéis saber, mi augusta señora, que la construcción de los templos que mandasteis edificar va a un ritmo extraordinario y en cuestión de meses estarán concluidos.

Flavia Iulia Helena contemplaba desde la gran balconada de su estancia el bullicio, a lo lejos, de Roma. Aquella visión le hacía retrotraerse a su juventud y recordaba años en los que pensaba que feliz por completo y ajena a lo que habría de acontecer, que no era otra cosa que encontrar el camino verdadero del amor a los demás por medio de Cristo, salvador del mundo.

—No esperaba menos de vosotros y del pueblo de Jerusalén. Ellos han sabido captar lo que quería, no precisamente para mi bien, sino para el de esa ciudad. Decidme, ¿me traéis noticias del obispo Macario?

—Por supuesto, mi augusta señora.

Dicho esto le entregó una misiva. La emperatriz reconoció al instante el sello del obispo. Una vez abierto distinguió su letra. A pesar de contar con prestigiosos escribanos, aquel sumo sacerdote acostumbraba a escribir de su puño y letra. Era la mejor forma de no ser manipulado.

«Mi augusta señora. Sé que llegasteis a Roma bien y que Dios Nuestro Señor os acompañó durante toda la travesía. Permitidme que os escriba para deciros que desde vuestra marcha los trabajos de construcción de los templos que soñasteis están cumpliendo los plazos previstos. No es tarea fácil, vosotros bien lo sabéis, ya que se trata de una obra digna de nuestro Redentor y, por tanto, acorde con su grandiosidad y magnanimidad.

He deciros que el templo del Santo Sepulcro, donde encontrasteis la Vera Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, es el que más ha avanzado. Se han seguido todas vuestras indicaciones y los arquitectos estiman que en dos años puede estar concluido. Será el más grandioso de cuantos se hayan erigido y se erijan en nombre del Señor. Así lo concebisteis y así se hará.

Sólo deseo que cuando prácticamente estén concluidas las obras, os dignéis retornar a Jerusalén. Nada más feliz haría a este pueblo que verse honrado con vuestra presencia. Aquí permanecerá para siempre la madera divina que vosotros supisteis hallar.

Imagino que en Roma el trozo que habéis llevado será motivo de devoción. Sé de los fastos que ha organizado vuestro augusto hijo, nuestro emperador,

para alabar al Señor. Dios os lo premiará.

Pero tened cuidado, mi señora. Son muchos todavía los que no sólo no abrazan la Fe de Cristo sino que la ven como un enemigo que puede desplazarlos. Ellos son los más peligrosos. Huid de los aduladores, de aquellos que se quieran acercar con insanas pretensiones de alejaros de la Fe única y verdadera. Sus dioses, y vosotros lo sabéis mejor que nadie, siguen anclados en sus ancestros, en su forma de vivir y pensar. Y verán a Dios como un enemigo a batir, a esquilmar en cuanto tengan la menor de las oportunidades.

No dudo de vuestras fuerzas y convicción para seguir adelante. Pero como confesor vuestro que soy, os hago esta advertencia a modo de consejo que seguro sabréis aceptar.

Recibid mi bendición en espera de poder volver a contar con vuestra augusta presencia en Jerusalén, la tierra de Nuestro Señor Jesucristo».

—¿Qué leéis, madre?

La voz hizo que el general, con un movimiento rápido, se cuadrara e inclinara la cabeza en señal de respeto. Era de la Constantino el Grande, emperador del Imperio romano de Oriente y Occidente. Hombre alto, de pelo oscuro, vestía una túnica lisa de color morado. Llevaba cingulo y sandalias altas. Avanzó por la estancia mientras todos los presentes imitaban al general y agachaban la cabeza a su paso, evitando el mirada directa. Llegó hasta la altura de Flavia Iulia Helena y tomó su mano derecha.

—Me ha escrito el obispo Macario desde Jerusalén, hijo mío.

—¿Y os trae buenas noticias de tierras tan lejanas?

—Así es. La construcción de los templos va muy bien y espera que dentro de dos años, como máximo, estén acabados.

Se dirigieron hasta la balconada. Constantino también percibió, al igual que lo hiciera minutos antes su madre, el bullicio instalado en las calles de Roma. Acarició la mano de ella de forma suave y oteó el horizonte. Las colinas que dieron lugar a la fundación de tan majestuosa ciudad se erigían desafiando al cielo. Un paisaje jalonado de árboles y grandes casas de ricos patricios que dejaban entrever la grandeza del Imperio. Estuvo un rato en silencio contemplando aquella relajante visión hasta que habló.

—A pesar de ello, no te noto contenta, madre. ¿Acaso no estáis satisfecha de los fastos organizados para celebrar vuestra vuelta con la Vera Cruz de Cristo?

—No es eso, hijo mío —le dijo mirándole fijamente a los ojos—. Soy

mayor, como puedes comprobar. He cumplido un sueño desde que descubrí la Fe del Señor. Nada podría hacerme más feliz. Tú estás llevando el Cristianismo hasta el último poblado de nuestras fronteras.

—Pero... —interrumpió el emperador.

Calló por unos instantes Flavia Iulia Helena, que bajó la mirada.

—Siento que estoy ya en la recta final de mi vida. Dentro de poco me reuniré con el Sumo Hacedor. Y eso lo sabes tú bien. Ya no anhele más cosas en este mundo que irme en paz con todos los que me han rodeado. Es verdad, como bien dices, hay un pero. Me causa desazón no haber tenido más noticias del centurión Tulio Plinio. Sé que es un legionario extraordinario y fiel a su emperador. Pero para mí es muy importante saber qué pasó aquel día en que expiró Nuestro Señor. Tenía puestas todas mis fuerzas y mis ilusiones en que hallase a los descendientes de José de Arimatea. Han pasado los meses y no sé nada.

—No es una empresa fácil ni rápida. Confía en él.

—Quiero hacerlo, Constantino, quiero hacerlo. Pero me queda poco tiempo. Y esta misión ha dejado en el camino a aquel muchacho que encontré en el campamento de las afueras de Jerusalén. Estaba convencida de que sería la persona ideal para seguir adelante, para que el Cristianismo se siguiese propagando por todos los confines. Deberías haberlo conocido. Aquella mirada, la forma de desenvolverse, la bondad que tenía en todo lo que hacía... no sé, creo que me siento en parte culpable de su fatal final.

—No eres la responsable de nada. Lo mismo que no tienes la culpa de que tu fiel sirvienta, que se crió en nuestra casa, huyese.

Aquellas palabras acabaron por sumir a la emperatriz en una tristeza mayor. Ahora venía a su mente Livia por medio de su hijo. La recordó de nuevo tal y como la vio por última vez en Jerusalén. Seguía siendo para ella una niña, su niña al fin y al cabo. Y las entrañas se le retorcían de dolor al no saber por qué la abandonó. ¿Qué sería ahora de ella? ¿Habría corrido la misma desgraciada suerte que Antonino Quintus?

—Hijo mío —volvió a mirarle a los ojos—. Haz que todo ciudadano de Roma se divierta. Que glorifiquen por medio de juegos y fiestas a Cristo Nuestro Señor. Sólo así podré aliviar en parte mi pena. Estoy convencida de que si Él no quiere que sepa qué pasó aquel día, es por algo. Quizá ahora mi misión en esta vida, una vez encontrada la madera divina, ha concluido. Y volver sobre lo andado no es bueno. Tienes razón, no puedo culparme de los destinos de esas personas. Es el Sumo Hacedor, en definitiva, quien tiene esa

facultad, la de dar y quitar la vida de nosotros, pobres mortales.

Soltó la mano de Constantino y volvió hacia el interior de la estancia.

—General, disponed todo lo necesario para que dentro de dos días el Coliseo se llene por completo. La Vera Cruz de Cristo entrará en su arena para que pueda ser venerada por todos. Declara cinco días de fiesta y que se dé de comer y beber a todos aquellos que lo deseen. Que no falte la música por las calles ni la alegría en los ciudadanos.

—Así se hará, mi augusta señora.

—Mañana, antes de que amanezca, partiré en el barco hacia Roma.

El sol comenzaba a declinar marchándose irremisiblemente, un día más, por el occidente. En su huida, marcaba los contornos más escarpados de la zona de Itálica, dotándolos de un tono ocre que iba languideciendo paulatinamente, dibujando formas en los árboles y dorando los viñedos.

La paz estaba instalada en esos momentos en todo el lugar. Por la vía que comunicaba la ciudad de los emperadores Trajano y Adriano con Hispalis algunos hombres emprendían el camino de regreso a la urbe tras un largo e intenso día de trabajo. Pronto anochecería y los caminos no eran demasiado seguros. En todo caso, por los mismos solían discurrir patrullas de la Legión, más concentradas en comprobar quiénes eran los que accedían a Itálica que los que venían de ella. Y es que las residencias de patricios en este lugar alejado del mundanal ruido y ajetreo de las calles de la ciudad empezaban, a esas horas del día, a respirar la tranquilidad propia de quienes poseían fama y fortuna.

La primera parte de la calzada, la que abandonaba el núcleo a las afueras de Hispalis, se encontraba iluminada por lucernas a ambos lados. Todavía había luz solar pero de esta manera, cuando ya hubiese anochecido por completo, aquellos patricios y hombres de fortuna que llegasen hasta sus casas no tendrían problema alguno en seguir el camino hasta llegar a sus viviendas.

Desde hacía dos semanas Livia acudía diariamente hasta la del señor de Bruccius Lurios. Era Fabio quien la llevaba cuando el sol comenzaba a despuntar cada mañana. El aguerrido marino convenció a la muchacha para que, en lugar de realizar el trabajo fatigoso y pesado en la factoría de salazones, se encargase del cuidado del jardín. Éste, repleto de flores y plantas, rodeaba por completo la gran casa. En el mismo también había varias fuentes y estanques en los que los peces de distintos colores iban de un lado a

otro. Al principio, Livia se lo tomó a mal, pero cuando comenzó a trabajar se dio cuenta de que la proposición de Bruccius era la conveniente. Ya le costaba mucho más llevar a cabo trabajos más pesados de lo normal. Y en algunas ocasiones, incluso y aunque todavía quedaban al menos dos meses para dar a luz, sintió contracciones que la pusieron sobre aviso. En todo caso, no estaba dispuesta a dejar de hacer cosas, a dejar de trabajar. Quería que lo que comía y el alojamiento no fuesen regalados o por compasión, sino que se los ganase. Accedió, finalmente, a quedarse en la casa de Hispalis. También lo hizo en principio a regañadientes pero luego comprobó que era lo mejor.

En los primeros días Bruccius le enseñó no sólo la residencia sino toda la ciudad de Itálica. Desde allí podía divisarse el puerto de Hispalis, que se erigía majestuoso sobre el río Betis. Se admiró Livia de las suntuosas casas que se distribuían a los lados de calles amplias jalonadas con multitud de árboles. Las estatuas levantadas en homenaje a los personajes ilustres que allí nacieron dotaban a todo el lugar de una grandiosidad digna de Roma. Lo mismo que el gran anfiteatro desde el cual la ciudad se extendía por las laderas, desembocando en la parte baja, donde un extraordinario teatro al aire libre servía de esparcimiento no sólo para los más ricos sino también para el ciudadano de a pie. En aquella zona las casas empezaban a distanciarse más, casi siempre buscando la cercanía de las márgenes del río, cuyo caudal era muy importante.

Le llamó la atención la sosegada vida que llevaban sus habitantes. Parecía encontrarse en otro lugar muy distinto al bullicio de Hispalis estando tan cerca ambos lugares. Pero el tiempo parecía detenerse en Itálica, salvo cuando se anunciaban espectáculos de juegos y luchas. Durante esas dos semanas pudo comprobarlo. De la tranquilidad habitual en las tardes se pasaba a un ajetreo propio de una gran urbe. Cientos de personas, a pie, a caballo o en carruajes, subían por la calzada para acudir al anfiteatro. A lo largo de su vida al lado de la emperatriz, Livia tuvo la oportunidad de asistir a luchas cruentas en el Coliseo romano, así como a juegos de los más variados estilos. Ahora, en Hispania, volvía a recordarlos y eso hacía que se acordase de Flavia Iulia Helena.

Ese día subió hasta Itálica Bruccius, permaneciendo toda la tarde en la residencia de su señor. Acompañó a Livia en sus quehaceres en el jardín y observó cómo se desenvolvía a la hora de mimar a las flores, cuidar las plantas, limpiar fuentes y estanques de hojas e insectos que cayesen y cómo repasaba con minuciosidad los pequeños parterres donde estaban plantadas

las distintas especies de flores: rosas, claveles, arbustos con un olor intenso que perfumaban todo el espacio... una alegría para los sentidos que cada tarde parecían estallar en toda su plenitud.

—¿Y estarás mucho tiempo allí?

A Bruccius le sorprendió la pregunta de la joven. Iban ambos en la parte trasera del carruaje que era conducido por Fabio. Éste, a diferencia de los otros días, permanecía en silencio ante la presencia de su amo.

—La verdad es que no lo sé. No creo que el viaje se demore mucho, pero luego no sé si habremos de esperar a algún cargamento para traerlo hasta aquí. De ser así, puede que unos dos o tres meses.

Se dio cuenta de que para esas fechas Livia ya habría dado a luz. Se preguntó en su interior si le estaba diciendo, sin decirle nada, que no quería estar sola en el momento del alumbramiento. Comprendía que sus sentimientos por ese muchacho que era el padre de la criatura eran fuertes y sólidos pero había algo, quizá una intuición, que le producía cierta desazón en cuanto a lo que realmente quería y esperaba ella del futuro. ¿Y si esos sentimientos comenzaban a languidecer, a ser cada vez más difusos? No tenía ninguna noticia de su amado desde hacía mucho tiempo, demasiado tal vez. Y ahora comenzaba a encauzar su vida, su tiempo, su futuro.

—Fabio te protegerá en todo momento, como lo ha hecho hasta ahora. No te va a faltar de nada...

Calló en ese momento.

—¿Por qué no has seguido? ¿Acaso piensas que me hace falta mucha ayuda para tener a mi hijo?

—No es eso —respondió algo azorado—. Pero no puedo negar que me produce cierto temor no encontrarme cerca de ti cuando eso suceda.

El rostro de Livia cambió de expresión. Durante ese tiempo le tomó cierto afecto a Bruccius. Sobre todo por cómo se comportó con ella, atendiéndola en todo momento e intentando que se sintiese lo más cómoda posible en una ciudad extraña. Sabía que no pretendía llegar a más aunque sospechaba que desde que se conocieron en la travesía sus intenciones, en principio, eran otras. Ahora parecía que todo había cambiado y que él se mostraba como lo que ella quería que fuese: un amigo.

Empero aquellas últimas palabras la desconcertaron sobremanera. ¿Quizá, con su forma de actuar y comportarse le daba pie a que él pensase otra cosa distinta a lo que realmente era? ¿Debía haber puesto algo más de distancia entre ambos para no dar a entender que podría sentirse atraída por él? Todos

estos interrogantes se le vinieron a la mente con la última respuesta de Bruccius. Temió que hubiese podido enviarle, sin darse cuenta, señales que él interpretase de otro modo. Se sentía culpable ahora por ello, sobre todo por cómo se esforzaba por atenderla y cuidarla. Pero él debía conocer, así se lo había dicho y dejado claro, que estaba enamorada de un hombre en concreto, que además era el padre de su hijo. Es verdad que el tiempo transcurrido hacía que lo viese cada vez más lejano, pero cuando esa circunstancia acudía a su mente más se esforzaba por mantener vivo el recuerdo de Antonino Quintus, al que le unía su inquebrantable deseo de venganza hacia Tulio Plinio. Eran los dos puntales sobre los que basaba su fuerza a la hora de seguir adelante.

Y lo había conseguido en ese tiempo, atareada en el jardín de la casa de Itálica o bien, cuando podía, callejeando por Hispalis, empapándose de la forma de vida, de la vitalidad de sus habitantes, de la cultura que tenían y de cómo afrontaban cada día por muy difíciles que resultasen las cosas en determinados momentos.

A ello contribuían también las atenciones de Bruccius Lurios, sin lugar a dudas totalmente identificado con la ciudad y sus vecinos. Livia quería conocer más y mejor el lugar donde iba a nacer su hijo, donde se iba a criar. Sería un hispano más, un niño que iría creciendo y que adoptaría todo lo que de bueno tenía Hispalis. Estaba convencida de que llegaría a ser alguien importante si era un hombre, o una mujer felizmente casada el día de mañana y con una posición social acomodada. No sería el hijo o la hija de una sirvienta, de una esclava, sino alguien libre en una tierra con muchas oportunidades para escalar en la sociedad hispalense.

Fue a responder airadamente pero se lo pensó mejor y se dio cuenta de que no tenía razón alguna para dudar de las intenciones de Bruccius. Era ella misma la que, insegura quizá, había pensado de forma equivocada. No tenía derecho a reprocharle nada. En todo caso estaba en deuda con un hombre al que solo le movió el afán de buscarle una mejor vida tras los acontecimientos sufridos en Jerusalén.

—No he venido hasta aquí para echarme atrás ahora —dijo con un tono de voz sereno y seguro—. Qué tú estés lejos de Hispalis cuando venga al mundo mi hijo no quiere decir que esté sola. Te agradezco tus preocupaciones y tus desvelos, pero estoy preparada para cuando llegue el momento.

Bruccius apartó entonces la mirada. Aquellas palabras le hicieron comprender que los sentimientos de Livia seguían siendo los mismos y sus objetivos de futuro para nada habían cambiado. Sabía que era una mujer

valiente, fuerte y firme en sus convicciones. Y ahora volvía a demostrárselo. Tragó saliva y respiró hondo porque no sabía qué responderle. Pero, una vez más, Livia tomó la iniciativa y cambió por completo el escenario por el que discurría la conversación.

—Supongo que cuando llegues a Roma no te olvidarás de lo que te dije.

Vaciló por unos instantes antes de responder.

—¿Te refieres a intentar hablar con la emperatriz?

—Así es.

—¿Por qué tanto empeño en ello si ya es el pasado para ti?

—Porque de ello depende que el futuro tenga sentido para mí y que cada noche que me acueste no me invadan los remordimientos.

XXV

—Allí se divisa la costa de las Galias!

El pequeño esquife comenzaba a levantarse más de lo normal por la proa. En su interior, ocho hombres, cuatro a babor y cuatro a estribor, hundían los remos de manera acompasada. Delante, a modo de vigía, un noveno componente de una tripulación que intentaba pasar desapercibida en la medida de lo posible.

Tal y como había previsto el jefe de los bárbaros, en algo más de tres semanas cumplieron con su objetivo, llegar a las Galias. Pero no fue una travesía fácil. Embarcaron en una zona agreste de la costa romana, lejos de cualquier puerto en el que pudiesen ser descubiertos. Como equipaje, redes de pescadores y provisiones para llegar hasta Corsica. Ese trayecto, no demasiado largo, resultó plácido en tanto y cuanto no se encontraron con ninguna embarcación de la Legión romana. Sí con otros esquifes de pescadores, que les fueron orientando sobre lugar idóneo para llegar hasta tierra sin ser descubiertos.

Desde que amanecía remaban, intentando mantener un buen ritmo. Cuando el sol estaba en todo lo alto y el calor comenzaba a hacer mella, desplegaban la vela para ver si se podía aprovechar el viento que soplase. Si no era así, lanzaban las redes para capturar peces y tener una excusa en caso de ser avistados por los romanos. Luego, descanso para reponer fuerzas y cuando la tarde hacía que la temperatura decayese, vuelta a los remos hasta bien entrada la noche. Era entonces el momento de descansar y reponer fuerzas hasta que el sol comenzase a dar visos de que iba a salir.

En una pequeña aldea de pescadores de Corsica pudieron cambiar de embarcación, tomando una algo más grande de eslora. También los lugareños les facilitaron redes de mayor extensión para lanzarlas más lejos. Les advirtieron que a partir de ahí y hasta llegar a las orillas cercanas a Massilia, era más seguro navegar alejados de la costa para no encontrarse con ninguna nave del Ejército romano.

Esa noche durmieron en tierra. No era fácil acomodarse en la embarcación, de reducidas dimensiones, un total de nueve hombres. Les pareció estar en el mejor de los palacios cuando pudieron extender un trozo de grueso esparto y descansar. Aquella zona de la isla, al norte, no era muy frecuentada por

patrullas romanas. Aún así, decidieron establecer un turno de vigilancia. Toda precaución era poca. Si llegaban a ser descubiertos y no creían su versión de ser simples pescadores, podrían acabar como prisioneros del Ejército romano o, peor aún, muertos.

A pesar de las indicaciones de los aldeanos, una vez partieron, a la mañana siguiente aún siendo todavía de noche, una embarcación, cuando llevaban algo más de dos semanas de viaje, se acercó hasta ellos. Fue el propio Antonino Quintus, más ducho a la hora de desenvolverse, quien convenció al centurión que estaba al mando que eran pescadores y que, a pesar de encontrarse lejos de su puerto de atraque, por aquellas aguas la pesca era mucho mejor. Describió la vegetación y las calas que tenía Corsica donde pasaron una noche y el militar quedó satisfecho de sus explicaciones.

No llegaron, en todo caso, a despertar sospechas e incluso recibieron algunos consejos del centurión para no sucumbir a posibles tormentas. Antonino tuvo que hacer de tripas corazón en esos momentos. Deseaba que alguien como aquel soldado creyese su historia, el fatal destino que llevaba desde que partió del puerto de Caesarea, hacía ya mucho tiempo. Pero se acordó de lo que le ocurrió cuando era trasladado como prisionero a Roma y prefirió callarse. Sabía que llevaba las de perder, que no creerían una historia que a él mismo le resultaba inverosímil.

Podría haber ido en busca, una vez libre, de algún destacamento de la Legión e intentar dismantelar la traición de Tulio Plinio, pero estaba convencido que volvería a ser carne de mazmorra si no alanceado allí mismo o atravesado por un gladius. Se convenció de que lo primordial era, por tanto, encontrar al centurión traidor, llevarlo ante la Legión y desenmascarar su felonía. Sabía que era su palabra contra la de Plinio pero estaba dispuesto a llegar hasta el final. Luego habría tiempo de continuar con la misión encomendada por la emperatriz, además de recuperar el documento que le dio y el que Manius Aquila le entregó para que se lo guardase.

—¿Dónde creéis que nos encontramos? —preguntó Antonino que, erguido en la cubierta del esquife, oteaba la línea que delimitaba el agua y la tierra.

—Imagino —respondió uno de ellos— que en la zona más septentrional de Las Galias. No parece que haya puerto alguno delante de nosotros. Seguramente es costa salvaje, algo que nos beneficia. En cuanto lleguemos lo sabremos con exactitud.

La embarcación siguió acercándose a la orilla. La tarea no fue fácil, habida cuenta de que el mar estaba algo embravecido y las olas desestabilizaban el

rumbo. No eran expertos marineros por lo que en determinados momentos estuvieron a punto de volcar.

Por fin uno de ellos, viendo la costa cerca, se echó al agua.

—Todavía no toco con los pies tierra —dijo agarrándose a la borda por la parte de estribor— ¡Voy a nadar para intentar hacer pie!

Lo hizo durante unos metros y, al rato, se dirigió de nuevo a sus compañeros.

—¡Aquí ya hay!

En unos cuantos golpes de remos llegaron a su altura. Ahora fue Antonino Quintus quien se echó al mar. Efectivamente, sus pies tocaron tierra. Rápidamente lo hicieron tres más. Los cinco empezaron a arrastrar la barca hasta que ésta dio con la quilla en la arena.

Bajaron todos. De manera ágil, a pesar de estar fatigados por el viaje, llevaron el esquife hasta una zona rocosa que conformaba una serie de callejones a modo de los corrales que los romanos establecían en las localidades costeras para pescar. Escondieron la embarcación.

—No parece que esté habitado este lugar —precisó Antonino mientras escudriñaba el entorno.

La fina arena se extendía hacia el oeste mientras que hacia el este las rocas iban agrandándose en cuanto a tamaño. Era una cala recogida, sin mucha extensión, haciendo luego una curva en la que se perdía la línea de tierra.

Convinieron todos que lo más razonable era dirigir sus pasos hacia el oeste. Desde ese momento tendrían que redoblar esfuerzos para no ser descubiertos por patrulla romana alguna. Había que buscar una aldea en la que poder descansar y, sobre todo, conocer algo más de la zona en la que se encontraban. Era fundamental para saber si estaban en territorio amigo o enemigo.

—Hemos tenido suerte —dijo uno de los hombres mientras avanzaban lentamente por la arena en fila de a uno—. Por aquí no hay actividad alguna, así que supongo que cuando pasemos esa curva, es posible que más adelante lleguemos a alguna aldea de pescadores.

—Espero que estés en lo cierto —respondió otro—. Esta parte de las Galias no me suena, así que no debemos estar cerca de Massilia.

—Más vale que penséis en otra cosa —interrumpió Antonino—. Lo importante es que estamos lejos de Roma y que dentro de poco os reencontraréis con vuestras familias. Lo primero y principal ahora es hallar algún sitio donde nos orienten.

Caminaron durante una hora, aproximadamente. La curva que hacía el contorno de la costa no estaba tan cerca como pensaron en un primer momento.

Además, les costaba trabajo andar al hundirse sus pies en la arena y estar demasiado fatigados por el duro viaje.

Iban en silencio. Cada uno con sus pensamientos, con sus ilusiones, con sus esperanzas. Llevaban aquellos hombres demasiado tiempo alejados de sus familias, de sus seres queridos. Muchos llegaron a pensar que no volverían a la tierra que les vio nacer; que morirían alejados de quienes lo fueron todo para ellos, algunos muertos ya a manos de los soldados. Tuvieron que huir cuando Roma quiso imponerles su modo de vida, sus costumbres, sus leyes. No acataron nada de eso y decidieron rebelarse. Lo que no podían imaginar es que, en ese huir para no ser parte del Imperio, acabarían a las mismísimas puertas de la Ciudad Eterna. Eso sí, combatiendo cada vez que podían y esquilmando, en la medida de sus posibilidades, al Ejército romano.

Antonino, que iba casi al final de la fila, los contemplaba. Veía en sus rostros la tristeza de lo sufrido, la señal de la sinrazón. En cierto modo, les comprendía. Todo lo que tenían les fue arrebatado por no doblegarse. Pensaba que él formaba parte de esa maquinaria que era la Legión y se sentía algo culpable. Recordaba que siendo un niño su padre le llevaba a ver a aquellas Legiones que entraban triunfantes en Bizancio. Se admiraba del esplendor pero, sobre todo, del poderío que desplegaban en sus andares marciales. Entonces desconocía por completo que esos hombres eran los que blandían sus pilums y sus gladius para someter a los pueblos conquistados. Ahora, después de muchos años, tenía delante de él a hombres que se negaban a ser sirvientes de Roma.

—¡Mirad! ¡Allí, a lo lejos! Se divisa una aldea. ¿La veis?

Pararon en seco. Habían, por fin, doblado la curva que hacía la costa y, efectivamente, no se equivocaron al pensar que por aquellos lares debería haber algún asentamiento.

—Está bien —dijo Antonino adelantándose—. Debemos ser cautos. No sabemos dónde estamos ni quiénes son los que allí habitan. No se trata de un campamento de la Legión sino más bien de una pequeña aldea de pescadores. Pero no conocemos cuál será su reacción cuando nos vean. Por lo que hemos visto hasta ahora, a ninguno de vosotros os suena esta zona de las Galias. Así que hay que tener mucho cuidado. Propongo que nos alejemos de la orilla y nos introduzcamos en las dunas. Iremos hasta allí por el interior. Es mucho más seguro al haber arboleda. Y, lo más importante de todo, hay que hacerlo con sigilo y siempre en guardia.

La disposición y seguridad con la que habló Antonino sorprendió a sus

compañeros. Estaba claro que poseía una visión militar de la que carecían ellos. Pero aquellos consejos eran buenos. Si se actuaba como él decía, tendrían muchas más probabilidades de seguir con vida.

Hicieron lo que dijo. Subieron una de las dunas y vieron, en la ladera, cómo se extendía un pequeño paraje de arbustos. No eran demasiado altos pero sí lo suficiente para ir camuflándose entre ellos para llegar hasta la aldea.

Avanzaron con cautela. El sol estaba en casi todo lo alto y cuando daba de lleno en los cuerpos el calor se dejaba sentir. Llegaron hasta la altura de la aldea, por la parte norte. Parecía que todo estaba tranquilo. Agazapados entre los arbustos, se fijaron detenidamente en los movimientos que hacían los lugareños. Serían seis o siete los que, a pie de orilla, parecían arreglar redes de pesca. Varias chozas, conformadas por ramas de árboles, servían de vivienda. Alrededor se esparcían pequeñas embarcaciones rudimentarias. Antonino vio cómo de una de las casas salía una mujer. Sin lugar a dudas eran personas de paz, ajenas quizá a todo.

Se decidió a acercarse. Hizo una señal a los demás para que esperasen allí, escondidos entre los arbustos, para no asustar a aquellos hombres. Caminó despacio, para que lo viesen. Uno de los aldeanos se percató de su presencia. Se puso en pie y avisó a los demás. Contemplaron cómo venía hasta ellos Antonino que, cuando se encontraba a unos diez metros de distancia, alzó al brazo derecho.

—Salud, amigos. Soy hombre de paz.

Nadie dijo nada. Continuaron mirándole, sin quitarle la vista. Antonino siguió avanzando hasta que prácticamente estuvo frente a ellos.

—Os ruego que me perdonéis. Ando perdido y he visto vuestra aldea. No sé dónde me encuentro. Me dirijo a Massilia pero, por lo que he podido ver, creo que ando bastante perdido.

Cuando los hombres, que no se habían movido, comprobaron en una primera visual que no llevaba armas ni parecía tener una actitud agresiva, uno de ellos habló.

—¿De dónde vienes?

—De Corsica. He estado navegando y el mar me ha arrastrado hasta aquí. No vengo solo. Varios amigos míos se encuentran detrás de aquella arboleda. Pero no temáis. Sólo queremos un poco de agua y comida, si puede ser, y que nos indiquéis el camino para llegar hasta Massilia.

—¿Cómo sabemos que no sois vándalos que nos asaltaréis?

—Si eso fuese así, ya habríamos atacado vuestro poblado por sorpresa y

ahora estaríais todos muertos. No queremos pelea, sólo algo de comida y agua para poder seguir nuestro camino.

Se miraron entre ellos. Las últimas palabras de Antonino parecieron convencerles.

—Está bien. Podéis sentaros y descansar. Hoy hace mucho calor y es seguro que la sed os atenazará las gargantas. No tenemos muchos alimentos, los suficientes para sobrevivir día a día, pero los compartiremos con vosotros. Podéis decid a vuestros amigos que se acerquen sin miedo.

Antonino se volvió e hizo un gesto con su brazo derecho en señal de que los demás saliesen de donde se encontraban. Al mismo tiempo, varias mujeres aparecieron por las puertas de las chozas. Con movimientos ligeros se apresuraron a recoger trozos de madera. En cuestión de minutos conformaron una hoguera y dispusieron varias filas de piezas de pescado para que se asaran.

Quien parecía ser el jefe de la aldea, sentado frente a Antonino, miró a las mujeres. Cuando comprobó que preparaban la comida, llamó a otra de ellas que, enseguida, trajo un odre grande que depositó a sus pies.

—Bebed lo que queráis. Seguro que os hace falta.

Así fue. El agua les supo a gloria. Luego comieron pescado. Lo hicieron todos con avidez. Durante el tiempo de la travesía los víveres que llevaban se acabaron pronto y lo único que se llevaron a la boca fueron pescados crudos que cogían del mar. En Corsica pudieron comer más decentemente pero la última parte del viaje fue mucho más dura en ese aspecto.

—Habéis dicho que os dirigís a Massilia. ¿Sois de allí?

—Yo nací en Bizancio —respondió Antonino mientras apuraba la raspa de pescado. Ellos son todos de esa parte de las Galias.

—¿Y qué haces tan lejos de tu tierra?

—Es una historia muy larga, amigo. No te quiero aburrir. Necesito llegar cuando antes a Massilia. Por diferentes motivos a los de mis compañeros de viaje. Ellos se reunirán con sus familias... bueno, con lo que quede de ellas. En cambio, yo voy en busca de una persona que cree que estoy muerto.

—Vuestras historias son apasionantes por lo que puedo comprobar. Aquí la vida es monótona. Siempre, desde que sale el sol, hacemos lo mismo. Necesitamos pescar para alimentarnos.

—¿No tenéis contacto con otras aldeas?

—Claro que sí. Hay varias hacia el oeste. Pero cada uno de nosotros sobrevive como puede.

—¿Y los romanos?

—Esta zona no les interesa demasiado. Saben, por las veces que han venido, que somos pobres, que no tenemos nada que ofrecerles. Gente sencilla que lo único que hace es echarse a la mar cada día. Aldeas como la nuestra no tienen sentido para ellos.

—Pero tenéis mujeres...

—Hasta ahora nos han respetado. Hace mucho tiempo que no vienen por aquí. Cuando lo hacen, intentamos que ellas no se dejen ver para no incitar a que puedan abusar de ellas. Nunca hemos puesto impedimento alguno cuando han querido llevarse el pescado recogido. Es la única forma de seguir vivos.

Antonino lanzó lejos las espinas del pescado. Se levantó y se dirigió hasta la orilla, dejando que el agua cubriese sus pies. Miró a su alrededor y pensó que ése sería un magnífico lugar para quedarse a vivir, lejos de cualquier presencia romana. Era muy joven todavía pero lo vivido en el último año y medio le había hecho madurar de manera extraordinaria. Incluso aparentaba mucha más edad de la que realmente tenía. Se habría quedado con aquellos pescadores si no fuese por los tres motivos que hacían que prácticamente no conciliase el sueño: no defraudar a su emperatriz e intentar encontrar a los descendientes de José de Arimatea; volver a estar junto a Livia y, por supuesto, llevar ante la justicia de Roma a Tulio Plinio.

Sacó los pies del agua. Sus compañeros de viaje habían saciado el hambre y la sed que arrastraban. Estaban tendidos en la arena a pesar de que el sol calentaba. Pero se sentían cómodos. La fatiga sufrida hasta llegar a esa aldea quedaba compensada con lo que acababan de comer. Les quedaba poco para reunirse con los suyos. Lo sabían y era por eso que ahora estaban más relajados.

—¿Cuánto hay hasta Massilia? —preguntó Antonino.

—A caballo menos de una semana.

—¿Vosotros poseéis caballos?

—Amigo, los últimos que tuvimos se los llevaron los romanos. Por aquí no vas a encontrar ninguno. Las otras aldeas también vieron cómo los legionarios se quedaban con ellos.

—Entonces, ¿qué me aconsejas?

—Líbrenme los dioses de dar consejo a alguien. Pero sí puedo deciros algo: si camináis durante tres o cuatro días hacia el interior en dirección norte, encontraréis un poblado mucho más grande que esta aldea. Allí sí tienen caballos y es posible que podáis comprar algunos. Pero debéis tener cuidado.

Muy cerca hay un acuartelamiento de la Legión. Y saben perfectamente quiénes son forasteros en el pueblo. También tenéis otra opción.

—¿Cuál?

—Volver a embarcaros y llegar hasta Massilia por mar.

—Te lo agradezco, pero esa posibilidad no la contemplo yo.

—Entonces deberéis andar.

—Yo sí lo haré.

Aquella respuesta puso sobre aviso a los demás compañeros de viaje. Antonino se acercó hasta ellos y se sentó a su lado.

—Amigos, hasta aquí hemos llegado. A partir de ahora, nuestros caminos se separan.

—Pero todos vamos en la misma dirección —dijo uno de ellos.

—Es verdad, pero con intereses distintos. Nueve hombres caminando en medio de la nada levantarían las sospechas de cualquier patrulla romana. Vosotros sois guerreros y yo un prisionero de Roma que se ha escapado de sus captores. No duraríamos nada. En cambio, yo solo creo que llegaré hasta ese poblado pasando inadvertido. Me haré con un caballo y podré alcanzar Massilia en menos tiempo del habitual.

Fue a rebatirle su idea otro de los hombres pero Antonino no dejó que hablase.

—Lo tengo ya decidido. Os doy las gracias por todo este tiempo. Estoy en deuda con todos vosotros desde aquel día en que me liberasteis de las garras de Roma. Mi destino era la muerte y, en cambio, ahora me encuentro libre y preparado para no fallar con lo que se me encomendó hace ya mucho tiempo. Creedme, es lo mejor para todos. Aquí podéis descansar unos días y cuando estiméis oportuno, marchar por barco hacia Massilia. Sólo debéis tener cuidado con el Ejército romano. Una vez por aquella zona, estoy seguro de que volveréis a reuniros con vuestros seres queridos.

Ninguno respondió. Todos se dieron cuenta de que en sus palabras encerraba toda una declaración de intenciones y que nada ni nadie le haría cambiar de idea.

—Amigo —dijo Antonino al aldeano—. Si pudieras facilitarme un odre con agua y algo de comida, te estaría eternamente agradecido. Me gustaría partir cuanto antes. No puedo perder más tiempo. Ya llevo casi una vida de retraso y no me gustaría llegar tarde a una cita que tengo con mi destino.

La maleza dificultaba que avanzase con normalidad. Atendió los consejos del pescador y evitó los lugares diáfanos. Se encaminó hasta el poblado por

zonas más agrestes y, en teoría, menos transitadas. La primera jornada se le hizo muy corta. Salió al atardecer de la aldea costera y anduvo unas cuatro horas hasta que, ya de noche, buscó un lugar seguro donde descansar.

Varios arbustos le sirvieron de improvisado camastro. Aunque se encontraba en medio de la nada, descartó hacer una hoguera para calentarse puesto que podría alertar a malhechores o, peor aún, a alguna patrulla romana, de su presencia.

Hacía frío esa primera noche. Comió lo suscinto y se acomodó entre el ramaje para paliar las bajas temperaturas. Estaba todavía cerca de la costa y desde allí venía un viento molesto que hacía que la sensación térmica fuese mucho más gélida. A pesar de ello, al cabo de un rato se quedó dormido por completo.

Despertó sobresaltado cuando un tenue rayo de luz le dio en la cara. Comprobó que ya había amanecido y que el sueño y el cansancio acumulado hicieron mella en él. Hubiese querido echar a andar de noche todavía para así avanzar con más tranquilidad y sin el temor de ser descubierto. Pero la fatiga de tantos días de viaje en aquel esquife, codo con codo con otros ochos hombres, hizo que se viese vencido.

Aunque fría la mañana, la temperatura era mucho más suave que la de la noche anterior. Miró al cielo y estudió la posición del sol para hacerse una idea de qué hora podría ser. Todavía tenía tiempo de caminar unas tres o cuatro horas sin correr demasiados riegos. Así que tomó algo de comer, bebió un poco de agua y dirigió sus pasos hacia el norte, tal y como le dijo el día anterior el pescador.

Durante el viaje continuó esquivando caminos que pudieran ser transitados. Al cabo de un rato encontró una calzada, una de las vías romanas que atravesaban los campos de parte a parte comunicando ciudades y poblados más pequeños. Se alegró de ello en un primer momento. «Así puedo ir mucho más rápido. Con suerte y un buen ritmo, mañana puedo estar en el lugar indicado». Luego se dio cuenta de que no era conveniente ir por el camino empedrado, ya que éste serviría de travesía a las gentes del campo e incluso a los soldados romanos. Sin embargo, tenía que arriesgarse. De otra manera tardaría mucho más en llegar a la aldea.

Caminó durante unas tres horas. En todo ese tiempo no se cruzó con nadie. El sol ya estaba en todo lo alto y se sentía cansado. También algo desesperado porque no conseguía llegar a su destino: Massilia. Todavía le quedaba mucho tiempo para alcanzar esa ciudad y esta circunstancia hacía que cada vez

estuviese más alejado Tulio Plinio. Eso suponiendo que estuviese en aquel lugar. Además, Antonino no hacía más que darle vueltas a la cabeza intentando calcular cómo haría para dar con el centurión. Era una misión realmente difícil por todo lo que de obstáculos tenía. Empero se mostraba convencido de que al final acabaría dando con él.

Un ruido le puso sobre aviso de repente. Al principio su primera reacción fue la de abandonar la calzada y esconderse entre los matorrales. Pero decidió aguantar. Volvió a escucharlo, esta vez más cerca. Le pareció que era producido por los cascos de un caballo o un animal parecido —quizá un asno o un buey—. Esperó. El sonido se iba acercando en medio del silencio de aquel paraje. De pronto, a lo lejos, viniendo a su encuentro, divisó un jinete. Estaba claro que no era un soldado romano, ya que éstos solían ir en grupo. Podría tratarse de un agricultor, que era lo más razonable. «Si es sí, podrá prestarme ayuda», pensó mientras veía cómo la figura se iba acercando.

Pasado un rato, se dio cuenta de que también la otra persona se había percatado de su presencia. Disminuyó el ritmo del caballo. Finalmente estuvieron a una distancia en la que ambos se veían con claridad. Fue el jinete el primero en hablar.

—Salud, amigo. Bonita mañana. ¿Qué hacéis por estos lares tan solo?

—Salud para ti también —respondió Antonino levantando el brazo derecho—. Voy camino de un poblado que me han dicho que no está demasiado lejos de aquí. Necesito comprar un caballo para dirigirme hasta Massilia.

El hombre había seguido avanzando lentamente hasta que llegó a su altura. Sin bajarse del equino, estudió detenidamente a Antonino.

—No sois pescador ni agricultor. Tampoco creo que seáis de esta zona. Perdonad mi atrevimiento pero, ¿huís de los romanos?

Antonino vaciló antes de responder. Fue muy directo aquel jinete que parecía realmente estar interesado por su presencia allí. Él estaba en clara ventaja al tener un caballo y estar montado sobre él. Si intentaba atacarle no podría hacer mucho. También Antonino estudió al caminante. Comprobó que, en la zona de la culata del caballo colgaban dos serones, uno a cada lado de las nalgas del animal. En una se podían distinguir aperos de labranza y en la otra comida. Se trataba, sin lugar a dudas, de un labriego de la zona que, al igual que él, se mostraba receloso de que pudiese ser alguien peligroso. Aunque llevaba una daga escondida en el interior de su túnica, no creyó conveniente dejarla a la luz para que el hombre supiese que iba armado. En todo caso, le pareció que no era peligroso.

—No, amigo. No huyo de nadie. Sólo necesito comprar un caballo para ir hasta Massilia.

—Lejos está esa ciudad. Y sin caballo tardaríais mucho tiempo. Pero hacia donde os dirigís no conseguiréis animal alguno, ni siquiera un mísero mulo que tire de arados.

—¿Por qué lo sabéis?

—Vengo de allí y cualquier animal que tenga cuatro patas y sirva para tirar de algo, ha sido confiscado por los soldados romanos.

—En cambio, el vuestro, por lo que veo, no ha corrido esa suerte...

—Así es. El centurión que está al mando de la patrulla romana que vigila esa zona ha sido condescendiente conmigo. A cambio, claro está, de dejarle unos buenos sacos de trigo que llevaba al poblado para moler.

—Entonces, no eres de allí.

—No. Vivo en una aldea cerca de aquí, hacia el oeste. Allí, por fortuna, sí hay varios mulos y caballos. Pero correrán dentro de poco el mismo destino que los otros: pasar a manos de la Legión.

Antonino, al escuchar esas últimas palabras, decidió arriesgarse.

—¿Habría alguien en tu aldea dispuesto a venderme un caballo?

—No lo sé, pero todo es intentarlo.

—Tengo dinero para pagar. Y lo haría a buen precio. Quedaría satisfecho el vendedor.

—Puede que algo encontraras.

—Además, es mejor sacar unas monedas por tu caballo que ver cómo los romanos se lo llevan sin pagar absolutamente nada...

El jinete esbozó una tímida sonrisa al escuchar a Antonino. Alargó el brazo derecho hasta el serón que estaba justo detrás y sacó un odre.

—¿Queréis un poco de vino? Lo he criado yo mismo y tiene un sabor extraordinario. Cuando los romanos se percaten de ello, también confiscarán mis caldos.

Aceptó el ofrecimiento de aquel campesino. Bebió un trago grande y, efectivamente, comprobó que era de muy buena calidad. Parecía mucho más relajado ese hombre. Tras beber, se limpió la comisura de los labios con su antebrazo derecho y devolvió el odre.

—Por todos los dioses que es magnífico. Puedes estar orgulloso del vino que produces. ¿Serías capaz de llevarme hasta tu aldea? —dijo de repente Antonino aprovechando el ambiente distendido que se había creado entre ambos.

—No estamos muy lejos. El problema es que mi caballo tiene una de las herraduras en mal estado y sufriría mucho con dos hombres sobre sus lomos.

—¿En ese serón llevas herramientas?

—Sí, de labranza.

—Pueden servir. ¿Permites que te eche una mano?

Antonino avanzó hacia el caballo y llegó hasta la parte trasera del mismo. El agricultor, finalmente, descabalgó.

—¿Eres herrero?

—Algo parecido, amigo. ¿Cuál es el casco dañado?

—El de la pata derecha.

—Sujeta al animal por las bridas. Voy a echarle un vistazo.

Antonino acarició la penca del rabo del caballo durante unos segundos para que así el equino se tranquilizase. Luego, con sumo cuidado, levantó la pata agarrándola justo por encima del casco. Miró la herradura y comprobó que uno de los clavos se metía en parte de la zona carnosa, lo que hacía que el caballo se doliese sobremanera. Tomó una de las herramientas y, haciendo una leve palanca, consiguió que el clavo saliese.

—Ya está. Era muy fácil. Ahora tu caballo andará sin problemas ni dolores. Cuando llegues a la aldea, intenta colocarle otro para que la herradura quede bien sujeta. De todas formas, no se desprenderá. Ah —dijo—, y no te preocupes. No quería que me montases. Puedo ir andando.

Al cabo de un par de horas divisaron el pequeño poblado. Estaría compuesto de unas diez o doce chozas, prácticamente similares a las de la aldea de pescadores. Inspeccionó rápidamente todo el entorno y se dio cuenta de que allí no corría peligro alguno. Varios hombres, algo más alejados de las efímeras edificaciones, labraban la tierra. Un pozo en medio de una especie de plaza con el suelo terrizo servía para que unas mujeres sacaran agua y la introdujesen en odres. También vio a unos cuantos niños correteando y persiguiendo a un perro. Se fijó en un corral que se situaba al final del poblado y vio, en un principio, al menos tres caballos y dos mulos.

Tanto los hombres, como las mujeres y los niños dejaron lo que estaban haciendo y fijaron su vista en el forastero. Venía justo detrás del jinete. Antonino se dio cuenta de que su presencia podría resultar incómoda para aquellos campesinos que vivían alejados de las grandes poblaciones y que cualquier extraño era recibido con recelo. Sin embargo, fue su acompañante quien calmó los ánimos y las susceptibilidades de sus convecinos.

—Tranquilizaos. Es un amigo que sólo quiere comprar un caballo y que me

ha ayudado con el mío.

Nadie dijo nada. Todos, en cambio, seguían en la misma posición y sólo el perro acudió hasta el caballo ladrando para luego salir corriendo y perderse por entre dos de las chozas.

—Ven conmigo. Echa un vistazo a aquellos animales y decide tú cuál quieres.

Se sorprendió de la forma de actuar de aquel hombre. Llegaron hasta el corral y el jinete desmontó. Abrió la portezuela hecha con dos maderas atravesadas por otras dos en sentido vertical e introdujo al caballo. Antonino entró en el recinto detrás del campesino. Ahora se dio cuenta de que había más animales: cinco caballos, tres mulos y un asno. Paseó entre ellos durante un rato. De vez en cuando se paraba en uno de ellos y lo estudiaba detenidamente. Hizo lo mismo con los mulos y el asno.

—Están bien cuidados —dijo acariciando los pechos de un precioso caballo negro.

—Eso mismo dirán los soldados romanos cuando sepan que los tenemos.

—Te compro éste —respondió Antonino tocando las crines del negro—. ¿Cuánto pides por él?

—Es el mejor de los que hay en este corral. Fuerte, como puedes comprobar. Cuidándolo, dándole el descanso preciso y comida y agua, llegarás pronto a tu destino.

—Así lo creo yo. Pero no me has dicho cuánto quieres por él.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar tú?

Antonino se despegó del animal y se acercó hasta el hombre. De la parte baja de la túnica sacó una pequeña bolsa que contenía monedas. La abrió y extrajo cuatro.

—¿Crees que es suficiente? —preguntó poniéndolas en la mano derecha del campesino.

Miró las monedas por dos veces antes de responder.

—Podría decirte que no, que quiero más, pero has sido honrado conmigo. Este caballo, aún siendo bueno, no vale tanto como ofreces —dijo entregándole una de las monedas.

—No quiero solo el caballo. También me llevaré uno de los mulos. Aquel —le dijo señalando al más alto de los tres.

Y sin que le diese tiempo a responder, sacó otra moneda más y se la entregó con la que a su vez le había devuelto el hombre.

—Esto es mucho dinero.

—Así quedáis compensados al perder a dos animales que os hacen falta para labrar el campo. A cambio, os pido también dos serones con comida para las bestias y poder llenar mi odre de agua para el camino.

—Por todos los dioses que eres un hombre generoso. No quisiera aprovecharme de ti.

—En todo caso, lo estoy haciendo yo con vosotros. Sé que estos animales significan mucho porque con ellos podéis arar las tierras y producir. En cambio, os privo de dos.

El agricultor miró hacia sus vecinos. Algunos retomaron sus labores mientras que otros miraban con atención todo lo que se estaba llevando a cabo en el corral.

—Que los dioses te protejan en tu marcha hacia Massilia —dijo finalmente el hombre a la par que iba a buscar dos serones que luego puso sobre el mulo.

XXVI

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo a tu señor?

Livia acababa de salir de la habitación en la que le instaló desde el primer momento Bruccius Lurios y entró en la estancia principal de la casa, sentándose un rato a descansar. Fabio terminaba de recoger algunos objetos que se estaban mojando. La lluvia hacía que la noche resultase mucho más oscura. En el patio central, el agua que caía golpeaba suavemente las flores desprendiendo éstas un ligero perfume que se entremezclaba con el olor a tierra mojada. El sonido de las gotas al entrar en contacto con el agua de la fuente que presidía el lugar dotaba a la atmósfera de un clima de tranquilidad y sosiego.

Venía amenazando lluvia varios días pero no fue hasta este último cuando rompió definitivamente. No era habitual que en esa época del año apareciese el líquido elemento, pero ya le advirtió Fabio que en Hispalis, cuando menos se lo esperaba uno llovía.

Aún así, les dio tiempo a bajar desde Itálica hasta la casa de la ciudad antes de que el agua se hiciese presente de forma continuada. Algunas gotas cayeron durante el trayecto pero no llegaron a ser tan insistentes como en aquellos momentos.

Varias lucernas instaladas en la zona porticada iluminaban el patio. Livia, cansada de un duro día de trabajo en el jardín de la residencia, quería acostarse y dormirse cuanto antes. Estaba en la recta final de su embarazo y cualquier esfuerzo más allá del habitual solía hacer mella cuando llegaba la noche.

No era Fabio la persona adecuada para mantener una conversación. Se limitaba a hacer sus tareas domésticas y cuando Livia se levantaba, él ya tenía todo preparado para llevarla hasta Itálica. El trayecto, tanto de ida como de vuelta, lo hacía casi siempre en silencio. Y éste lo rompía con monosílabos a cualquier pregunta o comentario de Livia. En la residencia, mientras Livia arreglaba el jardín, él solía disponer todo el interior de la casa. Siempre estaba a punto por si acudía de improviso su señor o bien su protegido. Ambos, ahora, se encontraban fuera de Hispalis. Y los dos en Roma. El primero por cuestiones políticas. Un hombre realmente ocupado en altos asuntos que tenían que ver con senadores y que a menudo hacían que estuviese

ausente por espacio de meses. En el caso de Bruccius, había partido hacia la capital del Imperio hacía dos semanas. En ese viaje tenía puestas muchas esperanzas Livia, sobre todo porque sabía que haría todo lo posible por ser recibido por la emperatriz. Si resultaba, ella sabría finalmente los motivos por lo que la abandonó.

Bruccius le prometió que haría todo lo que estuviese en su mano para verla, algo que no era fácil habida cuenta de que se trataba de la mismísima emperatriz. Debería obtener el beneplácito de su protector primero y convencerlo para que intercediese ante importantes e influyentes patricios de Roma, ante senadores incluso. Aún así, no las tendría todas consigo. Sobre todo porque eran muchas las personas que solicitaban una audiencia tanto con Constantino como con Flavia Iulia Helena. Muchos asuntos se trataban a lo largo de una jornada y debían de ser de importancia para que el emperador o bien su augusta madre se dignasen a escuchar. Además, en aquellos momentos, toda Roma estaba inmersa en las celebraciones decretadas por Constantino el Grande para dar gracias por el descubrimiento de la Vera Cruz de Cristo. Un hecho que hizo que la ciudad estuviese constantemente en fiestas y que los asuntos más relacionados con política u otra clase de aspectos quedasen, ahora, relegados a un segundo plano. Aún así Bruccius se comprometió a no desfallecer y a conseguir, de la manera que fuese, poder ser recibido por la emperatriz Flavia Iulia Helena.

—¿Por qué me lo preguntáis? —respondió sin dejar de recoger los objetos que había apilado en una de las esquinas de la zona porticada.

—Me he dado cuenta de que os tiene en alta estima y que, a diferencia de otros sirvientes, las cuestiones más delicadas os las confía siempre.

Siguió recogiendo. La lluvia parecía remitir. Alzó la vista hacia el techo abierto del patio y vislumbró algunas estrellas entre las nubes que comenzaban a disiparse.

—Pronto escampará —dijo sin dejar de hacer las tareas—. Cuando salga el sol mañana, todo estará más limpio y el aire que respiremos será mucho más puro.

De nuevo quedó en silencio. Tomó entre sus manos varias bacinillas y las dejó en uno de los rincones. Luego, de manera parsimoniosa, comenzó a apagar las lucernas que iluminaban el patio y la estancia porticada.

—Llevo toda mi vida aquí —respondió—. Mis padres me entregaron a mi señor, Tito Sulla Drusus, para que éste cuidase de mí y de esa manera me labrase un futuro.

—¿Tus padres también son sirvientes?

—No. Gente humilde, trabajadores que se ganaban la vida vendiendo en las calles. Pero somos varios hermanos y nuestra familia cayó en desgracia. Mis antepasados, en cambio, sí tuvieron fortuna. No eran de aquí. Procedían de Jerusalén, pero vinieron hasta Hispania y sus descendientes ya somos hispanos.

—Es decir, que procedes de la tierra de la que acabo de venir.

—Así es. Mis padres están muertos y mis hermanos, cada uno en una ciudad distinta. La verdad es que sólo tengo vagos recuerdos de ellos. Llevo en esta casa desde que era un niño. Ahora, si me disculpáis, tengo que salir.

—¿Adónde vas a estas horas?

Fabio vació durante unos instantes. Finalmente se atrevió a responder.

—Soy cristiano. Y tres veces a la semana nos reunimos un grupo para rezar y escuchar al maestro.

—¿Al maestro? ¿De quién me hablas?

—De un hombre bueno. También procede de Jerusalén su familia. Imagino que sus antepasados llegaron aquí juntos o, en todo caso, a la vez. Uno de los suyos, dicen, estuvo en el lugar en el que crucificaron a Jesucristo.

—¿Te refieres al hombre al que tanto ama la emperatriz?

—A ese mismo. Nos habla de sus enseñanzas, de lo que predicó en vida y el amor al prójimo.

—¿Es un sumo sacerdote?

—No. Él no forma parte de sanedrín alguno ni viste ropajes ampulosos. Tan sólo se dedica a hablarnos de Dios y de su Hijo.

Fabio desapareció por unos instantes por una de las puertas laterales para, al momento, volver a hacerse presente. Llevaba una capa sobre los hombros. Terminó de apagar las lámparas del patio central y, tras hacerlo, se dirigió a Livia de nuevo.

—Deberíais dormir. Mañana será otro día duro.

—¿Acaso tú no lo tendrás también? —respondió en forma de pregunta.

—Yo no estoy encinta —dijo con una leve sonrisa que se le vislumbró por la comisura de los labios—. Es mejor que descanséis. A primera hora del día os estaré llamando, como siempre.

—¿Queda muy lejos ese lugar al que vas?

Se sorprendió Fabio de aquella pregunta.

—¿Por qué lo decís?

—Me gustaría acompañarte.

—Pero tú no eres cristiana, no crees en Cristo.

—Tienes razón. Pero he visto esa madera de la que habláis y pensáis que es milagrosa. Os podría contar lo que sucedió aquel día...

—¿Serías capaz?

—Cojo una capa y te acompaño.

Las luces que se veían a lo lejos indicaban que la ciudad era grande. Durante todo el camino no dejó de percibir el olor a mar que le venía del oeste. El caballo adquirido a aquellos campesinos era realmente bueno y respondió a lo largo de la travesía. Hizo las paradas justas para que las bestias pudiesen descansar. En esos dos días de viaje no se topó con nadie. Parecía que las calzadas y vías de aquellos lugares no fuesen frecuentadas. Además, en cuanto divisaba alguna choza daba un rodeo largo para evitar ser visto. Prefería no tener que dar explicaciones de su presencia. Hasta ahora había tenido suerte desde que desembarcó en las Galias. Pero ésta podía cambiar con un mal encuentro.

A pesar de ser noche cerrada ya, escrutó el horizonte durante un tiempo intentado retener en su mente el contorno de la gran ciudad. «Tengo dos opciones: bien entrar por las puertas de las murallas, bien dirigirme hasta el puerto, poner a buen recaudo los caballos y hacerme pasar por un pescador o marino. En cualquiera de los casos, debo tener mucho cuidado».

Llegó a la conclusión que lo mejor era esperar a que amaneciese. Entonces serían muchos los hombres y mujeres que acudirían a la ciudad a hacer negocios o simplemente a trabajar. Podría pasar más inadvertido.

Bajó del caballo y lo amarró a uno de los árboles. Hizo lo mismo con el mulo. De uno de los serones sacó algo de paja que depositó en el suelo, justo debajo de los animales. Éstos comenzaron a comer. Antonino se recostó en la otra parte del árbol, quedando sentado. Estaba realmente cansado. Prácticamente no había parado desde que embarcó en aquel pequeño esquife. Muchos días, semanas de viaje que le traían, por fin, hasta las puertas de Massilia. Ahora comenzaba su verdadera y, así lo esperaba, definitiva búsqueda. A partir de esos momentos tendría que poner especial cuidado con quién hablaba y qué preguntaba. Estaba convencido de que allí podría estar Tulio Plinio. Pero, a diferencia de él, llevaba todas las de perder. La desventaja con respecto a Plinio era grande pero tenía que actuar con inteligencia y con la cabeza antes que con el corazón. Si daba un paso en falso o bien se precipitaba en sus acciones, todo podría irse al traste.

—¿Qué hacéis ahí durmiendo?

La voz le despertó. No sabía dónde se encontraba en un primer momento hasta que recordó que el cansancio le venció cuando se sentó bajo las ramas de aquel árbol. Algo aturdido, dirigió la vista hacia donde provenía la pregunta y se topó con un hombre alto, musculoso. Tenía los brazos en jarra sobre las caderas. La barba poblaba su rostro. La túnica, que le quedaba por encima de las rodillas, estaba raída. Justo detrás de él, un mulo cargado con dos grandes sacos rebañaba la tierra en busca de alguna brizna de paja que depositó la noche anterior para que comiesen sus animales.

Miró a su alrededor y comprobó que tanto el caballo como el mulo seguían donde los dejó amarrados. Se apoyó en el árbol y se levantó. Cuando estuvo completamente de pie, se dio cuenta de que aquel hombre era algo más alto que él y mucho más fuerte. Estaba solo y parecía que no había nadie más cerca. Por unos momentos sintió algo de miedo, pensando que podría tratarse de un ladrón.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el fornido e inesperado visitante.

—¿Os importa mucho? —respondió Antonino echándose hacia atrás por si intentaba su interlocutor alguna maniobra.

—Veo que estáis a la defensiva, amigo. No ha sido mi intención asustaros. Me llamo Cario, Cario Septimus. Soy agricultor. Tengo a tres días de aquí una pequeña tierra que labro y luego, cuando hago acopio de frutas y hortalizas, acudo hasta Massilia para venderlas. Las pagan bien cuando son frescas.

—Me alegro mucho. No entiendo tanto interés por mí...

No dejó que terminase la frase.

—Os he visto ahí, tendido, y he pensado que pudieseis haber sido víctima de algún robo. Estos parajes cercanos a la gran ciudad son el lugar ideal para malhechores y delincuentes. Veo que me he equivocado, por fortuna para vosotros.

Dicho esto dio media vuelta y agarró las bridas de su mulo para continuar su camino.

—Antonino Quintus. Así me llamo. Y os pido perdón por haber sido tan descortés —se excusó.

—No os preocupéis. Hacéis bien en no fiaros del primero que llega hasta vuestro lado. Me alegro de que estéis bien. Ahora continuaré con mi cometido.

—Esperad, por favor. ¿Vais a entrar en la ciudad?

—Por supuesto. Y ya voy tarde. Si quiero dar salida a toda esta mercancía debo apresurarme. Hay muchos más como yo y a medida que transcurre el día el género se devalúa.

—¿Os importaría que os acompañase hasta las puertas de la muralla?

—¿A qué habéis venido hasta Massilia?

—A hacer negocios.

—Espero que los dioses os ayuden. Vamos, pues, hasta Massilia.

Salieron a la calzada principal. El nuevo acompañante de Antonino se subió a su mulo a duras penas por el poco espacio que quedaba en sus lomos debido a los dos grandes sacos. Antonino hizo lo mismo y se subió a su mulo en lugar del caballo.

A medida que se acercaban a la puerta principal se iban uniendo otras personas que se dirigían al mismo sitio. Le sorprendió la actividad que comenzaba a tener la vía empedrada que desembocaba justo en la gran puerta.

—¿Hoy es día de mercado en Massilia? —preguntó algo desorientado.

—¿Hoy? Amigo, ¿nunca has estado en esta ciudad? ¡Todos los días son días de mercado! Hay que abastecer a una importante población además de a todos aquellos que desembarcan o a las galeras que parten hacia los distintos puertos que jalonan el Mare Nostrum. Mi desgracia es que vivo a tres jornadas de camino y no puedo acudir más que una o dos veces cada quince días.

Volvió a sorprenderse Antonino cuando, ya muy cerca de las puertas, comprobó la gran cola formada para poder acceder al interior de la ciudad.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ya veo que nunca habéis estado aquí. Los soldados romanos registran cada bártulo que entra. Así disipan a ladronzuelos y delincuentes. Aún así, las calles y tabernas de Massilia están llenas de todo tipo de personajes que, en un momento dado, te pueden dejar sin nada de lo que traigas. Hay que tener mil ojos y no es suficiente.

—¿Y qué pasará si los legionarios no nos dejan entrar?

—¿Por qué habría de ser así? ¿Acaso tienes algo que ocultar? ¿No me has dicho hace un rato que vienes a hacer negocios?

—Así es, amigo Cario. Pero deduzco que deben fiarse de mí.

—¿No lo he hecho yo? —respondió soltando una gran carcajada a la par que espoleaba al mulo para que siguiese caminando.

Al cabo de un tiempo llegaron a la altura de la patrulla. En efecto, los soldados paraban a todos los que querían entrar en la ciudad. Inspeccionaban los carromatos, hurgaban entre los sacos y serones y, de vez en cuando, se cobraban alguna pieza de fruta o apartaban una oveja o cabrito que se quedaban para ellos. Era una especie de impuesto de aduana por pasar.

—¿Qué traéis en esos sacos? —inquirió el superior de la patrulla a Cario

Septimus.

—Frutas y verduras, centurión.

—No soy centurión, amigo. Abre los sacos.

Hizo lo que le ordenaron. El legionario comprobó que, efectivamente, dentro había lo que le indicó el agricultor. Con un leve gesto lo dejó pasar.

—¿Y tú? ¿Qué traes?

—Nada. Vengo a hacer negocios —respondió algo dubitativo Antonino.

—¿Negocios? ¿Qué clase de negocios?

—Espero poder comprar herramientas de herrero.

—Son caras...

—Lo sé. Pero este caballo servirá para pagarlas.

El soldado se acercó hasta el animal, que iba detrás de Antonino. Lo rodeó echándole un vistazo. Le abrió la boca para comprobar la dentadura. Miró sus pechos y la culata, así como la alzada.

—Por todos los dioses que es un buen ejemplar. Dándolo como pago vas a poder comprarte una herrería entera para ti.

Soltó una gran carcajada. Los otros soldados le imitaron y comenzaron a reír de manera airada.

—Anda, pasa antes de que arrepienta y me quede con el caballo.

Le dio una palmadita al mulo que montaba Antonino, que comenzó a andar.

Una vez pasado el umbral, la ciudad se abrió ante sus ojos. La puerta daba a una gran calle principal que era la que vertebraba todo el conjunto urbanístico. Y allí mismo ya se distribuían puestos de alimentos, otros que ofrecían animales vivos o muertos, telas, cerámicas, objetos de cualquier clase... el bullicio estaba instalado en medio de una vorágine de personas que iban de un lado para otro.

—Así que quieres comprar herramientas.

Era la voz de Cario Septimus. Le estaba esperando mientras era interrogado por el legionario.

—Es lo que le he dicho al soldado.

—Me parece muy bien. Pero me da la impresión de que vas a salir engañado de Massilia.

—¿Eres acaso adivino?

—No, muchacho. Perro viejo, que es mejor. Llevo muchos años viniendo aquí y al principio hice malos negocios por ser imberbe que se creía dueño de cualquier situación. Por lo que me estoy dando cuenta, tú vas por ese mismo camino.

—Eres muy perspicaz. Pero te aseguro que te vas a llevar una sorpresa conmigo...

—Puede ser —dijo riéndose—. Está bien, te deseo toda la suerte del mundo, amigo. Yo voy a vender esta mercancía. Si todo va bien, cuando el sol esté en todo lo alto habré terminado de hacer mis negocios. Suelo acudir entonces a una taberna que se encuentra en el puerto. No tiene pérdida. Allí me encontrarás si quieres un buen vaso de vino... y si te quedan algunas monedas después de que te hayan despellejado.

No dijo nada más. Tiró de las riendas de su mulo y se perdió entre la maraña de personas que circulaban por la calle principal.

Antonino lo vio alejarse hasta que se entremezcló con todo el gentío. Era todavía temprano. Estaba decidido a comenzar la búsqueda de Tulio Plinio. Pero no sabía por dónde empezar. Tal y como le había dicho Cario Septimus, la ciudad era grande y le sería difícil dar con él. «Lo primero que debo hacer es encontrar una cuadra donde dejar las bestias. Luego, buscar un alojamiento. No creo que en un solo día pueda dar con Plinio. Debo andar con sumo cuidado y saber a quién pregunto. Está claro que no puedo sonsacar información así como así porque yo mismo me estaría descubriendo. Por otra parte, puede que entre estas calles, en estas casas, esté la persona que guarda el secreto que tanto anhela la emperatriz. Si es así, ¿habrá dado con ella ya el centurión? Quizá esté de vuelta hacia Roma, donde se encuentra ahora la señora. No sé por dónde comenzar. Espero que los dioses me ayuden».

Espoleó al mulo y, tal y como hiciera minutos antes Cario Septimus, avanzó por la calle principal en medio de la algarabía generalizada. Sabía que comenzaba la cuenta atrás, era el principio del final de su aventura.

—¿Dos semanas más esperando a ser recibido?

La gran casa se encontraba en uno de los mejores lugares de Roma, muy cercana a los Foros Imperiales, en un lugar elevado de una de las colinas. Presidía toda la calle y desde su parte superior se disfrutaba de una espléndida vista panorámica de la ciudad. Era la vivienda de Tito Sulla Drusus, su protector, uno de los hombres más ricos de Roma. Hasta la misma acudían, diariamente, decenas de personas que esperaban contar con los favores del patricio: vendedores, músicos, poetas, aduladores... un variopinto muestrario de personajes que, antes de que despuntase el sol, ya se encontraban a las puertas de la domus, dispuestos a ser recibidos.

Éstos se entremezclaban con sirvientes y esclavos que, en las últimas horas de la madrugada, empezaban su faena en la casa, preparando todo para cuando

el señor se levantase. Un ajetreo propio de quien poseía mucho dinero y, lo que era también muy importante, grandes influencias en senadores y otros patricios de la ciudad. No en vano, la mayoría de los políticos de Roma le debían algún tipo de favor. Y es que en eso se había cuidado mucho durante toda su vida. Estaba convencido de que había que tenerlos cogidos por algún lado para así hacer uso de ellos cuando fuese necesario. «En Roma, el dinero todo lo puede», solía decir a quien le pedía consejo. «Y si no lo tienes, habrás de obtenerlo por los métodos más insospechados que puedas imaginar, pero siempre sin dejar huella ni rastro alguno que te pueda implicar».

Estas máximas le sirvieron, como a otros muchos, para escalar posiciones y situarse en un status envidiable. Evidentemente, la fortuna familiar contribuyó en enriquecerse aún más. Y ello llevaba implícito el ansia de poder, algo intrínseco a la mayoría de patricios y senadores.

La pregunta de Bruccius Lurios, su protegido, le puso algo nervioso. Y es que a pesar de todo su poder, de todas sus influencias, no era tan fácil como pudiera parecer en un principio conseguir una audiencia con el emperador o, en su caso, con la emperatriz.

Flavia Iulia Helena llevaba varios años fuera de Roma desde que se estableció en Bizancio. Y es por ello que ahora, con todos los fastos que se estaban desarrollando en la ciudad, era mucho más difícil que alguien fuese recibido.

—Mi querido Bruccius, no es tan fácil como crees. Eres joven y, por lo tanto, impulsivo. He hecho todo lo que ha estado en mi mano, usando mis influencias e incluso cobrándose favores que se me debían para que la emperatriz accediese a recibirte. No es mala fecha.

—Tenía pensado partir para Hispania, como más tardar, en una semana...

—¿Qué son siete días más? Podrás marchar habiendo hablado con la emperatriz. Por cierto, desde que llegaste, no has sido capaz de decirme a qué tanta prisa y por qué ese empeño de verla.

Bruccius comprendió que llevaba razón Tito Sulla Drusus. Estaba abusando de su poder e influencias y, en cambio, no le revelaba los motivos por los que tanto ansiaba hablar con Flavia Iulia Helena.

—Te debo una explicación, mi señor, y te ruego me perdones por no haberte dicho los motivos que me mueven a todo esto. En el viaje que hicimos desde Joppa a Hispalis se embarcó con nosotros una joven. Sí, ya sé que es algo insólito, pero Servius Claudio Crasio lo consideró oportuno. No pude saber mucho de ella a pesar de que entablé, durante la travesía, conversación con

ella. El caso es que, una vez en Hispalis, y cuando ya la creía perdida de vista, volvió a cruzarse en mi camino.

—¿Y...?

—Le ofrecí techo en tu casa, padre. Está sola y encinta.

—Te honra esa forma de actuar. Así es cómo te he educado.

—Hay más. Estaba dispuesta a trabajar en la fábrica de salazones pero me apiadé de ella y le convencí para que se dedicara a adecentar el jardín de tu residencia en Itálica a cambio de una cama y de comida.

—Extraña historia, por todos los dioses, Bruccius. ¿Estás enamorado de ella?

La pregunta le cogió totalmente por sorpresa. Fue directa y precisa y no admitía una respuesta vaga ni un circunloquio más propio de algún senador que aprovechase la ocasión para citar a los clásicos.

—No lo sé.

—Es algo que sólo tu corazón puede responder, por lo que veo.

Tito Sulla se acercó hasta la gran balaustrada desde la que se dominaba Roma. Sabía que la forma de actuar de su protegido era sincera. Se sentía orgulloso de que la educación que le proporcionó desde que era un niño hubiese surtido efecto. Era ya un hombre capaz de recorrer medio mundo y adaptarse a las más duras condiciones. Sin embargo, su juventud todavía era un obstáculo para muchas cuestiones, entre ellas el amor. Estaba convencido de que su forma de obrar iba acorde con lo aprendido durante años pero albergaba la duda de que en esta ocasión hiciese lo correcto.

—No seré yo quien me inmiscuya en asuntos del corazón, y menos tratándose de ti. Pero, dime, Bruccius, ¿crees que merece la pena lo que quieres hacer por esa mujer?

Tito Sulla, que rondaba los sesenta, era mucho más bajo que su protegido. Orondo de complexión y con poco cabello, intentaba disimular su pérdida echándose hacia delante la parte de atrás, mucho más larga y donde el pelo era más abundante. Se acercó hasta Bruccius y le puso su mano derecha en el hombro izquierdo. El joven, que escuchaba con atención lo que le decía su padre adoptivo, tenía la mirada perdida en esos momentos.

—Sólo sé que me ha pedido un favor y no he podido negárselo. No sé qué espera que consiga de la emperatriz, pero mi palabra está dada y debo cumplirla.

—¿Sabes de quién es el hijo que lleva en sus entrañas?

—Ella dice que de un soldado al que ama y con el que espera encontrarse

algún día. Me parece que sus esperanzas son baldías. En todo caso, no seré yo el hombre que se las destroce.

—Si aparece, quedarás en tierra de nadie. Es decir, que no habrá lugar para ti en su corazón.

—Es un riesgo que debo correr y que asumiré llegado el momento.

—Hay algo más que debo decirte, Bruccius.

De nuevo se sorprendió ante la forma de hablar de Tito Sulla. Hasta esos momentos era él quien parecía guardar un secreto que tan sólo había revelado a medias, omitiendo, escondiendo el hecho de que Livia huyó de la emperatriz y que, por lo tanto, era una proscrita que sería ajusticiada si daban con su paradero. Ahora, en cambio, su protector también tenía algo guardado.

—La emperatriz —continuó Tito Sulla— no está bien de salud. Me lo han dicho varios senadores que han estado con ella. Su edad es avanzada y el largo y difícil viaje que realizó hasta las tierras de Jerusalén han causado mella. Es por ello por lo que espacia, en la medida de lo posible, las recepciones y audiencias. Además, desde que trajo ese trozo de madera es otra. Bien es verdad que tanto ella como su hijo, nuestro augusto emperador Constantino el Grande, han establecido el cristianismo como religión oficial del Imperio. Pero no te negaré que son, somos muchos los que diferimos de ello.

—¿Qué queréis decir, padre?

Sabía que acababa de tocar un tema sumamente delicado. Esa conversación, si era escuchada por alguien no deseado, podría acarrearle no sólo problemas sino, en cierto modo, la pérdida de su poder y, lo que era peor, su inmensa fortuna. Pero aquel sentimiento contrapuesto no podía quedar callado por más tiempo. Al menos ante Bruccius. Porque la llegada de la Vera Cruz de Cristo, el único Dios para el emperador y la emperatriz, suponía un peligro para muchos senadores y patricios.

—Ese Dios al que tanto adoran el emperador y su madre habla de amor al prójimo, de hermanos. Todos somos iguales ante Él y ante los demás. Como comprenderás, esa filosofía no casa con la cultura romana. La sociedad tiene que tener unas escalas, clases. Y para que todo funcione debe haber, tiene que haber patricios, hombres libres y sirvientes. Sólo así se mantendrá el status quo. Imagínate que nuestros sirvientes se sentasen en la misma mesa a comer con nosotros, o que tuviesen ropajes como los nuestros. ¿Dónde quedaría el respeto, dónde el poder y la clase? Todo sería un absurdo, un sinsentido que sólo conduciría al caos.

—Pero eso que pensáis es algo que no va a ocurrir.

—¿Quién nos asegura que no? El Imperio, querido Bruccius, ya no es lo que era. Constantino ha hecho muchas concesiones a los pueblos bárbaros. Él los ve como aliados pero muchos de nosotros lo que atisbamos es una amenaza que, poco a poco, va minando el espíritu de los romanos. No tienes más que comprobar a nuestras Legiones, antaño gloria de Roma y ahora conformadas por mercenarios que les da igual para quien combatan. Se resquebraja el Imperio que hemos conocido y se abre, sin prisas pero sin pausas, un nuevo horizonte en el que se asoma de manera omnipresente ese Cristo que dicen que murió crucificado y luego volvió a la vida. Supersticiones que al pueblo gustan porque le distraen del quehacer diario, de sus problemas y miserias. Y si encima esa religión está amparada y protegida por el mismísimo emperador, la debacle se puede cernir sobre nosotros de un momento a otro.

—Sois demasiado pesimista. Conjeturas que no están basadas en algo sólido. Yo no veo mal que el emperador crea en ese Dios. Tú crees en los tuyos, lo mismo que el resto de senadores y patricios y que la plebe en general. Puede que haya magia en ese Cristo capaz de vencer a la muerte según propugna la emperatriz. Pero de ahí a que todo lo que conocemos, nuestra forma de vida, nuestra manera de pensar se hunda en las aguas del Mare Nostrum para perderse por siempre, hay un abismo.

—Puede que tengas razón. Tu juventud es una extraordinaria arma para ver las cosas con otros ojos. Pero yo soy ya mayor y no me queda mucho. Sólo te pido que, llegado el momento, no renuncies ni a tus raíces ni a los principios que te he inculcado. Roma necesita de gente como tú para seguir adelante. Hay mucha corrupción, envidia y ansias de poder entre quienes manejan los hilos de este Imperio. Y no quieren quedarse fuera del nuevo orden que pueda establecerse cuando llegue el momento. El Imperio de Roma ha tardado siglos en construirse. Derrumbarlo puede ser cuestión de días.

—¿Acaso sabéis de algo que pueda estar tramándose?

—Tengo ojos y oídos por muchos sitios de la ciudad, lugares donde se hablan determinadas cuestiones. De ahí mi temor por lo que pueda venir. No corren buenos tiempos para nosotros, hijo mío. Por eso te pido que estés alerta, que no bajes la guardia y que, llegado el momento, no sucumbas a cantos de sirena que, a lo peor, solo traen desgracias imposibles luego arreglar.

—Os agradezco de corazón vuestros consejos, padre. Pero no temáis. Sabéis que yo os debo todo, todo, y nunca os dejaré solo.

—Claro que lo sé, Bruccius. Por eso mismo te hablo con franqueza. Y por eso te digo que cuando seas recibido por la emperatriz, te guardes de los consejos y directrices que puedan marcarte otros que se encuentran a su lado. No sabemos quiénes son amigos y quiénes están dispuestos a conspirar con tal de seguir adelante.

Tito Sulla Drusus volvió a acercarse hasta la balconada. Había tomado una copa de vino que bebía a sorbos cortos. Miró hacia el lugar donde se alzaban, majestuosos, los Foros Imperiales. Contempló cada arco de triunfo, cada edificio que se erigía desafiante hacia el cielo de Roma. Distinguió la gran cantidad de personas que iban de un lado para otro de la vía principal. Se detuvo en el senado, recorrió visualmente sus escalinatas como si sus ojos quisieran atravesar la gran puerta que daba acceso al recinto sagrado donde se decidía, cada día, el futuro de la ciudad y sus ciudadanos. «Roma agoniza», pensaba mientras bebía de la copa. «Roma agoniza y no podemos hacer nada por salvarla. ¿Qué será de todo lo que hemos conocido? ¿Quién o quiénes regirán los destinos del más grande Imperio que han conocido los tiempos? Solo los dioses, o quizá el Dios del emperador, ése que habla de igualdad, de amor, de compartir, lo sepan».

XXVII

—¿Cómo sabemos que nos estás diciendo la verdad?

El grupo de hombres y mujeres, una treintena, aproximadamente, había escuchado con suma atención las palabras de Livia en las que relató, con todo lujo de detalles, el momento en el que fue descubierta en Jerusalén la Vera Cruz en la que murió Jesús. Sus rostros fueron dibujando diferentes gestos a cada uno de los descubrimientos que aquella muchacha les iba revelando. Muchos no daban crédito a lo que estaban oyendo; otros, en cambio, se acercaban aún más para no perder ni un solo detalle.

El edificio en el que se encontraban no era un templo como tal. Situado en la zona más al norte de la ciudad, era más bien una casa de reuniones de estos cristianos que, aunque ya sin correr el riesgo que años atrás en cuanto a persecuciones, heredaron de sus antecesores esa forma de hablar a Dios. Es verdad que seguían siendo vistos, sobre todo por los más adinerados, como una especie de secta y que no terminaban de encajar en la sociedad. Quizá por esa manía de reunirse a la caída del día, cuando la noche invitaba a las conspiraciones y juegos sucios.

Empero, ellos intentaban pasar desapercibidos. Livia y Fabio recorrieron la ciudad hasta llegar a aquel lugar. A ella se le antojó algo sórdido y pensó, en un momento dado, que estaban realizando algo ilegal. Durante el trayecto fueron parados por una patrulla romana. Fabio no era un desconocido para la mayoría de los mandos romanos. Sabían que estaba al servicio de Tito Sulla Drusus y esa condición le abría muchas puertas. Pero debía decir hacia dónde se dirigía. En esta ocasión, quien estaba al frente de la patrulla esbozó una sonrisa malintencionada cuando vio a la muchacha.

—No deberías estar a estas horas por las calles en vuestro estado —le dijo—. Por lo que veo, en cualquier momento podéis romper aguas y sería una pena que os cogiese tan lejos de casa.

—No os preocupéis por mí —respondió resuelta—. Sé cuidarme bastante bien.

Ya en el lugar de reunión, Fabio le presentó a Eliezer, que era la persona de la que le habló y que explicaba a aquel grupo todo lo relacionado con la vida y enseñanzas del Mesías.

Eliezer era alto y fuerte y poseía una poblada barba grisácea que le llegaba

hasta el pecho. Su presencia imponía a todos los que le rodeaban. Hablaba de manera pausada y suave, embelesando casi siempre a las mujeres. No era demasiado mayor en cuanto a edad y demostraba, en cada una de sus palabras, de sus frases, un conocimiento profundo de lo que decía y explicaba a los demás.

Se sorprendió cuando Livia le contó que ella estuvo presente en aquel descubrimiento. Lo hizo de manera somera y, aún a regañadientes y ante un descolocado Fabio, que no esperaba que el interés de la joven por acudir a dicha reunión fuese por ese motivo, dejó que contase lo vivido a los presentes.

Por eso, cuando Livia fue relatando el viaje hasta Jerusalén y el empeño que puso la emperatriz Flavia Iulia Helena en la consecución de sus propósitos, hasta el propio Eliezer enmudeció. A pesar de ello, y aunque tenían vagas noticias de lo acontecido en aquellas lejanas y sagradas tierras para cualquier cristiano, les parecía más propio de la fantasía que de la realidad todo lo que contaba. Sobre todo el poder milagroso que curó a la mujer moribunda cuando tocó la madera divina.

Historias que no acertaban a encajar muchas de aquellas personas. Eliezer, que antes de que ella hablase contó algunos pasajes de la vida de Jesús y se refirió al momento de la crucifixión, no pudo por menos que interrumpirla antes de que terminase Livia.

—¿Cómo sabemos que nos estás diciendo la verdad?

Livia esperó unos segundos antes de responder. Se fue fijando en las caras de los presentes a medida que avanzaba su historia. Comprendía que fuese algo fuera de lo normal y que, en cierto modo, recelasen y no diesen crédito a lo que contaba.

—¿Para qué iba a venir hasta aquí? ¿Para engañaros y engatusaros con algo que no me incumbe?

—Entonces, ¿tú no eres cristiana? —preguntó Eliezer.

—No, no lo soy. No creo más que en mí misma, en lo que puedo o no puedo hacer. Sé que vosotros amáis a ese Hombre al que llamáis Cristo, Jesús, el Mesías. Lo conozco bien porque la persona con la que me he criado es igual que vosotros, solo que con un poder que le ha permitido llevar a cabo esta hazaña. Os digo que todo lo que he relatado es cierto. Vuestras familias, la mayoría, vienen de Jerusalén. De allí he llegado yo después de no pocas peripecias. Y aquí, en Hispalis, espero encontrarme en un futuro no muy lejano con el que engendró conmigo a este ser que llevo en mis entrañas. Si esta noche estoy aquí, contándoos todo lo que os acabo de decir, es solo para

quedarme tranquila.

—Pero por lo que decís —terció de nuevo Eliezer—, habéis estado en contacto con la Vera Cruz de Cristo...

—Así es. Y os puedo decir que la fe y el entusiasmo que le puso la emperatriz en esa búsqueda es algo que me ha marcado.

—No serás cristiana, pero tus palabras dejan entrever que sí te ha llegado al corazón la Palabra de Jesús.

Volvió a callar Livia. Su presencia allí, en verdad, era una forma de expiar sus pecados en cuanto al abandono de Flavia Iulia Helena. Se seguía sintiendo en deuda con ella y no paraba de pensar en sus actos y en la forma de dejarla. Ahora, a las puertas de ser madre, sentía una necesidad imperiosa de dejar en paz su conciencia. Y ésta, a qué dudarle, era una forma de hacerlo.

—No puedo decir nada malo de ese hombre. Al contrario, a las personas que he visto abrazar sus enseñanzas, su fe, les ha cambiado la vida. Y el caso al que me refiero lo conozco de primera mano.

—¿Llegaste a toca la madera? —inquirió de pronto uno de los presentes.

—No me hizo falta. Tampoco lo busqué. Pero sí os digo que lo que vi es lo que vi y que es cierto. No sé si tendrá algo mágico, algo sobrenatural, pero aquella mujer tenía dibujada en su rostro la muerte y después de tocar la madera, volvió a la vida.

Los murmullos se extendieron entre las personas que la escuchaban. Hacían gestos con manos y brazos; unos convencidos de que lo que decía Livia era verdad; otros, en cambio, ponían en duda sus palabras. Eliezer, viendo el rumbo que tomaba la reunión, intentó calmar los ánimos.

—Livia, os agradecemos vuestras palabras y lo que nos habéis contado. Comprenderás que también tengamos nuestras dudas. Yo sé que no has venido hasta aquí para engañarnos. Sobre todo porque lo has hecho de la mano de Fabio, un cristiano ejemplar que predica con el ejemplo. Ahora nos gustaría reflexionar sobre todo lo que nos has contado.

—No os preocupéis. Es tarde ya y mañana me queda un día muy duro de trabajo. Regresaré a casa a descansar.

Cogió la capa y se la puso sobre los hombros. En ese momento, Fabio se dirigió a ella.

—Me marchó contigo.

—Pero todavía no habéis terminado vuestra reunión.

—Lo sé. Pero Eliezer comprende que no voy a dejarte sola por esas calles oscuras para que seas presa fácil para maleantes y delincuentes. Volveré

pasado mañana a este mismo lugar.

Abandonaron la estancia y salieron al patio principal que daba a la calle. La noche era fría y la humedad se había instalado después de varias horas lloviendo. El pavimento estaba mojado. No se veía a nadie a esas horas. Algunas lucernas en distintas puertas indicaban la presencia de lupanares y sitios de mal vivir. Pero nadie salía de sus edificios.

Anduvieron un buen rato en silencio. No era demasiado largo el trayecto hasta la casa pero debían ir con sumo cuidado. Al cabo de un tiempo, Fabio fue quien se atrevió a hablar.

—He quedado sorprendido con tu historia. No sabía nada de eso.

—Nunca hemos hablado de ello —respondió Livia mientras cubría su cabeza con la capucha de la capa—. Pocos saben de mi vida y de lo que he hecho hasta ahora.

—¿Por qué has querido venir hasta aquí? ¿Hay algo que te atormenta?

—Muchas cosas son las que me tienen en vilo. Pero mi incertidumbre principal es no volver a ver a la persona a la que amo. Quizá por eso he ido esta noche hasta ese lugar. Puede que buscando congraciarme conmigo o puede que intentando descubrir alguna respuesta a todo lo que llevo pasado desde que llegué a Jerusalén.

—El Mesías nunca te abandonará.

—Eso es algo que nunca llegaré a saber. Por ahora, espero que no me abandonen las fuerzas. Con eso me conformo para seguir adelante.

Continuaron caminando. Las nubes se disiparon y la luna se reflejaba en los charcos de la vía. A Livia le dio la sensación que si introducía las manos en el agua, podría cogerla. «¿Por qué no se me va de la cabeza mi señora? ¿Por qué me acompaña día y noche? ¿Quizá para quedarme tranquila tendré que volver junto a ella? ¿Y Antonino? ¿Dónde está Antonino? ¿Por qué no acudes a mi encuentro, Antonino? ¿No ves que ya casi no puedo más, que me acechan tantas dudas que no sé si estoy obrando bien? Necesito tu ayuda, tu presencia, tu aliento y tu ánimo. Pero, sobre todo, necesito que estés a mi lado. Porque sólo tú eres la persona que puede hacer que todo esto desaparezca y vuelva a confiar en mí misma. No sé dónde estás, ni siquiera si vives. Pero algo me dice en mi interior que queda poco para que nos volvamos a encontrar. Y entonces no habrá nada ni nadie que nos separe. Seremos una sola persona desde ese momento. Pero, por favor, no tardes. No quiero consumirme en una espera que luego no se haga realidad. Sé que tú piensas lo mismo que yo y que donde estés tus movimientos y tus acciones irán siempre dirigidos a ese

encuentro que se va a producir dentro de poco. No me falles, Antonino».

No era demasiado complicado adquirir herramientas y aperos para la forja del hierro en aquel extraordinario mercado en el que se convertía diariamente la ciudad de Massilia. Frecuentó varias de las calles más abarrotadas de puestos y personas contemplando los distintos géneros que se ofrecían a los viandantes. Prefirió seguir a lomos del mulo para así tener una mejor visión de todo. En el pequeño zurrón guardaba algunas monedas que deberían servirle para adquirir alguna herramienta y no despertar sospechas. Lo último que deseaba, en todo caso, era desembarazarse del caballo. Era una especie de salvoconducto en una situación de emergencia. Si llegaba el caso, prefería vender el mulo aunque le diesen menos dinero. Pero no sabía qué podía suceder y si encontraría otro caballo como el que tenía.

Llegó a la zona donde se vendían principalmente aperos de labranza y útiles de herrería. Se decidió a descabalgarse. Anduvo por entre los puestos hasta que se paró en uno pequeño pero con muchas herramientas en una mesa baja y larga coronada por un toldo para evitar los rayos del sol que comenzaban a marcar la ciudad.

—Buen material tienes, amigo —dijo Antonino al vendedor, que estaba sentado al otro lado de la mesa comiendo una manzana.

—Así es. De lo mejor que se puede encontrar en Massilia —respondió sin dejar de dar bocados a la pieza de fruta.

—Pero será caro, por lo que veo.

—Depende de lo que quieras y lo que estés dispuesto a ofrecer.

Antonino tomó entre sus manos una lima de grandes dimensiones. Le gustaba aquella herramienta porque servía para muchas cosas. Recordaba las que poseía su padre y cómo le enseñó a manejarlas. «Una buena lima puede solucionarte un día entero de trabajo», solía decirle siempre. La miró con detenimiento, alzándola en posición oblicua. Estuvo así un buen rato, sin decir nada.

—Veo que os gusta esa lima —preguntó el vendedor comprobando que el potencial comprador no se decidía.

—No está mal. Aunque las he visto mejores.

—Puedes escudriñar todos los puestos que hay en la ciudad que no encontrarás una lima mejor que la que tienes ahora mismo entre tus manos. Tú parece conocer bien este material.

—No te lo niego. Y tampoco dudo de lo que me dices, pero me temo que no está a mi alcance.

—No has ofrecido precio, amigo...

—Ni tú tampoco, que eres quien vende.

El hombre, algo molesto, tiró al suelo el trozo de manzana que le quedaba, se limpió la boca con la mano y se levantó de su asiento.

—¿No has hecho nunca negocios en Massilia?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Porque aquí la costumbre es que el comprador ofrezca una cantidad y el vendedor empiece la subida, hasta que ambos lleguen a un acuerdo.

—Si es que lo consiguen —dijo Antonino depositando la lima en la mesa junto a otra más pequeña.

—¿Por qué no habríamos de ponernos de acuerdo? Es solo una lima. Muy buena, eso sí, pero una lima.

—Está bien —respondió echándose mano al pequeño zurrón—. Os ofrezco estas monedas.

El vendedor vio cómo dejaba seis monedas encima de la mesa.

—No empezáis muy alto que digamos.

—Es mi máxima oferta. No voy a incluir ninguna moneda más. En cambio, si subís vosotros, iré retirando una de ellas cada vez que digáis un nuevo precio.

—No he dicho todavía ninguno.

—Pues hacedlo o empezaré a descontar.

El hombre frunció el ceño. Aquel regateo no le gustaba. Veía que el muchacho sabía lo que se traía entre manos. Estaba seguro en lo que decía y de la forma que lo hacía. No había titubeado ni un solo instante. El precio que le ofrecía no era malo pero quería algo más. No creía que fuese a bajar de aquellas seis monedas.

—Si añades una más, cerramos el trato.

—Te lo he advertido —respondió Antonino cogiendo una de las monedas—. Ya sólo quedan cinco. De ti depende hacer un buen negocio o perderlo. Nadie en toda la ciudad te va a dar más de cinco monedas. Has tenido la oportunidad de hacer una buena venta. Ahora también pero a un precio inferior. Tú eres quien decide.

Aquellas palabras le molestaron sobremanera. Tenía más años y más experiencia que aquel chaval que no debía ser un campesino paleta. Se le vía formado. Pero de ahí a que llevase la iniciativa... volvió a poner sus ojos en el dinero. Estaba convencido de que era un truco, un farol. Por una parte, si le rechazaba, podría perder esa venta. Si no transigía en el precio también se exponía a que quitase otra de las monedas. O no. Dudó por unos instantes.

—¿Te crees que soy un palurdo? —se aventuró a decir el vendedor.

—Para nada —respondió Antonino—. Pero como te he dicho, esa lima no vale más de estas cinco monedas.

Acto seguido, abrió el zurrón y comenzó a recoger las monedas.

—¿Qué haces?

—Está claro que no quieres hacer negocios conmigo. Seguro que a lo largo de la mañana la vendes. Aunque me temo que no te van a dar más de cuatro monedas.

—Está bien, está bien. Tuya es por cinco monedas —dijo resignado.

—Nada de eso, amigo. Eso era hace un momento. Yo ya he recogido mi dinero. No voy a volver a sacar las mismas monedas.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—Mira, haremos una cosa. Te doy cinco monedas por la lima grande y por esa más pequeña. Creo que es un trato justo.

—¿Justo? ¡Me quieres engañar!

—¿Acaso tú no?

El regateo entre ambos hizo que varias de las personas que se encontraban por allí se acercasen. Alguno miró con cierta sorna al vendedor, seguramente conocido. Por su expresión, sabía que no estaba en disposición de ganarle el pulso a Antonino, que volvió a sacar las cinco monedas y a depositarlas entre las dos limas.

El hombre no respondió al momento. Miró a su alrededor y vio cómo el grupo de personas había crecido. Se encontraba en una encrucijada. Sabía que los presentes conocían el precio de aquellas dos herramientas y que, sin duda alguna, su comprador también. Se sintió atrapado y sin respuesta alguna. Intentó salir de la manera más airosa posible.

—Debes saber manejarlas con destreza, amigo.

—Así es —respondió Antonino—. Pero como éstas hay iguales a lo largo de toda la vía. Así que tú eres quien tiene la última palabra. O tomas el dinero que te ofrezco o lo rechazas.

El murmullo de la gente intimidó algo más al vendedor. Vaciló por unos instantes y, entonces, de manera rápida, extendió los brazos y con ambas manos cogió las cinco monedas.

—Hoy es tu día de suerte, chaval.

—Y el tuyo, amigo. Hemos hecho un buen negocio los dos —dijo mientras recogía las dos limas y las colocaba en uno de los serones que portaba el mulo—. Y te diré una cosa más: Podías haber sacado una moneda más de no entrar

en liza. Pero el precio es justo. Y tú lo sabes. Así que te dejo para que sigas con tus ventas. Espero que al final del día te haya ido muy bien.

Dio un pequeño salto y se encaramó a los lomos del animal. La gente que estaba alrededor miró cómo se marchaba Antonino calle abajo si decir nada más. Al cabo de un momento, el tendero espetó a los presentes:

—¡Vamos, vamos! ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que fisgonear? Si no vais a comprarme nada, despejad el puesto, que me espantáis a la clientela.

Tras darse una vuelta por la ciudad y haber comprado algo de fruta que comió mientras seguía contemplando todo lo que le rodeaba, Antonino llegó cerca del puerto. Ya estaba el sol casi en todo lo alto y se acordó de Cario Septimus. Dejó caballo y mulo en una cuadra y se dirigió, ya a pie, hacia la zona portuaria donde se encontraban las tabernas.

Entró en una de ellas. No era muy grande y estaba repleta. Casi todos eran marineros. Cerca de la barra, en una mesa al fondo de la estancia, vio a cuatro legionarios romanos. Bebían vino y hacían muchos aspavientos y gestos con las manos. Sin lugar a dudas, acababan de hacer un alto en su ronda habitual por los establecimientos más frecuentados. Charlaban de forma distendida y no paraban de beber. Decidió que podía comenzar, de manera sutil, a preguntar.

Se acercó hasta ellos y se colocó en un hueco que había en la barra. Pidió un vaso de vino y esperó el momento para entablar conversación. Los soldados continuaban hablando entre ellos. En un momento dado, uno de ellos se levantó y fue hacia la barra, situándose justo al lado de Antonino.

—¡Tabernero! ¡Hace tiempo que esperamos una jarra de vino y un buen plato de asado! ¿Dónde está la obediencia a la guardia romana?

Era el momento que esperaba.

—Por todos los dioses, se está perdiendo el respeto al ejército romano — dejó caer sin mirar al legionario, que se volvió y se fijó en Antonino.

—Tú lo has dicho, muchacho. No hay respeto a este uniforme. Me alegro de que pienses así.

—Es lo menos que se puede decir a gente como vosotros, que estáis siempre velando por los demás y nos libráis de malhechores sin escrúpulos que en cuanto uno se da cuenta te dejan sin nada.

—Tienes toda la razón. Si los demás pensaran como tú, el Imperio no se vendría abajo.

Tomó la jarra que dejó el tabernero en la barra y se dispuso a volver a su sitio. Antonino comprendió que no podía dejar que aquella conversación

terminase.

—Seguro que muchos de los que aquí se encuentran no saben nada de vuestras campañas por tierras lejanas y de los peligros a los que os habéis tenido que enfrentar. Si fuese así, otro concepto tendrían del Ejército de Roma.

Se paró en seco el legionario. Aquella apreciación le gustó sobremanera. Se volvió sobre sus pasos en dirección a Antonino.

—Muchacho, tú eres una persona lista. Mejor, inteligente. Sabes de lo que hablas. Pero eres joven para haber estado en el ejército.

—No te equivocas del todo, amigo, aunque en cierta parte sí. Conozco la Legión aunque no como soldado. Pero he trabajado para la Pía Itálica II en Jerusalén.

—¡Por Júpiter y todos los dioses juntos! ¡Gloriosa Legión! ¿Y qué es lo que has hecho allí?

—Soy herrero, como mi padre. Con él acudimos cuando la emperatriz fue hasta aquellas tierras para buscar unas maderas en las que su Dios murió. Seguro que has oído hablar de esa historia.

—¡Cordelio! ¿Qué pasa con el vino?

Quien gritaba era uno de los compañeros del legionario, impaciente por seguir bebiendo.

—¡Ya voy, ya voy! Ven, chaval, siéntate con nosotros y cuéntanos algo de ese viaje. A todos nos interesa.

Aceptó el ofrecimiento del soldado. Las cosas comenzaban a salir como tenía previsto. Se trataba de una buena ocasión para preguntar sin despertar sospechas ni parecer demasiado osado. Al fin y al cabo, eran ellos, los legionarios, quienes les invitaban a compartir mesa.

—Dinos, muchacho, ¿hubo acción en Jerusalén?

—Prácticamente nada. Yo estuve casi un año y salvo algunos escarceos con ladrones de poca monta, la Legión no tuvo trabajo.

—Es una pena ir tan lejos para adocenarte. Al menos, la mujeres sí abundarían... —preguntó otro de los soldados dejando escapar una sonrisa pícaro.

—Y todas locas por legionarios como vosotros. No tenían ojos nada más que para los uniformes.

Las risas se instalaron en el grupo. Los soldados se sentían cómodos con la presencia de Antonino y éste, ahora más relajado, les contaba aspectos de las andanzas de la Legión que interesaban a todos los presentes.

—A pesar de tu juventud has recorrido mucho mundo.

—No me puedo quejar. Pero sobre todo, allí en Jerusalén, todos hablaban de un centurión, que era ejemplo para sus subordinados y para sus jefes.

—¿De quién se trata?

—No lo recuerdo bien. Un tal Plinio, quizá. Yo sólo lo vi un par de veces pero me dejó impresionado por su forma de actuar.

—¿Plinio? ¿No será Tulio Plinio? —preguntó otro de los soldados.

A Antonino se le agrandaron, de forma repentina, los ojos. No hubiese imaginado nunca que, en sus primeras indagaciones en una ciudad tan grande como Massilia, fuese a encontrar pistas de dónde podía hallarse el centurión. Fue a responder con rapidez pero comprendió que podría despertar sospechas en aquellos hombres. Prefirió seguir tanteando el terreno.

—Puede ser, no estoy muy seguro. Lo que sí sé es que era un centurión, valiente como el que más.

—Tenlo por seguro, muchacho —abundó el soldado—. Si se trata del mismo que digo, no uno de los más valientes: es el que más.

Esperó a que alguno de ellos siguiese hablando de Tulio Plinio. ¿Era posible que se encontrase en Massilia? Pero no podía preguntarlo así como así. Debía tener tacto, mucho tacto. Se volvió hacia la barra y gritó con fuerzas:

—¡Tabernero! ¡Trae una jarra de vino a esta mesa! ¡Invito yo!

Los legionarios alzaron sus copas en señal de agradecimiento por las palabras dichas por Antonino. Éste, intentando no darle importancia a la conversación, siguió.

—Legionarios como ese centurión son los que honran al Ejército romano. Brindo por él, que seguirá en aquellas tierras defendiendo al Imperio Romano.

Chocaron las copas y bebieron. Uno de ellos habló tras beberse todo su contenido.

—Tulio Plinio ya no está en Jerusalén.

Antonino comenzó a ponerse nervioso. Lo notaba y tenía miedo de que aquellos soldados se diesen cuenta. Así que, haciendo de tripas corazón, intentó por todos los medios dar la sensación de que se trataba de una conversación pasajera. Era la única forma de no ponerse en evidencia y de que esos hombres no comenzaran a sospechar. Al fin y al cabo, los conocía tan sólo de dos jarras de vino.

—¿Qué estás diciendo? —comentó otro de los soldados.

—Que abandonó aquellas tierras. Lo sé de buena tinta. Hace casi un año. Me lo comentó un tribuno hace tiempo.

Eran los legionarios quienes hablaban entre ellos. Esa situación beneficiaba

a Antonino ya que no era él quien hacía las preguntas. Prefirió seguir escuchando aunque aparentando no dar mucha importancia, algo fundamental para que no recelasen de él.

—Pero II Itálica Pia está en Jerusalén.

—Claro que está, por todos los dioses. Pero él no.

—¿Acaso ha abandonado el Ejército? —preguntó otro de los legionarios.

La pregunta no tuvo respuesta porque cuando iba a hablar el soldado, otra voz se adelantó.

—Vaya, vaya. Veo que te han dejado al menos algo para tomarte un vaso de vino.

Todos se volvieron al unísono, incluido Antonino, que reconoció al momento al hombre que acababa de interrumpir la conversación más importante para él en mucho tiempo. Era Cario Séptimus. Los soldados se miraron con extrañeza por su presencia repentina. Ninguno lo conocía y supusieron que se trataba de un amigo del muchacho.

Antonino se apresuró a levantarse para ir a su encuentro y así evitar cualquier malentendido por parte de sus compañeros de mesa.

—¡Cario Septimus! No esperaba encontrarte tan pronto. Parece que ha sido un buen día para ti ya que vienes con las manos vacías.

—Seré un palurdo de campo pero no un tonto, muchacho. Ya te dije que antes de que el sol estuviese en todo lo alto tendría mi mercancía vendida. ¿Cómo te ha ido a ti? ¿Te han desplumado esos vendedores sin escrúpulos capaces de sacarte las entrañas sin que te des cuenta?

—No sólo no lo han hecho sino que mi negocio también ha sido redondo. Tengo lo que buscaba y además a un muy buen precio.

—Y encima has hecho amistades. Legionarios —se dirigió a los hombres—, salud para todos.

Las últimas palabras hicieron que los soldados alzasen sus copas.

—Si eres amigo de este chico, puedes sentarse en esta mesa y compartir un poco de vino. Seguro que lo estás deseando —dijo uno de ellos.

—Así es. Agradezco vuestra invitación y no seré yo quien rechace un buen vino, si es que queda alguna ánfora en esta taberna. Pero sólo una. Tengo prisa y he de hacer otras cosas antes de que se ponga el sol.

Tomó asiento al lado de Antonino y se sirvió en uno de los vasos. Bebió de un solo trago su contenido y, acto seguido, lo volvió a llenar.

—¡Menos mal que sólo ibas a tomar una copa! —exclamó un soldado riéndose a carcajadas.

—Bueno, para un vaso de vino no entro en una taberna —respondió bebiendo de nuevo—. Y tú, Antonino, ¿tienes ya lo que buscabas entonces?

—Así es, Cario. No me puedo quejar. Ahora estaba con estos soldados hablando de tiempos pasados. Y el destino es grande, porque sin proponérselo, resulta que conocemos a una persona tanto ellos como yo.

—Eso se llama coincidencia, sobre todo siendo la primera vez que pisas Massilia.

—No creas, amigo —se interpuso otro de los legionarios—. No es difícil conocer a la persona de la que hablamos.

—Bien, me alegro por vosotros. Ahora, si me disculpáis, tengo que marcharme. Os doy las gracias por vuestra hospitalidad.

Se levantó de su taburete y se dispuso a marcharse cuando Antonino le habló.

—Te acompaño, Cario Septimus.

—¿Y eso? —dijo con un tono de extrañeza en sus palabras.

—Yo también tengo que encargarme de unos asuntos. Así que nos vamos juntos. Amigos —dijo a los legionarios—, ha sido un honor conocerles. Si me lo permiten, estas rondas corren a mi cuenta. Que los dioses os sigan protegiendo.

De nuevo alzaron las copas mientras Antonino se dirigía al tabernero y le daba unas cuantas monedas. Cario Septimus se mostraba sorprendido por la reacción del chaval. Parecía estar a gusto con aquellos soldados pero, en cuestión de segundos, abandonaba la mesa que compartía.

—¿Ya os queréis marchar?

—Bueno —dijo Antonino en voz alta para que sus palabras pudiesen ser oídas por los legionarios—, no quiero molestarlos ni que me consideren un intruso. Hemos echado un buen rato pero ellos deben seguir con su quehacer a favor de todos nosotros.

Como esperaba, uno de los legionarios se levantó y, echándole el brazo por sus hombros, le habló.

—Tu presencia no es molesta para nosotros. Eres un muchacho magnánimo que nos ha invitado y encima nos has contado relatos de la Itálica Pia, una de las Legiones más gloriosas de todo el Imperio Romano. ¿Te parece poco?

—Anda, ven y siéntate un rato más con nosotros —dijo otro de los soldados—. Háblanos de Jerusalén y de sus mujeres...

Rieron todos al unísono. Cario Septimus seguía sorprendido de todo aquello. Le llamaba poderosamente la atención cómo aquel joven era capaz de

desenvolverse con destreza por una ciudad como Massilia, hacer negocios fructíferos, tal y como le había dicho, y encima, en unas pocas horas de estancia allí, entablar amistad con una patrulla de la Legión romana.

—No quisiera aburriros —dejó caer Antonino—. Además, en todo caso sois vosotros los que deberíais contarme hazañas de batallas vuestras, que seguro serán muchas y buenas.

Más risas se dejaron oír por parte de los soldados.

—Alguna hay —dijo quien estaba a su lado—. Pero quedan en nada comparadas con las que ha realizado el centurión Tulio Plinio. Él sí que es un soldado romano. Nosotros, simples aprendices a su lado. Una pena que no esté por aquí para instruirnos en el noble arte de la guerra.

—¿Por qué decís eso, amigo?

Antonino notó que su corazón se aceleraba. Sin haberlo previsto aquellos hombres le estaban conduciendo a la persona a la que quería matar o, cuando menos, llevarla ante la justicia romana. Y lo mejor de todo es que estaba obteniendo valiosa información sin mostrar interés. Una conversación le había bastado para adivinar muchas cosas acerca de Tulio Plinio. Ahora quedaba solo conocer el paradero aproximado del centurión. Estaba claro que había pasado por Massilia pero que ya no estaba. Al menos es lo que dejaban entrever aquellos legionarios.

—Porque marchó hace unas semanas a tierras de Hispania. Lo sé de buenas fuentes. Lo comentaron en el acuartelamiento el otro día. Un soldado como Tulio Plinio no pasa desapercibido entre los demás ni por supuesto entre los mandos.

—Es lógico que tan valiosa persona para el Ejército de Roma tenga muchas obligaciones...

Antonino dijo esa última frase de manera desganada, como dando a entender que no le interesaban en demasía las cuitas que pudiese tener el centurión.

—¿Obligaciones? Por supuesto que sí. De hecho, partió hacia donde se encuentra el emplazamiento de la II Itálica Pia, a la que pertenece.

—Bien, amigos, os agradezco vuestra hospitalidad y el vino que nos hemos tomado. Pero al igual que mi acompañante —miró hacia Cario Septimus— todavía tengo negocios que hacer antes de que anochezca. Salud y que los dioses os sigan protegiendo.

Todos alzaron sus copas despidiendo al chaval, quien avanzó de manera rápida por entre el gentío que se distribuía por la taberna. Cario Septimus le siguió a escasos metros. Una vez abandonaron el local, Antonino soltó una

gran bocana de aire, cerró los ojos y aspiró con fuerza.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —preguntó intrigado Septimus.

—He de recoger mi caballo y mi mulo. Parto de inmediato para Hispania.

XXVIII

—No habría imaginado nunca que pudieses haber estado tan cerca de la Vera Cruz de Nuestro Señor. Cuéntame más cosas de ella, por favor.

La tarde declinaba en Itálica. Livia y Fabio acababan de terminar sus quehaceres diarios en la residencia de Tito Sulla Drusus y aprovecharon que todavía quedaba al menos una hora para anochecer para dar un paseo por sus calles. Éstas aparecían tranquilas tras la jornada de trabajo. Todavía algunos sirvientes iban de un lado para otro mientras que patricios que volvían de Hispalis descansaban tranquilamente en alguna de las tabernas exclusivas para ellos en esta lujosa zona de la ciudad.

Aquel día no había previstos juegos en el anfiteatro ni representaciones teatrales a pesar de que el emperador decretó que todo el Imperio festejase la vuelta de su madre con la Vera Cruz de Cristo.

—Tuve la suerte de estar en el sitio adecuado en el momento oportuno, nada más.

Livia rodeaba con las manos su vientre deseando que la criatura que llevaba en sus entrañas se moviese para poder notarlo. Esperaba siempre ese momento y cuando se producía, una sensación de alivio le recorría todo su ser al saber que ya quedaba menos para tenerla entre sus brazos. Se movía, luego estaba bien, pensaba cada mañana o antes de quedarse dormida tras un día de laborioso trabajo.

—No todos podemos decir lo mismo, Livia. La pasada noche todos quedaron sorprendidos por tu relato. Y aunque Eliezer al principio dudó, esta mañana me comentó que espera que acudas más veces a las reuniones.

—¿Qué voy a hacer allí?

—Ellos, al igual que yo, quieren que les cuentes más detalles. Haber estado en el monte Gólgota, donde fue crucificado Nuestro Señor Jesucristo, no es algo que esté al alcance de cualquiera. Muchos de nuestros antepasados proceden de esas lejanas tierras. Y nosotros, en cambio, sólo sabemos de ellas a través de lo que se nos ha transmitido de manera oral. Pero tú, en cambio, has estado allí y no solo eso sino que además ha tenido la oportunidad de contemplar la madera en la que murió por todos nosotros. No espero que creas ni que abras su Palabra. Pero sí te digo que eres una privilegiada por lo que han visto tus ojos.

Desde que Livia habló en la reunión de la Vera Cruz, Fabio se mostraba mucho más locuaz que con anterioridad a ese momento. Ese día no dejó de preguntar sobre todo lo que tuviese que ver con aquel descubrimiento e incluso le confesó varias veces el anhelo por ir hasta Roma, donde la emperatriz había llevado uno de los trozos de la Cruz. Estaba dispuesto a pedirselo a Bruccius Lurios cuando tuviese que ir de nuevo hasta la Ciudad Eterna en algunos de sus múltiples viajes.

—No quiero morir sin poder contemplarla. Soy joven todavía pero no me perdonaría nunca no hacer ese viaje.

—No tendrás problema para ir, querido Fabio.

—Sólo soy un sirviente que no posee dinero ni estatus para intentarlo siquiera.

—Sé que Bruccius te llevará si se lo pides.

—Espero que tus palabras sean escuchadas por el Señor. Dime, Livia — cambió el tema de conversación por unos instantes—, ¿por qué tanto interés en que la emperatriz sepa que estás viva?

A la joven se le vino de repente la imagen de Flavia Iulia Helena. Tenía puestas todas sus esperanzas en que Bruccius pudiese verla y hablarle de ella; que le dijese que se encontraba bien y que nunca quiso abandonarla pero que no tuvo más remedio. Pensaba en ello constantemente desde que partió hacia Roma. Era, en cierta medida, una forma de dejar tranquila su conciencia.

—No quisiera que se muriera sin saber nada de mí. Se lo debo.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—Por una parte sí, ya que si estoy en este mundo es gracias a ella. Pero por otra no podía quedarme a su lado. De ser así, ahora mismo estaría en Roma. Y sé, porque el corazón así me lo dice, que Antonino no está lejos de aquí y que más pronto que tarde me reuniré con él.

—Estás muy segura de todo, Livia.

—Si no fuese así, la vida habría dejado de tener sentido para mí. Solo hay dos cosas que posibilitan que cada mañana abandone la cama y siga adelante: dar a luz a quien llevo en mi vientre y que su padre lo conozca y...

Calló en ese momento. Fabio comprobó que torcía el gesto cuando iba a terminar la frase. De unos ojos agrandados e ilusionantes pasaba en cuestión de segundos a una mirada en la que percibía odio y rencor. No entendía cómo podía mostrar esas dos caras en tan corto espacio de tiempo. Sabía que su amo conocía las penurias por las que había pasado Livia. Y aunque él deseaba con todas sus fuerzas saberlo también, no quería forzar la situación. Estaba claro

que sería completamente feliz cuando se diesen una serie de circunstancias que, por lo que veía, no estaban cerca de resolverse.

—No te tortures más, Livia —le dijo Fabio—. En ese remordimiento solo puedes encontrar rencor y eso no es bueno. Deberías escuchar a Eliezer lo que cuenta sobre el Mesías; lo que sufrió y padeció para redimirnos a todos. Quedarías en paz contigo y no desearías el mal a nadie.

—¿Por qué habría de querer eso?

—Se te nota en la mirada, mujer. Y eso no es bueno. No puedes vivir así porque, por mucho que lo intentes, siempre te faltará algo para ser feliz completamente. Y esa felicidad tan sólo la hallarás en la Palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

—Ése a quien adoráis sólo me ha traído desgracias.

—No digas eso, te lo ruego.

—Si no soy feliz como tú dices es porque hay una persona que me arrebató esa felicidad una noche en la que creí, momentos antes, haberla conseguido para siempre. Y esa persona sigue viva. Y mientras así sea, no podré descansar.

Fabio miró hacia el cielo. Vio cómo comenzaba a anochecer. Pensó que era el momento de regresar a Hispalis. No era un camino largo pero no quería demorarse más. Los árboles que jalonaban la calzada movían suavemente sus ramas merced a una brisa que traía el frescor del agua dulce y mansa del río Betis. Sintió pena de Livia. El dolor estaba instalado en su ser. Ahora ya sabía que en algún lugar de la tierra una persona le hirió de tal manera que era imposible que encontrase la felicidad. Se preguntó cómo alguien como ella podía odiar de esa manera; cómo era capaz de desear la muerte cuando la vida era el don máspreciado. Intentó adivinar en la expresión de su rostro qué le pudo haber pasado para arrastrar ese resentimiento tan arraigado en su alma.

—Deberíamos volver a Hispalis. Dentro de poco será completamente de noche y no es bueno que estemos por esos caminos solos.

—¿Tú crees que conseguirá hablar con ella?

—¿Te refieres a Brucius Lurios con la emperatriz?

—Sí.

Habían llegado hasta la casa. Fabio abrió el portalón trasero y sacó el carro. Ayudó a Livia a subirse en el pescante. Lo hizo con cierta dificultad habida cuenta de su avanzado estado de gestación. Luego se subió él, tiró de las riendas hacia atrás para que el caballo reculase y cruzase la verja. Chasqueó el látigo y el animal comenzó a aligerar el paso, encaminándose por la calzada

hacia la ciudad.

—Si no lo hace él, no sería Bruccius Lurios. Además, el amor lo puede todo.

Cario Septimus estaba apoyado en varias balas de paja de la cuadra. Dejaba hacer a Antonino, que se apresuraba a disponer todo lo necesario para el largo viaje que iba a acometer en breves instantes. Cargaba alimentos en los serones que tenía el mulo. No quería permanecer ni un minuto más del necesario en Massilia. Ansiaba llegar en el menor tiempo posible a Hispania. Allí, en Hispalis, estaba al II Itálica Pia y, entre sus hombres, el centurión Tulio Plinio. «Estoy convencido de que ha abandonado la misión que se nos encomendó. Lejos de Roma y con un salvoconducto de la emperatriz puede hacer y deshacer lo que quiera sin temor a ser descubierto. Incluso puede que haya dejado el Ejército, aunque eso no es lo más probable. Su espíritu militar se lo impediría. Pero, en cambio, su poder ahora es aún más grande. Muerto Manius Aquila y en la creencia que yo me estoy pudriendo en unas mazmorras de Ostia Antica o quizá que también haya perecido, tiene todo de su parte. También tiene la carta que me entregó la emperatriz y los documentos de las tierras del pobre Manius. Quién sabe lo que habrá hecho con ellos».

—¿Crees que podrás llegar solo hasta Hispania?

Antonino dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta. Cario Septimus tenía cruzados los brazos y movía de adelante hacia atrás su pierna izquierda, haciendo con el pie un surco en los restos de paja que se esparcían por el suelo de la cuadra.

—He llegado hasta aquí desde Jerusalén sufriendo una serie de avatares que a otra persona ya le habrían hecho desistir. Estoy a punto de lograr mi objetivo y ahora no voy a tirar todo por tierra. Iré hasta Hispania. Tengo un buen caballo y un mulo. Cuando ambos no puedan más, los cambiaré. Pero seguiré adelante.

—Debe ser alguien muy importante ese Tulio Plinio para que lo sigas hasta el fin del mundo si es preciso.

Antonino continuó colocando en los serones el cargamento. No quería, por otra parte, que el animal llevase mucho peso ya que esa circunstancia haría que le costase más trabajo llevar un ritmo apropiado en sus andares. Pero también sabía que no podía dejar nada a la improvisación.

—Más de lo que puedas imaginar, amigo Cario.

—¿Y por qué ese empeño?

—Es una historia muy larga de contar.

—Tenemos tiempo hasta llegar a Hispania.

—¿Qué quieres decir?

Cario Septimus se acercó hasta Antonino. Cogió del suelo uno de los odres y lo colocó en el serón de la izquierda. Luego, parsimoniosamente, puso sus dos manos en los hombros del muchacho.

—Te acompañaré en tu viaje.

Antonino se sorprendió de aquellas palabras. No esperaba que ese hombre que tenía delante de él tomase una decisión tan radical. Lo conocía de hacía pocas horas y ahora le estaba diciendo que se iba con él en un largo viaje que podría resultar fatal.

—No quiero engañarte, Cario. A mi lado no vas a encontrar nada bueno. Además, ¿vas a dejar tu casa, tu negocio, tu vida en definitiva para embarcarte en una aventura sumamente arriesgada? ¿Qué será de tu familia?

—No tengo, Antonino. Todo lo que poseo es una pequeña zona de tierra en la que cultivo hortalizas para poder sobrevivir. Nada más me une a este lugar. Quizá en otro tiempo no hubiese dado este paso. Ahora, en cambio, necesito salir de aquí, olvidarme de todo y de todos y comenzar una nueva vida.

—No ha debido irte demasiado bien hasta ahora.

—Has acertado, muchacho. Por eso mismo quiero acompañarte. Allá, en Hispania, seré un hombre nuevo. Habré dejado aquí mi pasado y todo lo que hace que cada mañana me pregunte si acabaré el día o si, por el contrario, la muerte vendrá buscarme.

—Soy un desertor y, lo que es peor, un preso huido. Si me entregases, te darían un buen dinero por mí.

—¿Dinero? ¿Para qué quiero yo el dinero? Me sobra con lo que tengo para ir tirando. Nunca he ansiado mayores posesiones que ese pedazo de tierra al que cuido como si fuese un hijo. Pero nada más. ¿Qué haría con dinero? Nada distinto a lo que realizo cada día. Pero marchar lejos de aquí, abandonar este lugar y comenzar de cero es algo que me apasiona. Y de paso te ayudaré en tu búsqueda.

—Vives a tres días de aquí, según me dijiste esta mañana. Yo no puedo esperar a que vayas hasta tu casa, recojas tus pertenencias y vuelvas. Habré perdido una semana.

—Todo lo que tengo está a lomos de mi caballo. Así que estoy preparado. Sin embargo, para un viaje tan largo, ¿no sería mejor hacerlo en barco?

—Eso, amigo, está completamente descartado. Ya he vivido experiencias

horrorosas. Prefiero cabalgar todo lo que me sea posible. Si no hay contratiempos, en un mes, aproximadamente, estaremos en Hispalis.

—No sé qué distancia hay pero me imagino que no es pequeña.

—La suficiente para llegar en el tiempo que te acabo de decir.

—Pues no hay más que hablar. Recojo mi caballo y ponemos rumbo a Hispalis.

Antonino dejó lo que estaba haciendo y miró fijamente a Cario Septimus. Comprendió que, en cierta medida, aquel hombretón también huía de su propia vida. Quería dejarla atrás y que todo lo que ocurriese a partir de esos momentos fuese nuevo y, por supuesto, mejor.

Era media tarde cuando cruzaron las murallas de Massilia. Antonino estuvo informándose de las calzadas que tendría que tomar para llegar hasta Hispania. La mejor era, sin lugar a dudas, la que discurría cerca de la costa. De las Galias pasarían a Hispania llegando a Tarraco³¹. Una vez en esa ciudad, tenían dos opciones pero, desgraciadamente para Antonino, ambas pasaban por tener que embarcarse, algo que quería evitar a toda costa pero que no le quedó más remedio que aceptar.

Desde Tarraco podrían navegar, siempre cerca de la costa, hasta Carthago Nova y de ahí, continuar a pie por la calzada que unía las ciudades de Llorci³², Anticaria³³, Astigi³⁴, Carmo y, finalmente, Hispalis.

La otra posibilidad era la de continuar navegando hasta Malaca³⁵ y luego discurrir por otra calzada que llegaba hasta Astigi, Carmo e Hispalis.

—Muchacho, lo mejor será que lo decidamos cuando estemos en Tarraco — le dijo Cario Septimus una vez supieron que era a aquella ciudad a la que tenían que dirigirse.

Hasta bien entrada la noche los caballos galoparon. No con toda la rapidez deseada habida cuenta del lastre que suponían los mulos, más lentos y también cargados. Esta circunstancia retrasaba los tiempos establecidos por Antonino, que quería llegar a Tarraco, ya en Hispania, cuanto antes. No había dudado en parar para descansar lo sucinto. No era de la misma opinión su acompañante, pero éste tuvo que rendirse a la evidencia de las poderosas razones que argumentaba el joven, quien le repitió en varias ocasiones de aquella primera noche algo que dejaba a las claras su objetivo.

—Sólo tienes que dar media vuelta y marchar a tu casa. Nadie te ha obligado a venir.

Los dos cayeron rendidos bajo un frondoso árbol retirado de la vía

principal. Hacía fresco pero se estaba bien. En todo caso, los doloridos cuerpos por las horas y horas encima de los caballos a un ritmo de galope dejaron a ambos exhaustos. Callados, comieron algo. Al rato, Antonino se dirigió a su amigo.

—Mañana, en cuanto encontremos una posada o aldea por el camino, vendemos los mulos. Eso nos permitirá ir mucho más deprisa.

—Sin ellos no podremos llevar suficientes provisiones —respondió.

—No me importa, Cario. Para mí la alimentación es secundaria en estos momentos. Quiero llegar a Tarraco cuanto antes y embarcar. Comeremos cuando encontremos algún sitio donde hacerlo o si algún campesino se apiada de nosotros en el camino. Ahora, descansa todo lo que puedas porque antes de que amanezca estaremos de nuevo en marcha.

Antonino ya se había acostumbrado, en esos meses, no sólo a viajar sino también a pasar penalidades. Desde que partió de Jerusalén las cosas se le torcieron. No olvidaba aquel dramático episodio a bordo de la liburnia que a punto estuvo de costarle la vida. Lo veía como algo lejano pero que no se le iba de la mente. Y su encarcelamiento en la lúgubre mazmorra de Ostia Antica durante unos meses que le parecieron una eternidad y donde pensó que moriría, o las peripecias vividas hasta llegar a Massilia.

Pero, a pesar de todo lo sufrido, se sentía con fuerzas para seguir avanzando, para llegar a donde fuese con tal de vengar la muerte de su amigo y hacer justicia. «No pido otra cosa a ese Dios que tanto venera la emperatriz». Se sorprendió que se le viniese a la cabeza, de repente, el Hombre por el que Flavia Iulia Helena inició toda aquella historia que había cambiado por completo su vida. No era normal que Antonino reparase en las deidades de una u otra religión. Los dioses que él conocía y que adoraban sus padres no le proporcionaban mucha confianza. Siempre pensaba que era mejor creer en lo que uno hacía que esperar a ser agraciado por aquéllos. «Quizá el Dios de la emperatriz tenga algo que ver con todo esto», pensó antes de quedarse dormido del todo.

—Mañana te recibirá la emperatriz Flavia Iulia Helena.

Las palabras de Tito Sulla Drusus dejaron descolocado a Bruccius Lurios, quien se disponía a salir de la lujosa casa en pleno centro neurálgico de Roma para ir a las termas más cercanas. Tenía previsto reunirse con varios amigos para tomar las aguas, recibir masajes y, luego, acudir a alguna de las tabernas del bullicioso mercado de Trajano, cerca de los foros imperiales, para así acabar el día bebiendo.

Aunque su mentor intentaba siempre disuadirle de que se entremezclase con el pueblo en lugares que podrían resultar peligrosos para alguien de su posición a Bruccius, a diferencia de otros patricios, le gustaba pasar inadvertido y comportarse como uno más de aquellos hombres que bebían y jugaban en antros en los que las peleas estaban a la orden del día. Su juventud hacía que fuese impulsivo y no quisiese desaprovechar su estancia en Roma. No siempre se tenía la oportunidad de pasar varios días seguidos en la ciudad que era centro del Imperio aunque Constantino el Grande hubiese establecido también Bizancio. Conocía las dos y, sin lugar a ninguna duda, prefería quedarse en la ciudad de Rómulo y Remo.

«Debes cuidarte de las malas compañías, Bruccius», solía decirle de vez en cuando Tito Sulla desaconsejándole que visitase aquellos lugares. En cambio, le animaba a ser un asiduo de las termas, en las que podían hacerse buenos y sustanciosos negocios. «Un hombre de tu posición siempre está en peligro. Lo importante es tener cerca a los enemigos que conoces. Y esos, precisamente, no frecuentan las tabernas de los bajos fondos de un mercado».

Aún así, Bruccius acudía a estas últimas. Se encontraba mucho más a gusto y relajado, sin saberse el centro de atención de patricios y senadores que, con sus conversaciones banales y carentes de profundidad, se dedicaban en la mayoría de las ocasiones a conspirar.

—¿Cómo es que se ha adelantado?

—Mi trabajo me ha costado, querido Bruccius. Pero sabes que no hay nada imposible para Tito Sulla Drusus. Máxime cuando de por medio hay dinero — respondió con una pequeña sonrisa de complicidad.

—Entonces, creo que no saldré esta noche.

—Haces bien. Prefiero que te quedes en casa, descansando. Y, sobre todo, meditando y reflexionando acerca de lo que harás cuando estés ante su augusta presencia. Como te dije el otro día, la emperatriz se encuentra mal; su estado de salud es muy delicado y aunque el descubrimiento de esa madera que considera divina le ha dado nuevas fuerzas, el Imperio tiene que estar preparado para la luctuosa noticia en cualquier momento.

Bruccius bebió de la copa que tenía en esos momentos en sus manos. Apuró el contenido y se echó más. Sabía que no podía perturbar a la emperatriz pero estaba claro que lo que le iba a revelar podría hacer cambiar su estado de ánimo. Sin embargo, prometió a Livia intentar hablar con ella y decirle que su fiel sirvienta estaba viva, que a pesar de haber huido de su lado y abandonarla nunca, en todo ese tiempo, había dejado de pensar en ella. «No sé cómo se lo

tomará, pero debo ser fiel y cumplir lo que he prometido».

¿En qué piensas?

La pregunta de Tito Sulla le devolvió a la realidad del momento.

—Padre, no te he contado todo acerca de esa muchacha.

El hombre, entonces, levantó las cejas en señal de sorpresa.

—Sabes que entre nosotros no debe haber ningún secreto.

—Por eso mismo. Livia es una de las sirvientas de confianza de Flavia Iulia Helena. Ha sido su mano derecha hasta que, un buen día, en Jerusalén, vivió unos hechos que cambiaron su vida. Y decidió huir, abandonarla.

Tito Sulla Drusus no podía creer lo que estaba oyendo. Tenía en su casa de Hispalis a una desertora y, lo que era peor, de la propia emperatriz.

—¿Qué estás diciendo, insensato?

—Tranquilízate, te lo ruego. La muchacha ama a un legionario que partió en una misión ordenada por la propia emperatriz. Pero ella busca vengarse de otro hombre. Por eso decidió irse. Sin embargo, no puede con sus remordimientos. Su conciencia no le deja vivir y quiere que la emperatriz sepa que está viva y que la sigue queriendo.

—Te expones a que descargue sobre ti toda su ira. Y puede suponer la deshonra y la pérdida de nuestra fortuna. ¿Sabes qué es lo que vas a hacer, Bruccius?

—Perfectamente. Me ha dicho que la emperatriz, desde que abrazó el Cristianismo es una persona completamente distinta. El perdón está instalado en todo su ser y acogerá de buen agrado la noticia que le llevo.

—¡Estás loco, totalmente loco! —gritó Tito Sulla mientras comenzaba a deambular de un lado a otro de la estancia y se echaba las manos a la cabeza—. ¡Nos has traído la ruina! ¿Qué a va a ser de esta familia? ¡Tantos años trabajando por todos vosotros, sobre todo por ti, y ahora una sirvienta que ha huido del lado de la emperatriz acaba con todo ello, con mi honra y mi fortuna! ¡Y todo porque te has enamorado de ella, que encima lleva en sus entrañas una criatura que no es tuya! ¡No sabes lo que estás haciendo, loco!

—Te ruego que te tranquilices, padre.

Bruccius veía cómo Tito Sulla estaba fuera de sí. En el fondo podría llevar razón en todo lo que decía y que la emperatriz tomase a mal aquella noticia. Pero tenía que arriesgarse. Algo en su interior le decía que no iba a salir mal y que, al final, se sentiría feliz de conocer noticias acerca de Livia.

—Tú no tienes por qué preocuparte. Diré que actúo por mi cuenta y riesgo, que Tito Sulla Drusus, patricio romano, no tiene nada que ver y que desconoce

estas circunstancias.

—¿Cómo voy a desconocerlas si yo he sido quien ha intercedido por ti para que la emperatriz te reciba? Los dioses nos han dejado de lado. No sé qué vamos a hacer.

Se volvió de repente y asió a Bruccius por la túnica a la altura del cuello.

—¡No irás a ver a la emperatriz! ¡Te lo prohíbo terminantemente! ¿Me oyes? ¿Me estás oyendo? —le gritaba mientras lo zarandeaba.

El joven pudo deshacerse de las manos que le oprimían. En escasos segundos pensó que lo conveniente era no alterarse, actuar con calma y no exasperar aún más a su mentor.

—Te ruego que olvides lo que me acabas de decir. Iré mañana al palacio. No puedo echarme atrás. Sólo te pido que confíes en mí. No te arrepentirás.

Tito Sulla se sentó descorazonado. Se puso las manos en la cara y comenzó a sollozar.

—¿Por qué me haces esto, hijo mío? ¿Acaso no te he dado todo en esta vida? ¿Quizá me he portado mal contigo? Tienes un porvenir esplendoroso; posees fortuna y más que tendrás cuando yo muera. He intentado educarte de la mejor manera posible e incluso he sacrificado parte de mi vida para que tú ascendieses. No creo que ahora sea de recibo que me pagues con esta moneda. ¿No te das cuenta de que estamos encubriendo a una desertora del Imperio? Eso está castigado con la muerte...

No podía seguir hablando. Bruccius sintió pena por él. Comprendía el daño que le estaba causando pero seguía convencido que todo iba a salir bien. Optó, entonces, por acercarse hasta él. Se sentó a su lado y le echó el brazo por encima de sus hombros.

—Padre, padre. No os preocupéis. Me has dicho en infinidad de ocasiones que un hombre debe actuar siempre según sus convicciones. Yo estoy ahora mismo siguiendo tus consejos. Todo va a salir bien, ya lo verás. No puedo renunciar a esta oportunidad que se me ofrece porque no sé si volverá a presentarse.

Tito Sulla parecía no escuchar. Continuaba con las manos tapándose el rostro. Respiraba con dificultad, jadeando. Así permaneció por un tiempo hasta que, por fin, dejó ver su cara. Los ojos aparecían rojizos y su expresión delataba angustia. Sin embargo, miró con cierta dulzura a su protegido. Por unos instantes se retrotrajo a cuando era un chiquillo y comenzaba a vivir en torno a lo que era su pasión: la navegación. Hizo de él un hombre; lo educó con los mejores filósofos y consiguió que triunfase en todo lo que se propuso.

Era el hijo que le hubiese gustado tener y que nunca pudo. Se volcó en todo. Ahora, en cambio, su vida podía pender de un hilo.

Se levantó. Anduvo hasta la mesa en la que se encontraba una jarra y bebió. Parecía más calmado. Se volvió hacia Bruccius y, de manera parsimoniosa, habló.

—Mi querido Bruccius. ¿En qué nos hemos convertido?

Volver a embarcarse no le gustaba nada a Antonino pero comprendió, tras las convincentes explicaciones de Cario Septimus que era lo mejor que podían hacer. Al margen de esquivar a las patrullas romanas en un viaje tan largo, la travesía por mar acortaba los tiempos de llegada a Hispalis. Sin embargo, no dejaba de acordarse de lo mal que lo pasó en su primera experiencia y así se lo hizo saber a su amigo.

—No tienes por qué albergar ningún temor, Antonino —le comentaba Cario mientras avanzaban por la calzada gala que desembocaba directamente en Hispania—. En esta ocasión navegaremos cerca de la costa y ello imposibilitará a los piratas intentar un abordaje.

—Si quieres que te diga la verdad, no me fío absolutamente nada de ello. Pero sé que es más rápido y que llegaremos antes a Hispalis. Sólo por esa circunstancia vale la pena volver a subirse a un barco.

A Antonino le sorprendía todo lo que sabía su nuevo compañero de viaje. A pesar de ser un simple agricultor daba muestras de conocimientos impropios en alguien que se había llevado toda la vida cultivando hortalizas, sin haber salido de su pequeño terreno nada más que para ir hasta Massilia a vender su mercancía. Pero cada día que pasaba a su lado comprobaba que este hombre fortachón y, por lo que parecía, buena persona, escondía en su mente aspectos totalmente radicales a lo que se dedicaba.

Como era previsible, los mulos retrasaban la marcha. Al tercer día de viaje, cuando llegaron a una posada ya cercana a la frontera con Hispania, decidieron venderlos. No les costó trabajo ya que ambos gozaban de buena salud. Tuvieron la suerte de no encontrarse con patrulla alguna en esa primera parte de trayecto.

—Podemos dar gracias a los dioses —señalaba Cario—. Pero cuando llegemos a la frontera será distinto. Ahí deberemos pasar por un lugar alejado de los puestos de control. No es descabellado pensar que si tenemos que dar explicaciones poca credibilidad ofreceremos a los legionarios romanos.

—¿Cómo lo haremos entonces?

—Lo mejor será vadear por algún riachuelo o cruzar alguna montaña de difícil acceso.

—Lo segundo nos retrasará.

—Puede que sí, pero evitaremos que nos detengan.

Alcanzaron las inmediaciones del puesto fronterizo al cuarto día. Hasta ese momento el viaje resultó, en cierta medida, tranquilo. Ahora, cercanos a la costa, tenían que encontrar la forma de no despertar sospechas y, sobre todo, no encontrarse con soldados.

Hicieron noche en una pequeña posada de viajeros poco concurrida. El tabernero les sirvió vino y un poco de asado. Comían y bebían en silencio cuando Antonino se fijó en un hombre, pequeño de estatura, sentado en una mesa contigua. Lo estudió y llegó a la conclusión que se trataba de un lugareño. «Posiblemente un pastor que, recogido ya el rebaño, descansa tomando algo de vino».

Se acercó hasta él de manera decidida.

—Salud, amigo. ¿Aceptaría un vaso de vino de estos dos viajeros?

El hombre miró a Antonino sin levantarse de su taburete. Luego, de manera lenta, alzó su mano derecha que sostenía un cuenco y esperó a que el muchacho se lo llenase.

—Sois forasteros. ¿Venís de muy lejos?

—Dejamos Massilia hace cuatro días —respondió Antonino sentándose a su lado—. Vamos camino de Tarraco para hacer negocios relacionados con las telas. Queremos comprar género para luego venderlo en Massilia.

—Eso os costará un buen dinero.

—¿Por qué lo decís?

Cario se había acercado y escuchaba la conversación que mantenían ambos.

—Porque los soldados romanos siempre quieren una parte de todo lo que pasa por la frontera. Ya sea en monedas o en especies. Son los dueños de todos los pasos fronterizos y no se les escapa nada.

—Pero nosotros no llevamos ahora nada, sólo nuestros caballos.

—Cuando sepan que vais a comprar telas, primero os pedirán dinero y cuando regreséis, seguro, parte de vuestro género.

Fue entonces cuando intervino en la conversación Cario Septimus.

—Habrà alguna forma de despistarlos...

—Puede —respondió lacónicamente el hombrecillo, que terminó de beberse su cuenco.

—¿Quién podría indicarnos un paso seguro pero alejado de las patrullas

romanas?

—Depende de la dificultad y, por qué no decirlo, de lo que estéis dispuestos a pagar.

Extendió de nuevo la mano que agarraba el cuenco esperando que Antonino se lo volviese a llevar. El joven supo que era la persona adecuada para lo que querían hacer.

—Por el dinero no es problema. Además, preferimos dárselo a un buen hombre que a unos soldados.

—Cerca de la costa —dijo mientras bebía un gran sorbo de vino— hay un lugar que pasa totalmente desapercibido. Es verdad que lo conocen los romanos, pero no suelen prodigarse mucho habida cuenta de que tienen miedo a encontrarse con una emboscada por parte de piratas que desembarcan para esconder botines. Por eso mismo es más fácil pasar por ahí. Pero se corre el riesgo de caer en las manos de esos bárbaros.

—No es, entonces, nada fácil.

—Sí si vais con la persona adecuada.

Fue cuando Cario volvió a entrar en la conversación.

—Amigo, tus palabras me dicen que eres esa persona que andamos buscando.

Terminó de beber el contenido de su cuenco. El pequeño hombre lo depositó en la mesa y se levantó. Dejó una moneda, se ajustó el cíngulo y se echó para atrás el zurrón que llevaba colgando.

—A medianoche os espero en la parte trasera de la posada.

Dicho esto último, abandonó la estancia con paso ligero sin despedirse de nadie.

[31](#) Tarragona.

[32](#) Lorca.

[33](#) Antequera.

[34](#) Écija.

[35](#) Málaga

XXIX

El corazón le dio un vuelco y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse cuando lo vio. Estaba allí, a escasos metros de ella, rodeado de tres hombres más. Livia había acudido al mercado cercano a la fábrica de salazones. Aquel día no tuvo que ir a la residencia de Itálica. Fabio le convenció para que fuesen a comprar habida cuenta de que faltaba poco tiempo para que Bruccius Lurios volviese de su viaje a Roma.

Durante todo ese tiempo Livia no dejó de pensar en ningún momento si habría hablado con la emperatriz. Era algo que le tenía obsesionada desde que Bruccius le prometió intentarlo. Sabía que era la única forma de hacerle llegar no sólo su arrepentimiento sino que ella comprendiese que no tuvo otra alternativa. Con que Flavia Iulia Helena escuchase a su interlocutor y, en cierta medida intermediario, se daba por satisfecha.

A pesar de ello, los días se le hacían interminables. No por el trabajo, ya que éste resultaba placentero y tranquilo, sino por la envergadura que tenía ya su vientre. «El día menos pensado estás junto a mí», solía decir para sus adentros esperando que aquella criatura que se movía de manera acelerada en muchas ocasiones golpeando las paredes de la voluminosa barriga se decidiese a salir.

—Mañana no iremos a Itálica, Livia. Me gustaría que me acompañases al mercado. Quiero adquirir alimentos y otro tipo de objetos. Queda poco para que mi señor vuelva de Roma y todo debe estar en condiciones.

—¿Crees que habrá hablado con la emperatriz? —repetía constantemente a sabiendas de la respuesta que recibiría.

—Eso es algo que sólo podrás saber cuando esté de vuelta.

Llegaron hasta el mercado en el carromato habitual en el que solían desplazarse para ir hasta Itálica. Aunque era temprano, la actividad que se respiraba era grande. El bullicio se dejaba sentir en esas primeras horas, cruciales para poder ir de puesto en puesto antes de que el sol castigase en demasía. Si bien en un primer instante Fabio y Livia fueron juntos, en un momento dado el criado prefirió que ella se lo tomase con más calma.

—No debes coger mucho peso. Es mejor que vayas a la zona de la fruta y encargues lo que creas conveniente para que la despensa esté llena. Pero lo cargues con nada. Espérame allí que dentro de un rato iré.

Le hizo caso a Fabio. Anduvo por entre los puestos y las gentes. Contemplaba el género y lo tocaba para ver cómo estaba de maduro. Manzanas, peras, ciruelas, uvas... iba apartando mientras le decía al vendedor que eran para la casa de Tito Sulla Drusus. Nadie ponía reparo alguno y enseguida hacían un aparte con lo que la muchacha escogía.

Fue cuando se acercó hasta el puesto más cercano a la zona de las tabernas, al lado de la fábrica de salazones y la parte del puerto en la que se descargaba el pescado. Una voz que le resultó familiar hizo que girase la cabeza y, de repente, lo viese. Creyó que estaba soñando a la vez que notaba cómo el corazón parecía querer salirse por la boca. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo en cuestión de segundos y sintió que las piernas cedían. A punto estuvo de caer al suelo si no se apoya en una pared.

Lo vio de forma clara. Estaba junto a otros tres. Vestía de paisano y hablaba de forma distendida pero, como siempre, prepotente en sus gestos.

—¡No puede ser!— se dijo para sus adentros—. ¡Tulio Plinio aquí, en Hispalis!

Era el centurión. Allí estaba, a escasos metros de ella, quien hacía poco menos de un año se encontraba en Jerusalén. Había estado esperando ese momento cada día que se levantaba con las mismas ansias que anhelaba el encuentro con Antonino. Se había imaginado cientos de veces qué haría cuando lo tuviese frente a frente. Quería que muriese. Es más, ella deseaba darle muerte con sus propias manos. Ansiaba verlo sufrir, que implorase perdón por el daño que le hizo y que no podía quitarse de la cabeza. Necesitaba decirle que aquella criatura que llevaba en sus entrañas no era de él sino de Antonino, que el amor puede más que el abuso y la violación a la que fue sometida de manera impune.

Todo eso y más albergaba su mente. Pero se difuminó cuando lo vio. Se repuso como pudo y buscó esconderse entre la gente para no ser reconocida. No sabía qué podría ocurrir si él se daba cuenta de que estaba allí. «¿Qué hago?» se preguntaba una y otra vez en su interior mientras observaba cómo aquel hombre bebía con sus acompañantes y parecía estar tranquilo y relajado. «¿Qué hago?» volvía a preguntarse sin hallar una respuesta clarificadora. Sintió cómo el bebé empezaba a dar patadas, cómo se movía a un ritmo vertiginoso y entonces pensó que él también se había dado cuenta de la presencia de Tulio Plinio. Se sintió morir, impotente y bloqueada para tomar cualquier tipo de decisión. Allí lo tenía y no era ahora capaz de reaccionar. Por otro lado, no podía hacer nada en medio del gentío. Además, llevaba las

de perder. Aquí sí jugaba con ventaja ya que ella sabía que el centurión estaba en su misma ciudad pero él, seguramente, todavía pensaba que Livia se encontraba junto a la emperatriz. Sabría que Flavia Iulia Helena estaba en Roma.

De pronto, advirtió que sólo había pensado en Tulio Plinio pero, ¿Y Antonino? ¿Y Manius Aquila? Los hombres que lo acompañaban no eran. Si el centurión estaba en Hispalis Antonino también debería estar. Siguió un rato escondida entre la muchedumbre intentando descubrir a su amado o, en su defecto, a Manius Aquila. Decidió esperar un rato y ver si aparecían. Pero nada de eso sucedió. «Debo encontrarlos cuanto antes, sólo así podré decir la verdad. Ya nada importa más que ello».

Creyó que se moría cuando sintió un pequeño golpe en su hombro derecho. El sobresalto hizo que emitiese un pequeño grito que quedó ahogado entre el bullicio reinante. Se dio la vuelta de manera brusca y se encontró, cara a cara, con Fabio.

—Creí que te había perdido —dijo el muchacho en tono amable para enseguida, darse cuenta de que el rostro de Livia aparecía desencajado—. ¿Qué es lo que te ocurre?

Respiró profundamente antes de responder a la par que cerraba los ojos. Por fin le salió la voz.

—Vámonos cuanto antes de aquí, te lo ruego.

Lo hicieron de forma apresurada. Fabio la tomó por su brazo derecho mientras sorteaban puestos y gente. Livia miraba hacia atrás constantemente sin dejar de andar ligera. Ambos esquivaban los distintos obstáculos que se esparcían por las calles. Llegaron al carromato. Fabio ayudó a Livia a subirse al pescante. Estaba sudorosa y lívida la cara. Se abrieron paso por entre las personas hasta abandonar el mercado, enfilando hacia la zona oeste de la ciudad, donde se encontraba la casa de Tito Sulla Drusus.

El carromato quedó en la parte de las cuerdas. Livia continuó hasta el patio central de la casa y hundió sus manos en la fuente para echarse agua por la cara y la cabeza. Repitió la maniobra en un par de ocasiones más ante la sorpresa de Fabio, que contemplaba la escena sin saber qué decir. Por fin se atrevió a hablar.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Vas a dar a luz quizá?

Livia se sentó en el borde de la fuente y dejó que el agua fuese discurriendo por su cuello para ir serpenteando por el pecho, mojando la túnica. Su respiración era agitada y le costaba calmarse. El corazón latía a ritmo

vertiginoso y notaba una presión en la zona del vientre fuera de lo común. Pasados unos segundos, que a Fabio le parecieron eternos, consiguió articular palabra.

—Lo he visto, Fabio, lo he visto.

—¿A quién? —preguntó asustándose de cómo hablaba la joven.

—Al centurión Tulio Plinio. En una de las tabernas cercanas al mercado. Allí estaba, tan altivo como siempre.

—No puede ser. ¿Estás segura de que era él?

—Tan segura como que esta criatura que llevo en mi vientre es de Antonino.

—¿Te ha visto él a ti?

—Creo que no. De ser así, a lo peor ahora mismo no estábamos aquí. Pero si el centurión está aquí, también deben estar Antonino y Manius Aquila.

—Te ruego que te tranquilices. Bebe algo de agua.

Así lo hizo Livia. Ya más calmada, se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor de la fuente.

—Debo encontrar a Antonino.

—¿Cómo lo harás? Es arriesgado.

—Lo sé. Pero tengo que saber si se encuentra en Hispalis.

—¿Y si no es así?

Livia se paró en seco. Cabía esa posibilidad que decía Fabio. Sintió entonces todo el peso de su vida, que pasaba en cuestión de segundos por su mente y a la misma regresaba la imagen de aquel hombre encima de ella, bufando como una bestia, hundiéndose en su interior mientras intentaba que aquello no ocurriese. Se volvió hacia Fabio.

—Entonces tendré que matarlo yo.

El paso era escarpado y había que tener mucho cuidado. Dejaron los caballos en la posada ante la imposibilidad de llevarlos con ellos. Así se lo aconsejó el pastor, que iba delante. Portaba tan sólo el zurrón y un cayado con el que se apoyaba pero también tanteaba el terreno. Conocía la zona a la perfección y a la vista saltaba que no era la primera vez que ayudaba a personas a cruzar la frontera para que no fuesen vistas por las patrullas romanas. La noche era clara y a su izquierda quedaban los acantilados en los que rompían las olas, trayendo hasta ellos un sonido ronco y constante.

—Por aquí es más difícil que nos encontremos con soldados romanos y con piratas.

Antonino y Cario Septimus avanzaban de manera más torpe que el pastor, que se desenvolvía con destreza entre matorrales y rocas. Como supuso

Antonino cuando lo vio en la posada, aquel hombre era el indicado para pasarlos a Hispania de forma desapercibida. Una vez escuchó sus pretensiones, cerraron el trato y se pusieron en marcha.

Tras dos horas de camino, aproximadamente, subieron por la ladera de un monte que les iba distanciando de la costa. El paisaje comenzaba a cambiar y ahora predominaban los pinos que se alzaban altivos. Atrás dejaban matorrales, arbustos y rocas. Cuando alcanzaron la cima, el menudo hombre se paró, levantó el cayado y apuntando con él hacia el frente, dijo:

—Cuando bajéis la ladera, estaréis en Hispania.

Antonino y Cario llegaron a su altura cuando ya había pronunciado aquella frase. Algo extenuados por la pendiente que tenía el monte, dirigieron sus miradas al lugar donde señalaba el pastor.

—Por todos los dioses —exclamó Cario Septimus— que, desde luego, aquí no vamos a encontrar a soldado romano alguno.

—No te quejes —respondió Antonino—. Estamos en Hispania y nadie nos ha visto cruzar. Ahora será todo distinto. Amigo —dijo al guía—, ¿a cuánto estamos de Tarraco?

—Si continuáis toda la noche y mañana hasta que el sol no sea un obstáculo, puede que al día siguiente lo consigáis. En todo caso, os aconsejo que intentéis haceros con un par de caballos. De esa forma, mañana antes de la medianoche ya habríais alcanzado la ciudad.

—¿Y habrá alguna posada o aldea por esa zona donde comprar animales?

—Puede que sí, pero no os lo aseguro. En cuanto bajéis la ladera estaréis en Hispania. Por la parte más occidental sí hay posadas pero, claro, también las patrullas romanas que vigilan la entrada y salida de viajeros. Por ésta, quizá. No os puedo decir más porque suelo quedarme en este punto cuando realizo esta travesía.

—Te agradezco lo que has hecho por nosotros —dijo Antonino agarrándole del brazo.

—Es mi trabajo. Además, todo lo que sea incordiar a esos romanos que hacen de las Galias su casa es poco. Todo lo que tenía, tierras y animales, me lo quitaron. Ahora sólo poseo una veintena de ovejas que me dan para malvivir. Ellos trajeron la ruina no sólo a mi familia sino a muchas de la zona. Se quedan con todo y, con suerte, te dejan vivir. Así que no me deis las gracias. Más bien os las doy yo si sois capaces de llevar a cabo vuestro cometido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendido Cario Septimus.

—Unos comerciantes que van a comprar telas no cruzan la frontera de esta manera. Ya tengo una edad y he pasado a muchos hombres por estos caminos. Sé las intenciones de cada uno de ellos en cuanto hablamos. Así que, buena suerte y que consigáis lo que os proponéis.

Terminado de decir esto, el hombrecillo se dio media vuelta y comenzó a desandar el camino de ida hasta aquel lugar. Al poco se perdió ladera abajo y su figura se entremezcló con la noche.

—Está bien, Cario —dijo Antonino mientras oteaba el horizonte—, vamos allá —y comenzó a bajar la ladera dando pequeños saltos para no perder el equilibrio.

Anduvieron toda la noche. Siguieron la línea de la costa ya que esa zona era menos pedregosa que la que se adentraba en las montañas. Aún así no era fácil avanzar. La luna dejaba entrever las distintas veredas que se abrían a su paso. La zona era agreste pero Antonino se mostraba ilusionado. Ya se encontraban en Hispania y estaban más cerca de su objetivo.

No había amanecido aún cuando divisaron a lo lejos algunas luces. Pararon e intentaron vislumbrar de qué se trataba.

—Está claro que puede ser una posada o una pequeña aldea —dijo Cario Septimus—. Debemos andarnos con cuidado porque también podría tratarse de algún puesto de control romano.

—Pudiera ser —respondió Antonino sin dejar de dirigir su mirada hacia el punto luminoso—. Si fuese esto último habríamos de actuar con mucha cautela. Espero que los dioses nos lleven hasta algún lugar donde haya caballos.

Siguieron avanzando. El camino se tornaba ahora más llano y con menos rocas. Al cabo de un rato comprobaron que la luz provenía de una pequeña cabaña. Sin lugar a dudas se trataba de una posada o algo parecido. El joven Antonino se adelantó con pasos ágiles.

—¡Ah de la casa! ¡Somos gente de bien! ¿Habría algo de comida y agua para dos cansados viajeros?

Esperaron. Si había alguien en su interior, sin duda estaba durmiendo. Nadie contestó. Fue a repetir la frase cuando, finalmente, la puerta se abrió.

—¿Qué queréis a estas horas? —se oyó una voz—. Queda todavía un rato para que amanezca.

—Perdonad nuestra osadía —respondió Antonino—. No queremos importunaros, sólo algo de comida y, si puede ser, comprar dos caballos. Pagaremos bien.

La puerta de la choza se abrió de par en par. Un hombre de mediana edad,

portando una lucerna, intentó ver a quienes acaban de llegar. Tras un rato con su brazo extendido como queriendo abarcar una mayor extensión del lugar, dejó la lámpara en el suelo.

—Está bien. Debéis estar hambrientos si venís de las Galias. Dura caminata la que traéis. Pasad. Os prepararé algo de comer.

El vino que les sirvió les supo a gloria, así como la carne de jabalí asada.

—Está un poco dura porque es de ayer pero se puede comer —dijo el hombre, quien ya comenzaba a realizar distintas faenas en el interior de la cabaña.

¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó sin mirarles.

—Vamos a Tarraco. Pero tenemos prisa. Es por ello que nos sería de gran ayuda que nos pudieseis vender un par de caballos.

Continuó con sus labores. Había encendido varias lucernas más y, por lo que parecía, en un rato acudirían hasta el lugar otras personas.

—Estáis de suerte, amigos. Hace dos días llegaron tres hombres que me vendieron sus caballos. No suelo hacer este tipo de tratos. Me conformo con la mula que tengo para las faenas del campo. Pero creía que podría ser una buena inversión. Y parece ser que así será.

Antonino y Cario se miraron. Luego de un rato, una vez acabado el asado, pasaron a la zona trasera de la cabaña donde se abría un pequeño corralón al aire libre. Allí, efectivamente, se encontraban tres caballos y una mula.

—Los animales tienen buen aspecto —dijo Cario Septimus—. ¿Cuánto pides por dos de ellos?

—Seré sincero. Dos monedas más de lo que pagué por cada uno. Creo que es un trato justo. Es decir, seis monedas por caballo.

—Desde luego, además de posadero eres buen negociante.

—Llevan dos días comiendo a mi costa... además, no encontraréis ningún otro lugar hasta Tarraco donde os puedan vender un caballo.

Antonino contempló el estado de los equinos. Estaban bien de salud y, como había dicho el hombre, no tendrían otra ocasión. Tomó su bolsa y sacó diez monedas. Extendió la mano y se las ofreció al posadero. Éste, tras contarlas, miró algo contrariado al joven.

—Faltan dos.

—No, no faltan. Si decís haber pagado cuatro monedas por cada uno de estos caballos es que como máximo os han costado cada uno tres. Bien está que quieras ganarle dinero al negocio. Por eso diez monedas es lo justo. Además, no creo que llegue hasta aquí mucha gente queriéndote comprar un

caballo.

El hombre frunció el ceño, volvió a contar las monedas y, finalmente, asintió la cabeza.

—Sea como decís.

Entonces Antonino sacó otra moneda y se la dio.

—Ésta por lo que te queda de asado y un odre de vino para el camino hasta Tarraco.

Se sentía nervioso a medida que iba subiendo las escaleras. La majestuosidad del palacio le sorprendía a pesar de estar acostumbrado a las distintas mansiones en las que vivía tanto en Roma como en Hispania. Junto a él, su mentor, cabizbajo y resignado, seguía sus pasos. Intentó Bruccius Lurios que la ansiedad que le producía la situación no le dominase. Apenas pudo conciliar el sueño la noche anterior dándole vueltas a la cabeza intentando hilvanar un discurso coherente y, sobre todo, con el suficiente peso específico para que la emperatriz quedase convencida de la sinceridad de sus palabras.

Tito Sulla Drusus tampoco pudo dormir esa noche. Mas al contrario que su protegido, la angustia le sobrevenía por la certidumbre de que las revelaciones que Bruccius le haría en unos instantes a Flavia Iulia Helena desembocarían en la ira de ésta que llevaría a su deshonor y, lo que era peor, a ser considerado un encubridor de desertores.

Cada uno iba con sus pensamientos mientras subían peldaño tras peldaño de la imponente escalinata. Llegaron a un gran recibidor en el que se encontraban al menos una decena de personas. Tito Sulla reconoció a todas. Eran patricios de Roma, gente influyente que, como cada día, pululaban por las estancias del palacio realizando cualquier tipo de actividad y, por encima de ello, intentando obtener beneplácitos de la emperatriz y de su hijo, Constantino el Grande. Allí, además de en el Senado, las conspiraciones estaban a la orden del día. Había que andarse con pies de plomo para no caer en desgracia; tener la suficiente habilidad y saber con quién o quiénes hablar y de qué temas. No era fácil salir indemne cuando se traspasaba la delgada línea que hacía que, de repente, fuese uno considerado poco menos que un traidor a Roma. Y menos en aquellos momentos en los que el Imperio se tambaleaba por mor de las ansias de poder de muchos, las rencillas y los rencores acumulados a lo largo de los últimos años.

—Salve, Tito Sulla Drusus —dijo uno de ellos.

—Salve, Marcus Crassus Decimus —respondió.

—Veo que vienes con tu protegido. Sé que la emperatriz os recibe hoy.

Importantes asuntos debéis traerle para que haya adelantado la audiencia.

Aquel hombre, bajo de estatura y con una gran barriga que se hacía más prominente por la toga que llevaba, esbozó una irónica sonrisa al decir estas últimas palabras. Tenía conocimiento de todo lo que se fraguaba en las dependencias del palacio y por sus manos pasaban los asuntos relacionados tanto con el emperador como con su madre.

Tito Sulla hizo de tripas corazón y tragó saliva. Aunque Marcus Crassus no sabía cuál era el tema que iban a tratar con Flavia Iulia Helena, estaba convencido de que una vez se lo expusiese Bruccius estaría en boca de todo el Senado en el menor tiempo posible, máxime tratándose de un grave asunto relacionado con la propia emperatriz.

—Los dioses nos han sido propicios —respondió de manera lacónica evitando la mirada de su interlocutor.

Permanecieron en el recibidor durante un tiempo. Las puertas de la estancia en la que se encontraba la emperatriz se abrían de vez en cuando. Unas veces entraban algunos de los allí presentes y otras acudían generales del Ejército romano. Sólo cuando se escuchaba el nombre de la persona que podía entrar, los cuerpos se tensaban por unos instantes para luego relajarse si no era el de uno.

—Tito Sulla Drusus.

La voz retumbó en todo el espacio. Bruccius buscó con la mirada a su mentor y protector. Éste, algo más alejado de la puerta, comenzó a andar con paso lento dirigiéndose hacia donde le habían nombrado. Su protegido se situó justo detrás. Cruzaron el dintel. La gran estancia era muy luminosa y en ella se encontraban varias personas. Tito Sulla contempló la escena hasta que, por fin, vio a la emperatriz. Avanzó hacia donde estaba y, casi de manera mecánica, alzó su brazo derecho e inclinó la cabeza.

—Salve, Flavia Iulia Helena, augusta emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente.

Bruccius permaneció a su lado sin decir absolutamente nada.

La emperatriz, que estaba sentada, sonrió al verlos.

—Salve, Tito Sulla Drusus. Me alegra verte. Eres uno de los más leales patricios que conozco y me satisface poder escuchar lo que me traes. Personas como tú son las que siguen manteniendo este Imperio por encima de guerras intestinas que sólo pueden conducirnos a la destrucción.

Flavia Iulia Helena estaba muy demacrada desde la última vez que la vio. No cabía duda que el largo viaje a Jerusalén la había debilitado. A ello se

unía su estado de salud, que no era bueno, y la edad. Por eso Tito Sulla sabía que lo que su protegido iba a revelar le podría traer consecuencias nefastas y empeorar su situación.

—Muchas gracias por vuestras palabras, augusta señora. Sé de vuestro exitoso viaje y el hallazgo importante que habéis hecho. Todo lo que sea para mayor gloria del Imperio bienvenido sea. No os queremos molestar en demasía y lo único que nos trae hasta aquí es algo que os incumbe y que consideramos que es nuestro deber hacéroslo saber.

Flavia Iulia Helena se sintió, en ese momento, sumamente interesada. Hizo el intento de levantarse pero las fuerzas no le acompañaron. Dos sirvientes, al momento, se acercaron hasta ella y, tomándola por los brazos, la pusieron en pie. En verdad su estado de salud estaba muy deteriorado. Pero en su mirada podía adivinarse cierta placidez que, a buen seguro, tenía mucho que ver con aquel fastuoso descubrimiento en tierras lejanas.

—¿Quién es este muchacho que os acompaña? —preguntó.

—Es Bruccius Lurios, protegido mío, augusta emperatriz. Un joven que también os sirve con suma lealtad desde su condición de marino, yendo a los distintos puertos del Imperio para engrandecerlo con sus negocios. Vive habitualmente en Hispania, concretamente en Hispalis, donde sabéis que poseo negocios importantes. Él es, precisamente, quien viene hasta vuestra presencia.

—Sed bienvenido, joven Bruccius. Me alegra saber que eres persona agradecida con quien te ha posibilitado una educación para mayor gloria del Imperio. ¿Qué es lo que queréis contarme?

—Salve, Flavia Iulia Helena —respondió Bruccius—. Os muestro mis respetos y mi gratitud por habernos recibido. Todo lo que soy se lo debo a mi mentor, aquí presente, que es quien me ha inculcado el amor y la lealtad tanto a vuestro augusto hijo, nuestro emperador, como a vosotros.

Tito Sulla comenzó a sudar. Sabía que había llegado el temido momento y que ahora podría pasar cualquier cosa. Se encomendó a todos y cada uno de los dioses e incluso, sin darse cuenta, se acordó de ese Dios cuya religión era la que imperaba.

—Mi presencia ante vuestra persona —continuó Bruccius— viene motivada por un encargo que traigo desde Hispalis de una persona que conocéis y que me pide os haga llegar también su lealtad sin condiciones.

Flavia Iulia Helena estaba desconcertada. ¿Quién podía, desde aquellas lejanas tierras, querer mostrarle su lealtad por medio de aquel joven? Se

sentía desorientada. Nunca había estado en Hispania pero aquella revelación, de pronto, le trajo a su mente a José de Arimatea y la posibilidad de que sus descendientes estuviesen allí con el secreto que aquél se llevó tras la muerte de Jesús de Nazaret. Notó que le sudaban las manos y volvió a acordarse de la misión encomendada al centurión Tulio Plinio y a sus subordinados, los soldados Manius Aquila y Antonino Quintus. Los dos últimos, muertos, no podrían ser. Pero sí Tulio Plinio, del que hacía mucho tiempo no tenía noticias. ¿Se encontraría en Hispania y habría conseguido dar con los familiares de José de Arimatea? ¿Traía aquel muchacho las respuestas que buscaba desde que partió la expedición? Había pasado tanto tiempo que incluso en muchos momentos llegó a olvidarse de ellos. La presencia del trozo de la madera divina en Roma hizo que pusiese todo su empeño y las escasas fuerzas que le quedaban en darlo a conocer a todos los ciudadanos romanos. Roma, desde su llegada, vivía una fiesta permanente que, al fin y al cabo, era para alabar al único y verdadero Dios, aquel que murió en el monte Gólgota por todos los hombres.

Respiró profundamente y tragó saliva. Se sentía débil en esos momentos pero quiso permanecer en pie. Estaba preparada para cualquier cosa y ansiaba conocer lo que venía a decirle el joven protegido de Tito Sulla Drusus.

—¿De quién se trata, muchacho?

Entonces, el mundo se le vino encima y sintió que le abandonaban las fuerzas cuando respondió Bruccius. Buscó el asiento porque se dio cuenta de que sus piernas no se mantenían en pie. Los músculos de todo el cuerpo parecieron aflojarse cuando oyó el nombre que ya creía, muy a su pesar, olvidado:

—De Livia, mi augusta señora. Livia, vuestra fiel sirvienta.

Se juró que lo encontraría como fuese si estaba en Hispalis. Tenía que estar, no podía ser de otra forma, si hasta allí había llegado Tulio Plinio. Pero, ¿cómo dar con Antonino? No podía ir hasta el acuartelamiento y preguntar así como así. Además, corría el peligro de ser descubierta por el centurión y entonces todo habría acabado. Pero si a éste lo vio por las calles de la ciudad era también factible que sucediese lo mismo con Antonino o con Manius. Era primordial encontrarse con su amado y así poder consumir su venganza. Pero no era tarea fácil.

Fabio la llevó directamente a Itálica. No quería que Tulio Plinio tuviese conocimiento de la presencia de Livia en Hispalis. Tras lo que le relató la muchacha, pensó que lo mejor era esconderla en la residencia a las afueras de la ciudad. Se sorprendió de cómo reaccionó ante esa visión y se juramentó

para que nada le pudiese ocurrir. Estaba a su cargo por orden de Brucius Lurios pero en todo este tiempo pasó a considerarla como una amiga. Conocía las calamidades que sufrió desde los acontecimientos en Jersusalén y el inmenso coraje y la valentía demostrada al abandonar a la emperatriz y marchar en busca de aquel legionario que, en definitiva, era su vida misma.

—Tú podrías ayudarme —le dijo mientras recorrían el jardín de la casa.

—Haré todo lo que está en mi mano, Livia. Pero en verdad no sé por dónde encauzar todo esto.

—Está claro que yo no puedo ir hasta la Prefectura e indagar porque, tarde o temprano, Tulio Plinio daría conmigo. Pero, en cambio, tú sí podrías acercarte y, de manera disimulada, preguntar, sonsacar hasta saber si Antonino Quintus en encuentra en Hispalis.

—Es una tarea arriesgada en la que puedo poner en peligro incluso hasta a mis amos. Pero conozco a algunos legionarios, incluso mandos, que le deben favores a Tito Sulla Drusus. La cuestión es si harán caso a un simple sirviente.

—Debes intentarlo, Fabio. Me queda muy poco para dar a luz. Siento que esta criatura estará muy pronto en este mundo y quiero que conozca a su padre. Los dioses han intercedido por nosotros dos y en mi interior algo me dice que Antonino está cerca, muy cerca de aquí.

—Lo intentaré pero no puedo prometerte nada. Incluso te aconsejo que esperemos a que llegue Brucius Lurios. Él es persona influyente, te tiene bajo su protección y podrá hacer las averiguaciones pertinentes sin despertar sospechas.

—No puedo esperar, Fabio. Me va la vida en ello.

XXX

—¿Livia en Hispana? ¿Cómo es eso posible?

Flavia Iulia Helena tuvo que echarse al recibir la noticia. Bruccius Lurios le acababa de comunicar algo que esperaba oír desde aquella mañana en que ordenó buscar a la muchacha por todos los rincones de Jerusalén, por el campamento y por las aldeas aledañas a la ciudad: estaba viva.

Era, en principio, el mejor anuncio que podía recibir en esa mañana en la que Roma iba a disfrutar del mejor de los juegos programados por la llegada de la Vera Cruz. La emperatriz, a pesar de ver cómo se había deteriorado su salud de manera progresiva en un corto espacio de tiempo, prometió a su hijo que acudiría al Coliseo para refrendar con su presencia la importancia del hallazgo. No habría combates entre legionarios sino una puesta en escena, grandiosa, que contaría las peripecias de Flavia Iulia Helena en su afán por encontrar la madera divina. Unos fastos que culminarían con la propia Cruz en el centro de la arena del majestuoso edificio y con la que se proclamaría, de una vez por todas, la grandeza del símbolo cristiano por antonomasia.

Mas ahora, tras escuchar aquella revelación, sus fuerzas flaqueaban de nuevo. Se sentía ida, débil, incapaz de reaccionar e ir al Coliseo. «Livia viva, Livia viva» se repetía una y otra vez para sus adentros.

—Eso no es todo, mi augusta emperatriz —continuó Bruccius Lurios—. Debéis saber que se encuentra encinta y que en poco tiempo dará a luz.

—¿Cómo es posible? Ella estaba enamorada de un legionario romano. ¿Acaso ya se ha olvidado de él?

—Nada más lejos de la realidad. Precisamente ese amor y ese hijo que lleva en sus entrañas le llevaron a huir de vuestro lado. Quería encontrarlo como fuese porque mantiene que la criatura es fruto del amor que siente por ese soldado de Roma.

—No lo entiendo entonces.

—La historia es enrevesada y sé que no estáis bien de salud, mi señora. Pero os diré que espera encontrarlo en Hispania. Es una corazonada que tiene. Además, debe cumplir un juramento de venganza que hizo con respecto a otro soldado vuestro: un centurión al que acompaña Antonino Quintus.

Flavia Iulia Helena no podía moverse del lugar en el que se hallaba echada. Sentía que la vida se le iba por momentos. Se retrotrajo hacia el día que vio

por última vez a Livia, allá en el palacio de Jerusalén, y ahora comprendía cuán desdichada había sido su fiel sirvienta. Y, lo peor de todo, que debía decirle que Antonino estaba muerto para desgracia de ella y del hijo que traía a este mundo y que no conocería a su padre.

—¿Una venganza? —preguntó entornando los ojos.

—Sí, augusta emperatriz. Ese centurión del que me habló le hizo mucho daño antes de abandonar Jerusalén. Su tono de voz, cada vez que a él se refiere, desprende odio, venganza. Y también clama justicia. Pero, por encima de todo, estoy aquí para decirles que me ruega encarecidamente que la perdonéis, que en nombre de ese Dios que murió en la Cruz que habéis traído hasta Roma, comprendáis sus motivos. No quiere morir sin vuestro perdón y sin vuestra bendición.

Las personas que estaban en la estancia escuchaban la conversación en medio de la sorpresa generalizada. El mismo Tito Sulla Drusus, que sólo conocía la historia de manera somera, no daba crédito a lo que su protegido estaba contando a la emperatriz. Por sus gestos pensaba que, lejos de provocar la ira, aquel anuncio le llenaba de felicidad. No acertaba a comprender, en todo caso, cómo podía mostrar tanto cariño e interés por un simple sirviente. Él tenía en estima a algunos de los que estaban bajo su mando pero de ahí a considerar a una esclava como si fuese una hija iba un abismo. Mas esa circunstancia lo tranquilizaba, sobre todo en lo concerniente a lo que podría pasarle por encubrir a una desertora de la mismísima emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente.

Flavia Iulia Helena hizo el intento de levantarse pero las fuerzas no le acompañaron. De nuevo tuvo que ser ayudada. Pidió agua y bebió varios pequeños sorbos. Se empapó los secos labios. Le costaba mantenerse en pie y ella misma se daba cuenta de que le quedaba poco tiempo en este mundo. Pero aquella noticia pareció darle nuevos ánimos. Lejos de que la ira se desatase en su interior, se sentía feliz, en cierto modo, al saber que Livia estaba viva y además en estado de buena esperanza.

—Sois valiente y a la vez acabáis de mostrar —dijo dirigiéndose a Bruccius Lurios— un amor al prójimo como el que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba a punto de morir crucificado en el madero. No habéis mirado por vuestros intereses y aún a sabiendas de que ayudar a esa muchacha os podría acarrear problemas, no dudasteis en acogerla, cuidarla y darle protección. Tito Sulla Drusus —le habló ahora al patricio—: podéis estar orgulloso de vuestro ahijado. Ha sabido actuar como un verdadero samaritano

y además no ha vacilado en acudir hasta Roma para hacerme llegar esta noticia.

Los presentes comenzaron a hablar entre ellos en voz baja. La emperatriz se dio cuenta.

—Quiero que todos salgan de la estancia. Quédate tú, Bruccius Lurios porque vas a llevar un mensaje de vuelta a Livia.

Obedecieron en el acto. Flavia Iulia Helena y Bruccius quedaron en silencio. Fue ella la que lo rompió.

—Estoy mal, muy mal. Ayúdame a sentarme que las fuerzas me abandonan a pasos agigantados.

El joven asió a la emperatriz por el brazo derecho y, con sumo cuidado, la sentó en una de las sillas.

Le costaba trabajo hablar. Pero necesitaba conocer toda la verdad. Ahora que sabía que Livia estaba viva, quería cerrar un círculo que consideraba primordial.

—¿Sabes si Livia llegó a tener noticias de Antonino?

—Que yo sepa no, mi señora. La fortaleza mostrada por esa muchacha es extraordinaria. Se embarcó en el puerto de Joppa y el viaje resultó muy duro, cuanto más para una joven encinta. No supe la historia hasta que estuvimos en Hispalis. Pero le puedo decir que está muy arrepentida por todo lo hecho y, como os dije antes, sólo espera vuestro perdón y bendiciones para ella y su hijo.

—¿Por qué quiere vengarse del centurión?

—Abusó de ella antes de partir de Jerusalén.

Flavia Iulia Helena cerró los ojos y apretó los labios. No podía creer lo que estaba escuchando. Tulio Plinio, un soldado ejemplar y en el que había puesto toda su confianza en una misión que para ella era de vital importancia, mancilló a su sirvienta de confianza, a quien consideraba como una hija. Y ante sus ojos. «No supe protegerla. Estuve tan abstraída con la Vera Cruz de Jesucristo que me olvidé de Livia. Ha sufrido todo lo imaginable y ahora se encuentra desvalida por completo».

—Marcharás a Hispania enseguida, Bruccius. No tengo buenas noticias para Livia con respecto a Antonino pero quiero remediar en parte el dolor que le causará lo que te voy a decir. Llevarás una carta expresa para ella y un documento que servirá para rehacer su vida. Sé que a vuestro lado no le faltará de nada. Pero quiero que conste por escrito, por expreso deseo de la emperatriz, que es una mujer libre a partir de estos momentos y ya no tendrá

que esconderse. Tiene mi perdón y mis bendiciones. Sólo así podré reparar el daño que le he podido causar.

Fue a hablar Bruccius cuando Flavia Iulia Helena prosiguió.

—Y entregarás una tercera carta al Legatus que está al mando de la II Itálica Pia. Ve a preparar tu barco para zarpar cuanto antes. Un emisario te llevará hasta el puerto las misivas que voy a redactar ahora. Y, sobre todo, dile a Livia que la quiero.

Abandonaron Tarraco a la mañana siguiente. Les quedaba poco dinero después de pagar de manera generosa por embarcarse en una galera que se dirigía hacia el puerto de Malaca. Lo haría bordeando la costa y no atracaría en ningún otro lugar que el de destino. Con suerte, en unas dos semanas estaría de nuevo en tierra. «Iré lo más rápido posible hasta llegar a Hispalis. Sólo así podré saber si Tulio Plinio se encuentra vivo para poder hacer justicia», pensaba Antonino en la cubierta del barco.

—Llevas varios días muy callado.

Cario Septimus se encontraba apoyado en la barandilla de babor. El viento soplaba fuerte y las velas hacían que se desplazase con rapidez. El día era claro. Había pasado casi una semana desde que se embarcaron y todo se desarrollaba según lo previsto. A lo lejos podía divisarse la costa. Hacía algo de calor pero el aire era fresco y el agua que salpicaba por el avance del barco paliaban la presencia del sol.

—Quiero terminar todo esto cuanto antes. Nunca sentí tanto odio en mi interior.

—Deberías calmarte. Excitado de esa forma no piensa uno de forma adecuada. Además, todavía queda un trecho hasta llegar a Hispalis.

—Lo sé, querido amigo. Pero no puedo quitarme de la cabeza todo el daño que me ha hecho ese hombre. Ni tampoco su traición a quien depositó toda su confianza en él. Mató a mi compañero y a mí me quiso enterrar en vida. ¿Te parece poco para que quiera vengarme, buscar justicia?

—Por mucho menos otros han matado. Pero te recuerdo que llevas las de perder. Él sigue siendo un centurión del Ejército de Roma y tú, en principio, un preso fugado de una cárcel del Imperio sin más documentos que tu palabra contra la suya. Por eso creo que la calma es primordial en este asunto. Y la cautela, no lo olvides.

—Y no lo hago, Cario, no lo hago.

—¿Qué harás cuando todo termine?

No respondió al momento Antonino, que contemplaba cómo se movían las grandes velas de la galera mientras el barco continuaba su marcha.

—Intentaré cumplir la misión que se nos encomendó; honraré a Manius Aquila y buscaré a Livia para compartir el resto de mi vida junto a ella.

—Por todos los dioses que tienes las cosas claras, muchacho. ¿Tienes familia?

—En Bizancio. Mis padres y dos hermanos pequeños. Quién sabe, a lo mejor regreso allí y me establezco. Los sueños por ser un legionario romano se me han ido desvaneciendo. Ahora ansío vivir en paz, formar una familia y poder envejecer con tranquilidad.

Cario Septimus soltó una gran carcajada.

—¡Hablas como si estuvieses en los últimos años de tu existencia y apenas acabas de comenzar a vivir! Te diré una cosa, Antonino: lo más grande que puede tener un hombre son sus sueños, y tú los tienes. En cambio, yo sólo aspiro a olvidar muchas cosas que se truncaron a medida que la vida me iba proporcionando desagradables y tristes momentos. Aquí me tienes, embarcado junto a ti sin más pretensiones que dejar atrás mi pasado e intentar rehacer lo que queda de mi persona. Somos distintos en nuestra forma de ver las cosas pero, en cierta medida, no estamos tan distantes.

—Sólo puedo tener palabras de agradecimiento por cómo te has portado conmigo en este tiempo que llevamos juntos. Si no es por ti a lo peor no estaría en este barco rumbo a Hispalis. Has puesto medida en mi forma de actuar y has velado por mí. Nunca podré pagarte tanto como has hecho por mí.

—Vas a hacer que me enterezca —respondió riéndose de nuevo.

—Tu forma de expresarte me recuerda mucho a la de Manius Aquila. Un gran hombre que tenía ante sí un futuro esperanzador y que, como tú, quería dejar atrás muchas cosas. Pero un malnacido centurión truncó todo aquello que anhelaba.

—Tú puedes hacer que perviva su memoria, amigo. Anda, vamos a comer algo que este olor a mar me ha despertado el apetito.

Los alrededores de la sede de la II Itálica Pia estaban abarrotados nada más se hacía presente el sol en Hispalis. En las afueras, alejada del centro neurálgico, la fortificación se levantaba en la parte alta de la ciudad, algo más al norte de Itálica. Hasta allí acudían cientos de personas diariamente para gestionar los más variopintos asuntos pero también para intentar obtener favores personales de mandos de la Legión. El tráfico de influencias solía ser

moneda común en estos tiempos y los militares no estaban exentos de sucumbir a sobornos por cuestiones diversas, sobre todo protección a negocios de mala fama.

Pero también a las puertas de las empalizadas de esta impresionante Legión del Imperio Romano se acercaban vendedores ambulantes y tratantes de ganado esperanzados en vender sus mercancías tanto a civiles como a militares. Varias tabernas de dudosa reputación alegraban la espera de quienes hasta allí llegaban o la de soldados que tenían permisos, salían de guardia o acababan de regresar de una patrulla. Un submundo a caballo entre el ajeteo de Hispalis y la tranquilidad, cuando no había juegos ni espectáculos, de Itálica.

La II Itálica Pia se había ganado la fama de Legión heroica entre las distintas que componían el Ejército Romano. Sus campañas gloriosas en tierras lejanas eran objeto de historias y loas por parte de poetas y fabuladores, quienes no dudaban en agrandarlas aún más habida cuenta del éxito que tenían entre la población, en especial las mujeres, que veían a aquellos soldados como el partido perfecto para encauzar sus vidas. Y no pocos de esos legionarios sucumbían a los encantos que éstas solían ofrecer. Pero también tenían otro tipo de consideración entre taberneros, fulanas, comerciantes... todos querían tener el favor de los soldados de la II Itálica Pia.

Fabio salió casi de noche de Itálica rumbo al acuartelamiento. Lo hizo solo, sin la compañía de Livia. Sabía que debía andarse con mil ojos y ser el más cauto entre los cautos para no levantar sospechas. Cualquier indiscreción podría acarrearle consecuencias nefastas.

La jornada se presentaba casi festiva, ya que una de las cohortes de dicha Legión acababa de llegar de Jerusalén tras un largo y agotador viaje por el Mare Nostrum. Aquellos hombres, después de tanto tiempo fuera de su lugar de residencia, necesitaban despejarse, relajarse y, lo que era más importante, divertirse. Muchos llegaban al hogar donde les esperaban la esposa y los hijos. Otros intentaban que sus prometidas no se hubiesen olvidado de ellos y los más buscaban emborracharse y pasarlo lo mejor posible.

Anduvo por entre los distintos puestos y tenderetes que se distribuían en paralelo a la empalizada pero no reconoció a nadie, así que optó por acudir a una de las tabernas. Seguramente allí encontraría a alguno de los soldados que podría darle la información que iba buscando.

Entró en tres de ellas y tras dar una vuelta por sus salones, salió. Sus esperanzas parecían desvanecerse cuando, sorpresivamente, una voz hizo que

se girase.

—¡Fabio, por todos los dioses! ¿Qué haces en estos lugares? ¿Acaso serás capaz de inscribirte en las Legiones romanas?

Se volvió por completo y, a la puerta de una de las tabernas en las que hacía escasos minutos había entrado, lo vio: era Petronius Celatus, uno de los mejores amigos de Bruccius Lurios. Tribuno de la II Itálica Pia, compartió muchos momentos con su amo siendo jóvenes. Más o menos de la misma edad, siempre quiso que el ahijado de Tito Sulla Drusus se alistase con él aún sabiendo el amor que profesaba por el mar y la navegación. Con el paso de los años en más de una ocasión Bruccius, gozando ya de una elevada posición social, lo sacó de embrollos de peleas y líos de mujeres, sobre todo las que frecuentaban tabernas, que le salvaron de haber dado con sus huesos en una fría y lúgubre mazmorra.

—Por lo que puedo comprobar has renegado del Mesías —le dijo Fabio a la par que se acercaba y entrelazaba su brazo con el del legionario.

Petronius, al escuchar aquellas palabras, se llevó el dedo índice a los labios haciéndole un gesto de que se callase. Se sorprendió el sirviente.

—Calla, calla. Ven, vamos a tomarnos algo de vino en esa taberna. Invito yo.

—Sabes que no bebo.

—Mejor, así que yo a más. Anda, pasa dentro y te comento.

Se sentaron en una de las mesas más alejadas a la puerta principal. Aunque había gente en la estancia, ésta no se encontraba llena por completo. El ambiente era tranquilo. Quizá demasiado temprano si bien no habría de pasar mucho tiempo para que allí no se cupiese.

Bebió con cierta ansiedad el tribuno y una vez hubo saciado su sed, se dirigió a Fabio casi en voz baja.

—No he renegado de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que ocurre es que entre los soldados no es conveniente airearlo mucho. Intento pasar desapercibido.

—Pero el Imperio abraza el Cristianismo desde hace tiempo, querido Petronius.

—Una cosa es lo que haya promulgado el emperador y otra muy distinta el día a día con legionarios que sus únicas creencias son el sueldo que se les paga. Ellos, la mayoría, no entienden de dioses ni del propio Jesús de Nazaret. Por eso, para no tener problemas, aquellos que sí seguimos al Mesías preferimos no decirlo a los cuatro vientos cada dos por tres.

—No es precisamente lo que promulgó quien murió por todos nosotros.

Petronius Celatus se encontraba incómodo manteniendo aquella

conversación. Alrededor de ellos se sentaban otros soldados romanos que, como él mismo acababa de decir, no entendían nada de religión ni querían saber. Y él no estaba dispuesto a ser visto con malos ojos por parte de esos legionarios porque convivía con ellos casi todo el día y eran los que, en un momento dado, tenían que cubrirle las espaldas en el campo de batalla.

—Está bien, está bien —contestó bajado aún más la voz—. Te pido, por favor, que dejemos este tema. Sólo una cosa: ¿Cuándo hay reunión?

—Mañana por la noche.

—Estoy de descanso. Iré, si no te importa.

—Por supuesto que no. Eliezer se alegrará mucho de verte de nuevo. ¿Cuándo has regresado? —el tono de voz de Fabio cambió, algo que relajó a Petronius.

—Ayer tarde. Un viaje realmente fatigoso en el que por fortuna no hemos tenido problemas. Pero tuvimos que atracar en Ostia Antica para que desembarcase la emperatriz Flavia Iulia Helena.

A Fabio se le agrandaron los ojos.

—¿Has visto la Vera Cruz de Cristo? —preguntó con cierta ansiedad.

—¿Qué si la he visto? Por supuesto que sí, hermano. No puedes imaginarte la sensación de paz que transmite y lo que ello supone. Cuando la contemple nuestro emperador quedará fascinado igual que todos los cristianos que hemos tenido esa inmensa suerte.

—Dios Nuestro Señor te ha premiado por tu bondad. A pesar de todo, eres un buen cristiano. Eliezer querrá oír tu historia. Pero antes debo preguntarte algo que espero sepas guardar por la amistad que te une con mi amo.

—Tú dirás, querido Fabio.

—Verás. Tu amigo Bruccius Lurios acoge en su casa a una persona que está muy interesada en obtener cierto tipo de información relacionada con tres soldados de la II Itálica Pia.

—¿Tres soldados? —preguntó extrañado.

—Un centurión y dos legionarios. Concretamente se trata —bajó la voz— del centurión Tulio Plinio y de los soldados Antonino Quintus y Manius Aquila.

Petronius volvió a beber otra copa de vino, apurándola hasta el final.

—Te ruego —continuó Fabio— que por todo lo que más quieras no hables con nadie de este asunto. Es de vital importancia para la persona que te comento. Tu amigo Bruccius Lurios está al tanto de ello por lo que puedes estar tranquilo. Sabemos que Tulio Plinio, en misión por orden expresa de la

emperatriz, está en Hispalis. Pero, ¿y sus dos compañeros?

—Como bien dices, Fabio, el centurión sí está aquí. Se unió a nuestra cohorte en la escala que hicimos en Massilia. No sé si está en una misión pero sí te puedo decir que tiene libertad para actuar, que va vestido de paisano y que por ahora no está sometido a las órdenes de sus superiores.

—¿Y los dos legionarios que te he comentado?

—No los conozco pero no creo que estén con él. Trabaja, por decirlo de alguna manera, solo. La presencia de Tulio Plinio ha sido muy comentada todo este tiempo por sus mismos compañeros de rango y por los soldados. Si estuviesen esos dos legionarios lo sabría.

—Está bien, no quiero atosigarte. Te ruego la máxima discreción con este asunto. Si consigues averiguar algo, no dudes en hacérmelo saber. Sé que tu amigo Bruccius Lurios, cuando conozca esta conversación, quedará muy satisfecho por tu forma de actuar.

—No tengas preocupación, Fabio. Seré una tumba.

—¿Hasta cuándo estás de permiso?

—Cinco o seis días más, más o menos. Por eso podré acudir mañana a la reunión.

—Me parece perfecto. ¿Por qué no vienes esta noche a casa y cenas con la persona que está acogida por tu amigo Bruccius Lurios?

Desembarcaron en el puerto de Malaca a media tarde sin ningún contratiempo. Antonino Quintus y Cario Septimus estaban dispuestos a continuar viaje a caballo enseguida.

—Tenemos poco dinero —dijo Antonino—, no sé si nos va a alcanzar para poder comprar dos caballos.

—No te preocupes. Lo importante es que haya alguien dispuesto a vender. Seguro que encontramos a alguna buena persona.

Anduvieron por el puerto durante un buen tiempo. Llegaron hasta una cuadra en la que había dispuestos animales diversos: vacas, cerdos, ovejas, mulos y caballos. Estuvieron contemplándolos durante un rato, fuera de la valla de separación, hasta que se acercó un hombre.

—Por vuestras miradas estoy convencido de que estáis interesados en comprar. ¿Qué queréis? ¿Vacas tal vez? ¿Algún cerdo? Todos gozan de una salud magnífica y no os arrepentiréis de comprarlos.

—Tus caballos tienen muy buena pinta, amigo. Pero por lo que veo no los tenéis herrados. En poco tiempo sufrirán en demasía sus cascos y pueden que queden inservibles para tarea alguna.

Era Antonino Quintus quien hablaba.

—Ya veo que lo que buscáis es trabajo...

—No, no. Para nada. Quisiéramos comprarte dos de esos caballos, los mejores que tengan que, por lo que veo, son todos magníficos.

—Valen bastantes monedas.

—Podemos llegar a un acuerdo.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos estas monedas —le enseñó la pequeña bolsa al hombre—. Soy consciente de que dos de esos caballos valen mucho más, pero te propongo un trato que no podrás rechazar.

—Soy todo oídos muchacho.

—Sé herrar caballos muy bien. He visto, en aquel cobertizo, que tienes herraduras pero al no ponérselas a tus animales es porque no sabes hacerlo. Y si están allí es también porque no hay por aquí herrero alguno que te haga ese trabajo. ¿Me equivoco acaso?

—Un buen herrero vale mucho dinero y los que hay por la zona son, además de caros, malos en su trabajo. Y no quiero que los caballos sufran o, como bien has dicho antes, queden inútiles.

—Te ofrezco la mitad de las monedas que llevo por aquellos caballos —dijo señalando a dos que se encontraban más alejados de donde estaban— además de herrarte el resto.

El hombre quedó pensativo, mientras Cario Septimus se mostraba sorprendido por el desparpajo con el que estaba llevando la conversación su compañero.

—No es mal negocio —dijo el hombre—. ¿Serías capaz de hacerlo mañana?

—¿Y por qué esperar tanto tiempo? No ha anochecido aún y si comienzo ahora mismo, antes de la medianoche habré terminado. Y puedes estar seguro que quedarás satisfecho con el resultado de mi trabajo.

Tal y como dijo Antonino, antes de la hora acordada había herrado un total de siete caballos más los dos que quería comprar. Le ayudó Cario Septimus sujetando a los animales mientras el dueño de la cuadra asistía perplejo a las habilidades que mostraba aquel joven. Incluso les ofreció algo de vino y comida, que aceptaron de buen agrado. Comprobaba que el muchacho sabía la profesión y que se manejaba con soltura en la forja para adecuar las herraduras así como poseía tacto y sutileza a la hora de colocarlas en los cascos de los caballos. Y todo con una rapidez y experiencia impropias de alguien con esa edad.

—Decidme qué os parece mi trabajo.

Una vez examinados los cascos de todos los caballos, el hombre se acercó hasta Antonino y Cario.

—Creo que es un trabajo excepcional. En verdad me has dejado asombrado. No pensaba que pudieses concluirlo de manera tan rápida y eficaz. Tengo que felicitarte.

—Un trato es un trato, amigo. Ahora, si no te importa, me cobraré lo estipulado. Aquí tienes tu parte. Me llevo esos dos caballos.

—Espera. ¿Ya os marcháis? ¿Acaso no vais a hacer noche?

—No podemos perder ni un solo segundo.

—¿Tanta prisa tenéis?

—Más de la que aparentamos.

Entonces el dueño de los animales extendió su mano y le devolvió las monedas.

—No sería justo que os cobrase este dinero después del trabajo que has realizado. Herrar a estos caballos ya es suficiente para pagaros con los dos que me habéis pedido. Si encima aceptase estas monedas me estaría aprovechando de vosotros y no sería justo tampoco conmigo.

—Me sorprendes. Otra persona habría cogido el dinero.

—Otra persona que no crea en la buena voluntad del prójimo, quizá sí. Pero yo no. Espero que allá donde vais seáis bien recibidos.

—Por tus palabras y tu forma de actuar creo que eres cristiano.

—Así es. Y comprendo vuestra prisa, vuestras ansias por llegar al destino que perseguís y, sobre todo, que habéis obrado de buena fe. Id con Dios, Él os guiará. Ah, y tomad este zurrón con algo de comida y agua para el camino.

Montaron en sus caballos y, tras despedirse del hombre, iniciaron marcha hacia Hispalis. Cabalgarían durante todo la noche, pararían un poco al amanecer para descasar algo y continuarían. Su próximo destino era Astigi. No podían demorar más su llegada a la ciudad donde debía encontrarse con el traidor. A medida que iban avanzando Antonino Quintus se mostraba más convencido de que el final estaba acercándose. Pero no dejaba de pensar en que se encontraría en inferioridad de condiciones frente a Tulio Plinio. «Debo mantener la sangre fría, el espíritu templado y los nervios sosegados, tal y como me ha dicho en varias ocasiones Cario. Sólo así conseguiré mis propósitos», pensaba mientras cabalgaban por la oscura calzada.

—Tendremos en unos días que cambiar de caballos —le dijo a Cario.

—Viendo cómo te desenvuelves, amigo Antonino, no será nada difícil

conseguirlo. Por todos los dioses que no, muchacho.

XXXI

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Yo te estuve buscando día y noche por todo Jerusalén.

Petronius Celatus llegó pronto hasta la casa de Tito Sulla Drusus. Cuando entró en el atrio a su mente se le vinieron de repente los recuerdos de juventud al lado de Bruccius Lurios. Allí jugaban, en el patio central, mientras veían los peces ir de un lado a otro en el pequeño estanque que conformaba la fuente. Por aquellas estancias conocieron la grandeza de la amistad y el escalofrío que producen los primeros amores que con el paso de los años se van quedando almacenados en el altílo de la memoria y que, como en esta ocasión, sólo aparecen cuando se abren las puertas.

Pareció que retrocedía en el tiempo. Sintió nostalgia de su etapa de adolescente, de la candidez de las muchas acciones que llevó a cabo junto a su querido amigo y de las horas y horas de estancia en la casa. Pero, sobre todo, sintió envidia de la felicidad que entonces anidaba en su corazón. Ahora, en cambio, los avatares de la vida le habían llevado por otros derroteros que nada tenían que ver con un tiempo ya lejano que al recordarlo hacía que comprobase que nada de ello podría volver a tenerlo ni a disfrutarlo.

Fabio lo esperaba a la entrada. Una sonrisa hizo que se diese cuenta de la satisfacción que le producía al fiel sirviente de su amigo de infancia y juventud que, finalmente, hubiese acudido a la casa.

—Está igual que entonces —dijo Petronius.

—Así es como quiere mi señor que permanezca. No hay por qué cambiar nada.

Llegaron al patio central. Ya había anochecido y las lucernas conferían al espacio mayor recogimiento. El silencio, como siempre, era roto por el agua que fluía de la fuente que desembocaba en el estanque. Se asomó y contempló a los peces de colores.

—Parece que no haya pasado el tiempo. Hace años que no entro en esta casa pero es como si lo hubiese hecho ayer mismo otra vez. Extraña sensación me embarga en estos momentos, querido Fabio. Aunque es de placidez y, si me lo permites, de tranquilidad.

—Me alegro que así sea. Por favor, toma asiento. Enseguida vendrá la persona de la que te hablé.

El legionario accedió a la invitación de Fabio. Bebió una copa que le tenían preparada y continuó observando cada rincón de la casa en la que creció merced a la hospitalidad de Tito Sulla Drusus. Aunque la de sus padres se encontraba bastante alejada de aquella zona de Hispalis, acudía casi a diario hasta allí para compartir juegos y enseñanzas junto a Bruccius Lurios. Una amistad que se fue fortaleciendo con el paso de los años y que a pesar del distanciamiento lógico por mor de los rumbos que tomaron sus vidas, no languideció en ni un solo momento. Precisamente, con suerte podría dentro de unos días volver a reencontrarse con él según lo que le dijo Fabio. Era más que factible que, por el momento, permaneciese en el acuartelamiento de la II Itálica Pia, con lo que vería a su amigo. Después de tanto tiempo fuera de Hispania, estar en Hispalis de manera prolongada le serviría no sólo para descansar sino para recuperar durante los días de permiso viejos hábitos perdidos. En cierto modo, la vuelta a la casa de su juventud era uno de ellos.

—Querido Petronius —la voz de Fabio interrumpió sus pensamientos—, esta es la persona de la que te hablé. Su nombre es Livia.

Petronius Celatus se levantó de manera impulsiva. Se sorprendió de que se tratase de una mujer, una muchacha joven por lo que pudo comprobar en un primer momento. Le llamó la atención su voluminoso vientre y pensó que su amigo Bruccius la había dejado encinta.

—Salud, Livia —dijo con voz entrecortada.

Fabio se dio cuenta de la situación y reaccionó.

—No se trata de lo que piensas. Por eso he querido que vinieses esta noche. Por favor, siéntate. Y tú, Livia, también.

Livia no articuló palabra y evitó al principio hacer coincidir su mirada con la del invitado. Fabio, a pesar de la familiaridad con la que los trataba, no cruzaba esa delgada línea que separa a los señores de los sirvientes. Llenó de nuevo la copa de Petronius y ofreció otra, con agua, a Livia.

De pie, al lado de ambos, llevó el peso de la conversación.

—Livia es quien preguntaba por Antonino Quintus. Es el padre del hijo que lleva en su vientre. Pero no sabe nada de él desde que partió de Jerusalén junto al centurión Tulio Plinio. De ahí su interés y preocupación por su paradero. Cuando el otro día vio por las calles de Hispalis a Plinio, pensó que Antonino también estaría en la ciudad. Desgraciadamente, le he hecho ver que, según tú sabes, eso no es así.

—Como bien dices, Fabio, que yo sepa ese tal Antonino Quintus no se encuentra aquí. Antes de venir he hecho algunas indagaciones y nadie ha

podido darme noticias esperanzadoras para ti —respondió mirando a la joven—. Puede que haya quedado en Roma o quizá esté en otra ciudad. Pero es casi seguro que en Hispalis no se encuentra. De lo contrario lo habría sabido tras lo que me contó Fabio.

El gesto de Livia cambió. Albergaba la esperanza de que aquel tribuno le trajese la buena nueva de la presencia de su amado en la misma ciudad en la que ella vivía ahora. Pero todo se desmoronaba tras las palabras que acababa de escuchar. Por fin se decidió a hablar.

—Fabio me ha contado que habéis acompañado a la emperatriz Flavia Iulia Helena hasta Roma.

—Así es. Varias de nuestras cohortes llegaron con ella a Jerusalén hace más de año y medio y tras encontrar la Vera Cruz de Nuestro Señor Jesucristo regresamos, trasladando una parte de la misma.

—¿Una parte? —preguntó con cierta sorpresa Livia.

—Así es. La emperatriz mandó dividir la madera en tres trozos. El más grande ha quedado en Jerusalén, mientras los otros dos serán venerados en Roma y Bizancio, respectivamente.

—Me ha dicho Fabio que también abrazas la religión cristiana.

Petronius vaciló unos segundos antes de responder.

—Es la religión oficial del Imperio...

—Lo sé. ¿Cómo se encuentra la emperatriz?

—Según cuentan no muy bien de salud. Es mayor y este último viaje a Tierra Santa la he debilitado mucho. Si quieres que te sea sincero, temo lo peor en poco tiempo. Pero, claro, sólo son conjeturas que hago tras haber escuchado a personas que sí han estado a su lado.

A Livia le invadió de pronto una sensación de tristeza tremenda. Conocía a la perfección la delicada situación por la que atravesaba su señora pero no era consciente del tiempo que había pasado. Sintió pena por la emperatriz pero también un sentimiento de culpabilidad tremendo al considerarse, en cierto modo, responsable de ello.

—He de revelarte algo, Petronius. Pero te ruego guardes el secreto contigo.

Aquellas palabras le sorprendieron. Se quedó tranquilo cuando Fabio le dijo hacía unos instantes que el hijo que esperaba dar a luz era de un compañero suyo y no de su amigo Bruccius Lurios. En cambio, ahora, la joven parecía esconder algo más importante.

—Soy sirviente de Flavia Iulia Helena, emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente. Mi nombre, como has escuchado, es Livia. Y la abandoné

en Jerusalén, huyendo de ella hasta aquí y buscando tanto a Antonino Quintus como a Tulio Plinio.

Petronius se quedó estupefacto.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Yo te estuve buscando día y noche por todo Jerusalén.

—Me puedo hacer una idea —contestó algo más calmada Livia—. Y sé todo el daño que le he causado a mi señora. Imagino que viviría momentos angustiosos.

—Recorrimos toda la ciudad, el campamento de las afueras e incluso las aldeas aledañas. Pero nadie pudo dar contigo. De eso han pasado ya...

—Casi nueve meses —respondió tocándose la barriga—. Partí una noche y tuve la suerte de no ser encontrada. Hasta aquí llegué en un barco en el que navegaba tu amigo Bruccius Lurios. El destino nos ha unido.

—Más bien la madera divina en la que murió Nuestro Señor Jesucristo —interrumpió Fabio—. Él ha sido quien ha posibilitado todo ello.

—Lo que no comprendo es por qué huiste de su lado.

—Tiene que ver, en parte, con el centurión Tulio Plinio. Por eso es vital que conozca dónde se halla Antonino Quintus. Pero ese centurión no debe saber nunca que me encuentro en Hispalis. Supondría mi muerte.

—Sigo sin entender, Livia.

—No te puedo decir nada más porque, además, sería su palabra, la de un centurión de las Legiones romanas, contra la de una sirvienta que ha abandonado a su señora y que está siendo buscada para recibir el castigo que se merece: la muerte. Eso me ocurriría si llegas a delatarme.

—Soy legionario pero también cristiano. No haría nada de eso que dices. Va en contra de mi religión.

—Pero no de tu deber como soldado...

—Es verdad lo que dices. Pero por encima de una cosa está la otra. Y como la emperatriz, yo estoy con los débiles, con los que sufren. Hago más sus penurias. Sé que tengo que batirme en los campos de batalla si es menester, pero enarbolando el estandarte de la Santa Cruz de Jerusalén que abraza nuestro emperador. Queda tranquila, Livia, que de mi boca no saldrá algo que puede poner en peligro tu existencia.

Livia se levantó de su asiento. Petronius hizo lo mismo. Se acercó hasta el pequeño estanque y hundió su mano derecha en el agua. Los peces se dispersaron al sentir el contacto.

—Me queda poco, muy poco para dar a luz. Es por eso que necesito

imperiosamente saber dónde se encuentra Antonino Quintus. Y eso sólo lo sabe Tulio Plinio. Petronius, debes hacerme este favor. Te lo pido en nombre de la emperatriz y en el de vuestro Dios por el que estáis dispuestos a morir si es preciso.

Tito Sulla Drusus abrazó a su ahijado. El puerto de Ostia Antica se hallaba repleto de galeras romanas y de otras embarcaciones más pequeñas, muchas de ellas dedicadas a la pesca y al transporte de animales y mercancías de diverso tipo. Todavía no alcanzaba a comprender la reacción que tuvo la emperatriz cuando Bruccius le reveló el paradero de su sirvienta. Daba ya todo por perdido y estaba convencido de que la desgracia se cebaría con su familia y su fortuna; que quedaría apartado de todo y que, posiblemente, fuese ejecutado por traicionar a Roma. Pero no sólo no ocurrió aquello sino que Flavia Iulia Helena se sintió, por lo que pudo comprobar, feliz por unos instantes ante las revelaciones que le hizo el joven navegante.

—Cuídate mucho, querido Bruccius. Pronto iré para Hispania. Espero que cuando lo haga pueda conocer a esa muchacha.

—Así lo haré, padre. Quiero llegar cuanto antes a Hispalis para transmitirle las noticias que me ha dado la emperatriz.

—¿Sabes de qué tratan?

—No. Llevo conmigo una carta y unos documentos, uno de ellos para el Legatus de la II Itálica Pia. Es todo lo que puedo decirte. Sólo sé que, en principio, son buenas. O al menos es lo que espero.

—Desgraciadamente, la vida de nuestra emperatriz se va apagando. No te extrañe que cuando llegues a Hispalis te encuentres con el anuncio de su muerte. En cierto modo, esa joven ha tenido la suerte de cruzarse en tu camino y ha posibilitado que hayas podido hablar con la mismísima Flavia Iulia Helena. Lo que podía haber sido una tragedia para nuestra familia se ha convertido en loas y alabanzas. Los dioses nos han sido propicios.

—Quizá el Dios de ella.

—¿Tú también, hijo mío? ¿Acaso abrazas esa religión que, como te dije, puede hacer que el Imperio Romano se hunda definitivamente?

—Yo sólo creo lo que veo. Pero no puedo negar que esa fe que muestran los cristianos hace que me plantee ciertos aspectos. En todo caso, prefiero mantenerme al margen de cualquier cuestión relacionada con creencias. Mi religión está ahí —dijo señalando el barco.

—Pues no te demores más y zarpa hacia Hispania. Cuídate de piratas y otros malhechores que pueden poner en peligro tu vida y lleva a la joven las noticias

de la emperatriz. Seguro, como decías antes, que son buenas.

Iba a marcharse ya cuando de nuevo se dirigió al joven.

—Acuérdate de lo que te dije, Bruccius. Debes saber qué lugar ocupa en tu corazón.

—Sabía que me hablarías de ello antes de partir. Descuida, padre. Hay cosas que están por encima de todo lo que me comentas.

—Solo espero que la decisión que tomes sea la acertada y, sobre todo, que no te abra una herida que no pueda ser curada...

—Yo también lo espero. Yo también.

Tito Sulla contempló cómo Bruccius subía la rampa que daba a la cubierta de la embarcación. Lo vio dirigirse a los marineros primero y luego al capitán de la nave, que esperaba en el puente de mando. Al instante comenzaron las maniobras de desamarre del barco. El venerable patricio no se movió del muelle mientras éstas duraron. Se admiró de la eficacia de aquellos hombres y se sintió orgulloso de que su protegido fuese el segundo de a bordo. Es verdad que hubiese preferido que estuviese al mando de un barco que, además, era de su propiedad. Pero también entendía que quisiese ganárselo por méritos propios. Era joven y, aunque experto en la navegación, todavía le quedaba mucho por aprender.

La nave avanzó por la parte central del puerto de manera parsimoniosa. Fue poco a poco alejándose del muelle. Pensó Tito Sulla que la ciudad de Ostia Antica seguía resultando bella e incomparable, aunque a su mente acudió Hispalis y, acto seguido, Itálica. Entonces se dijo para sus adentros que a pesar de Roma, de su poder y de su inmensidad, nada podía compararse con un atardecer a las afueras de aquella ciudad hispana bañada por el río Betis.

Alcanzaron Astigi en menor tiempo del que tenían previsto. Tan sólo tuvieron que cambiar de caballos una vez en todo el trayecto. La compra de los dos animales en el puerto de Malaca resultó todo un éxito. Caballos fuertes, bien preparados para resistir un largo camino. Dosificaron los esfuerzos de éstos para que durasen más.

Antonino quería llegar cuanto antes a Hispalis. Se había convertido en una auténtica obsesión que hacía imposible que pensase en otra cosa. Todo el camino, prácticamente, lo hicieron en silencio. Cario Septimus comprendía las inquietudes del muchacho. Y sabía que podía encontrar la muerte en la ciudad a la que se dirigían a toda velocidad. Por eso admiraba aún más su valentía y no dejaba de sorprenderse con cada paso que daban.

—No quiero perder mucho tiempo aquí. Estamos a un día, dos a lo máximo,

de Hispalis.

—Pero debemos descansar, Antonino. No sólo nosotros sino también los animales. Van a reventar.

Antonino escrutaba todo lo que había a su alrededor. Buscaba afanosamente una posada y un lugar donde dejar los caballos.

—¿Cuánto dinero nos queda?

—Poco, la verdad. Para comer algo que no nos haga vomitar —dijo Cario Septimus intentando relajar el ambiente tenso que se respiraba—. Y, por otra parte, no siempre vas a conseguir hacer trucos de magia como el de las herraduras en el puerto de Malaca.

El joven sonrió. En el fondo tenía razón su compañero. Se decidió a acompañarle en un viaje sumamente peligroso y en ni un solo momento discutió nada de lo que decidía. «Sólo puedo estarle agradecido. Ha dejado todo y no ha dudado en seguirme a pesar de ello».

—Tienes salidas para todo, amigo Cario. ¿Qué propones que hagamos?

—Puesto que estamos a las puertas de Hispalis, lo más razonable es que intentemos cambiar estos caballos y entrar en la ciudad con otros de refresco. Es lo más sensato.

—Pero sin dinero poco podremos hacer.

—No te lo niego. Gastemos lo que nos queda, si es preciso, en esos animales. Ya veremos qué ocurre cuando estemos en Hispalis. Algo podremos hacer con nuestras manos para ganarnos un trozo de carne que echarnos a la boca. Además, de un tiempo a esta parte estoy desganado —dejó caer en tono irónico.

Hacía calor a esas horas en Astigi. La ciudad era grande en cuanto a habitantes. A su entrada, Cario Septimus comprobó la gran cantidad de huertos que se extendían por sus tierras y cómo campesinos y agricultores las trabajaban a pesar del sol reinante. Anduvieron un buen rato por sus calles hasta que llegaron a una céntrica plaza. El bullicio era constante. Cario se detuvo en un puesto en el que se exponían frutas y verduras. Las contempló y, sin decirle nada a Antonino, compró un gran racimo de uvas y dos rojizas manzanas que tenían un aspecto inmejorable. Se acercó hasta su compañero.

—Come algo, vamos a necesitar fuerzas.

—Ahora no tendremos dinero suficiente para comprar los caballos.

—No tenemos por qué pagarlos. Intentemos un cambio sin más.

—Pero la última vez no resultó.

—La última vez, como tú dices, quisimos los mejores animales. No queda

mucho camino así que con dos animales que medio sirvan llegaremos sin problemas.

Ahora era Antonino el que se sorprendía de la forma de actuar de Cario. Un hombre mayor que él pero que en todo momento se había dejado llevar desde que salieron de Massilia.

—Me parece acertada tu decisión. Comamos pues, repongamos fuerzas y luego busquemos a alguien que quiera hacer un trueque de caballos.

Se sentaron al lado de una gran fuente que presidía la plaza. El agua era fresca y bebieron de ella mientras daban cuenta, con avidez, de la fruta adquirida por Cario. El trasiego era importante. Miró Antonino las distintas edificaciones que se elevaban en la zona de vaga manera. Le gustaba aquella localidad en la que el sol era compañero inseparable de sus habitantes. Una mujer se acercó hasta la fuente llevando un gran cántaro que procedió a llenar. Antonino quiso saber dónde podrían cambiar sus caballos.

—Salud, buena mujer —le dijo en tono cordial—. Somos forasteros que acabamos de llegar de Malaca y nos dirigimos hacia Hispalis. Pero necesitamos cambiar nuestros caballos por otros que estén descansados. ¿Dónde podríamos hacerlo?

La mujer miró a ambos y continuó llenando el cántaro. Se secó el sudor de la frente mientras esperaba.

—No son muchos los lugares porque, desgraciadamente, la mayoría de los animales son del Ejército romano. Son sus soldados los que administran este negocio, arrebatado a nuestros hombres en nombre del Imperio Romano y del emperador Constantino el Grande.

—¿Y si no queremos hacer negocios con el Imperio?

—Correréis el riesgo de ser apresados. Últimamente se están cebando con la población. De Hispalis acuden muchas patrullas a esquilmar nuestros huertos. Esas frutas que coméis son de los romanos: las trabajamos nosotros pero ellos se las quedan. Habéis tenido suerte en esta ocasión.

—Por lo que me dices, la situación no es buena.

—Nunca lo ha sido pero ahora menos. Desde que llegó el grueso de la II Itálica Pia, las localidades aledañas a Hispalis estamos sufriendo el expolio por parte de los soldados de todo lo que podamos producir.

Aquellas palabras agrandaron los ojos de Antonino. «La II Itálica Pia ha regresado de Jerusalén. Debió haber partido poco después que nosotros. Y si se encuentra en Hispalis, no es descabellado pensar que Tulio Plinio lo supusiese y que esté también allí».

—Te agradezco tus palabras —le dijo a la mujer—. Intentaremos llegar a algún tipo de acuerdo con los romanos. No nos queda otra opción. Una última pregunta: ¿Siempre hace en Astigi este calor?

—Sólo por estas calendas, aunque se extiende en el tiempo bastante. Pero ahora, si echas un trozo de carne en el empedrado se asa sin necesidad de tener que hacer un fuego para ello.

Dicho esto, la mujer volvió a coger su cántaro, lo apoyó en la cadera derecha y se marchó del lugar.

—Está claro que no va a ser sencillo hacernos con dos caballos de refresco —terció Cario.

—Depende...

—¿Qué quieres decir?

—Que no tenemos por qué hacer un trueque. También podemos robarlos.

—¿A los romanos? ¿Estás loco, Antonino? No tenemos suficiente con intentar pasar desapercibidos y no llamar la atención para que ahora me vengas con eso de robar caballos. ¿Es que no te acuerdas de que te has fugado de una cárcel, que eres un prófugo y, por si fuese poco, un soldado romano?

—Cada día que amanece, Cario; cada día que amanece.

—Mañana, a estas horas y si los vientos nos siguen siendo favorables, habremos atracado en el puerto de Hispalis.

Quien hablaba era Servius Claudio Crasius dirigiéndose a Bruccius Lurios. Ambos se encontraban en el puente mando de la galera. El viaje, hasta el momento, había sido placentero desde que partieron del puerto de Ostia Antica. Al capitán le sorprendió que, a diferencia de otras singladuras, su segundo de abordaje se mostrase más callado y recatado. Además, lo veía como ido, en otro lugar.

—Muchacho —le dijo—, desde que fuiste recibido por la emperatriz estás totalmente cambiado. No has abierto la boca casi nada en todo el viaje. Mucho me temo que las noticias que te ha dado no son las mejores.

—No te creas, querido Servius —respondió por fin Bruccius—. Lo que ocurre es que no soy nada halagüeño con respecto a ciertas circunstancias...

—Tienes un futuro prometedor en la navegación. De hecho, si no fuese por tu honradez, ahora mismo serías el capitán de este barco. ¿Y dices que no hay nada halagüeño? No hay quien te entienda, de verdad.

El capitán bajó las escaleras y continuó con sus quehaceres. Estaban a punto de entrar en el Golfo de Gades y los vientos, aunque propicios, podían jugar malas pasadas en aquella época del año. Bruccius seguía arriba, en el puente

de mando. Contemplaba los trabajos de los marineros pero, tal y como le acababa de decir su capitán, estaba ido de todo. «Estoy en una encrucijada de difícil solución. Llevo noticias que espero sean favorables a Livia, quien seguro que podrá rehacer su vida. Y es lo que más deseo pero, ¿a costa de qué? Mejor dicho, ¿a costa de quién? Tiene razón mi mentor y padre: debo saber discernir y actuar con la cabeza, no con el corazón. Pero en este último es complicado mandar. Me he dado cuenta de que la amo. Cada día que iba pasando mis sentimientos hacia ella se hacían más fuertes y el deseo decirle que la amo irrefrenable. Sé que ella ama a otra persona, el padre de su hijo, pero ha pasado mucho tiempo, demasiado. ¿Qué hacer entonces? Puede que la emperatriz quiera que vuelva a su lado y se lo haya dicho en la misiva que le llevo. ¿Y ese otro documento que me dio para ella?». ».

Los pensamientos de Bruccius Lurios iban de un lado para otro mientras el barco seguía avanzando. El Golfo de Gades se abría en toda su plenitud. A partir de ahora, tras sortear una serie de islotes, entrarían en la desembocadura del río Betis para navegar hacia el puerto de Hispalis. «Lo primero que debo hacer en cuanto lleguemos es ir a ver al Legatus. Le entregaré la carta de la emperatriz para que ordene la búsqueda de ese centurión. Sé que es algo que a Livia le va a agradar sobremanera, sobre todo porque, en definitiva, servirá para que pueda rehacer su vida sin el temor a un hombre que tanto daño le hizo. Pero también será el final de una historia, la mía con respecto a ella, que ni siquiera ha comenzado. Triste desenlace. Lo único que espero es que, si a estas horas ya ha dado a luz, todo haya ido bien. En mí tendrá un amigo, un hombro en el que apoyarse. Querido padre, cuánta razón suelen llevar tus consejos. Nunca te equivocas y siempre aciertas. Sólo espero que, por una vez en la vida, en esta ocasión no sea como dices y tus predicciones no lleguen a cumplirse».

Estuvo tentado de abrir la carta y el documento, pero los sellos imperiales le hubiesen delatado cuando se los entregase a Livia. Pensó entonces en ella. Se la imaginó en la residencia de Itálica, a punto de dar a luz. Fue más allá y la vio ya con su hijo, un varón, cuidándolo y mimándolo mientras lo acurrucaba por los jardines. Y se vio también a su lado, ayudándola con el recién nacido. Juntos los dos. «¿Por qué me he tenido que enamorar de ella? Quizá es el destino que los dioses nos tienen preparado. O quizá ese Dios de la emperatriz que amenaza, como sostiene mi padre, con hundir nuestro Imperio. No lo sé, pero lo que es seguro es que no puedo quitármela de la cabeza y cuanto más tiempo paso alejado de ella más ansioso estoy por volver a su lado, por ver su

rostro, escuchar su voz y oler el aroma que desprenden sus cabellos. No sé qué voy a hacer. No encuentro explicación alguna a lo que me pasa. Puede que en estas dos cartas que llevo conmigo esté la solución. Y puede también que no. Hasta que no las abra no sabré a ciencia cierta cuál será mi futuro».

—¡Segundo! El capitán le llama!

La fuerte voz del marinero le sacó de sus pensamientos. Miró a su alrededor y comprobó que ya abandonaban los islotes de entrada y que la proa del barco enfilaba la desembocadura del río. De un salto dejó el puente de mando y se acercó hasta el capitán que, justo debajo de la vela mayor, oteaba el horizonte.

—Me habéis mandado llamar, capitán.

Servius Claudio continuaba escudriñando los márgenes del río. Era amplio y no debería haber problemas para remontarlo. Se extendía a su izquierda una inmensa marisma repleta de vegetación. Podían verse multitud de aves que se acercaban hasta la orilla buscando hacer presa en los peces más pequeños. Un vergel extraordinario donde también había algunos asentamientos; agricultores que labraban aquella fértil tierra que se extendía a lo largo de todo el trazado llegando hasta casi Hispalis.

—He pasado por este lugar cientos de veces, querido Bruccius. Y cada vez que lo hago me vuelvo a sorprender.

—Es un paisaje realmente extraordinario, capitán.

—Así es. Y quiero seguir contemplándolo con salud pero sin la presión de la responsabilidad. Cuando esta noche llegemos a Hispalis, dejaré de ser capitán de barco.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó extrañado Bruccius.

—Nunca lo he estado más. Tengo una edad y me cuesta trabajo zarpar una vez y otra también y embarcarme en travesías largas y peligrosas. Hay que dejar paso a los que venís con fuerza. Mi sitio está ya en una de esas chozas situadas en las márgenes del río. Ahí quiero pasar lo que me quede de vida, que no sé si es mucho o poco. Cuando llegemos al puerto, te harás cargo del barco. No hay más que hablar.

Los pájaros, la mayoría de ellos gaviotas, seguían revoloteando por encima de la galera. Muchos incluso hacían picados intentando descubrir pescados en la cubierta. Olía a mar todavía pero se entremezclaba ya con los aromas de las plantas y árboles que jalonaban las riberas del Betis.

—Espero que no te equivoques en tu decisión —le dijo al joven.

—¿Qué queréis decir?

—Livia es una muchacha de grandes virtudes y mucho, mucho valor, como

demostró en la travesía que hizo con nosotros. Pero recuerda que es posible que ese hijo que lleva en sus entrañas tenga un padre. Te aprecio mucho. Te conozco desde que eras un crío y tu mentor te puso en mis manos. Te he visto crecer a mi lado y has compartido conmigo momentos buenos y malos; pero has demostrado siempre una cabeza fuera de lo normal. Has sabido desenvolverte de manera extraordinaria en cuantas situaciones embarazosas se nos han planteado. Estás capacitado para comandar este barco y otros de mayor eslora. Pero todo ello no valdrá de nada si tu elección con respecto a esa muchacha no es la acertada. Cuídate y, sobre todo, ándate con pies de plomo. Sólo de esa manera acertarás.

La nave siguió avanzando por el río. Algunas pequeñas barcas de pescadores aparecían atracadas en improvisados pantalanes. Los pescadores saludaban el paso de la galera. La tarde iba cayendo de manera irremisible mientras el sol buscaba la desembocadura para perderse en un horizonte que se extendía por los confines del Imperio Romano de Oriente y Occidente, llegando a las costas de África.

Entonces, Bruccius Lurios sintió que el mundo se le venía encima y las lágrimas se hicieron presentes, avanzando por sus mejillas.

Esperaron a que el sol estuviese en todo lo alto. El calor era entonces mucho más acuciante y la gente buscaba la sombra de los árboles o bien el interior de las casas para poder hacer más llevaderas esas horas primeras de la tarde, donde el astro rey castigaba sobremanera. La población entraba en un duermevela intentando que el tiempo pasase más deprisa y la tarde, ya casi de noche, trajese algo de fresco.

Las cuadras estaban justo a las afueras de la ciudad. Todo aparecía en calma. Estuvieron toda la tarde observando los movimientos de los legionarios. La mayoría de ellos se encontraban, al igual que los habitantes de Astigi, sumidos en un sopor provocado por el calor. La práctica totalidad de ellos descansaban. Antonino y Cario, antes, vendieron sus caballos, por los que les dieron poco dinero habida cuenta del mal estado en que se encontraban. Sin duda alguna, servirían para carne.

—Con estas monedas —señaló Cario Septimus— tendremos para desenvolvernos en los primeros momentos en Hispalis.

No hablaron nada más. Se encaminaron hasta las cuadras y permanecieron un par de horas estudiando los movimientos de los soldados. Cuando comprobaron que el cansancio y el calor hacían mella y se retiraban a descansar, se decidieron a actuar.

Abrieron la verja principal que daba a una explanada. A su izquierda, un cobertizo contenía las distintas cuadras. De forma sigilosa, agazapándose por esquinas y recovecos para no ser vistos, fueron viendo cada una de ellas. Cario eligió uno mientras que a Antonino le costó más trabajo decidirse. Finalmente, con una mirada entre ambos se dieron el beneplácito.

Los animales, fuertes y sanos, se dejaron hacer. Con mucho mimo fueron conduciéndolos hasta la verja de entrada. Todo estaba en silencio y el sol seguía castigando las tierras de Astigi. Cuando llegaron al lugar, montaron rápidamente, espolearon a los caballos y comenzaron a galopar.

Todo había salido perfecto hasta que, ya a las afueras de la ciudad y mientras buscaban la calzada que les llevaría directamente hasta Hispalis, divisaron a lo lejos una patrulla romana. Iban a pie.

—No nos podemos dar la vuelta. Sospecharían de nosotros —acertó a decir Cario, quien tiró hacia atrás de las riendas para que el caballo aminorase la velocidad.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Antonino.

—Pasemos tranquilamente por su lado. Nos cruzaremos, saludaremos y seguiremos adelante.

Era, en realidad, lo único que podían hacer. Se fueron acercando. La patrulla se dio cuenta de su presencia pero no hizo gesto significativo. Estaban muy cerca de la ciudad como para que se tratase de ladrones, pensó el centurión que se encontraba al mando y al que el sudor le estaba matando. Aún así, les dio el alto.

—Salud. ¿Quiénes sois y hacia dónde os dirigís? —espetó con voz alta.

—Salud, centurión. Me llamo Antonino Quintus y mi compañero es Cario Septimus. Venimos desde Malaca y nos dirigimos hacia Hispalis para hacer negocios relacionados con las telas.

—No es hora apropiada para andar por estos caminos con el calor que hace.

—Lo sabemos, pero llevamos prisa. Hemos quedado en reunirnos con unos importantes clientes y no queremos que se nos haga de noche por el camino.

El centurión, entonces, se quedó fijamente mirando las riendas de los dos caballos. Y, al momento, exclamó:

—¡Estos caballos son del Ejército romano! ¿De dónde los habéis sacado?

No le dio tiempo a decir más. Ambos, al unísono, levantaron de manos a los animales y salieron al galope, abriéndose paso de manera violenta entre la formación, cuyos soldados tuvieron que tirarse al suelo para no ser arrollados. Todo sucedió en cuestión de segundos y aunque algunos de ellos lanzaron

contra los caballos sus pilums no acertaron en el blanco.

Antonino y Cario se alejaron a toda velocidad mientras escuchaban los improperios del centurión, que procedía a rehacer las dos filas y poner rumbo a la ciudad deprisa y corriendo.

—¡Estamos perdidos, Antonino! —dijo Cario mientras galopaban bajo el ardiente sol—. ¡Darán la voz de alarma y nos perseguirán!

—¡No te preocupes! ¡Les llevamos una buena ventaja! ¡Cuando lleguen al acuartelamiento y avisen ya estaremos lejos de Astigi!

Continuaron avanzando a un ritmo vertiginoso. Antonino sabía que había obrado mal, que aquella idea no era la más adecuada y que, ahora sí, tendría a la Legión tras ellos. Pero ya no podía dar marcha atrás. Su ímpetu por llegar cuanto antes a Hispalis le acababa de jugar la peor de las pasadas. Si era detenido la muerte era lo que le esperaba cuando se supiese su historia. «Tengo que encontrar a Tulio Plinio antes que los soldados nos encuentren a nosotros. Es la única forma de demostrar mi inocencia y que él reciba el justo castigo que se merece por las fechorías que ha llevado a cabo».

—¡Cario! ¡Más deprisa, por todos los dioses! ¡Hemos de llegar a Hispalis en el menor tiempo posible!

Los campos ocres ofrecían una visión propia de aquella época, cuando el sol se cebaba de manera inmisericorde sobre los cultivos. Muchas de las tierras ya habían sido recolectadas y su aridez contrastaba con otras en las que vides y olivos se distribuían a ambos lados de la empedrada calzada. El sur de Hispania mostraba toda su crudeza cuando el sol se hacía presente. Lo estaban comprobando en sus cuerpos sudorosos y alterados que se movían al ritmo de los caballos, que comenzaban a echar espuma por la boca. Sabía Antonino que no aguantarían así mucho tiempo por muy descansados que estuviesen. Pero tenía que intentarlo. Su honor estaba en juego pero, sobre todo, su vida. Y no iba a consentir que ésta le fuese arrebatada. Lucharía hasta la muerte si era preciso con tal de demostrar su inocencia... si es que le dejaban hacerlo.

XXXII

Un dolor acuciante en el bajo vientre hizo que lanzase un desgarrador grito. Se encontraba descansando a la sombra de una gran parra en la que las uvas atraían a las avispas, que emitían un característico sonido. Las solía contemplar cuando procedían a posarse sobre los racimos, intentando penetrar hasta su interior. Tuvo suerte de que en ningún momento alguna de ellas le picase. Se quedaba muy quieta siempre, recostada y buscando no hacer demasiados movimientos. Le pesaba mucho la barriga y en los últimos días la presión era fuerte, pero hasta esa tarde el dolor no hizo acto de presencia de esa manera tan fuerte.

Fabio, que se encontraba en el interior de la casa, salió corriendo hacia el jardín cuando oyó el alarido. Estaba adormilado y pensó que alguien había entrado en la residencia con la intención de robar. Fue su primera reacción cuando, ya más repuesto, se acordó del estado de la muchacha. Llegó a su lado y comprobó que tenía las manos apretándose las ingles.

—¿Qué te ocurre, Livia? —dijo con voz desencajada.

Por la frente de la joven corrían regueros de sudor. La vaporosa túnica aparecía totalmente empapada. Tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes. Dejó escapar otro estremecedor grito.

—¡Ya está aquí! ¡Ya viene el niño!

No sabía qué hacer ni a dónde ir. Daba vueltas alrededor de Livia, que se retorció de dolor.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —repetía Fabio angustiado por la situación.

—¡Busca ayuda, por favor!

—¿Ayuda? ¿A quién encuentro yo a estas horas en Itálica? No sé a dónde recurrir, Livia! ¡Te lo ruego, aguanta!

No respondía la muchacha, que seguía moviéndose de un lado a otro mientras se contraía su cuerpo y sus manos continuaban apretando por debajo del vientre.

Fabio, completamente desesperado, no lo dudó ni un segundo más:

—¡No vamos a Hispalis! ¡Te llevaré hasta la casa y allí sí tendremos la ayuda de las sirvientas, que sabrán qué es lo que hay que hacer!

—¡No puedo moverme! ¡No puedo moverme! —gritaba una y otra vez Livia.

—¡Claro que sí! ¡El carromato está preparado, sólo tengo que subirte y

enseguida estaremos en la ciudad! ¡Confía en mí, Livia! ¡Confía en Nuestro Señor Jesucristo! ¡Todo va a salir bien!

El barco realizó, como casi siempre, una maniobra de atraque perfecta. El puerto, a esas horas, no albergaba a mucha gente. Sin embargo, en cuanto se corría la voz de que llegaba una embarcación de gran eslora solían acudir hombres para ayudar a las labores de descarga de la mercancía y así obtener unas monedas.

Bruccius estaba en el puente de mando supervisando los trabajos. Iba de un lado para otro, ansioso por que las maromas fuesen amarradas a tierra firme y se bajase la rampa por la que acceder al pantalán del puerto. No era una tarea rápida, máxime tratándose de una galera de ese tamaño.

Pasado un buen rato se dejó oír el golpe seco de la gran tabla. Ya podían abandonar el barco. Bruccius Lurios esperó a que lo hiciesen los primeros marineros, que serían los encargados de llevar a cabo las labores de descarga. Cuando comprobó que todo estaba en orden, se dispuso a hacerlo él. Pero una voz le detuvo.

—Para ser la última vez que compartimos travesía no te veo muy emocionado.

Era el capitán Servius Claudio Crasio quien, apostado cerca de la proa también estaba al tanto de los trabajos de desembarque. Bruccius, entonces, se acercó hasta él.

—Tenéis toda la razón, capitán. Perdonad mi falta de tacto pero es que necesito urgentemente entregar los documentos que me han sido confiados por parte de la emperatriz. Espero que lo comprendáis.

—Claro que lo comprendo, querido Bruccius. Sobre todo por la persona a la que debéis dárselos.

Dejó escapar una irónica sonrisa. El joven se dio cuenta de que había obrado mal.

—Si no os importa, mañana nos reuniremos en la Comandancia y trataremos vuestra decisión.

—No hay nada que tratar, muchacho —respondió con firmeza—. Mi decisión está tomada. Acudiré a la Comandancia, claro que sí, pero para cederte el mando de este barco, recoger mis bártulos y poner fin a mi carrera marítima. Espero que lo comprendas.

Miró a Bruccius, que se mostraba nervioso y sus ojos no se posaban en ningún lugar en concreto.

—Anda, márchate ya a casa, que te estarán esperando.

El caballo de Cario Septimus cayó reventado en el empedrado suelo de la calzada. A lo lejos se divisaban las luces de Hispalis. No había anochecido plenamente pero en las murallas ya aparecían encendidas fogatas.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Antonino mientras descabalgaba y acudía a socorrer a su amigo.

—Los dioses me han protegido —respondió a la par que se tentaba brazos y piernas—. Algún rasguño pero nada más. ¿Qué hacemos ahora? Este caballo está muerto.

—Y el mío pronto lo estará también. No puede dar un paso más. Dejémoslos aquí, saquémoslos de la calzada y avancemos por los campos para no despertar sospechas. Seguimos llevando una buena ventaja a los soldados romanos de Astigi pero no tardarán en llegar hasta la ciudad y dar la voz de alarma.

—No podremos entrar por las puertas, Antonino.

—No te preocupes. Intentaremos algo. Vámonos.

Escondieron tras unos matorrales el caballo muerto tras ímprobos esfuerzos. Al que continuaba vivo le quitó Antonino las riendas y, dándole un cachete en la grupa, lo dejó ir. Abandonaron la calzada principal. Anduvieron un buen trecho entre la arboleda que discurría paralela a la vía, escondiéndose cuando divisaban a campesinos y agricultores que se dirigían hasta Hispalis. Pasado un rato, ya cerca de las murallas, Antonino cogió por uno de los brazos a Cario Septimus y lo arrastró, cayendo ambos al suelo.

—¿Qué haces? —dijo mientras el joven le tapaba la boca con su mano.

—¿No oyes? —respondió en voz baja—. Son cascos de caballos al galope. Es la patrulla que nos persigue. Agáchate.

Estaba en lo cierto. Desde la posición en la que se encontraban tenían visión de la calzada pero ellos no podían ser vistos. Al momento una decena de soldados romanos a caballo pasó a su altura. Se pararon en seco cuando tropezaron con un carromato.

—¿Habéis visto pasar a dos hombres a caballo a gran velocidad por aquí? —preguntó el decurión al hombre que iba en el pescante.

—Nadie así ha pasado por aquí.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Absolutamente.

—Está bien. ¡Soldados! Continuemos hasta Hispalis! ¡Hay que informar al puesto de mando para que los busquen!

La patrulla siguió por la calzada en dirección a la ciudad. Antonino y Cario,

agazapados tras unos arbustos, contemplaban la escena sin decir una sola palabra.

—Se alejan —habló el joven—. Iremos a la parte este de las murallas, lejos de la puerta principal. Por allí será más fácil acceder al interior de la ciudad sin ser vistos.

Se dio cuenta de que su amigo temblaba.

—¿Qué te pasa, Cario?

—Tengo miedo, Antonino. No estoy hecho para esto. He pasado junto a ti numerosas calamidades desde que salimos de Massilia pero ahora no me veo con fuerzas. Presiento que los dioses nos tienen preparado un infortunado final.

—¡No digas tonterías! Hemos despistado a la patrulla. La ciudad es grande y podremos pasar desapercibidos. Sólo necesito encontrar a Tulio Plinio. Entonces habrá acabado todo.

—¿Y si no es así?

—Así ha de ser. No hay otra posibilidad.

Fabio había tendido a Livia en la parte trasera del carro. Resultó dificultosa la maniobra habida cuenta de los dolores que tenía la muchacha. Las contracciones eran fuertes pero muy espaciadas, algo que indicaba que todavía quedaba tiempo para que la criatura naciese. Así se lo explicó, como pudo, mientras quedaba boca arriba y se retorció de dolor.

—¡Por favor! ¡Necesito ayuda!

—¡Llegaremos pronto, Livia! ¡Aguanta lo que puedas, te lo ruego por lo que más quieras!

El carruaje avanzaba camino de Hispalis y Fabio intentaba que los caballos no diesen tirones para así no provocar movimientos bruscos que perjudicasen a la parturienta. No veía el momento de llegar hasta la casa. Durante el trayecto se cruzaron con algunas personas y estuvo tentado de pedir ayuda pero desistió toda vez que allí, en medio del campo, no era el lugar más idóneo para dar a luz. «Será en la casa, estando asistida de la mejor manera posible», pensaba Fabio mientras miraba constantemente hacia atrás para comprobar cómo se encontraba Livia.

Anocheecía cuando llegaron a las cuadras de la casa. De manera ágil Fabio se bajó del pescante, fue a la parte trasera del carruaje y bajó la portezuela. Livia continuaba con sus manos aferradas a la zona de las ingles. Seguía sudando mucho y continuaba retorciéndose de dolor.

—¡Ya estamos en casa, Livia! ¡Aguanta un poco más! ¡Voy a avisar a las

sirvientas para que te ayuden a llevarte a tus aposentos! ¡Aguanta, por favor! ¡Enseguida vengo!

Bruccius dudó por unos segundos. Se disponía a dirigirse a la casa de Tito Sulla Drusus cuando se le vino a la mente la orden dada por la emperatriz acerca del centurión Tulio Plinio. «¿Qué hago primero? ¿Voy a casa a darle la buena nueva a Livia o me dirijo a ver al Legatus y ponerle en conocimiento la fechoría llevada a cabo por uno de sus hombres?». Por una parte sentía la imperiosa necesidad de volver a ver a Livia. ¿Habría dado ya a la luz? Pero, por otra, era consciente de la importancia del mensaje que debía entregar al Ejército romano.

Decidió, finalmente, encaminarse a su casa. Las calles a esas horas comenzaban a ser frecuentadas por quienes acudían a las tabernas. El calor se dejaba notar a pesar de que el sol empezaba a ponerse. Pero no iba a ser una noche tranquila. «Hoy costará trabajo conciliar el sueño», se dijo para sí mientras dejaba a su izquierda la fábrica de salazones y buscaba la vía central de la ciudad, la que conducía al Hospitium y, un poco más abajo, a su residencia.

Llevaba un rato andando cuando oyó un murmullo de gente a sus espaldas. Se giró y vio cómo una patrulla de soldados romanos a caballo se abría paso a toda velocidad por las estrechas calles. «Están locos estos romanos», pensó mientras veía a hombres, mujeres y niños apartarse precipitadamente para no ser arrollados por los animales. «Nunca comprenderé esas ansias de poder y la forma de actuar de muchos soldados. Se creen los dueños del Imperio y no se dan cuenta de que éste se sustenta por personas como Tito Sulla Drusus. De no ser por tantos como él, nos hubiésemos hundido ya».

Aquel tumulto hizo que saliesen los clientes de las tabernas aledañas a ver qué estaba pasando. Bruccius fue a continuar cuando alguien lo llamó por su nombre.

—¡Bruccius Lurios! ¡No me puedo creer que estés en Hispalis! ¡Esto sí que es una casualidad! ¡Y todavía hay quien dice que la suerte no existe!

Trepar por las murallas era misión imposible. Éstas, altas, estaban construidas de tal manera que los posibles invasores desistían entrar de esa forma. Además, una vez arriba serían descubiertos por la guardia que recorría todo el perímetro de manera constante y siempre en permanente estado de alerta, máxime cuando llegaba la noche.

—Busquemos algún hueco por el que colarnos —dijo Antonino.

Fueron recorriendo el entorno de forma sigilosa. Tenían que estar muy

atentos porque también era habitual que patrullas vigilasen los alrededores de la ciudad para descubrir a posibles malhechores y delincuentes. En todo caso, por los alrededores siempre se apostaban vendedores de otros lugares que hacían noche a las puertas para, al día siguiente, instalar su puesto en el mercado que se extendía por la explanada.

Antonino se fijó en uno de esos grupos. Estaban sentados alrededor de una hoguera y se disponían a pasar la noche allí. Se acercó hasta ellos.

—Salud, amigos. ¿Sois mercaderes?

—Vendedores ambulantes, respondió uno de ellos sin prestarle demasiada atención.

—Mi compañero y yo venimos hasta Hispalis para comprar telas que luego venderemos por otras ciudades. ¿Conocéis mercaderes que vendan buen género a un precio razonable?

—Hay alguno en la zona cercana a la fábrica de salazones. Pero no es barato. Tendréis que dejaros muchas monedas si queréis telas de primera calidad.

—Es de suponer que a estas horas ya no venderán.

—Deberás esperar hasta mañana.

—Necesitamos, al menos, contactar con él esta noche. Lo que ocurre es que si pasamos por la puerta principal los soldados querrán llevarse su parte — respiró hondo antes de continuar hablando—. ¿Sabéis de algún modo de acceder al interior sin tener que hacerlo delante de los legionarios?

Los hombres se miraron. Al cabo de un tiempo, otro de los que allí estaban sentados le respondió.

—La parte más al sur de las murallas es la que menos vigilancia tiene a estas horas. Hay una pequeña puerta en la que aunque suele haber soldados, éstos van de un lado para otro y muchas veces se encuentra sin nadie. Acuden a las tabernas cercanas y se olvidan de la guardia. Pero hay que hacerlo de manera sigilosa y muy rápida. De lo contrario, será peor el remedio que la enfermedad.

—Os lo agradezco y espero que los dioses os colmen mañana y tengáis un buen negocio.

Nadie dijo nada más. Antonino se volvió y se dirigió a Cario Septimus.

—No hay tiempo que perder. Vamos hacia esa puerta. Estudiaremos la zona y si como dicen estos vendedores no hay soldados, entraremos en la ciudad.

—Nos estamos arriesgando más de la cuenta.

—La ventaja que tenemos es que más desgracias no nos pueden pasar. Estoy

convencido de que a partir de ahora todo va a ir mucho mejor.

—No soy de tu opinión, Antonino.

—No eras tan pesimista cuando te conocí a las afueras de Massilia.

Una de las sirvientas trajo telas y agua templada en una gran vasija. Livia se encontraba echada en la cama de su habitación. Otra muchacha le secaba el sudor que discurría por la frente y una tercera le agarraba con fuerza su mano derecha.

—Tranquila, pequeña, tranquila —le dijo esta última—. Respira con fuerza y echa el aire pausadamente, así controlarás las contracciones mucho mejor.

—¡Me duele! ¡Me duele mucho! —gritaba Livia.

Fabio contemplaba la escena con asombro. Se sentía asustado y no sabía qué hacer en una situación como aquella. Era la primera vez que asistía a un parto y se sorprendía de todo lo que acontecía en la habitación. Miraba a las sirvientas pero también a Livia. Ésta, siempre con los ojos cerrados, se movía de manera impulsiva. Acababa de escuchar de boca de una de las jóvenes que había roto aguas pero que todavía quedaba para que naciese la criatura. En cierto modo

comprendía que allí no hacía nada él y que en todo caso podría entorpecer el trabajo de las mujeres.

—¿Aviso a alguien? —dejó caer intentado que le dijeren algo para salir de allí.

—No hace falta —respondió una de las muchachas—. Trae más telas y pon a calentar un poco más de agua. Nos va a hacer falta.

—¡Fabio! ¡Fabio! ¡No me dejes sola!

Era Livia quien gritaba. El joven, compungido, no acertaba a decir nada. No quería que la que consideraba su amiga sufriese más.

—No te preocupes —se acercó hasta donde ella se encontraba tendida—. Estás en las mejores manos. Voy a hacer lo que se me ha ordenado. Estoy ahí al lado, junto a ti. No tienes nada que temer.

Besó su frente y sintió la frialdad que desprendía el sudor, que no cesaba de aparecer.

Al principio no reaccionó cuando oyó su nombre. Pero al cabo de unos segundos, cuando tomó conciencia de dónde se encontraba, lo reconoció. Era su amigo de infancia y adolescencia Petronius Celatus.

—¡Sí que es una casualidad! Me llevo fuera varias semanas y al primero que me encuentro nada más llegar a Hispalis es a ti! Te hacía todavía en Jerusalén.

—Hemos regresado hace unos días —respondió mientras estrechaba el

brazo derecho de su amigo—. Y por lo que he podido comprobar, han cambiado muchas cosas en esta ciudad y en tu casa desde mi marcha.

—¿Qué quieres decir?

—Me encontré con tu sirviente Fabio y estuve en tu casa. He conocido a Livia y su terrible historia. Estoy consternado y ahora me veo en la tesitura de hacerle un favor.

—¿Un favor? ¿Qué clase de favor?

—Cuando me habló Fabio de la joven que tenías recogida, pensé al verla en su estado que el hijo era tuyo. Pero luego ambos me contaron lo sucedido en Jerusalén, la historia de su amado y del centurión Tulio Plinio.

—Por lo que puedo comprobar estás al tanto de todo. Pero no me has dicho en qué consiste ese favor.

—Tulio Plinio se encuentra en Hispalis.

A Bruccius Lurios le cambió la expresión de su cara. Tenía orden de la emperatriz de hacer llegar al Legatus y al general de la II Itálica Pia el documento de orden de búsqueda del centurión. Pensaba que podía encontrarse en cualquier parte del Imperio pero resultaba que estaba allí, en la misma ciudad que Livia.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Me lo ha dicho la muchacha. Y por las averiguaciones que he podido realizar, así es. Pero no hay rastro de los dos soldados que lo acompañaban en el viaje que emprendieron desde Tierra Santa. El favor que me ha pedido Livia es que indague acerca del paradero de ese tal Antonino.

—¿Sabes si ya ha dado a luz?

Se sorprendió Petronius con aquella pregunta.

—Que yo sepa no. No he tenido noticias de Fabio.

Vamos a mi casa. Necesito hablar con ella. Luego me acompañarás a ver al Legatus.

Como les dijeron aquellos vendedores, la puerta de la zona más al sur estaba sin vigilancia. Pero Antonino no quería arriesgarse. Esperaron un buen rato. No había nadie. La noche ya caía sobre la ciudad y tras las murallas podía oírse el ruido lejano de tabernas cercanas a ese acceso. Miró a su alrededor y comprobó que la zona estaba despejada. Con un gesto le indicó a Cario Septimus que avanzasen hasta la puerta. Llegaron. Estaba abierta. La cruzaron con sigilo. De pronto se vieron dentro de la ciudad. Una calle amplia servía para distribuir otras más estrechas a derecha y a izquierda. Pudieron distinguir algunas personas que iban de un lado a otro. Pero ni rastro alguno de soldados

romanos.

Antonino se volvió hacia Cario y le habló en voz baja.

—Nos perderemos por las calles más angostas. Así será más difícil que den con nosotros.

—¿Y qué haremos?

—Necesito saber si Tulio Plinio está aquí. Y estoy convencido de que así es.

—¿Y cómo lo descubrirás?

—Recorreré todas las tabernas de la ciudad si es preciso.

Fabio se quedó fuera de la estancia una vez entregó a las sirvientas telas y otra vasija con agua templada. No quería asistir al momento del parto, algo que por otro lado se iba a demorar más de lo previsto por lo que pudo escuchar.

—Las primerizas siempre se quejan más de la cuenta —decía una de las mujeres mientras le secaba el sudor de la frente a Livia.

El joven estaba angustiado. Nunca había presenciado algo así y reconocía estar asustado. Seguía escuchando los gritos de la muchacha y se preguntaba para sus adentros cómo era que ya no estaba en el mundo aquella criatura. «¿Por qué Nuestro Señor Jesucristo nos pone este tipo de pruebas? ¿Acaso era ahora cuando había que pagar por tanto daño como se le hizo a Él al juzgarlo y crucificarlo sin justificación alguna?». Confiaba en las personas que estaban atendiendo a Livia pero necesitaba escuchar, de manera imperiosa, el lloro del niño, señal inequívoca de que ya estaría entre ellos. Pero sólo podía oír, tras aquellas paredes, los gritos y gemidos de Livia y el trasiego de las mujeres que con ella estaban. Se imaginaba su dolor, el sufrimiento y la espera eterna de algo que no termina de llegar. Y se acordó entonces de la fortaleza de la muchacha, de su valentía a la hora de cruzar embarazada todo el Mare Nostrum y de cómo relató que vio la Vera Cruz de Cristo, de los milagros que escondía aquella madera divina que fue capaz de curar a una mujer ya desahuciada para la vida. Esa joven valiente y sin temor alguno por los peligros que pueden acechar en cualquier instante se encontraba ahora desvalida en una habitación implorando que cesase el inmenso dolor que tenía en sus entrañas y que luego se traduciría en la felicidad más absoluta al tener entre sus brazos a un trozo de ella misma: su hijo.

Salió una de las mujeres pero no se detuvo ante Fabio.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó mientras la veía dirigirse a la fuente.

—Está sangrando demasiado. Hay que cortar la hemorragia como sea. Si no, puede perder al niño.

—¿Estás segura de lo que dices? —volvió a preguntar mientras la seguía.

—Necesitamos más telas y más agua. No son suficientes las que acabas de traer.

Fabio le ayudó a conseguirlas. Buscó en otras habitaciones, acudió a las despensas e incluso arrancó una de las grandes cortinas que decoraban las columnas del atrio principal. Estaba nervioso y se dio cuenta de ello la mujer.

—Tranquilízate, que parece que eres el padre.

Aquella frase no le gustó. Pero comprendía que su inexperiencia pudiese provocar la hilaridad en quienes ya sabían cómo era un parto. La pasó por alto.

—No te preocupes, Fabio —le dijo en tono más suave la sirvienta—. Es normal que sangre. No tanto que sea tan abundante, pero dentro de poco Livia podrá tener entre sus brazos a su hijo.

—¿Sabéis ya si es un varón?

La mujer soltó una carcajada mientras recogía todas las telas y se encaminaba de nuevo hacia la estancia.

—No seas ignorante. Cuando esté fuera lo sabremos.

De nuevo quedó solo en el pasillo. Seguía escuchando los gritos y el ir y venir de las mujeres. Sentía la necesidad de entrar y ayudar pero estaba convencido de que las fuerzas flaquearían e incluso podría marearse con la visión de la sangre. Continuaba con la mirada fija en la puerta cuando oyó a sus espaldas un ruido. No había terminado de girarse y la voz le resultó familiar.

—Por todos los dioses, Fabio, ¿qué ocurre en esta casa? ¿Acaso celebramos una fiesta y yo no me he enterado?

La primera de las tabernas estaba muy concurrida a esas horas. El calor de todo el día animó a los habitantes a salir de sus casas cuando el sol se escondió. Un buen trago de vino servía para alejar los sudores y olvidar los muchos problemas.

Antonino, tras echar un vistazo, comprobó que no había legionarios.

—Aquí no vamos a sacar nada en claro —le dijo a Cario Septimus—. Pero ya que hemos entrado, no estaría de más que tomásemos un poco de vino y así descansar de todos los avatares que hemos vivido en tan corto espacio de tiempo.

—Me dejas de piedra, muchacho. Pensaba que sólo tenías ojos para ese centurión.

—Y así es. Pero estoy sediento. ¿Acaso tú no?

Se acercaron hasta una parte de la barra en la que había un hueco. Las mesas estaban llenas. Una joven de generoso escote, algo mayor que Antonino, les atendió.

—¿Qué puedo servirlos?

—Una jarra de vino.

—¿No preferís cerveza? Está mucho más fría que el vino y para estos calores entra mejor.

Asintió con la cabeza Antonino.

Al momento trajo una gran jarra de barro y dos vasos. Vertió el líquido de manera que al final quedasen unos centímetros de espuma. Tanto Antonino como Cario bebieron con avidez.

—Muchacha —dijo el segundo de ellos—: es la mejor cerveza que me he tomado en toda mi vida. Te lo puedo asegurar.

—Como veo que sois forasteros, os diré que aquí, en Hispalis, es donde se fabrica la mejor. Tiene fama en toda la ciudad e incluso vienen de las localidades cercanas no sólo a beberla sino también a llevarse barriles.

—Fama más que justificada —terció Antonino, quien se echó la mano a la bolsa y comprobó las monedas que todavía le quedaban—. Pon otra jarra y cóbrate.

Depositó dos monedas que la muchacha recogió enseguida para ir a buscar la segunda de las jarras. Entonces un murmullo que provenía de la calle llamó la atención a todos los clientes. La mayoría de ellos se levantaron de sus taburetes y salieron al exterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Antonino a uno de los que se dirigían a la puerta.

—Debe ser una patrulla romana —dijo sin detenerse.

Ambos imitaron al resto de personas. Empero, Antonino puso la mano en el pecho de Cario en señal de que no avanzase en demasía.

—Puede tratarse de la patrulla que nos persigue. Hemos de estar atentos.

Se asomaron. Efectivamente la gente se arremolinaba alrededor de varios soldados que habían descabalgado. Sin lugar a dudas, eran sus perseguidores. Estaban buscándolos. Antonino comprendió que lo mejor era abandonar en lugar en medio de aquella confusión y desaparecer para no ser vistos.

De repente, como si toda su vida pasase por unos instantes por su mente, quedó paralizado. Fijó más aún la vista en aquel grupo de soldados. Agrandó las pupilas y creyó estar soñando. Sintió que la rabia acumulada durante tanto tiempo iba a salirsele por la boca. Era él, no le cabía la menor duda: Tulio Plinio.

Fabio quedó petrificado y le costó reaccionar.

—¡Mi señor! ¡No os esperaba todavía!

Bruccius Lurios y Petronius Celatus acababan de entrar en la casa de Tito Sulla Drusus. El ajetreo que se vivía en su interior les llamó poderosamente la atención.

—¿Qué es lo que ocurre, Fabio? —preguntó sorprendido Bruccius.

—¡Livia! ¡Está punto de dar a luz!

Los dos hombres se encaminaron hacia la habitación de la que salían los gritos. Bruccius, apoyado en el dintel de la puerta, miró en su interior. Vio a Livia echada en la cama y a tres de sus sirvientas ayudándola. Empujaba, aspiraba hondo, expulsaba el aire. Así una y otra vez. Pensó que no debía decir nada; era preferible que no supiese que estaba allí. Se encontraba nervioso porque no conocía cómo se desarrollaba un parto.

Hizo ademán de retirarse. Detrás de él, Petronius Celatus y Fabio intentaban alcanzar con la vista lo que estaba aconteciendo en la estancia. Se dio la vuelta Bruccius cuando oyó la voz.

—¡Bruccius! ¡Has venido!

Era Livia quien hablaba. Volvió a dirigir su mirada al camastro y allí la vio, completamente empapada en sudor y ensangrentadas las piernas mientras una de las mujeres hundía sus manos entre los dos muslos y hacía ademanes de tirar para afuera. Sin duda alguna estaba intentando que la criatura saliese.

—Livia —dijo con voz entrecortada—, no te preocupes. Todo va a salir bien.

—¿Y la promesa que me hiciste? —gritó la muchacha—. ¿Has podido hablar con la emperatriz?

Soltó otro grito a la par que le agarraban de las manos y brazos las otras dos sirvientas. Ella empujaba con la pelvis, haciendo esfuerzos ímprobos para que el niño saliese de una vez por todas. Los ojos cerrados, la boca apretada que abría para soltar un grito de dolor y vuelta a empezar.

Bruccius no sabía qué decir en esos momentos. Sintió miedo a lo desconocido. Se asustó de la sangre y hubiese dado su patrimonio por no presenciar ese momento.

—Tranquilízate, Livia. Cuando todo haya pasado hablaremos. Ahora concéntrate en dar a luz a tu hijo. Yo sólo puedo entorpecer aquí.

—¡No te vayas! ¡No me dejes! ¡Necesito saberlo!

Una de las mujeres se acercó hasta la puerta y se digirió a Bruccius.

—Mi señor, será mejor que os marchéis de aquí. No es conveniente que

Livia se distraiga. Tiene que poner todos sus sentidos en parir. Ha perdido bastante sangre y las fuerzas comienzan a flaquearle. Debemos actuar con rapidez para que no pierda al niño y, los dioses no lo quieran, perderla a ella.

Aquellas palabras hicieron que retrocediese varios pasos. Quedó en el pasillo, sin decir nada. Su amigo Petronius también estaba callado. No dijo nada en todo el tiempo que transcurrió desde que llegaron a la casa. Entonces, Bruccius recuperó la consciencia de dónde se encontraba.

—Fabio, serás tú quien cuide de Livia. No quiero que le falte nada. Es preciso que tenga a ese niño y que los dos vivan. En ello pondrás todo tu empeño.

—¿Qué vais a hacer, mi señor?

—Tengo que resolver un asunto en la II Itálica Pia que no puede demorarse más. Luego volveré. Espero que para entonces haya dado a luz Livia.

Se dio la vuelta y, dirigiéndose a su amigo, le dijo:

—Petronius: es hora de desenmascarar al traidor Tulio Plinio.

El revuelo que se había formado a las puertas de la taberna era grande. Antonino reconoció a los soldados que les perseguían desde que abandonaron Astigi. Pero junto a ellos también vio, por fin, a quien durante tanto tiempo estuvo buscando por medio mundo sin saber si finalmente daría con él. El centurión vestía de paisano pero estaba claro que allí se encontraba en su condición de soldado romano y que, por lo tanto, habría revelado a sus superiores la misión encomendada.

Estaba en inferioridad de oportunidades. Pero también se mostraba convencido de que cuando le viese, Tulio Plinio no podría negar conocerlo. Él era también un legionario y daría las explicaciones que fuesen pertinentes a los mandos. Allí estaba el traidor a Roma, a la emperatriz Flavia Iulia Helena; el asesino de su amigo Manius Aquila; el desertor del Ejército que además quiso matarlo a él también.

Se palpó la túnica a la altura del estómago. Tanteó el contorno de su daga y se cercioró que no la había perdido. Sintió alivio al saberse armado. Ahora quedaba lo peor: enfrentarse con su superior; delatarlo, hacer que pagase por sus fechorías.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Cario Septimus mientras agarraba del brazo derecho a Antonino al darse cuenta de que iba a sacar la daga.

—Tengo que hacer justicia, Cario —respondió dando un tirón de su brazo para soltarse de la mano de su amigo.

—¡Estás loco! ¿Cómo pretendes enfrentarte a él aquí y ahora, con la cantidad

de soldados romanos que hay? ¡Se echarán encima de ti en el momento en el que Plinio alce la mano! ¡No seas insensato! ¡Espera el momento propicio!

—¡Este es el momento, Cario! ¡No he venido desde la otra parte del mundo para dejarlo escapar!

—¡Te pido, por todos los dioses, que esperes una ocasión mejor!

Comprendió Antonino que llevaba la razón. En esas condiciones, con tantos soldados alrededor del centurión, no tendría la más mínima oportunidad de llevar a cabo sus propósitos.

La gente seguía arremolinada en torno a la puerta de la taberna. Los caballos de los legionarios relinchaban, algunos alzando sus manos. Entonces, Antonino contempló cómo Tulio Plinio hacía aspavientos y gestos con manos y brazos, indicando a los soldados que se dirigiesen hacia la zona oeste de la ciudad. El decurión levantó el brazo derecho, en el que sostenía su gladius, para bajarlo de manera rápida. Aquella señal hizo que la patrulla espolease a los caballos y en cuestión de segundos abandonaron el lugar en medio de un estruendo de cascos que chocaban en el empedrado y su sonido retumbaba en las paredes de las casas multiplicando el ruido.

En ese momento, el joven se deshizo de la mano de Cario, que continuaba agarrando su brazo. De un salto sorteó a la muchedumbre que se encontraba delante de él y se plantó en medio de la calle. Plinio hablaba con dos hombres y parecía disponerse a marcharse de aquel lugar.

La voz, potente, hizo que todos los presentes callasen.

—¡Centurión primus pilus Tulio Plinio!

Bruccius y Petronius convinieron en coger dos caballos de la cuadra para llegar en el menor tiempo posible al acuartelamiento. Las calles de esa zona estaban prácticamente vacías a esas horas y la mayor aglomeración de personas se congregaba en la parte portuaria, en sus tabernas y lupanares. En cambio allí, cerca del Hospitium, las pocas teas encendidas en su interior indicaban que hacía tiempo que patricios y gente influyente habían marchado a sus casas y que saunas y estancias para descansar se encontraban en esos momentos desiertas.

Pasaron por la puerta principal del edificio. No podían ir al galope porque podrían encontrarse de manera súbita e inesperada con algún carromato o personas y entonces arrollarlas. La distancia a caballo no era demasiado larga. Bruccius pensaba si serían las horas propicias para molestar al Legatus y al general de la II Itálica Pia, seguramente en esos momentos descansando en sus aposentos. Pero la presencia de su amigo el tribuno Petronius Celatus era una

garantía para ser escuchado y, en cierta medida, creído por las autoridades militares. A fin de cuentas llevaba en su poder un documento de la mismísima Flavia Iulia Helena en el que ordenaba, de su puño y letra, la búsqueda y detención del centurión Tulio Plinio por alta traición al Imperio.

—¿En qué piensas, Bruccius?

Era Petronius quien le hablaba mientras avanzaban por la calle central de Hispalis.

—No sé qué es lo que va a ocurrir, amigo. Pero de lo que estoy seguro es que si los dioses son justos, todo debe acabar bien.

—Tienes un documento de la emperatriz. ¿Qué mal puede pasarte?

—No me refiero a ello sino a Livia. Espero que tu Dios se apiade de ella. Lo necesita. Ahora más que nunca.

—¡Empuja! ¡Empuja con fuerza! ¡Ya asoma algo la cabeza!

Livia seguía tendida en la cama aunque ahora las dos sirvientas le acababan de incorporar la cabeza y parte del torso para que pudiese doblar las rodillas y así ayudar de mejor forma a que saliese la criatura. La tercera de las mujeres estaba prácticamente metida entre sus piernas, con sus manos justo en la zona vaginal. La cabeza, efectivamente, ya dejaba verse. Intentaba maniobrar con la mayor delicadeza para no causar más destrozos de los necesarios. Pero no era un trabajo fácil, máxime tratándose de una primeriza. La sangre seguía fluyendo si bien con menor intensidad que momentos antes.

Fabio continuaba fuera de la estancia. Iba de un lado a otro de la casa. Lo mismo pasaba por el atrio que se detenía unos segundos en la fuente central del patio. Luego recorría la zona porticada dando una palmadita a cada una de las columnas. Realizaba el camino en forma inversa para llegar al atrio, volver al patio y finalmente desembocar ante la puerta de la habitación. También el sudor había aparecido por su frente. Tenía la boca seca y le costaba respirar. Sintió que su corazón bombeaba más rápido de lo habitual y se congratulaba que ya estuviese en Hispalis su amo Bruccius Lurios. En cierta medida, esa circunstancia hacía que no recayese sobre él toda la responsabilidad. Sin embargo, se acordó de repente de las palabras que le dijo antes de marchar con Petronius. «Fabio, serás tú quien cuide de Livia. No quiero que le falte nada. Es preciso que tenga a ese niño y que los dos vivan. En ello pondrás todo tu empeño». «¿Quién soy yo sino un pobre sirviente que nunca ha asistido a un parto? ¿Cómo podré hacer que ambos se encuentren bien? ¿Acaso sé cómo ayudar a dar a luz a una parturienta?». No podía pensar, tenía la mente completamente bloqueada. Habría dado lo que fuese con tal de

que su amo no hubiese marchado de la casa nada más llegar. «Tengo las manos atadas. Todo depende de las tres mujeres que están con Livia. Ellas tienen experiencia; saben qué hacer en este tipo de situaciones. ¿Por qué iban a fallar ahora? Lo han hecho muchas más veces y en peores condiciones que ésta. Seguro que todo sale bien, que en cuanto menos me lo espere oigo el lloriquear del niño. Dios mío, Tú que eres grande y poderoso, tiende tu mano sobre Livia. No la dejes de lado, no la abandones. Ella es hija tuya, como todos nosotros. Que sus vicisitudes y calamidades pasadas hasta ahora hayan servido de algo. ¿No te das cuenta de que, al fin y al cabo, ella también te está buscando? Es el momento de que te encuentre como igualmente hicimos nosotros, Señor Jesucristo».

Al darse la vuelta creyó estar soñando. La poca luz que había en la calle no le dejaba ver con claridad de quién se trataba. Pero la voz, esa voz, le resultó familiar. Escudriñó el lugar de donde procedía y pudo divisar, a unos diez metros de donde se encontraba, un grupo de personas que se apostaban a la salida de la taberna. Delante del mismo, un hombre aparecía más cerca. Estaba frente a él, con las piernas algo separadas y los brazos en jarra sobre la cintura. Fijó aún más la vista y entonces, cuando a punto estaba de asegurar que no podría ser la persona que pensaba, volvió a escuchar, sorprendido, la voz.

—¡Sí centurión, no estás viendo a un aparecido! ¡Soy Antonino Quintus, soldado legionario de la cohorte que mandas en II Itálica Pía!

Tulio Plinio no podía creer lo que estaba oyendo a voz en grito en aquella oscura calle de Hispalis. ¿Cómo era posible que aquel muchacho al que daba por muerto o pudriéndose en una lúgubre mazmorra de Ostia Antica se encontrase allí, frente a él? No daba crédito a lo que estaba sucediendo. Uno de sus acompañantes le habló.

—¿Quién es ése, Tulio, que dice ser soldado de tu cohorte? ¿Acaso lo conocéis?

Tulio Plinio continuaba con la vista fija en Antonino.

—¡Eres un impostor! ¡Quien dices ser está muerto o en un calabozo lejos de aquí por traidor!

—¡Tú eres el traidor, centurión! ¡Que lo sepa todo el mundo! ¡Tú mataste a Manius Aquila e intentaste lo mismo conmigo! ¡Y has traicionado a la emperatriz Flavia Iulia Helena! ¡Debes pagar por ello!

¡Mientes, por todos los dioses! ¡Mientes y vas a pagar por ello! ¡Si eres quien dices ser entonces estoy delante de un desertor del Ejército del Imperio

de Roma! ¡Y a los desertores se les castiga con la muerte!

Cario Septimus se encontraba situado justo detrás de Antonino y asistía desconcertado a aquella conversación que iba camino de convertirse en una pelea que, sin duda alguna, sería a vida o muerte y en la que llevaba su amigo todas las de perder. Se echó la mano a la cintura para comprobar que tenía, igual que Antonino, la daga. Se preparó para lo peor mientras veía cómo las personas que habían salido de la taberna al escuchar a la patrulla, volvían a entrar de manera presurosa para evitar formar parte de aquella situación.

Antonino volvió a dirigirse al centurión.

—¡Vamos a comprobar quién dice la verdad y quién miente! ¿Por qué no acudimos al general de la II Itálica Pia y que sea él quien dirima este asunto?

Sonó desafiante la propuesta. Tulio Plinio comprendió que si era capaz de demostrar que era efectivamente Antonino Quintus estaría perdido. Hacía tiempo que había abandonado la misión que le encomendó la emperatriz porque consideraba que, por las noticias que venían de Roma, moriría pronto. Pero por otra parte aquella circunstancia, sabida por sus superiores, le sirvió para campar a sus anchas con la excusa del salvoconducto que tenía en su poder. Pero en el mismo aparecían también los nombres de Antonino Quintus y Manius Aquila. Ahora tendría que demostrar que era el verdadero Antonino. Pero, ¿y si lo podía hacer? ¿Y si había informado ya a los mandos descubriendo su secreto? Estaría perdido y su vida no valdría un sestercio. Reaccionó con destreza y habilidad como buen militar que era.

—¡Esto es entre tú y yo! ¡Y vamos a resolverlo aquí mismo, sin más dilación!

Tulio Plinio desenvainó su gladius y, levantando el brazo que lo portaba, dejó escapar de su garganta un grito desgarrador mientras comenzaba a correr hacia Antonino Quintus.

—¡Haz un último esfuerzo! ¡El niño ya está aquí!

Livia empujaba con todas fuerzas. Sentía cómo de su interior iba desplazándose, de forma lenta, la criatura que llevaba en sus entrañas. Mantenía los ojos cerrados y cada vez que los abría veía a aquella mujer entre sus piernas, con sus brazos extendidos tirando de algo que se movía en su interior y que luchaba, al unísono con ella, por salir. Sentía las manos hurgar y cómo le abrasaban. El dolor era imperceptible en esos momentos. No atendía a razones y no sabía dónde se encontraba, sólo acertaba a empujar, a empujar como si le fuese la vida en ello. No quería otra cosa en el mundo que empujar, empujar con todo su aliento, con todas sus fuerzas. Empujar hasta que todo

hubiese concluido; empujar hasta la extenuación, empujar hasta el desfallecimiento total; empujar hasta caer rendida de esfuerzo. «¡Empuja, empuja, empuja!» se repetía para sí una y otra vez mientras intuía cómo aquella criatura iba tomando forma de niño, de ser humano en un mundo que se le abría de par en par.

El sonido metálico de las armas al chocar se dejó oír en la calle. Tulio Plinio llegó hasta la altura de Antonino y sin mediar palabra alguna más dejó caer su gladius intentando herir de muerte al muchacho. Éste, de forma ágil, retrocedió dos pasos y se escoró hacia su lado izquierdo levantando la daga. Era más pequeña y, por tanto, estaba en desventaja. Pero también podía moverse con mayor rapidez ya que pesaba menos.

El centurión, que perdió algo la estabilidad con el movimiento rápido de su contrincante, recuperó enseguida la verticalidad. De nuevo, en cuestión de segundos, alzó su brazo para intentar descargar la espada en el cuerpo de su enemigo. Antonino ahora se encontraba mejor posicionado. Se echó para el lado contrario, el derecho, y así poder esquivar el nuevo envite de Tulio Plinio. Las armas volvieron a chocar entre sí y saltaron chispas que se dejaron ver en la noche de la ciudad que cubría por completo el cielo de Hispalis.

Fue ahora el muchacho quien llevó la iniciativa. Comprobó la ira instalada en los ojos del centurión. Se sabía descubierto y no quería que nadie supiese lo que había cometido. Tenía mucha más experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo pero se mostraba iracundo y, por lo tanto, sin poder controlar sus movimientos.

Tanto Cario Septimus como los dos acompañantes del centurión permanecían quietos en los mismos lugares que se encontraban cuando comenzó la lucha entre ambos. Era una pelea entre dos personas y cada uno de ellos, sin decirse nada, comprendió que no podían, no debían intervenir.

—¡Vas a maldecir este día, muchacho!

Tulio Plinio estaba fuera de sí. Golpeaba con todas sus fuerzas mientras Antonino esquivaba los embates como podía. A pesar de que controlaba más sus movimientos, los del centurión eran precisos. Sabía manejarse en situaciones como aquella.

Continuaba descargando su espada con todas sus fuerzas mientras el muchacho, como podía, repelía los golpes. Pero eran demasiados. Sintió, por unos instantes, que las piernas no le respondían como hubiese deseado. Dobló la derecha y se agachó en el preciso momento en el que el gladius del centurión le pasó a escasos centímetros de la cabeza en un mandoble que

hubiese sido mortal de necesidad.

Fue entonces cuando, con otro movimiento rápido y certero, logró hacer presa en la parte trasera del muslo izquierdo de Tulio Plinio. Fue un tajo no demasiado profundo pero sí lo suficientemente hondo como para que la sangre brotase. Tulio Plinio sintió que la zona le quemaba. Se distanció unos metros y se echó mano al lugar. Tocó con su mano la sangre. Se la llevó a la boca y pasó su lengua por los dedos enrojecidos.

—¿Esto es lo que te han enseñado en la Legión? —gritó soltando una gran carcajada—. ¡Ahora vas a saber realmente lo que es el dolor!

Antonino, que ya se encontraba nuevamente de pie, quedó petrificado al ver cómo el centurión volvía hacia él con mayor velocidad que en el primer encuentro que mantuvieron. No podía creer que no le doliese la herida que le acababa de inferir en la pierna. Pero no podía ponerse a pensar ahora. Estuvo tentado de salir huyendo, de terminar con aquella pelea. Mas Tulio Plinio se dirigía hacia él con el gladius en alto dispuesto a abrirlo en canal.

Esperó a que llegase a su altura y cuando vio cómo bajaba el brazo para descargar de nuevo se acordó de todo lo que le había enseñado Manius Aquila y, de un salto, se apartó de la trayectoria del centurión que, por el impulso que llevaba, cayó de bruces en el empedrado de la calle.

La espada salió disparada a unos dos metros de donde se encontraba. Estaba boca abajo y la herida de la pierna comenzaba a sangrar de manera más abundante. Antonino, justo a sus espaldas, comprendió que era el momento. No lo tendría tan fácil como ahora. Le volvió a la mente su compañero, el veterano legionario, y fue entonces cuando de su garganta salió un grito que se escuchó tras las murallas de Hispalis mientras buscaba el cuerpo del centurión para hundir su daga.

—¡Un esfuerzo más, Livia! ¡Ya está aquí!

La mujer tiraba con todas sus fuerzas ahora mientras la joven, que comenzaba a desfallecer, empujaba con todo. Ya no sentía dolor, sólo la necesidad imperiosa de que todo aquello acabase. En un momento dado, cuando abrió los ojos, pudo ver, abajo, algo redondo y ensangrentado. Era la cabeza de su hijo, que ya asomaba de manera clara por entre sus piernas. Aquella visión hizo que de nuevo las fuerzas le volviesen y, otra vez, empezó a empujar con mucho más ahínco.

—¡Sigue así, muchachita! ¡Lo estás haciendo muy bien! ¡No pares, casi está fuera del todo!

Las palabras le sonaban lejanas pero le llegaban con claridad. Livia sudaba

envuelta en sangre de caderas para abajo y luchaba por seguir despierta, por no desmayarse. Las otras dos mujeres la sujetaban por los hombros para que así la acción de empujar resultase mucho más efectiva.

Fabio, definitivamente, optó por quedarse fuera. Se tapaba con las manos las orejas para no escuchar los gritos que provenían de la habitación. Sabía que eran de Livia y no se sentía con ánimos para oírlos una y otra vez. «¡Dios mío! ¿Hasta cuándo vas a alargar este sufrimiento?» se repetía una y otra vez sin poder abstraerse del todo de aquella situación.

De pronto, como si algo o alguien le abriese los ojos, los sentidos, quedó todo en silencio. Fueron unos segundos, los suficientes para saber que algo distinto estaba ocurriendo tras aquella puerta. No le dio tiempo a más. Enseguida, sin solución de continuidad, otro grito, muy diferente a los que hasta ahora había escuchado, inundó la casa. Era el lloro de un niño.

Tulio Plinio, tendido boca abajo en el suelo, alargó su brazo derecho en dirección a donde se encontraba su espada. Pero quedaba fuera de su jurisdicción. Intentó levantarse pero notó cómo le fallaba la pierna herida. Volvió la cabeza y vio a Antonino casi a su altura. Llevaba la daga en la mano y en cuestión de unos instantes se la hundiría por la espalda. El grito hizo que dirigiese la vista hacia su derecha.

—¡Toma mi gladius, Tulio!

Uno de sus acompañantes le lanzó su espada, que cayó justo a su lado. La cogió de manera rápida y haciendo fuerzas con su pierna buena se giró quedando boca arriba justo cuando Antonino dejaba caer su daga sobre el pecho del centurión. Pero antes de que éste llegase a tocar el cuerpo de Tulio Plinio, el joven sintió que algo le detenía. Quedó de pie, quieto, mirando a su enemigo. Bajó la vista hacia su estómago y vio en él hundido el gladius hasta su mitad. Las manos comenzaron a temblarle y la daga que portaba cayó al suelo emitiendo un sonido metálico. Se fijó en la zona y se percató de que la sangre comenzaba a escapársele a borbotones. Cogió con sus dos manos el hierro que le apretaba. No era dolor lo que sentía sino una sensación de angustia difícil de explicar. Intentó tirar hacia afuera, quitarse la espada de sus entrañas pero ésta se encontraba fuertemente incrustada. Ahora notó cómo, de nuevo, las piernas se doblaban, cayendo de rodillas.

—¡Es un niño! ¡Es un niño!

Dijo la matrona cuando lo tuvo entre sus brazos y Livia pudo percibir la pequeña figura a la que sujetaba la mujer por los pies. Sintió que su interior quedaba vacío pero a la par algo le oprimía. Levantó la cabeza y, otra vez,

escuchó cómo aquella criatura, cubierta de sangre, lloraba. Y también vio cómo otra de las mujeres cortaba el cordón umbilical que le unía a su hijo. Pensó que se moría, que sería la última vez que lo vería. Quería saber cómo eran sus ojos, su nariz, su boca; quería comprobar, en medio del dolor y de la extenuación, si tenía todos los dedos de sus manos y de sus pies. Necesitaba que le dijese que estaba bien, que había nacido sano. Nadie decía nada. Todas miraban al niño.

Se acordó, de pronto, de Antonino. Y se dijo para sus adentros que ahora sí; ahora sí se encontrarían de una vez por todas y le enseñaría a su hijo, a quien fue concebido una noche en Jerusalén en la que a punto estuvo de morir pero que aquel recuerdo lo guardó durante todo ese tiempo e intentó borrar el del centurión que mancilló su cuerpo, su honor, su vida. Pero no pudo con ella. Había conseguido llegar hasta Hispalis para decirle a su amado que aquel niño que esperaba con ansiedad tener entre sus brazos era su hijo.

—Toma, coge a tu hijo.

Livia, a punto de desfallecer, casi sin poder aguantar más, extendió de manera lenta los brazos mientras la matrona depositaba con extrema delicadeza a la criatura entre sus manos.

Lo miró con una mezcla de dulzura y pena. Recorrió visualmente todo el contorno de su rostro; vio los ojitos cerrados de aquel ser tan pequeño e indefenso; se sorprendió por cómo movía sus manitas y fruncía el ceño. Lo miró una y otra vez, detenidamente. Y entonces fue cuando, por fin, habló:

—Antonino, aquí tienes a tu hijo.

Vio acercarse al centurión, que arrastraba la pierna que momentos antes le había herido. Intentó levantarse, volver a recuperar la verticalidad. Pero no pudo. Las manos dejaron de sujetar la espada, que no pudo sacar de un vientre. Alzó la vista y entonces se topó con el rostro de Tulio Plinio. Éste se agachó y se colocó a la altura de él. Lo miró fijamente y esbozó una sonrisa.

—¿Pensabas que te ibas a salir con la tuya, hijo de mil zorras? ¿Creías que tú, un simple soldado, iba a acabar con la vida del centurión Tulio Plinio? Mírate. Estás herido de muerte. En unos momentos tus ojos se cerrarán para siempre.

Antonino también tenía sus ojos clavados en los del centurión. Sus extremidades no reaccionaban. Estaba a punto de derrumbarse por completo cuando Tulio Plinio agarró por la empuñadura la espada que tenía clavada.

—No quiero que te vayas de este mundo sin que sepas algo, muchacho —le dijo mientras comenzaba a hundir aún más, de manera lenta, el gladius—.

Aquella noche en Jerusalén, tu amada, a la que no volverás a ver nunca más, fue mía después de que tú retozaras en su cama. Sí, como lo oyes. La poseí, la violé y la ultrajé de tal manera que nunca volverá a ser la misma. Me apena que no lo puedas comprobar pero te vas a morir con estas últimas palabras.

Fue entonces cuando, de manera brusca, terminó de clavar toda la espada en las entrañas de Antonino, que abrió la boca por la que se escapó un reguero de sangre a la par que se le entornaban los ojos y, mientras se retiraba el centurión de su lado, caía a plomo en la calzada dejando escapar una última palabra:

—¡Livia!

XXXIII

Mi querida y fiel Livia.

Nunca pensé que pudiese volver a saber de ti. Desde que te fuiste de Jerusalén no he dejado de pensar en cómo te encontrarías, qué habría sido de tu vida o si, por el contrario, habías muerto.

Perdí toda esperanza a pesar de rezarle a Nuestro Señor Jesucristo cada día; de implorarle y rogarle que de nuevo pudiera ver tu rostro, oír tu dulce voz; sentir cómo me peinabas cada mañana y cada noche.

Hasta hace unos días no supe qué es lo que te había ocurrido en verdad. No alcanzaba a comprender por qué te marchaste sin decirme nada. Te crié desde pequeña y has sido, y eres, como una hija para mí. Pero ni por sospecha sabía lo que sufriste aquella noche en que todo cambió para ti.

No te reprocho nada y no te echo en cara que huyeses. Tú quisiste que tu destino, tu vida, cambiasen. Sé lo duro que habrá resultado tomar esa decisión cuando lo más fácil hubiese sido que me contases cómo ese centurión en el que confié de manera ciega no sólo me traicionó sino que vejó a quien es parte de mi propio ser.

Dios perdona a todos sus hijos y yo no voy a ser más que Él. Ten por seguro que en mi corazón sólo anida gratitud hacia ti. Mas el perdón no está reñido con la justicia. Habiendo tenido conocimiento de las fechorías llevadas a cabo por Tulio Plinio, siento comunicarte que tu querido Antonino, en quien puse todas mis esperanzas para que nuestro mundo, nuestra cultura, mirasen con ojos agradecidos al Mesías, murió en medio del mar. No sé si como me lo contó el centurión o si éste fue su verdugo. No lo podremos saber nunca. Quédate, en todo caso, con el recuerdo de aquella noche y con el fruto de la misma, pues estoy convencida, al igual que tú, que ese hijo que llevas en tus entrañas es de ambos, de Antonino y tuyo.

He dado orden, a través de Bruccius Lurios, a quien nunca podré agradecer lo suficiente que me haya contado todo lo que has sufrido por encontrarte con tu amado, para que informe al general de la II Itálica Pia sobre la traición llevada a cabo por Tulio Plinio, a quien encomendé una misión que tenía que ver con Nuestro Señor Jesucristo y no sólo no la ha realizado sino que además se ha servido de ella para matar a dos soldados del Imperio Romano de Oriente y Occidente. Estoy convencida de que su

pena estará acorde con todas las felonías cometidas a lo largo de todo este tiempo.

No temas por tu vida porque desde ahora mismo, y por el poder que me ha sido concedido, eres una mujer libre, lo mismo que tu hijo. Y como prueba de ello, junto con esta misiva Brucius Lurios te entregará un documento en el que las tierras en Hispania que iban a ser del legionario Manius Aquila, también muerto en esta misión que no llegó a consumarse, pasen a tu propiedad. Podrás comenzar una nueva vida junto a lo que más quieres, tu hijo.

Sólo te pido un favor más. Estoy enferma y moriré dentro de poco. Pero me gustaría que fueses la persona que conociese por qué José de Arimatea huyó de Jerusalén con algo que perteneció a Nuestro Señor Jesucristo. No quiero que recorras el mundo en su busca, pero si tienes la posibilidad de encontrar a sus descendientes y conocer ese secreto, moriré tranquila.

Me despido de ti con la conciencia de haber intentado obrar de la mejor manera posible desde que descubrí la fe de Dios Nuestro Señor. Espero que algún día tú y tu hijo también la abracéis como yo hago cada día con su divina madera, con la Veracruz de Cristo en la que murió por todos nosotros buscando un mundo mejor para sus hijos, como el que a partir de ahora inicias.

Mi querida y fiel Livia, Dios te ampare en todos tus actos y en el resto de tu vida que espero sea larga y placentera. Te lo mereces más que nadie.

Flavia Iulia Helena

Emperatriz del Imperio Romano de Oriente y Occidente.

—¿Por qué, después de tantos meses, me enseñas esta carta?

Hacía fresco esa tarde. Los rigores del estío ya habían pasado y en cuanto el sol comenzaba su curvatura buscando la línea que divide la tierra del cielo, la sensación de placidez era mucho mayor. Livia no dejó de leer una y otra vez, cuando se repuso del parto, la carta que le entregó Brucius Lurios. Al principio no daba crédito a las palabras de la emperatriz. La noticia de la muerte de Antonino se prolongó aún más cuando supo, de boca del propio Brucius, que su amado no pereció en medio del Mare Nostrum sino que aquella misma noche en la que ella daba a luz encontraba su final en Hispalis. «Así lo quisieron los dioses. Sé que él sabía que yo me encontraba también aquí. No has podido conocer a tu hijo pero has hecho justicia. Sólo te pido que allá donde te encuentres veles por él, que lo protejas. Y ese Dios que tanto

amó la emperatriz antes de morir estoy segura que igualmente estará pendiente de él».

—He tardado en venir porque no me sentía con fuerzas. Ha sido Fabio quien me ha animado a hacerlo. Y quería que supieses lo que con tanto ahínco buscó mi señora y por lo que perdieron la vida tanto el padre de mi hijo como el amigo que le acompañaba. No sé si es importante o no. Pero está claro que ella, Flavia Iulia Helena, empeñó su vida por descubrirlo.

Eliezer le entregó de nuevo la carta. Se dio la vuelta y anduvo varios pasos por aquella estancia en la que se reunían todas las semanas los cristianos para venerar al Mesías y comentar su Palabra.

Su mirada no se posaba en ningún lugar concreto. Parecía que estuviese ido. Permaneció en silencio un largo tiempo. Livia, con el pequeño entre los brazos, lo observaba sorprendida de su actitud. Al cabo de un rato de nuevo se dirigió a la muchacha.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Abandonaron la estancia y recorrieron un largo pasillo que conducía a otra más pequeña. En su interior, varios arcones de madera se distribuían de forma desordenada. Una mesa con cuatro taburetes presidía el centro. Dos teas iluminaban el lugar de manera tenue. No había salida al exterior.

Eliezer se acercó hasta uno de los arcones. Lo abrió y extrajo de su interior un pequeño zurrón que depositó en la mesa. Livia contemplaba la escena sin decir nada. Tiró de las cuerdas y sacó un trozo de tela que parecía guardar algún objeto. Con sumo cuidado, fue desenvolviéndola hasta que, finalmente, quedó totalmente estirada sobre la mesa.

—Esto es lo que tanto tiempo ha permanecido en secreto, guardado aquí y lo que con tanto interés quería conocer la emperatriz.

La muchacha, que cambió al niño de brazo, miró el objeto. Lo estuvo observando un buen rato hasta que al final habló.

—Es... es una espina de algún arbusto.

—Es más que eso, querida Livia. Es una espina de la coraza que le incrustaron a Nuestro Señor Jesucristo en la cabeza cuando fue crucificado por los romanos.

Livia continuaba mirándola. No acertaba a comprender el valor que podría tener aquella espina para que hubiese estado salvaguardada tantos años, tantos siglos. Y tampoco entendía que la emperatriz quisiese, a costa de lo que fuese, conocer de qué se trataba. Había encontrado esa madera que consideraba divina y que todo el Cristianismo veneraba. Ella lo pudo comprobar en

Jerusalén. Tal era la fe que profesaban aquellos hombres y mujeres que muchas veces llegaba a sorprenderse. Pero de ahí a que aquella diminuta espina, que medía algo más de medio dedo de una mano, supusiese algo trascendental, se le escapaba de su entender.

—Lo que no sé, Eliezer, es por qué la tienes tú y cómo ha llegado hasta aquí.

El hombre, de forma lenta, comenzó a doblar la tela que cubría el objeto. Lo hizo con sumo cuidado. Cuando hubo terminado, la introdujo de nuevo en el zurrón y la llevó hasta el arcón de donde la había sacado. Lo dejó en su interior y cerró la puerta superior del mismo. Luego, otra vez, se acercó hasta la mesa y se sentó en uno de los taburetes. Livia le imitó.

—La tengo en mi poder porque yo soy el descendiente de José de Arimatea, la persona que trajo hasta Hispania esta espina que formó parte de esa corona con la que el Mesías fue vejado y ultrajado hasta su muerte. Soy el único que queda. Dios no me ha dado hijos y es por eso que conmigo, cuando muera, se vendrá este secreto.

—No entiendo cuál es el secreto del que me hablas.

—No se trata de un secreto como tal, Livia. Esa espina que has contemplado hace unos instantes contiene restos de sangre supuestamente de María, la Madre de Jesús. José de Arimatea estuvo presente en la muerte de Cristo y ayudó a bajar su cuerpo cuando expiró en la hora nona. Mis antepasados han ido guardando esa espina con todo el amor del mundo. No es la espina como tal sino lo que significa para nosotros, los cristianos. Hasta que la emperatriz no descubrió la Vera Cruz de Cristo y los atributos con los que fue muerto el Señor, sólo esta espina era la prueba de que aquello aconteció hace ahora más de trescientos años.

Hizo una pausa, se levantó del taburete y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa y de Livia, que continuaba con su hijo en los brazos dándole pequeños balanceos para que se durmiese.

—Verás, Livia. No es fácil entender todo esto si no crees en la misericordia de Dios, en su perdón; si no crees en su Palabra. Si no tienes fe, en definitiva.

—Sigo sin entender por qué Antonino dio su vida por una espina.

—No sólo la dio por eso. Antonino no sabía lo que tenía que encontrar. Él vino hasta aquí por ti, sin saber que precisamente tú habías llegado hasta Hispalis buscándole. Los caminos del Señor son indescifrables y estoy convencido de que la espina es la que os ha unido para siempre. Esta reliquia es parte consustancial de nuestra fe cristiana. Pero también de vosotros tres: tú, Antonino y vuestro hijo. Ella ha posibilitado que para siempre estéis

unidos en esta tierra y que vuestro futuro se construya aquí. Desgraciadamente él no va a poder verlo, pero vosotros, tu hijo y tú, podéis hacer que se sienta orgulloso de lo que luchó para que fueseis felices el resto de vuestras vidas.

—Hablas de ese objeto como si se tratase de algo con un valor incalculable.

—Y lo tiene, Livia, lo tiene. Al menos para quien se mueve a golpe de fe cristiana. Sin fe es imposible seguir adelante. Sin fe, nada de lo que hacemos tiene sentido. Sin fe, Livia, la vida pasaría de forma anodina, sin nada por lo que luchar, sufrir, conseguir. La fe es la parte fundamental de toda nuestra existencia. Una fe en torno a Dios, a Jesús. Una fe que nos ayuda a levantarnos cada mañana y darle gracias a Todopoderoso por seguir sus pasos, sus enseñanzas; por querer hacer el bien para los demás.

—¿Una fe por la que estar dispuesto a morir?

—Así es. Puede que no lo entiendas. Sí lo hizo la emperatriz, y su hijo Constantino el Grande. Ellos comprendieron que no hay nada más hermoso que la magnanimidad de Cristo. No se trata de una espina simple y llanamente. Es el símbolo de que Nuestro Señor Jesucristo vivió, nos enseñó, padeció y murió por todos nosotros. Esa espina contiene todo el amor que el Hijo de Dios nos dejó en la tierra para que lo propagásemos a todos y cada uno de nuestros hermanos. Muriendo si fuese preciso.

Eliezer se acercó hasta donde se encontraba sentada Livia. Acarició de manera suave la diminuta cabecita del pequeño, que ya se había dormido. Contempló su sereno rostro, la dulzura de su expresión de inocente.

—No espero que lo comprendas ahora. Sólo deseo que, de vez en cuando, acudas a nuestras reuniones. Eres, aunque lo ignores, una afortunada por haber visto la Vera Cruz de Cristo. En ella, en todo lo alto, remataba una leyenda que decía: I.N.R.I. O lo que es lo mismo, Iesus Nazarenus Rex Iudearum. Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. En verdad Cristo es rey, pero no sólo de los judíos sino de todos los hombres, crean en su Palabra o no; tengan fe en Él o desconozcan lo que hizo por redimirnos. Así ha de ser por los siglos de los siglos.

La conversación fue interrumpida, en esos momentos, por una mujer que entró en la estancia.

—Eliezer, Fabio ha llegado. Pregunta por Livia.

La joven se levantó de su asiento. Tanto ella como Eliezer siguieron los pasos de la mujer. Livia caminaba en silencio, pensando en todo lo que acababa de oír de voz de aquel hombre que, finalmente, era quien cerraba un círculo de amor, odio, venganza y sed de justicia, sólo aplacado por esa fe en

un hombre, Jesucristo, que era quien estaba presente en toda su vida y que lo estaría en el resto que le quedaba por vivir.

Vio a Fabio a las puertas de la edificación. Estaba sentado en el pescante del carromato. Cuando él se percató de la presencia de los tres, bajó de manera ágil del mismo.

—Livia —la voz sonaba entrecortada—, he de decirte algo importante.

—Me asustas, Fabio —respondió con cierto nerviosismo sin dejar de abrazar a su hijo.

—No temas. Mi amo Bruccius Lurios me ha mandado venir para que te dé un recado de su parte.

Miró a Eliezer y a la mujer que estaba a su lado. Su gesto indicaba que quería hablar a solas con Livia. Ésta, en cambio, zanjó la pretensión al instante.

—No te preocupes, Fabio. Tú los conoces mejor que yo y no tengo por qué ocultar nada. Dime.

—Hace unas horas, Tulio Plinio se ha cortado las venas. Continuaba confinado en una mazmorra tras ser declarado culpable de traición al Imperio y no ha soportado más la humillación de ser despojado de todos sus honores militares. No han podido hacer nada por salvarle la vida. Ha muerto. Pero no como un soldado sino como un traidor, que es la peor de las muertes. Dios lo acoja en su seno a pesar de tanto daño como hizo en vida.

Livia bajó la mirada. Sintió en esos momentos una sensación en la que se entremezclaba amargura y resentimiento, pero también tranquilidad. «Ahora sí que se cierra este círculo», pensó, viniéndosele a la mente las imágenes de la Vera Cruz de Cristo. «Ese trozo de madera es en verdad divino. Por medio de esa Cruz, al fin y al cabo, estoy aquí. Así lo habrá querido el Dios por el que dio su vida la emperatriz».

—Eliezer —se volvió hacia el hombre Livia—. Gracias por todo. Espero que tu Dios, el de mi emperatriz, el de Fabio y el de tantos y tantos hombres, siga haciendo que seáis como sois.

—Dios y nuestra fe en Él y en su grandeza, misericordia y justicia.

Livia se acercó hasta el pescante del carromato. Fabio cogió entre sus brazos al niño para devolvérselo cuando ya estuvo sentada. Hizo lo mismo él para tirar de las riendas y que el caballo comenzase a andar, tomando dirección hacia Itálica.

Durante un buen rato del trayecto ambos permanecieron en silencio. Ella daba el pecho al pequeño, que movía sus manos y luchaba por succionar y que

saliese la leche materna. Al cabo de un tiempo fue ella la que habló.

—¿Crees que ha merecido la pena tanto sufrimiento, Fabio?

—La respuesta la tienes entre tus brazos, Livia.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Ya es hora de que conozcas las tierras de vides y olivos de tu propiedad.

—Y de que las conozca Antonino, mi hijo.

El carromato cruzó uno de los puentes sobre el río. Atardecía y los últimos rayos de sol comenzaban a jugar con las copas de los árboles dibujando ráfagas doradas en las aguas del río Betis.